ROMANA PETRI

donde quiera que yo esté



Ofelia, Margarida y María do Ceu protagonizan esta abrumadora saga familiar que se inicia en los años cuarenta del siglo xx. Con el trasfondo de una Lisboa de belleza mágica, pero también oprimida por la dictadura que finalizó con la revolución de 1974, estas mujeres verán cómo sus trágicos destinos se cruzan para siempre. Novela de amores fracasados y equivocados, Donde quiera que yo esté es también la historia de la fuerza de una maternidad sin límites, de ese legado que toda madre traspasa a los hijos en su deseo de no abandonarlos del todo. Romana Petri pinta el fascinante fresco de un Portugal cerrado, dolorido y trágicamente atrasado. El largo camino humano de un pueblo que, después del forzado silencio, encontrará el coraje de ser moderno eligiendo la libertad.

OceanofPDF.com

Romana Petri

Donde quiera que yo esté

Saga familiar portuguesa - 1

ePub r1.0
Titivillus 06.01.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Ovunque io sia*
Romana Petri, 2008
Traducción: Pilar Eusamio Zambrana

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A ti, Diogo,
en memoria de Maria Elisabeth,
cada palabra de esta historia.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

Aquel ruido entraba con cadencia en su sueño. Y aunque al despertar sería incapaz de recordar lo que estaba soñando, era evidente que el sueño exigía silencio por la expresión contrariada de su rostro. Hizo un gesto con el brazo izquierdo, como para quitarse algo de encima. Era un ruido que entraba primero en su cerebro y después en el sueño. Y era regular, no perdía el compás, justo como los latidos de su corazón.

Si Luciana hubiese estado allí le habría dicho que aquel ruido no se adaptaba a sus arritmias. Pero a las arritmias de Luciana pocas cosas se adaptaban, su corazón tenía un ritmo especial, solo regulado por los humores de una tiroides impredecible.

Cuando el ruido se volvió demasiado agresivo, Vasco dos Santos se despertó. El sueño se desvaneció y quedó el ruido. «Pero ¿qué es?», pensó dándose la vuelta en la cama de su pequeño cuarto sin ventana. Buscó una postura para seguir durmiendo, pero se quedó boca arriba, mirando el techo en penumbra, y el ruido se aceleró más aún. Se levantó de golpe y salió al pasillo de su casa aún sin muebles. Una casa de cuatro habitaciones casi vacías; solo la cocina estaba amueblada, en el resto no había más que una cama, una mesa y dos sillas. Se dirigió hacia lo que sería el salón y lo encontró inundado. Ahora ya no era una gota tras otra, sino un chorro continuo que caía del techo.

—*Caraças!* —dijo en voz alta—. ¡Y encima es domingo!

Intentó llamar al casero, pero no contestaba nadie. Aún adormilado, cogió un barreño y lo puso bajo la gotera. El ruido se hizo insoportable.

Abrió la ventana. La calçada dos Barbadinhos, una calle que descendía hacia el Tajo, parecía un río en crecida. Era casi hermosa toda aquella agua bajando a gran velocidad. Pedacitos de papel, colillas, hojas que se iban con la corriente. El perro de la vieja de enfrente estaba sentado en la acera, empapándose con aquella lluvia invernal como si fuese un placer. La dueña

lo había llamado dos veces desde la ventana, luego la había cerrado. Al diablo con el perro, siempre hacía lo que quería. No había manera de que se quedara en casa. Como no sabía su nombre, Vasco dos Santos le silbó. El perro ni siquiera se volvió a mirarlo, era un perro muy viejo, con poco pelo y dos extraños bultos que le colgaban de la barriga. Debía de ser también sordo. ¿Cuánto le quedaría de vida? El perro, quizá por casualidad, se volvió hacia él mientras la lluvia le caía a chorros de la nariz y las orejas. ¿Vería aún? Comenzó a ladrar y después como a morder algo en el aire, sobre las patas, moviendo la cola.

Vasco dos Santos se dio cuenta de que tenía frío y cerró la ventana. El barreño estaba ya medio lleno, y el ruido del agua en el agua le pareció más soportable.

Bajo el chorro caliente de la ducha pensó en la natación. Pensaba a menudo en ella, le ponía de buen humor. Los días de la semana se dividían entre los que iba a nadar, a las ocho de la mañana, y los que no iba. Las jornadas que comenzaban bien y las que comenzaban de manera neutra. Bajo la ducha imaginaba estar dando amplias brazadas en el agua de aquella bonita piscina olímpica a media hora en coche de su casa. Imitaba la respiración, volvía la cabeza para tomar aire. Después se colocó ante el espejo, con el torso desnudo, la toalla blanca en la cintura, y se afeitó. Mientras limpiaba la cuchilla bajo el chorro del grifo, decidió no ir a la comida dominical con su padre y sus dos hermanas, sería más prudente quedarse en casa para vaciar el barreño cuando se llenara. Luego dijo: «Es una buena excusa». Y se echó a reír.

Todos los domingos la misma comida en el restaurante A Lontra, donde pedía casi siempre pulpo a la parrilla y bebía aquel buen *vinho verde* de la casa. Durante aquellas comidas que duraban siempre lo estrictamente necesario intercambiaban pocas palabras. Su familia era así, al menos ahora, lo poco que quedaba de ella. De repente, mientras se limpiaba de la cara los restos de la espuma de afeitar, se acordó del sueño y se notó vacilante. Apoyó una mano en el espejo y mirándose a los ojos se dio cuenta de que la estaba llamando, aunque sin voz.

Estaba nadando en el Alentejo y el agua estaba extrañamente templada y quieta. Se había alejado bastante de la orilla, pero aún hacía pie. Cada poco, en vez de nadar, caminaba acariciando con las manos la superficie del mar. El sol estaba alto y la brisa del Atlántico le secaba tan rápido los hombros que le ardían. Se sumergió de nuevo y nadó bajo el agua, abandonando la playa a su espalda para entrar en una ensenada. Cuando volvió a emerger, la vio tomando el sol. Entonces se echó a correr dentro del agua y continuó por la arena. Cuando llegó a su lado, le pasó las manos mojadas por el cuerpo caliente y ella le dijo:

—Vasco, cuánto has tardado en llegar, no podía más, aquí, cociéndome al sol. ¿Vamos a darnos un baño?

Y mientras lo decía se había levantado y lo había mirado con aquellos ojos más azules que cualquier mar y, bajita como era, se había puesto de puntillas y le había echado los brazos alrededor del cuello para besarle las mejillas. Luego lo cogió de la mano y corrieron hacia el mar. Entraron en el agua, así, sin vacilar ni siquiera un instante. «¡Está caliente!», gritó ella como una niña, se zambulló y tiró de sus piernas para arrastrarlo con ella. Y allí, con los pies hundidos en la arena y el sol que se filtraba en el agua iluminándolos a los dos, ella le había dicho:

—Ya no aguantaba más sin ti. Y con un día así ¿sabes?, me he dicho, sería bonito nadar juntos. Pero no te pongas a nadar muy rápido, no puedo seguirte. Tienes que nadar a mi ritmo. Venga, que no tenemos mucho tiempo. Rápido, siento ya un poco de frío.

Y, en aquel momento, se había despertado, sin haberle podido decir una sola palabra. Por la emoción, claro, y también porque ella no había dejado de hablar. Pero si de verdad no había podido decirle ni siquiera una palabra había sido por aquel ruido que no le había dado tregua, que desde el salón había llegado hasta allí, hasta una playa del Alentejo en la que habrían podido nadar juntos si aquel domingo de invierno no hubiese traído todo aquel ruido de lluvia.

Se había vestido y se había puesto un café. No era la primera vez que soñaba con ella. No era la primera, pero tampoco le sucedía a menudo. Y nunca antes se había dado cuenta de lo reales que eran los sueños. Antes eran solo sueños. Ahora, cada vez que ella aparecía en sus sueños, sabía que

la había visto, que había sentido su olor, que la había tocado, besado, oído hablar. Y, cuando se despertaba, tenía la impresión de que todo hubiese pasado de verdad, como sucede entre los vivos. Entre los vivos ¿estaba vivo él? A veces, caminando por las calles de Lisboa, tenía la sensación de que también aquella ciudad le hacía la misma pregunta ¿estás vivo, Vasco? Ya has estado aquí otras veces, ¿no? En esta misma calle. Sí que has estado y has visto exactamente lo mismo que ves ahora, pero era distinto, sí, era un poco distinto. Mañana recorrerás esta misma calle, como cada día, y también mañana te parecerá una calle nueva, o quizá una calle del pasado, pero tú ese pasado no lo recordarás, solo te hará sentir incómodo. Tienes poca memoria, Vasco, tienes solo treinta años, y desde que murió tu madre has olvidado tu vida casi por completo.

Sabía de sobra que las madres tienen que morirse antes que los hijos, pero lo de su madre era otra historia, ella no tenía que morir así. Pero no porque no tuviese que dejarlos a él y a sus hermanas; su madre tenía que haber vivido por ella, para disfrutar un poco la vida, para desquitarse de aquel pasado que él intentaba olvidar a toda costa y que le hacía confundirlo todo, incluso las calles de Lisboa.

—Vasco, hagas lo que hagas en la vida, te irá bien. Tendrás suerte.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. He visto tu vida futura y la de tus hermanas. Pero de ellas no me preguntes nada. Para ellas no he visto cosas buenas.

Sus hermanas. Rita, dos años mayor que él, deforme de nacimiento, una recién nacida con la carita pequeña pequeña como la de todos los recién nacidos pero que parecía un cuadro de Picasso, con un ojo por aquí y el otro por allá, la boca casi vertical y la nariz que no se sabía siquiera si le permitiría respirar. Siempre aquellas fotografías, incluso cuando no las miraba era como si se le hubiesen grabado en la retina, podía tener los ojos cerrados o abiertos y las seguía viendo, por todas partes, también sobre las casas de Lisboa, como si alguien las hubiese pegado allí para siempre.

Había hecho falta la fuerza de su madre para comenzar el calvario de operaciones que había durado veinte años. «Si Cristo me la ha dado así, Cristo me ayudará también a arreglarla». Cada año una operación a cráneo abierto que duraba doce horas. Cada año, desde Lisboa, tomaban un avión a Londres, y aquellas eran sus vacaciones, las suyas y las de Joana, su hermana gemela: jugar en el jardín del hospital.

«Empuja el cochecito por el borde de los parterres, ensucia la muñequita de tu hermanita que se pone a llorar y, con un pie, te aplasta el cochecito, mientras tú le decapitas la muñeca».

Recuerdos así. Y todo el horror de la vuelta a casa, de la hospitalización de Rita, de los llantos de mamá y de la abuela, como aquella vez que los médicos, tras la operación, le ataron la boca con gomas durísimas y tuvo que estar así dos meses, y mamá le daba de comer metiéndole en la boca una jeringa que llenaba de puré. Y la niña lloraba del dolor y también mamá y aquella abuela que no era sino una abuela adoptiva que, sin embargo, la quería de verdad, tanto que después de cada operación se hacía llevar a Fátima para hacer todo el recorrido de rodillas, con aquellas piernas doloridas, toda la vida pesándole sobre los hombros como una roca, y sorprendiéndose cada día de poder soportarla aún. «Virgen Santa, gracias por haberla hecho sobrevivir a la operación este año también», y luego todo un rosario, arrastrando aquellas pobres rodillas sobre un suelo consumido por las rodillas en oración de tantas almas que iban allí a pedir una gracia o a agradecerla.

—Vasco, ¿sabes qué es un milagro?

—No, ¿qué es?

—Es un dolor que en un momento dado deja de doler, pero que, pase lo que pase, está ahí y estará ahí siempre.

Eso le había dicho una noche su madre. Se había levantado para ir al baño y la había encontrado en la sala de estar, con la cabeza apoyada entre las manos. Le había preguntado si estaba llorando y ella lo había negado con un gesto. Habían vuelto de Londres pocos días antes y, de noche, su madre no conseguía dormir. Entonces se había acercado a ella y le había puesto una mano en la cabeza. Habría querido llorar, pero ya lloraba ella

bastante cada vez que volvían de Londres y, por eso, solo le había dado un beso y ella le había dicho aquello del milagro y, bruscamente, le había mandado a la cama. Como no quería, ella había perdido la paciencia:

—Mira, Vasco, no me compliques la vida, no lo hagas también tú, ¿entendido? Vete a la cama.

Entonces se fue, con todo el frío del suelo subiéndole por los pies desnudos, un frío que, aunque era verano, parecía paralizarle las rodillas, aquellas piernecitas de niño que nunca estaba quieto pero que en ese momento habría querido quedarse abrazado a su mamá, quedarse despierto junto a ella. Se había ido a la cama y, en la oscuridad del cuarto, había oído la respiración de Joana que dormía profundamente. También él cerró los ojos y comenzó a imitar aquella respiración. Cuando se adormeció, sobre su boca había quedado una especie de luz, la que se veía en todas las fotografías de cuando era niño.

Miró el reloj. Intentó llamar de nuevo al dueño de la casa, dejó sonar el teléfono muchas veces, casi por inercia. No contestaba. Paciencia, tarde o temprano dejaría de llover. Lisboa no es una ciudad como las demás, hay días en los que en Lisboa todo dura poco, tanto el buen tiempo como el malo. Volvió a la ventana, pero esta vez se quedó tras los cristales. El perro seguía bajo la lluvia, pero esta vez, aunque no había abierto la ventana, se había vuelto enseguida hacia él y, con la lengua fuera por la que chorreaba la lluvia, parecía decirle: «Bonito, ¿verdad?». Y Vasco dos Santos le preguntó: «Bonito, ¿el qué?», y el perro respondió: «¿Cómo que el qué? Estar aquí, bajo la lluvia, delante de la casa de la vieja».

—¿Diga? Hola, papá. ¿Todo bien? Yo también, gracias. Sí, sí, me gusta mucho. Vendrás a verla tarde o temprano, ¿no? Han pasado ya unos cuantos meses, aún era verano. Lo sé, me lo has dicho ya muchas veces, pero era lo que ella quería. Es verdad, yo también, pero si ella no hubiese querido yo no lo habría hecho. Mira, Rita ya no es una niña, quiere vivir sola. Sí, en esa casa. Sé que es demasiado grande para ella, pero es la casa en la que siempre ha vivido, es lo que quiere. Está bien, lo sé. No, Luciana no está, llega el viernes que viene. Lamentablemente hoy no puedo, está lloviendo

dentro de casa, he puesto un barreño pero tengo que vaciarlo a menudo. ¿Ahí hace sol? No, aquí está jarreando y no parece que tenga intención de parar, no puedo arriesgarme. Sí, está bien, el domingo que viene. De acuerdo. Adiós.

Se quedó con el teléfono en la mano ante el espejo del baño. «Si no la hubieras abandonado, a lo mejor no habría muerto», pensó, pero mientras lo hacía sacudió la cabeza, no le gustaban aquellos juegos y, además, desde hacía tiempo, estaba convencido de que la vida no valía nada, que lo mejor era despreciarla un poco. Como si contase algo el tiempo. Cada vez que tenía un ataque de asma, pensaba que se moría. Le cambiaba la expresión de los ojos, se había dado cuenta de que se le ponía la expresión de quien no tiene aire para respirar. Lo analizaba de forma clínica. Nada de aire y los ojos desorbitados, como buscándolo. A su novia le daban taquicardias y a continuación la tosecita de cardiópata, y también a ella se le ponía la extraña expresión de miedo. Era una cuestión física, no solo de cabeza. En los últimos tiempos a su madre le pasada de todo, no podía tenerse en pie, perdía el equilibrio, en casa caminaba apoyándose por las paredes. Él la miraba conteniendo la respiración, luego ella se daba la vuelta y se echaba a reír, le hacía hasta una mueca como si quisiera tomarle el pelo. En los últimos meses de su enfermedad, había comenzado a pensar en la vida de otra forma. Pensar demasiado servía de poco, era mejor seguir adelante sin darle vueltas a las cosas, dejarlas pasar, reflexionar lo justo sobre el destino de los días. Y la fatalidad de los días era que pasaban uno tras otro, con o sin nosotros. Y si no contamos para los días, ¿para quién deberíamos contar? Le ponían unas inyecciones en la espina dorsal que no sabía cómo lograba soportar. Después, durante al menos una semana, le quedaba una marca hinchada que últimamente no se iba. Una vez le levantó la sábana mientras dormía. Tenía la espalda destrozada, pero cuando se despertaba intentaba reír y divertirse todo lo que podía. Tres semanas antes de morir, quiso hacer un viaje con sus hijos. «Pero ¿te apetece?», le había preguntado. Y ella había contestado: «Bueno, tampoco es que esté muriéndome, ¿no?». Y fueron a Austria porque ella tenía esa ilusión.

Las fotografías de aquel viaje se quedaron en casa de Rita, uno de estos días tiene ir a coger alguna. Hay una en la que está haciendo el payaso,

posando como una estrella de *rock* y riendo como una loca, solo ella ríe, sus hijos ni siquiera sonríen. Era finales de octubre, el 15 de noviembre moriría en el hospital, al alba, sin nadie a su lado.

La primera vez que había soñado con ella había sido en Italia, en la casa de campo de la madre de su novia, a pocos kilómetros de Nápoles. Entraba en un edificio y comenzaba a subir las escaleras, pero no encontraba a nadie en ningún piso, hasta que empezó a oír voces y una melodía que venían de una puerta entornada. Entonces entró y, después de muchas habitaciones vacías, una tras otra, había llegado a una en la que estaba ella toda vestida de azul, con una especie de largo caftán, peinándose ante un espejo. «Me he cortado el pelo y ahora ya no sé cómo ponérmelo», estaba diciendo pensando que estaba sola. En cuanto la llamó ella salió a su encuentro. Lo primero que hizo fue abrirse la cremallera del vestido y mostrarle la espalda. «¿Has visto qué bien estoy ahora? Ha desaparecido todo, nada de nada». Y él había contestado: «Sí, la espalda suave de una niña», y ella lo había cogido de la mano y le había dicho que la siguiese a las otras habitaciones. «¿Por qué? ¿Quién está contigo?», le había preguntado. Y ella, ya casi corriendo, le había contestado: «He hecho realidad mi sueño: vivimos todos juntos, mamá, la tía… y ¿sabes qué hace la tía?», había susurrado. «No, ¿qué hace?», le había preguntado él. «¡Baila!», había exclamado ella haciendo una pirueta. «¿Baila?», había repetido incrédulo Vasco. «Sí, ¿no es increíble? Y, además, otra cosa, somos todos felicísimos y ponemos continuamente música como esta, ¿la oyes? Ay, cuánto me gustaba bailar cuando era joven, pero tu padre no me llevaba nunca, era negado. ¿Oyes que bonita melodía? ¿Te acuerdas de cómo llamaba yo a esta música que me gustaban tanto?». Vasco sonrío y, luego, a carajadas contestó: «Sí, la llamaba Broadway». «¡Bravo! —había dicho ella—, y ahora me apetece bailar una contigo. Eres alto, eres muy alto como tu padre, pero tú eres mucho más guapo». Y así se habían puesto a bailar mejilla contra mejilla, y ella olía a fruta, y, mientras bailaban, tenían los ojos cerrados para disfrutar mejor del baile y del abrazo. Y luego la música había terminado y ella había dicho: «*Voilà*», y él se había despertado junto a Luciana, que dormía. Entonces se acercó a ella, pero intentando no

despertarla porque era aún de noche. Y ella, que tenía el sueño ligero, le había dicho:

—¿Qué pasa? ¿No tienes sueño?

—No, me he despertado. He tenido un sueño.

—¿Bonito o feo?

—He soñado por primera vez con mi madre.

Abrió el cajón de la mesilla y sacó una fotografía. Era un automóvil de mentira, de esos que tienen un solo lado, de cartón piedra, y detrás había bancos en los que la gente se sentaba para hacerse una fotografía. La niña que ríe con un lazo en la cabeza es su madre, Maria do Ceu, las que están a su lado son su madre, la abuela Margarida a la que él no conoció nunca, y doña Ofelia. Y luego, detrás, hay dos viejas que parecen momias, pero no sabe quiénes son, tampoco su madre se acordaba. Una vez, de niño, le había dicho:

—Ni siquiera sé si estaban allí cuando nos hicimos la foto.

—¿Cómo que no lo sabes? —le había preguntado él asustado—. Y, entonces, ¿quiénes eran?

—Y ¿quién sabe? —le había respondido ella—. Puede que almas de paso.

Entonces él había mirado a su alrededor, y ella se había echado a reír tirándose a la cama con él encima.

—¿Ves este vaso de agua? —le había dicho.

—Sí, tengo sed —había contestado Vasco.

—No, hijo, esa agua no se bebe, es agua que espera. Y lo hace despacito, ¿sabes? Un día tras otro y, después de muchos días, cuentas las burbujitas que se han formado dentro y así puedes saber cuántos enemigos tienes y lo potentes que son y cuánto daño te pueden hacer.

Vasco cogió el vaso y se puso a mirarlo pegando la nariz al cristal.

—Si meto el dedo dentro y le doy vueltas rápido, ¿mueren los enemigos?

—No, Vasco. Esos son tremendos y hasta tienen dientes. Al final, el dedito te lo comen.

—Yo quiero matarlos.

—Entonces, míralos y diles que se vayan.

—Idos, enemigos de mamá, ¡fuera!, ¡fuera!

—Muy bien, así. Pero ya no pienses en ello, ¿sabes que se ha hecho tarde? Ahora nos vamos a dormir.

—¿Duermo contigo?

—Por esta noche, sí.

—Pero esas dos viejecitas de la fotografía, ¿eran buenas o malas?

—Buenas…, malas…, eran mitad y mitad.

—¿Eran los enemigos del agua que espera?

—Vete tú a saber, Vasco. Ahora, duérmete.

Vasco hizo con los dedos el movimiento que hacen los jugadores de póker con las cartas para ver si les ha tocado una buena mano. Y detrás de la fotografía del automóvil salió otra. Esta la conocía bien, la había tenido en la mano muchas veces. Era la abuela Margarida en la cama del hospital poco antes de morir, junto a ella, posando para la fotografía, dos enfermeras que parecen de otro mundo, cuerpos de cera, ligeramente hinchados, como si hubieran hecho una larga inmersión en el agua junto a los peces. La abuela, en esa fotografía sonríe, le quedan pocos días de vida y aún sonríe a quien quiere inmortalizarla en aquel momento. Ya, pero ¿quién la habría hecho? ¿Quién va al hospital a hacer fotos de quien está a punto de morir? La abuela no conoció a los hijos de su hija. Tampoco su madre, como si el destino de ambas fuese dejar en esta tierra a sus propios hijos aún sin hijos…

Seguía lloviendo y entonces volvió a tumbarse en la cama junto a la caja de las fotografías, que son pocas porque ha dejado aún muchas en casa de su hermana Rita. Vasco dos Santos hace las mudanzas así, dejando cosas por ahí mucho tiempo o en el maletero de su coche. Cada vez que lo abre, piensa: «Tarde o temprano tendré que subir todo esto». Pero ya no sabe siquiera qué hay dentro de esas cajas de cartón cerradas. Al final esas cajas se convierten solo en el silencio de las cosas, un maletero lleno.

Su casa aún está vacía. No sabe si la llenará algún día, si será alguna vez una casa. Le gusta que esté así. Algunas veces la imagina llena, pero en un

pasado en el que él no estaba, la casa de otros inquilinos, de otras historias. No le falta imaginación, pero es una imaginación que se guarda para sí, que olvida.

Tumbado sobre la cama miró el techo. La superficie de una habitación, vista desde abajo, parece más pequeña de lo que es en realidad. Pensó en llenar el techo con las pocas cosas que había en su cuarto, pero le pareció que no podrían caber todas.

Cerró los ojos, la lluvia había parado por el momento. Quien sabe por cuánto tiempo. Podría haber vaciado el barreño más tarde, o a lo mejor el agua habría rebosado sobre el parqué y él la habría secado. No hay nada irremediable. Le dio la risa, la fatalidad de los días, desde hacía tiempo le obsesionaba esta frase. La habría leído en alguna parte. En cualquier caso, era cierto, existía una fatalidad de los días, existía la fatalidad para cada cosa, y este pensamiento pareció calmarlo, quitarle todo el dolor.

Tuvo la impresión de no respirar bien, pero fingió que no le asustaba demasiado. También el asma tiene su precio. Un asma adquirida para debilitarlo, que parecía perseguirlo. Los últimos días había tenido que llevarla en brazos en cada mínimo desplazamiento. Como una brizna de paja. Tan pequeña ya de por sí que, al final, casi ni pesaba.

—Vasco, ¿puedes?

—Claro, mamá, no pesas nada.

De joven parecía una actriz norteamericana, si cierra los ojos la ve sonreír. ¿Por qué sonreías siempre cuando tu vida era tan triste? Le pareció verla, apoyada contra la puerta del armario que tenía delante, sacudir la cabeza, responderle: «Entonces, como estaba triste, ¿tenía que resignarme? Vasco, cuando te resignas, estás acabado».

OceanofPDF.com

I

Margarida no tenía ni siquiera una casa propia. De noche se iba a dormir bajo las escaleras húmedas de una casa de Alfama. Ni siquiera se acordaba de si había tenido alguna vez una casa, pues de su vida había olvidado bastante. A veces, sin embargo, probaba a volver atrás pero se detenía siempre y decía: «Me he desacordado». Un día una señora a la que le iba a planchar le había dicho:

—Me he olvidado, Margarida, se dice «me he olvidado», solo se desacuerdan los instrumentos musicales.

Desacordado u olvidado lo mismo da, ella no recordaba casi nada, ni siquiera si había tenido un padre y una madre, hermanos. Ahora se las apañaba, cuando la llamaban trabajaba en la tabacalera de Braço de Prata. Se levantaba pronto y cruzaba toda la ciudad con el tranvía, luego limpiaba algunas escaleras, planchaba, remendaba.

Era una chica bonita, el rostro algo cuadrado, levemente campesino, el cabello no le nacía muy arriba. Pero era guapa, los chicos por la calle la seguían con los ojos y, luego, por timidez, fingían mirar a otra parte. Ella volvía la mirada siempre al otro lado porque le daba la risa. Tenía un vestido para el verano y uno para el invierno, ambos marrones y demasiado cortos, aunque de eso no tenía ella la culpa: se los habían regalado cuando era más pequeña, había crecido dentro. Los zapatos de invierno eran cómodos, casi masculinos; los de verano, por el contrario, no lo eran en absoluto, tenían tacón y no le permitían caminar bien por todas aquellas subidas y bajadas de Lisboa, parecía que fuera a romperse la crisma sobre aquellas piedras blancas y lisas. Pero le hacían las piernas bastante bonitas, se daba cuenta al mirarse en los escaparates. Por la noche, cuando se iba

durmiendo en el hueco de la escalera, había aprendido a crearse bonitos sueños con los ojos abiertos, había aprendido porque sufría mucho el frío y, de aquella forma, conseguía calentarse un poco. Se emocionaba tanto con los pensamientos que, al final, las mejillas se le ponían coloradas y le sudaba un poco la frente. Apenas le llegaba aquella tibieza, se adormecía acurrucándose dentro de un abrigo que tenía un olor rarísimo, como a pelo de perro, aunque también a miel.

Por la mañana se despertaba siempre con escalofríos que le recorrían la espalda y un dolor fuerte justo detrás del cuello. Se lavaba solo de tanto en tanto, cuando alguna de las señoras a las que les iba a planchar se lo permitía. Pero sucedía poco, que tampoco aquellas señoras se lavaban mucho; no es que fuesen ricas, eran bastante pobres también ellas. Y, de hecho, no le pagaban, le daban solo algo de comer.

Un día, mientras se miraba las piernas en un escaparate de la rua Aurea, oyó una voz a su espalda que le decía: «¡Piernas hechas para bailar!». Se volvió de golpe y lo vio, al otro lado de la calle, apoyado en la Cafeteria dos Dias, con un cigarrillo entre los labios, del que subía un humo tan claramente vertical que le dividía el rostro en dos mitades perfectas. Y ella se habría marchado corriendo, pero no lo hizo, porque era verdaderamente increíble cómo aquel muchacho era idéntico a Fred Astaire y, entonces, lo único que hizo fue abrir los brazos en ademán de grandísima sorpresa y él, con el traje de pobre que vestía, hizo otro tanto, como diciendo: «Tal cual, su doble, es clavado». Y luego amagó un par de pasos de baile, aunque de forma tan desmañada que ella se echó a reír. Y él, casi yendo a parar bajo el tranvía que pasaba inflamando los raíles de chispas, cruzó la calle y la tomó del brazo, echando de inmediato a caminar aprisa. Ella aún reía, cada poco se plantaba como si no quisiera seguir adelante, pero no dejaba de reír y, por eso, no conseguía decir nada y, cuando él tiraba más fuerte de ella, se ponía de nuevo a caminar a su lado.

Era pobre, pero tenía la elegancia de quien siempre había sido rico. De hecho, aquellos dos pingajos que llevaba le lucían. No era muy alto y era delicado, con una piel fina, casi transparente, el pelo liso y rubio, y los ojos azules con muchísimas motitas de color cobre que bajo el sol parecían encenderse como las chispas de los raíles del tranvía.

—La invito a un helado —le dijo, parando de improviso.

Y con ello se metió una mano en el bolsillo y sacó de él solo un hermoso gesto. Luego, con atención, se puso a desenvolver aquella nada despacito, haciendo de cada tira de papel imaginario una bolita que lanzaba al aire para luego enviarla lejos con un buen cabezazo. Cuando terminó la operación, le dijo:

—Cómalo despacio, señorita.

Y ella, sin pestañear, lo tomó en la mano y, mientras continuaba caminando a su lado, le daba algún lametón concentrado. Luego, de repente, se lo devolvió:

—Visto que solo tenemos uno, le dejo al menos la mitad.

Y él lo aceptó, agradeciéndolo. Y se lo terminó.

Aquel día el tiempo voló. Las escaleras que limpiaba y las señoras a las que les iba a planchar quedaron encerradas en una burbuja que se fue con la brisa atlántica y luego subió hacia el sol y no se la volvió a ver. Caminaron mucho, y del bolsillo de aquel sosias del bailarín americano salieron realmente tantas cosas lindas que al final tuvo que hacerse incluso con una carretilla para poder llevarlas todas.

—¡Cuántos regalos! —dijo ella—. ¡Y todos en un solo día! Se lo agradezco de verdad, de corazón.

Y él se quitó muchas veces la gorra e hizo muchas reverencias. Y siempre de la misma forma almorzaron, merendaron y, al final, incluso cenaron. Entonces Margarida pensó que aquella noche no necesitaría nada para calentarse, que cerraría los ojos y dormiría dulcemente. Haría salir de su memoria para siempre lo poco de vida pasada que aún recordaba. Desde aquel momento en adelante, quiso que la cuenta de sus días comenzase así, desde aquella jornada larga como toda una vida.

Se había hecho ya de noche cuando él le dijo:

—Con todo el ajetreo que hemos tenido hoy, hemos olvidado las presentaciones. Me llamo Carlos, ¿y usted?

—Me llamo Margarida.

Y, de pronto, sacándolo del bolsillo de la chaqueta, le ofreció un ramo de flores tan grande que ella no sabía cómo sostenerlo y seguir dándole el brazo.

—He ido a comprarlas a Madeira. Las que venden aquí no me gustaban nada —le dijo sonriendo bajo la luz de un farol.

—Son preciosas —le respondió Margarida—. El azul, además, es mi color favorito.

Y Carlos le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como para confirmar que él sabía desde hacía tiempo cuál era su color favorito.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora lo más complicado ya está hecho —respondió él.

—Entonces, quedamos así, ¿no?

—Sí, eso es.

Sintió que le besaba una mano y luego lo vio correr hacia Santa Catarina, correr tan deprisa que, al final, la carretilla se volcó en el suelo, dejando caer todo lo que contenía. Pero los objetos caían y rebotaban en el aire, y uno por uno le volvieron sin hacer ruido al bolsillo, mientras él se perdía en la oscuridad de la noche.

Margarida no intentó seguirlo, solo se pasó una mano por el cabello negro que la humedad encrespaba. Luego intentó orientarse y, a pasos raudos, se puso en camino hacia Alfama. Aquella noche, en el hueco de la escalera, los ojos se le llenaron de mucho viento, como si quisieran alzar el vuelo. Y no le quedó otra que secundarlos, los dejó ir, pensó que por aquella vez podía dormir también sin ellos.

—Margarida, pero ¿qué te pasó? —le preguntó doña Ofelia al día siguiente—. Aquí había mucha ropa que planchar. Tienes los ojos rojos, chiquilla. ¿Has estado mala?

—Fiebre, doña Ofelia, fiebre todo el día, y los huesos que me dolían mucho.

—Te preparo una tisana en lo que te pones a trabajar y me tomo yo otra. ¡Ay, no me hables de dolores! Después, cuando hayas terminado, vas un momento a la farmacia a por una caja de Dolviran, la receta está sobre la mesa del recibidor. Sonríe al farmacéutico y mira a ver si te da dos cajas.

—Le van a hacer daño todas esas medicinas, doña Ofelia, toma demasiadas.

—Deja, ¿qué sabrás tú? A otra persona puede ser, yo estoy acostumbrada. ¿Sabes los ratones? A esos ni siquiera el veneno. Les pones un poco al día y acaban engordando.

—Usted no es un ratón.

—Hay dolores, hija mía, hay malos pensamientos. Un Dolviran hace poco, dos y ya va algo mejor. Pero el cuerpo continúa con sus pensamientos y, entonces, le vienen todos los dolores. Demasiados malos pensamientos, toda una vida así. Antes, cuando era jovencita, no salía siquiera de casa si no llevaba sombrero. Y mírame ahora. Con cada mal pensamiento, un Dolviran para echarlo. En la caja pone que va bien para los dolores de huesos y de muelas, que combate la fiebre y ese mal que todos los meses tenemos las mujeres en la tripa. Yo he descubierto que también viene bien para los malos pensamientos, deberían ponerlo. Ven a sentarte aquí a mi lado, Margarida, pobre niña, prométeme que no te casarás.

Se lo tenía que prometer todos los días antes de ponerse a planchar o a fregar el suelo que estaba siempre sucio. Doña Ofelia, dentro de casa, andaba solo de puntillas, pasaba de la silla al sillón constantemente para poder suspirar cada vez que se sentaba.

Margarida se ponía a planchar y Ofelia hablaba, le pedía un vaso de agua, o que mojase un paño con agua caliente y se lo pusiese donde sentía dolor.

—¿Dónde, doña Ofelia, dónde? —preguntaba Margarida.

—No lo sé siquiera yo, hija mía, donde te parezca.

A veces doña Ofelia le hacía perder otros trabajos, no quería nunca que se fuese.

—Te doy también la cena para que te lleves, pero quédate un poco aún.

—Se ha hecho tarde, doña Ofelia, tengo que ir a limpiar escaleras, lo sabe, no me dejó ir tampoco la semana pasada, si no voy por lo menos esta, le darán el trabajo a otra. Y luego, después de las escaleras, tengo que ir a seguir planchando.

—Pero ¿te tratan bien, al menos, donde planchas?

—Sí, doña Ofelia.

—¿Te tratan como te trato yo?

—No, usted me trata como a una hija.

—Si no fuese por mi marido, te diría que vinieses a vivir aquí.

—Es usted demasiado buena.

—Pero ¿dónde vives tú, hija mía, dónde?

—Aquí al lado.

—¿En una casa de verdad?

—Le voy a buscar las medicinas. Vuelvo enseguida.

Y doña Ofelia se asomaba a la ventana a mirarla bajar por la rua Leite de Vasconcelos, y allí la esperaba hasta que volvía. Y cuando la oía abrir la puerta, aun antes de que estuviese dentro de casa, ya le decía que había tardado demasiado, que no debía dejarla tan sola.

Pero aquel día, a Margarida, no le apetecía mucho quedarse escuchándola, sentía que los ojos le quemaban como si tuviesen dentro arena. Y por eso se los tocaba mientras le daba la risa, porque habría tenido ganas de decirle a doña Ofelia que aquella noche sus ojos se habían ido de paseo y habían visto muchas cosas. Y, entonces, mientras planchaba, decía en voz baja: «Fred Astaire, Fred Astaire».

—¿Qué dices, hija? No te oigo.

—Nada, canto.

—Y estate quieta con los pies.

—No puedo, doña Ofelia. Canto y bailo.

OceanofPDF.com

II

La de Ofelia era una familia normal, ni rica ni pobre. En fin, no demasiado pobre, gente que vivía con cierto decoro y alguna pequeña pretensión. A veces también alguna pretensión de más, algo parecido al lujo que uno no puede permitirse, pero del que querría al menos hacer ostentación. La niña no salía de casa sin guantes ni sombrero. Pero el sombrero se lo había hecho en casa la madre, que de joven había sido modista en la rua da Conceição, y los guantes habían sido un regalo de una prima de Coímbra casada con un abogado. Además, aquellos guantes empezaban a estarle estrechos, pero la madre sabía abrirlos con cuidado y luego volverlos a coser sin que nadie se diese cuenta de que dentro había añadido un pedacito de tela.

«Hay que llevar guantes, niña mía —le decía siempre—. Sin guantes, una mujer no será nunca señora. Y tú quieres ser señora, ¿no es cierto, Ofelia? Y quieres casarte con un señor, ¿verdad?».

La niña decía que sí con la cabeza, sin entender bien el nexo que unía los guantes al matrimonio con un señor, y por tanto un hombre rico, que le permitiría vivir en una hermosa casa y le haría bonitos regalos. Pero decía de todas formas que sí, porque era una niña muy tímida, que no se atrevía a hacer preguntas, sobre todo a su madre, que tenía la voz demasiado quejumbrosa. A cada palabra de la madre, se le encogían el estómago y el corazón, y se apoderaba de ella un sentimiento al que no habría sabido poner nombre, pero con el que tendría que vérselas durante el resto de su vida, con una gran predisposición a la impaciencia, que mantendría, sin embargo, siempre en secreto.

Ofelia sufría mucho el calor y por eso, en verano, aquel sombrero y aquellos guantes eran una auténtica tortura. Y, además, en la escuela a la

que iba no había niñas así y le tomaban todas el pelo y, durante el recreo, tenía que pelear siempre para que no le arrancasen los guantes y no le tirasen el sombrero por la ventana. Le irritaba tener que defender cosas que le daban del todo igual, pero tenía que hacerlo, porque explicar lo poco o nada que le importaban aquellos objetos le habría costado, quizá, más que defenderlos. También la maestra cada poco le tomaba el pelo con cierto placer: «Hoy tomaremos la lección a la niña de los guantes y el sombrero», decía. Y toda la clase se echaba a reír.

Un día Ofelia dijo a su madre que, si quería que continuase llevando guantes y sombrero, tendría que cambiarla de escuela, matricularla en una en la que todas las niñas los llevasen. Doña Rosario se mordió el labio inferior casi hasta hacerse una herida. No se podían permitir mandarla a una de aquellas escuelas caras, pero la petición de la niña era razonable, demostraba haber entendido la diferencia que, en todo caso, había entre ella y las demás. Porque aquella diferencia tenía que existir, lo deseaba con todo su ser, a pesar de las continuas discusiones con el marido y la suegra, que le decían de la mañana a la noche que no estaba haciendo otra cosa que llenar la cabeza de pájaros a aquella pobre niña.

—Rosario —le decía el marido cuando por la noche se metían en la cama—, tienes que poner fin a esta historia de la distinción, solo tenemos una tiendecita de comestibles, no nos va mal, podemos permitirnos una ayuda en casa, pero nada más. Tienes que hacerte a la idea de que nuestra hija no será muy distinta de la mayor parte de sus compañeras de escuela. Solo lo será un poco.

Doña Rosario le daba de golpe la espalda y, hundiendo la cabeza todo lo que podía en la almohada, sentía que se le saltaban las lágrimas a pesar de estar apretando los ojos tanto que se hacía daño, tanto que a menudo llegaba a creer incluso que, más que lágrimas, lo que le salía era sangre.

Nunca lo asumió, pero las cosas fueron justo como le había repetido una y otra vez el marido. Ofelia dejó la escuela a la edad de trece años, pues una mujer no necesitaba estudiar, y tres veces a la semana ayudaba al padre en la tienda. La única concesión a las pretensiones de doña Rosario siguieron siendo el sombrero y los guantes, que continuó llevando hasta que se casó.

Ni siquiera llegó a convertirse en una chica guapa y era, además, melancólica. Puede que fuese por eso por lo que muy pronto comenzó a ir a la iglesia cada vez que tenía tiempo. Al padre no le preocupaba, al contrario, incluso le tomaba un poco el pelo. La madre, sin embargo, temía que toda aquella devoción la alejase para siempre de la vida auténtica, que hiciese que nunca se casara, ni distinguida ni pobremente.

—Tienes que arreglarte, Ofelia —le decía—. Una mujer tiene que ocuparse al menos un poco de sí misma.

—Y yo, en cambio, no me ocupo. Lo ve, ¿no? No soy guapa, da igual lo que me haga, no me va a hacer distinta. Al Señor, además, no le importa en absoluto cómo soy. Y a mí solo me importa Él.

—Y, sin embargo, a tu edad debería empezar a importarte también otra cosa. ¿Es que quieres ser una solterona? Y ¿qué será de ti cuando nosotros ya no estemos?

—Por la mañana me pondré el sombrero y los guantes, iré a misa y, luego, abriré nuestra tienda. O la venderé y podré quedarme en santa paz rezando por vuestras almas de ustedes, que habrán muerto, y por la mía, visto que después no habrá nadie que lo haga.

—No bromees, Ofelia. No creas que es fácil estar así toda una vida. ¿Entiendes? Toda una vida.

Ofelia ni siquiera tenía amigos, hablaba solo con el cura de la iglesia de São Miguel. Se confesaba todas las mañanas y el padre Luis, al final, le decía siempre: «Ofelia, es innecesario que vengas a confesarte todos los días, no tienes nada por lo que pedir perdón, hija mía. Y mira lo pálida que estás. Pero ¿tomas un poco el aire de vez en cuando? ¿Vas a dar algún paseo?».

No, Ofelia no daba muchos paseos, alguna vez se asomaba a la ventana justo porque no daba a la calle, sino al Tajo. Entonces sí que le parecía estar muy lejos de donde estaba. Dejaba que sus ojos siguiesen la corriente de aquel gran río que se lanzaba al Atlántico, casi como si fuesen a terminar allí dentro, en el fondo, en lo profundo del agua. Qué hermosa era Lisboa vista desde su ventana. Aunque no había estado nunca en ningún otro sitio, estaba segura de que nunca vería nada más bello. La ciudad descendía lenta

hacia el río, y a ella, solo con alargar la mano, le parecía poder tocar aquella agua tan azul. A veces, de noche, soñaba con ella.

—¿Puede un corazón latir al ritmo del mar? —había preguntado un día al padre Luis.

—El corazón late al ritmo de todas las cosas creadas por el Señor, Ofelia. Si tú quieres que el tuyo lata al del mar, el Señor te lo concederá.

—¿Y habrá mar después de la muerte, padre?

—Después de la muerte, hija querida, estarán todos los sueños deseados.

—Y, después de la resurrección de la carne, ¿resucitará también todo el resto?

—Vas demasiado aprisa, Ofelia. Vamos a rezar.

Rezaba también cuando recorría la calle que, desde casa, la llevaba a la tienda. Apretaba un rosario entre las manos y lo desgranaba moviendo apenas los labios. Caminando conseguía rezar y contar sus pasos. Había leído en algún sitio que, para conservar la buena salud, era preciso dar tres mil al día. Tres mil pasos y tres mil oraciones. Pero ¿cómo de larga tenía que ser la jornada? ¿Cómo haría de vieja? Sus piernas no eran fuertes y, además, tenía siempre mucho miedo. Sobre la mesilla tenía una figurita de Nuestra Señora de Fátima con un rosario entre las manos que titilaba cuando entraba el aire por la ventana. «Dios te salve, María, llena eres de gracia», recitaba bajito. Luego se prendía el pelo tras la nuca con una horquilla, se lavaba la cara con el agua que había echado del jarro en la jofaina y dejaba que se le secase al aire, mientras se asomaba a la ventana para mirar lejos, al otro lado del río, donde de noche se encendían muchas luces.

Se quitó los guantes y el sombrero. Metió los guantes en el sombrero y, en la trastienda, se puso el mandil. Respiró aquel aire cerrado que olía a almidón de arroz, harina y bacalao. En el espejito renegrido colgado en la pared vio su rostro. Había cumplido hacía poco los treinta y sus ojos eran ya como dos solecitos circundados de leves rayos de finas arrugas. Se sonrió. Tampoco los dientes eran ya gran cosa, pero al dentista había ido solo dos

veces, para dos extracciones que, por suerte, habían dejado agujeros solo al fondo, donde no se veía. Los dientes no se curaban, cuando enfermaban, se sacaban. Era más práctico, le había dicho su padre. «Y, además —había añadido—, ¿qué se va a poder hacer con un diente arreglado? Las cosas, cuando enferman una vez, ya no se puede hacer nada, curándolas solo se tira el dinero». Apagó la luz de la trastienda y fue tras el mostrador.

—¿Qué desea?

—Cuatro *carcaças*, doscientos gramos de queso fresco y cien de jamón español.

—Solo tenemos nacional, señor.

—Pues, entonces, démelo nacional, señorita.

Aunque Ofelia no se daba cuenta, mientras preparaba lo que le había pedido, aquel hombre la miraba y sonreía. Cuando le tendió el paquete, sintió aquella mano apoyarse ligeramente en la suya. Lo miró frunciendo el ceño, pero el hombre no dejó de sonreír y ella, sin saber por qué, le devolvió la sonrisa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no se trataba siquiera de un hombre hecho y derecho, sino solo de un muchacho que parecía mayor de lo que era porque iba vestido con mucho esmero. Llevaba un traje claro, una camisa color albaricoque y una corbata verde oliva. En la mano sostenía un panamá con el que se abanicaba, aunque era primavera y no hacía calor aún. Pagó con un billete grande. Ofelia se estaba demorando un poco en darle las vueltas, se confundía con los billetes pequeños y las monedas, no dejaba de contarlos una y otra vez.

—¿Quiere que la ayude? —le preguntó él.

—No se moleste, sé hacerlo sola.

Le dio las vueltas y pasó al siguiente cliente. Cuando fue la hora de cerrar, salió con cautela de la tienda. Aún en el umbral miró alrededor y se sorprendió de no verlo. Al asombro siguió la rabia. ¿Qué le importaba a ella aquello? Nada, «Dios te salve, María». ¿Y entonces?, «llena eres de gracia». Eran solo pensamientos estúpidos, «el Señor es contigo». Al diablo aquellos asuntos, «bendita tú eres entre todas las mujeres». Ni siquiera sabía qué clase de idea se había hecho, «y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Un admirador, ¡habrase visto!, «Santa María». Y a ella le iba a pasar, «madre de Dios». Habría sido la primera y la última vez, «ruega por

nosotros pecadores». Es más, si se presentaba de nuevo, ni siquiera le iba a atender ella, «ahora y en la hora de nuestra muerte». Si se presentaba de nuevo, se iba a quedar con un palmo de narices, «amén».

Hacía mucho viento en la rua das Escolas Gerais, Ofelia se sujetó el sombrero con una mano para que no volase y giró en la esquina.

—¿Conoce ese verso que dice «Mar…»?

—No —dijo Ofelia poniendo los brazos en jarras—. No conozco los versos de nadie.

—Bien, deje al menos que me presente. Soy Manuel Ramalhete, representante de camisas y trajes de caballero, camisas y trajes de óptima calidad.

—Y es por eso por lo que anda por ahí siempre así, ¿con tanta pompa?

—Me gusta ser elegante, no tiene nada de malo. Por lo demás, también usted… Guantes y sombrero, como una auténtica señora.

—Déjelo estar. Y, además, escuche, ese verso que me quería recitar no me importa ni lo más mínimo, seguro que es de Camões. Buenas tardes.

—Se equivoca. De hecho, todos los portugueses se equivocan. Parece que todos los versos los haya escrito Camões.

—¿Por qué? ¿Usted no es portugués?

—Lisboeta de los pies a la cabeza.

—No es el único. También yo lo soy.

—Nací en la Mouraria.

—Yo en Alfama.

—Y mi madre era fadista.

—Eso se lo está inventando.

—No, es cierto.

—Entonces, perdóneme, pero no es para estar orgulloso. Y, ahora, lo siento, pero de verdad tengo que irme.

En el momento, Ofelia alargó solo el paso, pero luego echó a correr, aunque la calle era cuesta arriba, y era tal el ruido que hacía con los zapatos que le pareció que la seguían, así que, cuando estuvo en la cima de la calle, antes de girar a la derecha, se volvió para decirle aún cuatro cosas. Pero él continuaba allí abajo, donde lo había dejado al salir corriendo, y desde allí

la saludaba agitando el panamá. «¡Insolente!», dijo Ofelia en voz baja, y continuó hacia su casa.

Al día siguiente, en la tienda, cerca de la hora de cierre, llegó un chiquillo sudado y jadeando.

—¿Es aquí donde trabaja la señorita Ofelia Gomes?

—Soy yo —respondió Ofelia.

—Tengo una misiva para usted.

—¿Qué es una misiva?

—No lo sé, es lo que me han dicho que diga —respondió el chiquillo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Pero no había terminado de preguntárselo y él, completamente sonrojado, había huido de la tienda. Aunque Ofelia hizo ademán de perseguirlo, para cuando llegó al umbral, del muchacho no quedaba ya ni rastro.

—¿Qué quería de ti ese chiquillo? —le preguntó el padre.

—Nada, debe de ser una broma.

—¿Y qué hay en ese paquete?

—No lo sé.

—¿Cómo lo ha llamado?

—No me acuerdo. Es un paquete.

—Pues, entonces, vamos a mirar qué tiene.

—Lástima que no haya nadie en la tienda ahora mismo. Qué le parece si esperamos a algún cliente, ¿eh, papá? ¡Así le enseñamos también a él lo que contiene!

Ofelia se quitó el mandil, lo tiró sobre el saco del arroz y salió a la calle. Comenzó a caminar sin dirección. Caminaba y contaba los pasos. Cuando llegó a trescientos, se detuvo de pronto. «No querrás llegar a tres mil, ¿verdad, Ofelia?», y donde estaba abrió el paquete. Dentro había una breve carta y un librito. La carta decía así:

> Estimada señorita Ofelia:
>
> Me honro en ofrecerle este libro de poesía del que he extraído el verso que quería citarle ayer. Espero le guste.

Pienso mucho en usted.

Suyo, afectuoso,
Manuel Ramalhete

El libro estaba escrito por una mujer, en la contracubierta estaba también su fotografía. Era una mujer muy hermosa, y la colección de poemas se llamaba *En el mar*.

OceanofPDF.com

III

Lo primero que hizo Margarida al despertar fue mirarse las piernas. Tuvo que mirárselas desde arriba, porque allí, en el hueco de la escalera, desde luego, espejos no había. Pero se las tenía que mirar enseguida, no podía esperar a pasar ante un escaparate de la rua da Prata. Y la sobrecogió una gran desazón, volvió a tumbarse entre los harapos en los que había dormido, encendió el hornillo y puso a calentar agua para hacerse un té. Pensó que no tenía siquiera para lavarse y se echó a llorar. ¿Cada cuánto conseguía lavarse? Mejor no hacer la cuenta. Solo en casa de doña Ofelia, y a escondidas, que aquella buena mujer el agua la veía como un veneno, por no hablar, además, del despilfarro de calentarla. Se lo tenía que pedir casi suplicando, recordarle que, cuando era joven, también ella… Pero eso de la juventud no funcionaba siempre, pues a menudo era justo la juventud lo que hacía que doña Ofelia se enfurruñase.

—Deja estar la juventud, déjala estar en paz, que cuanto antes pase, mejor.

Entonces Margarida tenía que señalarse las costras que se le pudrían por todo el cuerpo, los piojos que no la dejaban dormir.

—¿No podrías pedirlo también en otro de los sitios a los que vas a planchar?

—No lo dice en serio, doña Ofelia. Ninguna tiene tanto corazón como usted.

Era por el corazón por lo que Margarida solía ganársela. Entonces doña Ofelia comenzaba primero a acariciarle el pelo, a preguntarle lo poco y nada que recordaba de su infancia desgraciada.

—No sé, doña Ofelia, es todo muy confuso. Recuerdo apenas a las hermanas de la caridad y luego que serví en casa de una señora que me hacía dormir con los perros.

—¡Con los perros! —exclamaba doña Ofelia fingiendo no haber oído ya muchas veces aquella historia.

—Sí, con los perros. Pero en invierno me daban calor y estaba bien con ellos.

—Pobre niña mía, imagino la peste.

—Mucha, doña Ofelia.

Y como a doña Ofelia, al final, le parecía poder oler aquella peste, se santiguaba y, con una expresión disgustada, le decía:

—Ve a calentarte agua, chiquilla, pero no calientes mucha que es un despilfarro, y lávate con el jabón de la ropa, que sale bien limpia. Y date prisa que en casa hay mucho que hacer y ya ves cómo estoy yo. Tengo un agotamiento que no me deja nunca, es como si se me hubiese metido dentro para quitarme todas las fuerzas. Y unos tirones, Margarida mía, unos tirones por los hombros y la espalda, unos dolores… Tráeme un vaso de agua, hija, y dame un par de Dolviran. Dame al menos dos que, si no, ni siquiera comienzo el día.

Por lo general, en cuanto a los comprimidos de Dolviran, Margarida remoloneaba mucho, le decía que le hacían daño, que debía tomárselos con calma. Pero aquella mañana le daría todos los que pidiese. Si aquella mañana no se lavaba, le parecía que iba a volverse loca. Aunque también necesitaba ropa limpia porque, de otro modo, lavarse no serviría de nada. Y ¿dónde iba a encontrarla? Podía pasar por la iglesia de Santo António, preguntar al sacristán si alguien había dejado por casualidad ropa para los pobres. A veces sucedía, allí había encontrado sus pocas cosas. Pero el sacristán no era generoso, parecía desprenderse de no se sabe qué, y ella era tan tímida y orgullosa que cada vez se juraba que no volvería nunca más. Pero hoy tenía que ir y además pedir a doña Ofelia el favor de poder lavar sus viejos harapos. Aunque aquello no era menester pedirlo. Casi siempre, después del Dolviran, se adormecía, y ella podía lavar lo que quisiera.

Se puso una horquilla en el pelo y voló hacia la iglesia esperando no encontrarse con nadie. Por la calle le pareció no haberse sentido nunca tan sola. Le volvió a la mente una vieja canción titulada *Ilusión*, aunque no recordaba toda la letra, solo el estribillo, y se lo cantaba en la cabeza mientras el deseo de llorar la presionaba fuerte en la base de la garganta, como si una mano se la apretase. Y entonces comenzó a toser, porque le faltaba el aire y toser era la única forma de respirar aún un poco. Así llegó ante el sacristán, en una convulsión que casi no la dejaba hablar.

—Margarida, estás enferma.

—No, no sé qué es, es solo desde esta mañana, me he despertado y he comenzado a toser.

—Ven que te doy una cucharada de jarabe.

Lo siguió en silencio hasta la sacristía, donde una mujer fregaba el suelo.

—Firmina —dijo el sacristán—, dale una cucharada de jarabe para la tos a esta muchacha. —Luego, volviéndose a Margarida, añadió—: Te dejo en buenas manos, pídele que te dé un poco para llevar. Y cúrate, muchacha, no te desatiendas.

Se quedó con aquella mujer, que la miraba con malos ojos mientras continuaba pasando el trapo despacio.

—Ahora termino aquí y te doy el jarabe. Siéntate.

Margarida, no obstante, se quedó de pie mordiéndose los labios por la vergüenza, oyendo el corazón que le bailaba en el pecho. Y de pronto le dieron escalofríos, como siempre que entraba en la iglesia, y pensamientos sombríos que no parecían siquiera creados por ella, sino recitados por una voz que no era la suya. Estar en la iglesia era un poco como cuando se iba quedando dormida; antes de caer en el sueño, veía rostros, uno detrás de otro, solo rostros, sin el cuerpo. A veces estaban serios, otras, en cambio, reían groseros, pero al final se deformaban todos haciéndose monstruosos. Ahora, quizá, era el trapo que aquella mujer pasaba con cansancio por el suelo el que le hablaba.

—¿Es que te ha comido la lengua el gato? —le dijo Firmina.

—¿Tienen ropa?

—¿Crees que la iglesia es una tienda?

—A veces el sacristán me da una poca. Solo tengo esta y está sucia.

Firmina dejó de pasar el trapo y apoyó ambas manos en el palo, y sobre las manos, el mentón, y la miró fijamente a los ojos.

—¿Ropa de noche o de paseo? —le preguntó con una carcajada.

—No importa. Deme solo el jarabe.

—Deme solo el jarabe. Ahora nos ponemos dignas, ¿no, señorita? Los harapos para los pobres están en aquel cesto, toma dos prendas y basta, ¿entendido? Solo dos prendas. El jarabe te lo daré cuando te haga falta.

Y se puso otra vez a pasar el trapo dándole la espalda, moviendo las caderas y resoplando fuerte como para hacerla entender que tenía que darse prisa y marcharse. Margarida metió las manos en el cesto. Le parecía que era una ladrona solo porque aquella mujer se había vuelto a mirar a otro lado.

—Me llevo una falda y una blusa —dijo bajito.

Pero Firmina ni siquiera se volvió a mirarla, solo soltó un feo gruñido de animal. Margarida salió a toda prisa de la sacristía, atravesó la iglesia y, en la puerta, se olvidó hasta de mojarse los dedos con agua bendita y santiguarse. Se acordó cuando en la plaza de la iglesia la inundó un resplandor que parecía la concentración de toda la luz. Entonces tomó una bocanada de aire para no quedar deslumbrada y le pareció que tenía sabor, algo yodado que le recordó el olor de su piel cuando era verano y tendía la colada de doña Ofelia al sol.

Estuvo planchando todo el día. Para comer aceptó solo un pedazo de pan con queso fresco, que casi no consiguió tragar. Masticó y masticó hasta sentir una bola en la boca, que cambiaba muchas veces de sabor.

—Estás muy rara, pobrecita mía —le dijo doña Ofelia, que estaba sentada en la cocina junto a ella—. Pareces asustada y cansada a la vez. Y estás pálida, y no me gusta tampoco cómo respiras. Te enfrías de noche. Margarida, los pulmones son un bien precioso, te los arruinas una vez y quedan arruinados para siempre. No eres siquiera fea. Pero eso no quiere decir nada. Mírame a mí. Tampoco yo era fea. Y quién lo diría, ¿verdad? Lo sé, lo sé. Te podría decir que ha sido el tiempo y, en el fondo, también ha sido eso…, pero ¿sabes?, el tiempo depende de cómo pasa y el mío,

Margarida, el mío ha pasado tan mal que no te puedes hacer una idea. Te lo he contado ya muchas veces, pero a saber si lo has entendido. O puede que sea yo que no sé decir cuánto tiempo me ha pertenecido y cuánto me ha pasado. Tantos días, Margarida, tantos que han formado todos los años que ves que tengo, y todos tirados.

Por lo general, en aquel punto, Margarida intervenía, comenzaba a consolarla, le decía que conocía su vida, que la había entendido, pero que la vida continuaba aun en toda aquella soledad de mujer casada y siempre sin marido.

—¿Quiere que ponga el estofado o lo dejamos aún adobar un poco?

La arrastraba poco a poco de vuelta a la vida cotidiana, donde no había lugar para demasiados pensamientos negros. A veces conseguía incluso hacerla reír un poco, que cantase una canción.

—¿Cómo era aquella? Ay, sí, la que decía «marcho y me quedo», no me acuerdo de la música.

Y entonces doña Ofelia comenzaba a cantar con su vocecita humilde y amable, y le cambiaba la cara, se convertía propiamente en otra. Es más, se convertía en la canción. Y era bonito porque se transformaba como cabalgando sobre aquella letra y aquella música, y la piel se le aclaraba, los ojos se le dulcificaban como a una joven. Llegado aquel punto, también Margarida cantaba y, cuando la canción terminaba, doña Ofelia se echaba a llorar y Margarida a reír, porque ese puede ser el efecto de una canción: la extenuación de la nostalgia para quien no espera ya nada y la emoción de quien, por el contrario, sabe que todo está aún por llegar.

Pero aquel día Margarida estaba callada, solo suspiraba y miraba aquel cielo de Lisboa que parecía una pared azul, pintada a mano capa sobre capa. «Ay, doña Ofelia, ¡si usted me entendiese!». Pero no podía decirle a ella esas cosas, porque doña Ofelia entendía, pero no quería entender ya, solo intentaba olvidar y enterrar para siempre. No se podía hablar con doña Ofelia de esas cosas. Si la hubiesen llamado de la tabacalera, si la hubiesen contratado indefinidamente y no solo de tanto en tanto, cuando alguna enfermaba, entonces sí que habría tenido con quien hablar. Chicas como ella, que en la hora del descanso salían al patio y se ponían a fumar con la espalda y un pie contra la pared, la cara con los ojos cerrados hacia el sol,

cada una contando por turno sus sueños. «Y tú, Margarida, ¿tú no cuentas nada?», le preguntaban maliciosas. Y ella negaba con la cabeza y a quien le alargaba un cigarrillo respondía que no le apetecía y se volvía dentro a retomar el trabajo antes de tiempo, ruborizada, con los latidos del corazón tan acelerados que le daban hasta mareos. Le costaba hacer amigas, solo lo conseguía de pensamiento. Era una cosa íntima, que quedaba encerrada y no salía porque, si les hubiesen preguntado a ellas, a aquellas chicas, no habría habido una que dijese que Margarida era amiga suya. Margarida, la que hablaba poco, solo los saludos a la entrada y a la salida, la que, cuando sonaba la sirena, era la primera en irse, un puntito allá abajo que se alejaba mientras ellas no se apresuraban en absoluto. Margarida ni siquiera se volvía a mirarlas, pero en sus pensamientos bajo llave aquellas chicas de la fábrica eran todas amigas suyas, y sus andanzas las conocía aunque no hablase porque, de lejos, fingiendo prestar atención a otra cosa, las escuchaba. Si uno de aquellos días la llamaban a trabajar en la fábrica, bien, si la llamaban, las cosas irían de una forma muy distinta, conocerían a otra Margarida, la de verdad.

—Doña Ofelia, ¿me puedo lavar? —preguntó tímidamente Margarida.

—¿Lavarte? ¿Aún no sabes que hace daño? ¿Te quieres poner enferma?

—Solo un poco, doña Ofelia, como los gatos.

—Margarida, yo tengo buena salud porque no me lavo más que una vez al mes. El agua, esté caliente o fría, trae reumatismos, y los reumatismos, lo sabe todo el mundo, hacen mucho mal al corazón. El corazón, por si no lo sabes, está dentro de la caja torácica, que es una especie de jaula, y los reumatismos son la enfermedad que retuerce los huesos. En resumen, si los huesos de la jaula se deforman, estrangulan por fuerza el corazón.

—Solo un poco, doña Ofelia.

—Pero con poca agua.

—Poquísima.

—Si luego te pones mala, es asunto tuyo, no vayas a echarme a mí la culpa.

Era aún de día cuando Margarida salió de casa de doña Ofelia con la falda y la blusa que había encontrado en la iglesia. Caminaba por la calle

mirando el adoquinado de la acera, con un viento que parecía llevarla consigo. Y, mientras andaba, recitaba el rosario casi sin darse cuenta porque, mientras lo recitaba, seguía elaborando sus razonamientos, como si aquella letanía no fuese más que una petición de ayuda casi involuntaria, un lamento que desgranaba su pensamiento solo por miedo.

Llevaba en la mano el nudo de un mantel que envolvía el cacharro de lata en el que doña Ofelia le había metido la cena por su jornada de trabajo: un potaje de verduras y dos rebanadas de pan. Torturaba aquel nudo, casi lograba sentirlo caliente entre los dedos, mientras la garganta se le cerraba hasta cortarle la respiración. «¿Es que se me está estrangulando ya el corazón?», se preguntó parando de repente. Y así, inmóvil, con la cena en la mano, probó a escuchar con atención aquel corazón enjaulado y sintió que a cada latido correspondía una caída dentro del pecho y que entre un latido y otro había un silencio demasiado fuerte.

—¿Esta noche dónde le gustaría ir, señorita? —le preguntó una voz a su espalda.

Carlos estaba allí con las manos cruzadas tras la cabeza, iluminado en la frente por el sol que comenzaba a descender lentamente hacia el Tajo.

—Ni siquiera tengo una casa —le respondió Margarida.

—¡Ah!, pero ¡yo tengo muchísimas! ¿A cuál de las mías queremos ir?

Y comenzaron a caminar despacio juntos, mientras Carlos enumeraba sus casas, las direcciones, el número de habitaciones, el tipo de mobiliario. Margarida no decía nada, lo seguía con la mirada siempre en el suelo, como presa de una gran vergüenza.

—¿Qué tiene esta noche? ¿Está triste, señorita?

Pero Margarida seguía callada, con la cena en la mano, que a cada paso sentía golpear contra su pierna derecha.

—¿No me va a decir siquiera una palabra?

—A usted le gusta bromear, yo, en cambio, no tengo mucha inclinación por la chanza. La otra vez fue bonita, pero…

—¿Qué quiere? ¿Destrozarme el corazón? ¿Que me muera del disgusto? ¡Me parecía que nos habíamos entendido!

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Si ni siquiera tiene una casa, tampoco puede tener tanta prisa.

—Déjelo estar.

—Señorita, esta noche está usted más linda que una estrella. Venga, la acompaño.

—¿Dónde?

—A mi casa.

Pero ¿caminaron de verdad? Margarida no lo supo nunca, le dio la impresión solo de que el viento había comenzado a soplar tan fuerte que le pareció haberse echado a volar. Un vuelo raso, se entiende, aunque veloz como el de las gaviotas que a aquella hora iban en círculo entre el cielo y el río, llenando el aire con sus trinos, aquel grito suyo que no se sabe nunca si es feliz o desesperado.

Carlos abrió la puerta de un portalillo mientras le sonreía acariciándole el pelo, luego comenzaron a subir una escalera tan escarpada que ahogaba. Iban de la mano y él la hacía andar deprisa y, así, con el corazón entrampado, ella lo sentía latir en la garganta con muchos golpes, uno tras otro, que le daban mucho miedo.

Entraron en una casa de una sola habitación, con una ventana estrecha y larga desde la que se veían los tejados de la ciudad bajar hacia el Tajo y la otra orilla del río, que a aquella hora había encendido ya sus luces.

—¿Ves qué maravilla? —le dijo pasándole una mano por la nuca—. ¿No habría sido una pena no verlo juntos?

—¿Tú vives aquí?

—Sí. Pero, desde hoy, es también tu casa.

—Por como hablas, no pareces de Lisboa, ¿de dónde eres?

—Del norte, de un pueblecito del Miño con cuatro casas.

—Y, aquí, ¿a qué has venido?

—A trabajar.

—¿Y en qué trabajas?

—Soy pastelero. Los dulces no te faltarán nunca, dulzura mía.

—No sé si puedo quedarme aquí contigo.

—¿Y a quién tendría que pedirle permiso una muchacha que no tiene siquiera una casa? No me digas que tienes familia.

—No, no la tengo. ¿Y tú?

—Allá arriba, en el Miño. Están lejos.

Margarida calentó el potaje en un hornillo renegrido y que, al encenderlo, llenó la habitación con el olor del café quemado. Comieron en silencio, sentados en la cama, aquel potaje de verduras, dividido en dos, y las dos rebanadas de pan. Carlos le sirvió también un vaso de vino tinto del Duero, que le subió enseguida a la cabeza dándole muchas ganas de reír. Por la ventana entraban la luz de la luna y un poco de aire que hacía tililar la llama de la vela, que se alargaba hacia un lado y luego hacia el otro, y el fuego de aquella llama parecía entrarle en los ojos, provocarle placer e irritación a un tiempo, casi como aquel vino, que quemaba el estómago, pero también aliviaba. Se le enrojecieron las manos y luego las mejillas, mientras él, aun antes de darle el primer beso, le soltaba los botones de la blusa con la habilidad de un prestidigitador.

—¿Sabes que sé hablar con la tripa? —le dijo en voz baja—. Mira, ¿lo ves? Te hablo, pero tengo la boca cerrada.

Luego la empujó con dulzura para tenderla sobre la cama, sopló sobre la vela su aliento alcohólico, que antes de ir a apagarse ardió con más luz, y en aquella reverberación la miró a los ojos como para hipnotizarla con su pasión.

Margarida cerró los ojos en el momento en que algo entró en ella quemándole las entrañas, entonces dio un gran suspiro, apretó con las manos el borde de la cama, que oyó crujir entre los dedos como si estuviese hecha de muchas esquirlas de cristal, y apretó con fuerza la mandíbula para no gritar, para no pedir ayuda. Y cerrados como estaban, dejó que sus ojos se soltasen, los agarró y los puso sobre el alféizar de la ventana, aún abierta, para que alzasen el vuelo y abandonasen aquella habitación uniéndose a los murciélagos en la oscuridad de la noche.

OceanofPDF.com

IV

Manuel Ramalhete se afeitaba ante el espejo roto colgado en el baño, mientras su madre y su hermano Laertes, casi veinte años mayor que él, desayunaban en la cocina. Se rasuraba con lentitud y se sonreía. No es que fuese particularmente feliz, es que se sonreía siempre, o mejor dicho, hacía todas las mañanas pruebas ante el espejo de cómo reír y sonreír sin que se viese que le faltaban dos dientes. Por suerte, eran dos dientes del arco superior izquierdo, bastante atrás. Tenía que acordarse de no fruncir demasiado el labio superior y, sobre todo, de no sonreír de lado, porque sonreír de lado requiere una dentadura perfecta. Conocía bien todos los detalles, pero era mejor no arriesgarse. «Recuerda Manuel —se decía—, el verdadero conquistador no olvida nunca ni un detalle. Para quien hace de las mujeres el elemento principal de su vida, el detalle se transforma siempre en el conjunto». Le gustaba esa frase, tenía la impresión de que la hubiese dicho alguien importante, pero él, al no recordar quién, la había hecho suya. No, no era modesto, muy al contrario, Manuel Ramalhete no lo era en absoluto; le gustaba imaginar que un pensamiento suyo fuese profundo hasta el punto de haber sido ya pensado por una mente superior. Algunas veces, cuando le decía la frase a alguien, añadía a continuación: «Y mira que no lo digo yo, ¿eh?, lo dijo Maupassant, un grandísimo escritor francés». Manuel Ramalhete no había leído un libro en su vida, pero era astuto como un zorro, escuchaba todo lo que decían los demás, escuchaba en los bares, en las calles, en los tranvías y, al final, escogía lo que podía servirle para quedar siempre bien.

Su hermano Laertes era como un padre para él, lo veneraba, era su ejemplo inalcanzable. Un hombre humilde que hablaba inglés, francés y

alemán. ¡Alemán! ¿Cuántos hablaban alemán en Portugal? Por eso había conseguido aquel buen puesto de trabajo, un puesto importante, de auténtico prestigio. Jefe de contabilidad en el primer despacho que la aerolínea alemana Lufthansa había abierto en Lisboa. Su hermano era todo lo contrario a él. Alguien serio, que había estudiado a la vez que trabajaba, en contra de toda la familia. «Laertes —le decía el padre—, ¿por qué pierdes tanto tiempo con los libros? De noche harías mejor en dormir». Luego el padre había muerto y no había podido ver hasta dónde lo habían llevado todas aquellas horas de estudio. Pero lo había visto la madre, que llevaba en palmitas a aquel hijo que, aun después de casarse y hasta tener una hija, todas las mañanas pasaba por casa y se sentaba a la mesa de la cocina para desayunar con ella.

—Tenemos que ayudar a Manuel, ¿no cree, madre? —le preguntó bebiendo el café.

—Creo que, si te lo puedes permitir, harás bien en ayudarlo, es tu único hermano. Qué jugarreta del destino, ¿verdad, Laertes? Aparte de Julieta, solo dos hijos varones que se llevan tanto.

—Claro que puedo permitírmelo. No me gusta verlo de paseo por toda la ciudad con esa gran maleta a la espalda. Y, además, así podría ampliar su volumen de negocios, podría decir a la fábrica que puede llegar también más lejos. Le aumentarían el sueldo o, mejor aún, podría pedir una comisión sobre las ventas. Si sigue así, terminará rompiéndose el espinazo, pobre hijo nuestro.

Lo llamaban así siempre entre ellos: «pobre hijo nuestro». Como si toda aquella diferencia de edad hubiese transformado al hermano mayor en una especie de padre.

Manuel terminó de afeitarse y se contempló en el espejo. Se hizo la raya primero de un lado y luego del otro, se puso de perfil, de tres cuartos. Y una parte de su rostro seguía siempre un poco en la sombra por culpa de aquel espejo roto en el que, justo a la izquierda, también había comenzado a aparecer una veladura. Se anudó la corbata y se puso la chaqueta que estaba colgada en el gancho de detrás de la puerta. Estaba satisfecho, sabía que, aunque pobre, conseguía ser elegante. En virtud de su trabajo, claro, porque un representante de confección no podía ir por ahí como un mendigo. Y

también gracias a la mujer del dueño de la fábrica, que sentía por él una debilidad de la que él se aprovechaba solo lo suficiente para tener siempre prendas nuevas que lucir en las tiendas. Sabía cómo manejarse Manuel, una sonrisa, una pequeña galantería, y luego la dejaba allí suspirando, preguntándose si aquel muchacho se había dado cuenta de que la había enamorado un poco. Ay, si se había dado cuenta…, y hasta algo se había planteado con aquella abundante señora, pero con el trabajo no se jugaba. El dueño, el señor Tenorio, era muy celoso de la esposa. No, él no se arriesgaba, el mundo estaba lleno de mujeres, y de la señora quería solo el privilegio de ponerse un buen traje, justo para que los comerciantes viesen lo bien que sentaban. Y como él, no es por nada, tenía buena planta y sabía cómo dar valor a un traje de Crimal, prestarle uno de vez en cuando no era más que buena publicidad y, con eso, hasta el señor Tenorio estaba más que encantado.

Los comerciantes de la Baixa se habían acostumbrado a verlo llegar con aquella gran maleta a cuestas, en la que llevaba las muestras dobladas una sobre otra. Una maleta pesadísima, que lo hacía sudar hasta en pleno invierno. «Manuel, ¡vas a sacar músculo!», le decían. Y luego, tras haber cerrado las ventas, le ofrecían siempre algo en el bar de al lado. Manuel Ramalhete sabía cómo tratar a los clientes, tenía labia y, cuando sacaba de la maleta las nuevas creaciones de Crimal, sabía cómo hacerlas destacar, como si bajo su toque aquellas telas se pusiesen a hablar solas, a decir de dónde venían, lo preciosas y lo baratas que eran. Se ponía una chaqueta, daba unos pasos dentro de la tienda, para luego pararse ante el espejo de cuerpo entero, dar dos o tres vueltas, quitarse la chaqueta, arrugarla entre las manos, volver a extenderla para mostrar que de todo aquel maltrato no quedaba siquiera una arruga. Tras haber tomado el pedido, volvía a doblarlo todo y a meterlo con cuidado en la maleta, sin olvidarse nunca de decir que los tejidos son como las mujeres bonitas, hay que tratarlos con decisión y delicadeza a un tiempo. Y luego se iba, dejando tras de sí el sonrojo confuso de las jóvenes dependientas turbadas por sus modales.

Cuando se presentó en la cocina para desayunar, la madre le dijo:

—¡Qué elegancia, Manuel! ¡Estás hecho un figurín!

Y él giró sobre sí mismo para que lo admirasen mejor, y la madre aplaudió, y al hermano se le humedecieron los ojos, porque nunca conseguía mirarlo sin conmoverse, sin pensar que, en el fondo, aquel muchacho casi no había conocido a su padre, es decir, sí, lo había conocido, pero había muerto cuando él tenía solo ocho años y a aquella edad ¿qué puede quedar de un recuerdo? Casi nada. Se conmovía pensando en su padre, tenía aquel pensamiento común que todos tienen de los muertos: el de imaginar qué habrían dicho y pensado si hubiesen estado vivos. Y entonces se puso de pie y abrazó a aquel hermano menor mucho más bajo y enclenque que él, más pequeño en todo, y como cada vez que lo abrazaba le estrechó al final también las manos y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Manuel, puesto que mi bolsillo se lo puede permitir, he decidido comprarte un automóvil, así dejas de pasearte por toda Lisboa con esa enorme maleta llena de ropa a la espalda, es más, puedes ir a vender los trajes de Crimal también fuera de la ciudad y, un día, puede ser, incluso por todo Portugal.

De la alegría, parecía que a Manuel Ramalhete le hubiesen robado el habla. Allí se quedó, con la cara morada y la boca abierta de par en par. ¡Un automóvil! Un automóvil solo para él. Y ¿cuántos automóviles había en Lisboa? ¿Cuántos podían decir que tenían uno? Para un vanidoso como él, aquel fue un día memorable. Y qué ligera fue aquel día su maleta con el pensamiento de que, muy pronto, no tendría que cargarla a cuestas.

Se lo dijo a todos los comerciantes y a todas las dependientas, y todos le dieron la enhorabuena, aunque velada de una sutil envidia.

—Vas a ser alguien importante, Manuel —le decían—. Y ¿cómo habrá que llamarte cuando te presentes en automóvil?

Él se hacía el esquivo, decía que no, que seguiría siendo el mismo, pero por dentro pensaba que, una vez estuviese al volante de su automóvil, ante el nombre y el apellido quedaría sin duda muy bien el título de doctor, sí señor, *doutor* Manuel Ramalhete.

Aquella noche, después de haberse hecho llenar por la madre una tina con muchas cacerolas de agua caliente, Manuel Ramalhete se dio un baño. Si llegaba a ser rico, le gustaría tener un bonito cuarto de baño y poder

lavarse todos los días. La higiene, para él, era sinónimo de progreso, y el mundo no sería de verdad moderno hasta que todo el mundo se pudiera permitir el lujo de estar siempre limpio. Aquel baño que se concedía una vez a la semana, y que su madre consideraba una extravagancia, era para él uno de los mejores momentos. A remojo reflexionaba, dejaba correr los pensamientos tras el encanto de alguna muchacha entrevista o admirada, imaginaba sus posibles conversaciones, las reticencias de ella y las palabras incisivas que él usaría para vencerlas. Pero aquella noche, en el agua caliente, la muchacha tenía rostro y nombre y, por mucho que intentara refrenar su imaginación, no conseguía quitársela de la cabeza. No es que fuese más guapa que tantas otras que ya había cortejado, pero hacía algún tiempo que acariciaba la idea de casarse, de formar una familia. Una esposa, casa, hijos. Le parecía que hubiese llegado el momento y Ofelia tenía todo el aire de ser la mujer ideal para sentar cabeza. Una esposa, por otra parte, no había que elegirla por su hermosura. Tampoco es que tuviese que ser fea, pero escogerla demasiado bonita no dejaba de ser un riesgo. Y la belleza podría ir a buscarla siempre en otro sitio, que un hombre, ya se sabe, no se conforma con solo una mujer. Un detalle insignificante, algo que toda esposa sabía y daba por descontado. Una buena mujer no se preocupa por eso, las mujeres de bien quieren ser esposas y no dan demasiada importancia a lo demás. Y una buena esposa debe ser también una mujer orgullosa, de las que no muestran nada y se lo guardan todo. Por otra parte, si el orgullo no estaba entre los pecados capitales, alguna razón habría para ello. Y la razón era la tolerancia. Solo una mujer orgullosa tragaría cualquier bocado amargo sin siquiera mostrarlo. Él ya había tenido mujeres le habían colocado el orgullo a los pies y no le habían gustado nada. Con esas mujeres había cortado por lo sano. En absoluto aceptaría vivir con alguien que fuese a montarle escenas toda la vida. Para él quería una de esas mujeres que, como mucho, alzan una ceja y luego suspiran en silencio, una que, ¿cómo decirlo?, no exige. Tras salir de la tina, se secó y se puso ropa limpia; luego encendió un cigarrillo, le dijo a su madre que iba a dar un paseo y, lentamente, desde Graça, se dirigió a Alfama. Era casi la hora de cierre, se pondría a unos metros de distancia, en la acera de enfrente, y esperaría a que Ofelia saliese de la tienda.

La brisa del Atlántico era perfumada y el cielo estaba lleno de gaviotas. A lo largo del trayecto, Manuel Ramalhete miró tres veces el reloj y, sin sentirse nervioso, tuvo la impresión de haberse puesto a contar los pasos y el tiempo, como si, hacia la dirección que había tomado, los pasos y el tiempo tuviesen quién sabe qué importancia. Tenía la expresión confiada de quien camina hacia un futuro seguro, y eso le causaba cierta euforia. Manuel Ramalhete era aún muy joven aquel 13 de mayo de 1939, le faltaba un mes para cumplir los veintidós.

La tienda estaba aún abierta, pero dentro ya habían apagado las luces. Le vino a la mente que aquel día Ofelia podía no haber ido a trabajar, pero no quiso darse crédito, buscó en el bolsillo de la chaqueta los cigarrillos y se encendió otro. El humo se iba veloz con el viento, parecía no tener siquiera tiempo de salirle de la boca: apenas lo echaba fuera, el aire lo barría lejos.

Estaba a punto de entristecerse cuando la vio salir. Sintió que algo se le anudaba dentro, entre la garganta y el pecho, y sonrió casi a la vez que carraspeaba. Una de sus sonrisas estudiadas, de seductor.

Ofelia fingió no verlo y comenzó a bajar la calle aprisa, mirando al suelo. Él, por detrás, la tomó de un brazo y le dijo:

—Ofelia, ¿dónde va con tanta prisa?

—No recuerdo haberle dicho mi nombre —dijo Ofelia—. Y, por tanto, usted no debería atreverse. ¡Vamos! —dijo bajando de pronto el tono de voz y mirando alrededor—, ¡mandarme un libro de poesía a la tienda! No le ha gustado nada a mis padres. Usted se ha tomado libertades que no debía y se ha equivocado.

—¿Quiere decir que he causado una mala impresión?

—Una impresión pésima.

—Y ¿cómo puedo remediarlo?

—Váyase.

—Pero, al menos, ¿el libro le ha gustado?

—No lo he leído. No leo libros que me regalan desconocidos.

—¿Y el título? *En el mar…*

Ofelia tuvo que apoyarse en el muro porque le dio un ataque de risa que le cortaba la respiración. Reía sin hacer mucho ruido, al contrario, casi se

tragaba el sonido, pero reía en verdad a más no poder. Al principio, Manuel Ramalhete no lo entendió, luego, cuando se dio cuenta de que aquella mujer se estaba riendo de él como una loca, cambió de expresión y comenzó a ofenderse seriamente.

—Perdone —dijo Ofelia volviendo a respirar casi con normalidad—. Perdóneme de verdad.

—¿Y bien?

—¿Sabe?, esa forma en la que ha dicho *En el mar*… Créame, parecía la serpiente de Adán y Eva con la manzana en la boca. Pero ¿cómo se pueden poner esas caras?

—¿Qué caras?

—La de cuando ha dicho *En el mar*… Aunque viva cien años, no voy a olvidarla.

—Una serpiente…, es ofensivo.

—Bah, ¿qué quiere? Mirándolo bien, usted se parece un poco a una. Soy sincera.

—¡Ah!

—Y, además, escuche, quiero confesarle algo, pero usted no debe decírselo a nadie. ¿Promete guardar el secreto?

—Lo prometo.

—Está bien, yo, la historia de la serpiente, ni me la he creído nunca ni me la voy a creer. Ha sido, se lo digo yo, toda una invención contra nosotras, las mujeres. Inventada de arriba abajo.

—O sea, que la serpiente no existió nunca.

—Diría yo que no. Y, para decirlo todo como es, añadiría que la serpiente y Adán son la misma cosa.

—Es decir, ¿la manzana se la hemos hecho comer nosotros?

—Eso es y, créame, además envenenada.

—¿No se estará quizá confundiendo con otra historia?

—No creo. Y, luego, mire, usted con la otra historia saldría perdiendo. Adán o la serpiente aún va bien, pero una bruja…

—Está bien, está bien. Dejémoslo ahí. Prometo que no volveré a hacerle nunca obsequio de ningún libro. Las flores, ¿le gustan?

—No mucho. Pobres flores, arrancarlas de la tierra para ponerlas en un jarrón con agua, dejarlas ahí a remojo hasta que se marchitan. Y, luego, esa peste… Una cosa tan perfumada que se transforma en esa peste. Sacarlas del agua para tirarlas cuando están mustias me supera, esa descomposición me repugna. Regalar flores obliga a una tarea demasiado desagradable. No, déjelo estar, quizá una planta, pero de las suculentas, ¿eh? Así no tengo que acordarme de darle agua todos los días, y luego siempre con el miedo de haberla regado poco o de más. ¿Entiende usted algo de plantas? Son complicadas, tan hermosas cuando llegan…, luego, una vez en casa, comienzan a estropearse, las hojas se mustian, el tronco se hincha, se pone blando, se llaga y, después, de un día para otro, se llena de pulgones y…

—¿Puedo, al menos, invitarla a tomar algo?

—¿A esta hora? ¿Y qué quiere que tome? Soy abstemia.

—Un zumo de naranja.

—Por la mañana es oro, por la tarde plata, por la noche mata. ¿Quiere matarme?

—¿Puedo volver mañana por la mañana?

—Detesto el zumo de naranja, me da acidez.

—¿Quiere decidir usted a qué puedo invitarla y a qué hora?

—¿De verdad lo desea tanto?

—Sí, lo deseo.

—Está bien, entonces lo pensaré.

—¿Y cómo me lo hará saber?

—Ah, eso no me preocupa. Usted es una de esas personas que una acaba por encontrarse siempre.

—Un latoso.

—Escuche, ahora tengo que irme, de verdad. Se está levantando viento y la humedad me da dolor de garganta.

—¿Es siempre usted así de romántica?

—No, no siempre.

Y, sin siquiera despedirse, Ofelia giró sobre sí misma y comenzó a caminar aprisa a lo largo de una callecita que bajaba. Sintió que las rodillas le temblaban y casi no la mantenían en pie, pero no quiso hacerles caso, respiró profundamente, tanto que corrió el peligro de marearse, y siguió

mirando al frente. Sabía que se había quedado allí observando cómo ella se iba. No necesitaba volverse para confirmarlo y, así, cuando lo oyó gritar: «No crea que me ha desanimado, ¡no soy de esos!», aceleró el paso lanzándose al viento con la boca abierta y tragando tanto que aquella noche tuvo que hacer gárgaras con agua y bicarbonato para aliviar las amígdalas.

En la oscuridad de su dormitorio, aquella noche, Ofelia estuvo con los ojos abiertos hasta casi el alba. Encendió y apagó la luz muchas veces para mirar la hora, dio vueltas en la cama, rezó desgranando el rosario de Nuestra Señora de Fátima bajo la almohada al menos diez veces. A las seis estaba ya en pie y a las siete menos cuarto subía la cuesta que la llevaba a la iglesia de São Miguel. Después de la misa preguntó al sacerdote si la podía confesar.

—Hoy no tengo tiempo, Ofelia —le respondió—. Tengo que ir fuera de Lisboa.

Pero Ofelia insistió tanto que el sacerdote alzó los brazos al cielo y luego los dejó caer a los costados en señal de rendición.

—Está bien —le dijo—, pero démonos prisa. Y esperemos que tus pecados sean de verdad tan urgentes.

Ofelia lo vio desaparecer en la sacristía y luego volver con una estola morada que, desde el pecho, le bajaba sobre la barriga prominente. Se dirigió al confesionario con los andares pesados de los enfermos de gota, arrastrando con esfuerzo, sobre todo, la pierna derecha. Cuando llegó el sacerdote, Ofelia estaba ya de rodillas ante la rejilla metálica que conservaba siempre intacto el olor de todos los alientos. Era por eso por lo que se confesaba de perfil, porque con el calor de la respiración del sacerdote el olor de la rejilla se volvía nauseabundo y le daba ganas de vomitar. Aquella mañana, además, el estómago lo tenía ya revuelto de por sí, no habría hecho falta mucho para que sintiese las primeras naúseas. Y cada vez pensaba que también aquello era un pecado que debía confesar, pero no tenía nunca el valor, suplía aquella falta añadiendo siempre un par de oraciones por cuenta propia a las que le imponía el sacerdote como penitencia. Como si aquello de la penitencia no fuese ya de por sí un absurdo. Y ¿desde cuando rezar, para un creyente, se había convertido en

una penitencia? Pero estos pensamientos, Ofelia, se los guardaba para sí, como la historia de la serpiente.

—A ver, hija bendita, ¿qué has hecho? —le dijo el sacerdote.

—He conocido a un hombre, que luego me ha enviado un libro de poesía a la tienda y que al día siguiente estaba allí delante esperándome y quería invitarme a una naranjada. Pero yo no la he aceptado, padre, y le he dicho que, además, el libro no me había gustado, es más, que ni siquiera lo había leído, y que no debía atreverse tampoco a mandarme flores, porque a los pocos días de estar en un jarrón apestan, y luego…

—Y luego… es que te has vuelto loca.

—Es que no he dormido en toda la noche y, además, aunque hice gárgaras, me parecía que, por la garganta, no me bajaba siquiera el aire. Y, luego, durante la noche, me he preguntado si es posible que lo vuelva a ver, porque yo no sé si lo quiero volver a ver. ¿Qué debo hacer, padre?

—Ofelia, hija bendita, ¿qué tienes? Si es un buen chico, avanzará con buenas intenciones, hablará con tu padre y luego os conoceréis mejor. Deja que las cosas las lleve adelante la naturaleza, escucha la voz de tu corazón. Ofelia, da tiempo al tiempo y, ahora, deja que me vaya.

—¿Y la penitencia?

—¿Y qué penitencia quieres hacer? Reza lo que te apetezca rezar, pide ayuda al Señor. Ruégale que no te deje volverte loca o convertirte en una solterona.

—Es que tengo un presentimiento.

—¿De qué tipo, hija bendita?

—No lo sé, padre. Algo relacionado con medicamentos.

—No hay medicamentos para el amor. ¿Cuántos años tienes, Ofelia?

—Casi treinta.

—¿Y no te parece que ha llegado la hora?

—¿Y si fuese en mala hora?

—¡Qué cosas dices!

—Padre, siento algo dentro del pecho, como una piedra dura que, cada poco, sin embargo, se disuelve.

—Muy bien, eso es. Tú deja que se disuelva.

—¿Y si fuese de fuego? ¿Y si luego me disuelvo yo toda en las llamas?

—Llevas sola demasiado. Las mujeres no deberían estar tanto tiempo solas. Un marido no quiere decir en absoluto ir al infierno.

—¿Y si lo fuese?

—¿Qué ideas te pasan por la cabeza? El matrimonio es un sacramento, ¿entiendes? Algo sagrado, consagrado por el Señor. Y, ahora, santíguate, Ofelia, y deja que me vaya.

Cuando el padre salió del confesionario, Ofelia lo vio irse casi a la carrera hacia la sacristía, arrastrando tras de sí la pierna entumecida por los dolores. Ella se quedó de rodillas donde se encontraba, solo cambió de posición la cara, que de perfil como estaba puso directamente contra la rejilla aún caliente por el aliento del sacerdote, un calor que hizo volver todos los alientos de quienes se habían confesado, años de alientos de otros condensados allí, entre las rendijas de la rejilla, depositados palabra a palabra, alientos también amargos, de digestiones lentas, que allí donde habían quedado habían casi cocido aquel metal, lo habían dejado más fino. Y ahora que estaba sola, le pareció que además de un olor, aquella rejilla tenía también un sabor, y era como sentir en la boca toda aquella mezcla de huevo echado a perder, toda aquella azufrera. No tuvo tiempo de levantarse antes de que la primera arcada le hiciese escupir una espumita casi amarilla sobre la madera en la que aún tenía los codos apoyados.

Aquel día Ofelia entró en una farmacia, le dijo al farmacéutico que se sentía rara, como si un círculo en la cabeza le apretase fuerte las sienes. El farmacéutico le dio una caja de Dolviran, le dijo que tomase una pastilla con el estómago lleno y un buen vaso de agua. Ofelia siguió al pie de la letra las instrucciones del farmacéutico, luego se tumbó en la cama y se quedó dormida. Al despertar, le pareció que se sentía mucho mejor, agarró la caja de Dolviran que había dejado sobre la mesilla y, en un gesto de pagana gratitud, la besó y se la apretó contra el corazón.

OceanofPDF.com

V

Margarida parecía otra. Siempre con la sonrisa en los labios. Además, las cosas buenas siempre traen consigo otras. Sucedió así, de un día para otro. Caminaba por la calle y oyó pasos a su espalda. Se detuvo y se volvió por instinto, y quien la seguía, para no tropezarse con ella, tuvo que agarrarse a un farol y frenar su carrera.

—Margarida, pero ¿te has quedado sorda? ¡Hace un rato que voy detrás de ti llamándote!

Vista así, con el sol entrándole en los ojos, Margarida casi no la reconocía. Contra aquel sol tuvo que poner una mano, que alzó a la altura de la frente y, entonces, en aquella luz distinta, pudo finalmente enfocarla.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó Maria da Luz.

—Nada, no te he oído.

—Me has hecho correr tanto que me falta la respiración. Te he visto de lejos, te he llamado…, qué casualidad, mira, ¡una auténtica suerte!

—¿Por qué?

—Porque hoy, en la fábrica, Madalena, ¿sabes?, la del norte…

—¿Qué?

—Ha dicho que se casa y que vuelve a su tierra, allí arriba, a Trás-os-Montes.

—¿Y por eso corres tras de mí con tanta alarma?

—Margarida, la fábrica, ¿entiendes? Se queda libre un puesto, si mañana por la mañana te presentas, te contratan.

—¿Tú crees?

—Pues claro, ya te conocen de hace tiempo, ¡cómo no te van a contratar! Es más, yo ni siquiera esperaría a mañana.

—Y ¿qué hago? ¿Me presento así? Voy allí, digo que me han dicho…

—No hay nada de malo, si quieres te acompaño y digo que he sido yo quien te ha avisado. Mira que justo cuando salía he oído decir que alguien había dado ya tu nombre.

—¿Estás segura?

—¡Con estos oídos, Margarida!

—Está bien, entonces vamos.

Y así tomaron el tranvía que pasaba justo en aquel momento, hicieron señal al conductor, que las dejó subir aunque aquella no era aún la parada. No sabían qué decir durante el viaje, toda aquella emoción las había dejado mudas. A Margarida le hubiese apetecido mucho hablar, pero como no era capaz se puso a hacerlo en la cabeza y, así, mientras el aire que llegaba de la ventanilla abierta le alborotaba el pelo suelto y le sonrojaba las mejillas, comenzó a contarle, aunque solo de pensamiento, que se había enamorado, que le había sucedido también a ella lo que a todas las chicas de la fábrica. Pero que la suya era una historia especial, especial de verdad, porque Carlos sabía convertir la vida en magia.

Pero se quedó callada, recibiendo el viento, intercambiando solo de vez en cuando una mirada con la amiga, para luego reír juntas como dos insensatas, con una alegría hecha solo de juventud.

Cuando llegaron a la fábrica, Margarida preguntó a Maria da Luz si iba bien peinada. La otra hizo una mueca como para decir que «no mucho», y con las manos le atusó el hermoso cabello negro. Luego dieron las dos un buen suspiro oxigenante, entraron y se encaminaron hacia la Administración.

El empleado le hizo rellenar un formulario con sus datos aunque ya los tenían. Luego le pidió que se sentase y esperase a que la llamara el director.

—No sé si así, sin una cita, te recibirá —le dijo—. En cualquier caso, lo intentamos. Puede que sea tu día de suerte.

Se sentaron en un banco y Maria da Luz la tomó de una mano y se la apretó fuerte. Margarida no recordaba haber tenido nunca un contacto tan íntimo con ninguna de las obreras. No creía tampoco que ninguna fuese su amiga de verdad allí dentro, silenciosa como era, siempre esquiva, lista para salir corriendo al sonido de la sirena y sin nunca mirar atrás. Maria da Luz

había sido amable al acordarse de ella, se había comportado como una amiga de verdad. Y, ante ese pensamiento, Margarida sintió vergüenza, se dijo que, desde ese momento, fuesen como fuesen las cosas, dejaría de actuar como si le hubiese comido la lengua el gato. Devolvió el apretón solidario de aquella mano, y la amiga le dirigió una mirada cómplice de las suyas, con la nariz arrugada, que como por milagro le iluminaba la sonrisa y la hacía guapa.

Cuando la avisaron de que podía entrar, Maria da Luz le deseó buena suerte con un pellizco en la muñeca y le dijo en voz baja:

—Te espero aquí.

Era la primera vez que Margarida veía al director de la fábrica. Estaba inclinado sobre muchas hojas detrás de un escritorio de madera oscura. Era calvo, de rostro afilado, con unas gafitas redondas en la punta de la nariz aguileña.

—No te quedes ahí en la puerta —le dijo—. Ven y siéntate.

Margarida avanzó, pero no le llegó el valor para sentarse. Se quedó de pie. Y aquel hombre ni siquiera levantó la cabeza de sus hojas, siguió leyendo como si ella no estuviese. Comenzó a sentir frío en las piernas, una especie de desfallecimiento en las rodillas, pero también algo que le latía fuerte en la garganta y le provocaba un principio de angustia. Para no caer redonda al suelo, tuvo que pensar en Carlos, se lo imaginó revoloteando en aquella habitación suya, con un cartel en la mano que debía de haber visto alguna vez de niña, aunque no recordaba dónde, en el que ponía: «*Sonhar è bom*». Soñar es bonito, quién sabe a qué se refería, a qué sueño realizable. Puede que al de irse lejos, a otro país, en busca de fortuna. Se le encogió el corazón en un mal pensamiento. No, no había que partir nunca, su sueño era quedarse, no tener que marchar, que nadie tuviera que tomar la decisión de irse lejos para no volver.

—A ver, se libera un puesto de obrera y tú te ofreces enseguida como sustituta —le dijo de improviso el director.

—Me acabo de enterar, director. Aquí vengo solo de vez en cuando.

—Lo sé, lo sé. Como jornalera. Hará cerca de un año, ¿no?

—Sí, señor. Un año y dos meses.

—En tu ficha no leo notas de mérito, aunque tampoco de demérito. Eso ya es algo, ¿no te parece?

—Trabajo y sé estar en mi puesto.

—Muy bien. Al trabajo se viene a trabajar. No me gustan las que vienen convencidas de poder estar de tertulia. Harás tres meses de prueba.

—No le daré problemas.

—Bien. Comienzas mañana. Y acuérdate de que la puntualidad, aquí dentro, es lo primero.

Y mientras ella se quedaba allí esperando que la despidiese, el director retomó la lectura de todas aquellas hojas, una tras otra, bajando de nuevo la cabeza y sin volver a levantarla. ¿Qué debía hacer? ¿Podía salir así, sin permiso? ¿Y si era una trampa para ver su comportamiento? A lo mejor se iba de puntillas, abría despacio la puerta y un grito la detenía en el umbral. «¿Es este tu respeto? ¿Es así como se sale del despacho del director? ¡Vaya una educación! Bien, te puedes evitar ser puntual mañana. ¿Sabes?, mejor te quedas durmiendo». ¿Y si pedía permiso? ¿También aquello se tomaría como una falta de respeto? ¿Se puede preguntar a un director?

—¿Qué haces ahí pasmada?

—Con su permiso, director.

Intentó apresurar el paso, pero a las piernas les costaba obedecer, continuaban blandas y asustadas. Cuando se cerró la puerta a su espalda, soltó un suspiro de alivio. Maria da Luz seguía allí esperándola. En el patio se tomaron de la mano y salieron de la fábrica corriendo.

Con un trabajo, una casa y el hombre al que amaba, la vida de Margarida cambió por completo. Por la mañana, cuando se despertaba con las primeras luces, se quedaba un rato mirando a Carlos que dormía aún, se ponía de lado con la cabeza sobre la almohada, para recorrer con los ojos aquellos rasgos dormidos sobre los que le divertía soplar un poco para verlo arrugar la nariz, o mover los párpados cerrados, o amagar una mueca de fastidio con los labios. Algunas veces, cuando salía de casa, él continuaba aún atrapado en el sueño. Entonces le dejaba una nota de amor sobre el pecho o entre las manos; así, cuando se despertaba, el primer pensamiento tenía que dedicárselo a ella. Margarida se imaginaba aquellos despertares

solitarios, le parecía estar viéndolo, bostezando y con aquella nota suya en la mano, dándole los buenos días aun de lejos.

Margarida iba al trabajo en el tranvía, que renqueaba en los ascensos y los descensos y cada tanto parecía ir a salirse de las vías para caer a toda velocidad, a estrellarse quién sabe dónde. Durante el trayecto contaba con gran ansia el tiempo que pasaba, se preguntaba a continuación cómo era posible que ella, que no había pedido nunca nada, ahora, de repente, tuviese tanto.

Cuando llegaba a la fábrica, trabajaba sin levantar nunca la cabeza y era la última en oír la sirena de la pausa. Había siempre alguna otra obrera que venía a tirarle de un brazo y decirle que era hora de comer y tomar un poco el aire. Pero ella aire no tomaba, se quedaba dentro, comía deprisa lo que se había llevado, casi sin sentir el sabor, corroída por aquel reciente frenesí del que había sido presa ya al conocer a Carlos. Algo le decía que debía quemar etapas. Pero ¿qué etapas? Sacudía la cabeza. «Las respuestas no vienen nunca cuando las buscas —pensaba—. Mientras las buscas, es como caminar en la oscuridad», y con ese pensamiento se sentía más contenta.

Desde que había perdido el trabajo en la pastelería, Carlos, por el contrario, se había vuelto extraño. No reía y no tenía ganas de hacerla reír. Por la noche Margarida lo encontraba sentado en la cama, con la cabeza entre las manos y aquel hermoso pelo liso y engominado saliéndole por entre los dedos, mientras la nariz afilada seguía inclinada, los ojos fijos en el suelo. Ella ponía a calentar el potaje de verduras, llenaba la jarra de agua, cortaba el pan, ponía la mesa, le decía: «Ven, ven a comer mientras está caliente. Encontrarás tarde o temprano otro trabajo. No nos falta de comer, nos las arreglaremos como hacen todos».

Podría haber tenido incluso un motivo para hacerlo reír, pero lo aplazaba, quería que fuese en el momento justo. El momento justo, sin embargo, no llegaba.

Pero aquella noche no pudo más. Había vuelto a casa con un corazón expandido en el que navegaba demasiado amor para conseguir mantenerlo aún callado. A la mesa, se puso a hacer el malabarista.

—Cariño, ¿te acuerdas? ¿Quiere una flor, señorita?

Y entonces se metió una mano en la blusa y fingió sacar una flor, que le ofreció a él con una hermosa sonrisa en los labios. Y se quedó así, como en una fotografía, con una flor en la mano que solo ella veía.

—No estoy de humor —le dijo Carlos pasándole una mano por el cabello—. Puede que otra vez, ¿eh? Ahora, la verdad, no me apetece.

Comieron sin decir nada. Margarida sentía en el pecho un bloque como de piedra, es más, algo que parecía un hueso atravesado. No sabía nada de la vida, quizá era ese el plazo del amor, una cosa breve, de la que luego quedaba solo un recuerdo.

—¿Cuánto dura, según tú, el amor entre dos personas? —le preguntó de repente tras haber apurado un vaso de agua.

—¡Qué preguntas! Depende. No todos los amores son iguales. Los hay que duran toda una vida y otros que, en cambio…

—Y el nuestro ¿de qué tipo es?

—Vaya una pregunta, Margarida. El nuestro…, el nuestro es de los que ni siquiera tendrían que haber empezado.

—¿De verdad? ¿Ya ha terminado?

—No he dicho que haya terminado; he dicho que no debería haber empezado. Son dos cosas distintas.

—No sé si son dos cosas distintas. Carlos, dímelo sinceramente, el hecho de que no tuviese que haber empezado, ¿quiere decir que debe terminar ahora?

—No sé qué responderte, Margarida, haces preguntas que parecen sencillas y, sin embargo, son muy complicadas.

—No entiendo estas respuestas tuyas.

—No las entiendes porque no las puedes entender.

—Entonces, explícamelas tú.

—Querría hacerlo, pero no lo consigo.

—No me gustan nada estos rodeos. Nos conocimos hace unos meses y, poco después, me pediste que viniese a vivir aquí.

—¿Estás segura de que te lo pedí?

—No, pero fue algo natural. Vine aquella noche y me quedé.

—Eso es, yo no sabía que te quedarías. No lo había tenido en cuenta.

—Pero ha sido bonito.

—Mucho. Margarida, escucha, yo no soy de Lisboa, aquí vine a buscar un trabajo que, al final, no he encontrado. He trabajado, sí, pero siempre en cosas de poca monta, quizá hay quien se contenta con eso, pero yo no.

—Haces bien en no contentarte. En la fábrica en la que trabajo podría pedir al director…

—No, no tienes que pedir nada a nadie. No me voy a quedar aquí, me marcho.

—Está bien, iremos donde tú quieras.

—No, Margarida, tú no puedes venir donde voy yo. Conmigo vendrá otra persona.

—¿Quién?

—Mi mujer. Se quedó allí, en el norte, esperando a que yo encontrase trabajo. Pero, como no lo he encontrado… Bueno, nos vamos juntos a América, donde casi todos encuentran un buen trabajo y un poco de suerte. Lo siento, Margarida, todo ha sido culpa mía.

—¡Qué fácil es, Carlos! Hablas y parece todo fácil, como si ni siquiera nosotros fuésemos de verdad, solo un truco de los tuyos. Me llevabas de paseo ofreciéndome el mundo y, en el otro extremo de Portugal, había una mujer que es tu esposa y te esperaba. ¿Le has hablado de lo nuestro?

—Por supuesto que no. Nunca he pensado que nuestra historia tuviese futuro. Margarida, me gustas mucho, pero estoy casado, es con esa mujer con la que decidí quedarme, tener una familia. En América trabajaremos, tendremos hijos…

—Y con el que espero yo, ¿qué piensas hacer?

—¿Vas a tener un niño?

—Hacía ya algo de tiempo que te lo quería decir, pero esperaba que estuvieses un poco más alegre, buscaba el momento justo.

—Pues lo has encontrado, Margarida. Dios, ¡nos faltaba solo esto! Pero ¿cómo demonios has hecho para quedarte preñada?

—Dímelo tú. Y, ahora, ¿qué hacemos ahora?

—Lo siento, pero no cambia nada. Todo queda como te he dicho. No serás la primera en sacar adelante un hijo sola. Desde América, si puedo, te mandaré algo para el niño y…

—Pero ¿por qué no me has dicho que estabas casado?

—No lo sé, Margarida, no lo sé. Quería…, pero luego…, pero luego ¿cómo hacía para decírtelo?

—Deberías habérmelo dicho enseguida.

—Margarida, eres demasiado ingenua. Ningún hombre en busca de un poco de compañía va a decir que está casado. Un hombre arriesga, espera que le vaya bien.

—Y a ti ¿cómo te ha ido?

—No lo sé. Espero que no quieras crearme demasiados problemas.

—No, Carlos, no te crearé ningún problema. Será como si no nos hubiésemos conocido, como si nunca hubiese sucedido nada.

—Eres un ángel, Margarida, eres un tesoro y…, y te puedes quedar aquí ahora que tienes un trabajo, puedes quedarte tranquilamente la casa. Es pequeñísima, pero para ti y el niño estará bien. ¿Cómo has pensado llamarlo?

Pero Margarida no respondió, se levantó de la mesa y comenzó a preparar la maleta de Carlos. Dobló sus cosas una por una con precisión, conteniendo un llanto que le latía fuerte en la cabeza, dominándolo con la fuerza de su juventud, que sentía marchitarse con cada camisa y cada pantalón que metía en aquella maleta toda rota que quién sabe cómo cerraría. Y junto con la desesperación, se imponía también aquella idea inútil de la maleta reducida casi a jirones, como si precisamente en eso pudiese depositar aún alguna esperanza. Porque ¿cómo se puede uno marchar con una maleta en aquel estado? No, no debía llorar, no ahora. Las cosas cambian de un momento a otro. Hacía bien en prepararle la maleta, era el gesto dramático de la mujer que quiere poner enseguida de patitas en la calle al hombre que la ha engañado. Viéndola tan determinada quizá él se lo replantease. Pero el llanto le bajaba de las mejillas hasta el pecho, como un cubo de metal lleno de agua que con una cuerda alguien hace descender despacio para que no se vuelque. «Ni una lágrima, Margarida —se repetía —. Si no derramas ni una gota, puede que te salves, deja que este peso te baje dentro, que se pare donde quiera, pero aún lleno».

Carlos fumaba en la ventana, de espaldas al aire leve de la noche, la mirada fija en la habitación, sin posarla sobre nada. La mesa estaba aún como la habían dejado: una cena interrumpida por un dolor. Quizá ni

siquiera era verdad que tenía una esposa allí, en el norte, esperándolo para partir. Quizá solo estaba poniéndola a prueba para ver si… Sí, quizá debía solo esperar, de un momento a otro, él le llegaría por la espalda y la abrazaría para decirle que a América iba con ella, que había sido una de sus bromas, puede que algo cruel, pero solo para ver cuánto lo amaba, para ponerla a prueba.

Pero, mientras el cubo bajaba, había empezado a golpearle contra las paredes interiores del cuerpo, a darle aquellas sacudidas que habían comenzado a hacerla vacilar. Con una camisa en la mano, Margarida miró a su alrededor y vio una habitación que daba vueltas, luego dejó de ver los colores y, después, antes de caer al suelo, no veía ya nada.

Se despertó tendida sobre la cama. Por la ventana abierta entraba un aire húmedo que sabía a mar. La mesa estaba aún como la habían dejado y, sobre la silla de enea, junto a la cama, iluminaba aquella pequeña oscuridad de la habitación la llama de una vela encendida. «¡Carlos!», llamó con poca voz. Pero no hubo respuesta, la llama de la vela tembló ligeramente quedándose en las retinas de sus ojos, que siguieron viéndola aun cerrados. Se volvió a dormirse, con una llama en las pupilas, y cuando se despertó con las primeras luces de la mañana la vela ya se había consumido y apagado, y sobre la almohada, en la parte de Carlos, había una nota.

> Querida Margarida:
>
> Nuestra historia ha sido una historia breve, pero la generosidad de tu amor sincero la llevaré conmigo a América y no la olvidaré. Embarco al alba. Cuando leas estas palabras mías, habré ya zarpado. Si puedes, perdóname.
>
> Tuyo, Carlos

OceanofPDF.com

VI

Cuando salió de la tienda, Ofelia volvió a encontrarlo en la acera de enfrente, con los brazos a la espalda. Llevaba un bonito terno de lana fría color marfil y un panamá con las alas quizá un tanto anchas para su cabeza. Pero estaba elegante, no guapo, sino elegante. Había algo en aquellos ojos levemente bovinos que no convencía del todo, o que quizá convencía, pero que dejaba un poco en suspense. Algo demasiado húmedo tal vez, casi lacrimoso. Era como si aquellos ojos hablasen siempre de promesas pero, para descifrarlos bien, era preciso ir hasta el fondo, hacerse sitio entre lo húmedo de aquellas lágrimas que no vertían. Y la nariz era demasiado carnosa, una especie de rampa brillante bajo aquel hermoso sol. La boca, además, no expresaba fineza, con aquel labio inferior, más grande que el superior, que descendía en forma de gota, abultado en el centro, un poco tumefacto. Guapo no era, pero viéndolo así, a la luz de aquella *calçada*, Ofelia pensó que, en el fondo, aquel chico no la disgustaba y, contra su voluntad, sonrió. Sin dar crédito, él cruzó rápido la calle para ir a su encuentro, aún con los brazos a la espalda, y cuando estuvo ante ella, entre los dos rostros ya cercanos, puso un gran ramo de flores de Madeira.

—Esto es porque me ha sonreído —le dijo.

—Y si no le hubiese sonreído, ¿qué habría hecho con las flores? —le respondió Ofelia con una voz casi de falsete.

Manuel las bajó a la altura del pecho para mirarla bien a los ojos, y la boca se le plegó perpleja en una mueca vacía y amarga.

—Déjelo estar —dijo Ofelia—. Hay preguntas sin respuesta.

Y, sin darle tiempo a replicar, asió el ramo de flores y se quedó mirándolo directamente a los ojos bajo toda aquella luz.

—¿Qué pasa? ¿Se ha quedado sin palabras? —le preguntó de nuevo.

—No, no suelo quedarme sin ellas. Pero…

—No se haga el gracioso. —Manuel estaba a punto de responder, pero ella se le adelantó—: Le agradezco estas hermosas flores. ¿Sabe?, por lo general, a mí las flores no me gustan y…

—¿Por qué?

—Ya se lo dije, ¿no se acuerda? Luego se marchitan y huelen mal. ¿Ha pensado alguna vez en la pobrecilla a la que ha regalado flores y que luego tuvo que meter las manos entre esos tallos podridos para sacarlos del agua?

—No, no lo he pensado nunca.

—Mal.

—Cuando el otro día lo decía, creí que bromeaba. ¡Ninguna mujer piensa en los tallos podridos cuando le regalan flores!

—¿Está seguro?

—Señorita Ofelia, con usted no estoy ya seguro de nada. En cualquier caso, si quiere, cuando estas flores se marchiten, vendré en persona a tirarlas por usted.

—¿Se ha ofendido?

—No.

—Bien. Y, ahora, ¿qué hacemos? ¿Nos despedimos aquí?

—En realidad, yo había venido a invitarla.

—¿Invitarme, adónde?

—¿Sabe?, acabo de recoger mi primer automóvil…

—¿Un automóvil?

—Sí, un flamante Volkswagen color verde oliva.

—¡Qué extraño color!

—¿Por qué? ¿No le gusta?

—No sabría decirle, así por el nombre no mucho. En cualquier caso…, bueno, no importa. ¿Para qué quiere usted un automóvil?

—Es por mi trabajo.

—¿Va a ser chófer?

—No, seguiré siendo representante de trajes y camisas de caballero. Por el momento me dirijo solo a clientes de la ciudad, pero ahora, con el

automóvil, mi volumen de negocio aumentará bastante. Comenzaré a viajar por todo Portugal. En todo caso…

—¿Qué?

—Había venido a invitarla, en fin, a llevarla a comer fuera, quizá el próximo domingo. ¿Qué diría de llegar hasta Palmela?

—¿Palmela?

—Si Palmela no le gusta, elija usted dónde quiere que la lleve. Señorita Ofelia, querría tener el honor de bautizar mi automóvil con usted.

—Pero ¿usted cree que puede llegar siempre donde quiere?

—No…, o sea, sí.

—¿No sabe que antes de invitar a una señorita a cualquier lugar ha de pedir permiso a los padres?

—Pues claro que lo sé, y estaré encantadísimo de hacerlo. Es solo que, primero, quería pedírselo a usted. ¿Cómo lo habría tomado si se lo hubiese preguntado directamente a sus padres? Ofelia, yo soy un hombre moderno, para mí el parecer de una muchacha cuenta más que cualquier otra cosa.

El hecho es que Manuel Ramalhete sabía hablar y era consciente de ello. No había estudiado ni cultivado una cultura personal, pero había profundizado en el único tema que le importaba de verdad: las mujeres. Desde adolescente, en familia, había sido un atento observador de las costumbres femeninas. Primas había tenido bastantes para darse cuenta de que cada mujer tiene su mundo. Y eso era en lo que se centraba. La habilidad consistía en lograr hacerlo en el menor tiempo posible, porque de una cosa estaba convencido: nunca se podía contar con la paciencia. Y no había duda de que aquel «soy un hombre moderno» había surtido su efecto en el ánimo de Ofelia, mejor aún, más que un efecto, una auténtica revolución. Bastaron aquellas cuatro palabras para hacerla caer allí donde ya en su corazón, y quizá sin darse cuenta, había decidido caer.

Su labia dio óptimos resultados, incluso con los padres de Ofelia. «Pero ¡qué muchacho más educado!», dijo el padre. «¡Y qué elegancia!», añadió la madre. «Por no hablar del inmejorable trabajo», añadió el padre. «¡Y del automóvil!», dijo la madre.

Los padres de Ofelia se avergonzaron también un poco de recibir a un muchacho de futuro tan seguro en una casa modesta como la suya, sobre todo la madre, que habría deseado mucho más de la vida y que había puesto en Ofelia la esperanza de ver reparadas todas sus frustraciones. Manuel Ramalhete se dio cuenta e intentó darse aún más importancia. Se sentó estirado como si se hubiese tragado el palo de una escoba y no quiso comer siquiera un pedazo de la tarta que le habían ofrecido. Dijo que no comía nada entre horas, que era a lo que le habían acostumbrado en casa. El padre de Ofelia, con la boca llena, se apresuró a darle la razón y rechazó a toda prisa la nueva tajada que la mujer le ofrecía.

No hubo un auténtico diálogo, habló solo Manuel Ramalhete, y la familia al completo lo escuchó durante todo el tiempo embelesada, incluida Ofelia, que ya, en casi todo lo que decía, veía en él el perfecto ejemplo del hombre moderno.

Se concedió, por tanto, el permiso, y el domingo siguiente, hacia las once de la mañana, Manuel Ramalhete se presentó en el portal de madera de la rua Santo Estêvão, donde vivía Ofelia, con su flamante Volkswagen color verde oliva.

Llegado el momento, Palmela le pareció una propuesta poco a la altura de la impresión que había causado a los padres de la muchacha. Mientras arrancaba, propuso tímidamente Cascais, y a Ofelia le pareció mentira.

—¿Cuánto nos llevará llegar? —preguntó ella enseguida.

—¿Y qué importa lo que nos lleve? Con este coche no más de una hora.

—¿Sabe que no he estado nunca en Cascais?

—Entonces le gustará muchísimo, es una ciudad que encaja a la perfección con usted.

—¿Ya la conoce?

—Tengo un gran volumen de negocio en Cascais, tiendas elegantes, ¿sabe? Clientes que siempre quieren lo mejor.

—El suyo no debe de ser un trabajo fácil.

—No lo es, es preciso saber desenvolverse, tener tacto y sobre todo, saber hablar.

—¡Ah!, ¡a usted esa cualidad no le falta!

Tomaron la carretera del litoral en aquel hermosísimo día de finales de mayo, con un cielo de un azul inmutable, casi pintado, en el que incluso las gaviotas parecían tener que esforzarse para volar. Manuel Ramalhete había abierto la ventanilla de su lado y conducía solo con la mano derecha, el codo del brazo izquierdo fuera, y entre los labios sostenía un cigarrillo que el viento mantenía incandescente sin pausa. Ofelia se había quitado los famosos guantes que la madre, desde que era niña, le imponía por cuestiones de distinción. Se había quitado también el sombrero, que había dejado en el asiento de atrás, y sonreía. No tenía malos pensamientos, se dejaba ir con la languidez del calor, con la belleza de la hora, y sentía que le crecía dentro un entusiasmo nuevo, hecho de confianza y de perspectivas futuras. Pensó en el sacerdote y en lo que le había dicho. Tenía razón, treinta años eran demasiados, si permanecía cerrada en sí misma como siempre había estado, firmaría su condena de solterona. Puede que ni siquiera fuese una condena si una mujer lo deseaba de verdad. Pero ¿deseaba ella de veras aquella soledad? No, no la deseaba, a veces la había considerado por orgullo, pero el orgullo nada tiene que ver con el deseo verdadero, y aquel lo tenía encerrado en el pecho como un hueso de fruta, incluso más pequeño aún, como una semilla. Así que no tenía más que dejarlo germinar, esperar que despuntasen las primeras hojitas verdes, regarlo lo justo y luego ponerlo un poco al sol. Aquella semilla había pasado demasiado tiempo encerrada en su pecho umbrío; ahora, con aquella luz y todo aquel nuevo sentimiento, la sentía empujar con fuerza para salir.

Ofelia se echó a reír con fuerza. Manuel Ramalhete no hizo comentarios, se limitó solo a pensar que, igual que sabía hablar, también sabía cuándo callar, porque el silencio podía ser otra forma de labia excelente. Si se reía era porque se estaba disolviendo. Bueno para él, aunque mejor que ella no lo notase.

—¿Sabe cuánto hacía que no pasaba un día así? —le dijo Ofelia, con poco fuelle aún por la larga carcajada.

—El día acaba de comenzar, señorita. Pero, si ha comenzado bien, me alegro, espero no defraudarla antes de que acabe. ¿Sabe?, este día para mí es muy importante.

—¿De verdad, Manuel?

—Sí, Ofelia.

Cuando llegaron a la altura de la playa de Carcavelos, Ofelia comenzó a aplaudir y volvió a reír. Manuel Ramalhete tiró el resto del cigarro por la ventanilla, dejó por un momento el volante y se unió al aplauso. La playa, de arena clara y suave como harina, estaba aún desierta a aquellas alturas del año. Junto a la orilla, dos barcas de pescadores subían a bordo sus redes llenas de pescado, cuyo brillo frenético, plateado, se veía desde lejos. Ofelia pensó que se sentía justo así, como uno de aquellos peces. «Plata viva», pensó casi formulando la frase con los labios. Y luego añadió: «O quizá plata muerta».

—¿Ha visto a los pescadores, Manuel?

—Sí.

—¿Y le han dado alegría o tristeza?

—Depende del punto de vista, Ofelia. Desde el punto de vista de los pescadores, alegría, porque me parece que han hecho una buena captura. Desde el de los peces… Pero usted no querrá entristecerse, ¿verdad? El destino de los peces es el de tener buenas posibilidades de que los pesquen, los lleven al mercado y terminar en nuestros platos. ¿Le ha dado alguna vez tristeza el pescado en los puestos del mercado?

—No, pero es distinto, esos peces están ya muertos y no se mueven. Es que el movimiento hace pensar en la vida y, por el contrario, ellos, mientras se mueven así…

—Pero qué feos pensamientos. ¡No me diga que usted no come nunca un buen plato de pescado!

—Lo como, sin duda —respondió Ofelia volviendo a encontrar la alegría.

—Bien, entonces, piense en eso, en el buen plato de pescado que pronto comeremos frente al mar.

Y parecía que, de repente, todo lo que le decía Manuel Ramalhete pudiese reconducirla a la calma, a los colores precisos de las cosas, a la visión más equilibrada. Respiró profundamente, abrió también su ventanilla y cerró los ojos. No ver el mar y sentirlo solo como perfume. No ver a Manuel Ramalhete y sentirlo suyo desde hacía mucho, como si hubiese habido, desde siempre, un acuerdo.

El restaurante al que la llevó estaba junto al mar, lo gestionaba una familia de la que Manuel Ramalhete parecía íntimo. Fueron todos a su encuentro y lo abrazaron, le pidieron noticias de la madre, de la hermana y del hermano, le dieron la enhorabuena por el bonito automóvil en el que subieron todos por turno, como si montando juntos corriesen el riesgo de romperlo. Ofelia se quedó un poco aparte, intimidada por toda aquella familiaridad. Miraba el mar, aunque sin ver nada, solo escuchaba el corazón que le galopaba para quedarse fijado en sus oídos. Se volvió solo ligeramente hacia ellos e insinuó un saludo con la cabeza. Entonces Manuel Ramalhete le pidió que se acercase e hizo las presentaciones. Cuando Ofelia debía estrechar la mano de alguien sin previo aviso, sabía que las suyas se pondrían a sudar y, por eso, por la vergüenza, hizo el grosero gesto de ponerse los guantes. Fue una conversación breve, que transformó toda aquella espontánea familiaridad en bochorno. Durante uno de los silencios más prolongados, el dueño indicó a Manuel Ramalhete la mesita que le habían reservado y toda la familia se retiró al restaurante para dejarlos solos.

—¿Le gusta este sitio, Ofelia?

—Muchísimo, pero debe usted perdonarme. He sido grosera con sus amigos. Me he puesto los guantes antes de…

—No lo ha notado nadie, créame, son gente sencilla. Y, además, llevar guantes es un signo de distinción.

—No para mí. Yo no soy distinguida, soy una persona sencilla, como sus amigos. La distinción es una fijación ridícula de mi madre. La he sufrido durante años y estoy harta de ella. Mi familia tiene una tienda de comestibles, no hay nada de distinguido en ello. Así que, ¿ve estos guantes? —Y levantándolos con la mano derecha los lanzó al agua—, pues ya no están.

—Está bien, si eso es lo que quiere. En cualquier caso, si llega a arrepentirse, le compraré otro par antes de volver a casa.

—No me arrepentiré.

—Entonces, pensemos en pedir. ¿Qué quiere comer?

—¿Sardinas?

—¿En un lugar así? ¿No sería mejor un buen filete de mero?

—Será muy caro.

—¿Y qué importa? Hemos venido hasta aquí para disfrutar de una buena comida, no para comer las sardinas de siempre, aunque…, créame, yo suelo decir que, si existe el paraíso, en él habrá también sardinas.

—Manuel, el paraíso no será en absoluto portugués.

—No será todo portugués, pero habrá al menos un poco. ¿*Vinho verde* le va bien?

Fue una comida lenta, muy prolongada por la cháchara de Manuel Ramalhete, que hizo todo lo posible por impresionarla. Y lo consiguió a la perfección, consiguió parecer un hombre ducho, lleno de experiencia, que conocía el mundo aunque lo había visto poco. Y Ofelia asentía mientras masticaba aquel filete de mero que le parecía insípido, filete de nubes, y bebía aquel vino burbujeante que a cada sorbo sentía chisporrotear entre los ojos. Y, a veces, tanta era la atención con que lo miraba y escuchaba que casi se le nublaba la vista. Y aquel aire de mar, todo aquel viento que no la dejaba respirar, que cuando intentaba hablar se le atravesaba y le arrebataba las palabras. ¡Si ella hubiese sido capaz de hablar como él! Se lo decía y Manuel Ramalhete respondía que saber hablar no era una buena cualidad en una mujer, que lo mejor, para una mujer, era saber escuchar y luego dar buenos consejos. Aquel era el secreto de la perfecta unión, porque, está claro, una unión si no es perfecta no sirve de nada, ¿no estaba de acuerdo? Y ella estaba totalmente de acuerdo, y aquella idea del hombre que habla y la mujer que escucha para luego dar buenos consejos y permitir escoger el camino acertado le parecía una cosa modernísima, revolucionaria…, tan distinto de aquellos hombres atrasados que en el silencio de las mujeres veían solo una cómoda ignorancia. Él veía allí la inteligencia, la reflexión, la capacidad de raciocinio, en resumen, la calma femenina que atempera la impulsividad masculina, y las dos cosas juntas formaban aquella perfección necesaria de la unión, aquel perfecto consonar que, al final, solo puede ser invencible. Y cómo la excitaba aquella idea de invencibilidad, qué bonita le parecía, solo de pensarla, sentía que sus ojos adquirían una expresión…, ¿cómo decir?, plena.

—Y a usted, Manuel, ¿le parece que yo soy capaz de escuchar?

—No he conocido nunca una mejor oyente. Y, ahora, dígame la verdad, ¿le parece que tenga que darme algún buen consejo?

Se sintió tomada por sorpresa, no sabía bien qué decir. «¿Y si es una trampa?», pensó. En vez de respirarlo, engulló aquel viento, lo sintió descender con la consistencia de una ciruela. Entonces carraspeó, bebió un sorbo de vino, le miró a los ojos y le sonrió:

—Sí, creo poder darle un buen consejo, Manuel. Acepte siempre las cosas como le vengan y no intente luchar contra el destino.

—¿Le parezco demasiado impulsivo?

—No.

—¿Precipitado?

—No.

—Y usted, ¿se encuentra usted en mi destino?

Ofelia se mordió el labio inferior para frenar el hipo que estaba por escapársele con ímpetu desde dentro. Si hubiese estado allí su madre, le habría dicho que cruzase los brazos a la espalda, le habría dado de beber agua de un vaso y le diría que diese siete sorbitos sin respirar. Se llevó los brazos a la espalda y tragó siete veces seguidas, sin respirar, su saliva. Pero, entretanto, Manuel Ramalhete le tomó una mano y se la llevó a los labios, para luego repetir de nuevo la pregunta. Si intentaba hablar, no respondía de su cuerpo. Así que dijo que sí con la cabeza, y los ojos se le humedecieron por el esfuerzo de no dejarse arrastrar por un hipido que la habría hecho parecer un pavo. Se lo decía siempre su padre a su madre, desde que era chiquita: «Haz que pare el hipo de esta niña. Haz algo. Mírala, parece un pavo». No, no podía parecer un pavo justo ahora. Sintió en la garganta aquella ciruela que le impedía respirar y, con toda la fuerza que tenía, la tragó. Entendió que se estaba sonrojando, que bajo aquel sol de mayo estaba volviéndose fosforescente. Manuel Ramalhete acercó la silla a la suya. La miraba a los ojos con una expresión que quizá ella había visto en el cine a un actor de cuyo nombre no se acordaba, una vez que había ido de niña con sus padres, y luego, volviendo a casa, su padre se había puesto a gritar, que lo había oído todo el vecindario: «¡No vuelvo al cine! Nunca más, ¿me oís? ¡Qué leñe! ¡Es pura perdición!». Y ahora estaba de nuevo ante aquella expresión de película y, si se concentraba bien en el recuerdo,

le volvía a la mente también el rostro de la mujer a la que estaba dirigida, una mujer guapa y que, ante tanta seducción, se había puesto a temblar antes de rendirse a aquel beso de pura perdición que había hecho estallar de ira a su padre. Apretándole la mano, Manuel Ramalhete la arrastraba hacia él, y a ella le pareció que su silla tenía ruedas porque se sentía ir. Se quedaron así un instante, los labios de él ya se movían para simular el beso, ella se turbó y, por desesperación, recitó el eterno reposo, que era la oración más corta que se sabía. ¿Pero el reposo de quién o de qué estaba pidiendo? «Ofelia —se dijo—, este no es el momento de tu reposo. ¡Despierta!». Luego, con la otra mano retorcida en torno a su cuello, en aquel gesto antiguo que afirma la posesión del hombre sobre la mujer, Manuel Ramalhete tiró de ella hacia él y la besó ante aquel mar al que, de repente, por el asedio, había dado la espalda, de forma que ella tuvo frente a sí un rostro que le cubría todas las vistas y, dentro de la boca, la humedad de un molusco fuera de la concha, que dejaba allí toda su espuma. Ofelia cerró los ojos y pensó: «Este es el primer beso de mi vida. Y es feo».

Luego Manuel Ramalhete le dio un largo discurso, le habló de sus serias intenciones, le dijo que, desde el momento en que la había visto, había decidido casarse con ella, que algunas cosas se entienden con poco y que esto sucede, en especial, a quien tiene experiencia de la vida. Añadió que le había gustado mucho su belleza discreta, su pudor, el porte, cierta brusquedad y…, sí, también sus guantes. Cierto, antes del matrimonio tendrían que conocerse mejor, hacerse la corte como es debido, con el consenso de sus familias, en el respeto de las reglas y la moral. Personalmente, opinaba que seis meses serían suficientes, el tiempo de buscar una casita en un barrio que les fuese bien a ambos (¿qué pensaba ella de Graça?), de preparar, si no lo tenía ya, algo de ajuar y…

—Manuel, ¿usted cuántos años tiene? —le preguntó Ofelia.

—El próximo 13 de junio haré los veintidós.

—El 13 de junio, el día de san Antonio.

—Ya, el día del patrón, cada año me celebra toda la ciudad con mucha cerveza y humo de sardinas asadas que sube como una ofrenda al cielo y…

—Pero ¿usted sabe que yo estoy a punto de cumplir los treinta?

—No lo sabía, pero no supone ninguna diferencia; Ofelia querida, es más, diría que es incluso mejor. La sensatez de una mujer hecha y derecha influye siempre muy positivamente en un matrimonio. Y, además, se lo he dicho ya una vez y se lo repito, soy un hombre moderno, no presto atención a ciertos prejuicios. El hecho de que el hombre deba ser, qué sé yo, siempre mayor y más alto que una mujer me hace sonreír. Yo le he hablado de perfección, y esa viene de dentro, es cosa de pensamiento, es aliento, es respiración.

Pagó la cuenta y dejó una buena propina, aunque Ofelia le hubiese dicho que, puesto que eran sus amigos, quizá la propina era ofensiva.

—¡Qué va! —había respondido él—, el dinero nunca lo rechaza nadie.

Se dirigieron juntos al interior del restaurante para despedirse de los dueños, a quienes Manuel Ramalhete anunció con entusiasmo su próxima boda. Lo celebraron, con una botella de espumoso, cortesía de la casa, y brindaron todos muchas veces hasta que el dueño propuso abrir otra. Pero Ofelia la rechazó amablemente, dijo que ya habían bebido bastante y que su prometido tenía que conducir de vuelta a Lisboa. Manuel Ramalhete alzó los brazos al cielo, los dejó caer de nuevo a los costados y, suspirando, dijo:

—Nunca hay que oponerse a la sabiduría de las mujeres. Si no fuese por ellas, ¿cuántas tonterías haríamos los hombres?

Los acompañaron al coche y se despidieron allí, con el viento fuerte del Atlántico que hacía que las nubes corrieran veloces. Había una hermosa luz metálica en el aire y olor de marejada. Pronto el mar se encresparía y las gaviotas se irían a dormir. Ofelia las miró volar haciendo círculos en el cielo y de pronto se acordó de cuando era niña y su padre la había enseñado a tener un trozo de pan en la mano y esperar inmóvil a que las gaviotas viniesen a comérselo. Le daba miedo, pero no quería desobedecer y por eso, cuando se le acercaban en picado, cerraba los ojos aunque ni así dejaba de ver aquella mirada rojiza que la paralizaba. Sin embargo, vistas así de lejos, eran bonitas y parecían felices.

Cuando subieron al coche, Manuel Ramalhete le hizo una caricia en la mejilla.

—¿Estás cansada? —le preguntó.

—Apenas —respondió Ofelia—, pero debe ser el espumoso. Siento que la cabeza me da vueltas.

—Pues apóyala en mi hombro mientras conduzco, cierra los ojos e intenta dormir. Puedes estar tranquila, Ofelia.

No consiguió llegar a dormirse durante el viaje de vuelta, era como si, cada vez que estaba a punto de deslizarse hacia el sueño, algo la sacudiese para mantenerla alerta. Entonces abría los ojos y veía el sol del crepúsculo entre los árboles que flanqueaban la carretera junto al mar, las copas de los árboles ardían y le herían la mirada con todo aquel resplandor. Pero pensó también que aquel era un momento perfecto, que precisamente en aquel resplandor estaba la razón de la vida, todo su sentido.

Poco antes de acompañarla a casa, Manuel Ramalhete se detuvo a comprar flores para la madre de Ofelia, aunque le rogó que se las entregase ella de su parte, porque presentarse de nuevo en casa sin una invitación le parecía poco respetuoso. Le pidió también que anunciase ella misma su petición de compromiso a los padres, pero le repitió varias veces que del noviazgo no debía hablarles como de un hecho consumado: solo tenía que decir que él se lo había pedido, porque nunca se habría atrevido a pedir la mano de una mujer sin antes haber consultado su parecer, pero que el consentimiento debían darlo ellos y que él estaba disponible en cualquier momento para más explicaciones. Le hizo repetir varias veces las palabras que debía decir, le corregía la entonación, se le adelantaba diciendo la mitad de una palabra cuando ella no la recordaba, la interrumpía para pedirle que repitiese todo desde el principio. Ofelia se ponía nerviosa, se sonrojaba, se confundía, le parecía enloquecer. Cada intento iba peor que el anterior, pero él no se rendía, una y otra vez le decía: «No es así, Ofelia. Repite de nuevo». Hasta que Ofelia se echó a llorar, y el rostro se le deformó en una mueca de rabia y dolor que la hizo avergonzarse tanto que salió corriendo del automóvil y escapó a casa sin siquiera despedirse de él.

Los padres le preguntaron qué había sucedido que fuese tan grave para trastornarla así, y ella, casi tartamudeando, solo consiguió decir que Manuel Ramalhete había pedido su mano, pero que, sin el consentimiento de ellos, no se haría nada. Entonces ambos sonrieron y la abrazaron diciéndole que llorar no venía al caso, que ellos no tenían nada en contra de aquel joven tan

como es debido, que lo invitaban a presentarse incluso al día siguiente mismo si quería y que por nada del mundo obstaculizarían su unión. Pero Ofelia no conseguía dejar de llorar y los padres, que continuaban creyendo que era por la emoción, le dijeron que no tenía que preocuparse de nada, que pensarían ellos en todo, en las invitaciones, la decoración de la iglesia, la comida, en todo. Ofelia, sollozando, fue a encerrarse en su cuarto. La madre, despacito, le tocó a la puerta, pero el padre le dijo que la dejase estar, que aquella pobre muchacha había tenido ya suficientes trastornos por aquel día, que la noche la calmaría, que aquella reacción desmesurada era algo natural aunque Ofelia tuviese ya treinta años.

—En un corazón enamorado, ya se sabe lo que pasa —dijo a su mujer pasándole un brazo por los hombros—. Verás como, dentro de poco, se duerme. Pobre hija nuestra, no había conocido nunca tanta felicidad.

Aquella misma noche, Manuel Ramalhete se presentó con el automóvil nuevo ante la casa de Tina, en la rua das Janelas Verdes. La muchacha, delgada y pálida, salió de casa teniéndose en pie a duras penas. Él se le acercó y le ofreció, como siempre, el brazo. Tina sonrió al ver el automóvil y, en aquel rostro suyo demacrado por la enfermedad, se encendió una vez más la luz de la juventud.

—¿Has visto? —le dijo él—. Te lo había dicho y aquí me tienes. No lo creías, ¿eh?, que tenía un automóvil todo mío. ¿Te gusta?

—Es precioso, Manuel, parece el coche de un gran señor.

—¿Cómo estás esta noche?

—Débil, pero contenta.

—¿Te apetece dar una vuelta, comer algo ligero?

—Ya he tomado una taza de té.

—¿Y no has comido nada?

—Solo un poco de pan con mantequilla.

—Tienes que comer, Tina, tienes que cuidarte. Lo ha dicho el médico, ¿no? La señorita tiene que comer. Así que ¿sabes qué vamos a hacer? Vamos a ir a comer algo juntos. Tengo un hambre de lobo, ya ves, con esta historia del coche nuevo… En fin, en todo el día no he tenido tiempo siquiera de comer. Estoy con un café desde esta mañana.

—¿En ayunas? Pobre Manuel, tienes aspecto de cansado. Sí, vamos a comer, quizá contigo consiga meterme algo en el estómago.

Tina había cumplido hacía poco los diecinueve. Vivía sola, sus padres habían muerto cuando era niña y la había criado la abuela materna, que había muerto también hacía dos años. Manuel Ramalhete la había conocido cuando trabajaba de dependienta en una tienda de confección de la Baixa, y se habían convertido en amantes. Al enfermar, ella había perdido el trabajo y vivía de la caridad de los vecinos. Alguna vez también Manuel Ramalhete le daba algo y ella le estaba muy agradecida, le decía que, si conseguía sobrevivir, era todo gracias a su amor. Pero era un amor que se había creado ella en la cabeza, en los delirios de la enfermedad, porque Manuel Ramalhete la iba a visitar solo de vez en cuando y cada vez con menos entusiasmo y durante menos tiempo. Antes le atraía su belleza, el cuerpo provocador que, desde el principio, se le había ofrecido sin pedir nada a cambio. Además, para cuando se convirtieron en amantes, la muchacha no era ya virgen, y ese descubrimiento lo hizo suspirar de alivio. Se entiende, una muchacha sin padres, en aquella pobreza extrema, en aquella ignorancia, no, no tenía, desde luego, culpa de ello. Pero que no le viniese a hablar de amor, ¡santo cielo! Ya se sabe cómo son las cosas, hay mujeres que, aunque sean buenas y formales, recorren caminos complicados, tienen experiencias que luego son como una trampa. Y sí, él aún recordaba bien cómo era cuando no estaba enferma. Esa clase de mujer que es como una loba. Ojos grandes, de mosquita muerta, ojos azul claro siempre abiertos de par en par, con sorpresa, pero una loba que no se saciaba nunca, dispuesta a cualquier juego, hábil, experta y que le declaraba su amor como aullando, mientras con las manos se agarraba a los barrotes de la cama y con el movimiento de la pelvis, como en una danza, imponía el ritmo del amor. Nunca le había gustado ninguna tanto como aquella chiquilla. Durante los primeros tiempos de la enfermedad, su furor parecía aún más exasperado, luego el mal había tomado ventaja, los pulmones la ahogaban desde dentro, la tos le cortaba la respiración, le quitaba todo apetito. Y se había convertido en otra, se había amilanado, día tras día se había ido aferrando a él con la fuerza de quien está perdiendo el vigor. Manuel Ramalhete había comenzado a cansarse de ella, en cuanto llegaba a aquella casa de una

habitación que olía a cerrado y por la que corrían los ratones, no hacía otra cosa que mirar el reloj y decirle que, por desgracia, tenía poco tiempo. Ella intentaba seducirlo aún, pero su cuerpo había cambiado, en vez de hermosas formas, había ya solo huesos y una piel gris que olía a hogar apagado.

—Comemos algo y tomas un poco el aire, ¿de acuerdo, Tina?

Y ella subió al coche, abrió la ventanilla, se puso a mirar aquel cielo estrellado de Lisboa, que parecía estremecerse con los primeros calores del año, y casi se conmovió ante el espectáculo de aquella ciudad tan bonita; una ciudad que, desde cualquier parte que la tomases, era todo un despeñarse de múltiples casas hacia aquel río azul en el que se adentraba el mar.

—Es tan bonita Lisboa —dijo con un hilo de voz.

—Bonita pero complicada —respondió Manuel Ramalhete mientras conducía—. Déjalo estar, Tina, no me mires con esos ojos, tú no lo entiendes. Estamos lejos de todo el mundo, relegados a estas orillas y, por la calle, si tres personas se paran a hablar, llega enseguida un policía a decir que deben circular, disolverse. Basta con ser más de dos y se trata ya de subversivos. Tarde o temprano conseguirán convencernos a todos, les daremos la razón. Déjalo estar, Tina, vamos a pensar en tomar un poco el aire, a ver si conseguimos comer algo.

Era siempre así, cuando veía que estaba a punto de emocionarse, Manuel Ramalhete, consciente de lo poco que entendía y le importaba, se ponía a hablar de política. Era su forma de cerrarle la boca; ella se asustaba y le decía que hablase bajito, es más, que no hablase en absoluto de aquellas cosas. Y él, fingiendo ser un hombre valiente, se encogía de hombros y ponía la expresión de quien quiere decir: «Que vengan a decirme algo, que vengan».

—¡Déjalo, Manuel!

—Estamos en el coche, ¿quién quieres que nos oiga?

—Esta ciudad tiene oídos por todas partes.

—Ya, y tú dices que es bonita.

—Si es por eso, entonces, media Europa, eso seguro, no es mejor.

—Y, de hecho, son los tiempos los que son feos. Pero aquí será peor, créeme.

—En el resto del mundo hay guerra, Manuel.

—¿Y? ¿Aquí no?

—¡Chist!

Tina comenzó a toser y Manuel Ramalhete continuó conduciendo en silencio hasta una casa de comidas en las afueras de la ciudad, donde no habían estado nunca. Estaba llegando a su fin una jornada complicada para Manuel Ramalhete, pero no le preocupaba demasiado, sabía cómo salir adelante en ciertos asuntos. Sabía hablar y tenía siempre preparados los discursos en la cabeza. Se puede decir que tenía cierta predisposición a la mentira, aunque Manuel Ramalhete no habría estado de acuerdo, él de la mentira había hecho un arte tan seductor a sus propios ojos que ya lograba creer a pies juntillas en lo que decía. Por supuesto, lo creía solo durante un tiempo, mientras debía durar la mentira; en suma, solo mientras le era útil. Era por eso por lo que no le costaba nada convencer a los demás. Como un actor, Manuel Ramalhete era capaz de entrar en el personaje que necesitaba en cada momento con una facilidad sorprendente. Cuando el guion decía que llorase, lloraba a lágrima viva, le entraba el hipo y, mientras duraba el llanto, sufría de verdad intensamente. Era, sobre todo, una vida extenuante la suya, voluble y, por esa razón, desde que era un chiquillo, había contraído el vicio de suspirar sin cesar, casi sin darse cuenta, como si todas aquellas mentiras de las que vivía lo agotasen hasta el punto de privarlo de una respiración calmada y regular. Pero el arte de suspirar estaba en él muy ligado al tipo de mentira que usaba, una mentira siempre emparentada con la necesidad de suscitar en el otro una gran compasión.

—Hoy me parece que estás mejor —le dijo apenas se hubieron sentado.

—Te equivocas: estoy peor. Llevo todo el día tosiendo. He comenzado también a escupir sangre. No mucha, pero he comenzado.

—Mira, ¿ves?, no mucha. Eso es lo importante, que sea poca. Mientras sea poca no hay de qué preocuparse.

—Ya, eso es porque no eres tú quien escupe sangre.

—No seas cruel conmigo, Tina. Si hay algo que no merezco, son malas respuestas. ¿Te pido un poco de carne?

—No, solo quiero una sopa, Manuel, y luego volvemos a casa que tengo mucho frío. ¿Te quedarás a dormir esta noche?

—Sabes que no puedo. Mi madre no está bien, ya no es tan joven. Le ha dado por despertarse de noche y venir a buscarme. Si no me encuentra, dice que siente que le falta la respiración.

—Pero antes te quedabas a dormir conmigo.

—Antes mi madre era más joven y estaba bien.

—Antes me querías.

—¡Qué melodrama! ¿Es que queremos entristecernos con esos malos pensamientos? ¿No sabes que, pase lo que pase, no perderás nunca mi amor?

—¿Y qué podría pasar?

—No lo sé, cualquier cosa.

—¿Cuál?

—No te pongas nerviosa, Tina. Cuando te pones nerviosa, empiezas a toser.

Y, de hecho, Tina comenzó a toser y, cuando ella tosía, Manuel Ramalhete sentía enseguida un fuerte malestar. No le gustaban los enfermos, ni siquiera los que no eran contagiosos. Desde hacía algún tiempo intentaba besarla lo menos posible, solo cuando no podía evitarlo. Y eran besos rápidos, fraternales, como rozados. Pero aun así lo ponían en un estado de alarma, como si aquel breve contacto pudiese, de todas formas, llevarlo a un mundo que no era el suyo. Ella se aferraba a él, lo apretaba, y él oponía una ligera resistencia, siempre con la sonrisa en los labios, hasta que la alejaba. Sabía que iba a morir, el médico había sido claro con él, y se había hecho el firme propósito de que él, aunque no quisiera, permanecería a su lado hasta que aquello sucediese. Tina era una molestia que no se podía eliminar antes de tiempo. Un objeto que le había dado placer y del que ahora tenía que pagar la cuenta. Una cuenta pequeña respecto del beneficio que había obtenido, se entiende, pero para Manuel Ramalhete cualquier cuenta, incluso la más irrisoria, cuando era él quien debía pagarla, era siempre exagerada.

—Tina, tengo que decirte una cosa, pero no quiero que me vengas con tragedias, porque, ya lo sabes, las tragedias no me han gustado nunca.

—Si es una cosa mala y no quieres tragedias, no me la digas.

—Si pudiese no decírtela, no te la diría. No creas que no lo evitaría de buen grado. Mira, Tina, cuando nos conocimos, tuvimos esa hermosa pasión…, cómo decir…

—¿Sin compromiso?

—Sí, eso es, sin compromiso. Y tú sabes que ese estar juntos sin compromiso, para mí, ha sido siempre lo más bonito del mundo. Además, éramos jóvenes, ¿no?

—Aún lo somos. La única diferencia es que yo estoy enferma.

—¿Y te parece poco? Yo te quiero mucho, Tina, pero también tengo veintidós años. Y, además, cómo decir, entre nosotros no ha habido nunca promesas.

—No las has querido hacer nunca.

—Estábamos de acuerdo, me parece.

—Vamos al grano, Manuel. ¿Me estás despachando?

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Por quién me has tomado? Es solo que he decidido casarme.

—Y no conmigo, imagino.

—Claro que no. ¿Cómo podría, por otra parte? Tina, tú lo sabes, los amantes no se casan. Aquí en el barrio saben todos qué tipo de relación es la nuestra y, además… No, Tina, ¿por qué? Te he dicho que sin tragedias y tú te pones a llorar. Tina, nos está mirando todo el mundo y, además, te sienta mal.

—Déjalo, eres tú quien me sienta mal. ¿No podrías, al menos, esperar?

—¿Esperar a qué?

—A que me hubiese muerto.

—Qué bobada. No vas a morirte, y los dos estaremos siempre juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que este matrimonio no va a impedir que todo continúe como antes. Tina, no cambia nada, cambia solo que, en vez de vivir con mi madre, viviré con mi mujer, que tendré hijos… ¿Es que quieres impedir que tenga hijos?

Y, en ese punto, a Manuel Ramalhete se le humedecieron los ojos. Primero solo una lagrimita más bien forzada a la que le costaba salir, pero

luego lágrimas de verdad, de las que no se pueden parar y que él intentaba bloquear pasándose la mano por encima. Pero aquellas, nada, continuaban brotando, como si en aquella alma no hubiese un espigón lo bastante sólido para detenerlas. Entonces fue Tina la que, entre muchas toses, una tras otra, comenzó a consolarlo, a decirle que ella no pretendía nada, que le bastaba solo tenerlo junto a ella de vez en cuando, que no sería ella, limitada como estaba, quien lo privase de las alegrías de una familia. Que, además, aunque quisiera, ella no podría haberle dado nunca un hijo, ya no podía. Tenía que perdonarla, entenderla. ¿Es que no sabía que los enfermos se vuelven todos unos egoístas? Y él decía que sí con la cabeza, que lo sabía, y, mientras tanto, continuaba llorando como una Magdalena, y luego sacudía la cabeza y decía que el egoísta era solo él, ella era una santa que al morir iría al cielo. Y ella le respondía que, si eso pasaba, desde el cielo lo protegería día y noche, a él y a su familia, que lo llevaría siempre en el corazón. Y él comenzó a acariciarle primero las manos, luego los brazos, luego la atrajo con moderación hacia sí y le dio un beso en el pelo, que le pareció que no olía bien, hasta el punto de que, de forma discreta, sin que nadie se percatase, se pasó el dorso de la mano libre por los labios para quitarse el sabor.

La acompañó de vuelta a casa, los dos exhaustos. Entró un momento solo porque se lo pidió Tina. Se quedó de pie mientras ella, sacudida por la tos, se tendía en la cama y, con la mano, le hacía un gesto para que fuese a su lado. Se acercaría, pero no se tumbaría. Un flamante Volkswagen color verde oliva lo esperaba fuera. Y entonces se vio por las carreteras de Portugal, cargado de maletas llenas de nuevas colecciones, recorriendo las ciudades, enumerando a sus clientes, con su hermosa labia, la calidad de los tejidos, el precio más que conveniente de la mercancía. Qué lejos se sentía ya Manuel Ramalhete de toda aquella miseria. Pensando en sí mismo, tomó una silla, la acercó a la cama de aquella muchacha enferma, le apretó distraídamente la mano e igual de distraído se la llevó a los labios.

—Tienes que descansar, Tina. Cierra los ojos.

—Te quedarás aquí hasta que me duerma, ¿verdad, Manuel?

—Claro que sí, niña mía.

Esperó hasta que la respiración de Tina se hizo más lenta. Luego, con delicadeza, se liberó de su mano y, sin hacer ruido, salió despacio de aquella casa. Fuera la noche era bella y muy luminosa. El aire que venía del río hacía caer del balcón de un segundo piso las flores de una enorme buganvilla. Manuel Ramalhete recogió una, respiró a pleno pulmón aquel aire húmedo de mar y se la puso en el ojal. Solo tenía veintidós años. Toda la vida por delante. Dirigiéndose hacia su automóvil nuevo tuvo una única y emocionante certeza: le esperaba un futuro brillante. Muy brillante.

OceanofPDF.com

VII

Cualquier otra mujer habría hecho mil pedazos una nota como aquella. Margarida, por el contrario, no había tenido nunca nada, ni siquiera recuerdos, y así, aun con dolor, aquellas pocas palabras las vio enseguida como la primera prueba de una vida auténtica. Se quedó con aquel pedazo de papel en la mano ante la ventana abierta, en parte lo leía y en parte miraba al río del que había zarpado el barco que se había llevado para siempre al hombre que por un breve tiempo había creído suyo. Pensó en los muchos proyectos que había hecho, en la vida que había soñado ella sola, sin nadie. Pero no se sintió traicionada, ni tampoco ofendida. La vida no era otra cosa que lo que sucedía. «Es así para todos», pensó en silencio y, solo ante la idea de ser como los demás, se sintió llena de un orgullo que nunca antes había experimentado. Había tenido un amor verdadero, se había quedado embarazada y aquel amor le había dicho adiós. Esa era su vida. Ahora, por fin, tenía una.

Tomó aquella nota, la dobló y la metió en su portamonedas casi vacío. Luego hizo la cama, comió una rebanada de pan duro con un poco de aceite y salió de casa. Era un bonito día y la parada del tranvía estaba al sol, en un lugar resguardado, donde la brisa de mar llegaba solo a ratos. Pensó en las vueltas que da el viento, en una canción que decía: «Viento que me acaricias ve a llevarle mi perfume», comenzó a canturrearla en voz baja, luego un poco más fuerte. Una mujer se asomó a una ventana y comenzó a cantarla con ella. La cantaron entera mirándose a los ojos, con una expresión que no era ni triste ni alegre, la cantaron de forma cómplice, porque sus vidas tenían, seguro, algo en común.

Subió al tranvía pensando que no existe nada especial en la vida de nadie. Pensó en la vida como en una figura recortada en papel, todas las vidas iguales, puestas una sobre otra, también la suya. Desde el tranvía, se volvió a mirar a la mujer de la ventana, pero esta ya no la veía y había dejado de pensar en ella. Debía de saber desde hacía mucho cómo eran las cosas. Solo para Margarida estaba todo aún por descubrir.

Aquella mañana entró en la fábrica con una sonrisa nueva. Al saludo de las compañeras de trabajo respondió con una voz cristalina, le salió así, aunque habría tenido ganas de llorar, de tirarse al Tajo para llegar a nado a aquel barco y pedirle que la llevase a América con él. Sabía muy bien que aquel dolor no la abandonaría nunca, pero su tono de voz había cambiado, se había hecho hermoso. Sus compañeras de trabajo se dieron cuenta y se apretaron todas a su alrededor, y ella, aun con aquel llanto que llevaba dentro, se puso a reír y bromear como ellas. En la hora del descanso, comió con las demás, fue al patio a fumarse un cigarrillo y a una de ellas, una al azar, le contó toda la historia de Carlos y del niño que le había dejado dentro.

—¡Qué desgracia, hija mía!

—Doña Ofelia, ¿por qué dice eso? No seré ni la primera ni la última. El barrio está lleno de muchachas que han tenido un hijo.

—Y que se han quedado solas. ¿Quién quiere ya a una como tú?

—Pero yo no quiero a nadie, doña Ofelia. Ahora tengo que pensar solo en trabajar y en comer también un poco de carne de vez en cuando, por el niño. Con la casa me he quedado. He hablado con la dueña, ha sido amable. Ha dicho que puedo conservarla. Doña Ofelia, es pequeñísima y falta de todo, pero es bonita. Desde la ventana se ve el río. El niño y yo estaremos bien en ella. Luego, cuando nazca, tendré que pensar en dónde lo dejo cuando me vaya a trabajar, pero en eso pensaré cuando sea el momento. Cada cosa a su tiempo.

—Si hasta pareces contenta.

—Lo estoy. Qué puedo decirle… Hay algo que aún no se nota, pero que yo siento. ¿Sabe cómo me di cuenta? Mirándome al espejo. Yo de estas

cosas no sé nada, pero ese día, al mirarme, vi a otra Margarida, mucho más guapa y con dos ojos así de grandes.

—Si al menos supieses algo de la vida…

—No pasa nada, lo sabré.

—Mira la mía.

—Está demasiado encerrada en casa, doña Ofelia. Debería salir, ponerse otra vez el sombrero y los guantes. Ir a merendar a las cafeterías. Las mujeres casadas y que no tienen necesidad de trabajar van y parecen siempre contentas.

—A gastar dinero en una cafetería, ¡faltaría más!

—Doña Ofelia, usted es todavía joven y hace la vida de una vieja enferma. Con todas esas medicinas, además. Pero ¿cuántas toma al día?

—Y quién las cuenta ya.

—Al menos, si va a merendar, se mete alguna otra cosa en el estómago, además de las pastillas.

—Estás medio loca, Margarida. Pero ¿cómo puedes estar tan contenta con esta desgracia del niño?

—Niño… ¿Y quién ha dicho que sea un niño? Doña Ofelia, yo creo que va a ser una niña.

Y pasaban los días, todos iguales. Y Margarida los contaba, uno tras otro, con una especie de ardor, como si el pasar del tiempo le diese fiebre. Trabajaba en la fábrica y luego iba a planchar a casa de doña Ofelia y de alguna otra señora de Graça. Por la noche volvía a aquella casita suya, con las piernas y los pies que le dolían, las manos hinchadas. También el corazón. Antes de dormirse recitaba sus oraciones con el rosario en la mano, rezaba por ella y por la niña, por Carlos que estaba lejos. Aún no había recibido siquiera una postal suya, pero sabía que tarde o temprano llegaría. Tarde o temprano, con calma. Y a falta de noticias, releía aquella nota, aquel «tuyo, Carlos», que le quedaba impreso en los labios hasta que llegaba el sueño y se confundía con «mío, Carlos», como si a aquel adiós ella respondiese con el comienzo de una carta que en aquel duermevela intentaba escribirle sin conseguirlo nunca.

Del niño no dijo nada a nadie en la fábrica. Había habido muchas otras chicas que habían tenido hijos en silencio. A los jefes no les importaba, bastaba que trabajasen hasta el último minuto y luego volviesen enseguida después de haber parido, estuviesen casadas o no. Los capataces y el director, todas aquellas tripas que se inflaban y se desinflaban, no las miraban siquiera, casi ni sabían de ellas. Las obreras tenían que entrar y salir al sonido de la sirena. Luego, en cierto momento, cuando una de aquellas tripas crecía demasiado, sabían todos que durante un par de días la obrera no se presentaría a trabajar. Ni decían ni preguntaban nada, sabían solo que había que quitar dos días del sobre de la paga. El de Margarida fue un embarazo pesado. Al médico no fue nunca, no tenía dinero. El embarazo no era una enfermedad, le decían en la fábrica las que habían tenido ya hijos. Pero viéndolas nadie lo diría, pues estaban demacradas y les quedaban pocos dientes. Una de ellas, bromeando, solía repetir: «Un hijo más, un diente de menos». Pero las cosas de menos eran muchas. Los hijos habían secado a aquellas mujeres, ya solo jóvenes de años, con la piel apagada, el cabello opaco, mujeres que parecían cubiertas de un polvo fino y blanco que las borraba poco a poco. Parecían hechas de yeso, y solo se veía que estaban vivas por las venas azules que tenían en los brazos y las manos. Pero Margarida quería sentirse feliz a pesar de todo, aun con aquel dolor punzante que la afligía. No quería pedir ayuda y se gritaba dentro que no quería, porque la ayuda nunca existe, solo existe la ilusión, y cada momento de miedo es una especie de muerte. Eso también lo sabía, que no debía abandonarse al miedo, podía dejarlo caminar a su lado pero, dirigirle la palabra, eso jamás. Tenía que aprender sola las cosas que no sabía, tenía que llamarse por su nombre y decirse lo que le habría dicho una madre. Pero a su madre no la había conocido, de su infancia no se acordaba, cuando se esforzaba en retroceder con el pensamiento no veía nada y cuanto más se esforzaba, más creía volverse loca, como un topo que excava bajo tierra. Pero los topos al menos tienen orientación: ella excavaba en el vacío.

Solo una vez había soñado con su madre y ahora, cada vez que pensaba en ella la imaginaba así, como la mujer de aquel único sueño. Un día que estaba planchando en casa de una señora, se había quedado mirando a una de las hijas que dibujaba. Era buenísima aquella niña, parecía que le

guiaban la mano de lo bien que le salían las figuras. Margarida se le acercó y le dijo:

—¿Me harías un dibujo?

—¿El dibujo de qué? —le preguntó la niña.

—El dibujo de una mujer.

—¿Y cómo tiene que ser?

—A ver, tiene que ser guapa, pero sencilla. Con una cara redonda y un pañuelo en la cabeza. Con el pelo negro y los ojos azules.

Y la niña comenzó a dibujar mientras Margarida la guiaba y, al final, aquel retrato quedó bastante bien, casi igual que la mujer del sueño, con la expresión dulce de una madre. Y aquella noche, al volver a casa con las primeras náuseas que la mareaban, Margarida puso el dibujo sobre la mesa y lo iluminó con una vela. Se hizo de noche y ella continuaba mirándolo, como queriendo hablarle. Al final no pudo resistirse. Antes de apagar la vela e irse a dormir, le susurró:

—¿Sabes que pronto serás abuela?

Desde hacía algún tiempo, había comenzado a sentir extraños pinchazos dentro de la barriga. Cuando llegaban le cortaban la respiración y le quitaban luz a las cosas: era como si el sol quedase de repente cubierto por una nube oscura. Le dijeron que tenía que acostumbrarse, que en el momento del parto serían mucho más fuertes y dolorosos, que aquellos eran solo de aviso. Pero ella estaba asustada, tenía miedo de que algo no le funcionase bien dentro. No sabía nada de cómo podía estar allí un niño, en el vientre, si estaba protegido por algo o si estaba solo junto a sus órganos, si podía acabar metido en algún lugar en el que quizá luego no consiguiera respirar. Le habían dicho que en la barriga había muchos metros de tripa enrollados y, con cada uno de los pinchazos, veía a su hijo con una de las tripas alrededor del cuello. Entonces, se ponía las manos sobre el vientre, lo movía un poco, en fin, intentaba darle a aquel hijo la posibilidad de salir del lugar en el que se había metido para ir a otro menos peligroso, en el que pudiese dormir en paz y respirar bien. Cuando le sucedía estando en la fábrica, alguna acudía siempre en su ayuda, la acompañaba a tomar un vaso de agua, la abanicaba.

Por la noche no lograba dormir ni con la ventana abierta. Su casa, expuesta todo el día al sol, en verano se calentaba más que un horno y comenzaba a refrescarse solo al alba, para luego volver enseguida de nuevo a arder. No sabía tampoco qué pensar en aquellas horas sin sueño, entonces iba a asomarse a la ventana, miraba las luces lejanas, en la otra orilla del Tajo, y las cercanas de Alfama, que descendían sin continuidad hacia el río y daban al aire de la noche el color amarillento y difuminado de la electricidad, como si cada una de aquellas luces fuese una burbujita flotando en la oscuridad de Lisboa. Miraba los grandes barcos fondeados y las barcas de los pescadores, apenas iluminadas, que iban y venían. Los barcos eran casi todos militares, naves de guerra. Había oído decir muchas veces que había guerra en el mundo y, cada vez que pensaba en ello, de noche, se encogía de hombros y suspiraba dando gracias al Señor por haber mantenido a Portugal lejos de aquellos dolores. Años atrás había oído contar muchas veces de muchachos portugueses que iban a luchar a España, donde había una guerra que llamaban *civil*. Ella no había entendido nunca qué quería decir aquello, una vez se lo preguntó a doña Ofelia, que le contestó que *civil* era una persona bien educada, y así ella acabó por pensar que aquella guerra española había sido una guerra muy bien educada, distinta de todas las demás. Pero, cuanto más lo pensaba, menos entendía cómo era posible que en una guerra así hubiese muertos de todas formas, tantos pobres muchachos que habían partido y no habían vuelto nunca a casa. Pero ¿qué habían ido a hacer los mozos portugueses a aquella guerra de España? Si había una guerra bien educada entre españoles, ¿qué pintaban los portugueses? ¿No eran acaso los portugueses los que decían siempre que de España no llegaba nunca «*nem bom vento nem bom casamento*»? Si los hubiesen obligado, lo habría entendido, pero aquellos muchachos iban por voluntad propia, y lo hacían además a escondidas porque, si los pillaban antes de la frontera o en ella, el Gobierno portugués los metía en la cárcel si la cosa iba bien, y los mataba si iba mal.

—No entiendes nada de esas cosas —le dijo una vez Carlos—. Son cosas que las mujeres no pueden entender.

Pero ella insistió, le pidió que le explicase las razones, y él se la quitó de encima diciéndole que España estaba dividida entre buenos y malos, y que

los buenos portugueses iban a ayudar a los buenos españoles, pero que tenían que hacerlo a escondidas, porque el Gobierno portugués estaba de parte de los malos e intentaba ayudarlos como mejor podía. Ahora, en la ventana de aquella casita de una sola habitación, tan lejos de Carlos que no lograba recordar siquiera bien el tono de su voz, daba gracias al Señor por hacer que su hijo naciese lejos de aquella guerra que ya había en el mundo y cuando, por suerte, ya había terminado hacía tiempo aquella otra de España. Pero ¿qué hacían, entonces, todos aquellos barcos de guerra en el puerto de Lisboa? Un hijo le navegaba en la tripa, el hijo de un hombre que estaba ya lejos junto a otra mujer, que quizá ya la había olvidado, aunque hubiese escrito «tuyo, Carlos» en su nota de despedida, que ni siquiera se había preocupado por la fecha de nacimiento de aquel hijo que le había dejado como recuerdo de un amor breve. Doña Ofelia le había dicho que ya no la querría ningún otro. Pero ¿quién había dicho que ella querría que otro la quisiera? Sí, puede que otro hermoso malabarista, otra carita de ángel… En aquellas noches de bochorno que dejaba sin respiración, Margarida pensaba que, de todas formas, no viviría mucho, pero lo pensaba sin gran tormento, solo con un pequeño escalofrío que le recorría la espalda y terminaba abajo, en los talones, dándole un poco de frío. Por lo que ella sabía, la vida no cuenta más por lo que dura, la vida recibida era para ella como un dibujo que se va esbozando según se vive y que, de un momento a otro, se termina. Esperaba solo poder vivir lo suficiente para criar a aquel hijo que le nacería en invierno. Y esto también le preocupaba, que un niño, cuando nace, tiene necesidad de calor, de sol que lo haga crecer con los huesos fuertes. ¿Cómo haría para calentarlo en los meses fríos del invierno? Se llevaba una mano a la frente como queriendo detener aquellos pensamientos. Se volvía extraña una mujer cuando estaba encinta, le venían a la cabeza demasiadas cosas que no era capaz de detener. Quién sabe si, quizá, las que tenían a su hombre al lado estaban más tranquilas, al menos de noche, en aquel abrazo de quien, si su mujer no duerme y da vueltas en la cama o se asoma a la ventana como hacía ella, al final se despierta y la va a buscar. Y, además, aunque los hombres no hablaban nunca mucho, viéndola así, inquieta, le habría dicho las pocas palabras justas para hacerla estar menos pensativa. ¿Qué puede saber una mujer que se queda embarazada por primera vez, qué

sabe de un hijo? Un hombre que la ama, aun en su ignorancia, la hace sentir mejor, le da su valor, le dice, por ejemplo, que el mundo, desde que es mundo, siempre ha avanzado así.

Aquella noche solo una estrella grande brillaba en el cielo, una solo, también ella, ahogada por el calor, brillaba menos, y el agua plácida del Tajo era tan densa y oscura que parecía jarabe de arándanos. Carlos estaba en algún lugar de aquella América que se lo había llevado con sus reclamos, un país que ella lograba imaginar solo como una gran costa allá lejos, al otro lado del océano. Los separaba toda aquella agua. Ella estaba donde el Tajo entraba en el Atlántico; él, a mucha distancia. Estaban al principio y también al final del mismo mar. Unas lágrimas le descendieron por las mejillas. «Menos mal que lloro en la ventana», se dijo. Pero ¿a quién le había oído decir que, si se llora dentro de casa, acaba por parecer que toda la casa es llanto? La estrella continuaba allí arriba, brillando intermitente en el cielo, casi latiendo. Margarida la miró de nuevo, luego cerró la ventana y volvió a tumbarse en la cama.

—Nos separa el mar, Carlos —dijo en voz alta—. Pero, si es una niña, la llamaré Maria do Ceu.

OceanofPDF.com

VIII

En la plaza de la iglesia, Manuel Ramalhete esperaba a su futura esposa vestido con gran elegancia. Varias veces aquella mañana, mientras se preparaba ante el espejo de cuerpo entero del cuarto de su madre, se había repetido la frase de su patrono al verle puesto el traje que le había regalado para la boda: «Manuel, este traje te va que ni pintado, darás muy buena impresión, ¡vas a estar más guapo que la novia!». Se la había repetido intentando reproducir aquel mismo tono convincente hasta que, agotado de tantos elogios, había concluido que aquellas palabras respondían, en efecto, a la verdad y, tras secarse el leve sudor de emoción que le humedecía la frente, se había calzado el sombrero deslizando las yemas de los dedos por el ala al menos tres veces y había salido de casa para dirigirse a pie a la iglesia de Nossa Senhora da Graça.

Era un precioso día de sol y el clima era agradable, aunque fuese 6 de diciembre. Desde la plaza de la iglesia se veía el castillo de São Jorge, con sus cañones apuntados hacia el cielo, los tejados de las casas que parecían caer uno sobre otro y una franja de río azul que centelleaba en la superficie como agitado por muchas lenguas de fuego. «¡Qué bonita es Lisboa!», pensó Manuel Ramalhete mirando la ciudad desde arriba. Y de pronto le volvieron a la mente algunos largos paseos por el hermoso parque de Monsanto en compañía de Tina, cuando aún era una muchacha de labios carnosos y piel suave, que él acariciaba en aquellos primeros días de primavera sujetándola contra los troncos de los árboles, cuando no la dejaba siquiera hablar y le lamía un pecho sacándolo a la fuerza de la blusa, apretándolo entre las manos hasta hacerle daño. Pero el daño se confundía con el placer, y ella echaba el cuello hacia atrás como un cisne estrangulado

y se quedaba así, rendida a aquellas manos y aquella boca que la buscaban por doquier. De todas las mujeres con las que había estado, Tina era la que gozaba con mayor intensidad. No es que las demás no lo apreciasen, pero eran, por lo general, artistas de teatro, bailarinas de los *cafés chantants*, y por tanto, a su parecer, casi mujeres acostumbradas por oficio a mostrar siempre más de lo que sentían. Tina, por el contrario, si se hubiese dedicado al oficio, dotada como estaba, habría hecho una fortuna. Si no hubiese estado seguro de ofenderla, se lo habría propuesto. Pero ella, ¡qué va!, siempre con aquella historia del amor, el amor. Bobadas, pensaba Manuel Ramalhete, una mujer con ese talento no puede pasar sin ello; además, era cosa sabida que las tísicas tenían más exigencias. Eso al comienzo de la enfermedad, claro, cuando aún ni siquiera son conscientes de tenerla. A saber qué hace la tuberculosis en los pulmones para luego llegar hasta allí abajo, donde queda esa especie de esponja sin paz. A saber cuál era el nexo. Cierto…, un pensamiento obsceno también lo tenía… Ay, Tina, ¡qué mujer!, ¡qué generosidad! Cada vez que andaba con una bailarina o con una dependienta de alguna tienda de confección, enseguida tenía necesidad de correr a ella, como si todas las demás no fuesen otra cosa que pobres aperitivos. Si hubiese estado bien de salud, habría tenido que convencerla para que se echase al mundo un poco. Se habrían hecho ricos. Los clientes se los habría encontrado él, pero ahora… pobre Tina, ¿cuánto le quedaría? Últimamente no gastaba siquiera ya mucho en médicos, no valía la pena, se estaba consumiendo, era dinero tirado. ¡Cómo le disgustaba que Tina estuviese tan mal! Le disgustaba de verdad, aquel hermoso cuerpo tan marchitado, dolía solo mirarlo. Apenas se sentía un poco mejor, sin embargo, se aplicaba a fondo, casi parecía volver a ser la Tina de siempre. En el ímpetu, al menos. Algo era. El amor, el amor… a saber con cuántos había estado en su vida. No era que él fuese celoso, no, solo le gustaba poseerla. Y ella siempre jurando que no era verdad, que era solo de él.

Manuel Ramalhete se encendió un cigarrillo, estaba nervioso. Pese a ser ya casi invierno, el sol pegaba fuerte. No le gustaba lo que veía a su alrededor. Su madre, doña Leonor, no sabía lo que era la elegancia y, encima, desde su viudez, iba siempre de luto. Incluso hoy, que él se casaba. Por no hablar de su hermana Julieta. Pobrecilla, paralítica de nacimiento,

con aquellas piernecitas muertas que parecían las raíces de una plantita tan débil que alguien había terminado por arrancar. Si hubiese sido por él, no la habría traído siquiera. Su madre, sin embargo, había insistido mucho, había querido, para colmo, alquilar una silla de ruedas. Dinero tirado. Menos mal que no se le había ocurrido comprar una. ¿De qué habría servido? Julieta estaba siempre en casa. Con aquellos tres tramos de escaleras, faltaba una silla de ruedas. Solo su hermano, ¡eso sí!, él sí que daba siempre buena impresión. Natural, era otra cosa, la Lufthansa sabía lo que se hacía, siempre con el hombre apropiado para el puesto. Su hermano había hecho carrera. Había tenido, sin embargo, menos suerte en el matrimonio, con aquella mujer tan bonita, muerta en el parto de una niña que era el vivo retrato de su madre. Fernanda, su sobrina adorada. Solo ella conmovía a Manuel Ramalhete, que no podía mirarla sin sentirse brotar las lágrimas. Una niña que parecía hecha de agua de mar y de cielo, con aquellos ojos siempre velados de melancolía, la tez casi transparente y el cabello rubio larguísimo. «Tus ojos, mi pequeña Fernanda, son profundos como el pozo de los deseos», le decía sentándosela en el regazo. Y la pequeña, con la boquita amarga de quien no ha conocido a la madre, esbozaba apenas una sonrisa.

El día que nació casi parecía él el padre. Caminaba arriba y abajo por aquel largo pasillo de hospital y, cada vez que un médico o una enfermera asomaban por la puerta de la sala de partos, Manuel Ramalhete se les acercaba corriendo para preguntarles: «Pero ¿qué sucede ahí dentro? ¿Por qué tarda tanto?». Aunque no obtenía respuestas. Salían y volvían a entrar aprisa, negando con la cabeza, y él retrocedía hacia su hermano, siempre corriendo, lo miraba directo a los ojos:

—Laertes, pero ¿qué sucede? Hace horas que solo la oigo gritar.

—Hay que tener paciencia, Manuel, hay que tener paciencia —le respondía el hermano pálido como un cadáver.

—¿Cómo haces para estar tan tranquilo? ¿Cómo lo haces?

Pero Laertes no estaba, en absoluto, tranquilo, la procesión iba por dentro, custodiada por el presagio de nueve largos meses. Aquella esposa que todos los hombres le envidiaban siempre había sido delicada, bastaba una nada para enfermarla. Y durante todo el embarazo tosió de noche entre

una inspiración y otra, como si tumbada algo se le atravesara entre la respiración y los latidos del corazón. Y cada mañana se levantaba de la cama con mayor fatiga, con el rostro cada vez más pálido. Hasta que los médicos le prohibieron levantarse, repitiendo cada vez que la veían: «Un embarazo de riesgo». ¿De riesgo para quién?, preguntaba él, pero los médicos no sabían decir, de riesgo para la madre, para el hijo, para los dos, ¿quién podía saberlo? Era preciso tener cuidado, mucho cuidado. Aquel marido enamorado había pasado nueve meses durmiendo con un ojo cerrado y otro abierto. Y mientras ella dormía respirando con mucho esfuerzo, él la miraba lleno de pesar. «Ojalá no te hubiese hecho esto nunca, amor mío», pensaba besándole despacio las yemas de los dedos, tan frías. Desde que le dijo que esperaba un niño, desde aquel primer momento, Laertes sintió tanta culpa que día tras día se fue volviendo más sombrío y taciturno. Por la tarde, cuando salía de trabajar, antes de volver a casa, entraba en la iglesia y encendía una vela a la Virgen. Se quedaba allí sentado, ante aquel rostro de mirada lejana que no se detenía nunca en nada, y solo le pedía que tuviese piedad, que le evitase el tormento. «Mírame —le decía de pensamiento—, hazme una señal, dame a entender que me comprendes». Y luego se iba colocando en todos los rincones de la iglesia para ver si, desde aquel punto, parecía que ella lo mirase al menos un poco. Pero, daba igual dónde estuviese, aquella mirada se dirigía siempre a otro lugar y no a él.

Durante nueve meses, aun en los dolores de un embarazo tan difícil, la única feliz había sido ella. «Sonríeme —le decía al marido—. Por favor, Laertes, una sonrisita para mí. Sé que estoy mal, pero es pasajero, esto no es una enfermedad. Verás que luego el niño nos compensa, ya verás». ¡Cuánto le habría gustado poder sonreírle! Lo intentaba, desde luego, pero siempre le salía una sonrisa demasiado falsa que ella no se creyó nunca. Algunas veces, cuando se sentía mejor, llegaron a discutir. Le reprochaba que no estuviese contento de ir a ser padre y él lo negaba con tanto esfuerzo que al final ella se encerraba en un mutismo hecho solo de sollozos que le cortaban la respiración. Entonces él le pedía perdón de rodillas y, estallando también en lágrimas, le juraba que era feliz, muy feliz, tanto que no lograba hacérselo ver.

Luego hubo otro grito, pero más largo, y después el llanto de la recién nacida. Manuel Ramalhete se echó a los brazos del hermano.

—Ya está, Laertes, ¡eres padre! —le dijo abrazándolo fuerte.

Pero Laertes parecía haberse convertido en piedra, con la cabeza inclinada sobre el hombro del hermano menor como si fuese su padre. Y justo en el padre muerto hacía tantos años pensó, y casi le dieron ganas de decir en voz alta: «No había esperado que pudiese usted volver», porque de verdad le pareció sentir el olor de su padre, el mismo que, después de su muerte, durante tanto tiempo, había ido a buscar en su ropa, dentro del armario, y le parecía que no se desvanecería nunca. Así que cerró los ojos y se quedó a la espera, con una de las ventanas de aquel largo pasillo abierta a la espalda, con el aire que le golpeaba ligero en el cuello y el chirrido de una persiana que casi lo acunaba, sí, como la lluvia de invierno, aunque en aquel día de verano en el cielo había solo un gran sol, tanto sol que ni siquiera se podía decir que el cielo fuese azul. Y estaban aún así cuando llegó el médico y les dijo que no habían podido hacer nada, que había sido todo difícil desde el primer momento y luego cada vez peor, que la niña estaba débil pero sana y que él tenía que ser fuerte. Asintió nada más, mientras Manuel Ramalhete, por el contrario, gritaba como si se hubiese vuelto loco y nadie conseguía pararlo. Laertes no, totalmente inmóvil ante la ventana abierta, con las manos sobre el alféizar y aquel sol cegador en los ojos, todo aquel aire caliente entre el cabello que había comenzado a perder hacía un tiempo, con la mirada que no se detenía en nada, que había dejado de ver.

En la plaza de la iglesia, con el cigarrillo entre los labios, Manuel Ramalhete acariciaba el pelo rubio de su sobrina Fernanda, que ya tenía ocho años. Parecía una muñeca con todos aquellos lazos blancos en el vestidito celeste, los zapatos de charol negro, el abriguito azul, los guantes de tul que mostraban transparentes la piel delicada de aquellas manos. Y del cabello su caricia descendía a las mejillas, que nunca habían sido regordetas, y con el pulgar, luego, seguía como siempre la forma amarga de aquella boca suya diminuta, como queriendo redibujarla en una sonrisa. Sabía desde el día de su nacimiento que aquella niña sería para siempre el

gran amor de su vida, que era su tío por error, porque el amor que sentía dentro era el profundo y rendido de un padre. Laertes no podía molestarse por aquellos pensamientos que no le confesaría nunca; solo pensamientos, porque no habría sabido explicarle a nadie cómo había sentido desde el primer instante aquella convicción.

Una vez tuvo la sospecha de que la sobrina lo sabía, pero fue solo aquella vez que Fernanda no tenía aún siete años y escribió aquel extraño poema que ninguna niña había escrito nunca a aquella edad:

> Te veo y no te veo.
> Y sé que son tus ojos
> y mi recuerdo de ti
> y nuestros corazones
> en un solo corazón.

Lo escribió y se lo dio una tarde que él volvió a casa cansado y ella, que tenía fiebre y no había ido al colegio, había pasado todo el día con la abuela. «No puedes haberlo escrito tú», le dijo. Pero ella contestó que sí con la cabeza y luego salió corriendo.

A veces, cuando su hermano Laertes se iba a Alemania, la niña se quedaba con ellos. Entonces él, de noche, se levantaba sin hacer ruido para ir a mirarla dormir. Se sentaba en la cama y, cogiéndole una mano, en voz baja, le preguntaba por su vida en común, pero esa vida que le conmovía y le corría el corazón.

Manuel Ramalhete acariciaba el pelo de Fernanda en la plaza de la iglesia cuando vio llegar a Ofelia acompañada de sus padres.

—¡Rápido, entra en la iglesia! —le dijo su madre—. Rápido, que si ves a la novia fuera, tu matrimonio no será feliz.

Pero Manuel Ramalhete parecía como embriagado por aquel sol de diciembre, ralentizado en sus movimientos. Apagó sin prisa el cigarrillo con la suela del zapato y, durante un momento, quedó deslumbrado por algo que no eran ni el sol ni la novia que llegaba, quedó deslumbrado y basta. Ofelia y sus padres, viendo que no entraba en la iglesia, se detuvieron. También ellos, vistos así, tenían algo raro, hablaban en voz baja y se movían un poco

a saltos, como en las películas mudas que no siguen el tiempo real de los movimientos. Una extraña sonrisa se esbozó en los labios secos de Manuel Ramalhete, que durante un momento no oyó nada, ni siquiera una palabra de quien estaba a su alrededor. Con indolencia, tomó entonces la mano de su sobrina Fernanda y, por fin, se dirigió hacia la sombra fría de la iglesia, seguido aprisa por los pocos invitados que, como él, en la plaza, se habían distraído y habían esperado demasiado tiempo la llegada de la novia.

La vio entrar desde el altar, con el rostro vuelto hacia la entrada, todavía con aquella extraña sonrisa de pez de fondo marino grabada en los labios y que sentía como un traje nuevo que tendría que llevar durante no sabía cuánto tiempo. La miró mientras se acercaba a él y la vio fea, torpe, sin elegancia, y le pareció que también su estómago, al verla, sonreía con la misma mueca ácida que los labios. «Una *gorgona*», pensó, y al pensamiento asoció la imagen de mucha agua sucia de un lavabo descendiendo con lentitud hacia las tuberías. El agua de quien se acaba de afeitar, el agua mezclada con pelos y espuma densa que hasta poco antes se había extendido por las mejillas. «Demencial», pensó también, pero no consiguió más asociaciones, porque la música nupcial lo paralizó. Ya no vio nada, solo le pareció retroceder hasta un momento en que él ni siquiera existía.

Manuel Ramalhete se casó así, como un hombre que de repente hubiera perdido el seso. Volvió en sí solo cuando, con Ofelia del brazo, se encontró de nuevo en la plaza de la iglesia, posando para la fotografía que les retrataba junto a los pocos parientes que habían asistido a la ceremonia. La imagen que después, durante años, vería enmarcada sobre la cómoda de su dormitorio.

Manuel Ramalhete y Ofelia entraron por primera vez en su casa a las seis de la tarde, tras una larga comida en el restaurante A Mourisca, que terminó con muchos brindis y el padre de la novia borracho cantando fado, acompañado a la guitarra por el dueño del restaurante. Durante todo el tiempo, Ofelia no hizo otra cosa que mirar a su cuñada Julieta, sentada en la silla de ruedas que la madre le había alquilado para la ocasión, preguntándose cómo podía tener tan buen humor una muchacha paralítica. Sintiéndose observada, Julieta devolvía aquellas miradas levantando hacia

la mujer de su hermano un vaso siempre lleno. Ofelia, que la veía aquel día por primera vez, sintió hacia ella una repugnancia súbita, que luego la vida transformaría en algo más profundo e insoportable. Procuró todo el tiempo apartar su atención de aquella broma de la naturaleza, pero, aunque intentase no mirarla, su pensamiento se concentraba en aquellas piernas sin forma que había vislumbrado justo después de la ceremonia. Se preguntaba por qué su marido no le había hablado nunca de aquella infeliz y, de vez en cuando, mirándolo a los ojos, intentaba obtener una respuesta sin palabras. Seguramente se avergonzaba. Y probablemente también se avergonzaba de la madre, que llevaba escrita en la cara una pobreza que ni una súbita fortuna podría borrar. No se había imaginado así a la familia de aquel mocetón elegante que la había cortejado con tan buen gusto y que había conquistado enseguida a sus padres precisamente porque parecía de un nivel social más elevado que el suyo. Era natural que su padre se hubiese emborrachado. Siempre lo hacía cuando no se sentía cómodo. Con su madre, que había estado callada todo el tiempo, durante la comida había intercambiado algunas miradas locuaces moviendo apenas las comisuras de la boca en una expresión entre el duelo y la desaprobación. Consiguieron cruzar un par de palabras en el baño. Suspirando, su madre le dijo que casarse con un hombre no significaba en absoluto hacerlo con su familia.

«Tú mantente siempre en tu sitio —le dijo—. No está escrito en ningún sitio que debas mezclarte con esa gente. No es que yo quiera ser quisquillosa justo hoy, hija mía, pero para ti había esperado algo mejor. Sí, mucho mejor».

Entrando por primera vez en su casa, Ofelia volvió a pensar enseguida en las palabras de su madre. «Algo mejor». Mejor no había tampoco mucho en el mundo para ella. No recordaba haber tenido nunca proyectos, un sueño, un enamoramiento. Como si bastasen un par de guantes y un sombrero. Por lo que a ella se refería, sus guantes olían a jamón y a queso baratos. Por mucho que se lavase las manos, aquellos olores no se iban nunca. Miró su nueva casa y pensó que, al menos, ya no estaba obligada a servir a los clientes de sus padres. Eran solo dos habitaciones, el baño era pequeño y la cocina tenía poca luz. Pero era su casa, viviría en ella y lo

haría a su manera. Su marido trabajaría todo el día y volvería a casa por la noche. Sí, pero no volvería ni mucho menos como todos los demás, ¡ah, no!, esto al menos lo podía decir bien alto, porque era cierto: su marido volvería a casa en automóvil. A fin de cuentas, su madre no tenía mucho por lo que lamentarse, podría incluso presumir ante los clientes de la tienda de que el marido de su hija era uno de sus pocos clientes con automóvil. Ambicioso como era, Manuel Ramalhete llegaría muy lejos.

Cuando oyó que la puerta volvía a cerrarse a su espalda, Ofelia se sobresaltó y casi dio un salto, como para escapar de algo que la seguía.

—No tengas miedo —le dijo él tomándola de la mano—. Estamos casados.

—No tengo ningún miedo —le respondió Ofelia.

Esperaron a que se hiciese de noche en la sala de estar, con el paquete de las sobras del banquete sobre la mesa. Ofelia estaba sentada en una silla pensando solo en los zapatos que le hacían daño en los pies. Manuel Ramalhete, por el contrario, estaba tumbado en el sofá con el nudo de la corbata flojo, los pies apoyados en un brazo del asiento, en el que había abierto un periódico. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía, digería la comida y aquel día que le parecía ya muy lejano, como en la bruma. Incluso con los ojos cerrados seguía viéndola, porque uno puede estar con los párpados solo entornados, fingiendo un sueño que no tiene, para que quien está al lado se sienta libre de estar como quiera, se crea casi solo, cuando, por el contrario, está bien vigilado, como estaba haciendo él con aquella mujer recién desposada que miraba a su alrededor intentando adaptarse a la nueva casa, a aquel salto al vacío de una nueva vida que no conseguía prever. Se controlaban a distancia, se escrutaban como dos animales por primera vez dentro del mismo recinto. Quién sabe, quizá a Manuel Ramalhete le apagaba ciertos instintos el hecho de que fuese esposa. Era extraño, esa mujer que nunca había sido suya estaba como en parte ya consumida solo por el hecho de haberla adquirido para la eternidad, algo que está ahí y que, si hoy no hay ganas de poseerlo, ya se hará mañana o pasado. «Tienes tiempo, Manuel», se decía, y solo de repetirse aquellas palabras le entraba un gran cansancio, porque la idea de tener tiempo da enseguida ganas de perderlo. Ay, ya se sabe, el dinamismo lo produce el

tiempo, es verdad, pero cuando es escaso, cuando sabes que o lo haces ahora o no lo harás nunca. La idea de aprovechar, sí, pero para cortar del todo. Alargó un brazo para hurgar en el bolsillo de la chaqueta que había colgado en el respaldo de una silla y sacar el paquete de Português Suave. Se encendió uno con los ojos cerrados, dejando salir de los labios el humo vertical de la primera calada en aquella casa nueva que olería para siempre a su tabaco dulzón. Pero Ofelia no dijo una palabra, tomó aquel gesto no como una señal de presencia, sino como todo lo contrario, porque un hombre fuma para aislarse del mundo y encerrarse con sus pensamientos en un lugar que lo contiene entero solo a malas penas. Entonces se quitó los zapatos y los puso sobre la silla que tenía al lado. Los miró con un punto de pesar. Vistos así, apoyados en una silla de enea, parecían no haber sido nunca suyos, zapatos de otra mujer, o quizá de nadie. Los agarró, se levantó y fue a ponerlos en el armario del dormitorio. El elástico de las medias le apretaba sobre las rodillas, cortándole una circulación que no funcionaba ya demasiado bien. Manos y pies siempre rojos, sobre todo, en invierno, manos feas y pies feos. No es que le importase, pero al menos hoy le habría gustado sentirse aceptable, aunque fuese solo por un rato, una hora, unos minutos, el tiempo de pasar por delante del espejo y llevarse una sorpresa. Y, sin embargo, frente a aquel espejo de cuerpo entero, vio a la Ofelia de siempre, solo que vestida de fiesta. Se sentó en la cama y, desde donde estaba, miró la ventana abierta y las ventanas del edificio de enfrente, las que vería siempre. Le pareció todo viejo, todo ya gastado desde hacía mucho, como visto en otra vida, y aquella cama le pareció fría como una tumba y que todo el banquete de bodas se le vino a la boca en una náusea que desde ese momento sería el olor de su respiración. Entonces se llevó las manos a los labios, las ahuecó en forma de concha como había visto hacer tantas veces a su madre cuando se sentía indispuesta, y le pareció tener grabada en el rostro su misma expresión en aquellos momentos, cuando sentada en la cama se olía el aliento y decía: «Estoy indispuesta, no he digerido bien», y luego iba a la cocina y ponía una cazuela de agua al fuego, agua y corteza de limón, donde vertía una cucharada de miel del Alentejo, aquella miel densa que solo quitar la tapa llenaba la cocina de su olor fuerte a parque zoológico. Se miró en el espejo y dijo:

—Estoy indispuesta.

—Es la comida —le respondió Manuel Ramalhete desde la sala de estar—. No estamos acostumbrados a comer tanto. Échate un poco. Verás que se te pasa.

Pero al oír aquella voz que le respondía, Ofelia se llevó las manos a las orejas y cerró los ojos como si la hubiese deslumbrado un sol que, sin embargo, ya no estaba. Se acostó y sintió que el estómago le empujaba el corazón, y el corazón la garganta, sintió que algo, desde abajo, empujaba hacia arriba como queriendo salir. Ofelia se santiguó, luego alargó la mano hacia su bolso, tomó dos comprimidos de Dolviran y los tragó sin beber nada. Mientras fuera comenzaba a llover, se quedó dormida sin siquiera darse cuenta.

Abrió los ojos cuando estaba ya oscuro. Por la ventana del cuarto entraba la luz de una luna gigantesca, desproporcionada. Ofelia la miró y pensó que los cristales de su ventana eran lentes de aumento. Tenía casi rostro aquella luna, no era verdad que allí hubiese un hombre y una mujer besándose, solo era el rostro triste de una mujer que, con los ojos bajos, lloraba. Ofelia se pasó una mano por el cuello sudado, luego se irguió para sentarse en la cama y, mirando a su alrededor, sintió que le daba vueltas la cabeza. Entonces puso los pies en el suelo e intentó levantarse, aferró con las manos el cabecero de hierro forjado, se quedó así unos segundos y luego soltó la presa. De puntillas, se dirigió hacia la maleta, la abrió, sacó el camisón almidonado que solo de tenerlo en la mano hizo un ruido duro, como de cartón, se lo puso y le pareció que se entumecía. Así que ni siquiera fue al baño, volvió a la cama con las piernas que se le habían vuelto casi blandas, el corazón que le latía fuerte por todo el cuerpo, y en cuanto se tumbó pensó que quizá otro Dolviran le haría sentir mejor. Volvió a alargar la mano hacia el bolso, pero entonces lo vio aparecer en el umbral de la puerta, los brazos apoyados en las jambas, el torso ligeramente inclinado hacia delante, la sonrisa iluminada por aquella gran luna llena.

—¿Has descansado bien? —le preguntó.

—Bastante —respondió Ofelia con un hilo de voz.

—Si quieres bañarte, te caliento agua y te lleno la tina. Yo ya lo he hecho mientras dormías.

—Ya me lavé ayer.

—Hoy es otro día.

—Pero uno no se lava todos los días.

—¿No? Y ¿cada cuánto hay que lavarse?

—No lo sé, de vez en cuando.

—¡Ah! De vez en cuando. ¿Y a cuántas veces a la semana corresponde eso?

—¿A la semana? ¿Tengo que lavarme todas las semanas?

—Santo cielo, debo de haberme casado con una bárbara. ¿No te han dicho nunca que hay que lavarse todos los días?

—¿Todos los días? Ni que fuese una mujerzuela.

Manuel Ramalhete rompió a reír y, despacio, se acercó a la cama, se quitó los pantalones, levantó las sábanas y, por un momento, se quedó contemplando a aquella esposa embalsamada en un camisón que parecía de madera.

—Eso quiere decir que tendré que aprovechar la higiene reciente —dijo en tono irónico metiéndose en la cama—. Y que, sobre la base de dicha higiene, regularemos nuestros encuentros.

—No eres romántico, Manuel.

—No me hace falta, mi querida Ofelia. Somos ya marido y mujer.

Manuel Ramalhete le enrolló aprisa el camisón hasta por encima del pecho y Ofelia se sintió morir de la vergüenza. Consiguió, además, verse desde fuera, como si otra Ofelia se hubiese sentado en el borde de la cama a mirar a la que, pobrecilla, estaba allí con toda aquella tela rígida ya casi alrededor del cuello, como en algunos cuadros flamencos. Pero luego tampoco la otra quiso seguir mirando y solo quedó una Ofelia; bajo los jadeos descompuestos de aquel hombre, no sintió siquiera el dolor físico de la primera vez. No sintió, en realidad, nada, y por ello, con aquella gran luna en los ojos, dio gracias al Dolviran.

OceanofPDF.com

IX

El silbido largo de la sirena de la fábrica cubrió el grito de Margarida. Un puñado de tabaco se convirtió en polvo entre sus manos, mientras un poco de sangre comenzaba a brotarle del labio inferior, que se mordía con fuerza, llenándole la boca con el sabor caliente del hierro.

La compañera que estaba junto a ella la vio en el suelo, con la mano izquierda agarrada a la pata de la mesa, y comenzó a gritar también ella para pedir ayuda, con todo el aliento que tenía, mientras la sirena seguía avisando del final de una jornada de trabajo.

En un momento, todas las obreras estuvieron a su alrededor, hasta que la mayor las alejó chillando que así le estaban quitando el aire. Margarida estaba en el suelo, de costado, intentando respirar, la sien derecha sobre el frío del piso, la mirada horizontal sobre aquellos baldosines blancos y verdes parecidos a muchas perlas bajando veloces por una pendiente. Y le pareció que también ella se deslizaba, como si su cuerpo no tuviese freno, como si no estuviese parado como de hecho estaba, inmóvil, con el tablero de la mesa sobre la cabeza, como un techo bajo que le hacía sombra y le impedía ver. «Tienes que respirar y estar tranquila», le dijo una voz que ni siquiera reconocía, y ella dijo que sí con la cabeza intentando dar a entender que había oído y, mientras tanto, se concentró en frenar aquel descenso que se la llevaba aun cuando ella no se había movido de allí, junto a aquella voz que le hablaba. Pronto, ayúdame a levantarla, la ponemos sobre la mesa. Ya no queda tiempo. Id por agua caliente y traed trapos. Pero ¿dónde vamos a por agua caliente? Id a buscarla donde os parezca, pero daos prisa, abajo, en el piso de abajo. Pero ¿habrá alguien aún a esta hora? No lo sé. Hay un restaurante ahí enfrente. Bien, pues id a pedirla allí, y también trapos.

¿Manteles? Sí, manteles valen, pero limpios, ¿entendido? Detrás, los he visto detrás. ¡Hale!, pues muévete.

Tumbada sobre la mesa, Margarida sentía solo el olor del tabaco y miraba fijamente una grieta del techo, el moho que había alrededor.

—Cuando digas «Dios mío, me muero», habrá terminado todo y te sentirás bien, ¿has entendido? Margarida, tienes que respirar a pulmón lleno y empujar con toda la fuerza que tienes. Cuanto más empujes, antes terminarás. Ánimo, buenas respiraciones profundas.

Aquella mancha de moho parecía tomar muchas formas, una tras otra, como las nubes en un día de viento fuerte. Ahora era un caballo, pero antes había sido un león, y luego se transformó en un barco. Barco, barco que partes lejos y no me lo traes nunca de vuelta.

—¡Empuja, Margarida! Déjanos ver a tu niño guapo, ¡vamos! No te lo querrás quedar todo para ti, ¿verdad? ¡Deja que también lo veamos nosotras!

Con las piernas separadas y todo aquel calor, todo aquel líquido que olía a caza y a tabaco, a sangre y a intestino. El olor del cuerpo que salía fuera.

—Toma aliento, hija. Descansa un momento.

Alguien le puso un codo en el estómago y apretó. Margarida tenía los ojos en blanco y con las manos intentó quitarse aquel codo que, sin embargo, siguió allí fijo, en la boca del estómago, apretando con toda la fuerza que tenía. Y ella ni siquiera tuvo la suficiente fuerza para decir nada, solo pudo gritar, las palabras que habría querido decir se quedaron en pensamiento, puede que ni siquiera eso. Luego pensó que no lo lograría, esto lo pensó de verdad, y quizá consiguió decirlo con los ojos.

—Claro que lo vas a conseguir, lo hemos hecho todas. Empuja, Margarida, ¡empuja fuerte!

Pero ¿en qué se estaba convirtiendo el tiempo? ¿De qué forma extraña pasaba? Los segundos se hicieron pesados, comenzaron a pesarle sobre el pecho, en el corazón. Si al menos tuviese azúcar… Le apetecía tanto sentir el sabor dulce del azúcar en la boca.

—Escucha, no estás dilatando. Hemos dicho en Dirección que llamen a una ambulancia, aunque me parece que no va a dar tiempo de que llegue. Así que te voy a dilatar yo, que no sé muy bien cómo se hace, pero que me

lo hicieron cuando parí y se trata de que te tengo que meter las manos y moverlas dentro como para abrir, ¿entiendes? Sentirás dolor, pero es la única forma.

Aquella mujer se secó el sudor de la frente y fue a lavarse las manos para quitarse todo aquel amarillo del tabaco del que estaban ya impregnadas. Se las lavó y secó muchas veces hasta que le parecieron bastante limpias, luego se hizo crujir los dedos uno a uno, se santiguó y volvió ante aquella pobrecilla que no tenía ya siquiera aliento para gritar.

—Dadle algo para que muerda —dijo bajito.

Juntó las manos en forma de concha y se las deslizó dentro para luego intentar abrirlas todo lo que podía a pesar de la resistencia que encontraba. Margarida comenzó a gritar de nuevo como si se estuviese muriendo, se retorcía, enarcaba la espalda, apoyaba las manos en la mesa, se desmoronaba sin fuerzas para luego recuperarlas de pura desesperación.

—Tenemos que darnos prisa, Margarida, no sabemos siquiera si aún le late el corazón. Mientras yo te abro, tú tienes que empujar, empujar lo más fuerte que puedas. Tienes que liberarte, bendita seas, libérate, ¿entiendes?

Alguien le sostenía la cabeza: junto con todo aquel dolor, sentía dos manos que le acariciaban las sienes. Pero ni buscando con los ojos hacia arriba vio a nadie, solo sentía sus manos. Y algunas veces parecía que todo aquel dolor se adormeciese un instante, y ella pensaba que lo hacía tanto que no conseguiría ya sentirlo, pero luego volvía y era como la hoja de un cuchillo entre las tripas, algo que desgarraba y lo arrancaba todo. La mordedura de un perro, eso es lo que era, debía de haberle entrado en la barriga un perro que se había puesto a morder, a comerla viva desde dentro. Una vez llegase al corazón todo habría terminado. Y ella pensaba en aquello sin conseguir respirar, que de una forma u otra terminaría, aunque fuese algo sin vuelta atrás que nunca contaría a nadie. Había ojos alrededor de ella. ¿Cuántas la estaban mirando maltrecha como estaba? Luego vio una especie de estrella fugaz, una luz que saltó a las manos de alguien, casi un vuelo. Y entonces gritó:

—¿Qué pasa?

—Lo has conseguido, Margarida. ¡Es una niña!

Y, luego, el tiempo, los ojos, las manos, los huesos, los pies, el corazón, todo lo que daba vueltas allí arriba, alrededor del moho, comenzó a bajar. Una cosa tras otra, como después de un torbellino. Pero no de forma violenta, no con el ruido que hacen las cosas al caer, no, todo bajaba ligero como una pluma y volvía a su lugar. Fue al reordenarse todo por sí solo cuando oyó el llanto de su hija, es más, lo vio, porque se la pusieron encima, y lo que le vino al encuentro fue una boca abierta de par en par que gritaba, un abismo del que salía el olor aún caliente de sus vísceras y en el que ella depositó su primer beso de madre.

Aquella primera noche, en el hospital, Margarida no consiguió dormir, aunque estaba muy cansada. Había pedido que la dejasen tener a la niña junto a ella, pero le habían dicho que se la llevarían solo por la mañana. Así que veló, con muchas mantas encima porque tenía un frío que no se le quitaba, pero también una extraña euforia que no sabía a quién contar, tantos pensamientos, tantos caminos. Y se miraba las manos, se las acariciaba, se las llevaba a los labios. Con los ojos hacia la poca luz del pasillo silencioso, Margarida esperaba que pasasen las horas de la noche. Algo muy conmovedor quería hacerla llorar, pero no lloró, al contrario, en toda aquella turbación de vida nueva, rio en voz baja, y pensó que era verdaderamente afortunada por ser mujer, porque una mujer que se convierte en madre siempre está cerca, no como el padre, que puede estar lejos y no volver jamás.

Por la mañana, una enfermera le llevó a la niña aún dormida y se la puso entre los brazos.

—En cuanto se despierte, póntela al pecho —le dijo.

Pero Margarida no podía esperar y, nada más quedarse solas, comenzó a acariciarla despacio hasta que abrió los ojos. Había pensado durante tantos meses en cómo serían aquellos ojos, pero no como suelen hacer las mujeres que quieren demostrar a los maridos que son capaces de hacerlos iguales a los suyos, porque ya se sabe, los hombres a los hijos los quieren más frente a la prueba evidente del parecido. No, Margarida había pensado en ellos de puro deseo y, durante nueve meses, de noche, antes de dormirse, los había imaginado suspendidos en la oscuridad de su habitación, dos ojos que la

miraban y que cada vez eran distintos, como los ojos de la gente que encontramos por la calle y no son nunca iguales. En voz alta, dijo:

—Pero ¿de qué color son?

—Son cósmicos —le respondió la mujer que estaba en la cama junto a la suya—. Los ojos de los recién nacidos son así, sin un color de verdad, durante un poco de tiempo arrastran el color del otro mundo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Margarida.

—Depende —contestó la mujer—. Depende de cuánto tarden en arrancárselos y elegir unos de este mundo. Es una niña hermosísima, ¿ha pensado ya en el nombre?

—Sí —respondió Margarida—. Se va a llamar Maria do Ceu.

—Pero, entonces, no hay duda, los ojos los escogerá azules —dijo la mujer riendo y dándole la espalda.

Margarida miró a su hija intensamente, le besó la frente sudada y se la pegó al pecho. Se quedó esperando un poco, pero no pasó nada, Maria do Ceu estaba con los ojos abiertos y el pecho de la madre entre los labios.

—Come, pequeña, come. Tienes que saber sola cómo se hace.

Habría querido pedir ayuda a alguien, habría querido que allí, junto a ella, hubiese estado su madre, aquella madre que quién sabe cuánto tiempo la había tenido si ni siquiera la recordaba.

Aquel pequeño cuerpo desarticulado entre los brazos la asustaba. Parecía fácil ahora que había nacido y, sin embargo, no lo era en absoluto, había sido todo mucho más sencillo mientras estuvo dentro de ella. También la barriga vacía le daba impresión, intentó medir con la mirada las dimensiones de la niña para imaginarla aún dentro de ella, pero le parecía una cosa imposible, como si no hubiese estado allí nunca. Aun en la cercanía sintió el dolor de la separación, sintió que ahora ya no sabía cómo protegerla de verdad y, cuando aquellos labios comenzaron a chuparle el pecho, entendió que todo estaba comenzando, pero de una forma tan nueva que le dio mucho miedo. Cerró los ojos, se concentró en aquel ritmo cada vez más regular, sintió que la leche le subía dulcemente en un flujo que la acaloraba. También Maria do Ceu estaba sudando. Se apretaban la una a la otra, estaban aún unidas. Aquel placer de reconducirla hacia sí calmó de inmediato toda su inquietud. Había salido de su cuerpo, pero dependía aún

de él. Y, mientras Maria do Ceu mamaba su primera leche, Margarida se sintió tranquila y se abandonó al sueño.

El director de la fábrica le había dicho que, cuanto antes volviese a trabajar, mejor sería. Se lo habían dicho también las compañeras. Ellas sabían bien cómo eran aquellos asuntos, poco antes de que Margarida entrase fija en la fábrica, habían despedido a dos de un día para otro. El director entró en la sala donde trabajaban las obreras y las dos veces repitió el mismo discurso. La fábrica no era una obra de beneficencia, en la fábrica se quedaba quien tenía ganas de trabajar, no se le guardaba el puesto a nadie.

—¿Comprendes, Margarida? —le dijo Maria da Luz, que fue a verla en cuanto salió del hospital—. Ninguna tenemos contrato. El patrono no nos lo hace.

—Pero no pueden despedirme solo por haber dado a luz.

—Por haber dado a luz, no, pero, si no vuelves pronto a la fábrica, tu puesto lo encuentras bien ocupadito por otra.

—Yo voy a volver, pero primero tengo que encontrar con quién dejar a la niña. Según ellos, ¿qué tengo que hacer? ¿Dejarla en casa sola?

—Y qué quieres, que les importe. Mira que al director ya no le ha gustado nada que hayas dado a luz en la fábrica. Si no hubiese sido porque había sonado ya la sirena, a las que te ayudamos nos habría quitado las horas de la paga.

—Pero ¿las otras cómo lo han hecho?

—¿Qué otras?

—Las que han tenido hijos.

—Ellas no estaban en tu situación. Tienen todas familia, madres, suegras. Tú no tienes a nadie.

—Me las arreglaré. Mañana, cuando vayas a la fábrica, dile al capataz que dentro de dos días vuelvo a trabajar.

—Y ¿cómo te las vas a apañar?

—No lo sé, pero lo haré.

—Lo siento, pero yo no sé cómo ayudarte. Y de las otras no te fíes, tienen todas una hermana o una pariente que busca trabajo. No sería la

primera vez, ¿sabes? Basta faltar unos días y hay quien enseguida va al director a decir que esta o aquella estarían dispuestas a trabajar. Y ellos, bah, ellos no se lo piensan dos veces.

Aquella noche Margarida no consiguió pegar ojo. Había dicho que se las arreglaría, pero no tenía ni idea de cómo. En todos aquellos meses no lo había pensado. Dos días, quién sabe, quizá eran demasiados también para aquellos animales. Maria do Ceu dormía tranquila en la cama, era una niña sosegada, que mamaba a horas regulares y, el resto del tiempo, dormía. ¿Qué molestia sería en la fábrica? Podía llevarla con ella, ponerla en una cesta y amamantarla cuando se despertase. Si querían, podían restarle de la paga el tiempo que le llevase, o quizá podía atársela con un pañuelo y continuar trabajando mientras le daba el pecho. Se asomó a la ventana para mirar el Tajo, la otra orilla del río alumbrada. «En cada casa, una familia —pensó Margarida con alegría—. Igual que nosotras dos, ¿verdad, hija mía?». Y luego contempló el discurrir lento del río, que se veía aunque fuese de noche, aquel avanzar eterno hacia el océano, aquel lanzarse al mar abierto. Pasó un barco iluminado. A Margarida le venían siempre extraños pensamientos cuando de noche veía pasar un barco, pensaba que, mientras consiguiese verlo, debía ser feliz.

«Ay, Carlos, ¡cuánto más afortunada soy que tú! Debes de estar triste allí donde te encuentres. O puede que ni siquiera te des cuenta de que estás triste. Puede que se te pasen los días y no sepas qué hacer», dijo en voz baja.

Algunas veces era como si lo viese. Se volvía y lo encontraba sentado allí, a la mesa, como en aquel breve periodo que pasaron juntos. Cada día que se despertó junto a él, se preguntó cuánto duraría y llevó aquella cuenta sorprendiéndose siempre de no tener que dejar de contar. Quizá por eso había logrado soportar aquella gran desilusión, porque también así encontró en ella algo feliz que, a su manera, podía incluso durar. Por supuesto que podía, de todo lo que nos pasa dentro somos dueños solo nosotros, y de un amor imaginario más que de uno verdadero, porque, si es verdadero, vivimos con él, está junto a nosotros, no dentro. Con el que no está, en cambio, pasamos a ser uno. Y así podía hablar con aquel Carlos que ya no estaba, pero no como quien ha perdido el juicio y habla con los ausentes,

sino como quien no da importancia a la distancia, como quien sabe que aquí o allí no supone ninguna diferencia, como quien ve la vida igual que un camino tan largo que no comienza y no termina, y que donde quiera que se encuentre, está, por tanto, siempre en el camino, y cada uno puede estar con quien quiera.

OceanofPDF.com

X

Ofelia había aprendido a cocinar, aunque no le gustaba. Por la mañana temprano iba a misa, luego hacía la compra en la tienda de sus padres, que no la dejaban pagar nunca, y el resto del día lo pasaba poniendo orden en todo lo que su marido dejaba en cualquier parte de la casa. Eran opuestos. Aunque Manuel Ramalhete daba mucha importancia a la higiene de su persona, lavándose y cubriéndose de perfume todos los días tenía, sin embargo, tenía poca consideración por las labores domésticas de su mujer, parecía casi hacerlo adrede. En su sitio, debajo de la mesa y después de cada comida, había que limpiar porque parecía un gallinero. Cuando se peinaba dejaba el lavabo lleno de pelos y, cuando iba al baño, no tiraba nunca de la cadena. Además era capaz de escupir en el suelo. Ofelia limpiaba sin decir nada. Las pocas veces que lo comentó, él le dijo que lo importante para un cristiano era estar limpio y que él estaba limpísimo. Y aquel superlativo lo subrayó incluso elevando el tono de la voz y silabeando con rabia: lim-pí-si-mo. Además le dijo con sarcasmo, se lo había dicho ya desde el principio, que era un hombre moderno, moderno en todos los sentidos, y los hombres modernos, a diferencia de los antiguos, tenían una visión del mundo bastante abierta, y esa apertura incluía también darse un baño todas las mañanas antes de salir de casa. Ofelia, ante aquel discurso, se santiguó. Le dijo que lavarse todo el tiempo era malo para la salud, toda aquella agua debilitaba el cuerpo y predispuesto a todo tipo de enfermedades. Manuel Ramalhete se encogió de hombros con desprecio.

—Razonas como los viejos —le dijo—. Eres ya vieja, Ofelia. Las mujeres modernas se lavan y se ponen perfume.

—¿Por quién me has tomado, por una cualquiera?

Manuel Ramalhete alzó los brazos al cielo.

—Es tu mentalidad Ofelia, es antigua. Es mejor que te calles. No me incordies. Piensa más bien en quedarte embarazada si puedes. Llevamos casados ya más de un año y no me has dado aún un hijo.

—Uno se casa por amor. Me has querido a toda costa Manuel, yo ni siquiera sabía si te quería. Hasta que, por fin, me convenciste. Pero ¿por qué me has querido a toda costa si, en cuanto te casaste conmigo, cambiaste como del día a la noche?

—¿Qué quieres que te diga? Me habré equivocado. Pero no me echo atrás. Eso sí que no, uno se casa para tener una familia, para eso se casa un hombre.

—En cualquier caso, a fuerza de lavarte, terminarás por enfermar.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de enfermedad? ¿Sabes que tienes piojos en la cabeza?

—Todo el mundo los tiene en Lisboa.

—Pues yo no. Pero terminaré por pillar los tuyos, y solo la idea me da asco.

Manuel Ramalhete alzó los brazos al cielo y los dejó caer resignado. ¡Vaya mujer! Que no era guapa lo sabía, había tenido incluso en cuenta que no tenía buen carácter porque ya se sabe que cuando una mujer llega a esa edad sin un hombre, un poco se amarga, se le pone esa expresión seca de la boca que después, para deshacerse de ella, puede que no baste una vida entera. Pero una mujer convencida de que la gente tiene enfermedades por lavarse, es medieval. Y, encima, era triste y demasiado religiosa para su gusto. Todavía no la había visto completamente desnuda ni una sola vez.

Aquellas discusiones terminaban siempre de la misma forma: Ofelia le daba la espalda irritada y se iba a la cocina a prepararse un café fuerte, esperando que el marido se fuese al trabajo para poder llorar a gusto. A Manuel Ramalhete, por su parte, poco le preocupaba. Al salir de casa dejaba de pensar en ello. Tampoco le importaba mucho que Ofelia no le diese un hijo, se lo decía solo por hacerla sentir culpable, porque él sabía bien cómo tenerla a raya, podía gritar y vocear cuanto quisiera, pero luego bastaba aquel toquecito en el punto justo… ¿A qué mujer le gustaba que le dijesen que no podía tener hijos? No le habría disgustado que se quedase en

estado, en especial si le daba un niño, que para las niñas le bastaba su sobrina, la única niña de su vida, una hija no podría haber aspirado más que a un segundo puesto. Un niño sí, y parecido a él, un Ramalhete hijo igual al Ramalhete padre, un hijo del que estar orgulloso, para el que trabajar duro como hacía él, que antes de hacer la ronda de clientes iba al parque de Monsanto al amanecer, donde no podía verlo nadie, a quitar las etiquetas de las camisas y las chaquetas para después, en su lugar, coser otras de firmas más prestigiosas. Una nadería, solo un truquito para llevarse algo más al bolsillo. Ganaban todos. La vida era carísima, sobre todo cuando iba fuera de Lisboa y no tenía esposa que lo controlase. Entonces había teatros (pequeñísimos teatros de provincia), cenas que ofrecer a alguna artista complaciente, ramos de flores que enviar a los camerinos con una tarjeta siempre igual para todas: «Un pequeñísimo detalle de quien ha quedado deslumbrado». Por lo general, ni siquiera firmaba, hacía solo que las flores precediesen a quien las ofrecía, en fin, daba una propina a cualquier mozo de los que trabajaban en el teatro, electricistas, guardarropas, etcétera, y luego lo seguía caminando hasta el cuchitril de la primera actriz o cantante o bailarina que fuese, donde entregaba aquel ramo, casi siempre de rosas rojas. Un instante después, incluso antes de que la puerta volviera a cerrarse, es más, casi siempre parándola con el pie, ahí estaba él, con el sombrero calado a la izquierda, el cigarrillo encendido entre los labios, la sonrisa de lado estudiada durante tantos años ante el espejo de cuerpo entero del cuarto de la madre. Y el resultado era siempre el mismo: el deslumbrado deslumbraba, porque siempre, desde su primera conquista, Manuel Ramalhete había tenido la capacidad de parecer un gran señor, un buen partido. Porque una etiqueta falsa, ¿a quién podía hacer daño? En la oscuridad y la humedad aún casi nocturna del parque de Monsanto, Manuel Ramalhete descosía y volvía a coser sus etiquetas. Era astuto, tenía mano izquierda. Sabía que los buenos negocios se hacen solo cuando también otro saca beneficio. Había hecho amistad con un obrero que trabajaba en una gran fábrica de camisas y trajes de lujo, le había propuesto la idea y aquel había aceptado enseguida, pues en el fondo no arriesgaba nada. Manuel Ramalhete se presentaba ante sus clientes con la ropa de siempre y, en un momento determinado, sacaba la prenda especial, la que le había llovido del

cielo, como decía él, y que no tenía nada que ver con la empresa para la que trabajaba. Para las camisas y chaquetas «de calidad» que vendía, le bastaba subir el precio y quedarse con el resto. A los obreros que le proporcionaban las etiquetas les daba su parte, pero ¿qué podían saber ellos del precio que él acordaba con sus clientes? Manuel Ramalhete no solo sabía hablar, sabía también mentir con la cara adecuada. Cuando era pequeño, a veces lloraba o reía de forma exagerada, o hacía un gesto de contrariedad o de asombro, bastaba que su madre le dijese: «Manuel, ¿qué cara es esa?», y él, intentando mantener aquella expresión grabada en el rostro, corría a un espejo a ver cómo era. Quizá la debilidad de Manuel Ramalhete no era tanto por las artistas de teatro como por el teatro en sí, por hacerlo, o quizá por estudiarlo de lejos, cómodo en su butaca, para luego sacar provecho de él en la vida.

Después de poco más de un año de matrimonio, Manuel Ramalhete había decidido que su mujer era una pelma y el matrimonio un aburrimiento infernal, pero un aburrimieno útil que le había sacado de una vida familiar que ya no soportaba. Había una gran diferencia entre una madre y una esposa, de una madre se es hijo y, por tanto, se está en deuda para siempre; de una mujer uno se convierte solo en dueño. Y para colmo aquella hermana, que lo perseguiría sigilosa toda la vida, que dentro de casa se movía a rastras. Cuando en el bar le preguntaban por su hermana, Manuel Ramalhete, sarcástico, respondía:

—¡Sigue en la trinchera!

Algunos de sus amigos reían para complacerlo, pero ninguno encontraba que aquella broma fuese de verdad divertida. Pobre Julieta, y pensar que habría bastado una operación cuando era niña para caminar. Pero a doña Leonor le costaba pronunciar la palabra. Una operación, ¡qué va!, se estremecía solo de pensarlo. «¿Y si, mientras la operan, se me muere la niña?». El médico le respondió que, aunque lo excluía, había un riesgo como en cualquier otra intervención. «Exacto», pensó doña Leonor. Y con aquel adverbio, para Julieta, se cerró cualquier otra perspectiva de vida.

Manuel Ramalhete tenía que viajar por trabajo y Ofelia era una experta preparando maletas. En el calendario hacía un círculo alrededor de los días

en que se iba el marido y la noche antes, sobre la cama, extendía y doblaba los trajes que necesitaría.

—Alguna vez me gustaría ir contigo —le decía de vez en cuando—. Ves tantas ciudades, ¿por qué no me llevas nunca?

Y él le hacía la lista de todos los molestos compromisos que tenía, le explicaba que un viaje de trabajo no era una diversión, que él no veía casi nada de aquellos hermosos lugares. En la familia bastaba que se esforzase uno, ¿para qué iba a sacrificarse también ella? Y así, a Ofelia, le llegaban solo muchas postales bonitas que él, con su caligrafía diminuta, llenaba de frases galantes que no le costaban nada. Cuando Manuel Ramalhete estaba lejos, su mujer encontraba al marido dulce y apasionado con quien pensó que se había casado. Gracias al Dolviran era una experta en autoengañarse y así, cuanto más se iba él, más alimentaba ella sus sentimientos. Además de hacerle la maleta, se había especializado en vivir con alegría su soledad, alegría que se rompía cada vez que él regresaba, pero volvía a encontrarla intacta cada vez que él se iba. Una vez, por ejemplo, se quemó una mano con el fogón mientras cocinaba. Aquella noche él le miró la herida y le dijo que solo una estupida podía quemarse así. Pero luego, al día siguiente, él se fue y, tras una semana, ella recibió una postal del Miño, en la que el marido le preguntaba por la mano, esperaba que ya se le hubiese curado y que no le doliera. Le decía también que pensaba siempre en ella y que rezaba por su tierna Ofelia, la adorada esposa, la mujer que sería para siempre su niña. A Ofelia se le acumularon las lágrimas en los ojos, se emocionó casi hasta sentirse mal y se le llenó el pecho de un amor tan bien inventado que parecía real.

Una vez le pareció que la maleta del marido era demasiado ligera, que aquella insistencia en no llenarla escondía algún secreto. Y así, aquella vez, Ofelia decidió que lo seguiría hasta la estación para ver dónde iba realmente.

Manuel Ramalhete salió de casa nada más comer, en la puerta le acarició como siempre la cara y se despidió de ella con un beso en la frente. Los únicos besos espontáneos que le daba, los besos de sus breves adioses. Ella cerró la puerta y lo miró desde la ventana alejarse bajando la cuesta. Entonces se echó un chal a los hombros, se calzó unos zapatos y lo siguió a

distancia. Caminaba con el corazón bailándole en el cerebro; tenía tanto miedo de que él pudiera dase la vuelta y ver que lo seguía, que se paraba de vez en cuando, entraba en un portal, sacaba la cabeza despacito y seguía con su persecución. El camino que había tomado llevaba a la estación, pero cuando llegaron justo delante se dio cuenta de que él pasaba de largo. Un poco más allá se detuvo en una floristería y compró un ramo de rosas rojas, luego entró en un bar en el que tomó un café y llamó por teléfono. Avanzó sin volverse hacia atrás, solo levantaba de vez en cuando la cabeza para mirar el cielo de Lisboa, lleno de gaviotas. Caminaban a largo de la ribera del Tajo, donde las barcas iban y venían de una orilla a la otra. Una vez, cuando llevaban poco tiempo casados, la llevó a comer justo allí, a Trafaria, un pueblo de pescadores en el que las mujeres cocinaban al aire libre y donde se podía comer pescado con ellas por poco dinero, bebiendo vino tinto de aguja en copas de terracota. Ofelia miró al otro lado del Tajo mientras seguía a escondidas a su marido, pero aquel recuerdo no la conmovió, reservaba la emoción para la soledad, para aquel juego perverso que mantenía unida una vida sentimental que ya estaba rota. Pero lo que más le costaba, pensó Ofelia mientras caminaba, era no manifestar su dolor a nadie, era ese orgullo de mujer de otra época que, pese a todo, estaría siempre de parte de su esposo.

Cuando Manuel Ramalhete cogió la rua das Janelas Verdes, Ofelia se detuvo un instante porque la subida le cortaba la respiración. Pero ya no había peligro de perderlo, aquella calle era larga y ella siguió viéndolo hasta que entró en un portal. «Así que es ahí donde vas», pensó y, caminando despacio, alcanzó el ensanche en el que se encontraba la casa de la mujer con la que compartía a su hombre. Eran solo las cinco de la tarde, el sol estaba aún alto en aquel principio de verano ya tan cálido. Ofelia fue a sentarse en un bar desde el que podía vigilar la entrada del edificio en ruinas. Un camarero anciano le preguntó qué deseaba y ella pidió un vaso de vino blanco. No tenía costumbre de beber, no le gustaba, y además estaba convencida de que el alcohol y el Dolviran no combinaban bien. Pero aquel día tenía demasiado miedo, no sabía cuántas horas tendría que esperar y pensó que un vaso de vino fresco la podría ayudar a sentirse menos abandonada.

Tras dos horas sentada en el bar, se abrió una ventana del edificio, por la que se asomó una mujer delgada y guapa, con un resplandor en la sonrisa que le hizo llevarse a Ofelia una mano a los labios minetras la miraba, pasmada. Poco después, se acercó por su espalda un hombre, que la abrazó por detrás y le apoyó el rostro sonriente sobre el hombro derecho. Era su marido.

A través de los dedos de la mano que se había llevado a la cara, Ofelia los vio abrazarse y besarse en la ventana, enmarcados como un cuadro que cobra vida por el sol dorado del ocaso. Le estremeció la espontaneidad de sus gestos, que le parecieron fruto de una intimidad lejana, aunque no por ello desgastada. Y esa complicidad que entre ellos no existía. Le estremecieron su porte elegante, el cuello largo, los ojos grandes, el peinado, también las manos, que de lejos le parecieron preciosas, y así, sentada a la mesa de aquel bar, Ofelia comenzó a mirar las suyas con muchas ganas de llorar toda la amargura que, poco a poco, le crecía dentro. Luego la mujer bajó por la ventana un cesto de mimbre atado a un cordel y poco después vio salir de una taberna a un muchacho con una botella de vino en una mano y, en la otra, el nudo de un mantel que debía de contener una olla o una sopera. El muchacho se acercó al cesto, sacó unos billetes, depositó en él la comida y tuvo con los dos una conversación breve que denotaba costumbre. Por desgracia, desde donde estaba, Lamentablemente, Ofelia no consiguió descifrar ni una palabra. Luego vio al muchacho alejarse e ir hacia la taberna y a su marido tirar de la cuerda para subir de nuevo el cesto. Los dos se quedaron un poco más en la ventana, mirando a lo lejos, la mujer acarició el rostro del hombre, este soltó el nudo del mantel, levantó la tapa y con la mano derecha tomó algo para dárselo a probar a ella. Tras un instante, él desapareció, ella se quedó aún en el alféizar, luego dio un gran suspiro, que elevó su pecho diminuto, y cerró la ventana.

El sol cayó y se había levantado el aire, eran casi las nueve de la noche y Ofelia no sabía qué hacer. ¿Debía volver a casa y esperarlo allí para contárselo todo? Había dicho que volvería en dos días, que tenía que ir al sur por trabajo. Mira dónde estaba el sur y quién sabe cuántas otras veces no había sido más que esto. Desde lejos llegaba música y una voz que

cantaba llena de melancolía. No había necesidad de entender la letra para saber que la canción era triste, pues estaba hecha de lamento y aquella voz lejana, mientras cantaba, parecía que lloraba. O quizá eso le pareció a ella, que se había bebido dos vasos de vino blanco, que le supieron a lágrimas amargas. Todo le dolía, también el estómago. Se volvió al camarero y le pidió que le llevase algo de comer, lo que fuese, lo que tuviese preparado. Porque pensó que, si su marido y aquella mujer estaban celebrando, también ella tenía algo que celebrar, aunque no fuese más que haberse enterado, que tener el valor de estar allí y ver con sus propios ojos. No, a casa no podía volver, costase lo que costase debía quedarse donde estaba y, cuando el bar cerrara, iría a sentarse en un banco de la calle, pasaría allí toda la noche y, luego, al día siguiente, se sentaría de nuevo en el bar todo el día y pasaría de nuevo otra noche fuera, hasta que él no saliese de aquel portal y ella pudiera enfrentarse a él en caliente, pillado *in situ*, y no una vez de vuelta en casa. Porque él, ahora ella lo sabía perfectamente, a diferencia de ella, sabía hablar, vaya si sabía, y con las palabras le daba la vuelta a todo, terminaba por hacerle ver las cosas de una manera ditinta, incluso por hacerla sentir culpable. Con lo hábil que era con la charla, Manuel Ramalhete terminaría por hacer que ella le pidiese perdón. Allí, sin embargo, cuando lo viera en la puerta y con aquella mujer que, seguramente, abriría la ventana para despedirse otra vez… Vamos, que todo el barrio debía de conocerlos muy bien, al señor Ramalhete y, a saber, igual para ellos sería la señora Ramalhete. Este pensamiento le encogió el corazón y le secó tanto la garganta que, al intentar tragar, le pareció estar engullendo confeti de papel de lija. No, de allí no se movería, esperaría la noche y luego la salida del sol, esperaría y esperaría, y si él no salía, subiría ella, se enfrentaría a los dos juntos. De una sola cosa no le cabía ninguna: ese era su marido ante Dios y ella ante Dios era su mujer. Ninguna otra iba a quitárselo nunca.

Cuando el bar cerró era ya medianoche pasada. El camarero se lo dijo con delicadeza:

—Lo siento de veras, señora, he seguido abierto un poco más solo por usted, con la esperanza de que…, bueno, esperaba que se decidiese. Pero ahora tengo que cerrar. Lo siento mucho y…

Ofelia se levantó haciendo un gesto que quería decir: no importa, no se preocupe. Pagó la cuenta dejando las monedas sobre la mesa y se dirigió hacia la salida sin oír que el camarero le preguntaba:

—¿Sabe, al menos, adónde ir?

O a lo mejor lo oyó y no tuvo ganas de responder, porque si se hubiera esforzado en contestar en aquel momento, se habría puesto a llorar desconsoladamente. Ya tendría tiempo de llorar, ahora era demasiado pronto.

Fue a sentarse en un banco, bajo un jacarandá que ya había perdido todas sus hermosas flores violetas. Se envolvió en el pañuelo con los ojos fijos en aquella ventana cerrada y sacó el rosario del bolso. Es extraño cómo, a veces, uno se pone a rezar como si pudiese quitar el sentido a las palabras y no seguir otra cosa que su desgranarse, mientras los pensamientos se van a otro lugar. Los dedos se desplazan de una cuenta a otra y, sin siquiera notarlo, numeran los avemarías, los padrenuestros y los glorias. Cincuenta cuentas y otras cinco más grandes, una vuelta de oraciones, una corona de rosas que se ofrecen a la Virgen. La voz de Ofelia seguía aquel recorrido, y su corazón devoto también, pero la mente de la mujer asustada se precipitaba dentro de sus miedos. Por esa razón, de vez en cuando, salía de aquellos precipicios dolorosos y decía en voz alta: «Virgencita, perdóname, acepta aun así estas oraciones mías. Acéptalas, te lo suplico». Pero luego, tras lograr controlar unas pocas palabras, sus pensamientos se lanzaban de nuevo a alimentar los tormentos de los celos y, desde donde ahí, dejaban que su voz continuase recitando.

Quizá se quedó dormida alguna vez, pero, si ocurrió, fue por poco tiempo porque el frío de la noche y algún sueño doloroso la devolvían enseguida bajo aquel cielo estrellado, en aquel ensanche, frente a aquella casa. Esperó al canto de los pájaros, en ese silencio de cuando es aún de noche, justo cuando comienza a aclararse lentamente la oscuridad, en la primera luz, la que aún no tiene sol. Se levantó del banco y fue a mojarse la cara en la fuente, bebió un sorbo de agua y se pasó la mano mojada por el pelo. Sintió que aún llevaba encima el olor de la noche y, en la espalda, el dolor del banco de metal. Volvió a sentarse y, mientras salía el sol, se abrieron las contraventanas y aquella mujer apareció tras los cristales. Se

miraron. La mujer hizo un amago de sonrisa, Ofelia solo la miró, segura de que la estaba observando con la compasión que se siente por los vagabundos. Luego desapareció y Ofelia oyó pasos a su espalda, el ruido de un cierre metálico que se levantaba. No se volvió, siguió inmóvil hasta que una mano se posó en su hombro.

—¿Ha pasado aquí toda la noche? Venga dentro, le preparo un café.

Siguió al hombre del bar sin levantar los ojos del suelo. Un escalofrío la hizo temblar, cerró los puños, hizo fuerza con los brazos, casi se quedó clavada, mientras en la cabeza, como fijada para siempre en la retina, estaba aquella mujer que había pasado la noche con su marido y que, desde la ventana, le sonreía con piedad.

Bebió el café y comió una rebanada de pan con mantequilla, luego volvió a sentarse a la mesa donde había estado la tarde anterior, y allí se quedó hasta que lo vio salir.

Ofelia siguió sentada. Esperó a que la mujer abriese la ventana y él se girara para despedirse. Solo entonces se levantó y fue a su encuentro.

Aunque la vio, a Manuel Ramalhete le costó entender quién era. A causa del sol tuvo que entrecerrar los ojos hasta formar sendas ranuras y luego abrirlos de par en par arriesgándose a quedarse ciego, porque Ofelia no podía encontrarse en aquel lugar, y la mujer que veía podía ser alguien que se le parecía mucho o una alucinación. Pero incluso en aquel estupor, al encontrársela allí, Manuel Ramalhete se recompuso y, activando las habilidades de su cerebro, consiguió dibujar en el rostro una sonrisa dulce, benévola e inocente.

—¿Qué haces tú aquí, pequeña mía? —le dijo acariciándola.

Ofelia se arrancó aquella mano de la mejilla y, tras mirarlo a los ojos, levantó la vista hacia la mujer que seguía en la ventana y comenzaba a esconderse tras los cristales.

—He pasado aquí la noche, Manuel. Aquí, delante de esta puerta. Y lo he visto todo, no lo puedes negar.

—¿Qué has visto, Ofelia, qué has visto?

—A ti y a esa puta.

—Ofelia, eres una mujer que va a la iglesia, una mujer que reza, ¿qué son esas palabras tan feas en tus labios?

—Y el hecho es que he rezado toda la noche —dijo Ofelia con la voz entrecortada.

—¿Toda la noche aquí, al relente? ¡Qué locura! Como para ponerte mala. Ven, ven que volvemos a casa.

—No tienes la maleta.

—No pasa nada, volveré a recogerla.

—No, la coges ahora.

—Está bien, como quieras —le respondió dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde vas?

—Donde me has pedido que vaya. Voy a coger la maleta.

—No. Le dices que te la tire.

—Pero Ofelia, ¿cómo lo hago? Tendría que ponerme a gritar.

—Grita, Manuel, quiero que grites.

—Vamos a razonar.

—No, no es momento para razonamientos. Ahora berreas el nombre de esa puta y le dices que te tire la maleta.

—¿A la calle?

—Sí, a la calle. Tu maleta, la que te preparé para ir al sur, quiero verla caer de esa ventana.

—Cálmate, Ofelia.

—¡No! No me calmo.

Manuel Ramalhete palideció. Pensó en cómo podía ganar aún un poco de tiempo, pero no encontró vía de escape. Y su mujer, leyéndole el pensamiento, dijo:

—No tienes opción.

Así que Manuel Ramalhete se volvió hacia la ventana, que ya había vuelto a cerrarse, se aclaró la voz y dijo:

—¡Tina!

—Más fuerte, Manuel, así no puede oírte. ¿No ves que ha cerrado hasta los postigos? Pero seguramente se ha quedado detrás, verás que, si gritas más fuerte, te oye.

—¡Tina! ¡Tina!

—No te preocupes, Manuel, ya es de día, no vas a despertar a nadie. ¡Más alto, Manuel, más alto!

—¡Tinaaa! ¡Tinaaa! ¡Tinaaaaaaaaa! —gritó con todo el aliento que tenía en la garganta y poniéndose lívido.

—Muy bien, así. Verás como ahora te ha oído.

Y, de hecho, poco después, la ventana se abrió despacio. Tina se asomó tímida y, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada, señorita —dijo Ofelia antes de que Manuel pudiese abrir la boca—. Es que mi marido no va a poder volver hoy y querría que le tirase usted la maleta.

Tina lo miró interrogativa.

—Sí, Tina —le dijo él—. Haz lo que te pide.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo Ofelia furibunda.

Tina volvió a entrar en casa y reapareció poco después con la maleta de Manuel Ramalhete en la mano.

—¿De verdad quieres que la tire? —gritó.

—Tírala —respondió Manuel Ramalhete con el rostro pálido.

La maleta cayó y, al llegar al suelo, se abrió esparciendo sobre la acera las pocas cosas que contenía. Manuel Ramalhete se apresuró a volver a meterlo todo, la cerró y, con ella en la mano, caminó hacia Ofelia, que esperaba un poco más adelante. Cuando estuvo a su lado, la tomó del brazo y le ofreció una sonrisa con las cejas levantadas. Ella solo se volvió hacia la ventana y a Tina, que seguía asomada, le dijo en voz alta:

—Y tú, de ahora en adelante, procura mantenerte bien lejos.

Durante el trayecto a casa no se dijeron una palabra. Ofelia estaba cansada y se llevaba continuamente un pañuelo a los ojos para no llorar, Manuel Ramalhete intentaba de vez en cuando tomarla del brazo, en vano. Luego se cansó de aquellos intentos por apaciguar las cosas y comenzó a caminar algunos metros por delante, sin preocuparse del llanto que ella, ya sin defensas, no conseguía frenar.

Reforzado por aquella rendición, cuando llegaron a casa, Manuel Ramalhete pasó enseguida al ataque.

—¿Cómo te has atrevido? —le dijo—. Ahora me debes una explicación.

—Las explicaciones me las debes tú. ¿Quién es esa mujer?

—Una amiga.

—¿Te has olvidado de que tienes esposa?

—Basta, Ofelia. Un hombre hace lo que quiere. ¿Qué pensabas, que te sería fiel hasta la muerte?

—Es lo que hemos prometido ante Dios.

—Eso lo habrás prometido tú que crees tanto. Y, de todas formas, Dios se refería a las mujeres. Una mujer debe ser fiel, lo que un hombre haga no cuenta.

Ofelia agarró un vaso que estaba sobre la mesa y lo lanzó al suelo. Luego se tiró sobre el sofá y estalló en un llanto hecho de gritos desgarradores que dieron mucho miedo a Manuel Ramalhete. «¿Se me estará volviendo loca?», se preguntó de pie ante la puerta de la cocina. «Si se me vuelve loca, vaya negocio» continuó pensando. «Si una mujer quiere volverse loca, está en su derecho, pero que no me meta a mí en medio. Yo no quiero problemas. Que se vuelva loca si quiere, pero de esa forma que tienen ciertas mujeres altivas, que se lo tragan todo y no dejan ver nada. Tengo que inventarme algo». De improviso, sonrió: «No hace falta ni que lo invente. Está todo inventado». Y, preparando su sonrisa de gran seductor, fue a sentarse en el sofá, donde la mujer se retorcía en un llanto que parecía de verdad estar quitándole el juicio, y comenzó a acariciarle los hombros con dulzura.

—Ofelia, querida —le dijo cariñoso—. Perdóname, pero verás, después de que te lo cuente, lo vas a entender todo. Eres tan buena, Ofelia, la mejor esposa del mundo. Y recuerda, quiero decirte algo antes de empezar a hablar. Me casaría contigo no una, sino mil veces.

Ofelia, ante aquellas palabras, se giró hacia el marido con la cara desfigurada en al que, no obstante, se dibujaban los primeros signos de esperanza. Dejó que él la tomase de la mano y le secase los ojos, dejó que le acariciase las mejillas cansadas, que después de aquella noche parecían haber envejecido diez años, mientras que, en la boca, la respiración tomaba un sabor amargo, como de almendras demasiado verdes trituradas.

—Mira, Ofelia —comenzó Manuel Ramalhete con el tono de voz más suave que logró encontrar—, la vida de un hombre es muy distinta a la de

una mujer. Te he dicho siempre que soy moderno, esto ya lo sabes, pero todo tiene un límite. Cuando un hombre elige a una mujer para casarse con ella, lo hace todavía siguiendo aquellos modelos que no fallan, porque una esposa es para siempre. Y yo, en eso, no he tenido nunca dudas, tú eres y serás siempre mi esposa. Debes saber, sin embargo, que antes de encontrarte tenía ya una relación con Tina…, una de muchas, tenlo bien claro. Pero ¿sabes?, para alguien que viaja como yo es fácil tener aventuras y, además, cuando vuelvo a casa, la aventura se queda allí, es decir, sin consecuencias. A veces, sin embargo, un alma buena se compromete fácilmente y yo, tú lo sabes bien, soy un alma buena. No hay nada que hacer, cuando naces con el corazón tierno… es una condena, Ofelia, un tormento. Pero he aprendido a vivir con esta limitación, o mejor, con esta virtud que, cuando es demasiada, se transforma en defecto. Habría tenido que ser más duro, lo sé, pero no he sido capaz. Tina, nunca ha sido para mí, desde el primer momento, una mujer para casar. ¡Figúrate, una mujer que se entrega desde el primer encuentro!

—¿Desde el primer encuentro? —preguntó asombrada Ofelia.

—Sí, pequeña mía. ¿Qué crees, que todas son como tú? No niego que la he querido, ya te he dicho cómo soy, pero no he hablado nunca con ella de matrimonio. No es que Tina, de vez en cuando, una palabrita aquí, una palabrita allí, no lo haya intentado, pero yo nada, firme, decidido. Una esposa es algo distinto. Sé que ahora estarás pensando que hay que perdonar, y yo la he perdonado, he seguido a su lado. Además, es una buena muchacha. Fíjate que, cuando le dije que me casaba contigo, me deseó toda la felicidad del mundo.

—Tenías que haberla dejado entonces.

—¿Y crees que no lo deseaba? Pero ¿cómo podía? Ofelia, Tina está muy grave, la tuberculosis no le permitirá vivir mucho más. Abandonarla en ese estado… No he tenido valor.

Y, en aquel punto, Manuel Ramalhete comenzó a sollozar sobre el hombro de su mujer. Parecía que se estaba ahogando y fue el primero en asustarse de ello; terminó por no entender dónde terminaba el teatro y empezaba su implicación. «¿Puede ser que esté llorando de verdad por Tina?», se preguntó. «¿O será por todo este fastidio? ¿O por este

matrimonio del que ya estoy cansado? ¿O por el susto que me he dado? ¿O por la rabia? ¿Por qué demonios estoy llorando con tanta convicción? Caramba, si me estoy convenciendo hasta yo». Y, mientras sollozaba preguntándose la verdadera razón, Ofelia lo abrazaba contra ella como a un niño.

—He sido cruel con esa pobrecilla —dijo.

—No, no, tú no lo sabías y ¿cómo ibas a saberlo?

—Una buena cristiana debería de sentir el dolor. Me he dejado cegar por los celos. He sido mala.

—No, Ofelia, eso no quiero ni oírtelo decir.

—Lo sé yo. Debo pedir perdón a la Virgen, solo ella puede perdonarme. Mañana es domingo, Manuel, tienes que llevarme a Fátima.

—Claro, Ofelia querida, lo que tú quieras. Mañana temprano nos vamos en coche a Fátima. Sí, me parece una muy buena idea.

—Rezaré por esa pobrecilla, Manuel, pediré a la Virgen que la cure.

—¡Qué buena eres! Pero, ay de mí, no podrá escucharte. El destino de la pobrecilla está ya firmado. Los médicos no le dan ninguna esperanza. Dos meses, tres, puede que cuatro…

Ofelia se santiguó, luego se levantó del sofá y fue al baño. Salió con la cara nueva. La noche sin dormir y todas las lágrimas vertidas no habían dejado huella. Era su mujer, estaba de su parte, comprendería y amaría para siempre a aquel hombre de corazón puro. Esa misma noche, cuando Manuel Ramalhete ya se había dormido, Ofelia cogió papel y pluma, y escribió una nota:

> Estimada señorita Tina:
>
> Le pido disculpas por haberla ofendido. Los celos me han llevado por el camino incorrecto, pero Manuel me lo ha contado todo y, en este momento, si usted estuviese aquí, querría solo poder abrazarla y pedirle una vez más disculpas. Rezaré siempre por usted. Que Dios y la Virgen la protejan.
>
> Suya,
>
> Ofelia Ramalhete

Aquella noche, antes de irse a la cama, Ofelia se quedó mucho tiempo en la ventana mirando el cielo de Lisboa y suspirando. «¡Por eso está tan delgada!», se dijo, aunque luego se hizo la señal de la cruz, juntó las manos y rezaba en voz baja, porque por muy delgada que estuviera aquella mujer, era demasiado guapa para no turbarla. Se la imaginaba elegante y perfumada entre los brazos de su marido. Una cualquiera. Era cierto, entregada a la muerte y rescatada, pero aun así una cualquiera. Y mientras rezaba se mordía el labio inferior hasta hacerse sangre. Si hubiese sido capaz, habría despertado a su marido y se habría entregado a él con aquella pasión que toda mujer, si sabe ir a buscarla, puede encontrar en lo más hondo de sí misma. Pero ¿por dónde empezaba? ¿Qué podía hacer? Ella no era guapa, ¿qué hubiera podido ofrecerle? No, era mejor que las cosas se quedasen como estaban, todo en su lugar, sin cambiar nada. Era la esposa, la elegida, y las esposas no se comportan como putas. Y así, aquella noche, Ofelia cerró la ventana y fue a tumbarse junto a su marido, que dormía ya desde hacía muchas horas. Apoyó la cabeza en la almohada y, como le había pasado el día de su boda, sintió que aquella cama le llenaba de dolores los huesos, que era su tumba. Dudó algunos instantes, luego alargó la mano hacia el bolso. Y aquella noche, por primera vez, decidió que dos Dolviran no bastarían, que harían falta, al menos, tres.

OceanofPDF.com

XI

Margarida entró en la fábrica con un fardo atado al pecho. Cuando las otras obreras la vieron, se acercaron todas a pedirle noticias de la niña. Ella, lentamente, soltó el hato y se la mostró. Se quedaron todas encantadas de lo bonita que era Maria do Ceu. Era una niña de tez rosada y dorada a la vez, el pelo claro y los ojos enormes, de un gris aún indefinido.

—Pero serán azules —dijo orgullosa Margarida—. Sobre eso no tengo dudas. Ahora, sin embargo, tenéis que ayudarme. No sé qué pasará si el capataz se da cuenta de que he traído a la niña.

—Te creará problemas —dijo una de sus compañeras.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Dejarla sola en casa tan pequeña como es? ¿Y cómo come una niña sin la madre?

—Margarida, aquí el problema es el ejemplo —dijo otra—. Si lo haces tú, lo querrán hacer todas.

—Debería poder hacerlo quien tenga verdadera necesidad de ello como yo —respondió Margarida.

—Pero luego ya se sabe cómo son las cosas. Todas las madres querrían tener a los hijos cerca. Aunque nosotras vamos a intentar ayudarte. ¿Qué tenemos que hacer?

—He pensado que no me puedo fiar mucho si la meto debajo de una mesa porque podría ponerse a llorar en cualquier momento. Pero si la tengo en brazos la niña no llora nunca. Cuando tiene hambre, me la pongo al pecho y enseguida se queda dormida. Lo he probado estos pcoos días atándomela así.

—Pero es cansado llevar ese peso atado tantas horas y, encima, tener que trabajar —le dijo otra.

—Ya sé que es cansado, además ha pesado cuatro kilos al nacer.

—Que el Señor la bendiga —dijo la mayor de todas acariciando la cara de Maria do Ceu, que dormía.

—Sea como sea, no tengo opción. Tengo que probar al menos mientras no encuentre otro trabajo, porque, tarde o temprano, se darán cuenta, eso es seguro, pero al menos durante un tiempo tengo que ganar dinero, que si no pago puntualmente la casita en la que estoy, me la quitarán en cualquier momento.

—En resumen, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Mira, el caso es que, teniéndola atada así, un poco se la ve. El capataz no suele venir por aquí, se encierra en su garita y nos controla desde ella. Querría que, cuando salga a hacer su ronda, me tapase siempre un poco alguna de vosotras. En realidad, solo de lado, porque desde atrás no se ve.

—Está bien, por lo que me concierne, te lo prometo. Pero no cuentes demasiado con las otras, al menos, no con todas.

—Son buenas mujeres.

—¡Qué ingenua eres, hija! No me extraña que ese te la haya dado con queso.

—Mejor así, ¿no? Mejor confiar. Al menos, confiando se es un poco más feliz.

—¿Quién te da tanta fuerza?

—Bueno, ahora me la da esta niña. Antes era apenas una voz.

—¿Qué voz?

—Esa voz que tenemos todos dentro.

—Pero ¿y de quién?

La sirena sonaba fuerte y Margarida se dirigió a su mesa de trabajo. Luego, sonriendo, se volvió hacia la compañera y señaló con el dedo índice el techo y, aunque el sonido de la sirena era demasiado fuerte y no podían oírse, la otra entendió por el movimiento de la boca de Margarida que estaba diciendo: «Ahí arriba». Entonces sacudió la cabeza, respiró hondo y, antes de comenzar a trabajar, se santiguó.

La jornada fue mejor de lo que podía haber previsto. Maria do Ceu no lloró ni una sola vez, al calor del seno materno comió y durmió. En la

pausa, Margarida fue a cambiarla al baño y metió en el bolso el pañal sucio envuelto. Cuando sonó la sirena, volvió a casa tranquila y, por el camino, paró en la tienda de los padres de doña Ofelia, que le hacían siempre un buen precio, y compró pan, leche y un pedazo de queso de *Azeitão*. Aquella noche, madre e hija comieron las dos mucho, y luego se durmieron tranquilas. Margarida soñó que estaba en el cine y veía a Fred Astaire bailar con una mujer que estaba siempre de espaldas. Luego, al final del baile, la mujer se dio la vuelta y, con asombro, Margarida se dio cuenta de que aquel rostro sonriente era el suyo.

Por la mañana temprano, se despertó de un humor inmejorable. Abrió la ventana y saludó al Tajo, a la otra orilla del río, a las barcas que pasaban, a un barco fondeado en el puerto, a las gaviotas, a aquel cielo resplandeciente, al primer sol de la mañana ya tan cálido. El calendario colgado en la pared marcaba 26 de mayo de 1946. Como tenía costumbre de hacer, Margarida sumó todas las cifras de la fecha, que dieron el número 33, con un lápiz rodeó el 26 y escribió 33 al lado, luego sumó también aquellos dos números y, sobre el 33, anotó 59. No sabía por qué lo hacía, solo sabía que los números le gustaban y que había aprendido sola a sumar. Estaba convencida de que el lenguaje de los números era similar al de los animales, al de la naturaleza, en fin, que ella no podía entenderlo, pero que existía y que los números intentaban comunicarnos algo. Estaba, asimismo, convencida de que, sabiéndolos comprender, nos daban todas las respuestas necesarias, y de que, si hubiese sabido hablar con ellos, no habría cometido nunca errores.

Se ató la niña al pecho y salieron de casa. Mientras esperaban el tranvía, Margarida respiraba la brisa que venía del Atlántico, y aquel aire que le descendía a los pulmones la hizo sentirse fuerte, llena de vigor. No le parecía haber dado a luz hacía pocos días, tenía la impresión de haber sido madre desde siempre. Si se asombraba de algo, era de que su hija fuese aún tan pequeña cuando le parecía que habían pasado juntas toda una vida. Pero estas, quizá, eran sensaciones que toda madre siente cuando trae al mundo a un hijo, porque cuesta considerar que un hijo nace en un día preciso, es como si hubiera estado siempre ahí y nuestro destino siempre ligado al suyo.

Cuando subió la calle que llevaba a la fábrica, una nube cubrió el sol y, desde lejos, en el portón, Margarida vio al capataz muy derecho.

—Y tú, ¿dónde crees que vas? —le dijo en tono duro.

—Voy a trabajar —respondió Margarida mirando el reloj que estaba colgado sobre el portón por temor de haber llegado tarde.

—No lo creo. Ya no trabajas aquí, estás despedida.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Aquí está la carta firmada por el director.

—No he hecho nada malo.

—¿De verdad? ¿Y la niña que llevas ahí? Aquí se viene a trabajar, los hijos se dejan en casa.

—No tengo con quien dejarla.

—No es asunto nuestro. La fábrica ya hizo la vista gorda con tu…, cómo decir, ¿extraño embarazo?

—Ha sido un embarazo como todos.

—No digas bobadas. Todos saben que tu hija no tiene padre. Hemos sido generosos teniéndote aquí a pesar de ello. Pero ahora nos parece que estás exagerando, ¿no crees?

—¿A quién he molestado?

—Los pobres son crueles, señorita. ¿No sabes que tus compañeras tienen todas una hermana o una madre que buscan trabajo?

—Pues sí que es horrible este país nuestro.

—Ten mucho cuidado, Margarida dos Santos. Hablando mal de Portugal se corren grandes riesgos. ¿Tienes algo contra tu país?

—¿Y ahora qué pasa? Además de despedirme, ¿quieren meterme en la cárcel? Nadie tiene derecho…

—Eres tú la que no tiene derechos. Y ahora, ¡tira!, o llamo a los guardias para que os lleven a ti a la cárcel y a la niña donde pueda recibir una educación que la libre de ser como su madre.

—¿Usted cree en Dios, señor capataz?

—Mira tú quién me hace esa pregunta. No vengas a decirme que tú sí crees.

—Seguramente, de una forma distinta a la suya.

El capataz la agarró de un brazo y la empujó contra el muro.

—Desaparece golfa, o esa hija de nadie que llevas ahí escondida se te podría caer de los brazos por accidente y hacerse mucho daño. Desaparece ¡y no vuelvas por aquí!

—El hijo de Dios se hizo hombre para que…

Pero el capataz le agarró la cabeza y se la golpeó contra el muro, y mientras Margarida se caía al suelo, con la niña aún apretada contra el pecho, entró en la fábrica y cerró la verja con llave.

—Voy a llamar a la Policía —le dijo desde detrás de la reja—. Si no te das prisa en marcharte, vas a darles a ellos tu discursito sobre el hijo de Dios. Verás cómo te dan una buena lección de catecismo.

Le salía un poco de sangre de la nariz y le dolía la cabeza. La niña lloraba, pero la gente tenía miedo de acercarse. Habían oído decir la palabra policía y la evitaban. Margarida no pidió ayuda a nadie, se puso en pie con esfuerzo y comenzó a caminar despacio, pegada al muro por miedo a caerse. El llanto de la niña le entraba en el cerebro y le agotaba el corazón, parecía que le cayese dentro con estruendo. Tenía la impresión de haber perdido el sentido de la orientación, de no poder encontrar la parada del tranvía que la llevaría a casa. El llanto que llevaba sujeto al pecho la hacía respirar mal. Pensó en la madre que no había conocido nunca, en tantos años de su vida que no recordaba, en Carlos que se había ido. Sintió que estaba sola y acabada porque le faltaban las fuerzas, hasta el punto de que lo único que podía hacer era mantener abrazada a la niña que lloraba. Pero también aquel llanto se estaba alejando, se convertía en nada. Sentía el calor de su hija, eso sí, aún lo sentía, y un dolor que le hacía temblar el estómago y mal sabor de boca. Con una mano se limpió la sangre de la nariz, y luego vomitó una espuma ácida y rosa con la frente apoyada contra una pared. «También yo tuve una madre» —dijo bajito—. «Todos tienen una madre. Madre mía que estás en los cielos o en la tierra o en el fondo del mar». Y aquella espuma ácida y rosa chorreó por la pared, descendió lenta mientras la niña dejaba de llorar y solo se le estremecía ligera entre los brazos, como quien busca el sueño pero aún no lo encuentra. Y entonces, así trastornada, Margarida se puso a cantar bajito. «*Doidas, doidas, doidas são as galinhas*…». Y con la cabeza aún apoyada contra la pared vio los ojos

abiertos de su hija que la miraban, los ojos color del cielo, y le pasó una mano por la frente que estaba sudada y luego le dio un beso pegajoso porque otra cosa no podía hacer, solo seguir mirándola así, en una especie de oración.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una voz.

Margarida se sobresaltó y apretó con más fuerza contra ella a Maria do Ceu.

—Está hablando sola y le sangra un poco la nariz, ¿puedo hacer algo por usted?

Un anciano le sonreía. Iba vestido de claro, no era muy alto y tenía los ojos azules.

—No tenga miedo de mí, podría ser su padre. Venga a sentarse un momento, la invito a algo, verá como se siente mejor.

Le ofreció el brazo y Margarida lo siguió confusa, mientras un dolor fuerte le oprimía el pecho. Caminaron hasta la rua da Prata y se sentaron en una cafetería donde los camareros parecían conocer muy bien a aquel señor al que llamaban doctor, *doutor* Gonçalves. Margarida pidió un vaso de leche, el doctor Gonçalves la obligó a pedir también un pedazo de tarta. Pero Margarida no conseguía tragar nada, a lo largo del esófago solo sentía el sabor de una náusea sofocante, tenía los ojos bajos y fingía masticar despacio, como si la lentitud le confiriese una distinción más adecuada a las circunstancias, como si comer despacio fuese menos de pobre.

—¿Quiere contarme lo que ha sucedido?

Margarida se lo contó sin orden, con muchas pausas, muchas repeticiones y muchísimas reticencias. La niña, por suerte, se había dormido, y ella, poco a poco, comenzaba a sentirse mejor, en el corazón no tenía ya aquel estruendo que le daba un fuerte dolor de pecho.

—Este país se está haciendo peligroso —le dijo el hombre mirándola con sus ojos claros y sonrientes—. Pero los que vivimos aquí tenemos que hacer todo lo posible para que sea mejor. En el resto del mundo, la guerra terminó ya hace un año. ¿Cuándo veremos también nosotros tiempos mejores? ¿Sabe una cosa? —le dijo acercándose a ella—, este Gobierno es arrogante y la arrogancia es contagiosa. ¿Ha visto lo que ha sido capaz de

hacerle un simple capataz? Imagine a ese hombre con un poder mayor. Pero usted es afortunada, tiene a su bonita niña, podrá enseñarle cosas buenas. Yo no he tenido la suerte de tener hijos, así que las pocas cosas buenas que he aprendido me las he tenido que quedar para mí.

—Yo no sé nada de este gobierno.

—¿No? Hoy ha tenido una buena muestra. Créame, no se puede vivir ignorando lo que sucede a nuestro alrededor. Quizá no podamos hacer mucho, pero la conciencia es importante, ayuda a reflexionar, a pensar de la forma adecuada y, ¿sabe?, a fuerza de pensar se termina también por hablar. Hoy un paso y mañana otro y a lo mejor se llega también a contagiar a alguien. ¿Ha visto cómo vivimos? Si dos personas se paran a hablar en la calle, ya las miran mal; si son tres, les piden la documentación. Y se lo garantizo yo, cuando lo hacen, no se andan con contemplaciones. ¿Cómo se llama su niña?

—Maria do Ceu.

—Es un nombre bonito, un nombre grande. Y esperemos que, en tanto espacio, su hija pueda vivir feliz algún día. En el fondo, ese es el problema de nuestro país, el espacio, pero eso, si tenemos ocasión, se lo explicaré en otro momento. Imagino que tiene problemas más urgentes. Busca trabajo, ¿no?

—Sí, pero creo que, antes de nada, tengo que encontrar a quien dejarle a la niña cuando vaya a trabajar. No tengo a nadie.

—¿Y el padre?

—El padre está en América, ni siquiera sabe que ha nacido. Desde que se fue no he tenido noticias suyas.

—Entiendo. Escuche, conozco a una buena mujer que ayudaba a mi esposa con las tareas de la casa. Ahora es mayor y ya no viene, pero sé que junto a su hija, una muchacha enferma, cuida niños mientras las madres trabajan. Se llama Leonor, le escribo su dirección. Vaya a verla y dígale que la manda Nuno Gonçalves, es una persona de confianza, que no se aprovecha. En cuanto al trabajo, al lado de donde vivo hay una lavandería que busca una moza. Pusieron el cartel justo anteayer. Se ve que los negocios van bien o que una trabajadora se ha ido. Conozco a la propietaria desde hace años, soy cliente asiduo, le hablaré de usted hoy mismo. La paga

será escasa, no se haga ilusiones, probablemente menos de lo que le daban en la fábrica, pero al menos nadie le hará daño. Le escribo también su dirección. Se llama Inês.

—¿Cómo voy a poder agradecérselo?

—¿Tan poca cosa? No, ningún agradecimiento. Ahora, sin embargo, tendrá que perdonarme, tengo que irme, mi mujer me espera, está mayor y más achacosa que yo. Cuando estoy fuera demasiado tiempo se pone nerviosa y el médico me ha dicho que su corazón, para seguir adelante aún un poco y latir tranquilo, no debe estar nunca en compañía del miedo. No hemos conocido la alegría de los hijos, pero nos hemos querido siempre mucho, y aún nos queremos.

—Espero volver a verle, doctor Gonçalves.

—Claro que nos veremos de nuevo, se lo he dicho, soy cliente asiduo de esa lavandería. Y, además, por favor, nada de doctor. Me llaman así solo aquí, en el bar, pero creo que lo hacen un poco con todos los clientes. Usted, por otra parte, ¿cómo se llama?

—Margarida.

—Llevo una siempre en el ojal, ¿ve? Es mi flor favorita.

Margarida abrió la puerta de casa y encontró un sobre en el suelo. Aún le dolía la cabeza, pero las pocas palabras intercambiadas con Nuno Gonçalves le habían devuelto el buen humor. La vida, después de todo, podía acabar por no ser tan difícil. O puede que lo fuese, pero solo a ratos, como para cualquier otra persona. En el fondo, para una niña tan pequeña, no era saludable estar en una tabacalera y, si hubiese encontrado a alguien con quien dejarla, habría sido también poco indicado, porque una madre que trabaja tantas horas entre tabaco siempre lo tiene encima y, quizá, a fuerza de respirarlo, incluso le transmite el sabor a la leche.

Se desató a Maria do Ceu del pecho y, sin despertarla, la puso en la cama. Luego abrió de par en par la ventana, porque en aquella habitación pequeña olía a cerrado y hasta a húmedo. Fuera, sin embargo, había un sol que hacía daño en los ojos, y tanto calor que secaría aquellas cuatro paredes mohosas enseguida. Respiró el aire salobre que venía del Tajo, agarró una silla, la acercó a la ventana y comenzó a palpar el sobre cerrado. De dónde

venía lo había ya entendido porque el sello y el matasellos eran americanos, lo que la intrigaba era el contenido, porque las cartas se escriben en papel de carta y allí dentro, sin embargo, había algo que forzándolo se habría doblado, pero que era más duro que el papel. No tenía el valor de abrirlo, le parecía que aquel día había tenido ya bastantes emociones, le daba vueltas la cabeza y tenía el estómago cerrado, no sabía si aún por el susto o porque casi no había comido.

Sostuvo el sobre entre las manos, lo acarició emocionándose con la idea de que venía de las de Carlos, las mismas que la habían acariciado y amado en aquella habitación que había sido su casa, las manos que en su cuerpo habían dado forma a Maria do Ceu, que ahora estaba allí, en la cama de ellos, y dormía tranquila. Con leves palpitaciones, intentó suponer algo: ya no resistía lejos de ella; las cosas no iban bien con la mujer y quería que ella se reuniese con él; no había conseguido encontrar trabajo y estaba enfermo; le pedía ayuda para alguna cosa; quería saber si era ella la que necesitaba ayuda; quería saber si el hijo que esperaba ya había nacido; quería solo pedirle perdón.

Con la mano derecha empezó a tomarse las pulsaciones de la muñeca izquierda. No tenía un reloj para ver cuántas veces latía su corazón en un minuto, pero debían de ser muchas. Maria do Ceu se había despertado y se quejaba bajito, justo aquellas voces del despertar de los recién nacidos que, si no se paran a tiempo, explotan en llanto.

—Tendrás hambre, hija mía —le dijo tomándola en brazos.

Retrocedió apenas con la silla para no tenerla con la cabeza al sol y se la llevó al pecho. Maria do Ceu se puso a mamar despacio, al principio casi sin fuerza, poniéndose un poco nerviosa y comenzando a gimotear, luego con mayor decisión y, al final, calmándose, encontrando el ritmo apropiado. Chupaba y tragaba sin tomar aire, y Margarida sentía la leche salirle del pecho, descender por el esófago de la hija en un gorgoteo que la hacía sonreír, que le hacía cosquillas. Pero también la adormecía. Apoyó la cabeza contra la pared, con la reverberación del sol en los ojos semicerrados, con aquel centelleo turquesa de mar y cielo que se unían a la altura de los tejados. Y, cuando se sintió calmada por la falta de fuerzas,

abrió aquel sobre y se encontró entre las manos con una fotografía de Carlos.

Estaba sentado sobre el murete de una casa, no muy alto, al que seguía una especie de valla. Todo alrededor había nieve y él vestía con mucha elegancia, llevaba un abrigo de pelo de camello y un buen sombrero de ala ancha. Los zapatos estaban lustrosos, inmaculados. Posaba de tres cuartos y miraba a la cámara sonriendo, con un periódico deportivo en la mano y un cigarrillo en los labios.

Margarida volvió la fotografía y leyó:

To Margarida and my daughter
love
Carlos

Margarida no hablaba inglés, así que no entendió nada más que su nombre y la palabra «*love*» que, en vez de darle alegría, la llenó de una gran melancolía. Miró primero a su hija y luego al Tajo, que parecía no moverse, y con aquella fotografía abandonada en la mano comenzó a llorar dulcemente, como colmada por la distancia y el silencio.

OceanofPDF.com

XII

Cuando Tina murió, Manuel Ramalhete simuló tal postración que obligó a su mujer a ocuparse del funeral por completo. Por otra parte, también los últimos días de aquella pobrecilla sin nadie en el mundo fueron tranquilos gracias al profundo sentido de sacrificio de Ofelia. Aun tratándola con el desapego que sentía hacia aquella «mujer de mal vivir», Ofelia la había asistido cristianamente e intentando que no le faltase nada, ni el sacerdote, tanto para una confesión, que la mujer no consiguió siquiera pronunciar y que ella resumió en su lugar, como para la extremaunción, que la moribunda recibió en total inconsciencia.

En los días que precedieron a aquella muerte anunciada (…), Ofelia tuvo tiempo de reflexionar sobre su desgraciado destino de esposa. Miraba cómo se apagaba aquella mujer ante sus ojos y, aun viéndola en las últimas, no podía evitar imaginar como había sido antes de la enfermedad, una mujer bellísima y sensual. El dibujo de los labios, vaciados por la muerte, no dejaba dudas: aquellos labios estaban hechos para el amor, para la perdición. La muerte, a todo aquel revuelo de los sentidos escrito eternamente en el cosmos, no podía quitarle nada más. Observaba su cuerpo consumido bajo la sábana, un cuerpo que (…) pese a no ser ya nada, que su abandono dejaba percibir bien sus formas, sus bellezas. Imaginarlo con un poco más de carne era impresionante. Ofelia estaba allí, ante ella, la reconstruía pedazo a pedazo, le devolvía la vida de cuando su existencia le era aún desconocida, de cuando ella era la esposa de un hombre que creía suyo y, sin embargo, era ya de otra. A veces, sentada en una silla junto al lecho de la moribunda, una mueca desagradable le dibujaba la forma de los labios haciéndolos más finos, casi un corte. Los labios amargos de las

mujeres que han sido poco amadas y siempre deprisa, sin conocer el abandono, aquella manera que tienen los labios de retirarse, como absorbidos por un rencor cada vez más desengañado. Con aquella mueca dibujada en el rostro, Ofelia, aunque cristianamente, no podía evitar pensar que aquella perdida que le había robado a su marido desde el primer instante, ahora estaba allí muriéndose delante de ella. Cuando Tina empeoró, Manuel Ramalhete acudió a ella con lágrimas en los ojos y, llorando como un niño, le había dicho que no podía verla morir, que la muerte le daba pavor y que estar cerca de ella lo hacía sentir tan mal que corría el riesgo de morir también él. Ofelia sonrió para sí, le pareció divertido el hecho de que él (…) pudiese quedarse con Tina por asco y no por pena. Le dijo que se calmase, le preparó una tila y luego se hizo la maleta.

—¿Dónde vas? —le preguntó Manuel Ramalhete aun sollozando—. ¿Vas a dejarme solo en esta situación?

—Voy a ocuparme yo —le respondió seca Ofelia.

Luego, como si fuese una noche cualquiera, se puso a los fogones. Pero no se limitó a preparar la cena, cocinó en abundancia y, cuando todo estuvo listo, dividió la comida en muchas porciones que metió en varias fiambreras de metal.

—¡Ahí tienes! Te he dejado comida para al menos tres o cuatro días —le dijo poniéndose el abrigo.

Luego fue al dormitorio, abrió el armario y, tras muchos años, sacó de una caja de cartón sus guantes y su sombrero. Se los puso y, ante el espejo, se colocó el sombrero con los mismos gestos con los que su madre se lo imponía ante la puerta de casa cada vez que iba a salir. Al final, rozó las alas con las yemas de los dedos, que era el último toque, y con la maleta en la mano volvió al salón.

—Me voy —le dijo.

—¿Así de elegante?

—La ocasión lo requiere —le respondió.

Y luego se marchó, dejándolo con sus debilidades y sus miedos. Y por primera vez, lo encontró fuera de lugar y entonces le dio pena, y en aquel

momento, le pareció que aquello daba la vuelta a su matrimonio definitivamente.

Si su vida como esposa había sido breve, ahora, por lo menos, estaba allí, a la cabecera de aquella mujer, para verla morir. No se habría perdido aquel espectáculo por nada del mundo. No se movería de allí hasta que no hubiese escuchado el último suspiro. Cierto, al principio la idea de que fuese una condenada a muerte hasta la enterneció, pero con el tiempo, y dado que no se decidía a morir, su actitud cambió y la piedad cedió a una espera impaciente. Por la noche, antes de dormirse y después de haber rezado todas sus oraciones, pedía a Dios que evitase sufrimientos a aquella pobrecita, lo que venía a querer decir: «Acógela en no importa cuál de tus reinos pero lo antes posible».

Esperaba, Ofelia esperaba a que el tiempo pasase y se llevase aquel infierno de vida. No se sentía inhumana con esos pensamientos, no, se sentía justa y hasta caritativa.

Sacó del bolsillo de la chaqueta de su marido la llave de aquella casa en la rua das Janelas Verdes y en la calle, con la maleta en la mano, esperó que pasase el tranvía que la llevaría a la casa del pecado, la casa en la que su marido dormía tantas noches mientras ella se quedaba sola en su cama sin lágrimas para llorar.

Abrió aquella puerta despacio y lo primero que hizo al entrar fue respirar el aire, como si fuese una reliquia, algo que tenía que ver con su propia santidad de esposa traicionada. Y desde el primer momento se movió en aquella casa como si fuese la dueña. Aun antes de echar un vistazo a la enferma, abrió la ventana para airear y, con los codos apoyados en el alféizar, se dedicó a mirar fuera como una mujer que, tras haber hecho la compra, vuelve a casa y se asoma a tomar un poco el fresco. Segurament la gente del barrio conocía la historia de aquella pareja clandestina, cada costumbre suya, y ahora que ella estaba en la ventana en el lugar de la otra, como aquella única vez que le había tocado verla ponerse a gritar tras toda una noche de espera, ahora, por fin, veía también ella las cosas desde el punto de vista justo. Con que aquel era el panorama que habían tenido frente a ellos cada mañana cuando se despertaban y abrían la ventana. Allí

la taberna en la que encargaban la comida, aquel el bar (el mismo en el que ella había esperado tanto), aquel el quiosco de los periódicos, aquel el ultramarinos, aquel el zapatero, aquella la fuente a la que las mujeres iban a por agua, aquellos los chiquillos que corrían detrás de una pelota hecha de trapos. Qué extraño, ni siquiera se sentía forastera en ese lugar, casi le pertenecía más íntimamente que su verdadera casa. Sí, y ¿por qué no iba a ser así? Seguía siendo su esposa, su mujer ante Dios. Se santiguó y se volvió para mirar a la enferma que parecía dormir. Debía de tener como diez años menos que ella, aunque, por lo demacrada que estaba, nadie lo hubiera dicho. Ella sabía bien cuántos años tenía, todo aquel tiempo de espera le había otorgado también cierto conocimiento, porque el desvergonzado de su marido, desde que las cosas habían salido a la luz, no le había ahorrado ya nada, ni siquiera los detalles. Aquel canalla se descargaba la conciencia cuando volvía a casa para que le lavase la ropa, le contaba cómo progresaba la enfermedad (y seguro que exageraba porque, por lo que se había visto, allí no iba solo a cuidarla) y lo que decía el médico y los medicamentos que tomaba y qué había conseguido hacerla comer. «Hoy», le decía con orgullo, «he logrado que coma casi un plato entero de puré de verduras». Y ella se alegraba, le decía lo bueno que era. Bueno, sí, bueno de verdad. Alguna vez había estado a punto de ofrecerse incluso a preparar ella un buen puré de verduras, que las comidas caseras eran mucho mejores que las que encargaban en la taberna. Una vez le envió hasta una manta de su ajuar. «Total, nosotros no la usamos nunca», le había dicho el marido. «¿Sabes?, la pobrecita siempre tiene mucho frío». Y ella se la había envuelto sin rechistar y lo había visto salir de casa con su manta con las iniciales bordadas a mano por su madre, la O de Ofelia y la M de Manuel, añadida a la O poco antes de que se casaran. Sí, aquella O había estado sola mucho tiempo, igual que en las toallas, las sábanas y las fundas de almohada. Un ajuar casi de ricos, preparado durante años con cuidado, dados los delirios de grandeza de su madre.

Cogió una silla, la acercó a la cama de la enferma y se sentó. Luego suspiró.

—Aquí estamos —le dijo bajito—. Ahora contigo estoy yo.

Tina había abierto apenas los ojos y luego los había vuelto a cerrar.

—Y no hagas como si no me reconocieses, no te pases haciéndote la moribunda.

Pero Tina respiraba débilmente, su ligero estertor regular llenaba el vacío de aquel cuartito en desorden y entraba en los pensamientos como un fondo musical. Ofelia volvió a suspirar. O quizá no, no fue un suspiro, sino una auténtica respiración a todo pulmón, a la cara de a quien le costaba todo el esfuerzo del mundo respirar.

—Le voy a dar un repaso a la casa —le dijo como si la otra pudiese oírla—. Apesta a cerrado y suciedad. Aunque tú debes de ser una personita pulcra, de las que se bañan a menudo. ¿Sabes?, también mi Manuel es así. Si fuese por él, la casa sería una pocilga, igualito que esta, pero para sí mismo… Ay, de sí mismo tiene un gran cuidado. Seguramente os parecíais bastante. Perdona que use el pasado, ¿eh?, lo siento mucho. Ahora ordeno y poco y luego me ocupo también de ti, pongo a calentar agua y te lavo a la buena de Dios para que te sientas mejor.

Barrió la habitación y fregó el piso, luego quitó la costra al fogón, que era una porquería. Se veía de lejos que hacía mucho que allí no había puesto una mano nadie. «Si no te estuvieses muriendo de tuberculosis, te habrías muerto de una infección», pensó Ofelia pasándose una mano por la frente sudada. «Pero mira lo que me toca hacer, Dios Bendito, mira lo que has querido para esta desgraciada hija tuya. Pero, si Tú lo has querido, es porque era justo que fuese así, que en este valle de lágrimas tenía yo que llorar todas las que me esperaban. Aunque, por dentro, Dios Bendito, por dentro, no puedo verterlas, y a toda esta vida humillada no quiero añadir humillaciones». Luego volvió a sentarse en la silla junto a la enferma, abrió la maleta y sacó pan y un filete de carne frita.

—Con tu permiso —dijo, y dio el primer mordisco.

Cuando hubo terminado de comer se acordó de que había llevado también vino. Quitó el tapón con los dientes y bebió un sorbo de la botella pensando que de los vasos, los platos y los cubiertos de aquella casa no quería saber nada.

—A tu salud —dijo después de beber.

Y luego continuó bebiendo hasta que la botella se terminó, y enseguida apoyó la cabeza contra la pared y se durmió de una forma algo obscena: con la boca abierta. «Cierra esa boca, Ofelia», oyó que le decía en el sueño la voz de su madre. «Antes o después te entrará una mosca o quizá un moscardón. ¿Sabes que si te pica en la garganta te mueres?».

Ofelia tuvo un sobresalto de los que durante unos instantes hacen respirar como un cerdo, pero luego volvió a dormirse y comenzó a roncar ligeramente. Hacía tiempo que no dormía tan bien y tan seguido; tan bien que lo pensó incluso en el sueño, es más, se lo dijo: «Pero mira lo bien que estás durmiendo en casa de esta desvergonzada. Pero bien de verdad».

Los colores dorados del día que llegaba a su fin encendieron las paredes de la habitación. Un naranja que se intensificaba cada vez más, descendía ahora denso, como si le hubiesen tirado encima cola transparente que cuando se seca, da al color un brillo, como cuando está bajo un cristal. Un mirlo gordo se posó en el alféizar, inclinó la cabeza dos veces hacia la izquierda y comenzó a picotear en busca de alimento, pero en los huecos del mármol no encontró nada, y entonces se picó entre los dedos de las patas, quizá para limpiarlas o puede que para ver si se sacaba algo de comer, como para no querer desaprovechar aquella breve parada. El sol le iluminó de repente un ojo de rojo fuego y, desde allí, pareció salir perpendicular una especie de rayo que, a su vez, iluminó de rosa una especie de ojo de perdiz en el mármol del alféizar. Luego se fue volando. Planeó en el aire como el mirlo gordo que era, medio subiendo, medio bajando, como si su peso fuese demasiado para volar de verdad.

La respiración de las dos mujeres se hizo imperceptible en la habitación con la ventana abierta, acallada por los ruidos de la calle. Ambas respiraban como arrolladas por las ruedas de un carro que, tirado por un caballo, pisaba entonces el adoquinado, por el grito de una madre que llamaba al hijo a cenar, por un cierre metálico que bajaban primero a mano, despacio, y luego de forma brusca, en el último tramo, con la fuerza de una pierna. Luego por las voces de dos hombres que se despedían diciendo casi a la vez: «Hasta mañana». Y por una risa lejana. Por el chirrido de un doble alambre que una mujer corría para tender la ropa. Por las patas de un perro, por el repiqueteo de sus uñas poco gastadas. Y por las tejas de los tejados que parecían

moverse una tras otra, como las teclas de un piano, bajo las primeras carreras nocturnas de los gatos. La respiración de las dos mujeres se convirtió casi en el vuelo de un insecto y, sobre la rua das Janelas Verdes, cayó la oscuridad.

Poco antes del alba, Ofelia se despertó. Al principio no recordó dónde se encontraba, sintió la dureza de la pared en la nuca, la pesadez de las piernas, la espalda que le dolía de haber estado sentada demasiado tiempo. La habitación estaba iluminada solo por media luna que se encontraba justo en el centro de la ventana abierta. Sintió un escalofrío, casi una sacudida, que enseguida se transformó en un suplicio, en medio del pecho. «Mi media luna de dolor», fue el primer pensamiento de Ofelia, aún no del todo consciente, fruto a medias del sueño y de aquella vista en el centro de la ventana abierta. Se puso en pie, parecía que las rodillas no la pudieran sostener, parecía que le faltase el aire, que le quemasen la garganta y los ojos, y que aquel fuego, poco a poco, la invadiese por completo. Se sentó en el borde de la cama, en la que la enferma yacía inmóvil, se llevó las manos a las sienes y se quedó mirando el vuelo de los pájaros en torno a la luna hasta que se hizo de día.

El sol de la mañana iluminaba los párpados cerrados de Tina. Ofelia le pasó un paño mojado por la frente y los brazos, le arregló la almohada y le dijo:

—Mira qué hermoso día, dentro de poco florecen los jacarandás y todas las calles de Lisboa estarán cubiertas de esas hermosas flores violetas que no dejan de nacer y morir continuamente. Un momento están en el árbol y al siguiente caen al suelo para formar una alfombra. De niña las esperaba todo el año como una promesa. Cuando llegaba la primavera, me ponía a vigilar la primera que brotaba. La primera. ¡Qué bobada! Era solo la primera que yo veía. ¿Te gustan también a ti, fea desvergonzada? No es que no nos puedan gustar las mismas cosas, ¿verdad? Van a llegar también las golondrinas, pero las golondrinas no me gustan, traen la primavera cuando llegan, pero también la estación fea cuando se ponen todas en fila sobre los cables de la luz antes de irse a buscar el buen tiempo a otra parte. Cuando

llegan las golondrinas no pienso en cosas bonitas como cuando florecen los primeros jacarandás. Cuando llegan ellas pienso que estoy cada año más gorda, que me deformo, aunque ni siquiera he traído al mundo un hijo. Y ahora, con tu permiso, voy a comer un poco de pan con queso. Es el Serpa, ese bueno que se unta. Luego me como una naranja, una de las últimas de la temporada. El invierno es bonito solo por las naranjas.

Ofelia apoyó en el alféizar la servilleta de cuadros en la que llevaba el queso, la abrió y se cortó un buen pedazo, que untó sobre una rebanada de pan oscuro. Acercó la silla, se sentó y comió mirando la calle que se despertaba en aquella hermosa mañana de abril. Mientras comía, tenía la costumbre de tocarse el abdomen, como si temiese que pudiera crecer con cada bocado, como si la comida, sin consumirse nunca, se depositase en estratos de grasa en su cuerpo. Cada poco se volvía a mirar a la enferma, pensaba que, al menos, moría delgada y que ella, por el contrario, parara lo que pasara, seguramente moriría muy gorda. Cuando terminó de comer, se quitó las horquillas del moño y se las puso todas en fila en la boca. Mirándose en el cristal de la ventana abierta se atusó con las manos el pelo y, sacando de la boca las horquillas de una en una, se lo recogió de nuevo en la nuca.

Un día entero, quién sabe cuántos días más aún, y aquella moribunda cada vez más muerta, ni siquiera una señal de vida cuando había llegado.

—No haces mucha compañía —le dijo sintiendo que se le repetía el queso.

Una larga fila de hormigas recorría el suelo a ras de la pared, para terminar en un agujero del parqué. Ofelia puso dentro una miga de pan para taparlo y pareció que las hormigas enloquecían de repente. Sabía además otro truco: bastaba pasar un dedo a lo largo de su fila india y perdían la orientación, comenzaban a dar vueltas como aturdidas, con las antenitas en movimiento. Se lo había enseñado el abuelo, de niña, con una buena lupa.

—Tendría que haberme traído la lupa, que ahora te podría mirar mejor —dijo a la moribunda mientras con la escoba barría fuera las hormigas.

Luego del bolso se sacó el devocionario, volvió a sentarse junto a la cama y comenzó a rezar en voz baja con el rosario en la mano:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia…

Y luego el padrenuestro y el eterno reposo cada diez avemarías.

—El eterno reposo te lo rezo por adelantado.

A media tarde, bajó a tomar un café al bar de enfrente. No le importaba que la reconociesen, al dueño lo había visto ya muchas veces levantar la mirada hacia ella cuando estaba en la ventana. Todo el barrio debía de saber ya que estaba allí. Que lo supiesen, que supiesen lo cobarde que era Manuel Ramalhete, que para cuidar a la amante moribunda enviaba a la mujer, y que supiesen también lo caritativa y cristiana que era ella, una mujer pía, una santa. Ya oía los rumores del barrio: «A esa le van a salir estigmas, ¡estigmas!». Y solo de pensarlo se emocionaba, se miraba las manos y hasta le parecía ver alguna gotita de sangre.

—Un café doble, por favor —dijo al hombre que estaba tras la barra.

El hombre le sonrió y ella le correspondió con discreción. Luego fijó la mirada en las botellas alineadas contra la pared de espejo.

—Cuánto tiempo —dijo el hombre.

Pero ella no respondió, solo hizo un gesto con el mentón, levantándolo apenas, con la mirada aún fija en la fila de botellas.

—¿Dónde puedo comprar pan? —le preguntó tras haberse bebido el café de un trago.

—Al volver la esquina, ahí, justo a la derecha está la tienda del señor Hérminio. Vende un poco de todo.

Dejó las monedas sobre la barra y se dirigió a la salida.

—¿Cómo está? —le preguntó el hombre cuando ella estaba ya en la puerta.

—¿Y cómo quiere que esté? —le respondió volviéndose a mirarlo—. Se está muriendo.

Aquella noche se hizo una sopa porque comer frío ya no le apetecía. Había comprado donde el señor Hérminio acelgas y una tajada de calabaza, una cebolla, tres zanahorias y dos patatas. Compró también arroz y naranjas, medio litro de leche y pan oscuro.

Lavó bien una cacerola que había encontrado colgada de un clavo y, en una encimera de mármol, comenzó a cortar las verduras con un cuchillo

grande. Eran golpes regulares, precisos, que cortaban las zanahorias en rodajas, de un tajo, casi todas del mismo grosor, igual que las patatas, la cebolla y la calabaza. Puso todo a hervir junto al arroz y la sal, y por último echó las acelgas en hojas enteras. Cuando el olor del *minestrone* llenó la habitación humedeciendo las paredes, sintió que su casa estaba lejos, difumndada, y que su marido era un hombre del pasado que pertenecía a otra persona, puede incluso que a aquella mujer que moría como en tierra extranjera, como si aquella casa… «Ofelia, Ofelia», se dijo, «qué extravagante eres. Que el Señor te perdone». Y se hizo la señal de la cruz. Luego se puso la mesa en el alféizar y comió ante un cielo que cambiaba de color, un cielo azul que esta vez el ocaso manchaba de largas tiras rosas en forma de arcoíris, aunque de un solo color. Las golondrinas volaban sin parar, volaban altas, en un corro que parecía una coreografía, con los bailarines y las bailarinas entrando y saliendo del círculo mientras cantaban una canción. Había una cantante que se estaba haciendo famosa justo en aquellos años, decían que cantaba en el Bairro Alto, con un pañuelo negro sujeto con un alfiler que brillaba. La había visto una vez en el periódico, habían escrito: «La mujer con alondras en la garganta», y ella se había tocado la suya por instinto, muy sugestionada, casi como si sintiera dentro un batir ciego de alas. «Las mujeres que cantan delante de otros son unas mujerzuelas», le dijo una vez su madre. Y desde aquella vez Ofelia comenzó a cantar solo de pensamiento, para que no la oyese nadie. Una noche soñó con aquella cantante: estaba en el escenario y de la boca le salían muchas alondras, una tras otra.

Pero ahora que estaba allí, comiendo la sopa en el alféizar, ahora que no la oía nadie, Ofelia comenzó a cantar en voz baja. No recordaba toda la letra de la canción y, cuando le faltaba, tarareaba meciendo la cabeza un poco. El cocinero de la taberna salió en aquel momento a la puerta y se encendió un cigarrillo. Pronto entrarían los primeros clientes y él, después de haberlo preparado casi todo, se tomaba aquel descanso al aire libre antes de volver a entrar quién sabe por cuántas horas en una cocina que debía de ser pequeña y estar llena de humo. Un chiquillo pasó pedaleando en una bicicleta que tenía la rueda de atrás desinflada, seguido por un perro minúsculo que ladraba. Ofelia puso una rebanada de pan en el caldo que

quedaba en el plato, comenzó a romperla con la cuchara para llevarse un pedazo a los labios mientras aún tarareaba mirando al cocinero, al chiquillo, al perro. Pero no tuvo tiempo de obedecer ninguna de las órdenes que su cerebro le ordenaba y, así, el bocado de pan cayó en el caldo, el caldo salpicó fuera del plato y ahogó a una hormiga roja, y Ofelia, justo en aquel preciso instante, salió corriendo a la calle, como una posesa, para preguntar al primero que pasaba dónde podía ir a llamar a un sacerdote.

El sacerdote tuvo poco que decir y hacer cuando se dio cuenta de que la pobrecita no podía hablar y no estaba ya consciente. Fue Ofelia quien le contó quién era y cuál había sido su vida. Lo dijo con la cabeza baja, las manos cogidas bajo el pecho. El sacerdote la absolvió hablando tan bajo que casi no se oía lo que decía y luego le dio la extremaunción, haciendo en el aire muchas señales de la cruz que Ofelia, quién sabe por qué, habría querido comerse pillándolas al vuelo como hacen los perros con un hueso.

Cuando se quedaron de nuevo solas era ya de noche y Ofelia se preparó para dormir como la primera noche que había pasado allí, sentada en la misma silla, la nuca apoyada contra la pared. La respiración se le hizo enseguida pesada. Entró en el sueño mientras fuera caía una lluvia sutil y silenciosa.

Al abrir los ojos por la mañana, no tuvo siquiera necesidad de acercarse a la cama para entender que estaba muerta. En aquel rostro afilado estaba ganando espacio un color gris oscuro que ni siquiera el rosa pálido del primer sol conseguía enmascarar. Después de calentarse una taza de leche, que bebió en la ventana mirando la calle aún mojada, Ofelia puso al fuego una gran olla con agua y vinagre. Lavó a la muerta con una esponja, luego fue a buscar en el armario un vestido para ponerle. Eligió uno rojo con muchas cintas en el corpiño y, cuando fue a cerrárselo, se dio cuenta de que en aquel vestido entraban ya al menos tres mujeres como aquella. Aunque intentó contener sus pensamientos, le resultó difícil frenarlos, imposible no pensar: «Habrás sido guapísima, pero mueres joven y fea». Cuando este tipo de pensamientos se le presentaban con demasiada insistencia, Ofelia los rechazaba cerrando con fuerza los ojos, como si aquella oscuridad artificial le privase de la vista, y los pensamientos, ciegos, no supiesen ya

hacia dónde ir. Una buena cristiana perdona y no odia, pero ella no perdonaba y odiaba aún, y eso hacía que todo se le revolviese dentro, tanto el odio como la compasión que, junto con el olor del vinagre, le procabada náuseas, la necesidad de llorar con la frente apoyada en la pared y la de dar bofetadas a la muerta. «¡No se muere uno así!», se gritaba dentro. «No se muere uno sin dar un poco de satisfacción. Pero tú has fingido no verme y no escucharme, crees que no me he dado cuenta, ¿eh? ¡Dímelo, dímelo!». Y, mientras pensaba a gritos, la vestía meneándola como un trapo viejo. Si no hubiese estado allí Nuestro Señor, que todo lo ve y lo escucha para ponerlo ante nosotros bien por escrito en el Día del Juicio, cuando como esqueletos nos devuelven la carne y nos presentamos ante Él, si no hubiese estado Él, la habría tirado de la cama, se habría liado a patadas con ella, la habría hecho pedazos. ¡Ay, qué rabia le daba ahora que estaba muerta! ¡Qué rabia! Había muerto demasiado deprisa, tenían que haber estado más tiempo las dos solas en aquella habitación, en aquel antro de casa donde, sin embargo, aun con una única ventana, entraba tanto sol que hacía daño en los ojos. «¡Ni siquiera me has visto hacerte de criada!», continuó gritándose para sí misma. Pero, cuando hubo terminado de peinarla y de vestirla, y la tuvo delante, arreglada así, como una muerta de fiesta, le dio un ataque de risa de esos que no hay quien pare, una carcajada, como una alegría de la que, por mucho que Nuestro Señor estuviese allí mirándola y escuchándola, ella no se avergonzaba. Que anotara entre sus pecados aquella euforia, ¡venga! ¿a qué esperaba?, que los escribiese. Habría pagado con gusto por aquel pecado el precio que Él quisiera establecer. Es más, hasta se lo pidió.

Después, metió en su maleta las pocas cosas que había sacado, la cerró y se fue a coger el tranvía que la llevaría de vuelta a casa. Pero antes volvió al bar, porque si por la mañana no tomaba un café doble, pasaba todo el día con un dolor de cabeza tan fuerte que se mareaba.

—¿Hay alguien? —preguntó dejando caer al suelo la maleta.

El hombre apareció secándose las manos en un trapo.

—Un café doble —le dijo.

Y comenzó a darle vueltas con la mirada fija en la fila de botellas de la pared. Daba vueltas y vueltas, como si aquel azúcar no fuese a disolverse nunca, como si fuese azúcar de piedra. Y luego paró de repente y lo bebió

todo de golpe. Dejó las monedas en la barra y se dirigió a la salida con la maleta en la mano. Pero en mitad del camino se detuvo y, sin volverse a mirar al hombre que con el trapo había comenzado de nuevo a secarse las manos, dijo:

—Ya está muerta.

Los últimos pasos que dio dentro del bar le resonaron en la cabeza incluso después, en la calle, y aun durante el trayecto que la llevaba de vuelta a casa. Y al llegar, cuando abrió la puerta, le dijo a Manuel Ramalhete, que corría a su encuentro:

—Todo ha terminado. Ya solo quedan las cosas práctico que puedes despachar tú.

En el funeral solo estaban ellos dos. No siguieron al féretro, lo esperaron en el cementerio Dos Prazeres y se quedaron allí solo el tiempo de ver cómo bajaba el ataúd a la tierra. Manuel Ramalhete lloraba con la mano de su mujer en la suya. Su mujer le dio un pañuelo y se alejó unos pasos. Luego volvieron a casa en tranvía. Para la ocasión, Ofelia se había puesto los zapatos de la boda, que le iban ya un poco estrechos y le hicieron dos ampollas en los talones que, el día después, tuvo que romper pinchándolas con una aguja.

Cuando entraron en casa, Ofelia guardó los zapatos, el sombrero y los guantes en el armario. Luego fue a la cocina, hizo correr el agua del grifo hasta que estuvo fresca, llenó un vaso, se metió en la boca tres Dolviran y los tragó de un solo sorbo, echando de golpe la cabeza hacia atrás.

Manuel Ramalhete estaba en el umbral de la puerta mirando.

—Mañana no vas a trabajar —le dijo sin siquiera darse la vuelta—. Mañana te tomas un día libre y me llevas a Fátima, Manuel. Tengo que ir sin falta.

OceanofPDF.com

XIII

Llovía y se había levantado un viento demasiado frío para principios de junio. Margarida se enjuagó la cara y se preparó un café mientras una ligera niebla caía sobre el Tajo dándole un color irreal. Lo bebió a sorbitos mirando a Maria do Ceu dormir profundamente. Una niña tranquila, que de noche no se despertaba casi nunca. Margarida le sonrió y luego abrió su monedero como hacía ya casi de continuo, de forma obsesiva, y contó de nuevo las pocas monedas que le quedaban. Aquella mañana tenía que encontrar el valor, ir donde doña Leonor y preguntarle cuánto quería por cuidar a la niña, y luego presentarse en el taller de planchado de doña Inês a pedir trabajo. No tenía nada de lo que avergonzarse, que su niña no tuviese padre no era razón para llevar la cabeza agachada toda la vida. Ya no estaba sola en el mundo, tenía una hija a la que no le faltarían los recuerdos como a ella; fuesen como fuesen las cosas, tendría el bien de poseer una memoria. Desde que había dado a luz, se lo preguntaba a menudo. Por la noche, después de haber amamantado a su hija, se quedaba tumbada en la cama sin conciliar el sueño. Entonces retrocedía en el tiempo. Pero, por lejos que llegase, en un cierto punto tenía que parar, porque allí comenzaba el vacío. A veces, de lo mucho que se esforzaba, le brotaban lágrimas de nerviosismo y, con un puño cerrado, se golpeaba ligeramente el pecho o la frente, como si en aquellas partes del cuerpo pudiese hallar un residuo de memoria que la ayudase a recordar algo más de su vida. Ojalá hubiese podido recordar, al menos una vez, la cara de su madre. A menudo, mientras caminaba por la calle, mientras trabajaba, mientras no pensaba en nada, la sobrecogía una avalancha que parecía lava de volcán incandescente por el gran ardor que le metía en el cuerpo. El deseo la quemaba y la ahogaba por completo, y

durante unos segundos se quedaba así, sin respirar, esperando una aparición que nunca llegaba. Era por eso por lo que, cada vez que Maria do Ceu abría los ojos, quería que lo primero que viese fuese su cara, porque en la vida no se puede saber nunca, que hoy pensamos que el mañana irá de una forma y, en cambio, es capaz que vaya de una distinta del todo sin que podamos hacer nada.

—Acuérdate siempre de mí, ¿me entiendes? Siempre. Donde quiera que yo esté —le dijo aquella mañana sosteniéndole el rostro entre las manos.

Luego tomó de nuevo el monedero para contar otra vez el dinero. Haría todo lo que tenía que hacer, pero lo primero, aquella mañana, sería ir a un fotógrafo. Se puso los zapatos, envolvió a Maria do Ceu en una mantilla y salió de casa andando presurosa por la cuesta abajo que llevaba hacia la Baixa.

Empujó la puerta del comercio activando una especie de carrillón, que resonó unos segundos en la tienda semivacía, hasta que la puerta volvió a cerrarse a su espalda. Margarida se atusó el pelo y, con la respiración aún en la garganta por la carrera, dijo:

—¿Hay alguien?

Desde la trastienda apareció un hombre muy mayor con las gafas apoyadas en la frente, los ojos entrecerrados por la luz a la que parecía no estar habituado. Por un momento se la quedó mirando con una mano a la altura de las cejas para enfocarla mejor.

—¿Qué desea? —le preguntó de forma brusca.

—Querría hacer una fotografía a la niña.

—¿Tiene para pagar?

—Claro.

—Entonces, acomódese y tenga paciencia. Tengo que terminar un trabajo.

—¿Tardará mucho?

—Tardaré lo que tenga que tardar. No tendrá prisa, ¿no?

—No…

—Estupendo, entonces haga el favor de esperar.

Y luego desapareció por donde había venido, arrastrando los pasos fatigados que Margarida continuó oyendo aun cuando dejó de verlo. Se

sentó en un sofá de raso azul muy gastado, con los hilos de tela que se salían al rozarlos. A su espalda, en la pared, había un cuadro enorme que reproducía la bahía de Cascaes en un hermoso día de sol; en la pared de enfrente, sobre un sofá igual pero tapizado con raso sosa, la torre Eiffel de noche. Maria do Ceu no dormía, con sus ojos de color cósmico miraba alrededor, mientras la madre le acariciaba la frente algo sudada. Se apretaban la una contra la otra, en un contacto que era siempre una comunión, como si haberla hecho salir del vientre hubiese sido una concesión, es más, una culpa. La apretaba casi de forma animal, como para transmitir a quien fuese que las mirara que ellas eran una frontera, un límite que no se podía traspasar.

—Entonces, esta fotografía, ¿con qué fondo la queremos hacer? —preguntó el hombre, que apareció de nuevo tras el mostrador.

Margarida estaba absorta y se volvió con expresión de quien no ha oído.

—He dicho que con qué fondo.

—Ah, sí —respondió ella—. Creo que el mar estará bien.

—Entonces, pónganse en pose.

—Pensaba fotografiar solo a la niña.

—Como quiera, no es asunto mío. Pero es muy pequeña, ¿cómo hará para hacer que esté erguida ella sola? Cuando son así están siempre en brazos de la madre.

—Es que no estoy arreglada, no pensaba…

—Déjeme a mí. Usted es joven, no necesita mucho. La peino un poco y le doy un poco de colorete. Verá que sale muy bien.

—Pero no tengo nada que ponerme.

—Tengo ahí un chal azul noche, voy a buscárselo. Con el azul del mar a la espalda hará un bonito contraste, sí, muy buen contraste. Déjeme a mí. Si no soy indiscreto, ¿cuál es el propósito de la fotografía?

—Tenemos que enviársela al padre de la niña, a mi marido, que está en América trabajando y no la ha visto siquiera nacer.

—¿Y usted quería mandarle solo a la hija? Con una esposa así de guapa, su marido estará muy contento también de ver cómo está la madre, ¿no cree?

Y, casi sin terminar de decir esto, desapareció en la trastienda, desde donde continuó hablando sin que Margarida entendiese lo que decía. Luego volvió con el chal, un jarrón de porcelana, un cepillo y una cinta.

—Vamos a ponernos guapas. Mire, he pensado también en la pequeña. Mientras yo la peino y le pongo un poco de colorete, usted, con esta cinta azul, hágale un bonito lazo en la cabeza a su hija.

Cuando estuvieron listas, el fotógrafo comenzó a preparar la cámara. Fue un proceso bastante largo, las encuadraba, luego se acercaba a ellas solo para cambiar un mínimo detalle: la postura de la madre, la pose de una mano, un ligero cepillado, un ajuste al lazo. Hizo todo sin decir una palabra, con una mirada muy concentrada. Cada poco se detenía y miraba el efecto, primero de lejos y luego desde detrás del objetivo. Al final, dijo:

—¡Sonría!

Y Margarida quedó deslumbrada por un rayo que le dio casi miedo.

—Estará lista dentro de tres días —le dijo después de haber trajinado aún un poco con la cámara.

—¿Cuánto le debo?

—Veamos. El chal prestado, el colorete, el lazo de la niña… El total será nada.

—¿Cómo que el total será nada?

—El total será nada. Cortesía de la casa.

—No sé cómo agradecérselo. No sé qué decir.

—Pues no lo diga nada. Pero haga una cosa, además de la fotografía, escriba también una bonita carta a su marido. Y pídale que vuelva pronto.

Mientras caminaba por la rua da Conceição con la niña en brazos, Margarida intentó no dejarse llevar por los recuerdos. Pero la brisa que venía del mar era demasiado dulce para resistir la tentación y las palabras pronunciadas por el fotógrafo, demasiado sugerentes. Así que los escasos recuerdos de su pasado le llegaron a la velocidad del viento atlántico y a cada paso se veía obligada a volverse como si fuesen ellos los que la perseguían para llevarla donde el sabor de la vida era aún intenso y las fantasías muy peligrosas. Un aliento caliente la seguía, un olor. Todo aquel breve abandono volvió con un ímpetu que la tomó por sorpresa. ¿Y si se lo

encontraba? ¿Y si, de repente, aparecía como aquel día mientras se miraba en un escaparate? Ya había pasado bastante tiempo, los meses habían transcurrido lentos y sin esperanza, pero aquella mañana la esperanza volvió con una voz que no logró silenciar. Podía ser aún todo muy sencillo. Un barco podía atracar en el puerto de Lisboa, quizá estaba llegando justo ahora, si no, ¿por qué aquella inquietud? No había querido escuchar a la esperanza durante aquellos meses, pero ahora, poniéndole voluntad, desde lejos todos los hombres podían ser él. Luego, a medida que la distancia se acortaba, cada uno regresaba a sus rostros reales y se alejaba de la ilusión. Sintió que podía avanzar con aquella convicción toda la vida, que el deseo podía transformarse en la condena de confundir rostros y andares durante todos los años que le quedaban. Carlos se había ido y, desde entonces, todos los hombres habían comenzado a parecérsele. Tenía que haber sido así desde el principio, pero ella se daba cuenta solo aquella mañana. La ausencia producía un nuevo tipo de presencia, una especie de espejismo, una elaborada construcción dictada por todo aquello que nos parece imprescindible.

Al entrar en el zaguán oscuro, respiró un fuerte olor a moho. La escalera no tenía pasamano y, por miedo a caerse, la subió a ras de la pared, con Maria do Ceu, que aún dormía, bien apretada contra ella. Llamó a la puerta y se quedó oyendo los ruidos que venían de la calle, que parecían lejanos, cada vez más atenuados. Luego oyó el cercano del pestillo de la puerta que se abría.

—¿Qué quieres? —le preguntó una mujer mayor vestida de negro.

—Me ha dado su dirección el doctor Gonçalves —respondió Margarida —. Me ha dicho que usted cuida niños.

—Entra.

Era una casa de una sola habitación, con jergones de paja tirados por el suelo. Estaba todo tan oscuro que no conseguía distinguir cuántas personas vivían en ella. Entreveía solo movimientos a la altura del suelo, como si hubiese animales. Asustada, apretó aún más fuerte a la niña cuando algo frío le envolvió un tobillo. Estaba a punto de gritar, pero se contuvo al ver la carita hermosísima de una muchacha que la miraba desde abajo con una sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó casi riendo.

—Margarida —respondió ella mientras miraba hacia abajo aquel rostro luminoso—. ¿Y tú?

—Julieta.

—No molestes a la señora —dijo la vieja vestida de negro—. Es una clienta que trae… ¿Qué es, niña o niño?

—Una niña —respondió Margarida.

—¿Y qué edad tiene?

—¿Dos semanas?

—Un poco pequeña, costará más, habrá que traer a una ama de cría.

—Es tan bonita —dijo Julieta desde abajo—. Tan guapa que parece de mentira.

—Sí, pero luego son todos de verdad y quieren su leche —repuso la mujer.

—Hoy mismo encontraré trabajo en un taller de planchado —aseguró Margarida—. Podré pagar.

—Entonces es mejor que antes encuentres trabajo, las amas de cría cuestan caras y tienen horarios que respetar. No es fácil dar con una que venga cuando queramos nosotras. Los recién nacidos son el peor trabajo, lloran de repente y te vuelves loca para calmarlos.

—Pero no —dijo Julieta—. Esta parece una niña tranquila.

—Tranquilísima —respondió Margarida—. Come y duerme. Y, ahora, discúlpeme si le hago una pregunta, pero verá, viniendo aquí no lo había pensado y, ahora, en cambio, se me ha ocurrido de repente. Es usted doña Leonor, ¿verdad?

—Claro que lo soy, ¿por qué?

—¿Y es usted quizá la suegra de doña Ofelia, la madre de don Manuel Ramalhete?

—La madre de Manuel, sí. En cuanto a la nuera, casi ni la veo ni la oigo.

—He oído hablar tanto de usted…

—Quién sabe en qué términos.

—¿Y de mí? —preguntó Julieta.

—Cállate tú —respondió la madre—. Vete a arropar bien a Luis, que, si no, le vuelve la fiebre.

—¿Se ponen malos mucho? —preguntó Margarida.

—Qué quieres que te diga. Son niños, ¿no? Se pone malo uno y acaban por ponerse malos todos, y luego yo salgo perdiendo.

—A la mía no la he dejado aún ni un momento desde que nació.

—Es tan pequeña que ni siquiera se da cuenta.

—¿Cuántas amas tiene?

—Un par.

—¿Y tienen leche para todos?

—Tienen, tienen. Si no, ¿qué clase de amas serían?

—Sí, sí, leche hay siempre para todos —dijo Julieta riendo.

—Pero tú, ¿cómo es que conoces a mi hijo y a mi nuera? —preguntó doña Leonor.

—Cuando tengo tiempo voy a echar una mano en casa de doña Ofelia. A ella no le gusta planchar.

—A ella no le gusta hacer nada. Sí, se pensaba que iba a ser una señora.

—Conmigo ha sido siempre muy buena.

—Bah. Si quieres dejar aquí a tu hija ya, puedes. Ahora tengo que salir y de dinero hablamos mañana.

—¿Puedo quedarme un poco aquí?

—Haz lo que te parezca.

Sin añadir más, doña Leonor se echó un pañuelo encima y salió de la casa. Y entonces fue como si el tiempo cambiase de repente. De oscuro se hizo luminoso y, en aquella casa de una sola habitación, se formó en un instante una luz clara, casi blanca.

—Estoy aquí abajo.

Margarida miró a su alrededor, y luego se llevó una mano a los ojos para resguardarlos de aquella claridad que venía de abajo.

—Tienes que bajar tú.

Y entonces Margarida entendió que toda aquella luz venía del rostro alegre de Julieta, que la miraba y reía.

—¿Lo ves? —le dijo—. No puedo andar. Tienes que sentarte en el suelo.

—Te has encendido como una lamparita —dijo Margarida sentándose junto a ella.

—Sí, pero lo hago solo cuando sale mi madre. Con ella no lo logro.

Y los niños que estaban durmiendo se despertaron todos a la vez y todos juntos fueron hacia Julieta, unos ya andando, otros gateando, a hacerle mimos que no parecían siquiera humanos, porque había quien la mordisqueaba y quien la chupaba hasta hacer ruido con los labios y quien, por el contrario, de aquellos lametones no conseguía despegarse y se quedaba colgando de ella.

—Te quieren mucho —le dijo Margarida.

—También yo los quiero a ellos. Somos como juguetes que se ponen en movimiento cuando ella se marcha. Es decir, revivimos. ¿Sabes?, incluso los enfermos, se curan hasta que vuelve ella.

—Y ¿por qué?

—No lo sé. Pero no quiero decírselo. Tengo miedo de que le siente mal. Creo que no se adapta a los niños, y los niños, cuando no quieren saber de algo, bueno, no hay manera. De todas formas, ella no está casi nunca. De los niños me suelo ocupar yo sola.

—¿Y ella adónde va?

—No lo sé, no se lo he preguntado. Hará un poco de compra, irá a la iglesia a rezar. Pero tarda mucho; muchísimo. Estar encerrada aquí no le gusta.

—¿Y a ti?

—A mí, sí.

—¿Y no te disgusta no poder andar?

—¿Y cambiaría algo si me disgustase? ¿Has visto mis piernas? Mira qué ridículas, comienzan casi normales y luego se hacen finas finas. Tarde o temprano se derretirán como las velas con el fuego y dejaré de tenerlas. Pero sé hacer de todo, ¿sabes? Igual que una persona normal.

—¿Te las arreglas para andar detrás de todos estos niños?

—Si lo hacen las gatas sin brazos, lo puedo hacer yo sin piernas. Mira.

Y, arrastrándose por el suelo, Julieta iba detrás de cada niño, lo agarraba con los dientes por el cuello y lo dejaba donde quería. Luego se ponía de lado y, con una sola mano, le cambiaba los pañales si estaban sucios.

—¿Has visto? Lo importante es tenerlo todo al alcance de la boca, en fin, al alcance de alguien como yo. Puedo cocinar, lavar la ropa, plancharla. Soy yo la que lo hace todo aquí. Barro el suelo, quito el polvo. No es que tenga mucho tiempo para limpiar. Los niños dan mucho trabajo, ¿sabes? Y además quieren jugar. Bueno, jugar me gusta mucho también a mí. Qué niña más guapa tienes. ¿Me la dejas tener un poco en brazos?

—Claro.

—No tengas miedo. Para empezar, no la dejo caer, y además, conmigo, aunque se caiga, no se hace nada. ¡Qué bonita es! ¿Cómo se llama?

—Maria do Ceu.

—Que Dios la bendiga.

Boca arriba en el suelo, Julieta sostenía a Maria do Ceu contra el pecho mientras todos los demás niños se le habían acurrucado al lado, algunos durmiendo, algunos tirándole de un faldón con los dientes, porque así veían qué hacía ella con ellos y la imitaban. Mirando aquella masa informe de brazos y piernas que se le movían alrededor, Margarida se conmovió.

—Doña Ofelia no es mala —dijo de repente.

—Lo sé —respondió Julieta—. No hagas caso de lo que dice mi madre. Ella es así, no le gusta nunca nadie. Yo solo la vi el día de la boda. Intenté sonreírle, pero ella no me veía. Estaba un poco triste, pobrecilla.

—¿Y tu hermano, el señor Manuel?

—También él es bueno.

—¿Lo ves a menudo?

—No, no lo veo nunca. A él no le gusta ya verme. Me vio demasiado antes de casarse, quiero decir, cuando vivíamos todos juntos.

—¿En esta casa?

—No, en otra más grande. Pero luego el dueño la quiso recuperar, justo después de la boda de Manuel, y nosotras tuvimos que buscar esta casa más pequeña, porque no teníamos ya dinero para pagar una grande. Manuel se había casado y se quedaba su dinero. Es justo, ¿no?

—No lo sé. Pero ¿por qué no iba a querer verte ya?

—Porque no ando.

—Entonces, no es bueno.

—Es bueno, es bueno. Ahora me tengo que ir a cocinar.

—Y yo a buscar trabajo.

—Estupendo.

Margarida se dirigió a la puerta con la niña en brazos. Julieta la acompañó arrastrándose junto a ella y, mirándola todo el tiempo desde abajo, la iluminaba con su hermosa sonrisa. Tenía las piernas que, con aquella luz, parecían los tentáculos transparentes de una medusa, y parecía que su cuerpo terminase así, en un fundido que, si se miraba mucho, desaparecía del todo. Los niños la seguían, como pajes tras la cola de una novia. Llevaba una especie de camisón manchado en las rodillas y el pecho, también tenía las manos muy sucias. En la puerta, Margarida sintió un apretón en el vientre, algo que le inspiraba piedad y la asqueaba. Pensó en cuántos ratones, de noche, debían correr de una parte a otra de aquella casa.

Julieta cerró la puerta con la frente. Margarida se quedó un momento en la oscuridad total de aquel rellano, luego, despacio, comenzó a bajar la escalera encontrando a cada escalón un poco más de luz.

Se presentó en el taller de planchado de doña Inês diciendo que necesitaba un trabajo, que el doctor Gonçalves le había dicho que se dirigiese a ella, pero que, para ser sincera, a aquel señor ella casi no lo conocía. Mientras le contaba lo sucedido, la niña se despertó y le mostró a las mujeres del taller de planchado aquel color indefinible de sus ojos, y todas se pusieron a escuchar y se conmovieron aun cuando las palabras de Margarida eran concisas y se limitaban solo a los hechos. Doña Inês asentía con la cabeza, y las chicas se fueron pasando a Maria do Ceu de una a otra para que no llorase de hambre. Pero, cuando los gritos de la niña se hicieron más fuertes que las canciones que todas le entonaban, doña Inês dijo a Margarida:

—Ahora siéntate aquí y amamanta a tu niña. Luego, si quieres, puedes planchar un par de camisas para que veamos cómo te las arreglas.

Y Margarida hizo lo que le dijo, amamantó a la niña, la hizo dormitar y luego planchó y almidonó dos camisas.

—Eres buena —le dijo doña Inês—. ¿Sabes?, son las camisas del doctor Gonçalves, que es un hombre buenísimo, pero también un cliente muy

exigente. Ahora sigue, continúa planchando, que visto que el oficio lo conoces es una pena que esperes a mañana para comenzar, ¿verdad?

—No sé cómo agradecérselo —respondió Margarida—. Hoy debe de ser mi día de suerte.

—Nada de agradecimientos. Aquí trabajo hay mucho y necesitamos de verdad otra planchadora rápida.

Las mozas rieron bajito y Margarida se puso roja de la vergüenza.

—Se lo agradezco igual, doña Inês —dijo en voz baja—. Es usted una mujer de buen corazón. A partir de mañana, verá, no tendré que traerme siquiera a la niña, ya he encontrado con quien dejarla. No se arrepentirá de confiar en mí, porque me gusta esforzarme y nunca me echo atrás ante el trabajo.

—Bueno, mejor así —respondió doña Inês—. Y ahora vamos a descansar que es hora de comer. Aquí cada una se trae la comida de casa, pero, como hoy no tienes nada, todas te daremos algo en señal de bienvenida.

Cerraron la puerta de la tienda, libraron una parte de una gran mesa de madera en la que había ropa para planchar y se sentaron ante un plato de menestra en el que cortaron grandes rebanadas de *broa*. Por primera vez desde que se había ido Carlos, Margarida no se sintió sola. Entre las paredes calientes de aquella lavandería, tenía la sensación de estar en familia.

Trabajó toda la tarde sin sentir el cansancio, todo el tiempo hablando y bromeando con las otras muchachas, alguna vez también entonando canciones de amor que, por las palabras apasionadas, quebraban un poco las voces. Y, sin embargo, quién sabe por qué, parecía que todos aquellos lamentos amorosos llenasen los corazones de grandísimas esperanzas. Durante aquellos coros, no siempre entonados, cada poco había quien dejaba de cantar para dar un largo suspiro, volver los ojos al techo color ceniza oscuro y dejarse llevar lejos, donde las palabras de la canción tomaban el aspecto de alguno, el color de sus ojos, el sabor caliente de besos dados aprisa pero que el tiempo no había borrado. Cuando cantaban, los amores fracasados volvían a la vida y todas eran más guapas, como si en aquel instante y con tanto retraso en la vida, se preparasen para la gran cita que volvía. Margarida, en aquel momento, sintió a Carlos en el corazón,

volvió a verlo de nuevo ante ella como la primera vez. «Me haré vieja —pensó— y a Carlos lo recordaré siempre como un muchacho». Le dio risa el pensamiento de que una vieja pudiese suspirar aún por un hombre que la ausencia había congelado en la eterna juventud. Y, mientras cantaba, la invadió un estremecimiento de angustia, que le descendió del cuello hacia abajo, por la espalda, como la carrera de un animal sin patas. Apretó con fuerza la plancha. Si hubiese estado sola, se la habría apoyado en la palma de una mano para que le dejase una marca, algo que, en todo instante, le pudiese recordar que existe la vida, la de verdad.

Aquella noche, cuando cerraron el negocio, doña Inês le preguntó si tenía dinero para la cena. Margarida respondió veloz que sí, pero sin voz, solo con un gesto.

—No me digas mentiras —le dijo doña Inês con una sonrisa—. No hay de qué avergonzarse, no tener dinero no es nada malo. No te lo estoy regalando, te hago un préstamo sobre el próximo sueldo. Si no comes, ¿cómo crees que vas a poder amamantar a la niña? Y, además, mañana no tendrías fuerza para trabajar, yo no contrato a gente que ni siquiera se tiene en pie, ¿qué te crees?

Margarida se sonrojó y, mientras aceptaba el dinero, miró al suelo.

—Gracias, señora —dijo en voz baja.

—Nada de gracias, es el dinero que te ganarás trabajando. Tienes de verdad un ángel de niña. Ha sido buena todo el día.

—Mañana no la traeré. He encontrado ya donde dejarla.

—¿Es un lugar seguro, donde la cuiden bien?

—Ha sido también el doctor Gonçalves quien me ha dado la dirección.

—Pero ¡este doctor Gonçalves debe de haberse hecho santo! En cualquier caso, escucha, si la niña va a estar bien, mejor para ella, pero si no es así, aquí siempre podrás traerla. No es un lugar saludable para una recién nacida, pero al menos la podrás vigilar.

—Es usted muy buena.

—No soy buena, he sido madre.

Y al decirlo, esta vez fue doña Inês la que bajó la mirada. Luego dio un largo suspiro y miró alrededor.

—Anda, vamos que se hace tarde —dijo volviendo a encontrar la sonrisa. Y dando palmas añadió en voz alta—: ¡Vamos, mozas! ¿Qué pasa? ¿Ninguna tiene ganas de volver a casa hoy? ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!

Por el camino, Margarida pasó por una tienda. Compró pan, leche, huevos, queso fresco y una lata de sardinas. Tenía hambre y se sentía contenta. Las calles se estaban vaciando: tras una jornada de trabajo, todos volvían a casa. El sol había caído y se estaba haciendo de noche, pero el cielo de Lisboa seguía azul, oscuro y azul al mismo tiempo. Margarida respiró hondo aquel buen olor del mar que le llevaba el viento. Se encendían las primeras luces, pronto comenzaría el verano, los días se alargarían. La vida continuaba igual que siempre. Al entrar en casa abrió la ventana y miró el río, que brillaba. Luego amamantó a la niña, la durmió y se preparó algo de comer, que consumió tras ponerse la mesa en el alféizar, sentada de través en una silla de enea, porque la pared le impedía estar recta.

Si no hubiese sido por la niña, aquella noche habría dormido con la ventana abierta, con aquel buen olor de mar que llegaba de repente y luego se iba.

Tendida en la cama, con los ojos abiertos en la oscuridad, pensó que, en la vida, no había nunca razón para ser del todo infeliz. Había encontrado un nuevo trabajo, sabía cómo se las arreglaría con la niña, tenía aún un techo sobre la cabeza, había cenado, estaba fuerte y sana.

Aquella noche, antes de dormirse y tener un sueño aterrador, Margarida, con los ojos abiertos, dijo:

—Carlos, amor mío, veo que en América estás bien y eres elegante. A nuestra hija la he llamado Maria do Ceu y esta mañana la he llevado a retratarla para que tú también puedas verla. Es guapa y buena, y te echo mucho de menos.

«Era de noche y Margarida caminaba campo a través rodeada de extrañas sombras. Cada poco intentaba acercarse a una, pero esta desaparecía o se alejaba. Luego se tumbó y puso una oreja contra el suelo, y así comenzó a oír muchos ruidos y muchas voces que hablaban todas a la

vez. Preguntó: “¿Quiénes sois?”. Pero no obtuvo respuesta y continuó oyendo solo aquel murmullo. Con la oreja aún en el suelo, vio pasar un gato de cuerpo flaco y cabeza muy gorda. “¿Y quiénes quieres que sean? —le dijo el gato—. Son los muertos. Escucha bien, ¿no la reconoces? Está también la voz de tu madre”».

OceanofPDF.com

XIV

No había forma, Ofelia no se quedaba encinta. Lo había hablado hasta con el cura, en confesión. Le había dicho:

—Padre, pero ¿qué mal he hecho yo para que el Señor no me quiera dar un hijo?

El sacerdote, que la conocía desde niña, intentó explicarle con paciencia las complicadas sendas del destino. Le dijo que mal no había hecho, desde luego, ninguno, y que Dios, allá arriba, sabía siempre lo que se hacía, aun cuando no nos lo pudiese hacer entender. Pero Ofelia insistía, no se resignaba.

—Padre —le dijo—, el mundo está lleno de mujerzuelas capaces de cualquier cosa, y a mi marido es justo ese el género de mujer que le gusta. Si no llega a morirse…

—Calla, hija mía, por lo que más quieras.

—Pero, no, padre, digamos más bien que, a veces, Dios ve y provee de verdad.

—No blasfemes, Ofelia. Tú, por el alma de esa pobrecilla, debes rezar y punto.

—Por el alma de esa pobrecilla he hecho ya mucho. He sido incluso demasiado buena.

—Nunca somos bastante buenos. Dios nos recompensará solo cuando lo entendamos de verdad. Juzgar es presunción. Acuérdate de Cristo.

—No me olvido nunca de él, ni de Nuestra Señora ni de todos los santos. Cuando esa murió, fui a Fátima a rezar.

—No, Ofelia, fuiste a Fátima a dar gracias.

—¡Pero si es usted quien dice que Dios sabe siempre lo que se hace! Y, bueno, yo le he agradecido lo que ha hecho.

—Entonces debes agradecerle también no haberte dado aún un hijo porque, si no lo ha hecho, habrá una razón, y tú la debes aceptar y decir siempre: Señor, hágase Tu voluntad.

De aquellas confesiones Ofelia salía tan furiosa que, a veces, se negaba a rezar las oraciones de penitencia. Se quedaba en la iglesia, sentada en un banco, hablando con Dios a su manera, torturando el rosario que tenía en las manos, sintiendo en la boca un sabor tan amargo que le parecía que fuese a envenenarla. A veces incluso se asombraba de sentir tanto dolor. En el fondo, si había de ser sincera, ella, a aquel hombre, no lo quería. Al principio pudo ser, pero durante poco tiempo. Lo que le quemaba dentro era el desengaño, la rabia, el rencor. Era por eso por lo que tenía siempre todo aquel ácido en el estómago, aquellos malos sabores que le repetían de continuo, incluso cuando no había comido nada. Que la vida le hubiese dado un marido que no le gustaba tanto como había esperado lo podía también aceptar, pero que aquel hombre la traicionase, eso no, era una ofensa demasiado grande porque, para aceptar una ofensa así, hacía falta una gran pasión, no aquella miseria.

Casi no salía ya de casa, para hacer la compra no llegaba ni a la tienda de sus padres, que le parecía demasiado lejos para su profundísimo cansancio. Compraba frente a su casa, en las tiendas donde solo tenía que cruzar la calle, y aun dejándose incluso las pantuflas puestas. ¡Si la hubiese visto su madre!

Cuando aún no se había casado y trabajaba en el negocio familiar, si su madre entraba en la tienda y no la veía enseguida, preguntaba al mozo, siempre con el mismo tono de voz indiferente: «¿Ha visto a la señorita Ofelia?». Si le hubiese respondido que la señorita Ofelia se había ahorcado en la trastienda, su madre habría preguntado: «¿Con o sin guantes y sombrero?». Y, además, ¿cuándo se había visto a una tendera hablar de usted a un mozo? En el barrio se reían todos a sus espaldas. Cuando alguien iba a su tienda a hacer la compra, la gente le preguntaba: «¿Dónde vas a comprar el pan? ¿Donde la condesa?». No, quejarse a su madre habría sido

inútil. Su madre era una boba a la que le habían sorbido el seso los delirios de grandeza.

Algunas noches, tendida en la cama, Ofelia se concentraba y pedía a Dios que la hiciese distinta. Más fea o más guapa no le importaba, lo importante era despertarse y ser otra, y con otra vida. No lo habría considerado un milagro, en absoluto, al contrario, por la mañana Ofelia se sorprendía siempre un poco de que, durante la noche, no hubiese pasado nada, ni siquiera un pequeño cambio. «Estás sordo —le decía cuando se despertaba—, estás sordo y, además, eres malo».

Manuel Ramalhete no pareció sentir la muerte de Tina. Si alguna vez pensaba en ella, suspiraba de alivio. «Una amante enferma es lo peor que puede pasarle a un hombre —se decía cuando la pobrecilla le venía a la cabeza—. Los últimos tiempos, además, Dios mío, no quiero ni recordarlos. ¡Y cuánto dinero tirado a la basura! Bueno, tampoco tantísimo, que al final al médico ni siquiera lo llamaba. ¿Para qué iba a llamarlo si estaba desahuciada? Ah, no, dinero para tirar no hay, y no lo habría ni aunque fuese rico». Suspiraba, pues, de alivio, pero comenzaba a mirar a su alrededor. No es que le faltasen ocasiones. Durante sus viajes de trabajo, Manuel Ramalhete no dejaba que le faltase nunca la compañía de alguna cantante o bailarina. Por la noche tenía la costumbre de cenar siempre donde hubiese, además, algún espectáculo, y al final de la función pedía al camarero que invitase a la señorita en cuestión a tomar algo con él. Conquistarlas para una noche no le resultaba, por lo general, muy complicado. Lo que, sin embargo, comenzaba a echar en falta era una amante fija en Lisboa. Estaba convencido de que un hombre casado sin una doble vida era un miserable. Eran famosas las historias de hombres que, en la misma ciudad, casi en el mismo barrio, tenían dos familias entre las que se dividían por igual. Un hombre se aburre siempre en la misma casa y con la misma mujer. No digamos él, con aquella esposa con la que quién sabe por qué había decidido casarse. Una mujer aburrida, siempre achacosa, atormentada por una acidez de estómago que no la abandonaba un minuto, por continuos dolores de cabeza que la anulaban, dolores de espalda, de piernas, de pies. No había ni un solo día en que no se quejase de algún

dolor, y además suspiraba todo el tiempo, algo que lo ponía de mal humor. Manuel Ramalhete odiaba a los suspiradores, si hubiese sospechado que Ofelia era una, desde luego no se habría casado nunca con ella. Pero las mujeres son individuos misteriosos, capaces de disimular si lo desean, y casi todas lo hacen hasta el matrimonio. Como si aquel sacramento fuese para ellas un destino y para ellos el inicio de la ruina. Nada más casarse con un hombre, comienzan a desguazarlo, a intentar cambiarlo sin conseguirlo nunca. Sí, como si fuese posible cambiar a alguien. Se lo había dicho muchas veces él a Ofelia: «Es una guerra perdida, querida. Es como si me pidieses que fuese rubio. No es posible, tengo el pelo negro. Piensa, más bien, en volver a ser tú la que eras, que tú sí que has cambiado, y mucho».

Pero luego se callaba, porque discutir con aquella mujer tan aburrida también lo deprimía. ¡Al diablo con ella! Siempre terminaba con que ella iba a encerrarse en el dormitorio, donde primero sollozaba gritándole que era un monstruo de falsedad y luego ya nada, solo silencio. No necesitaba verla para saber lo que estaba haciendo: se tomaba uno de aquellos comprimidos suyos contra los dolores y se quedaba tumbada boca arriba en la cama durante horas y horas, muda, mirando el techo y llenándose el alma de saña. Si eso la divertía…, que lo disfrutase.

Él se vestía con cuidado, se perfumaba, e iba en el coche a cenar fuera. Volvía siempre muy tarde, con muchos perfumes adheridos, con una buena cantidad de alcohol en el cuerpo y, desde luego, no se preguntaba si su mujer dormía de verdad o lo estaba fingiendo. No se preocupaba tampoco de entrar sin hacer ruido, de no encender las luces. Hacía igual que si estuviese solo, un soltero que volvía a casa después de una noche de parranda. Una vez ella le hizo notar que, desde que se habían casado, no la había llevado ni una vez a cenar fuera.

—¿A cenar fuera contigo? —le preguntó—. ¿A qué? ¿A aburrirnos también allí?

—Si te aburro tanto, ¿por qué vuelves siempre?

—Porque esta es mi casa.

—Pero también estoy yo aquí dentro.

—¿De verdad? ¿Sabes que a veces ni siquiera me doy cuenta?

—Eres cruel.

—Sincero.

—Solo cuando te viene bien.

—Ya es algo, ¿no? Perdona, pero ser sincero cuando a uno no le viene bien no me parece muy inteligente.

—Siempre hueles a puta.

—Su olor es mejor que el tuyo. De lavarte más a menudo nada, ¿eh, Ofelia? Esa costumbre justo no la queremos perder.

—¡Vete al infierno!

—Trato hecho. Pero prométeme que no te encontraré allí.

De los dos, la única que odiaba era Ofelia, Manuel Ramalhete era más que nada indiferente. Se había arrenpentido, eso sí, sobre todo, por el hecho de que aquella mujer no hubiese sido siquiera capaz de darle un hijo, pero no la odiaba. Estaba allí, formaba parte de la decoración, de la vida cotidiana, la veía y no la veía, como quien no nota ya un mueble que lleva años en casa. Daba por descontado que la arrastraría tras de sí el resto de sus días, pero también que aquella presencia no le molestaría demasiado. Él sabía cómo llevar aquel dominio de la distancia, era un hombre de su época, conocía el juego, sabía cómo matar a alguien en vida, como si apagase a uno u otro con un interruptor.

Aquella mañana Ofelia se sentía mal, se levantó, bebió una taza de café y vomitó. Luego, pasándose una mano por la frente, dijo:

—Creo que tengo fiebre.

—Pues métete en la cama —le respondió él—. Quédate al calor que hoy en casa hace frío.

No sabía explicarse bien por qué, pero aquella vez Ofelia casi se conmovió. Habría querido acercarse a él y decirle que, en el fondo, se podían conceder una tregua, que estando así, en pie de guerra, ninguno de los dos ganaba nada. Cierto, no se querían ya hacía mucho, pero, en el fondo, ¿se habían querido alguna vez de verdad? ¿Y quién podía decirlo ya? La vida da a veces tantas vueltas que al final se lía sin remedio. Podían ser buenos amigos, hacerse de vez en cuando un poco de compañía. También ella podía ser mejor de lo que había llegado a ser. Por ejemplo, podía volver a cocinar, cosa que no había hecho hacía tiempo. Así pues, se le acercó y lo tomó de un brazo.

—Esta noche, ¿qué haces? ¿Vuelves a casa? —le preguntó con amabilidad.

—Sí, ¿por qué?

—¿Te apetecería una buena *caldeirada*?

—¡Ya lo creo! ¿Qué ha pasado? ¿Tenemos algo que celebrar?

—En cierto sentido, sí.

—¿Y qué es?

—Una tregua. ¿Qué dices? ¿La firmamos?

—Bueno, no nos cuesta nada.

—Entonces ve a la plaza y compra buen pescado.

—Pero tengo que ir a trabajar.

—¿Y qué tardas? Vas enseguida, lo traes a casa y luego te vas a trabajar.

—¿Estás segura de que te apetece hacer *caldeirada*? Ni siquiera te encuentras bien.

—Segurísima.

Manuel Ramalhete se vistió aprisa, ni siquiera se afeitó. Se puso una chaqueta de abrigo para protegerse del frío y del viento, se dio dos vueltas a la bufanda en torno al cuello y se dirigió a paso veloz hacia el mercado Dos Sapadores. «Eres un corazón blando, Manuel —pensó mientras caminaba —. Te basta una voz un poco más modulada y te manejan como a una marioneta. Mira, si no, ¡al mercado a comprar pescado!».

Ya, pero ¿qué sabía él del pescado que hace falta para hacer una buena *caldeirada*? Y, sobre todo, ¿cuánto hace falta para dos? Al entrar en el largo pasillo de la plaza, lo golpeó una corriente gélida que se le metió bajo la chaqueta. «Y lo mismo hasta me pongo malo», dijo en voz baja.

Luego miró a su alrededor. Se había olvidado de preguntar a Ofelia a qué puesto ir, había al menos diez y, detrás de cada puesto, había mujeres que gritaban como si las estuviesen despellejando vivas. El suelo estaba mojado y corría peligro de resbalarse, por no hablar del bajo del pantalón, ya todo empapado. A saber cuándo se le iría aquella peste, una buena tela así a remojo en el agua de limpiar pescado, qué asco. Intentaba caminar de puntillas, pero era ridículo. De subirse el pantalón ni hablar y, además, ya era demasiado tarde, intentarlo siquiera era inútil. Tenía que darse prisa y

salir de allí lo antes posible. Se dirigiría a un puesto cualquiera, el que tenía delante en aquel momento, donde había un barreño de metal lleno de pescado sobre el que habían escrito justo la palabra *caldeirada*, lo que necesitaba, así que, sin mirar a quién hablaba, dijo:

—*Caldeirada* para dos.

—¿Para dos con cuánta hambre? —preguntó la voz de una mujer.

—La normal —respondió Manuel Ramalhete.

Al decirlo levantó la cabeza, dejó de mirar la humedad que le subía por el pantalón y vio la cara de la mujer que le dirigía la palabra. Era gorda como un cerdito, con un peinado en lo alto de la cabeza que parecía una tarta, o una torre, y de un rojo tan encendido que no podía ser natural. Y, además, estaba maquillada de cualquier manera, con todo corrido, porque se tocaba la cara todo el tiempo. Pero los ojos, los ojos lo dejaron mudo, cayó dentro de ellos y comenzó a naufragar peor que una barca en un temporal.

—¿Qué pasa, se le ha comido la lengua el gato? —preguntó la mujer poniéndose en jarras.

Pero Manuel Ramalhete, que sabía siempre hablar tan bien, aquella vez, sin entender por qué, no consiguió hacer otra cosa que tragar de forma muy ruidosa, como un pavo, mientras la mujer estallaba en risas de forma chabacana, arrastrando con ella a todas las pescaderas del mercado.

—Entonces, tendré que decidir yo —continuó en voz alta mientras que todos los ojos se posaban sobre un Manuel Ramalhete cada vez más confuso—. Digamos que seiscientos gramos pueden ir bien, siempre que usted para esta noche haya recuperado el sentido y le haya vuelto también el apetito. Aunque mi parecer no cuenta mucho, mi volumen habla por sí mismo.

—Su volumen es perfecto —susurró Manuel Ramalhete con un hilo de voz.

—¿Habéis oído lo que ha dicho el señor? —dijo fuerte la mujer mirando a su alrededor—. Mi volumen es perfecto. El primero que vuelva a meterse conmigo…

—¿Quién se mete con usted? —preguntó Manuel Ramalhete encontrando de nuevo un poco de valor y esbozando una sonrisa embarazosa.

—Todos. Aunque por suerte ha llegado usted, digo, que va a defenderme —continuó con descaro la mujer mientras ponía el pescado en la balanza.

Aunque, más que ponerlo, lo arrojaba con fuerza, salpicando todo alrededor con el agua mezclada de sangre.

—Ahí está, seiscientos gramos bien pesados, le añado también un manojo de cilantro. ¿Cocina usted?

—No, yo no sabría ni por dónde empezar.

—¿Y qué hace falta? Tres o cuatro patatas grandes, una cebolla, un buen pimiento verde cortado en rodajas finas, un tomate maduro, ajo… Pero ¿qué hago diciéndoselo? No es usted quien cocina, ¿no es así?

—Así es.

—Seguro que a su mujer le sale buenísima.

—Es que últimamente ha perdido un poco de mano.

—Pues haga que la vuelva a encontrar. Los maridos así es como se mantienen cerca, ¿no?

—Y dice bien. Imagino que el suyo…

—El mío, que en paz descanse, se lo llevó Nuestro Señor y lo tiene cerca de Él allí arriba. Por lo demás, cuando Su llamada llega, nos guste o no, cerca de Él vamos.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Lo de su marido.

—Déjelo correr. Es la vida. El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—Y usted ¿ha hecho caso del refrán?

—¿Yo? Desde hace tiempo. Era un borracho y encima tenía la mano larga. Un buen día se puso malo y se fue de la noche al día.

Manuel Ramalhete se quedó en silencio mirando aquellos ojos verdes que brillaban de una forma que daba miedo, mientras ella había ya envuelto el pescado y se lo tendía desde detrás del mostrador.

—Sus ojos son como dos esmeraldas —le dijo en voz baja.

—Son quince escudos.

—¿Puedo saber cómo se llama la dueña de esos hermosos ojos? —le susurró estirándose un poco para darle el dinero y agarrar el pescado.

—Maria José —respondió ella, imitando con ironía el tono quedo de su voz—. Zé, para los amigos.

—¿Puedo considerarme su amigo? ¿Me concede ese honor?

—Y un baile si quiere.

—¿Le gusta bailar?

—¿Y me lo pregunta? Mi abuela era española. Gente alegre, ¿sabe?, no como aquí. He salido a ella. —Y al decirlo levantó los brazos y comenzó a moverlos al ritmo de un flamenco imaginado.

—Ya decía yo.

—¿El qué?

—Que era usted extranjera. Tiene el baile en la sangre.

—Extranjera. ¡Qué exageración! Mi abuela era española, pero mi madre nació aquí. En cuanto a mí, figúrese, si ni siquiera he estado nunca en España.

—¿Y le gustaría?

—Claro. ¿Qué va a hacer, llevarme usted?

—No bromee que yo lo hago de verdad, ¿eh? Por trabajo tengo que viajar todo el tiempo.

—Joven, usted corre demasiado con la fantasía. Estábamos hablando de bailar, quedémonos en eso, digo.

—Cuando usted quiera, esta noche mismo.

—¿Y su *caldeirada*? Atienda, se come una buena *caldeirada* y luego a bailar se lleva a su mujer.

—¿A mi mujer? ¿Y quién le ha dicho que tengo mujer?

—Si acaba de decirlo usted, que ha perdido un poco de mano para cocinar.

—No, mire, es que no sabía qué decir. Soy muy tímido, me confundo con facilidad ante una mujer guapa como usted. No, no estoy casado, vivo con mi hermana, que es mayor que yo. Una mujer pía, toda casa e iglesia.

—¡Madre, qué aburrimiento!

—Sí, es bastante aburrida. Pero ¿qué quiere? Se ha quedado soltera, tengo que cuidarla.

—Un buen peso.

—Un gran peso.

—Entonces, la *caldeirada* se la cocina la hermanita.

—Eso es. Así que ¿qué hacemos? ¿Vamos a bailar?

—Y quién lo sabe. Quizá uno de estos días…, ¿por qué no?

—¿Cuándo?

—Ya sabe donde estoy. Usted vuelva y lo hablamos.

—Usted no me conoce. Si me dice eso, vuelvo mañana mismo, y luego pasado mañana, y al otro y aun al otro…

—Por favor, no querrá que me harte tan pronto… ¿Es así?

—No, no, yo no quiero hartarla, ni se me ocurriría.

—Entonces, démonos un poco de tiempo. Y ahora váyase, estamos dando espectáculo desde hace un buen rato. Aquí, en el mercado, hoy ya no hablarán de otra cosa.

—¿Y le importa?

—Que le preparen una buena *caldeirada* y cómala pensando en mí.

—Porque ya ¿en qué otra cosa podría pensar?

Se volvió a casa con aquel paquete de pescado en la mano. Nunca aquel olor le había parecido tan bueno. La *caldeirada* con el pescado de la Zé, tocado por sus manos, mirado por sus ojos. ¡Caramba, qué mujer! Un pedazo de mujer, un palmo más alta que él. Y qué abundancia de hembra. Nunca habría imaginado que se volvería loco por alguien así. Que quedase claro, guapa no era, desde luego, y tampoco era muy joven. Pero ¿qué diantre le estaba pasando? Él estaba acostumbrado a un tipo muy distinto de mujer, cantantes, bailarinas, dependientas. No todas eran de lujo, pero de largo más deseables que aquella pescadera sin clase. Quizá, puliéndola un poco, haciéndole perder algún kilo. Qué va, estaba muy bien así, aquel era su atractivo. Una depravación de hembra con dos ojos verdes que daban miedo de lo dentro que te arrastraban a sus aguas, hacia abajo, al fondo, como en una espiral sin retorno. A cada paso de vuelta a casa, Manuel Ramalhete le hacía una apasionada declaración de amor. «Mi dulce Zé, ángel mío, mi destrucción, belleza mía, gordinflona linda».

Entró en casa devorado por la fiebre, con los ojos brillantes y rojos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ofelia acercándose—. ¿También tú te has puesto malo?

—No lo sé —le respondió como alelado—. He debido de enfriarme.

—Siéntate aquí, que te preparo un café bien caliente. También un poco de leche, ¿eh? Y mejor hoy no vas a trabajar, te quedas en casa. Nos metemos en la cama los dos.

—¿En la cama? ¡Por favor! Hoy no te imaginas siquiera qué jornada me espera. ¿Y quién se puede permitir quedarse en casa?

—Pero tienes muy mala cara, Manuel. Tengo miedo de que, si sales con todo este frío, acabes por enfermar.

—¡Ni en sueños! Ahora me haces un buen café fuerte, me preparas, además, alguna rebanada de pan con un poco de mantequilla, y verás que me quedo como nuevo.

—Trabajas demasiado.

—Lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Cada uno es como es.

—Mira que donde trabajas, si enfermas, no te van a poner un monumento. Te explotan, Manuel. Ellos te explotan y se hacen ricos con tu trabajo.

—Pero mira qué sindicalista se me ha vuelto esta mujer. Ten cuidado, ¿sabes?, no te vaya a oír nadie decir esas cosas.

Aquella noche, cuando volvió a casa, Manuel Ramalhete olió el aroma de la *caldeirada* desde las escaleras. Levantó la nariz para olfatear el aroma, se quitó la chaqueta y el sombrero, y aún con la bufanda al cuello entró en la sala, donde su mujer lo esperaba sentada en el sofá.

—Está lista —le dijo con tono alegre—. He comprado también una botella de vino tinto.

—¿Te has puesto a cocinar?

—Te lo había prometido, ¿no?

—No hacía falta, ni siquiera te sentías bien.

—Pero estoy mucho mejor. Venga, lávate las manos y vamos a sentarnos.

Mientras estaba en el baño, oyó que Ofelia abría la botella de vino. Se enjuagó la cara con agua fría, se pasó el peine mojado por el escaso pelo y se sintió muy triste.

—Tendría que haberte comprado flores —dijo sentándose a la mesa.

—¿Por qué? Desde que nos casamos no lo has hecho nunca.

—Bueno, hoy tendría que haberlo hecho.

Miró a su alrededor sin reconocer casi la casa. Estaba, además, tratando con dulzura a aquella pobre mujer que era su esposa. A decir verdad, le costaba incluso reconocerse. Muy mala señal aquel repentino ablandarse, señal de un principio de desapego aún más definitivo. Si creaba aquella ilusión, era solo para tener más facilidad de movimiento. «Tranquilo, Manuel —pensó respirando hondo—, tienes el premio en la mano».

Se llevó una cucharada de *caldeirada* a los labios y se le humedecieron los ojos. Ofelia le agarró rápida una mano.

—Pero ¿qué sucede? —le preguntó aprensiva.

—Nada —respondió Manuel Ramalhete—. Me siento raro, siempre muy incumplidor.

—No hables difícil, Manuel. ¿Qué quiere decir *incumplidor*?

—Que no hago lo que debería hacer.

—¿Y qué deberías hacer?

—Estar más contigo, darte un poco de afecto. Me he equivocado en todo, Ofelia. Lo he echado todo a perder.

—No has echado a perder nada de nada. Aún no estamos muertos. Y, además, debo de haberme equivocado en algo también yo. No nos equivocamos nunca solos.

—Siempre generosa, mi buena Ofelia.

—Manuel, puede que todo tu resentimiento haya nacido del gran deseo de tener un hijo. Y yo, si supieses cuánto me disgusta, no he sido capaz de dártelo.

—Quién sabe, puede que sea eso.

—Pero no tenemos por qué perder la esperanza. Tampoco somos aún tan viejos.

—No, es verdad. Pero…

—No seas pesimista. Por una vez, vamos a probar a mirar adelante sin preguntarnos lo que vamos a ver. Esperemos y sigamos adelante.

—Se me ha pasado un poco el hambre.

—También a mí. Pero es que hoy no nos sentimos bien ninguno de los dos.

—¿Crees que se conservará hasta mañana?

—Claro. ¡Con este frío! Le pongo una tapadera y mañana la recalentamos.

—No te ofendes, ¿verdad? Estaba buenísima.

—Te has equivocado de tiempo, Manuel. Hoy está buenísima, y mañana seguirá estándolo.

Quitaron la mesa juntos, Ofelia lavó los platos y el marido le hizo compañía en la cocina, sentado en una silla, intentando entender cómo se cruzan y se confunden las vidas. Se lo preguntaba mirando la silueta de su mujer al contraluz, con la oscuridad de la noche tras la ventana y la débil luz eléctrica que descendía del techo, de una bombilla desnuda recubierta del polvo grasiento que se había depositado capa a capa sobre la humedad de las exhalaciones de los fogones. Comenzaba a tener alguna cana su Ofelia, con la que se había casado quién sabe por qué razón que ya había olvidado. Y, sin embargo, en ese momento se lo preguntaba, sentía aún un vago afecto por aquella pobrecilla, algo que quizá se parecía más a la conmiseración, pero que no dejaba de ser un vínculo. La idea, más que angustiarlo, le supuso un gran alivio. Aquel deber, aquel protocolo de marido, lo llevaría adelante hasta el final. Sería su sacrificio, su gesto caballeresco, la paz de su conciencia, la pieza que quitar y volver a poner todo el tiempo en su lugar, la adecuada. Hiciese lo que hiciese en la vida, continuaría manteniendo su pacto, para bien y para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, como habían dicho ante el altar.

—Ofelia, tú siempre serás mi mujer —le dijo mientras ella secaba los platos.

—Lo sé —le respondió colgando el paño de un gancho—. Si no fuese así, sería también culpa mía.

—¿Qué quieres decir?

—Que una mujer, con el marido se queda siempre, vayan como vayan las cosas. Y, si no es capaz, quiere decir que, como mujer, no vale nada.

Aquella noche, después de mucho tiempo, Manuel Ramalhete poseyó a su mujer, aprisa. Se ayudó pensando en los ojos verdes de la Zé, en su cabellera rojo fuego, en toda su abundancia. Justo después, boca arriba sobre la cama, levantó el brazo izquierdo y acogió a Ofelia en un abrazo

discreto, dejando que ella le acercase la cabeza al pecho. Estaba a punto de darle un beso en el cabello para desearle buenas noches, pero, como por el olor supo que no se lavaba desde hacía bastante tiempo, levantó un poco la cabeza y la besó en la frente. Luego, en la oscuridad de la habitación, cerró los ojos y se quedó dormido.

—¿Ves? —le dijo Ofelia en voz baja—, podemos también querernos un poco.

Pero él, ya en el sueño, solo respiró más fuerte, casi gruñó. Y ella se quedó inmóvil a su lado rezando sus oraciones, pidiendo a Dios que aquella noche le trajese también el fruto de un hijo que cambiase, por fin, aquellas vidas suyas. Aunque no fue rezando como Ofelia se quedó dormida; aquella vez, a diferencia de todas las demás, Ofelia se dejó llevar por muchas fantasías, fue mucho más allá en el tiempo y dio a aquel paseo irreal tantos colores bonitos que, al final, en la oscuridad de la habitación, sintió que estaba hasta sonriendo. Cuando no supo ya si soñaba o si seguía aún despierta, alargó una mano para buscar la caja de Dolviran, pero al final no hizo nada.

Manuel Ramalhete dejó pasar solo una semana. Luego, una mañana llena de sol, con una temperatura que, de repente, había calentado el aire, aparcó el coche en la praça de Graça y se dirigió a pie al mercado Dos Sapadores. Debía de ser ya la hora de cerrar cuando subió la escalinata y se sentó en un banco que estaba justo a la entrada del mercado cubierto. No pensó siquiera en entrar, no tenía ninguna gana de mojarse el bajo de aquel pantalón color crema que había combinado con una bonita chaqueta verde oliva. Prefirió quedarse allí al sol, con el panamá en la mano, el cigarrillo encendido entre los labios.

Cuando la vio salir, se quedó perplejo. Era una ridícula montaña de mujer, con una melena que parecía arderle sobre la cabeza, vestida con andrajos, como todas las mujeres de su oficio, y avanzaba con paso cansado, con dos capazos pesados en las manos. Pero, cuanto más se acercaba, más sentía Manuel Ramalhete que el milagro de aquella visión volvía a presentarse intacto, que dentro del pecho el corazón le enloquecía sacudiéndose de un lado a otro para encontrar espacio, que la ingle se le

inflamaba y las pantorrillas se le tensaban de forma dolorosa. Ella no lo había visto, caminaba con la cabeza baja por el cansancio, seguida por un perro vagabundo que a ratos encontraba el valor de acercarse a husmear el contenido de las bolsas. Entonces ella pateaba con fuerza el suelo y el otro se alejaba asustado, con el rabo entre las patas, para luego volver a intentarlo guiado solo por el delirio del olfato. Viendo que ya estaba cerca, Manuel Ramalhete la saludó haciendo ademán de quitarse el sombrero.

—¡Usted! —dijo Zé abriéndose en una sonrisa que a él le dolió en el corazón—. No lo había reconocido.

—Eso quiere decir que ya me había olvidado.

—¿Cómo podría? No es que vengan todos los días señores tan amables y elegantes. Ojalá hubiese más señores como usted.

—Entonces, si no me ha olvidado, quiere decir que me estaba esperando.

—Mire, buen señor mío, mi buen…

—Manuel, Manuel Ramalhete.

—Mire, mi buen Manuel, yo, por costumbre, no espero nunca a nadie.

—Bien, no me reconoce, no me espera, no se pregunta nada de mí, no…

—No es cierto. Una cosa sí que me he preguntado estos días.

—¿Qué cosa?

—Si le había gustado mi *caldeirada*.

—Usted misma lo ha dicho. Era suya, ¿cómo podía no gustarme?

—Era mía, pero ha estado en manos de su hermana.

—Ha estado a la altura. Y, ahora que sabe lo que quería saber, ¿qué hacemos? ¿Me despide?

—Estoy impresentable, Manuel.

—No es verdad. Está guapísima. He venido en coche, puedo llevarla donde quiera.

—¿Tiene usted coche? Tenía que haberlo imaginado. ¡Jesús!, un coche. ¿Sabe que nunca he subido en uno?

—Entonces, venga. Podemos ir a comer fuera.

—¿Así? ¿Quiere que le deje en el coche toda esta peste a pescado?

—¿Pero qué peste a pescado? Yo no huelo nada.

—En vez de llevarme a comer, lléveme a cenar. Son solo unas horas, ¿qué le cambia?

—Dígame dónde y a qué hora debo ir a buscarla.

—Rua dos Corvos, número 3.

—¿A qué hora?

—La hora decídala usted.

—A las ocho.

Y sin más respuesta comenzó a bajar la escalinata del mercado, seguida aún por el perro callejero que ahuyentaba golpeando los pies contra el suelo, dando vueltas a los pesados capazos que llevaba en las manos, mientras el viento y el sol se colaban en su pelo, que parecía arder. Siguió mirándola hasta que la vio desaparecer y enseguida comenzó a suspirar por ella como algo que se ha tenido solo de pasada y que, en el estómago, deja una gran languidez. «Con esta no puedo andarme con sutilezas», pensó mordiéndose el interior de una mejilla mientras con el pie derecho apagaba el cigarrillo. Y, casi sin fuerza, comenzó también él a bajar las escaleras besado por el mismo sol.

—Tengo una cena de trabajo —le dijo a Ofelia desvistiéndose y tirando la ropa sobre la cama—. Tengo justo el tiempo de darme un baño y volver a salir.

Ofelia, en aquellos días, era más paciente. Después del breve amago de acercamiento del marido, pensó que tenía que darle otra oportunidad, que los errores no los había cometido solo una parte. Había hablado de nuevo con el sacerdote, que le había recordado cuáles eran los deberes de una buena esposa, y ella había probado a darle la razón. Cierto, sumisa no había sido nunca, y ni siquiera había intentado complacer un poco a aquel hombre al que había desposado ante Dios.

«Si le gustan las mujeres limpias, lávate un poco más —le había dicho el cura—. No hay nada de malo en la limpieza, a no ser que sea exagerada. El exceso de cuidado es vanidad, la falta, poco respeto por uno mismo. Quien no se respeta a sí mismo no sabe respetar tampoco a los otros, y eso Nuestro Señor no lo quiere. Ofelia, eres aún joven, recuerda que, mientras puedas procrear, la unión de los cuerpos no es pecado. Un día, quién sabe,

quizá Nuestro Señor te conceda la gracia de convertirte en madre. Reza, Ofelia, a Dios para que te guíe por el buen camino durante este breve paso por la tierra que te ha regalado».

Entonces Ofelia se había arrodillado ante la imagen de Nossa Senhora das Dores, había rezado sus buenas tres veces el rosario y había pedido perdón a Dios, a la Virgen y a todos los santos por su exceso de orgullo. Luego había encendido una vela por su alma, una por el alma de su marido y otra por la de la pobre Tina, muerta de tuberculosis y en pecado.

Mientras Manuel Ramalhete se bañaba, Ofelia le planchaba una camisa. Habría querido preguntarle a su marido de qué cena de trabajo se trataba, si, por casualidad, alguna vez, a las cenas de trabajo no podían ir también las esposas. Pero luego pensó que el sacerdote no lo habría aprobado, que la vida de un hombre es distinta de la de una mujer, que los hombres son libres y las mujeres no, que así lo ha querido Dios, Nuestro Señor, y que, si lo ha querido Él, es porque debe ser así. Así que tragó dos Dolviran con medio vaso de vino e intentó mostrarse alegre. Manuel Ramalhete ni siquiera se dio cuenta de aquel esfuerzo de buena voluntad, tenía la cabeza demasiado lejos para hacer caso a los dolores de la mujer. Le agradeció que le hubiese planchado la camisa, aunque después quiso repasarla él mismo explicándole por enésima vez que, visto que las vendía, de camisas entendía bastante y que, para plancharlas bien, había que comenzar por el cuello, pasar a los puños, las mangas, la espalda y terminar por la pechera. Ofelia le dijo que lo había hecho justo así, y entonces él, riendo, le contestó:

—Hace falta alma, hermosa mía, también la tela la siente. ¡Mira lo bien que me responden cuando las plancho yo!

Ofelia se fue entonces al dormitorio a bordar una funda de almohada. Desde hacía unos días, intentaba repetirse que todo iba bien, que aquella era la vida de casi todo el mundo, la vida cotidiana, cada uno con su destino ya confeccionado, un poco como la ropa que vendía su marido. Distraída, se pinchó un dedo, y lo estrujó hasta hacer salir la sangre. Vio la gota que salía redonda de la herida y la chupó.

—Me voy —dijo Manuel Ramalhete asomándose por la puerta del dormitorio.

—¿Volverás tarde? —le preguntó ella.

—¿Qué quieres que te diga? El tiempo que dure esta lata. Sabes cómo son estas cosas. Uno sabe cuándo empiezan…

—Pero nunca cuándo terminan.

—Exacto. Pero tú cena, ¿eh? No vaya a ser que, como no estoy yo, no comas casi nada. Y, cuando tengas sueño, vete a dormir, no me esperes.

Ofelia apoyó la funda de almohada en las rodillas y le sonrió.

Entonces él se acercó, se inclinó sobre ella apoyando las manos en los brazos del sillón y le dio un beso en la frente.

—Si se me hace tarde, no te preocupes, ¿de acuerdo?

Ofelia dijo que sí con la cabeza y se llevó otra vez el dedo a los labios.

—¿Qué pasa? ¿Te has pinchado?

—Sí, pero es una nadería.

—Pero desinféctalo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pásalo bien.

—Bah, pasarlo bien. No exageremos…

Le oyó cerrar la puerta y luego lo vio en la calle, dirigiéndose al coche. Oyó el encendido del motor, el coche que se marchaba, intentó oírlo mientras pudo. Después, dejó la funda de almohada en la cesta de labores y se dirigió al baño. La bañera estaba aún llena. Mirándose al espejo, se desnudó despacio, dejando la ropa en el lavamanos, una prenda tras otra. Cuando estuvo desnuda, cerró por instinto los ojos, aunque en el espejo no podía verse nada más que la cara. Luego respiró hondo y, aún con los ojos cerrados, se metió en el agua sucia del marido.

Manuel Ramalhete aparcó ante el número 3 de la rua dos Corvos y tocó la bocina. A la ventana del segundo piso se asomó una cabellera de fuego, una grandísima sonrisa y dos enormes ojos color esmeralda.

—Voy —dijo en voz baja.

Manuel Ramalhete le respondió enviándole un beso con la punta de los dedos, bajó del coche dejando la puerta abierta, apoyó un pie en el guardabarros y se encendió un cigarrillo. Aspiró una calada profunda, la tragó hasta los pulmones y la dejó salir despacio, dosificándola con paciencia. Miró a su alrededor complacido, como si todos hubiesen entendido ya la razón de su presencia.

Una sonrisa vagamente bobalicona se le había dibujado en los labios cuando del portal azul salió una mujer inmensa con un vestido ceñido, de punto verde encendido, y un pañuelo negro por los hombros. Es probable que no hubiese visto nada más ridículo en su vida, si hubiese conseguido aislar aquella imagen de su contexto, habría soltado una buena carcajada. Pero, no pudiendo hacerlo, quedó por el contrario arrollado, y el humo que tenía en la garganta se le atravesó, dejándolo sin respiración, como un pez atrapado por un anzuelo.

—Buenas noches —le dijo Maria José tendiéndole una mano llena de anillos falsos para que la besase—. Es usted muy puntual.

—Siempre —respondió Manuel Ramalhete, deglutiendo una de las emociones más fuertes que había sentido nunca.

—¿Ese siempre significa con todas?

—No.

—¿No?

—No.

—Bien. ¿Dónde me va a llevar?

—He reservado una mesa en Maritima de Xabregas, ¿lo conoce?

—Es mi restaurante favorito.

Mientras el coche se llenaba de un perfume fuerte y vulgar, dulce hasta la náusea, que lo aturdió al punto de hacerle casi perder la vista, Manuel Ramalhete arrancó y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—¿Va todo bien? —le preguntó Maria José acariciándole un hombro.

—Magníficamente —respondió él metiendo primera.

Manuel Ramalhete no sabría decir de qué hablaron en el restaurante, al comienzo de aquella cena. No lo recuerda. Sabe solo que fue todo distinto de cualquier otra historia. No es que él fuese un hombre de cultura, muy al contrario, pero algo aquí y allá, lo justo para causar buena impresión, se le había pegado y lo sacaba en el momento preciso. El título de un libro nunca leído pero que sabía de qué hablaba, un cuadro visto por casualidad en una postal, una canción italiana, el dueto de amor de una ópera lírica, alguna fecha histórica, en resumen, lo que hacía falta para lucirse. También aquella noche había probado a hablar un par de veces, pero cada intento había caído en un vacío tan grande que se había perdido en el silencio. Maria José tenía

buen saque, comía en abundancia y comentaba cada bocado con vergonzosos gemidos de placer. Y comía de forma muy obscena, a menudo usando las manos que, de vez en cuando, se relamía dedo por dedo. Él no era un gran comedor y aquella noche, además, había perdido el apetito casi por completo. Estaba allí lánguido, ante aquella montaña de mujer que parecía hecha de mantequilla de colores. Habría querido hablarle de aquel famoso escultor del pasado que hacía estatuas de mantequilla, pero luego, a fuerza de mirarla, lo había olvidado.

—¿Qué pasa? ¿No tiene hambre? —le preguntó Maria José sirviéndole vino.

—No como nunca mucho —respondió Manuel Ramalhete—. Esta noche, además…

—¿Qué tiene? ¿No le gusta el bacalao?

—Por favor, es el mejor de toda Lisboa, es que esta noche…

—Es que esta noche tiene otras cosas en qué pensar, digo.

—Sí, y dice bien, en algo muy distinto.

—Y, antes de pensar en eso tan distinto, ¿no puede alimentarse un poquito? No se ofenda, ¿eh? Pero yo, a decir verdad, de los hombres que comen poco no me fío mucho.

—Pero yo como, como.

—Ha dicho que no come nunca mucho.

—Como lo justo.

—No, lo justo no me gusta. ¿Para qué sirve lo justo? ¿Vivimos acaso para hacer lo justo? Mire, un hombre que come lo justo es peor que uno que come poco, de un hombre así me fío aún menos.

—Y ¿qué tengo que hacer?

—Comer, beber, dejarse llevar. No me habrá invitado, acaso, para que lo haga todo yo sola, ¿no?

Y diciendo eso, con su tenedor, tomó un buen pedazo de bacalao del plato de Manuel Ramalhete, lo hizo girar un poco en el aire como se hace para dar de comer a los niños y luego, por sorpresa, se lo metió en la boca ella y se echó a reír.

—Creo que me he enamorado perdidamente de usted —le dijo Manuel Ramalhete a quemarropa.

—Ya sabemos —respondió Maria José—. Los hombres dicen siempre eso al principio. No, déjeme continuar. No estoy bromeando, es cierto. Ustedes los hombres se pierden enseguida al comienzo, nosotras las mujeres necesitamos más tiempo, ustedes, sin embargo, con el tiempo se desmoronan y nosotras, por el contrario, tendemos a construir. Mire, piénselo bien, pruebe a volver atrás, llegue hasta el comienzo de todas sus historias anteriores. ¿Recuerda cómo empezaron? Al principio, fue usted siempre el que suspiraba, el que no comía y no dormía. La mujer, en cambio, al comienzo era la que sonreía. ¡Eh!, quién sabe a cuántas ha hecho llorar con esa cantinela de estar perdidamente enamorado. ¿Sabe?, además de los hombres que comen poco o que comen lo justo, no me fío tampoco de los que se enamoran enseguida perdidamente.

—Zé, me está destrozando.

—Ah, querido Manuel, veremos cómo termina. Las cuentas, como en las batallas y las guerras, se hacen siempre al final.

Tras haber comido un arroz dulce cubierto de canela, Manuel Ramalhete pagó la cuenta y comenzó a mirar el reloj. Seguro que Ofelia no se había ido a dormir aún. ¿Cuánto podía durar una cena de trabajo? Se la imaginaba ya, sola y atormentada, con todos aquellos dolores que decía sentir por todo el cuerpo, que empujaba hacia abajo, dentro de sus silencios. Miró a Maria José y le sonrió.

—¿Qué quiere hacer? —le preguntó con dulzura.

—¿Queremos irnos hacia mi casa?

Regresaron sin decirse una palabra. Manuel Ramalhete conducía y suspiraba, Maria José lo miraba de reojo y sonreía.

—¡Anímese! —le dijo mientras llegaban—. Es todo más sencillo de lo que cree.

Manuel Ramalhete aparcó justo delante del número 3 de la rua dos Corvos, bajó del coche y fue a abrir la puerta a Maria José para ayudarla a bajar tendiéndole la mano como un caballero. Después, se quedó a su lado, esperó a que ella hiciese el primer movimiento. Y ella abrió el bolsito, sacó las llaves de casa y metió una en el portal, que se abrió de par en par tras dos vueltas de la llave. Dejó que ella entrase primero, esperó para ver si se

volvía a despedirse, la vio subir los dos primeros escalones. Luego entró también él, cerró la puerta a su espalda y la siguió.

Era una casa pequeña la de Maria José, una casa que le quedaba estrecha, con un intenso olor a caramelo mezclado con moho. Había dejado la luz encendida y, así, lo primero que apareció fue un jarrón en el que había dos grandes flores artificiales, azules, con los bordes de los pétalos negros. Ella estaba de espaldas, pero él la veía, reflejada en el espejo que colgaba sobre una consola, arreglándose con las manos el pelo de fuego prendido en lo alto de la cabeza como una gran tarta. La abrazó desde atrás. Era al menos un palmo más alta que él y con las manos le apretó los dos grandes senos blandos, en los que sus dedos se hundieron como en mantequilla. Ella se volvió despacio y aquel pecho que él apretaba se lo ofreció sacándolo del vestido en una cascada de carne rosa, en la que a él le pareció casi ahogarse. Luego lo empujó hacia la cama, donde cayeron ambos con un batacazo que atronó en la habitación y, por un momento, se quedaron en silencio, ella debajo y él encima, mirándose aún a los ojos en aquella poca luz. Luego ella cerró los suyos y él la desnudó por completo. Se quedó unos minutos mirándola con la respiración que se le iba acortando, la boca seca y un sudor helado que le bajaba por la espalda, hasta que lo poseyó el furor y comenzó a forcejear sobre aquella montaña de mujer hecha de todos los matices del rosa, y le pareció que dentro de aquel cuerpo se perdería para siempre, caería en los muchos laberintos de aquella carne sin fondo en la que él casi desaparecía. La poseyó consiguiendo dominarla, aunque era inmensa, la hurgó por todas partes haciendo esfuerzos para encontrarla, y ella enloquecía de verdad sin pudor y le decía cosas que no había escuchado nunca en su vida. Hablaron tanto que, al final, se sintieron aturdidos por sus voces y a Manuel Ramalhete le daban casi ganas de llorar porque, aun teniéndola allí, entre sus manos, le sobrecogía el dolor de no haberla tenido antes, cuando en su pasado, ella había delirado insaciable y voraz entre los brazos de otros hombres que habían sido sus dueños como él lo era en aquel momento. Cegado por el placer, Manuel Ramalhete no tomó precauciones, se vació dentro de ella y, luego, no saciado aún, continuó poseyéndola sin llegar a abandonarla. Sentía que aquella mujer, además de la fuerza, le robaba también el seso, sentía que estaba vivo y muerto a la vez. Cuando se

dejó caer junto a ella, como quien de la vida se marcha directo al infierno, era casi de día. El corazón le latía fuerte en el pecho, no sentía ya nada más, ni siquiera la fuerza de los pensamientos, solo el corazón, como si hubiese quedado reducido solo a él. Cuando se dio cuenta de que clareaba, se irguió de golpe acordándose de Ofelia. Maria José, desnuda y desmadejada, dormía con la respiración pesada de una ogresa. Manuel Ramalhete se puso en pie con esfuerzo y sintió que le temblaban las piernas, que un repentino mareo había puesto toda la habitación en movimiento. Se agarró a una silla y, siempre sosteniéndose en algo, como quien vuelve a caminar tras una larga convalecencia, recuperó su ropa y, a duras penas, comenzó a vestirse. Ella se despertó cuando él estaba ya listo para salir.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—Es tarde, vuelvo a casa —le respondió él asustado.

—Puedes dormir aquí.

—No, es mejor que me vaya. Mi hermana…

—Tu hermana… Manuel, que estás casado lo supe ya el primer día que te vi. Lo llevas escrito en la cara.

Y, sin preocuparse más por él, le volvió la espalda para hundirse de nuevo en un sueño pesado, que dejaba espacio solo para una respiración casi ahogada. Manuel Ramalhete se quedó un momento inmóvil en el centro de aquel cuartito, luego miró una vez más a aquella mujer tan monstruosa como cautivadora que dormía sin más pensamientos. Un cuerpo enorme, gigantesco y abandonado sobre una cama a la que le costaba contenerla, la mujer más obscena que hubiese visto nunca. Respiró dos veces hondo, dejó que el aire bajase hasta los pulmones con toda la fuerza que le quedaba y luego lo echó como para hacer salir una maldición.

Llegó a casa sin saber cómo. Abrió la puerta despacio y se dio cuenta de que la luz del día había ya devuelto a cada mueble sus contornos. Ofelia, llorando, estaba sentada a la mesa de comedor.

—Pero ¿dónde has estado? —le dijo descompuesta, sin siquiera la fuerza de acercarse a él—. Pensaba que habías muerto.

La historia entre Manuel Ramalhete y Maria José duraba ya cuatro meses cuando Ofelia, una tarde, oyó que llamaban a la puerta. Estaba en la

cocina cortando verduras para preparar la crema de verduras que tanto gustaba a su marido. «No hay nada mejor que una buena *sopa* —decía siempre cuando, al volver a casa, olía el aroma—, mientras sea abundante. De lo contrario, uno se queda con ganas». Y Ofelia preparaba siempre mucha, que luego quedaba también para el día siguiente, cuando recalentada estaba aún mejor. Empezaba a prepararla a primera hora de la tarde, porque hacerla como ella decía llevaba su tiempo: había que lavar primero las verduras y luego picarlas, no importaba que luego fuese a batirlas, ella las cortaba finitas finitas también con el cuchillo, porque estaba convencida de que, así, soltaban mejor su sabor, y luego estaban los garbanzos que había puesto a remojo el día anterior y que cocía aparte durante más de una hora antes de pelarlos uno a uno, convencida como estaba de que así pasaban mejor por el intestino delicado de su marido. Cuando oyó llamar a la puerta, estaba cortando la calabaza. Se secó las manos en el trapo colgado junto al fregadero, pasó a la sala, se paró ante el espejo para prenderse un mechón que le caía desordenado sobre una mejilla y abrió la puerta sin pensar.

—Seguramente no sabe usted quién soy —dijo la mujer que encontró ante ella.

—Pues claro que sé quién es. Tiene un puesto de pescado en el mercado Dos Sapadores —respondió Ofelia con amabilidad—, pero no soy su clienta.

—Si estoy aquí, es porque me gustan las cosas claras, no para convencerla de que me compre. No sé si me explico.

—No, no se explica en absoluto.

—Enseguida me explico mejor. Soy la amante de tu marido y es mejor que renuncies a él porque, total, para ti no hay esperanza. Déjalo marchar sin muchas historias. Es mi hombre, y yo no soy de las que se contenta con estar a medio servicio. ¿Qué dices? ¿Me he explicado bien?

—No se quede en la puerta. Pase.

—Yo, en tu casa, no pongo un pie —dijo Maria José comenzando a levantar la voz—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de los vecinos? Son tus vecinos, a mí qué quieres que me importen, es más, hasta me gustará que lo sepan —añadió acercándose al ojo de la escalera para hacerse oír mejor.

—Pues entonces váyase enseguida —dijo Ofelia haciendo un esfuerzo para no gritarle—. Desaparezca de inmediato y no vuelva por aquí nunca. Si mi marido tiene que decirme algo, lo hará él mismo. En lo que respecta a mí, soy y seguiré siendo su mujer —le dijo mostrándole la alianza que llevaba en el dedo—. ¡Su mujer ante Dios!

—¡Ante Dios! —dijo Maria José estallando en carcajadas—. ¡Vete a saber lo que le importa a Dios! Tiene cosas más importantes en qué pensar. ¡Vamos! Tu marido me quiere a mí. Me busca, ¿sabes? Me persigue babeando como un perro. Hace lo que yo quiera. Te he advertido, he venido para hacerte un favor, para decirte cómo están las cosas porque…

—¡Váyase! ¡Márchese! Y no se haga ilusiones. Manuel es un hombre casado.

—No sabes hacer el amor y no has sido siquiera capaz de darle un hijo.

—¡Váyase! Huele usted fatal.

—Yo vendo pescado, pero me lavo.

—Pero la peste a perra en celo no se le quita, fea desvergonzada.

—Tienes que renunciar a él, ¿has entendido? Lo has perdido. Tienes que pensar que te has quedado sin marido. ¡Sin marido!

—No pienso dejárselo a usted —le dijo en voz baja Ofelia—. Métase eso bien en la cabeza: no pienso dejárselo.

Y, con esas palabras, le cerró la puerta en las narices, dejándola allí fuera gritando y golpeando con los puños. Siguieran así un rato, la una frente a la otra, pero con una puerta cerrada entre las dos. Hasta que Maria José bajó las escaleras como un alud y fue a ponerse bajo la ventana de Ofelia, en medio de la calle, gritando con toda la voz que tenía en el cuerpo que del marido se podía olvidar, que podía comenzar a prepararle las maletas. Continuó así todavía un rato, con todos los vecinos asomados a las ventanas, dirigiéndose a cada uno de ellos apuntándoles con el dedo, amenazando a todo el mundo, diciendo a todos que Manuel Ramalhete había plantado ya a la mujer por amor a ella, que aquella pobre tonta tenía que resignarse a ver cómo se lo robaban, porque ella se lo había robado, eso podían apostarlo todos. Y, mientras lo decía, sacaba dinero del portamonedas, lo agitaba en el aire, se le caía de las manos y gritaba, gritaba como una loca, con ladridos que parecían los de una foca.

Aquella noche, Manuel Ramalhete volvió a casa y encontró a su mujer en la cama con convulsiones. Temblaba toda, y una baba blanca y densa le salía por la boca. Sobre la mesilla estaba la caja de Dolviran que le había comprado la tarde anterior. Faltaban ocho. «¡Estás loca!», le dijo llevándose las manos a la cara. Y luego salió de casa a la carrera para ir a llamar al médico, hizo todo el camino cuesta arriba corriendo y lo encontró saliendo del bar bajo la consulta, donde tomaba una cerveza con los amigos antes de volver a casa.

—¡Rápido, doctor! —le dijo—. ¡Mi mujer ha hecho una locura!

Juntos se pusieron a correr cuesta abajo, atravesando una lluvia ligera que había comenzado a caer que ni siquiera se veía de tan poca cosa que era. Y así, junto con el sudor, se mojaron también de aquella agua de primavera que caía invisible, como vaporizada, y entraron en casa de Manuel Ramalhete envueltos en una especie de aureola de humo, que una vez en el interior comenzó a evaporarse.

El médico reconoció a Ofelia mientras Manuel Ramalhete se quedaba sentado en la butaca al pie de la cama, con la cara entre las manos.

—No está en peligro de muerte —dijo al final del reconocimiento—. No hay señales de envenenamiento. Parece más bien una crisis nerviosa. Cierto, ocho Dolviran son una dosis de caballo. ¿Lo toma a menudo?

—Por lo menos dos o tres al día —respondió Manuel Ramalhete.

—¿Sufre dolores de cabeza?

—No lo sé. Al menos, no me lo ha dicho nunca.

—¿Dolores de huesos?

—No creo.

—Y, entonces, ¿por qué toma analgésicos?

—No lo sé, debe de ser una especie de costumbre.

—Una pésima costumbre. Se la tiene que quitar. ¿Se da cuenta? Ocho Dolviran. Ocho Dolviran no tiene ni pies ni cabeza. Ahora prepárele al menos dos tazas de leche caliente con mucho azúcar, y hágaselas beber despacio, quizá con una cucharita. Y, si se duerme, déjela dormir. Mañana vuelvo a verla.

—Doctor —dijo Manuel Ramalhete con un hilo de voz—, usted cree…

—No, diría que no. Una caja de Dolviran contiene veinticinco comprimidos, nadie intenta suicidarse tomando solo ocho.

Manuel Ramalhete acompañó al médico a la puerta. Le dio las gracias con lágrimas en los ojos, sosteniéndole la mano entre las suyas, apretándosela fuerte. El médico sintió una extraña incomodidad ante aquel hombre que era paciente suyo desde hacía años. No le había gustado nunca. Lo consideraba un hombre que hablaba demasiado. En todo lo que decía, leía siempre una punta de falsedad que, además de incomodarlo, le ponía muy nervioso. Lo despachó aprisa, respondiendo que no había nada que agradecer, que solo había hecho su deber de médico. Manuel Ramalhete cerró la puerta tras haberle dado las gracias una vez más mientras bajaba las escaleras. Luego, secándose los ojos con el dorso de la mano derecha, se dirigió a la cocina y calentó la leche.

—¿Qué diablos se te ha pasado por la cabeza? —le decía con dulzura mientras le llevaba a los labios la cucharita de leche caliente—. Ocho Dolviran, ¿has oído al médico? Nunca más, ¿entiendes? Nunca más.

Ofelia estaba perfectamente consciente. Si no respondía, era porque no quería. Sorbía la leche despacio y lo miraba directamente a los ojos con un odio del que él no se dio cuenta. Y, mientras le bajaba por el esófago aquella leche azucarada, que para ella sabía solo a hiel, le respondía con el pensamiento: «Esto es solo el principio, Manuel. Verás cuántos me tomo».

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

XV

—Margarida, querida, tienes que rendirte a la evidencia. El taller de planchado ha cerrado, mi suegra, doña Leonor, Dios la tenga en Su gloria, ha muerto, te las apañas con algún trabajillo y has perdido hasta la casa. Ahora vives en un agujero húmedo, donde de noche os corren los ratones por al lado. A la niña le aterrorizan, me lo ha dicho ella misma, pobre criatura. Y, además, dejársela a la infeliz de mi cuñada cuando trabajas, Dios mío, pero ¿qué vida es para una niña?

—Es nuestra vida, doña Ofelia. La vida que Nuestro Señor ha querido para nosotras.

—¿Y me lo vienes a decir a mí? De los designios de Nuestro Señor no sabemos nada, pero Nuestro Señor no nos pide tampoco que los aceptemos cuando podemos hacer algo para mejorar. Mi cuñada Julieta, esa pobre infeliz, vive de la caridad de la Santa Casa da Misericordia, una vez al día baja por su ventana un cesto atado a una cuerda y esa buena gente le pone dentro algo de comer. Desde que mi suegra pasó a mejor vida, nadie le deja ya a sus hijos. Pero ¿cómo va a cuidar de los niños alguien que se arrastra por el suelo?

—Maria do Ceu la quiere mucho. Y Julieta está siempre alegre, juega con ella todo el día.

—¿Y a ti te parece normal? Quiero decir, alguien en su estado que está siempre contenta. ¿Qué va a pensar la niña?

—Que la alegría es un don.

—Estás cometiendo un grave error, Margarida. La niña estaría mucho mejor aquí conmigo. Dentro de poco, además, tendrá edad de ir a la escuela. No querrás que no vaya, ¿verdad? Los tiempos han cambiado. Cuidadito

con hacer distinciones entre niños y niñas. Cuando tengas que despertarte al alba para ir a hacer servicios, la niña, aquí conmigo, podría dormir tranquila hasta las siete y media. Luego la despertaría yo, le haría un buen desayuno y la llevaría a la escuela. Sería una vida mucho más normal.

—Es usted demasiado buena, doña Ofelia. Pero yo no sé si podría vivir sin mi hija.

—¿Y quién dice que tengas que vivir sin ella? La vendrías a buscar cuando quisieras, qué sé yo, el sábado por la tarde, que el día después es domingo y no tienes que trabajar.

—¿Quiere que la vea solo un día a la semana? Doña Ofelia, pero ¿sabe usted cuánto crecen los niños en un día?

—Con lo que le das tú de comer, no creo que mucho.

Margarida apoyó la plancha y se echó a llorar. La vida comenzaba a hacérsele demasiado dura. E injusta. Mira que ensañarse con ella, que había sido siempre capaz de ver lo bueno en cada momento. ¿De qué le había servido tanto optimismo? Qué estúpida había sido al creer en la historia de los dolores que llegan solo para traer luego, al menos, una alegría. Lo había hecho siempre todo sola, ilusión tras ilusión. Y seguía haciéndolo, sí, seguía haciéndolo con la fotografía de Carlos, que cada día mostraba a la hija, diciéndole que aquel era su papá lejano, el papá que trabajaba en América, adonde habían tenido que irse tantos portugueses en busca de fortuna, y que desde lejos la quería y que un día, tarde o temprano, volvería para conocerla y darle todas las caricias y los besos de buenas noches que durante años le habían faltado. Un error tras otro. Contarse ella todas aquellas fantasías…, pero meter en ellas también a la niña. Como la historia de la casa, que estaban siempre a punto de mudarse, aunque no era cierto, y la casa a la que irían se la había descrito tantas veces que a Maria do Ceu casi le parecía haber estado ya en ella, algunos días hasta haberla habitado ya un tiempo. Dios mío, pero ¿qué mal había en querer hacer creer a una niña que la vida podía ser mejor? No tenía mucho más que dejarle en herencia. Oyendo a doña Ofelia, aquella era la herencia del diablo. Pero ¿qué podía hacer ella si eran tan distintas? Doña Ofelia había dejado ya de ver el bien. Era como si el mundo se hubiese oscurecido en torno a ella, arrebatándole el nacimiento de todo nuevo sol. Tenía siempre ganas de decírselo: «Doña Ofelia, hoy es

otro día. Ayer ya pasó, comienza otra historia». La miraba como si estuviese medio loca, sacudía la cabeza, ni siquiera respondía. Para doña Ofelia un nuevo día, como mucho, podía traer algo peor que el anterior. Si la tristeza seguía igual, a idéntico nivel, ya era algo. No, para doña Ofelia no había pausas, ¡como para hablar de días nuevos, de otras historias! Pero ahora tenía que admitir que tenía razón, aunque le costaba mucho. Y le leía cierta satisfacción extraña en los ojos. No era auténtica maldad, era más que nada una victoria conquistada tras un gran esfuerzo, el de convencer a quien no quería rendirse. Ahora parecía mirarla también con más amor, como quien por fin reconoce a un semejante.

—No llores, Margarida —le dijo acercándosele—. Hemos ya llorado mucho tú y yo. Las lágrimas no sirven para nada. Lo único que sirve son las oraciones a la Santa Virgen, que nos guarda siempre.

—Pero, si nos guarda siempre, ¿por qué no nos ayuda nunca?

—Ay, Margarida mía, porque no se nos concede. En la vida, en esta vida, existe solo la resignación. En la que vendrá, no lo sabemos aún.

—Doña Ofelia, yo sé cuánto sufre. Sé que…

—Calla. Nadie sabe lo que yo padezco. Nadie.

Aquella noche Margarida, antes de ir por Maria do Ceu donde Julieta, pasó por un ultramarinos a comprar pan y huevos. Cuando entró en el portal y subió aquella escalera que olía a moho y gas, sintió el corazón en la garganta y una ligera punzada en el costado. Pero cuando su hija le abrió la puerta, seguida por Julieta que se arrastraba tras ella sujetando en la boca una hoja de papel con un hermoso dibujo coloreado, toda tristeza le desapareció del pecho. Estaban sentadas las tres en el suelo, mirando el dibujo que había hecho la niña, cuando Margarida dijo:

—Julieta, he comprado pan y huevos. Comemos las tres aquí juntas, ¿te parece?

—A mí sí —respondió Julieta—. Pero me disgusta que desaproveches el pan y los huevos que podrías dar mañana a tu hija.

—Mañana, mañana volveré a comprar. Cada día es un día nuevo.

—Encuentra quien pueda decir lo contrario.

—Tu cuñada, Julieta. Cada día que pasa está peor.

—Hay que tenerle lástima. Pero piensa cuántos años lleva con esa historia. Desde mucho antes de que naciese tu hija. Y nada ha cambiado, ¿lo entiendes?

—Habría tenido que echarlo de casa.

—¿Quién? ¿Ofelia? Entonces es que no la conoces. Para ella, cuando una mujer echa al marido de casa, es como si le diese autorización para irse a casa de la amante, es como si se lo regalase a ella.

—Lo mismo da.

—Es verdad. Pero para ella no. Ella es la esposa. Tú no tienes ni idea de lo que significa para ella. Creo que sin ese dolor, no sería capaz de seguir viviendo.

—Ese dolor le está quitando la vida.

—No podemos hacer nada. Por ella solo podemos rezar.

—Me ha dicho que la niña tendría que dársela a ella, que yo no tengo medios.

—Por amor del cielo, Margarida, no vayas a hacerlo.

Aquella noche, justo cuando acababan de comer, comenzó a caer una lluvia que llegaba del mar. Julieta fue a cerrar aprisa la ventana, porque llovía con viento y le entraba toda el agua en casa. Luego miró a Margarida y a la niña que se preparaban para irse.

—Está lloviendo demasiado fuerte —dijo—. ¿Por qué no os quedáis a dormir aquí conmigo?

La niña no se lo hizo repetir, se agarró a las piernas de la madre diciendo que quería quedarse a dormir con la tía Julieta, que dormirían las tres abrazadas. Se tumbaron en el jergón de Julieta y se cubrieron con una colcha de paño amarillo muy pesada. La niña estaba en medio de las dos mujeres y se quedó dormida antes de que Julieta comenzase a contarle el cuento que le había prometido. Pero a Julieta no le importó, lo contó igual. Y, al sonido dulce de su voz infantil, se durmieron primero Margarida, echando uno a uno los malos pensamientos, y luego la propia Julieta.

Al día siguiente Margarida no tenía trabajo que hacer y, por tanto, se quedaron las tres en casa. El tiempo había empeorado, una lluvia densa

parecía borrar la pared de la casa de enfrente. Cuando llovía, por aquella ventana que daba a un callejón estrecho, no entraba siquiera un hilo de luz.

—¿Has visto, Ceuzinha? —le dijo Julieta de broma a la niña—. Hoy el sol está perezoso, no se ha despertado.

—También yo estoy perezosa —respondió la niña entrando en el juego—. No me despierto.

—¡Hala!, así no vas a crecer. ¿Sabes que, si no te pones de pie, no creces?

—¿Es por eso por lo que tú no has crecido, tía Julieta?

—Justo por eso, porque era muy perezosa y quería estarme siempre calentita en la cama.

—Como ayer por la noche, que no me has contado la historia.

—Eh, no. Ayer por la noche estabas muerta de sueño. No tuve tiempo de abrir la boca y ya estabas dormida.

—¿Es eso verdad, mamá?

—Es verdad —respondió Margarida.

—La quiero ahora la historia. Ahora.

—Ahora, no —respondió Julieta—. Las historias se cuentan de noche para hacer un poco de compañía.

—¿Compañía a quién? —preguntó la niña.

—A la noche. ¿Qué te crees? También la noche se siente sola.

—¿Y el día?

—El día, no. ¿Y por qué debería? Estamos todos despiertos. El día no necesita nada ni a nadie.

Maria do Ceu retomó el dibujo del día anterior. Sus dibujos no terminaban nunca, siempre tenía algo que añadir. Las dos mujeres, por su parte, se sentaron junto a la ventana. Julieta quería siempre que Margarida le hablase de Carlos. Para Margarida contar aquella historia no era nunca doloroso. Volvía atrás, rejuvenecía, a cada palabra se volvía más guapa y luminosa. Concluía todas las veces con el mismo razonamiento, decía que los amores no llegan nunca a un fin verdadero, que no dejan nunca de caminar. Y Julieta, llena de entusiasmo, estaba de acuerdo. Entonces fue el turno de ella, que comenzó a relatar su amor perdido. Un amor imaginario, claro, porque en sus condiciones a una mujer no la mira ningún hombre,

pero un amor perdido imaginario no se lo podía quitar nadie. Y ella le había dado nombre y apellido, se llamaba Afonso Sousa y era pescador. De ella se había enamorado porque decía que parecía una sirena, que tenía en los ojos la profundidad del mar y el brillo del cielo. Cuando la abrazaba, le decía que había caído en sus redes junto con los peces y que él, guapa como era, no había tenido el ánimo de devolverla al mar. Pero una noche había salido con los demás pescadores, había habido una tormenta y no había vuelto nunca. Julieta contaba aquel cuento de amor con lágrimas en los ojos, verdaderas lágrimas de pasión y de dolor, y terminaba siempre diciendo que ella no creía que estuviese muerto, que lo esperaba aún, que algunas veces, al alba, cuando nadie podía verla, se arrastraba hasta el puerto, se escondía detrás de una barca allí amarrada y esperaba, esperaba hasta que salía el sol. Cuando acabó de narrar la historia, rompió a reír aun antes de haberse secado el llanto.

—Margarida, ¿puedes creer que yo una canción como *Barco negro* no la puedo escuchar?

—Lo creo, sí, es tu historia.

—Sí, justo la mía.

Y, mirándola, Margarida pensó que parecía de verdad una sirena, porque la cara de Julieta era lindísima: la piel clara como la luna, los ojos azules y lejanos, el pelo rubio que le caía ondulado por los hombros. Era el cuerpo lo que era deforme, grande la parte de arriba, de todo el ejercicio que hacía arrastrándose de una parte a otra de la casa, y musgos y líquenes todo el resto. Pero a Afonso Sousa no le había importado, la había amado con arrobo, le había jurado el eterno amor de los hombres sinceros, y Julieta algunas veces pensaba de verdad en ir hasta el puerto a esperar su regreso.

Después de comer, la lluvia se redujo hasta cesar del todo y dejó paso a un sol tan fuerte que parecía que se comería la ciudad entera. Eran aquellos los momentos de mayor languidez de Julieta, cuando pedía a Margarida que le contase lo bonita que era Lisboa.

—Julieta —le dijo—, vuelves una esquina y te quedas sin aliento.

Y Julieta simuló aquella falta de respiración, se quedó allí con los ojos de par en par y sin respirar. Luego echó todo el aire que había mantenido

dentro y le dijo:

—¡Otra vez, Margarida, otra vez!

Y Margarida le habló de todas las subidas y bajadas, de la vista que había desde Santa Catarina, desde Nossa Senhora dos Montes, desde el castillo de São Jorge, le hizo la lista de todos los *miradouros* de la ciudad y describió cómo eran sus vistas a cualquier hora del día o de la noche. Pero el panorama más bonito, para ella, seguía siendo el que veía desde la ventana de la casa que había compartido primero con Carlos y luego con su hija. Y comenzaba siempre por los tejados de las casas que bajaban por la colina, por la gente que se asomaba a las ventanas, gente que, aunque no la había conocido nunca, se le había hecho familiar, porque muchas cosas se pueden conocer aun a distancia, por ejemplo, por la ropa, por lo poco que conseguía ver dentro de las casas, por los viejos, siempre de negro, sentados fuera en los balconcitos cuando había un poco de sol, por los perros y los gatos, por las risas que escuchaba, por los gritos desesperados, por una música que venía siempre de la misma ventana, en la que vivía una muchacha que, al ritmo de una única canción, fingía bailar abrazada a alguien que no estaba. Y por las voces de quien cantaba o llamaba a sus hijos para que volviesen a casa cuando era la hora de la cena, con el sol que daba otro color a todo antes de irse a disolver en el mar cuando era invierno o a esconderse tras el parque de Monsanto si era verano. Y los *cacilheiros*, que avanzaban y retrocedían todo el día, con la poca estela que los seguía junto con las gaviotas. Le explicó cómo también aquellos hombres, que pasaban toda la jornada entre una orilla y la otra del río, podían considerarse marineros como los que pasaban meses y meses en el mar.

—Si alguna vez mi hermano me llevase en coche… —dijo Julieta suspirando.

—Y tú ¿por qué no se lo pides?

—Porque me respondería que no, y no tengo ganas de oírselo decir. Laertes me llevó alguna vez, pero hace muchos años, cuando era más joven, antes de que se le muriese la mujer. Luego no ha vuelto a ser el mismo.

Aquella noche Margarida y su hija se quedaron otra vez a dormir con Julieta. El cielo se llenó de estrellas, y Maria do Ceu se pegó a la ventana

para contarlas una a una. Luego le dijo a la madre que contarlas era inútil, porque no tenía dónde ponerlas, que para jugar a aquello habría necesitado al menos un cubito y, nada más decirlo, se quedó dormida con el sueño profundo de los niños.

A Margarida, por el contrario, no le fue fácil conciliar el sueño. Pensó en la tristeza de no saber qué día había nacido, que en su único documento hubiese escrita una fecha aproximada que indicaba solo el año. Le habría gustado saber al menos el mes, en qué estación había nacido. Pensó que su vida se parecía a la de un caballo recogido en estado salvaje y encerrado en un cercado. Un día un veterinario le miró la boca y a quien lo había atrapado le dijo los años que podía tener. Cada vez que se presentaba a un puesto de trabajo, tenía que sufrir la humillación de mostrar aquel documento, de ver la perplejidad que se dibujaba en el rostro de quien tomaba nota de sus datos, su compasión. Entonces se dirigió a Dios y, con pocas palabras, le rezó para que fuese clemente.

Cuando al fin se quedó dormida, Julieta le pasó una mano por la frente, le acarició el pelo y, con el pensamiento, le deseó una noche sin sueños.

OceanofPDF.com

XVI

Manuel Ramalhete y su hermano Laertes se veían solo dos veces al mes, en domingo, para una comida de restaurante que cada vez duraba menos. Si hubiese sido por él, habría evitado con gusto de la tristeza del hermano. Laertes se había jubilado ya, se había hecho viejo sin un momento de alegría. Además, aunque con discreción, no había vez que no le recordase la gravedad de su comportamiento moral. Cuando se refería a Maria José decía siempre «esa mujer», cuando por el contrario hablaba de Ofelia decía «tu esposa». Parecía que, para su hermano Laertes, aquellas dos no tuviesen siquiera nombre, que para que volviesen a tenerlo, la amante tendría que desaparecer de su vida definitivamente. A decir verdad, evitaba con atención también pronunciar el suyo. Era como si aquel pecado se hubiese presentado en el Registro y hubiese borrado la inscripción de sus tres nombres. Para provocarlo, cada vez que se encontraban, Manuel Ramalhete le decía: «Hola, Laertes, ¿qué tal?», o cuando lo llamaba por teléfono no se olvidaba nunca de decir: «Hola, Laertes, soy tu hermano Manuel». Pero Laertes no caía en esas provocaciones, quizá ni siquiera se daba por aludido. Hacía años ya que la idea de la muerte dominaba por completo sus pensamientos y la vida de su hermano Manuel le parecía que iba por una dirección muy distinta, la de la vida que no repara en la muerte. Y así, mientras comían, lo miraba como si fuese un hombre de otro mundo, un ignorante que vivía en la ilusión de que todo sería eterno. Con la edad, Laertes se había hecho, encima, más religioso, pasaba gran parte de su tiempo en la iglesia rezando por la mujer muerta, por la madre, por la hermana enferma. Aquella hermana, un dolor tan grande que ni siquiera iba a visitarla. Aunque todos los días pensaba en ella y se decía: «Tengo que ir

a ver a la pobre Julieta, darle un poco de compañía», luego lo aplazaba, el dolor lo mantenía lejos del dolor y, como estaba muy cerca de ella con el pensamiento, ni siquiera se sentía culpable por aquella terrible dejadez. Laertes se había vuelto tan distraído que para él pensamiento y acción eran ya iguales. En realidad, aquel demorar las cosas se debía a la convicción de que no le quedaba mucho tiempo para nada, que todo su tiempo se había ido detrás de la muerte y que lo único que le quedaba era despedirse de cada cosa. El amor profundo por su hija también se había enrarecido, convirtiéndose en un amor de otro mundo, y no era consciente de cuánto sufría ella. Para él lo único que seguía contando era, al parecer, la moral, una moral severísima que lo alejaba de todo. Hacía años que Laertes vivía a muchos pasos de distancia de la vida, y a veces era como si la mirase desde lejos casi con estupor.

En cuanto a Manuel Ramalhete, el verdadero motivo por el que no renunciaba nunca a aquellas comidas dominicales era la auténtica pasión que sentía por su sobrina Fernanda, un amor puro y absoluto, el único que conseguía hacerlo bondadoso. Y la infelicidad de aquella niña lo atormentaba como ninguna otra cosa en el mundo, tanto que a veces conseguía convencer a su hermano de que le diese permiso para llevarla con él a algún viaje de trabajo, desencadenando así la furia de Maria José, que en aquel amor no conseguía ver nada bueno.

Cubría de regalos a Fernanda. Cualquier cosa sobre la que se detuviese la mirada de la niña, él se la compraba. Pero ninguno de aquellos regalos, ni el más caro, conseguía arrancar una sonrisa más allá de la gratitud pasajera. De noche, cuando Fernanda dormía en una cama junto a la suya, él la velaba durante horas preso de la mayor conmoción y, como desde su nacimiento, se había concentrado tanto con la obsesión de ser su padre, que se dormía agotado solo cuando se convencía de ello por completo. Manuel Ramalhete volvía de aquellos viajes tan feliz que Ofelia, todas las veces, dudaba de que le hubiese contado la verdad. Y todas las veces, con excusas cada vez más inverosímiles, se humillaba llamando por teléfono a su cuñado Laertes para obtener su confirmación. Manuel Ramalhete volvía de aquellos viajes con la mirada cambiada, como si en sus pensamientos reinase solo la pureza. Incluso se comportaba de otro modo con Ofelia.

Durante unos días volvía siempre a casa a cenar, era afectuoso, tenía ganas de hablar y soportaba con dulzura las caras largas ya eternas de la mujer que, desde el día en que Maria José se le había presentado en casa avergonzándola ante todo el barrio, llevaba por turnos el hábito de la mártir atribulada y el del rencor. Desde aquel día no había vuelto a sonreír, en la mesa comía muda y, de noche, cuando el marido dormía en casa, ponía entre ellos una almohada para señalar el límite de sus respectivos espacios. Para Ofelia aquella insólita amabilidad del marido no tenía ya significado, a menudo ni siquiera les prestaba atención. A veces él se lo hacía notar, le decía: «Ofelia, te has vuelto más dura que una piedra». Pero Ofelia se limitaba a lanzarle una mirada de desprecio. Lo único que pedía ya a Dios era que aquella desvergonzada de la pescadera no se quedase embarazada, porque eso sí que no lo habría soportado, y sus oraciones terminaban siempre de la misma forma: «Señor, no hagas que se quede en estado; pero, si no consigues impedirlo, entonces, que yo me muera antes». Luego se santiguaba y continuaba viviendo a su manera, cada vez más encerrada en sí misma, cada vez más dejada, sin comer ya de manera ordenada, sino picoteando algo todo el día, solo para poder tragar los Dolviran, porque aquellos ocho que el médico había juzgado una dosis de caballo los había superado hacía tiempo y, entre una oración y otra, en el curso de una jornada, engullía al menos dos cada tres horas. Los Dolviran se habían convertido en su mayor ocupación, porque el farmacéutico de al lado de casa a menudo no se los daba y tenía que ir a buscarlos a una farmacia más lejana, pero al final eran ya tantos los farmacéuticos que la miraban con malos ojos en el centro de Lisboa que, a menudo, para no oír el acostumbrado sermón, tomaba el autobús e iba a otra zona. Y en casa los tenía escondidos, ocultos en lugares insospechables, como el costurero, el portamonedas, un paquetito cerrado con imperdibles que llevaba en el pecho o dentro de envases de otros medicamentos que compraba solo para vaciarlos y tirarlos. Lo único que lograba ponerla ansiosa era saber que en casa había pocos Dolviran; entonces, era capaz incluso de no pegar ojo en toda la noche, de levantarse continuamente para irlos a contar o de comenzar a buscarlos en los lugares más impensables con la esperanza de encontrar una provisión. Cuando tenía suficientes en casa, era capaz hasta

de ser feliz. Sabía entonces, que podía permitirse cualquier malestar, porque ya fuesen mareos, sudores fríos, taquicardias o aquellos súbitos terrores que de repente le hinchaban el estómago y le daban la impresión de no conseguir mantenerse en pie sin perder el equilibrio, le bastaba tragar dos Dolviran para que todo volviese a la normalidad en un momento. Así el mundo era aún soportable, casi neutro, su mundo y el de todos los que estaban vivos.

Pero en las comidas dominicales con su hermano Laertes y la adorada sobrina, para Manuel Ramalhete el pensamiento de Ofelia y de todos sus males estaba a mil leguas de distancia. Él, a su manera, era fiel a aquella mujer no abandonándola. Lo había prometido el día de su boda y continuaría manteniendo esa promesa a pesar de las broncas de Maria José, que se presentaban regulares cada dos o tres meses, broncas que a Manuel Ramalhete le costaba cada vez más domar y que aplacaba solo con la didáctica evidencia de los hechos, cuando, tras haberla dejado desfogarse bien sin prestar atención a todos los platos que rompía y a todas las vulgaridades que le salían de la boca, le hacía notar con calma que su verdadera mujer, a todos los efectos, era ella y solamente ella. ¿Con quién iba de viaje? ¿Con quién hacía el amor? ¿A quién cubría de regalos? ¿Con quién cenaba casi todos los días? ¿Con quién dormía casi todas las noches? Poco a poco, la furia de la ballena se calmaba, bastaba tener cuidado con algún impetuoso coletazo de última hora y aquellas revoluciones terminaban en las acrobacias sexuales más extravagantes, que seguían aturdiéndolo como la primera vez. Pero en las comidas dominicales ni Ofelia ni Maria José dominaban su corazón, su amor de padre frustrado era todo para Fernanda, para aquellos ojos suyos que no acompañaban nunca a los labios en sus raras sonrisas. Cuánto le oprimía el corazón ver aquella maravillosa fila de dientes blanquísimos y luego subir hasta los ojos y verlos siempre tristes y apagados. Había tenido sueños grandiosos para aquella muchacha desde el día de su nacimiento. Se había imaginado lo mejor. Los estudios, un trabajo de prestigio, un marido importante que la adoraría toda la vida, un par de hijos preciosos que para él serían como nietos. Y, sin embargo, la chica había abandonado pronto los estudios,

estaba siempre desganada, distraída. La mandó a clases de piano, pero tras dos años no había aprendido nada; a la escuela de pintura, pero el mismo pintor que la enseñaba había dicho que era dinero tirado; le puso en casa una profesora de francés y también ella, después de un tiempo, había desistido diciendo que la chiquilla se negaba a aprender. ¿Cuántas veces la había sermoneado? La muchacha lo escuchaba con una leve sonrisa casi alelada en los labios, en los ojos la tristeza habitual, la transparencia lejana de quien no se sabe lo que está pensando. Manuel Ramalhete solía tener la ridícula sensación de que ni siquiera ella sabía bien qué estaba pensando, de que simplemente estaba ausente.

Cuando una noche de finales de junio, con un calor insólito para Lisboa que superaba los cuarenta grados, Laertes se apagó en el sueño debido a un ataque cardiaco, Manuel Ramalhete no supo si sufrir por la muerte repentina del hermano o alegrarse por tener a Fernanda al fin toda para él. En el funeral lloró sin pudor, apoyado en el hombro de su hermana Julieta a la que, para la ocasión, había alquilado una silla de ruedas. Parecía una fuente sin fondo, un juego de agua. Lloraba sin un atisbo de tregua, mojando un pañuelo tras otro que, por turnos, los pocos familiares le tendían. En el cementerio escuchó extasiado las palabras del sacerdote, que describían al difunto como un hombre extraordinario, trabajador, marido y padre ejemplar que, a lo largo de toda su vida, había dado buen ejemplo a quien había tenido la suerte de estar a su lado. A cada palabra, Manuel Ramalhete se santiguaba y levantaba los ojos al cielo como para pedir ayuda al Señor para enfrentarse a un dolor tan grande. Ofelia, siempre a la debida distancia de él, lo miraba con desprecio, pero ante la familia guardó el decoro de la esposa devota y aceptó las condolencias de la gente del barrio, dando las gracias a todos en nombre del marido que, «abatido por un sincero dolor», no era capaz de pronunciar ni una sola sílaba. Sabía que todos conocían sus verdaderas relaciones, pero fingió ignorarlo y, cuando depositaron el ataúd en la tierra, unió su mano a la del marido para lanzar la primera de las flores que lo cubrieron.

Vestida de luto, Fernanda parecía ajena a lo que le sucedía alrededor. El velo negro le cubría apenas el rostro pálido, con los guantes de terciopelo

sus manos parecían aún más delgadas de lo que eran. Los tobillos, casi inexistentes, asomaban bajo una falda de tablas para terminar en un par de zapatos que parecían dos números mayores de lo que correspondería a una muchacha de su edad. Solo los ojos de terciopelo eran los de una adulta. Manuel Ramalhete, aunque ahogado por el llanto, no dejó de mirarla ni un momento. Para él era la criatura más hermosa que había venido al mundo y, además de por sí mismo, lloraba por ella, por aquel dolor que quizá no era consciente de sentir, pero que con certeza la estaba descarnando por dentro. «Que esta amargura no te vacíe del todo —se repetía entre lágrimas—. Que Dios tenga piedad de ti y te ahorre sufrimientos, hija mía adorada».

Aquella noche, después de haber cenado aprisa en un restaurante, Manuel Ramalhete, Ofelia y Fernanda volvieron juntos a casa a pie. Mientras él mismo preparaba la cama para la muchacha en el sofá del salón, comenzó a hablar dirigiéndose tanto a la mujer como a la sobrina. En realidad, pensaba en voz alta, como hablando consigo mismo:

—Ahora no tienes palabras, hija mía. Y nadie puede decir, está claro, que la vida haya sido generosa contigo. Pero has sido buena, no te has lamentado nunca. Y tu padre te ha querido mucho, aunque puede que no siempre te lo supiese demostrar. Es que, en este mundo, hay cosas que se comprenden despacio. Te puedo asegurar que, cuando tu madre se quedó en estado, para tu padre fue una verdadera alegría. Yo no te lo sé decir porque no he tenido hijos, pero él, cuando tu madre te esperaba, habría podido explicar la felicidad en unas cuantas palabras. Pero es que después todo se le vino encima con aquella muerte. Nadie puede culparlo. Hay quien no sabe tratar con la muerte y es como si ya no supiese tratar nada. Pero ahora, después de tanto dolor, muchas cosas cambiarán, ¿verdad, Ofelia? Díselo también tú a esta chiquilla, que con nosotros no le va a faltar de nada. Seremos como un padre y una madre. Díselo, Ofelia, cuánto hemos deseado un hijo. Pero ahora estás tú aquí con nosotros y la vida será distinta para todos. Tu padre, que era mi hermano mayor, créeme, era casi… Pregúntaselo a la tía Ofelia, pregúntale a ella si no era importante para mí. Todas las cosas, créeme, todos los pasos de mi vida, siempre pensando si él los aprobaría. Él era el sabio, era un problema si no aprobaba lo que hacía. Y no es que lo aprobase siempre. Sé que viéndote aquí ahora estaría

contento, sé que diría: «Mira, Manuel va a hacer algo bien», me parece oírlo. Eres ya una moza, Fernanda, pronto tendrás pretendientes. Y podrás elegir, hija mía. Quién podrá resistirse a ti, ¿verdad, Ofelia? Pero tienes que comenzar a vestirte de otra forma, ya no eres una niña. Iremos juntos a escoger ropa nueva. Tienes suerte de tener un tío como yo, que entiende de estas cosas y tiene buen gusto. Verás, Fernanda, una vida muy distinta. Y acuérdate de lo que te digo: querer es poder. Si uno quiere ser feliz, acabará por serlo. Es algo que tenemos que resolver nosotros. Si Nuestro Señor nos ha hecho un gran regalo es el de poder elegir nuestra vida. Llevamos dentro una semilla, como si fuésemos macetas con tierra. Pero la semilla que llevamos dentro la seleccionamos nosotros y la cultivamos como mejor o peor podemos. En fin, yo en las cosas de la religión no te puedo ayudar mucho, para eso tendrás que hablar con tu tía Ofelia que es la experta, ¿verdad, Ofelia? Pero soy bastante experto en cómo se hace aquí, en esta tierra, y te digo que, si tú quieres, tendrás un futuro radiante. No tienes idea de cuánto me he imaginado yo tu futuro. Cada día abría una ventana y me decía: «Pero mira qué belleza, y ¡qué bien mi Fernandinha!». No sé si lo entenderás, pero cuando vine a este mundo creo haber traído conmigo también un pedacito de tu semilla, solo una cosa minúscula, como a veces sucede entre las personas destinadas a quererse muchísimo, de forma que luego puedan entenderse mejor. Y así, durante estos años, mientras tú estabas distraída, yo te regaba para que no te quedases atrás. Pero ahora tienes que esforzarte. Ahora tienes que querer lo mejor. La vida es como el clima, un día hay sol y otro lluvia, cuando hace buen tiempo hay que aprovechar y salir, cuando por el contrario hace malo está bien resguardarse. Te has resguardado demasiado, hijita querida, te has olvidado de salir aun cuando el sol resplandecía. Ahora tienes que recuperar, ¿entiendes? Hacerte un poco más audaz, abrir un buen paraguas y salir aun cuando llueva. Y recuerda una cosa, Fernanda, no es culpa tuya, ¿entendido? Nunca lo ha sido. Tu madre murió cuando naciste, pero tú no tuviste nada que ver con su muerte. Tu padre desde aquel momento solo estuvo triste, pero tampoco de eso tienes tú ninguna culpa. Ellos vinieron al mundo con su semilla y la cultivaron a su manera, como pudieron. Tu padre fue extraordinario en muchas cosas, para mí ha sido siempre un ejemplo,

pero con el dolor no sepudo combatir, no supo qué hacer. Cultivó bien su semilla del trabajo, del amor y de la fidelidad. El dolor, sin embargo, lo elaboró demasiado y le costó caro. Todos descuidamos algo, somos muy humanos y limitados, pero descuidar la alegría es un pecado mortal, un poco de alegría tenemos que llevar siempre en el bolsillo. Y sobre esto, por favor, no tomes ejemplo de la tía, ¿verdad, Ofelia? Ahora estás muy triste por la pérdida de tu padre, está bien, yo también lo estoy. Pero la vida avanza, no vuelve nunca atrás. Fernanda, recuérdalo bien, no hay que tener vuelta la cabeza hacia atrás nunca, sino siempre hacia delante, como Nuestro Señor nos la ha puesto.

Una vez hecha la cama, le preparó también un baño caliente. Y después le secó el pelo, la peinó, la arropó y se quedó a su lado hasta que se quedó dormida. Entonces fue al dormitorio, donde Ofelia fingía dormir, abrió un poco la ventana, se encendió un cigarrillo y lo fumó despacio mirando las estrellas que había en el cielo. «El viento se ha llevado todas las nubes —pensó—. Mañana será un día soleado».

Cuando se metió en la cama y sintió la presencia de la habitual almohada entre él y la mujer, dio un gran suspiro.

—¿Estás dormida? —preguntó a Ofelia.

—Si estaba dormida, me has despertado.

—Es que me gustaría hablar contigo.

—¿Para decirme qué?

—Para agradecerte que hayas estado a mi lado.

—No te enternezcas, Manuel, no hay motivo. Ahora no te falta ya nada, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora tienes también a tu querida Fernanda. Si tienes suerte, capaz que me muero pronto y te puedes traer a casa también a la otra, y así estarás siempre de fiesta.

—Eres injusta, Ofelia.

—Por favor, Manuel, de injusticia no vengas a hablarme tú precisamente.

—Siempre estarás contra mí, ¿verdad?

—No. No lo estoy.

—Pero ¿hay aún alguien ante quien me defenderías?

—¿Y me lo preguntas? Todo el mundo, Manuel. Todo el mundo.

—Este mundo.

—Perdona, pero creo que en el otro no nos vamos a encontrar.

—Que Dios te perdone, Ofelia.

—Preocúpate de ti.

Aquella noche Manuel Ramalhete se levantó muchas veces para ir a ver a Fernanda que dormía. La había oído toser en dos ocasiones y, por miedo de que tuviese frío, no hacía otra cosa que ir a arroparla. Cuando por la mañana Fernanda se despertó, él estaba ya a su lado sonriente.

—¿Has estado ahí toda la noche, tío? —le preguntó la muchacha.

—Sí —le respondió él mintiendo y con lágrimas en los ojos.

—Sí, pobre tío —dijo Ofelia en el umbral del dormitorio. El pelo ya gris cayendo por la espalda como si fuese de cristal, el camisón de flores rosas descoloridas—. Y ¿cómo va a poder seguir adelante así el pobre hombre?

—La tía tiene razón —dijo Fernanda—. Tienes que dormir por la noche.

Manuel Ramalhete volvió la cabeza hacia su mujer con el movimiento rápido de una serpiente.

—Suerte que el veneno no mata solo por respirarlo —dijo Ofelia, dirigiéndose al cuarto de baño—. De lo contrario, estaría muerta hace tiempo.

—¿Es por mi culpa que la tía está enfadada? —preguntó Fernanda—. Si ella no me quiere, puedo quedarme sola en mi casa.

—Pero ¿qué cosas se te ocurren, hija mía? Esta es tu casa. La tía es solo una vieja alma en pena que no encuentra paz. Tienes que acostumbrarte. ¿Sabes qué planes tiene para ti el tío?

—¿Cuáles?

—Venderemos la casa que te ha dejado tu padre y, con el dinero, te abriré una cuenta corriente en el banco, que será tu dote cuando te cases.

—Pero yo no quiero vender esa casa. Quiero volver a ella.

—¿Cuándo?

—En cuanto sea un poco mayor.

—¿No quieres quedarte aquí conmigo?

—Sí que quiero. Pero no para siempre.

—Quédate aquí al menos hasta que te cases.

—Pero yo no me voy a casar, tío. No tengo ninguna intención.

—No le quites las buenas ideas de la cabeza —dijo Ofelia saliendo del baño y volviendo al dormitorio.

—¿Qué pasa? ¿Nos estás escuchando?

—Manuel, si no quieres que os escuche, tendrás que comprar una casa más grande o susurrar. Fernanda tiene razón. ¿Por qué debería irse de esta casa solo para casarse? Los tiempos han cambiado, Manuel, hoy una chica estudia, encuentra un buen puesto de trabajo. Perdona, Fernanda, olvidaba que no has querido estudiar. Bueno, pues no un *buen* puesto de trabajo, pero sí un trabajo, es ya bastante, con un techo sobre la cabeza, además, es una gran fortuna.

—Tú calla. Fernanda es aún una niña, no sabe nada de la vida. Tendrá Lisboa a sus pies, podrá escoger entre los mejores partidos.

—Pero ¿qué le quieres meter en la cabeza, al príncipe azul? —dijo Ofelia haciendo una reverencia—. Olvídalo, Fernanda, hazme caso a mí, los príncipes azules no existen y tampoco los marqueses ni los condes. Los hombres, de cualquier tipo y rango, se decoloraron todos hace tiempo. También mi madre se había hecho grandes castillos en el aire sobre mi futuro, y mira cómo he terminado.

—No la escuches, Fernanda. Su madre tenía delirios de grandeza, pero solo un pequeño negocio mugriento en Alfama.

—¿Queremos hablar de mugre?, ¿queremos hablar de verdad? ¡Antes de conocerte yo no salía nunca de casa sin guantes y sombrero!

—Sí, y era, además, un gran espectáculo. Tendrías que haberla visto, Fernanda. También los guantes y el sombrero apestaban a bacalao.

—¡Qué raro! El olor a pescado debería gustarte.

Fernanda se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar. Por primera vez en su vida, Manuel Ramalhete fue hacia su mujer con aire amenazante.

—¿Qué pasa? ¿Vas a pegarme? —le dijo ella sin miedo.

—Desaparece. Enciérrate en el cuarto, bruja. Tómate todos los Dolviran que quieras, ¡envenénate! No quiero volver a oír tu voz. —Y agarrándola

por los hombros la empujó a la fuerza hacia el dormitorio, donde la encerró con llave—. ¡Te abriré cuando te hayas calmado! —gritó.

A la sobrina, sin embargo, le guiñó un ojo como para hacerla creer que estaban de broma, pero Fernanda no se calmó, sollozaba y tosía tanto que parecía que se iba a ahogar. Manuel Ramalhete la tomó en brazos y la llevó al baño donde, con un copo de algodón, le refregó con alcohol aquel cuerpo tan menudo que parecía que se le fuese a romper entre las manos.

Ofelia no tenía nada contra Fernanda. Al principio pensó incluso que le haría compañía, pero la muchacha era silenciosa y solitaria. Se pasaba las horas sentada en el sofá hojeando una revista o con la mirada perdida. Ofelia le había cosido un vestido. Aunque durante algunos días se divirtieron con las pruebas, una vez terminada la labor, Fernanda lo metió en el armario y lo olvidó con todos los demás que le había comprado el tío. Desde aquel momento, pasaban los días ignorándose, Ofelia encerrada en su dormitorio, Fernanda en el salón. Se juntaban para las comidas y las cenas, pero no hablaban si estaban solas, intercambiando solo algunas palabras cuando Manuel Ramalhete volvía a casa. Pasados los primeros tiempos, a la casa volvió la vida de siempre. Manuel Ramalhete seguía queriendo con ternura a su sobrina, pero las largas estancias en casa de Maria José, los viajes en su compañía y las cenas fuera retomaron sus ritmos regulares. A Ofelia le habría gustado desahogarse con Fernanda, pero a la chica no le gustaba escuchar sus quejas, y ante aquella historia de traición permanecía sorda y ausente como frente a todo lo demás. Solo Margarida continuaba siendo el oído paciente de los dolores de Ofelia, y su hija Maria do Ceu la única fuente de alegría para aquella pobre mujer envejecida precozmente.

—Ni siquiera el sacerdote me escucha ya —le dijo a Margarida mientras la miraba planchar—. Me dice que tenga paciencia, que tengo que rezar. No hace más que repetirme: «Ni eres la primera ni serás la última, Ofelia». Y yo le respondo que esta es mi única vida, que no me importa la de las demás mujeres. Y él, ¿sabes qué hace? Suspira, desde detrás de la rejilla lo oigo suspirar aburrido. Ni siquiera el sacerdote me entiende ya.

—No debe pensar continuamente en esa historia, doña Ofelia, se atormenta. Míreme a mí, yo me he resignado.

—Bien puedes hablar tú, que tienes a esta niña, que solo de mirarla…

—Ay, doña Ofelia, pero a los niños no solo se los mira, hay que criarlos, hacer que crezcan. Por la noche, antes de dormirme, paso revista a mis preocupaciones. Siento que el corazón me late más deprisa y me digo: «Margarida, pero ¿de qué te sirve? Solo para estar mal». Y así se me pasa, el corazón vuelve a latirme normal y yo me quedo dormida.

—Yo, sin embargo, tengo un vicio feísimo. Con el reloj en la mano, miro la manecilla de los segundos y me cuento los latidos del corazón. Y cuanto más miro la manecilla, más se aceleran los latidos; tanto, Margarida, que a veces me falta hasta la respiración.

—Mal, doña Ofelia, no debería mirar esas manecillas. Tiene que salir de casa, ir a dar un buen paseo. Quizá llevarse también a esa sobrina suya que está tan pálida.

—Esa —dijo Ofelia bajando la voz— es como si ya estuviese muerta. Solo de tenerla en casa me siento peor. Y, además, no es mi sobrina, sino suya.

—Es solo una pobre muchacha sin padre ni madre. A mí me da pena.

—A mí, ya, solo me doy pena yo.

—Si sigue por ese camino, no va a curarse nunca. Don Manuel ya no es su marido, es su enfermedad. Y para combatir las enfermedades se toman medicinas, pero no esas malditas pastillas que traga todo el tiempo.

—A propósito, ¿me las has traído?

—Sí, sí, se las he traído, maldita sea. Pero hago muy mal en entrar en este juego.

—Hija mía, pero ¿qué te cuesta? Todos los farmacéuticos de la zona levantan los ojos al cielo en cuanto me ven entrar.

—Y hacen bien, lo hacen por usted. Cuántas toma al día solo Dios lo sabe.

—Ay, muchas, muchas.

—Está obsesionada. Eso se toma para los dolores.

—¿Y es que no los tengo?

—Sus dolores están en la cabeza, y usted toma medicinas para los dolores del cuerpo.

—Cuerpo, cabeza, es todo igual. Quitan los dolores.

—Pero usted sabe leer, no es como yo. Dentro de las medicinas hay una hojita que dice para qué sirven. ¿La ha leído, al menos, alguna vez?

—Claro que la he leído.

—¿Y qué dice?

—Dice estados griposos, dolores de cabeza, de las articulaciones, inflamaciones musculares…

—Pero usted esas cosas no las tiene.

—Lo dirás tú. ¿Por qué te crees que no salgo nunca de casa? No salgo porque hay días que las piernas no me tienen en pie. Sucede así, de un momento a otro, de repente no siento las piernas. Me levanto normal, voy a la cocina, me preparo el desayuno, el café, el pan, la mantequilla, como, luego voy a levantarme y no me sostienen, tengo que volver a sentarme.

—Y se toma esas porquerías.

—Y me siento mejor. Al menos, puedo volver a ponerme en pie.

—Yo hablaba de otros remedios, doña Ofelia, yo hablaba de respuestas. No nos podemos hacer solo preguntas, tenemos que darnos respuestas también.

—Demasiado difícil, Margarida. Demasiado difícil.

—La única respuesta que se da usted es la mala voluntad. Es usted como sus piernas. Y luego le digo otra cosa: ni siquiera está enamorada de su marido.

—Margarida, yo te quiero mucho y eres una buena mujer, pero a veces no sabes lo que dices.

—Si mi Carlos volviese, lo aceptaría de nuevo y estaría contenta.

—¿Y yo qué he hecho? ¿No me he quedado con mi marido?

—Usted se ha declarado en guerra. Pero una guerra extraña, doña Ofelia, una guerra que solo le hace daño a usted.

En una de las tantas noches en que Manuel Ramalhete no había vuelto a casa a dormir, Fernanda comenzó a toser en sueños. Al principio, Ofelia no hizo caso, la muchacha tenía la salud delicada, tosía todo el tiempo. Se dio

la vuelta en la cama, esperando que parase para volver a cerrar los ojos al menos alguna hora más. A pesar de que llevase ya casi un año en su casa, no había conseguido encariñarse con aquella muchacha enfermiza que tenía una mirada inquietante, como de quien ve cosas que están muy lejos. No la quería, le daba miedo. No mucho, desde luego, solo lo justo para no querer tener nada que ver con ella. Pero le habían sucedido ya tantas cosas malas que, si la temía poco, era solo porque pensaba que no podía añadir nada peor a lo que ya tenía alrededor. En cualquier caso, aquella noche Ofelia acabó por levantarse e ir a ver cómo estaba. La muchacha se agitaba en la cama sin encontrar paz, estaba toda sudada y era como si tuviese pesadillas, decía algo que no se entendía, como una especie de lamento, pero con una voz desconocida, que no era la suya. La sacudió un poco.

—Hijita, ¿qué tienes? ¿Necesitas algo?

Fernanda no se despertó, la tos le convulsionaba con espasmos fuertes el pecho.

—Dios Santo, no sé cómo puedes toser así y seguir dormida —dijo Ofelia encendiendo la luz.

Entonces se dio cuenta de que en la almohada de Fernanda había manchas de sangre, y que estaba más pálida de lo habitual, casi transparente. Y puede que fuese la impresión, o quizá una visión que tuvo Ofelia, porque la vio de verdad transparente y pudo ver incluso su interior, donde estaba toda llena de una sangre oscura y densa.

—¡Santa paz! —gritó—. Despierta, bendita seas, ¡levanta!

Pero no había nada que hacer, Fernanda parecía inconsciente. No podía llevarla en brazos porque, aunque era ligera, para ella era un peso muerto y, además, con el susto no sentía las piernas. Así que abrió el cajón de la mesilla de su marido. En realidad, no necesitaba ir a buscar en la agenda de piel roja el número que le hacía falta, pese a no haber llamado nunca, lo sabía de memoria. Llamar, en realidad, había llamado, pero solo para dejarlo sonar dos o tres veces, y colgar siempre antes de que alguien respondiera. Ahora, sin embargo, lo marcó con lentitud, respirando hondo a cada número marcado. Miró la hora. Eran las tres de la mañana.

Sonó cuatro veces. Luego, una voz de mujer pastosa por el sueño dijo:

—¿Quién es?

—Soy la mujer de Manuel Ramalhete. Dígale a mi marido que su sobrina está escupiendo sangre. Tengo miedo de que, si no se apresura a llevarla al hospital, se nos quede en el sitio.

Sentado en un banco de madera, en el largo pasillo del hospital de Todos os Santos, Manuel Ramalhete esperaba ver abrirse de nuevo la puerta tras la que había desaparecido Fernanda con los dos médicos de guardia. El reloj que tenía en la muñeca señalaba las cinco de la mañana y él llevaba ya una hora esperando. Por las ventanas del pasillo, todas abiertas, entraba el aire fresco de las primeras horas de un día de verano. Se encendió un cigarrillo y se quedó donde estaba, sin otra fuerza que la de aspirar poco a poco el humo fuerte de aquellas caladas que le parecieron más amargas de lo habitual, casi indigestas. Aunque intentó reordenar sus pensamientos, no tener miedo, la luz débil que iluminaba aquel pasillo y que parecía siempre a punto de apagarse no se lo permitió. Escuchó los sonidos, incluso los más imperceptibles, como si fuesen todos una amenaza, y uno a uno intentó alejarlos para volver al silencio. Nada debía interferir entre él y la aquella espera. Miró el reloj para no abandonarse al miedo, para dominar el tiempo. Quizá consiguió incluso dejar de pensar, aunque las imágenes no se le fueron de la cabeza. Él saltando de la cama de Maria José, vistiéndose deprisa, arrancando el coche, recorriendo el camino a casa sin siquiera verlo, entrando y precipitándose hacia la muchacha, tomándola en brazos, bajando la escalera sin sentir su peso, metiéndola en el coche, dirigiéndose al hospital, volviendo a cogerla en brazos, dándose cuenta de que se ha ensuciado de sangre, viendo cómo se la llevan. Con una mano se acarició la mancha roja de la chaqueta. «Dios, no hagas pagar a esa pobrecilla por mis pecados», pensó, y se sintió solo, desesperado e incapaz de llorar.

La puerta se abrió y salió solo un médico. También él se había manchado la bata de la misma sangre. Manuel Ramalhete se irguió sobre las piernas que le temblaban y fue a su encuentro, como borracho.

—Ha sido una crisis muy fuerte —dijo el médico—. ¿Cuándo tuvo la última?

—No recuerdo ninguna otra —respondió él casi sin voz.

—Mejor así, pero la chica está muy enferma.

—¿De qué se trata?

—Tuberculosis.

—¿Hay alguna esperanza?

—Es difícil decirlo. Para ser la primera crisis ha sido de verdad muy fuerte. Demasiado. Ahora la hemos sedado y duerme. Podrá estar aquí algún día, pero luego debe llevarla donde estén más equipados, debe llevarla a un sanatorio.

—¿Dónde?

—A Lousa, cerca de Mafra. Mañana llamaré yo mismo por teléfono al director. En estos días le haremos análisis de sangre, placas. Llevará todo al sanatorio.

—¿Puedo verla?

—Mañana, ahora venga conmigo a firmar y luego váyase a casa. Usted es el padre, ¿verdad?

—No, soy su tío. No tiene a nadie más.

Pero después de haber firmado el formulario de admisión, Manuel Ramalhete no volvió a casa. Se tumbó en el banco de madera del pasillo a esperar el día, y allí continuó dejando pasar el tiempo que lo separaba, un minuto tras otro, del momento en que volvería, por fin, a verla. Tenía los brazos cruzados tras la cabeza y, en aquellas horas, no hubo ya una sola cosa que contase para él. Con los ojos fijos en el techo, quedó como en suspenso. Luego, vencido por el cansancio, los cerró, y sin darse cuenta se quedó dormido.

—¿Quiere un café? —le preguntó la enfermera que empujaba el carrito del desayuno.

Abrió los ojos y se preguntó si aceptarlo sería buen o mal presagio.

—¿Lo quiere? —repitió la mujer.

—No lo sé, gracias —respondió casi susurrando.

Se puso en pie y sintió la cabeza confusa, las piernas pesadas como quien ha caminado durante horas. Preguntó al hombre que fregaba el suelo por la jefa de sala y, aún con su copia de la admisión en la mano, se dirigió a la habitación que le indicó, al fondo del pasillo.

—¿Qué desea? —le preguntó sin ganas una mujer sin levantar la vista de un montón de hojas que tenía sobre el escritorio.

—Ingresaron a mi sobrina anoche. Me he quedado aquí, en el pasillo, porque me han dicho que podría verla esta mañana.

—Todos ustedes tienen la misma manía —respondió la mujer—. Traen un enfermo y terminan enfermando también ustedes.

—Es que soy su tío, y la muchacha solo me tiene a mí —le dijo intentando ofrecerle su mejor sonrisa—. Se llama Fernanda Ramalhete.

—Vale, vale. Sala doce, cama número veintisiete. En el primer piso.

Subió las escaleras con la cabeza dándole vueltas. De las últimas horas transcurridas no recordaba ya casi nada y, mientras daba un paso tras otro, se decía: «¡Qué pobre alma en pena que eres, Manuel!». Y, en medio de aquella contradicción, la vio en una cama que estaba pegada a una pared de aquel pasillo largo. Aceleró el paso y, casi corriendo, preguntó a un celador por qué aquella enferma no estaba en su habitación como le habían dicho.

—¿Y yo que quiere que sepa? La llevarán a hacer pruebas.

Llegó ante Fernanda, sentía que no conseguiría mantenerse en pie.

—¿Cómo estás, hija mía? —le dijo agarrándole una mano.

—Tío, ¿qué haces aquí a estas horas?

—¿Y a qué otro sitio crees que me iba a ir cuando estás en este hospital?

—Tenías que haber vuelto a casa, la tía Ofelia estará preocupada.

—Pero tú ¿cómo te sientes?

—Mejor, mucho mejor. Ahora me llevan abajo para hacerme pruebas.

—¿Abajo, dónde?

—No lo sé, han dicho abajo. Esta tos la tengo ya hace muchos años. ¿Sabes?, un poco me lo imaginaba. Pero no importa, me curarán.

—Claro que te curarán. Faltaría más. Harás todo lo que haya que hacer. El médico que te vio anoche me ha dado ya la dirección de un lugar donde te curarán tan bien que quedarás como nueva.

—Pero ¿si no he sido nunca nueva?

—Nada de pesimismo, ¿entendido? Si uno puede curarse en un mes, con pesimismo tarda el doble. Basta con toda esta tristeza. ¿Has visto dónde te ha llevado?

En aquel momento salió de una sala un joven médico con una carpeta en la mano. Cuando vio a Manuel Ramalhete, apresuró el paso y se dirigió hacia él.

—Esta no es la hora de visita, ¿lo sabe? —le dijo con un tono casi amenazante.

—Le ruego que me perdone, es mi sobrina y la han ingresado…

—Esta es la hora de las visitas médicas. —Luego, volviéndose a una enfermera—: Acompañe a este señor a la salida. Y dígale cuál es el horario para venir a visitar a los enfermos.

Se lo llevaron con la mano de Fernanda aún en la suya.

—¡Vuelvo en cuanto pueda! —le dijo volviéndose.

La muchacha, tendida en la cama, se despidió de él con un gesto de la mano.

—Prepárame un baño —le dijo a Ofelia al entrar en casa, sin mirarla—. Tengo el tiempo justo de cambiarme, comer algo y volver al hospital.

Ofelia estaba sentada en el sillón bordando, alzó la vista hacia él solo un instante y la bajó de nuevo hacia el bordado.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Ofelia no pronunció palabra. Con la mirada baja sobre el encaje, pensó solo que, el baño, podía pedirle que se lo preparara a la desvergonzada de su amante, y luego la comida.

—Bien, veo que no te importa nada. Ni siquiera me preguntas cómo está.

—¿Cómo está? —dijo ella en tono lastimero.

—Está mal. Así es como está. Tiene tuberculosis.

Ofelia se santiguó y continuó bordando.

—¡Tu preocupación me conmueve! —le gritó furioso, arrancándole el bordado de las manos.

—Allá te las compongas, conmuévete todo lo que te parezca. Pero no creas que me va a hacer ningún efecto. Te conozco. Tú, cuando te viene bien, te sacas las lágrimas del bolsillo.

—¡No tienes corazón!

—¡Bien! Deberías saberlo. Me lo has arrancado tú. El tuyo, por el contrario, debe de haber tomado el camino errado. ¿Sabes, Manuel? Debe de habérsete bajado. Seguro que en su sitio hace tiempo que no está.

—Ni una mujer de la calle habla como tú. Te has vuelto también vulgar.

—¿También? ¿Por qué? ¿Qué más me he vuelto?

—Vieja. Y malvada.

—Y fea.

—No. Fea siempre has sido.

—Estás perdiendo el tiempo, Manuel. No hace mella. Date ese baño, come algo y luego, antes de irte al hospital, hazme el favor de llevarte los trapos de la tuberculosa. Si no lo haces tú, los quemo yo. En mi casa, no quiero vestidos infectados.

—¡Maldita seas! Espero que mueras entre los más atroces sufrimientos.

—Quédate tranquilo. Estoy haciendo lo posible por satisfacerte.

Manuel Ramalhete estalló en un llanto irrefrenable y se le echó a los pies.

—¿Por qué, Ofelia, por qué todo este odio? ¿Por qué todo este dolor?

—Debes de estar loco. Esa bruja te ha sorbido el seso.

—Pero, en un momento como este, ¿no podrías al menos concederme una tregua?

—La tregua que te he concedido tiene duración eterna.

—Pero ¿no podríamos al menos querernos un poco? ¿Ser amigos?

—¿Quiénes? ¿Nosotros dos? Apúrate, Manuel, vete con tu sobrina antes que alguien en el hospital se aproveche de ella.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Deberías saberlo. Tuviste la experiencia con la pobre Tina. Parece que a las tuberculosas se les despiertan fuertes apetitos. ¿Me lo has dicho tú o me equivoco?

Manuel Ramalhete arrancó un cuadro de la pared y lo lanzó contra la lámpara del techo, que cayó hecha añicos haciendo retumbar todo el edificio. En el piso de abajo se oyó abrir una puerta y luego una voz, en el rellano, que gritaba: «¿Qué está pasando ahí arriba?».

—Siempre has sido el mismo, Manuel, haciendo que todo el mundo hable a tus espaldas —le dijo sarcástica Ofelia, para luego recuperar el

bordado que le había quitado de las manos y ponerse a trabajar en él de nuevo.

Manuel Ramalhete se encerró en el baño, donde se lavó con agua fría. Luego se preparó dos huevos, metió la ropa de Fernanda en una maleta y salió de casa dando un portazo. Entonces Ofelia hizo pedazos el bordado, lo tiró a la basura junto con los restos de un hervido que se había echado a perder por el calor, comenzó a caminar de un lado a otro por la casa dando patadas a todo lo que encontraba y terminó por echarse en la cama deshecha, consiguiendo encontrar solo la fuerza de tragar cuatro Dolviran de golpe, sin un sorbo de agua.

Fernanda salió del hospital al cabo de una semana. Manuel Ramalhete fue a buscarla con el coche para llevarla al sanatorio de Lousa, cerca de Mafra. Durante el viaje pararon a comer en un restaurante al aire libre, desde donde se veía un riachuelo. Manuel Ramalhete se esforzaba por estar de buen humor y hablaba solo del futuro. Mirando el riachuelo, pensaba que la vida, mientras duraba, era como aquel curso y, esforzándose por sonreír por cualquier cosa, intentó entender hasta qué punto había llegado el de su sobrina, cuánto camino tenía aún por delante. Luego se dijo que no había llegado aún el momento del dolor, que para el dolor había siempre tiempo y que sufrir con tanto anticipo no tenía sentido.

El dueño del restaurante era un alemán que servía él mismo las mesas, quedándose siempre un instante en precario equilibrio antes de dejar los platos ante los clientes. Parecía oscilar. Con los pies quietos y el plato en la mano, ondeaba como si de un momento a otro se fuese a caer, pero no caía, volvía a encontrar una posición estable y, con elegancia depositaba el plato deseando al comensal buen apetito. Habían pedido pulpo a la brasa acompañado de judías verdes planas y patatas cocidas. Fernanda comía con apetito. Quien está a punto de morir no come nunca con apetito, eso cualquier médico se lo habría confirmado. La había convencido también de que bebiese un poco de vino tinto de la casa.

—Acuérdate de que con pan y vino se anda el camino —le decía repitiendo a cada sorbo un brindis—. Tómate esto como unas vacaciones en un lugar en el que el aire es bueno y te sentará bien. Cierto, te darán

también medicinas, pero tú las tienes que imaginar siempre de colores, como si fuesen caramelos, ¿me lo prometes?

Fernanda no tenía ninguna gana de contradecir a aquel hombre tan entregado, a cada cosa que decía le respondía con un ademán afirmativo de la cabeza. Y a cada sí dicho de aquella forma muda, Manuel Ramalhete se sentía encoger el corazón. La miraba, pálida como estaba, asentir y le parecía que no lo escuchaba siquiera, distante como había sido siempre, desde pequeña. Cuanto más había crecido, más niña se había quedado. Debía de haber sido el miedo lo que la había impedido crecer bien, como tendría que haberlo hecho, una niña mágica se había transformado en una muchacha hecha solo de silencios, que parecían también privados de pensamiento. Habría querido decirle: «Fernanda, ¿qué ha sido de tu atractivo?». Pero viéndola así, atemorizada, con aquella media sonrisa agrietada en los labios, comiendo de mala gana media porción de pulpo asado y bebiendo un vino que no debía de gustarle, con sus pocas cosas en una maleta que se había quedado en el coche, aparcado allí ante ellos, bajo el sol, viéndola así sin más recursos, lista para ir a encerrarse en un sanatorio del que a saber cuándo saldría, lo invadió una gran tristeza y le tomó una mano entre las suyas:

—Has sido siempre tan fascinante, niña mía.

—No digas bobadas, tío. Parezco un espantapájaros y estoy siempre callada.

—No pareces un espantapájaros y no estás siempre callada. Estás delgada porque comes poco y callas porque tienes mucho en lo que pensar. El hombre que se case contigo será el más afortunado de la tierra.

—Quién sabe. Quizá también el viudo más joven.

—No digas eso ni en broma. ¿Qué pasa? ¿Quieres que yo me muera de un susto?

—No hay nada de que asustarse, tío. Es una cosa muy natural. ¿Es posible que nadie tenga miedo de todos los siglos en los que no ha formado parte de este bendito mundo?

—Pero no se puede tener miedo de no haber estado vivo antes de nacer.

—¿Quién lo dice?

—Me asustas. Fernanda, pero ¿tú sientes lo que dices?

—¿Y tú?
—¿Por qué me respondes con otra pregunta?
—Porque para una pregunta como la tuya es la única respuesta.

El sanatorio era una construcción rectangular, de piedra oscura, que daba a un paisaje yermo. Al bajar del coche, Manuel Ramalhete intentó sonreírle, mostrarse entusiasmado con el lugar. Lo cierto es que el día no ayudaba, después de una mañana de sol, la tarde se había oscurecido, cubriéndose de nubes negras, preparadas para llover de un momento a otro. Un médico les mostró la habitación que Fernanda compartiría con otras dos chicas. Manuel Ramalhete los seguía, manteniéndose siempre un paso por detrás, como si durante aquellos primeros momentos Fernanda tuviese, sobre todo, que familiarizarse con el doctor y con todo lo que, desde aquel día, la rodearía quién sabe durante cuánto tiempo. Aunque quizá era también todo el horror que sentía hacia los hospitales, hacia lo que mantenía a los seres humanos lejos del mundo y de la vida. Aunque estaba desesperado, Manuel Ramalhete no veía la hora de marcharse. Volvería, claro, es más, iría a verla todos los meses, pero ahora necesitaba la carne de Maria José, del olor silvestre de su piel.

Mientras Fernanda hablaba con el médico, Manuel Ramalhete bajó las escaleras del sanatorio casi a la carrera, como un chaval, para ir a buscar la maleta que se había quedado en el coche. Abrió el maletero y levantando al mismo tiempo la mirada hacia el cielo. Soplaba un fuerte viento que hacía correr las nubes una tras otra. Lo invadió una felicidad llena de pesadumbre y una especie de prisa de la que ya se sentía culpable. Miró el reloj. Eran las seis de la tarde, tenía aún dos horas de luz para volver a Lisboa. Volvió a cerrar el coche y subió las escaleras. Fernanda recorría el pasillo aún con el médico, parecía que le estaba explicando los resultados de los análisis que le habían hecho en el hospital, con una especie de historial en la mano. Fernanda apoyó la espalda en la pared, la luz de aquella tarde sin sol la iluminó haciéndola más madura de lo que había sido nunca, como mayor de repente. O quizá así quiso verla él, dado que la iba a dejar sola entre gente desconocida. Desde lejos, con la maleta en el suelo, hizo un gesto con la mano. El médico lo vio y se le acercó dejando a Fernanda en la misma

posición, aunque algo más iluminada, pues al irse dejó que el rayo de luz que entraba por la ventana le diese a ella de pleno.

—Está en buenas manos —le dijo sonriendo.

—Cúremela, por favor.

—Haremos todo lo posible.

—Cualquier cosa, doctor, sin reparar en gastos.

—Aquí no hay gastos.

—Pero, si los hubiese, en fin, si gastando se obtuviesen mejores resultados…

—No lo diga ni de broma. ¿Quiere, quizá, que haya diferencias de trato entre nuestros pacientes?

—Diferencias, por desgracia, hay siempre.

—Yo intento que aquí no las haya.

—Pero ¿alguien se ha curado alguna vez?

—Por supuesto. ¿Sabe que aquí han nacido también amores? Dos jóvenes se conocieron aquí y luego se casaron. Vienen aún a verme y tienen un niño hermosísimo.

—Dios lo quiera.

—Dios no es siempre responsable de lo que sucede. En las enfermedades, cuenta también la constitución, la predisposición natural a reaccionar bien o mal.

—Y, de los análisis de mi sobrina, ¿usted qué prevé?

—Nada. Un buen médico, a veces, tiene que saber esperar con las manos en los bolsillos.

—Permita que me vaya con alguna esperanza.

—Váyase tranquilo. Desde mañana comenzaremos las curas. Le tendré informado.

—No sé cómo agradecérselo, doctor…

—Luís Miguel Costa. Pero no me lo agradezca, los médicos solo hacen su deber. Algunas veces los pacientes se curan y otras, no. Créame, no tiene ningún mérito. Y, ahora, discúlpeme, pero debo irme. Dentro de poco servirán la cena y he de terminar aún la ronda de visitas.

Manuel Ramalhete lo vio alejarse por el pasillo, con la bata abierta revoloteando a los lados como dos alas desproporcionadas respecto del

cuerpo. Luego, se volvió a Fernanda, que seguía en la misma postura, con la espalda apoyada aún en la pared, ante la ventana, algo más a la sombra por el atardecer. Volvió a agarrar la maleta y se le acercó.

—Ven, hija mía —le dijo dando un gran suspiro—. Te ayudo a poner en su sitio tus cosas.

Le hizo todas las recomendaciones posibles. Le parecía que así las cosas irían por el camino adecuado. Estaba convencido de que la aprensión mantenía lejos los males, de que había una especie de altísimo control, de que no se debía bajar nunca la guardia. Siendo despreocupado se corría enseguida el riesgo de que a uno se lo comiese vivo el destino. ¡Ay de quien no tenía miedo!, mejor fingir tenerlo. Pero él, esta vez, no tenía que hacer ningún esfuerzo. Antes de irse la abrazó apretándola fuerte contra su pecho.

—Y prométeme que comerás —le dijo conteniendo a duras penas las lágrimas.

Bajó la escalera corriendo, con el corazón que dentro del pecho se le había puesto a hacer extraños movimientos, como a temblar. Antes de abrir la portezuela del coche, levantó la mirada para ver si, desde alguna ventana, Fernanda le decía adiós. Sintió muchas ganas de volver atrás para abrazarla otra vez, pero también de huir, de volver a Lisboa antes de que estuviese completamente oscuro, de beber un vaso de vino y de cenar. Arrancó, dio marcha atrás, luego giró varias veces el volante con esfuerzo. El coche dio media vuelta sobre sí mismo y tomó el sendero arbolado del sanatorio, que lo llevaría la carretera de regreso. «Este no es momento de llorar», pensó Manuel Ramalhete mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. Cerró la ventanilla, puso en marcha el limpiaparabrisas y encendió las luces de posición.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Maria José al abrirle la puerta—. ¿Qué te han dicho los médicos?

Manuel Ramalhete entró en casa sin hablar, se sentó en el sofá y estalló en sollozos. Maria José se acomodó a su lado y lo abrazó.

—Intenta ser fuerte —le susurró al oído con dulzura—. Más de lo que has hecho no puedes hacer. Ahora come algo y nos vamos a dormir.

Pero ¿se podía comer en un momento así? ¿No era un poco vergonzoso sentir el estímulo del hambre? ¿Sentir cualquier otro estímulo que no fuese el dolor? Le dijo que no le apetecía, que no conseguiría tragar nada. Pero ella fue muy persuasiva, le dijo que no comer no ayudaba a nadie, que había puesto dos buenas lubinas al horno.

—¿Dos buenas lubinas? —preguntó él.

—Sí, dos buenas lubinas bien frescas, con patatas y ensalada. Una cosa ligera, que te entra en un momento. Te la limpio yo, ¿de acuerdo? Te la pongo en el plato ya sin espinas. La comes sin siquiera darte cuenta. Y luego te bebes un buen vaso de vino blanco. Es vino de Palmela, el que te gusta. Lo he puesto en la nevera, a esta hora debe de estar ya bien frío.

Se sentaron a la mesa y Maria José encendió una vela. Luego llenó los vasos de vino y lo invitó a brindar por la vida, que incluso en los momentos tristes seguía siendo vida, la que un buen día se acabaría y no habría nada que hacer. Razonamientos así eran gastar palabras en vano con Manuel Ramalhete. «Esta mujer es realmente excepcional», pensó levantando el vaso, y enseguida se sintió aturdido, ya lejos de aquel día horrible, presente solo en el momento que vivía, como si hubiese despedido al Manuel Ramalhete que lo había acompañado en el viaje de ida y vuelta. La sonrisa provocadora de Maria José le metía también otra prisa, pero por el momento sorbió el vino, que le pareció el mejor que había bebido nunca, y despacio, fingiendo reluctancia, se llevó a los labios el primer pedazo de lubina sin espinas que ella le había puesto en el plato. El estómago se le abrió del todo, le pareció, además, que no había comido en todo el día y, como era maestro en adaptarse a la mentira inútil, lo comentó con el aire más inocente que supo poner:

—No es que tenga hambre —dijo casi susurrando—, pero llevo todo el día sin meter nada en el estómago.

—¿No habéis parado a comer? —le preguntó ella asombrada.

—Sí, pero solo ha comido la niña. ¿Qué quieres? Yo no conseguía tragar.

—¿Y cómo te has mantenido en pie todo el día?

—No lo sé.

—Come, amor. Te lo pido, hazlo por mí.

Lo bonito del juego, entre ellos, era que ella sabía siempre, pero fingía no saber. Hábil como él, si no más, era consciente de que, para conservar a un hombre, había que saber complacerlo. ¿Qué mal había en que él quisiese mostrar un sufrimiento mayor del que padecía? Los hombres no están preparados, se sienten siempre incumplidores. Es su debilidad, pero también su fuerza cuando saben sacarle partido con astucia. Y Manuel Ramalhete era muy astuto, pero seguía siendo un hombre, así que estaba siempre indefenso ante una como ella. Quizá no conseguiría nunca arrebatárselo a su mujer y metérselo finalmente en casa, pero ¿qué importaba? Lo que cuenta es siempre la sustancia, y esa era la que tenía frente a ella, un hombre a la merced de la mujer que lo había hecho desvariar.

—¿Qué haría yo sin ti? —le dijo él ofreciéndole una sonrisita.

—¿Sin mí? —le respondió ella interrogativa—. ¡Sin mí estarías muerto!

Y rompió a reír de forma lasciva y contagiosa, de manera que con solo mirarla temblaba de los pies a la cabeza.

Después de cenar, le contó cómo había ido el día. A Maria José no le interesaba mucho el destino de Fernanda, pero se esforzó por participar. Para ella, los que nacían con alguna deficiencia eran solo un peso. En su interior deseaba que la muchacha dejase de existir sin que la cosa fuese para largo. Ella era una mujer práctica, la vida era para quien la podía saborear, cualquier otra cosa no merecía la pena. De noche, en la cama, rezaba dos oraciones rápidas. La primera para que Manuel Ramalhete se librase de la mujer, la segunda para que se le muriese pronto aquella hermana enferma que, de lo contrario, tarde o temprano, sería un problema muy serio. Si conseguía robárselo a la mujer, lo que menos deseaba era tener que vérselas con aquella pesadilla. No podía imaginar tener en casa a alguien que se movía a rastras. Sobre la cuestión de la silla de ruedas, sin embargo, Manuel Ramalhete tenía toda la razón, sería dinero tirado. El dinero hay que gastarlo en quien lo puede disfrutar. Ahora a las dos oraciones tenía que añadir una tercera. Que el buen Dios se ocupase pronto también de Fernanda, porque ella quería a aquel hombre, pero no con un lazareto a la espalda. Fernanda no iba a salir del sanatorio, de eso estaba segura. Pero el hecho de que, como le acababa de decir, fuese a visitarla al menos dos

domingos al mes tampoco le hacía gracia. Ella no tenía paciencia, perdía rápido los estribos. Aunque ahora lo estaba consolando del mal día, si esto se repetiese a menudo, ¿quién le asuguraba a ella que un buen día no le soltaría lo que de verdad pensaba? Y, mientras él hablaba con los ojos aún brillantes, a punto de llorar, ella ponía cara de circunstancias y asentía. Tenía ganas de bostezar, que el vino de Palmela era bueno y se subía a la cabeza, y cuando bostezaba se le corría todo el maquillaje. A veces, sobre todo cuando era tan quejica, Manuel Ramalhete era muy aburrido. En esencia, a ella aquel hombre le gustaba solo en la cama. No había de qué escandalizarse, la suya era una relación así, lo sabían los dos y no se avergonzaban de ello. De amor no habían hablado nunca mucho, pero, si el amor era también lo que dos cuerpos sienten cuando se encuentran guiados por las cabezas y consiguen ser tan desvergonzados como lo eran ellos, entonces, lo que los había rozado era justo eso, un gran amor querido por las estrellas. Qué aburrimiento escuchar toda aquella historia del hospital, y de los análisis y del ingreso y de lo que había dicho el médico. Ella pensaba que hablar de aquellas cosas feas traía mala suerte. Así que se levantó, mientras él aún hablaba, y fue a la cocina a buscar dos vasitos de oporto, para ver si con aquello lo convencía de terminar la velada de forma menos deprimente.

Volvió con la bandeja en la mano y el aire socarrón de quien quiere proponer un cambio de tema. En el fondo, Manuel Ramalhete no esperaba otra cosa, un día entero de tristezas había sido más que suficiente también para él. Le sonrió con ganas y, cuando ella se le sentó al lado ofreciéndole el vasito con el líquido dorado, le agarró el mentón y le dijo:

—Pero tú, que guapa eres.

Manuel Ramalhete no podía decir qué era lo que tenía aquella mujer, solo sabía que en aquel fuego se volvía loco, que a pesar de los años pasados aquel juego no era nunca el mismo, porque ella, hábil como ninguna otra, cada vez concedía algo que podía aún ir más allá. Se quedó dormido sin saber ya quién era. Ella, sin embargo, siguió despierta aún un rato, puso en orden la sala y la cocina, y luego se fumó un cigarrillo en la ventana, consciente de que todo el mundo sabía de ella lo que tenían que saber.

OceanofPDF.com

XVII

Debía de haber sido un convento aquel sanatorio. Los muros exteriores eran de piedra oscura, casi negra. Y, como un convento, estaba aislado en medio del campo. Si hubiese hecho buen tiempo, solo mirando por aquella ventana habría habido con qué pasar las horas. Pero no había dejado de llover ni un momento y, con toda aquella humedad, asomarse estaba prohibido. Ni siquiera desde detrás de los cristales, le dijeron los médicos, porque el frío le llegaría igual. Los enfermos vagaban por los pasillos, cubiertos de harapos para resguardarse del frío polar. Un lugar tan grande y sin calefacción era la peor cosa que podía haber para su salud. La única defensa era taparse con todo lo que tenían, poniéndose una prenda encima otra hasta terminar con un abrigo, casi siempre desechado por algún pariente, si no heredado de un muerto, que les hacía parecer a todos jóvenes deportados. Todos menos Fernanda, que allí dentro daba la impresión de venir de a saber qué mundo, con toda aquella ropa nueva que le había regalado el tío. «Vas al sanatorio a curarte, no a entristecerte», le había dicho unos días antes. Ella le respondió que sanatorio era sinónimo de hospital y que iba porque estaba enferma. A Manuel Ramalhete no le gustó nada oírla hablar así. Por lo que se refería a Fernanda, evitaba la palabra enfermedad y, antes de ingresarla, le compró lo mejor que había en Lisboa para una chica de su edad.

—Pero, tío, ¡no es que vaya a haber bailes! —le dijo ella estupefacta.

—¿Y quién ha dicho que no vaya a haberlos? Nunca se sabe, hay muchos jóvenes en el sanatorio. Y quién sabe si por la noche, al menos de vez en cuando, alguno tenga ganas de un poco de fiesta. Y, en ese caso, no quiero que no sepas qué ponerte.

—Es un hospital, tío.

—No, es un sanatorio.

Y ahora la miraban todos como a un bicho raro. No sabían siquiera si temerla o reírse de ella. Con todos aquellos vestidos debía de ser hija de alguien muy importante. Las jóvenes la envidiaban, la miraban con avidez, sin tener nunca el valor de pedirle nada prestado. La veían envuelta en bufandas suaves, en faldas y jerséis de lana en tonos pastel. El pelo siempre recogido con cintas de colores y esa costumbre que tenía cada mañana, después de lavarse, de ponerse un poco de perfume detrás de las orejas. Le creció tal envidia alrededor que, muy pronto, a la hipótesis de que fuese la hija de alguien importante se añadió también la de que era una granuja. Fernanda fue consciente desde los primeros días de la antipatía que provocaba, pero no le dio demasiada importancia. Había pasado toda la vida sola, incluso entre personas que la querían. Había aprendido a dominar sus sentimientos, a no elaborarlos. Quizá en el inconsciente, a lo mejor, pero del inconsciente Fernanda no sabía nada.

Pero había quien la miraba también con otros ojos. Desde lejos, cierto, e intentando que no lo viese porque, tímido como era, habría preferido arrojarse al infierno. Duarte era un muchachito de quince años poco desarrollado. Era más bajo que la media para su edad y, como todos los enfermos del sanatorio, tenía el pecho estrecho, la espalda encorvada y un color entre el amarillo y el verde, según cómo le funcionase la circulación. De lejos, sin ser notado, había empezado a fantasear con la elegancia de Fernanda. Sobre todo de noche, en su habitación, cuando le costaba dormirse si la tos lo ahogaba o ahogaba a algún otro. De noche, la tos se ensañaba, o quizá era solo lo que parecía por el silencio que la rodeaba. Y era en esas noches en las que Duarte fantaseaba con aquella chica que había llegado con una maleta llena de vestidos, como si, en vez de entrar en un sanatorio, llegase a un hotel a pasar las vacaciones. Llevaba ya interno más de cuatro meses cuando ingresó Fernanda. Las curas no hacían todavía mucho efecto, el médico había dicho que precisaban aún un poco de tiempo, Duarte se lo había oído decir mientras hablaba con su madre, la única ocasión en que esta había venido a verlo. Pobre mujer, no tenía culpa de haber venido solo una vez. Tenía otros siete hijos y vivían muy lejos. Del

padre mejor ni hablar, trabajaba todo el día en el campo. Le mandaba recuerdos con la madre, que le había llevado pan casero. Había sido una visita breve, se sentaron uno junto a la otra, y la madre le pasó una mano por el pelo húmedo y fino:

—¡Qué sudado estás, hijo mío! —le dijo.

Y el muchacho se sacó un pañuelo de la manga de la chaqueta y se lo pasó por la frente. Luego comieron un poco del pan juntos, mientras a la madre le entraban ganas de llorar, después ella se fue porque el camino era largo y tenía que volver antes de que fuese de noche. Se despidieron sin decirse siquiera cuándo volverían a verse y Duarte no durmió aquella noche. Cada vez que cerraba los ojos le parecía oír los pasos de las gallinas en casa, sentir el olor del fuego recién encendido, el olor ácido del sudor de su padre cuando volvía al anochecer del campo. Aquella noche le pareció tener mucha fiebre. Pero no llamó a nadie, metió la cabeza bajo las mantas y lloró sin que nadie lo oyese.

Si había comenzado a mirar a Fernanda había sido por los colores que vestía y porque, como él, no hablaba casi nunca. Una tarde se le acercó, se paró ante ella como para decirle algo, pero luego salió corriendo. Al día siguiente, se quedó en la cama con una tos que parecía cortarle la respiración.

Los días de Fernanda pasaban siempre iguales. Se protegía del frío de aquellas habitaciones de techos tan altos, comía poco y sin apetito, e intentaba borrar todo recuerdo del pasado. Por la mañana, al despertar, pensaba que su vida sería ya siempre así, pero se esforzaba por hacerlo sin aflicción: a lo largo de los años lo único que había aprendido era a mantener lejos el miedo. Casi todos los días le llegaba una carta desconsolada del tío. Ella la leía después de comer, sentada en su cama. Luego la rompía y la tiraba.

—¿Por qué tiras todas las cartas que te llegan? —le preguntó un día una enfermera.

—Porque ya las he leído —respondió ella.

—¿Y no las guardas como recuerdo?

—Las recuerdo.

—¿Y no te dan ganas de volverlas a leer?

—Si las recuerdo, no me hace falta.

Desde aquella vez, cuando le llegaban las cartas del tío, las metía aún cerradas en la maleta. Una mañana se dio cuenta de que alguien la espiaba. Se volvió de golpe para ver quién era, pero solo oyó pasos que corrían por el pasillo. Aquella noche sacó las cartas de la maleta, se las puso bajo la almohada y decidió que al día siguiente las tiraría sin leerlas, y que haría lo mismo con cualquier otra carta que recibiese del tío.

Manuel Ramalhete fue a visitarla por primera vez después de tres semanas. Habría querido ir antes, pero Maria José no lo había dejado.

—¿Te quieres poner enfermo también tú? —le dijo—. ¿No sabes que es una enfermedad contagiosa? Ha ido allí a curarse, en el sanatorio hay quien se ocupa de ella.

—La he tenido en casa hasta el día antes de llevarla, ¿qué crees que puede pasarme?

—Eso ya ha sido un riesgo, Manuel. Ahora es aún peor, el sanatorio está lleno de enfermos. Deberían prohibir las visitas.

—Bobadas. No tengo miedo.

—Yo, en cambio, sí.

La discusión se transformó en una pelea furibunda. Maria José le dijo que aquella muchacha no era su hija y que no tenía que ocuparse tanto de ella. Él respondió que era como si lo fuese, incluso más, y que nadie iba a criticar lo mucho o poco que se ocupaba de ella. La discusión se mantuvo equilibrada hasta que Manuel Ramalhete, cansado de tener que repetir una y otra vez lo mismo, a la enésima invitación a no ocuparse de ella como si fuese una hija, le respondió:

—Te he dicho que no es asunto tuyo, que no tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer o no en lo que respecta a mi sobrina. Nadie tiene derecho, mucho menos tú, que no eres siquiera mi mujer.

Y a aquel «no eres siquiera mi mujer» temblaron los cimientos de la casa. Maria José la emprendió primero a patadas contra las puertas, las sillas, las paredes, y luego comenzó a lanzar todos los objetos que se le ponían a tiro. Manuel Ramalhete intentó defenderse de aquella ira como pudo. Agarrando los objetos al vuelo, volvió a ponerlos en su sitio, le gritó

que se calmase o acabaría por ponerse mala. Le preocupaba la idea de que, gorda como estaba, pudiese tener una indisposición repentina, pero ella nada, continuó destruyendo todo lo que encontraba y enfadándose cada vez más. Hasta que Manuel Ramalhete se cansó, agarró el abrigo, el sombrero y, dirigiéndose a la puerta, le dijo:

—¡Me voy!

—¡Pues vete! —le gritó ella—. Vete que es mejor. Pero recuerda que, vayas a verla o no, aunque te gastes hasta el último céntimo, no servirá de nada. Está desahuciada, ¿entiendes? ¡Está muerta!

Y fue a repetírselo hasta el rellano, mientras él bajaba corriendo las escaleras, y luego le gritó desde la ventana cuando lo vio en la calle corriendo hacia el coche.

—¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Está muerta!

Y si Manuel Ramalhete, en aquel momento, hubiese tenido un fusil en la mano, se habría vuelto y habría abierto fuego contra aquella montaña de manteca que se revolvía en la ventana.

A la mañana siguiente se puso en camino de buena hora y de pésimo humor. Había pasado la noche insomne junto a Ofelia, que lo vio presentarse en casa como una furia en medio de la noche gritando contra aquella bruja. Pero ella no le dio cuerda. Estaba ya por encima de eso. ¿De qué le habría servido en aquel momento hacerse su cómplice? De nada. Se volvió de lado y continuó fingiendo que dormía, porque en aquel teatro, para entonces, se había convertido en maestra.

A esas alturas apenas sabía lo que era el sueño. Alguna vez le sucedía que se adormecía un poco, pero enseguida se despertaba de aquel sopor presa del miedo, como si dormir se hubiese convertido de repente en algo peligroso, en una especie de caída que podía terminar solo en el infierno.

Poco después del amanecer, Manuel Ramalhete se despertó, se afeitó, se puso un traje cómodo pero elegante, se preparó un café y salió hacia el sanatorio. Si hacía buen tiempo y la carretera estaba aceptable, llegaría a la hora de comer. Quién sabe, si Fernanda estaba bastante bien, puede que le permitiesen llevarla a almorzar fuera. En el coche, durante el viaje, reflexionó sobre las palabras de Maria José. No podía ser buena persona

alguien que hablaba así. El silencio de Ofelia, en cambio, era otra cosa. Ofelia era una mujer humillada, una mujer infeliz. Él no tenía la culpa, desde luego, era su naturaleza ser así, cada uno es como es. Ofelia no había nacido para ser feliz. Por supuesto, había hecho de todo para que él se sintiese culpable, pero nadie tiene nunca culpa del destino de los demás. Se habían casado y habían cometido un error. El de ella, quizá, había sido más grave que el suyo, visto que él continuaba haciendo su vida y ella, sin embargo, se había encerrado en un silencio doloroso que a saber dónde acabaría llevándola. El orgullo era un gran impedimento en la vida, un lujo que pocos se podían permitir. Bastaba mirar a la pobre Ofelia, que parecía alimentarse de orgullo como de ningún otro alimento. Lo pensaba cada mañana cuando se levantaba para ir a trabajar y ella, en la cama, no hacía ni un movimiento para evitar cualquier intercambio de palabras: «Mi vida, pero ¿de qué te sirve?». No, del orgullo no se saca nada en absoluto.

Maria José, por el contrario, el orgullo no sabía ni lo que era, ella actuaba por puro instinto e intentaba perseguir siempre lo que más le beneficiase. Es verdad, se había desahogado con palabras tremendas, pero detrás de todo aquello solo estaba su carácter posesivo, esa sensualidad sin fondo y sin límites que a él le gustaba tanto. Era como si, intentando impedirle que fuese a ver a Fernanda, intentase no hacerle perder tiempo de vida y de placer. No podía darle la razón, porque se trataba de su queridísima Fernanda, pero la entendía, vamos si la entendía. Con los papeles invertidos, él habría actuado igual que ella. Anda que iba él a soportar la idea de verla desaparecer un domingo para ir a visitar a un sobrino enfermo de tuberculosis en un sanatorio. ¿Y qué le habría importado a él un sobrino de la Zé? No le habría importado un bledo.

A veces pensaba que la enfermedad de Fernanda era la misma que se había llevado a la pobre Tina. Pero cada vida es una historia distinta, así que no había que perder el ánimo. No había que dejar por un solo instante de confiar en la buena estrella. La suya, por supuesto, no la de los demás. Él era Manuel Ramalhete, hablar era su mayor cualidad y sabía hablar con todos, también con una estrella.

Cuando llegó al sanatorio era casi mediodía. Buscó enseguida a la jefa de sala y le preguntó por el médico con el que había hablado al llevar a Fernanda. No le dijo nada más porque, en el fondo, no era más que una jefa de sala. Llevar a comer fuera a una paciente igual era lo más normal del mundo, pero pedírselo a aquella mujer podía dar al traste con todo. Para darse importancia, quizá se inventaba algún reglamento extraño y farragoso que se lo impidiera.

El médico llegó poco después. Manuel Ramalhete fue a su encuentro con la sonrisa más cautivadora que pudo sacar a relucir y le estrechó la mano con fuerza.

—Doctor, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—Estupendamente. He venido a ver a la muchacha, no se hace usted una idea de cuánto la echo de menos. Dígame, doctor, ¿cómo está?

—No ha habido aún grandes mejoras. Aunque tampoco crisis agudas, lo que es ya buena señal.

—Gracias a Dios. Pero en sus manos, doctor…, ¿cómo iba a dudarlo?

—En las mías, no, las mías pueden bien poco. ¿La ha visto ya?

—No, no me lo habría permitido. Antes quería hablar con usted, saber cómo van las cosas. Querría saber, sobre todo, si la chica se encuentra bien, si ha notado algo.

—Es una muchacha muy silenciosa. Si dijese que se ha adaptado, le estaría mintiendo. Es muy solitaria y, además, muy distinta a los demás, ¿me entiende?

—¡Y cómo!

—Se ve que tiene el respaldo de una familia con posibles. Basta mirar cómo se viste. ¿Sabe?, toda esa ropa no le ha traído muchas amistades entre las enfermas.

—Lo imagino. Pero, créame, doctor, no es oro todo lo que reluce. Soy comerciante de confección y textiles, por eso la muchacha está bien vestida.

—Entiendo.

—¿Cree que la verían con más simpatía si regalase a las demás pacientes alguna prenda?

—Yo soy médico, de esas cosas entiendo poco. Pero, si usted es comerciante de confección y textiles, es probable que sepa mucho más que yo…

—¿El espíritu femenino? Bah, no quiero vanagloriarme, pero, después de años de este complicado oficio, alguna experiencia tengo. Yo diría que ofrecer algo colorido, algo que alegre a estas mozas, no podrá hacer más que bien.

—Entonces, traiga alguna cosa la próxima vez, tiene mi autorización. Le mando llamar enseguida a su sobrina.

—Una última cosa, doctor.

—Dígame.

—No conozco el reglamento y por nada del mundo querría infringirlo, pero, dígame, ¿tendría algo en contra de que la lleve a comer fuera?

—Por supuesto que no. Haga que se abrigue bien y no la cebe demasiado con alimentos difíciles de digerir. Y, por favor, no la traiga después de las cinco. A las cinco y media pasa la visita.

—No sé cómo agradecérselo.

—No hay nada que agradecer. Hasta la vista y buen provecho. Tienen suerte, hace buen día.

Cuando la vio bajar las escaleras, le pareció cambiada. Más alta, quizá, o apenas más delgada. Una sonrisa algo irónica le curvaba los labios hacia abajo, lo que confería a la expresión del rostro cierta amargura.

Abrió los brazos hacia ella y la esperó así, sin darse cuenta de que toda aquella efusividad la avergonzaba.

—¡Aquí está mi estrella! —dijo en voz alta mientras la estrechaba contra su pecho—. Entonces, ¿cómo va?

—Va bien, tío, va bien —respondió ella soltándose de aquel abrazo.

—El médico me ha dado permiso para que te lleve a comer fuera. Debe de ser una buena señal, ¿no?

—Sí, una buena señal.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Bien. Entonces vamos a un lugar aquí cerca que conozco. Verás, Fernandinha, un restaurante de primera.

Y se dirigieron del brazo hacia el coche, fingiendo ambos una alegría que no sentían, una alegría lejana, de otros tiempos, que quizá nunca habían conocido.

Era un bonito día y, a aquella hora, casi hacía calor. Tras arrancar, Manuel Ramalhete abrió un poco la ventanilla, pero luego la cerró enseguida al acordarse de las recomendaciones del médico. Tomaron una carretera rural con el sol ya alto que, desde allí arriba, daba a todo un contorno limpio, preciso, hecho de luces y sombras que una mano firme habría podido recortar con tijeras. Se lo dijo a Fernanda dejando por un momento el volante para imitar el gesto de quien corta algo.

—Un pedazo de paisaje para llevar a casa —dijo ella.

—Sí, y colgarlo de una pared. Así, cuando vengan los días feos de lluvia, podemos sentarnos cómodamente en el sofá de la sala y decir: «Hay una luz espléndida, ¿qué dirías, querida, de dar un paseo?».

—¿Cuándo?

—¿Cómo que cuándo? Cuando nos parezca.

—No, quería decir que dentro de cuánto, porque yo ahora estoy aquí, donde no puedo…

—No digas cosas tristes, Fernanda. Tú, de aquí, saldrás muy pronto.

Se quedaron callados mientras Manuel Ramalhete conducía despacio, porque le daba el sol en los ojos y casi lo cegaba. Pero también porque no conseguía contener el dolor de toda aquella tristeza y le había venido un pensamiento que no quería tener. Se estaba preguntando si haber cerrado la ventanilla había sido una buena idea, si estar en aquel habitáculo cerrado con una tuberculosa no sería peligroso. Suspiró, pero volvió a sonreír enseguida, se pasó una mano por la frente como para simular que tenía calor y, sin darle tiempo a hablar, dijo que, con un tiempo así, uno no sabía nunca cómo vestirse, que si iba demasiado fresco, se arriesgaba a un resfriado, y abrigándose demasiado, a sudar como un pollo.

En el restaurante escogieron una mesa apartada, junto a un gran asador en el que se tostaban grandes pedazos de carne. Sin preguntarle su parecer, Manuel Ramalhete pidió para ambos carne poco hecha.

—Te sentará bien —le dijo cerrando la carta y devolviéndosela al camarero—. Carne poco hecha y un buen vaso de vino tinto. Solo puede sentarte bien, hija mía. Y, ahora, ¿qué me cuentas?

—Tengo poco que decir. Los días pasan todos iguales. Pero un lugar es lo mismo que otro, tú lo sabes, para mí no ha habido nunca demasiada diferencia.

—Sí, pero este es un lugar de paso. El médico no se ha pronunciado aún sobre la duración, pero… pero ¿cuánto crees que puede durar?

—No lo sé. A mí me da igual.

—Pero ¿cómo te sientes?

—Un poco cansada, pero bien.

—El médico dice que no has hecho migas con nadie.

—No he hecho migas con nadie en toda mi vida, ¿por qué iba a hacerlas aquí?

—Pero las amistades sientan bien a tu edad. Eres ya muy melancólica, imagina en un lugar como el sanatorio.

—¡A lo mejor me curan!

—Claro que lo van a hacer.

—No, no quería decir en ese sentido.

—Fernanda…

—Lo sé, soy aburrida y me repito. Y, sin embargo, esta vez te quiero asombrar. No he hecho migas con nadie, pero he hecho una conquista.

—¡Santo cielo! ¿Tengo que ponerme celoso?

—Por favor, es un pequeño idiota. Además, debe de ser muy joven para mí.

—Eso no tiene nada de malo. También la tía es mucho mayor que yo y, sin embargo, llevamos años casados. ¿De qué te ríes?

—De nada.

—Entonces, ¿ese pretendiente?

—Te lo he dicho, es un chiquillo. No he hablado aún con él, pero no hace más que mirarme. Es más, creo que me espía.

—Y ¿cómo es?

—Insignificante.

—¿Y por qué te ruborizas al hablarme de él?

—Porque estamos junto al fuego. También tú estás rojo.

—Pero te gusta tener un pretendiente.

—Me divierte. Aquí no hay nada que hacer.

—Entonces, habla con él. A lo mejor es simpático.

—He tirado todas tus cartas.

—¿Por qué?

—Porque me siento espiada y no quiero que alguien comience a hurgar en mis cosas.

—No hay nada comprometedor en mis cartas, son cartas de un tío a su sobrina.

—Me escribes demasiadas.

—Si es por eso, nos equilibramos. Tú no me has escrito siquiera una.

—¿Y qué quieres que te escriba? No tengo nunca nada que contar.

—Ahora piensa en comer. Estás muy flaca, hija mía.

Volvieron al sanatorio cuando el sol caía tras la colina. Manuel Ramalhete sentía una gran angustia, un peso que le encorvaba la espalda, el pecho casi sobre el volante. En el asiento de al lado, Fernanda parecía adormilada, tenía los ojos cerrados y la sien derecha apoyada contra la ventanilla. Habría dado lo que fuese por saber lo que pensaba aquella criatura. De niña parecía tener extrañas premoniciones, luego nada, como si se hubiese apagado de repente. Ahora que estaba enferma, aquella falta de empuje lo preocupaba aún más. Habría querido decirle que, para curarse, hay que quererlo, que querer es poder. Pero tenía miedo, y condujo hasta el sanatorio sin decir una palabra, volviéndose solo cada poco para acariciarla con la mirada.

Al llegar al sanatorio, recorrieron juntos el largo pasillo casi oscuro. Era tan triste aquella hora del día… Manuel Ramalhete sentía en las piernas el mal del crepúsculo. Ya los días se habían acortado, oscurecía pronto. Había comenzado aquella extraña estación en la que el día parecía aún verano, pero al ocaso se volvía otoño y de noche, invierno.

—Entonces me voy —le dijo cogiéndole la mano—. Vuelvo a verte pronto, ¿eh? Cartas no quieres, pero de verme aún tienes ganas, ¿no?

—Claro.

—Cúrate, ¿de acuerdo? Haz todo lo que te diga el médico.

—Sí, ha dicho que pronto me someterán a una terapia.

—¿Qué terapia?

—No lo sé. No lo he entendido.

—Bien. Estamos en el buen camino.

—Y tú conduce con prudencia.

—Tranquila.

La besó en la frente. Le pareció sentirla caliente, o quizá solo húmeda. Recorrió todo el pasillo sin volverse. Total, sabía que ella no estaría allí para hacerle un último gesto de despedida. Fuera se había levantado un viento fuerte que sacudía las copas de los árboles una contra otra. No le gustaba el viento cuando tomaba aquel cariz. El arranque del motor lo aisló de aquellos suspiros de la naturaleza. Luego apretó la mano izquierda sobre el volante, metió la primera con la derecha y se dejó engullir por una oscuridad prematura.

—Será un poco doloroso —le dijo el médico—. Tienes que ser una chica valiente.

—No tengo miedo de nada —le respondió Fernanda con la expresión que tenía desde que había nacido.

—Mejor así. Verás, no durará tampoco mucho.

—Que dure lo que tenga que durar, doctor.

—Esa no es una frase valiente.

—Es una frase.

—¿Eres siempre así de dura?

—No soy ni dura ni valiente, doctor. No soy nada.

—Mira que…

Pero Fernanda se había dado la vuelta y miraba el campo desde detrás de los cristales de la ventana del pasillo. Aquella mañana no se había puesto uno de los preciosos jerséis que le había regalado el tío. Se había quedado en bata como el resto de enfermas. Tenía el pelo alborotado y una mancha de café con leche en el pecho, sobre el bordado rosa pastel del camisón.

—Yo no soy tu enemigo —le dijo el médico apoyándole una mano sobre el hombro.

—Claro que no lo es —le respondió Fernanda volviéndose de golpe—. Usted no es nada mío.

—Así haces que todo sea más difícil.

—¿Para quién? ¿Para usted?

—Puede.

—Entonces es asunto suyo.

—Pasarán a recogerte dentro de media hora —dijo en voz baja el médico mientras se alejaba.

—¿Por qué? ¿No puedo ir con mis piernas? —le gritó Fernanda.

Desde que había llegado al sanatorio no había habido un día entero de sol. Quién sabe por qué llevaban a los enfermos de tuberculosis a un sitio así. No es que echase de menos Lisboa, y mucho menos vivir en casa de su tío, donde él no estaba nunca y le tocaba presenciar todo aquel dolor incomprensible de la tía Ofelia, que se estaba convirtiendo en una especie de momia. Pero al menos en aquella casita podía estar en paz, sin que la mirasen tanto. Aquel médico, además, desde hacía un tiempo parecía haberse propuesto curarle también el alma. Tenía ya dudas sobre lo que podría hacer por su tuberculosis, en cuanto al alma…, solo la idea la hacía sonreír. No sabía siquiera qué había sido de su alma. No le importaba mucho si en el sanatorio la curaban, solo quería irse, volver a sentarse todo el día en la cocina, en casa del tío, escuchando los suspiros de doña Ofelia que venían del dormitorio. El tiempo nunca le había preocupado, lo había dejado pasar sin pensar ni en los recuerdos ni en las esperas. Había presenciado todo lo que la vida le había ofrecido con indiferencia. Los domingos comiendo fuera con el padre y el tío, luego solo con el tío, los paseos en coche para encontrar un restaurante, la luz de Lisboa, el azul cegador del Tajo, los barcos, el blanco de las casas que bajaban desde el castillo de São Jorge. «¡Qué bonita es Lisboa!», le decía siempre el tío cuando, en el coche, con las ventanillas bajadas, se dirigían a Belém para comer al aire libre. Ella asentía sin pensar, sin mirar alrededor. Deseaba solo que todo terminase deprisa.

Cuando fueron a buscarla estaba sentada en la cama. Le dijeron que se desnudase y se pusiese una bata de hospital blanca que le anudaron a los lados. Luego la hicieron tumbarse en otra cama con ruedas y la llevaron por

el pasillo. Cada vez que pasaban por delante de una ventana oía el ruido de la lluvia contra los cristales. También el techo era un pasillo. Cada diez metros había un plafón con la luz encendida.

La habitación era grande y estaba iluminada. El médico se inclinó sobre ella y le sonrió. Fernanda cerró los ojos. Alguien le soltó las cintas de algodón que le habían anudado a los lados. Se quedó con el torso desnudo, el pecho elevándose despacio a cada respiración. Se dio cuenta de que, a pesar del frío, estaba sudando. Habría querido pasarse una mano por la frente, pero se las habían atado al borde de la cama. Intentó volver las muñecas. Se mordió el labio inferior.

—No tengas miedo —le dijo el médico.

Ella no respondió. La aguja le llegó a los pulmones.

Cuando abrió los ojos intentó mover la mano derecha, pero notó que estaba aún atada y la cerró de nuevo. Enseguida sintió también una especie de calor.

—Te has desmayado —le dijo Duarte sonriendo—. ¿Te sientes mejor?

Intentó responder, pero tenía las palabras prisioneras en el dolor del tórax.

—No digas nada. Verás como pasa pronto. A mí también me lo hicieron.

Siguió con los ojos cerrados mientras él seguía agarrándole la mano. Quizá se quedó dormida. Por la noche le llevaron una taza de caldo. Le dio un sorbo que se paró a mitad de camino provocándole una tos que casi la dejó sin respiración. Estaba en la cama con tres almohadas a la espalda, un gran calor en las manos, una presión insoportable en las sienes.

—Mañana intentaremos que te levantes —le dijo una enfermera.

Fernanda no dijo nada, dejó que la arropasen.

—Ahora intenta dormir.

Pero el sueño no llegó, solo aumentó el dolor del pecho y un espasmo de miedo que la aislaba de todo, como a un ahogado. Oía a las otras enfermas toser, algún lamento, luego sintió una mano que le acarició despacio la frente.

—No tengas miedo, Fernanda.

—¿Quién eres?

—Soy Duarte. ¿Dormías?

—No lo sé.

—Me quedo un poco contigo.

Se conocieron así y, al día siguiente, como si fuese ya lo natural, fue Duarte quien la ayudó a dar los primeros pasos por el pasillo. Por la mañana la enfermera de guardia lo había encontrado sentado en una silla junto a la cama de Fernanda, dormido, con la cabeza apoyada en la pared.

—Tienes que irte —le dijo—. No puedes estar en el ala de mujeres.

—Me voy cuando se despierte.

Con un gesto de reprobación, la enfermera metió un termómetro en la axila de Fernanda y continuó sus visitas.

Caminaban a pasos lentos a lo largo del pasillo en el primer día de sol desde que Fernanda había llegado.

—Mira, es buena señal —le dijo Duarte señalando el cielo.

—¿Por qué? ¿Es que crees en esas cosas?

—Yo sí. Yo creo en casi todo.

—Las cosas suceden por casualidad.

—No, está todo escrito.

—No puedes estar tan convencido de ello.

—¿Por qué?

—Porque no se ve, porque siempre hay que dejar un lugar para la duda.

—¿Y las certezas?

—Cuantas más tengas, a más desilusiones te enfrentarás.

—Yo estoy seguro de que seremos buenos amigos. ¿Puedo tener esa certeza?

—Está bien. Esa sí.

—¿Y otra?

—Depende.

—Me gusta hacer fotografías.

—Eso no es una certeza, es una predisposición. ¿Has hecho muchas?

—Sí. Y también aquí.

—¿Cómo?

—El médico me dio permiso para usar una habitación pequeña que no usa nadie. A ti te he hecho muchas.

—¿Qué?

—Sí, mientras no te dabas cuenta. Pero, si quieres, te las doy todas.

—No, me basta con verlas.

—¿De verdad quieres verlas?

—De verdad.

Duarte era algo más bajo que ella, aunque era probable que muy pronto la superase en altura. El año de diferencia que había entre ellos los hacía por el momento muy distintos. Fernanda, aunque menuda, era ya toda una mujer. Eran la expresión de su cara, los ademanes, esa manera de comportarse. Duarte no tenía siquiera una sombra de bigote, su cara redonda era aún la de un niño. Quizá fue justo por eso por lo que Fernanda se hizo amiga suya.

En los días de sol que siguieron dieron muchos paseos por el jardín. Duarte le mostró todas las fotografías que le había hecho. Alguna vez, mientras hablaban, le hacía una caricia en una mejilla intentando hacerla pasar por un simple gesto de amistad. Luego retiraba aprisa la mano y sonreía sin siquiera poder mirarla a los ojos. La encontraba guapa. Una noche, antes de despedirse de ella para ir a dormir, se lo dijo:

—Fernanda, eres muy guapa.

—No digas bobadas, soy como las demás.

—No, eres la chica más hermosa que he visto en mi vida.

—Entonces es que has visto pocas.

Aquella noche, antes de dormirse, Fernanda se vio paseando con Duarte por las calles de Lisboa. Justo un momento antes de entrar en el sueño estaban sentados a la mesa de un restaurante al aire libre, en un día de pleno verano.

Una tarde, cuando Fernanda lo vio pasar por el sendero arbolado desde la ventana del pasillo, le hizo un gesto golpeando en el cristal. Duarte no la oyó, así que abrió la ventana.

—¿Qué haces? —le preguntó sonriendo.

—Quiero hacer fotos de los árboles —le respondió levantando hacia ella una mirada emocionada—. Estoy buscando la mejor luz. Pero tú no te quedes así al aire, que hace frío. Ponte algo.

Fernanda cerró la ventana de nuevo y, desde detrás de los cristales le hizo un gesto con la mano como diciendo: espérame, que vuelvo. Fue corriendo a la cama, pero tenía tanta prisa por regresar que ni siquiera vio su bata. Así que tomó una manta de lana marrón y se la echó por los hombros.

—¿Así está bien? —le preguntó riendo.

—Así estás perfecta.

El sol pálido de las primeras horas de la tarde le daba en la frente. Duarte la enfocó y disparó una fotografía.

—No, no vale —dijo ella—. ¡Estaba feísima!

—Eras una auténtica visión —le respondió él mandándole un beso con la mano.

Bajó las escaleras a la carrera aún con la manta sobre los hombros. Cuando llegó al atrio, sentía en el pecho el ruido de muchas patadas contra una puerta. Podía contarlas de lo fuertes que eran. Se quedó un instante con una mano en la garganta para recuperar el aliento, luego se arropó y cerró los ojos, tan fuerte que veía solo una gran luz deslumbrante. El viento fresco le entró en la respiración, bajó lento hasta los pulmones. Sintió una ligera punzada donde le habían metido la aguja. Volvió a abrir los ojos y comenzó a bajar los escalones de la escalinata que llevaba al jardín.

—¡Duarte! —llamó comenzando a buscarlo—. Duarte, ¿dónde estás?

Vio una sombra que se movía detrás de un árbol:

—Duarte, ¿eres tú?

Caminó en aquella dirección llamándolo aún, mientras se le iba enfriando la garganta. Sintió que una mano la tomaba de un brazo llevándola hasta donde se movía la sombra.

—Me has asustado —le dijo con el rostro ya casi contra el suyo.

—Lo siento, no era mi intención —le respondió—. Era solo un juego.

Y se quedaron mirándose a los ojos a poquísima distancia. Dudaron indecisos. Luego, sus cabezas oscilaron, primero se tocaron sus frentes, y después, la nariz.

No fue el beso breve de dos adolescentes, fue un beso largo, de los que no tienen ganas de terminar. El beso de quien se reencuentra y tiene miedo de tener que separarse otra vez. Y después se quedaron mirándose, Duarte con la espalda contra el tronco de un árbol, Fernanda con los codos apoyados en sus hombros. Habrían podido reírse, pero no les apetecía. Y se quedaron serios, intensos, muy apasionados, en un silencio que atropellaba hasta los pensamientos.

Cuando Duarte le apartó un mechón de cabello, ella le dijo:

—Con esta manta en los hombros, debo de parecer una refugiada.

—¿Quién, tú? Nunca. Estoy seguro de que será mi fotografía más bonita. Esta te la quiero regalar.

Y luego volvieron de la mano al sanatorio, porque el sol estaba y no estaba, y cuando desaparecía tras una nube de paso, el viento enseguida se hacía frío.

—Nos tomarán el pelo —dijo Duarte.

—¿Quién? —le preguntó Fernanda.

—Todos.

—¿Y te importa?

—A mí, no. ¿Y a ti?

—¡Qué va! Para mí el mundo no ha existido nunca.

—Fernanda, es mejor que aclaremos enseguida algo. Para mí esta historia no es un juego. Desde este momento tenemos que comenzar a pensar en el futuro. En cuando salgamos de aquí.

—Solo hace dos meses que entré.

—Yo, sin embargo, llevo mucho en el sanatorio, y parece que estoy a punto de salir.

—¿Cuándo?

—Dicen que pronto.

—Duarte, ¡qué bien! Entonces ¡estás curado!

—Sí.

—¿No estás contento?

—No mucho. ¿Qué será de nosotros?

—Esperaremos. Me esperarás.

—Júramelo.

—Júramelo tú. No soy yo la que se va.

—Fernanda mía, pensaré solo en ti.

—Nos escribiremos.

—Sí, una carta cada día.

—Y, luego, también yo saldré de aquí.

—Y, entretanto, buscaré un trabajo. Así, cuando salgas, podremos casarnos.

—¡Cuánto corres!

—Me lo ha enseñado la enfermedad. He entendido que es mejor darse prisa.

—Pero un poco de tiempo tendremos también nosotros, ¿no?

—Sí, pero buscaré enseguida un trabajo.

—Duarte, no eres aún siquiera un hombre y…

—Pero he aprendido a correr. Escucha, Fernanda, solo importa una cosa.

—¿Cuál?

—Saber si te quieres casar conmigo.

—Quiero casarme contigo, Duarte, y quiero curarme deprisa, aunque antes de conocerte no me importaba nada hacerlo.

—Entonces, está todo planificado. Yo llevo aquí seis meses. Tú ya llevas dos, digamos que te quedan cuatro. Yo no soy de Lisboa como tú, pero, si quieres, en cuanto salga de aquí, iré y buscaré allí un trabajo. He tenido tanto miedo de morir aquí dentro que no tendré miedo de vivir cuando esté fuera.

—Ya, ¿de dónde eres? No te lo he preguntado nunca.

—Nací en Ponte de Lima, en el norte.

—Entonces, busca trabajo allí. Lisboa es seguro mucho más bonita que ese Ponte de Lima que dices y donde no he estado nunca. Pero de Lisboa no tengo buenos recuerdos y ahora quiero que sea distinto, Duarte, quiero que sea todo nuevo, ¿entiendes?

—¿Y si Ponte de Lima no te gusta? No es que haga siempre el bonito sol de Lisboa. Se parece más a esto.

—Busca el trabajo en tu ciudad. Duarte, búscalo y luego iremos allí juntos.

Aquella noche ninguno de los dos pegó ojo. El insomnio de Duarte fue de los que permiten hacer muchos proyectos y no dan a la noche siquiera el tiempo de pasar. Para Fernanda, en cambio, las horas fueron las de siempre, es más, puede que incluso más lentas y sofocantes, porque, dentro de ella, hubo todo un surgir del pasado que una sola noche no podía contener. Estaba boca arriba, con los ojos abiertos en la oscuridad, y a medida que volvía atrás los años se le depositaban uno tras otro sobre el pecho para empujarla contra cada dolor antiguo. Y fue como si la dura costra dentro de la que había vivido tanto tiempo se despedazase de repente, como sucede con algunos dulces, o a los muñecos de terracota que entran en el horno perfectos y, por una distracción del alfarero, salen más débiles porque el exceso de calor los ha desconchado. Fue durante aquella noche cuando Fernanda lloró la muerte de su madre, a la que no había conocido, por el dolor de su padre, que se había quedado solo, por la niña inadaptada que había sido ella, que se había protegido echando sobre cada cosa un silencio del corazón denso como el alquitrán. El ala de los hombres, al otro lado del sanatorio, aquella noche sin sueño le pareció lejanísima, y de la desconocida felicidad que la esperaba no consiguió siquiera disfrutar un pedacito.

A Duarte le dieron el alta la semana siguiente. Intentaron ambos despedirse con alegría, bromeando sobre aquella separación como si ni siquiera les importase. Se lo había dicho Duarte:

—Escucha, vamos a fingir que no somos nosotros, ¿de acuerdo?

—¿Qué quieres decir?

—Que actuemos, que finjamos que somos actores, como si esta fuese la escena de una película.

—Pero yo no sé actuar.

—Pues eso es lo divertido.

Pero de divertido no tenía, la verdad, mucho. Duarte, antes de irse, le regaló la fotografía que le había hecho en la ventana, la de la manta sobre los hombros. Al verla Fernanda quedó desconcertada. ¿Era de verdad ella aquella chica que sonreía? En ninguna de las pocas fotografías que tenía se

había visto así. Quiso sacar su fuerza de esa sonrisa. Entró en el papel de la actriz, respondió a las frases de él con énfasis y, entre una réplica y otra, consiguió incluso reír de forma convincente. Una ambulancia lo llevaría a la estación más cercana, a la que sus padres irían a recogerlo.

—Una ambulancia, ¿te das cuenta? —le dijo él riendo—. Suerte que no soy supersticioso.

—Bah, aquí se llega en ambulancia. Es natural irse también en una.

Se despidieron en el atrio. Fernanda prefirió no verlo subir a aquella ambulancia. Estaban allí mirándose a los ojos y sujetándose las manos sabiendo que no podrían aguantar durante mucho más aquel juego de los actores. Si el momento de la despedida se alargaba, volverían pronto a ser dos adolescentes asustados por todo lo que los esperaba y que no podían siquiera imaginar. Pero justo entonces el médico pasó por allí, se paró junto a ellos y dijo con tono alegre:

—Muchachos, que esto no es un adiós.

—Claro que no lo es —respondió Duarte—. Doctor, ¿sabe usted guardar un secreto?

—Sé guardarlo, sí, pero os advierto que lo vuestro lo sabe ya todo el sanatorio.

—Pero si yo no iba a decirle eso —dijo Duarte sonriendo.

—Y, entonces, ¿qué?

—Doctor, esta muchacha cúremela pronto. Pero haga todo lo posible porque, en cuanto esté curada, la vengo a buscar y me caso con ella.

—Prometido —dijo el doctor abrazándolos a ambos—. Pero quiero que me invitéis ahora mismo a la boda, ¿entendido?

Fernanda olvidó por completo todo lo que se dijeron después, fue como si, de repente, no tuviese ya oídos. Todo se confundió, giró, y solo se dio cuenta de que Duarte se había ido porque no estaba ya ante ella y la puerta principal del sanatorio se había abierto y vuelto a cerrar, y allí donde ella se había quedado solo estaba el médico, que le acariciaba despacio la cabeza y le decía que no llorase. ¿Llorar? ¿Quién lloraba? Se quedó un instante mirándolo a los ojos con la expresión de desafío de los primeros días, pero luego, antes de irse corriendo, sintió que las lágrimas le caían de verdad una

tras otra por las mejillas y, entonces, mientras corría, se esforzó por soltar una carcajada, que habría querido que fuese argentina, de gran actriz, y no rota y desesperada como la sintió en los oídos.

Tras la marcha de Duarte, toda aquella felicidad imprevista pareció extinguirse. Fernanda no era capaz de encontrar el buen humor en los recuerdos, no sabía siquiera por dónde empezar. Le parecía incluso que recordar hacía la tristeza más profunda. Metió la fotografía que le había dejado Duarte en el cajón de la mesilla. Por miedo a que aquella sonrisa suya llegara a consumirse, no la miraba siquiera. Era como si la vida de aquella fotografía estuviese vinculada a la suya, y ella no quería contagiarle el desánimo, no quería correr el riesgo de encontrarse entre las manos a una Fernanda que ya no sonreía.

Esperaba que los días pasasen. Contaba las horas y los minutos que la separaban de Duarte, pero no los que quedaban hasta el día en que volvieran a verse, porque de aquellas horas y aquellos minutos no podía tener idea, sino desde que no lo veía, y todo aquel tiempo acumulado la hacía sentirse mal. Tenía la impresión de que los días fuesen solo una adición y, de repente, de un momento a otro, percibió el paso del tiempo como un miedo que siempre había caminado junto a ella.

Por la mañana, a la hora en que podía llegar el cartero, se colocaba tras los cristales de la ventana. Pero no llegaba nunca nadie. Si no hubiese tenido vergüenza, le habría preguntado al médico cuánto podía tardar una carta de Ponte de Lima al sanatorio. Fue a calcular la distancia en un mapa de Portugal que había colgado en el atrio. La recorrió caminando con los dedos. Ni siquiera tres pasos. Queriéndolo, podía ser también un único salto.

Un domingo por la mañana llegó el tío lleno de regalos que ella no abrió.

—Pero ¿no tienes curiosidad? ¿No los quieres ver? —insistió él.

—Lo haré esta noche, cuando te hayas ido. Así me harán compañía —le dijo Fernanda asombrándose de una respuesta tan diplomática.

El tío, en cambio, con aquel pensamiento se conmovió, la abrazó y le pidió disculpas. Durante las horas que pasaron juntos, Fernanda intentó

conservar una única expresión en el rostro, la más neutra. Lo escuchaba sin oírlo, pero eso no la preocupaba. El tío era capaz de hablar solo sin siquiera darse cuenta de a quién tenía delante, bastaba hacer algún gesto afirmativo con la cabeza, dejar caer aquí y allá algún breve comentario, lo más breve posible, quizá una sola palabra, en fin, lo mínimo que le garantizase que le estaban escuchando. Pero aquel domingo por la mañana, por primera vez, Fernanda se sintió culpable. El pobre tío, que había hecho tantos kilómetros para verla, que había renunciado a una de sus comidas fuera con aquella misteriosa Maria José que tanto hacía sufrir a la pobre Ofelia. Pero estaba ya lejos de todas aquellas historias, le parecían de otro mundo. El tío hablaba, hablaba y, cada poco, como un mago, sacaba algún otro paquete. Aun al final, cuando se despidió antes de volver a irse, sacó otro del coche.

—Creías que ya no había más, ¿verdad? —le dijo antes de arrancar.

Y ella le respondió que no, que pensaba, de hecho, que no había más, pero que él siempre conseguía sorprenderla.

Y así el tío se fue contento, le tomó una mano y se la puso en el pecho, y los ojos se le llenaron de lágrimas, como si con aquella mano Fernanda hubiese apretado el botón del llanto. Cuando vio el auto alejarse por el sendero, dio un suspiro de alivio. ¡Demasiadas horas sin poder estar en paz con su tormento! Ahora, por fin, podía volver a desesperarse sin pudor. Le daba una extraña sensación aquel concepto: sin pudor. Jamás habría podido atribuírselo a sí misma. Se sentó en la cama mientras las otras chicas hablaban entre ellas. Ni siquiera las oía. Después de haberse ido Duarte, le habían hecho alguna pregunta maliciosa, pero luego, visto que de aquella muchacha no se podía sacar nada, se habían cansado de aquel romancillo y, si alguna vez le dirigían aún la palabra, era solo para decirle que, de cerca los jóvenes están llenos de prisas, pero de lejos…, ay, de lejos era mejor no pensar siquiera en ello.

—Fernanda, ese ni siquiera se acuerda ya de ti. Te ha olvidado a base de bien.

Pero ella no decía nada, seguía en silencio. Cada día esperaba aquella carta que no llegaba. Qué boba había sido, no le había pedido siquiera la dirección. Pero el médico debía de saberla. Bastaría ir a pedírsela y se la daría. Por favor, ni por asomo, ¡qué humillación!

Y con todos aquellos pensamientos se olvidaba de comer y de dormir, y ni siquiera se daba cuenta del peso cada vez más fuerte que le oprimía el pecho, como si la respiración no fuese ya la suya. Había comenzado a toser de nuevo. Sobre todo de noche, aunque lo hacía bajo la almohada para que nadie la oyese.

Pasaron los días, las horas, los minutos, que ya eran demasiados. Había perdido la cuenta.

Fue a la hora de la comida. Fernanda comenzó a toser tan fuerte que, al final, vomitó sangre en el plato. Se la llevaron de urgencia porque había perdido el sentido. La fiebre era altísima y el pulso débil. La aislaron y le pusieron la mascarilla del oxígeno. Se quedó en observación dos días. Luego se recuperó, la hicieron levantarse, beber un caldo, habló con el médico y logró incluso hacer algún chiste. Sin que se lo pidiese, el doctor le dijo que el correo gastaba a menudo bromas pesadas por aquellos lares, una carta podía tardar hasta más de un mes en llegar. Fernanda sonrió y lo tomó de una mano.

—Usted es bueno, doctor. Si no le molesta, querría pedirle disculpas.

—¿Por qué, chiquilla?

—Usted lo sabe, pero, si quiere, se lo digo. Le pido disculpas por no haber sido nunca lo bastante amable.

—No digas bobadas. No te has portado nunca mal.

—Puede que usted no se haya dado cuenta, pero yo sí.

—No merece el pensamiento.

—Querría pedirle un favor. ¿Me lo hará?

—Claro.

—En el cajón de la mesilla hay una fotografía mía. Querría que se la enviase a mi tío. ¿Sabe?, querría darle una sorpresa.

—La envío hoy mismo.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—¿Quién puede decirlo?

—Pero no muchísimo, ¿verdad?

Pasó el resto del día durmiendo sin sueños. Una enfermera comprobaba cada media hora la respiración y el pulso. También el médico pasaba a

menudo. Levantaba la sábana y miraba aquel cuerpo menudo y sin fuerza. Luego la bajaba y sacudía la cabeza.

—Tenemos que hacer lo posible para que no tenga una recaída —le dijo a la enfermera que haría la guardia de noche—. Hoy tengo que pedirle que no descanse siquiera un momento. Hágase un café fuerte. Para cualquier cosa, incluso la más banal, no dude en llamarme.

La enfermera controló a Fernanda cada media hora. Cada vez le tomaba la fiebre y el pulso. Le costaba respirar, pero lo hacía regularmente, y los latidos del corazón, aunque débiles, entraban dentro de lo normal.

La encontró muerta a las cinco de la mañana, con la cabeza girada hacia la puerta y la almohada toda empapada de sangre.

El funeral de Fernanda se celebró en la iglesia de Nossa Senhora da Graça. La mañana en que había muerto, el médico llamó por teléfono a casa de Manuel Ramalhete. Le contestó Ofelia después de solo dos timbrazos.

—Mi marido no está —dijo—, pero, si es urgente, dígamelo a mí; sé dónde encontrarlo.

Y así, por segunda vez en su vida, marcó aquel número. Naturalmente, fue Maria José la que respondió, pero aquel día Ofelia no tuvo el valor de ensañarse.

—Dígale a Manuel que su sobrina Fernanda ha muerto esta mañana a las cinco, en el sanatorio.

En el funeral, estaban solo Manuel Ramalhete y su esposa, Ofelia. A Julieta no la había avisado siquiera. Si no lo había hecho, no había sido por delicadeza hacia aquella pobre criatura, no la había avisado porque no la quería en medio. No habría soportado la idea de saber que el cuerpo de Fernanda estaba en el ataúd viendo a aquella infeliz de su hermana aún entre los vivos.

Durante el sermón, el sacerdote definió a Fernanda como un ángel que Dios había querido llamar a su lado. Manuel Ramalhete, al oír aquellas palabras, habría querido ponerse a gritar, pero ante la expresión iluminada de su esposa, se limitó a apretar con fuerza el extremo de madera del reclinatorio. Y quizá no fue por la fuerza de la desesperación, quizá fue solo porque estaba ya podrido desde hacía tiempo, pero al final de la misa tenía

en la mano aquella esquina de madera. Se había desprendido sin hacer siquiera ruido y Manuel Ramalhete, que no había dejado de llorar en ningún momento, se la metió en el bolsillo antes de salir de la iglesia siguiendo el féretro.

En el cementerio, cuando lo vio bajar a la tierra, cayó de rodillas al borde de la fosa junto a Ofelia, que inmóvil, impasible a cualquier dolor, presa solo de los vórtices de sus obsesiones, no se daba ya cuenta de lo que sucedía. Tenía los ojos vueltos hacia arriba, pidiendo al Señor que tuviese piedad de toda su vida, intentando mantenerse derecha sobre aquellas piernas cada vez más hinchadas y que le dolían tanto. Le envolvía la cabeza un pañuelo que se había olvidado de atar bajo la barbilla. No notó que el viento se lo arrancaba. «Que Dios tenga piedad de mí y castigue a los pecadores», decía ahogada por su dolor antiguo. Pero, aunque antiguo, hacía aún tanto daño en todas partes que Ofelia, sin pensar y mientras seguía mirando el azul de un cielo sin nubes, metió una mano en el bolso, sacó tres Dolviran y se los llevó a la boca para tragarlos junto con su saliva amarga.

Manuel Ramalhete echó sobre el ataúd de Fernanda una corona de flores blancas y una carta aún cerrada que le había dado el médico, diciéndole que había llegado el día después de su muerte. ¿Con quién compartiría aquel dolor inmenso? Para Maria José, aunque no se lo confesaría nunca, la muerte de Fernanda debía de ser un alivio; Ofelia vivía ya en su mundo, y en su hermana Julieta no quería siquiera pensar: la insensibilidad de Manuel hacia los males de los demás, es más, la repulsión hacia el mal de aquella pobrecilla, se lo impediría hasta el final de sus días. No lo compartiría con nadie. De ahora en adelante podía comenzar a llevar la cuenta de sus muertos. El padre que casi no recordaba, la madre, la hermosa cuñada, el hermano y ahora su queridísima Fernanda, su estrella.

Desde el cementerio Dos Prazeres, Manuel Ramalhete y Ofelia volvieron a casa en tranvía sin dirigirse la palabra. Manuel Ramalhete miraba al frente sin ver nada. El sol estaba ya alto en el cielo azul de Lisboa y se había comido todas las sombras. Sin la sombra amable que sigue o precede los pasos de quien camina, la sombra que acorta y alarga las figuras humanas de esta tierra, era como si ya estuviesen todos muertos.

En el zaguán, Manuel Ramalhete se quitó el sombrero y se dirigió despacio a las escaleras de los dos pisos que lo llevarían a casa. A su espalda oyó que Ofelia trajinaba con algo, un ruido metálico y familiar que, en aquel momento, sin embargo, no le recordó nada.

Abrió la puerta y se dejó caer en el sofá. Poco después entró también Ofelia, que la cerró despacio a su espalda.

—En el buzón había este sobre para ti —le dijo, dándoselo.

Manuel Ramalhete lo tomó distraído. Miró asombrado su nombre, su dirección. Entonces, casi por inercia, volvió el sobre para ver quién lo mandaba, pero no había nada escrito. Ofelia le dio el abrecartas de cristal que Manuel Ramalhete, un día, había traído de un viaje. Lo vio meter la punta transparente en la parte de arriba del sobre, cortarlo sin rebabas, extraer una fotografía, apoyar la cabeza en las manos y quedarse así hasta que cayó el sol.

Se levantó de repente y salió de casa sin decir una palabra. A su vuelta, se dirigió directo al dormitorio, abrió el armario y comenzó a sacar todas sus corbatas.

—¿Qué haces? —le preguntó Ofelia desde la cama.

—Las tiro.

—¿Todas?

—Sí, todas.

—¿Y cuáles te vas a poner?

—Estas que he comprado —respondió Manuel Ramalhete echándolas a su lado.

—Pero son solo tres y son todas negras.

—Negras, sí. Desde mañana, durante el resto de mi vida, llevaré solo corbatas de luto.

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

XVIII

Maria do Ceu estaba buscando el termómetro para Ofelia cuando abrió el cajón de la cómoda de la sala. No le habría prestado atención si hubiese estado cerrado, pero aquel cuadernito de tapas negras estaba abierto. Era el libro de cuentas de Manuel Ramalhete, Maria do Ceu lo veía trajinar con él de continuo, era como una manía suya. En casa era más bien avaro y tenía la costumbre de anotar cada descargo con la fecha, la cifra y la razón del gasto. A menudo añadía un comentario personal. Aquel día Maria do Ceu leyó:

> Este mes, en la niña, hemos gastado la friolera de 2500 escudos. Si seguimos así, no sé dónde vamos a ir a parar.

Maria do Ceu encontró el termómetro y cerró el cajón. Llamó bajito a la puerta del dormitorio de doña Ofelia.

—Entra, hija, entra —dijo Ofelia con un hilo de voz.

—Me había pedido el termómetro, madrastra.

—Sí, querida, déjalo ahí mismo, en la mesilla.

—¿Voy a hacer la compra?

—Sí, hija, el dinero está en la caja marrón, como siempre.

Maria do Ceu se puso deprisa el viejo abrigo dado la vuelta ya tres veces y escapó de casa entre lágrimas, corriendo con todas sus fuerzas por la rua Leite de Vasconcelos, tan veloz que las lágrimas no tenían tiempo de rodarle por las mejillas que antes escapaban volando.

No iba en dirección al mercado, corría hacia una casa de Alfama donde su madre tenía el encargo de limpiar las escaleras y donde, por aquel

trabajo, le dejaban en el sótano una habitación para dormir.

La encontró inclinada, con el trapo en la mano, frotando con tanta fuerza que ni siquiera la oyó llegar a su espalda. Solo se dio cuenta cuando, desde atrás, la hija la abrazó con tal violencia que por poco no la ahoga.

—¿Qué pasa? —le dijo—. ¿No vas a hacer la compra? Hoy es sábado, ¿no?

Pero Maria do Ceu no lograba siquiera hablar, gemía apretándose al pecho de su madre, la abrazaba y la besaba.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Por qué lloras?

—Nada, pero es que no quiero estar con ellos. Quiero vivir contigo.

—¿Y dónde, hija mía? —le dijo Margarida secándole la cara—. ¿No ves cómo vivo? Con ellos puedes ir a la escuela, te darán un futuro. No tienen hijos, lo poco que tienen te lo dejarán todo a ti. Y además te quieren mucho.

—Don Manuel no me quiere.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo he visto escrito. En su cuaderno ha anotado que este mes ha gastado ya 2500 escudos en mí.

—Que escriba lo que gasta no quiere decir que no te quiera. Hay quien tiene necesidad de escribir algunas cosas y quien no. Don Manuel está un poco apegado al dinero, pero no es mala persona.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? ¿No has visto cómo hace sufrir a doña Ofelia?

—Ceuzinha, solo tienes catorce años, ¿ya quieres juzgar?

—Doña Ofelia no se ríe nunca, está siempre triste. Y don Manuel no vuelve casi nunca a dormir.

—No entres en esas historias.

—Y tú vuelve a traerme contigo.

—¿Adónde? ¿A este agujero de sótano? ¿Sabes que de noche me pasean por encima los ratones?

—Entonces le diré a doña Ofelia que también tú tienes que venir a vivir con nosotros.

—¡Solo nos faltaba eso! ¡Hale! Ahora vete a hacer la compra. Mañana es domingo y estaremos juntas todo el día. Una señora a la que voy a

plancharle me ha regalado un buen pedazo de bacalao. Lo he puesto ya a remojo para comerlo mañana. Quería darte una sorpresa, pero visto que está usted tan triste, mi querida señorita… Ahora vete, haz la compra y no te olvides de nada. Y luego, por favor, haz un poco de compañía a esa pobre mujer que está siempre tan sola.

—Pero no sé qué decirle. Doña Ofelia no hace otra cosa que rezar y suspirar.

—Tienes que tener paciencia. Ha tenido muchos problemas.

—Tú has tenido más que ella.

—Eso no es cierto. Yo te he tenido a ti. Y, además, no todos somos iguales. Tampoco los dolores se pueden medir en una balanza o con un metro, ¿sabes? Cada uno tiene la carga que puede soportar.

Margarida sacó del bolsillo un pañuelo, secó la cara de su hija y bajó con ella las escaleras para acompañarla a la calle. Se abrazaron, luego Maria do Ceu se fue corriendo y Margarida se quedó mirándola en el portal hasta que, al fondo de una cuesta, la hija giró a la derecha y desapareció. «Dios mío —dijo santiguándose—, gracias por este consuelo que me has querido dar».

Después de la muerte de Fernanda, Maria José, aunque no lo admitió nunca, sintió un grandísimo alivio. Desde luego, el humor de Manuel no era de los mejores, pero ella lo conocía como nadie: dentro de aquella cabeza, en lo más hondo, los dolores se consumían aprisa. Era en la superficie donde se quedaban, en cosas como aquella teatralidad de las corbatas negras que, estaba dispuesta a apostar un ojo, sería capaz de llevar hasta la tumba. Tarde o temprano se acostumbraría a la idea de que estaba muerta, eran, seguro, mucho peores los altibajos del cómo estará y de cuándo tengo que ir a verla, privándola a ella siempre del domingo, que se veía obligada a pasar en casa sola, como mucho bajando sobre las cinco de la tarde a merendar en la cafetería de enfrente, donde encontraba siempre a los mismos. El problema era que la muerte de Fernanda había reavivado de improviso también las iras de Ofelia. Le decía que incluso de luto era un sinvergüenza; que, si de verdad sufría como decía, tendría que, al menos durante un tiempo, guardar un poco la compostura.

—Eres la comidilla de todos —le decía Ofelia—. Todo el barrio se ríe de nosotros.

—¿Por qué? ¿Ahora también se ríen porque estamos de luto?

—Hay lutos y lutos, Manuel. Tú no lo respetas.

En cierto sentido, lo que preocupaba a Maria José era que Ofelia hubiese recobrado vida. Parecía que de repente, tras la muerte de Fernanda, le hubiese vuelto el don de la palabra. En su corazón temía que pudiera ganarse al marido por agotamiento. Además, su historia duraba ya mucho, y los años, a medida que pasan, se llevan el aroma de la novedad. Sabía muy bien que, durante sus viajes de trabajo, Manuel no se privaba de nada, pero a aquellas momentáneas alegrías daba el peso que merecían: un poco de ardor de estómago y algún *pasteis* de más, que no dejaba de ensancharle la cintura.

La idea se le ocurrió una noche que estaba sola y miraba a los gatos por la ventana. Una mujer con pinta de bruja había bajado a la calle a alimentarlos. No conseguía de verdad entender cómo la gente podía querer a aquellos horribles animales. A ella, solo con oír sus maullidos, le daban escalofríos. No era que los perros le gustasen, pero al menos no se veían tantos. En esto, mientras la mujer daba de comer a aquellas almas malditas, vio bajar por la calle a una niña llorando, acompañada por la madre. Las dos mujeres comenzaron a hablar, y Maria José las escuchó:

—¿Qué le pasa a la niña? —dijo la que daba de comer a los gatos.

—Una tragedia, doña Catarina, hace tres días que se le murió el gatito y, desde entonces, es un alma en pena.

—Pobre bicho, y ¿cómo murió?

—No lo sabemos, solo dejó de comer y se nos fue. Igual era demasiado pequeño.

—Seguro, hasta cierta edad tienen que tomar leche de la madre.

—Y por eso ahora me toca sacarla a pasear a menudo. Le dan unos berrinches que no sé qué hacer. Lo único es llevarla fuera un poco y hacerla caminar. Así, al menos, se cansa y luego consigo que se duerma.

—O podría buscarle otro gato —dijo la mujer guiñando un ojo a la niña, que dejó enseguida de llorar.

—Sí, mamá, otro gatito, sí, mamá.

—Si vienen conmigo, justo a la vuelta de la esquina, junto al local del barbero, hay un cajón grande que hemos arreglado él y yo. En resumen, dentro hay tres gatitos ya bastante grandes con la madre.

—Sí, mamá, ¡sí! —comenzó a gritar la niña brincando.

—No cuesta nada ir a verlos —añadió la mujer guiñando de nuevo un ojo a la niña.

Y así Maria José las vio alejarse y desaparecer a la vuelta de la esquina, mientras aquel hato de gatos famélicos se peleaba por los restos de la bruja. Se encendió un cigarrillo, se sirvió un poco de oporto en un vasito y volvió a apoyar los codos en el alféizar. Quien pasase por la calle no podía evitar mirarla. Era tan grande que llenaba el hueco de la ventana. Y, además, siempre colorida como una peladilla, con aquellos enormes ojos verdes pintarrajeados, y las cejas dibujadas con un lápiz rojo, los labios carnosos recubiertos de carmín hasta parecer esmaltados. Nadie, hombre o mujer, podía evitar mirarla y quedarse como hechizado. Parecía de mentira, salida de un cuadro, del escaparate de una pastelería, y su carne olía justo como un dulce de vainilla recién salido del horno. Ella sabía que causaba un efecto extraño, sabía que había en ella algo que atraía a los hombres como moscas al azúcar, y que las mujeres, aunque de otra forma, quedaban también arrobadas, como si de repente se sintiesen a merced de una gran fuerza, o mejor, percibiesen hasta qué punto podía ser irresistible el poder de una mujer.

Maria José seguía deleitándose en su atractivo cuando vio a las dos mujeres y a la niña asomar de nuevo por la esquina. Las dos mujeres charlaban en voz baja, la niña sonreía con un gatito atigrado entre los brazos.

«¿Y por qué no?», se dijo.

La breve presencia de Fernanda en casa de Manuel Ramalhete había distraído mucho a su mujer, Ofelia. Aunque podía parecer que no, aquella muchacha había llenado un espacio, un vacío que ahora alguien tendría que colmar. Era una chica melancólica, taciturna, poco efusiva, pero era una presencia. En resumen, era el gato de doña Ofelia. Y, entonces, si cuando se moría un gato se adoptaba otro, ¿no se podía hacer lo mismo con las niñas?

Unas noches más tarde, a la hora de cenar, esperó a Manuel Ramalhete vestida como una bombonera. Había preparado un *bacalhau espiritual* y muchas verduras cocidas. Se sentó a esperarlo en la butaca con un vasito de vino de Madeira: para la ocasión abrió una botella de Henriques & Henriques y paladeaba el líquido dorado coincidiendo con el placer del esófago. Cuando oyó que metían la llave en la cerradura, se puso en pie y fue a su encuentro con una expresión apasionada, a la vez que afligida.

—¿Qué sucede? —le preguntó Manuel Ramalhete mientras ella se le echaba encima llorando.

Pero no quería decirle nada, le pidió perdón y se secó los ojos diciendo que la cena estaba lista y que era mejor sentarse a la mesa. Manuel Ramalhete elogió el bacalao a cada bocado, le dijo que era la mejor cocinera que había conocido nunca. Ella le daba las gracias bajando la mirada y esbozando sonrisitas poco convincentes. Aunque tenía mucho apetito, Maria José comió con moderación y, de vez en cuando, suspiraba. Al final de la cena, cuando se fueron a sentar en el sofá, Manuel Ramalhete le dijo con aire preocupado:

—Pero ¿me quieres decir qué te aflige tanto? ¡No has comido casi nada!

—Tengo un peso, Manuel. Un peso justo aquí, en el corazón —respondió ella llevándose una mano al pecho.

—¡Habla, bendita mujer! No hagas que me alarme.

—Estoy preocupada por nosotros, te veo cansado, distraído.

—No digas bobadas, no ha cambiado nada.

—No es verdad. Tu mujer no hace más que atormentarte.

—Eso es cierto. No sé qué le ha dado. Antes solo era infeliz, ahora está de nuevo enfadada. Parece ir hacia atrás.

—Quiere separarnos.

—Eso no es una novedad. Es una mujer traicionada, y públicamente, no lo olvides. Tienes que admitir que por amor a ti le he impuesto una vida, como poco, singular. Habría querido verte en su lugar.

—Yo te habría matado —dijo Maria José lanzándole una mirada de pasión que lo hizo sonrojarse.

—No me cabe duda. Serías capaz. Aunque no debes atormentarte por Ofelia, es una mujer herida, pero no haría daño a nadie. No por bondad, eso

está claro, en la bondad, al menos en estos casos, creo poco. Es que está hecha polvo. Y, si te soy sincero, me da mucha pena.

—Ahí está, ¿lo ves? Te está ganando. Pronto te pedirá mi cabeza y tú acabarás por ofrecérsela.

—¡Qué imaginación, Zé! Imaginación, desde luego, no te falta.

—Es que yo soy mujer y tú, no.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé cómo van a terminar las cosas. Y yo no quiero que me abandones después de todos los años que te he dado. Los mejores, Manuel, los mejores.

—Zé, después de tantos años deberías, al menos, confiar un poco en mí.

—Claro, Manuel, amor mío, claro que confío en ti. Pero no quiero que alguien se meta en medio, que pueda separarnos.

—Zé, por nada del mundo. Sabes que no podría vivir sin ti.

—Pero tampoco puedes vivir con Ofelia que ha vuelto a atormentarte.

—Eso también es verdad. Pero ¿qué podemos hacer?

—Manuel, yo tengo una idea. Que el Señor me perdone, pero cuando tu sobrina Fernanda vivía, que Dios la tenga en Su gloria eterna, las cosas iban mejor. De alguna forma, aquella niña querida le hacía compañía.

—Ay, Zé, abres una herida aún un poco fresca. Mi niña…

—Tu mujer está demasiado sola, Manuel. Y la soledad trae grandes males. He oído algunas historias…, qué quieres, una mujer está sola todo el día y también muchas noches durante años y años… Al final tiene como fijaciones. Manuel, la soledad cansa el cerebro, deforma los pensamientos, los retuerce, ¿entiendes? Esa pobre mujer que por culpa mía sufre tanto…

—No, Zé, tú eres demasiado buena, no debes sentirte culpable, si acaso yo —dijo Manuel Ramalhete secundando todo aquel teatro.

—Y, sin embargo, me siento culpable. Esa pobre mujer tenía un marido y ahora es como si ya no lo tuviese. Dios me va a castigar por esto.

—Pero cuántos pensamientos feos tienes esta noche. ¿Estás segura de que el cerebro cansado no es el tuyo? No te había visto nunca en este estado.

—Manuel, hay momentos en los que es preciso mirar de frente las cosas. Y ahora tenemos el deber de enfrentarnos al problema de tu mujer.

—En cierto sentido, tienes razón. Los problemas, tarde o temprano, hay que afrontarlos.

—Tengo razón en todos los sentidos.

—Al grano, Zé. ¿Cuál es esa idea tuya?

—La criada.

—¿Qué criada?

—Esa… esa pobre desgraciada que va a vuestra casa desde hace años, la que abandonaron preñada.

—¡Margarida!

—Sí, esa.

—¿No querrás que la aloje en casa?

—A ella, no. A la hija.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. A la niña. ¿Quieres apostar cuánto se entretendría tu mujer con esa criatura en casa?

—Pero esa criatura tiene madre.

—¿Y qué futuro le puede dar una madre así? Pobre mujer, tú me has contado la vida que hace, que tenía una casa y luego la perdió, que había comenzado a trabajar en un negocio de planchado y luego la lavandería cerró, que entonces la casera la echó a la calle y ella trabaja de lo que le sale, pero que no tiene siquiera para preparar una comida al día. Hace poco me dijiste que vive…

—En un sótano.

—Eso, en un sótano. ¿Y te parece que una niña puede vivir en esas condiciones? Vosotros, tú y tu mujer, tenéis que explicarle a esa… a esa Margarida que ella seguirá siendo la madre de la niña, faltaría más, pero que os la tiene que confiar a vosotros que la podéis criar bien, darle estudios, darle un futuro…

—Pero todo eso cuesta.

—Y ¿qué quieres que cueste? Un plato de potaje y algo para vestirla. Hazme caso, con esa niña Ofelia será otra. Se pone a pensar en ella y te deja en paz a ti. Mira que no lo digo solo por mí, lo digo, sobre todo, por ti, y también por ella.

—No es mala idea. No lo había pensado.

—¿Tengo razón o no?

—En cierto sentido…

—No, Manuel, en todos los sentidos. Prométeme que pensarás en ello.

—Habrá que convencer a la madre.

—Bastará ponerla ante la evidencia. Una madre quiere el bien de sus hijos, pensar de otra forma sería de madre desnaturalizada.

—Sí, la niña. Ofelia adora a esa niña. Lo sé por su mirada cuando viene a verla. Cada vez que esa criatura pone un pie en casa…

—¿Cómo se llamaba?

—Maria do Ceu.

—Y, créeme, Manuel, es el cielo el que nos la manda.

La idea entusiasmó enseguida a Ofelia. Se puso a hacer planes antes de que Manuel Ramalhete terminase de contársela, a mirar alrededor como si ya quisiera hacerle sitio a la niña. Al momento, sin embargo, como se había encendido, se apagó de golpe.

—La madre no nos la dará nunca —dijo con los ojos fijos en el marido como para pedirle inspiración—. ¿Qué te crees? Yo ya probé veladamente hace años.

Manuel Ramalhete desenfundó entonces sus armas de seductor, le tomó ambas manos entre las suyas y la hizo sentarse en el sofá, le sonrió con dulzura y le acarició la frente.

—A mí me parece ya verla —le dijo con mirada soñadora.

—Manuel, ¿de verdad que te gustaría?

—Por supuesto, una niña en casa, pero ¿te das cuenta, Ofelia? Lo cambia todo. Continuaría teniendo una madre, pero sería también nuestra, nuestra niña. Y ¡es tan bonita! ¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir seis.

—Mira que luego la tienes que llevar al colegio, ¿eh?

—Llevarla e irla a buscar.

—Y encargarte de que estudie y contarle cuentos antes de dormir y bañarla y…

—Todo, Manuel, lo haré y se lo daré todo, incluida a mí misma.

Aquella noche, Manuel Ramalhete no se animó a dejarla. Se quedó a cenar y también a dormir. Antes de sentarse a la mesa le dijo solo que bajaría un momento al bar de enfrente a tomar una cerveza, justo el tiempo que ella tardaba en cocinar. Ofelia sabía bien que iba a llamar por teléfono. No solo lo sabía, sino que, desde la ventana, podía también verlo, que el teléfono de monedas estaba justo a la entrada del local. Pero aquella noche no tenía ganas de discusiones inútiles. Aquella cena la había tomado por sorpresa, ya no estaba acostumbrada a tenerlo mucho en casa. Se puso a preparar una menestra de verduras intentando no pensar, es más, logrando casi estar contenta por el hecho de que le dijese que no en el último momento. Aquel pensamiento la hizo santiguarse, metió una mano en el bolsillo del delantal en el que tenía algunos Dolviran sueltos, se metió dos en la boca y encendió el fuego.

Durante la cena hablaron de la niña, pero de forma más discreta, no como futura hija. Comentaron las dificultades que la pobre Margarida tenía para criarla, lo cruel que la vida había sido con aquellas dos criaturas. Manuel Ramalhete dijo que el hombre que la había abandonado embarazada no era digno de seguir en el mundo, que aquel peso en la conciencia se lo llevaría a la tumba y aun hasta el infierno. Ofelia le dio la razón en todo y, con orgullo, le dijo que, si todos los hombres fuesen como él, no habría historias tan tristes. Y Manuel Ramalhete le respondió que podía estar segura, que cuando había hijos de por medio era una cuestión muy distinta, es más, «otra sinfonía», como le gustaba decir. Engullendo una cucharada de menestra tras otra, Ofelia aquella noche se sintió reconfortada, pensó que quizá, desde aquel momento, también para ella podía comenzar una nueva vida. Más tarde, en la cama, no conseguía dormirse. Una avalancha de pensamientos le ocupaba la mente, un pensamiento tras otro, tan atropellados que no podía seguirlos, tan distintos de los que ya la atormentaban desde hacía años y que habían convertido su corazón en tierra de nadie. De tantas emociones, cerraba los ojos tan fuerte que sentía un gran dolor en las órbitas, como si apretándolos de aquella forma pudiesen explotarle de un momento a otro. Apretó la mandíbula y numerosas lágrimas le rodaron por las mejillas, un río de lágrimas como no

vertía desde hacía mucho, y mientras lloraba así, junto a su marido dormido, le dio también por reír de felicidad.

A Margarida se lo dijo una tarde que había ido a planchar acompañada de la niña. Andándose por las ramas, le comentó que la pequeña parecía más pálida y delgada que la última vez. Margarida se lamentó de lo poco que ganaba, de las condiciones higiénicas en que se encontraban. Ofelia le preguntó si la mandaba aún donde Julieta y Margarida le respondió que no tenía otra opción y que la niña, además, la quería mucho, pero que se daba cuenta también ella de que no era un lugar saludable.

—Y, entonces, ¿por qué no me la dejas a mí? —le preguntó de repente.

—¿Y usted me la cuidaría mientras yo trabajo?

—Claro, y el año que viene te la podría llevar a la escuela y por la tarde la ayudaría a estudiar, y en los días de buen tiempo la llevaría de paseo para que tomase un poco el aire.

—Sería estupendo, doña Ofelia, demasiado.

—Pero, si quieres, puede ser así.

—Y por la noche yo vendría a buscarla.

—Siempre que quieras o, si no, podría dormir aquí y tú podrías venir a verla el domingo.

Margarida bajó los ojos un momento y se mordió el labio inferior, luego dirigió una mirada de fuego a doña Ofelia.

—¡No te lo tomes así! —Se le adelantó Ofelia casi asustada—. Nadie te la quiere quitar.

—Se diría lo contrario. Mi hija es lo único que tengo en el mundo.

—Lo sé, Margarida, lo sé —le dijo Ofelia levantándose para ir a abrazarla—. Solo tú eres y serás siempre su madre. Pero no estás en condiciones, le estás dando un mal vivir. ¿Qué le puedes ofrecer?

—Una vida con su madre, lo que yo no tuve.

—Eso no te lo puede quitar nadie. Pero ¿tú sabes cuántos hijos de las mejores familias van a un internado para recibir una buena educación? Y los padres siguen siendo los padres.

—Yo, si fuese una señora, a mi hija no la mandaría nunca a un internado.

—Lo dices porque no sabes siquiera lo que significa. ¡Ojalá fuera una de esas señoras que se puede permitir un internado para los hijos! ¡Ojalá!

—Usted, doña Ofelia, si hubiese sido madre, ¿lo habría hecho?

—Margarida, don Manuel no deja que me falte nada, pero no somos ni mucho menos señores. Quizá lo seamos a tus ojos. Mira a tu alrededor, Margarida, vivimos en dos habitaciones con cocina. ¿Te parece una casa de ricos?

—Ojalá la tuviese yo.

—Eso es, esa es la cuestión. Podría tenerla tu hija.

—¿Qué quiere decir?

—Margarida, hablemos claro. Nosotros no tenemos hijos y la sobrina de mi marido, la pobre Fernanda, ha muerto. ¿A quién quieres que dejemos en herencia esta casa?

—¿A quién?

—A tu Ceuzinha.

El lunes de la semana siguiente, muy temprano, Margarida llevó a la niña a casa de Manuel Ramalhete y de su mujer, Ofelia. Había envuelto en periódico las pocas cosas de Maria do Ceu. Cuando Ofelia las vio se le encogió el corazón.

—Puede que ni siquiera le hagan falta —dijo Margarida mirando al suelo.

—No, qué dices, todo hace falta. Has hecho bien en traerlas.

—Están lavadas y planchadas.

—Bien se ve —dijo Ofelia. Luego se volvió a la niña—: ¿Esta señorita ha desayunado ya?

—Sí —mintió Margarida.

—Bien —dijo Ofelia siguiéndole el juego—. Eso quiere decir que, si tiene aún hambre, volverá a desayunar y, si no, iremos de paseo y quizá desayunemos otra vez juntas en la Pastelaria da Sé.

A la palabra *pastelaria*, los ojos de Maria do Ceu se iluminaron. Pero no dijo nada, quedó muda junto a la madre que, en aquel momento, se agachaba y, sin conseguir hablar, le arreglaba nerviosa el pelo.

—Ahora mamá tiene que irse —dijo sin respirar—. Tú te quedas con doña Ofelia, que te lleva de paseo. Estás más contenta, ¿no? —La niña dijo que sí con la cabeza—. Muy bien. ¿Qué íbamos a hacer donde Julieta que te tenía en casa todo el día? Ay, pobre Julieta, ella no te puede llevar a pasear y luego a la pastelería. Ahora que eres más grande, te quedas aquí con doña Ofelia. Y pórtate bien, ¿entendido? Dame un beso.

Margarida no consiguió decir nada más. Se irguió de nuevo y se dirigió a la puerta. La niña corrió detrás de ella.

—Nos vemos esta noche, ¿verdad, mamá?

Pero Margarida bajaba con prisa ya por las escaleras. Maria do Ceu y Ofelia oyeron solo el golpe del portón y luego sus pasos veloces por la calle cuesta abajo.

Para Ofelia aquel fue un día memorable. Ni siquiera un minuto después de que Margarida hubiese salido de su casa, tiró a la basura los harapos que le había llevado para la niña, le quitó los andrajos que llevaba, la puso sobre la cama y abrió el armario.

—¿Ha visto usted cuántas cosas bonitas le he comprado, señorita? Tenemos el guardarropa de una princesa. Hale, elige lo que te quieres poner.

La niña señaló con la mano un vestido rosa pastel, con tul y encaje. Ofelia lo sacó enseguida y se detuvo un momento, pensativa.

—Espera —le dijo tomándola en brazos—. Lo primero que vamos a hacer es lavarnos, ¿eh? Porque una señorita no se pone vestidos nuevos sin antes darse un baño.

Y, llevándola en brazos como un trofeo, se dirigió al baño y llenó de agua caliente la tina. Mientras la lavaba le cantaba muchas canciones, cosas que ni siquiera recordaba saber aún, pero que le afloraron a los labios con gran naturalidad, como si hubiesen sido sus melodías habituales. La niña se divertía, jugaba con la espuma perfumada del jabón, cantaba con ella.

—¡Qué lástima que don Manuel no esté aquí con nosotras esta mañana! —le dijo Ofelia estampándole un beso enorme en la mejilla—. Pero don Manuel trabaja mucho y está casi siempre de viaje, pobre marido mío, ¿lo sabías? Pero verás que pronto llega. Ay, sí, verás como llega.

Después de lavarla y vestirla de fiesta, salieron a la rua Leite de Vasconcelos de la mano. Era una magnífica mañana de abril, los árboles de

jacarandá aún no habían florecido, pero los primeros capullos violáceos comenzaban a verse a contraluz, como si el verde de las hojas se hubiese vuelto de pronto tornasolado. Ofelia se paró en la entrada cegada por el sol. Se preguntó cuánto hacía que no salía, pero a aquella pregunta no tuvo tiempo de contestarse, porque la olvidó. En la entrada del edificio, ante todo el vecindario, lo único que pensó casi en voz alta fue: «Mirad, por fin soy madre».

Fueron a pie hasta la parada del tranvía. Juntas formaban un extraño cuadro, Maria do Ceu parecía salida de una tienda de juguetes; Ofelia, sin embargo, en el entusiasmo de arreglar a la niña, se había olvidado por completo de sí misma y así, salvo por los zapatos, había salido como estaba en casa, y mirándolas daba la sensación de que la sirvienta llevase a pasear a la hija de los señores. Pero en eso ella no reparó siquiera un instante, quien las veía quedaba impresionado por la belleza de la niña y no podía dejar de comentarla, con elogios tan amables que llenaban el desierto de Ofelia haciéndola distinta de como había sido hasta aquel momento. Del tranvía bajaron poco antes de la Baixa y, desde allí, continuaron a pie hacia la rua Augusta, que recorrieron hasta el Cais das Columas, para luego deshacer el camino, de vuelta a la Pastelaria da Sé, donde se sentaron a una mesita y pidieron dos chocolates y cuatro palmeras. Hacía tiempo que Ofelia no se sentaba en una pastelería, y a cada sorbo de chocolate y a cada mordisco que daba a su palmera le parecía recuperar delicias casi olvidadas. Al cabo de un buen rato, se acordó de sus padres. Hacía mucho que no los veía, desde que la vergüenza de aquella historia entre su marido y la pescadera de Alfama le había hecho preferir el silencio y la lejanía a la humillación de verse compadecida por una madre que había deseado para ella no sabía qué porvenir. Se volvió a la niña y le dijo:

—¿Te he hablado alguna vez de mis padres?

—No —le respondió Maria do Ceu con la boca llena.

—¿Y te gustaría conocerlos?

—Sí.

—Entonces, volvemos al tranvía y vamos a verlos. Tienen una tienda de comestibles. Verás cuántas golosinas te regalan.

En el tranvía, Ofelia sentía que algo crecía en su interior. Cada respiración parecía una ola caliente que le quitaba las fuerzas. ¿Cómo se podía haber olvidado así de aquellos dos pobres viejos? Alguna vez la madre había intentado ponerse en contacto con ella; una tarde, desde detrás de la ventana, la vio en la rua Leite de Vasconcelos. Ofelia se retiró de repente y, cuando volvió a mirar, la madre ya no estaba. Eran iguales las dos; por orgullo, estaban dispuestas a cualquier renuncia. La madre no llamó a su puerta y ella no corrió a buscarla. Para no encontrarse, ambas habían puesto entre sus vidas una barrera que podría seguir en pie hasta la muerte. «Otro peso en el corazón —se dijo Ofelia mientras el tranvía subía hacia el Miradouro de Santa Luzia—, otro mal que arrastro». No servía de mucho llevar adelante aquel silencio de vergüenza. Un día sus padres morirían y ella no podría perdonárselo nunca. ¿Qué tenían ellos que ver con que su marido fuese así? Se había encerrado en su prisión y no había querido volver a ver a nadie, había cultivado solo odio y rencor. Durante años había pensado que volver a ver a su madre significaría solo recorrer a través de su mirada todo el dolor de aquel infeliz matrimonio, un dolor sin fin que hoy, junto a Maria do Ceu, sentía de repente la necesidad de compartir con quien la había querido siempre.

Cuando bajaron, Ofelia sintió que la embestía el fuerte viento que, en el pasado, siempre la tomaba por sorpresa al salir de la tienda para volver a casa. Lo reconoció por el olor, porque en aquel punto preciso, quién sabe por qué, Lisboa olía aún más a mar. Apretó con fuerza la manita de Maria do Ceu, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas sin que pudiese detenerlas. Todos los años pasados le cayeron encima como una lluvia de lava. Volvió a una juventud que ni siquiera recordaba haber vivido. Y por primera vez se vio de nuevo como cuando era aún inocente, se vio a sí misma por aquella calle, otra Ofelia, la muchacha con el sombrero y los guantes. ¿Dónde habían ido a parar? Encerrados quién sabe dónde junto con su juventud perdida. ¿Se había visto guapa al menos algún día? Si hubiese podido volver atrás por un único instante, ahora sí que habría apreciado a aquella muchacha silenciosa y esquiva que abría y cerraba la tienda reprimiendo cualquier sonrisa, que caminaba ligera mirando siempre al suelo por miedo a que alguien, al cruzar la mirada, pudiese leer en la suya

sus miedos. Ahora le parecía que todos sus comportamientos de entonces no eran otra cosa que la espera de lo que vendría, que cada hora, cada minuto de aquel lejano pasado no había sido sino para evitar la aceptación anticipada de toda aquella desgracia que, ya desde entonces, sin que ella supiese nada, tenía nombre y apellido.

Sin darse cuenta, en la subida comenzó a acelerar el paso, como si se hubiese puesto a perseguir a alguien. Ahí estaba, allí arriba, ahora la veía. Habría querido decirle: «¡Para, Ofelia, para!», pero aquella Ofelia tenía las piernas más fuertes que las suyas, andaba ligera como el olor del mar. Y por mucho que hubiese comenzado a correr, no la habría alcanzado nunca. Se llevó una mano a la frente, estaba sudando, el corazón le latía con fueza en el pecho. «¿Qué me pasa? —pensó apretándose la garganta para detener toda aquella aceleración—. Debo de haberme vuelto loca». Volvió a caminar, la niña había comenzado a protestar, entonces se inclinó hacia ella, le arregló el lazo que llevaba en la cabeza, le subió los calcetines, le dijo que no se asustara, que le había parecido ver a alguien pero que se había confundido. Y entonces respiró hondo, se irguió de nuevo, dijo a Maria do Ceu que habían llegado, y juntas entraron en aquella antigua tienda que olía a cereales.

No había clientes en aquel momento. Su madre estaba tras el mostrador, vuelta de espaldas, ordenando las cajas de azúcar.

—¿Tiene dulces para una niña muy golosa? —preguntó Ofelia con la poca voz que le quedaba en la garganta.

La madre se volvió de golpe, más envejecida de lo que correspondía por el tiempo pasado.

—¡Ofelia! —gritó como si hubiese visto un fantasma—. ¡Hija mía!

Salió a la carrera del mostrador, fue hasta ella y la estrechó contra su pecho.

—Estás toda sudada —le dijo.

—He corrido mucho —le respondió Ofelia.

—Deja que te vea.

—No me mire demasiado. He envejecido antes de tiempo.

—No, solo estás estropeada. Y mal vestida. Ofelia, si supieses cuánto he pensado en ti en estos años. Te he echado de menos. He pensado todo el

tiempo en ti.

—Yo he tenido otras cosas en que pensar. Solo cosas tristes que no quería decirles, pero que ustedes saben.

—Sí, lo sé todo. Pobre hija mía. Ese desgraciado sin vergüenza. Ah, pero te lo había dicho, te había advertido de que…

—Déjelo estar, por favor, no he venido aquí a hablar de ello. Al menos, por ahora. ¿Ha visto a la niña?

Maria do Ceu se había puesto a mirar en los estantes de dulces, con las manos a la espalda para no ceder a la tentación de tocar. Cada poco se giraba en dirección a Ofelia y le sonreía.

—Sí, es una niña bien bonita. ¿De quién es?

—De una pobre mujer que no tiene medios para criarla. Otra historia triste.

—Hay tantas.

—Pero ahora me ocuparé yo de ella. He venido para que la vea. Pero, dígame, ¿cómo está? ¿Y papá?

—Yo estoy como me ves, hija mía. Tu padre está en casa con fiebre. Pero ¿a qué esperamos? Rápido, cerramos la tienda y vamos a verlo. Le daremos una sorpresa. Os quedáis a comer, ¿no?

—Está bien, vamos.

Bajaron los cierres juntas y se abrazaron de nuevo en medio de la calle. Una vecina se acercó y preguntó si había sucedido algo, visto que cerraban la tienda de mañana.

—No, nada malo —respondió Ofelia. Luego, tocando a la mujer en el hombro, añadió—: ¿No me reconoce, doña Carmina? Soy Ofelia.

—¡Ofelia! —dijo la mujer—. Jesús, pero ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Vuelves a trabajar aquí?

—No, he venido de visita.

—Que Dios te bendiga.

Ofelia, la madre y la niña volvieron la esquina y emprendieron la cuesta abajo que las llevaría a casa. La madre dijo que, con las prisas, se habían olvidado de traer una botella de vino para celebrar. Ofelia le respondió que no tenía ya costumbre de beber vino desde hacía muchos años, que sufría

acidez de estómago. La madre sacudió la cabeza, tomó a la niña en brazos y continuaron caminando.

El padre se había convertido en la mitad de lo que recordaba, se había hecho viejo y menudo, con una piel casi transparente, las manos huesudas y llenas de venas verdes en relieve. Cuando la vio, sonrió de una forma que resaltó la delgadez de la cara y todos los años que habían pasado por ella. Estaba sentado en el sillón, junto a la ventana, con una manta sobre las piernas. Al volver a ver a la hija casi lloró, pero del bolsillo del pantalón sacó un pañuelo y se secó los ojos simulando la molestia de un lagrimeo de pura vejez. No preguntó nada ni de su vida ni de todo el tiempo que había pasado, la trató como si se hubiesen visto el día anterior, le contó cómo iba la tienda, los antiguos clientes que habían muerto y los nuevos que eran unos tacaños y querían ahorrar en todo.

—La gente prefiere comprarse ropa que tener una mesa bien servida —le dijo levantando los brazos al cielo—. Se han vuelto todos locos.

—La ropa nueva hace también falta —le dijo la mujer desde la cocina mientras preparaba la comida.

—¿Oyes a tu madre? —dijo volviéndose a Ofelia—. No ha cambiado, sigue siendo la misma vanidosa. Te quería meter ideas raras en la cabeza…

—Ojalá lo hubiese conseguido —dijo Ofelia en voz baja—. ¡Ojalá!

—¿Y esta niña tan bonita?

—Se llama Maria do Ceu. La tengo mientras la madre trabaja.

—Bien, Ofelia, bien.

Durante la toda comida y el tiempo que duró la visita, nadie nombró a Manuel Ramalhete. Para los padres de Ofelia aquel hombre era el diablo en persona. Sabían lo suficiente de cómo había humillado a su hija. Solo al final, cuando estaban a punto de irse, el padre la tomó de la mano y le dijo:

—Tu habitación sigue tal cual, ¿la has visto?

—La he visto.

—No tengas reparos, hija mía, puedes volver cuando quieras.

—No hace falta, pero se lo agradezco.

—¿Volverás a verme?

—Claro.

—¿Mañana?

—Volveré pronto.

De la madre se despidió delante la tienda. Ofelia la ayudó a subir los cierres y dejaron entrar a la niña para escoger unos dulces.

—Ofelia —le dijo la madre en voz baja—: ¿Qué historia es esta de la niña?

—Se lo he dicho.

—Sí, pero no lo he entendido bien.

—La tengo conmigo desde hoy.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que será mía.

—¿Tuya?

—Sí, mi hija.

En aquel momento, cuatro tarros de vidrio llenos de caramelos de colores cayeron al suelo con gran estruendo. Ofelia y la madre entraron alarmadas para ver lo que sucedía, Maria do Ceu salió corriendo, escabulléndose entre las manos de Ofelia que intentaron agarrarla.

—¡Tú no eres mi madre! —gritaba la niña corriendo cuesta abajo—. ¡No te quiero! ¡No te quiero!

La madre de Ofelia quedó petrificada en la puerta de la tienda mientras su hija se puso a correr detrás de la niña, gritándole que parase. Pero Maria do Ceu no se detenía y, entonces, presa del pánico, Ofelia comenzó a pedir ayuda a la gente que pasaba.

—¡Agárrenla! —gritaba desesperada—. ¡Agárrenla!

Hasta que la vio levantada por los brazos fuertes de un muchacho, pataleando como una endemoniada en el aire, retorciéndose como una anguila en una red. Ofelia corrió hacia aquel mozo que, una vez entregó la niña, siguió, riéndose, su camino.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo zarandeándola por un brazo—. ¿Has entendido? Nunca más.

Pero como Maria do Ceu continuaba gritando que ella no era su madre y que no lo sería nunca, Ofelia, ofuscada de la rabia, le dio un guantazo en la cara, paralizándola un instante por el miedo. Luego, olvidándose de su madre, que se había quedado al final de la calle, en la puerta de la tienda,

continuó caminando cuesta arriba, hacia Graça, arrastrándola tras ella, que lloraba desesperada.

Aquellos gritos acompañaron el ritmo de sus pasos. No lograba siquiera pensar. Solo oía dentro de ella grandes golpes, casi como rocas cayendo una tras otra. Entonces confusa, se puso a contarlos. Y los contó todos, hasta que se encontró de nuevo en la rua Leite de Vasconcelos donde, en aquellas penosas condiciones, los vecinos la vieron volver casa en el día en que, por fin, se había convertido en madre.

OceanofPDF.com

XIX

Ofelia tuvo que olvidarse muy pronto de las ilusiones de familia que se había hecho. La llegada de Maria do Ceu le llenó la vida, pero no le devolvió al marido que, desde aquel momento en adelante, consideró perdido para siempre. Manuel Ramalhete no dormía en casa más de dos o tres veces al mes. El trabajo lo llevaba cada vez más a menudo fuera y, desde que había sabido que el puesto de pescado de Maria José había sido traspasado, dedujo que, en la mayor parte de las veces, iba acompañado de la amante.

De cada viaje, no obstante, le llegaban siempre largas y afectuosas postales escritas con una caligrafía diminuta y ordenada. Manuel Ramalhete se informaba sobre su salud, le preguntaba por Maria do Ceu, le decía que la recordaba siempre en sus oraciones y que la consideraba la mejor de las esposas. Cuando volvía, después de darle el *souvenir* que no olvidaba nunca llevarle, todo volvía a la fría indiferencia de siempre, como si aquel hombre, desde ese momento, se hubiese dividido esquizofrénicamente entre el presente y el ausente. Aunque quizá no eran los sentimientos de culpa los que removían su conciencia cuando estaba lejos, sino su tendencia a la teatralidad, la necesidad de disfrazarse. Él, cuando escribía aquellas postales, estaba convencido de su buena fe, a quien quiera que le hubiese preguntado le habría respondido que las escribía de corazón. La lejanía creaba un efecto de desdoblamiento, la necesidad de ser otro, quizá incluso el marido que Ofelia habría deseado. Aquel mecanismo arrancaba cuando montaba en el coche o en un tren para apagarse a su vuelta.

Ofelia, por su parte, intentaba seguir el juego como había hecho en el pasado. Cuando recibía aquellas postales, las leía con emoción, se metía

también ella en un papel que la ayudaba a soportar la realidad. Desde el día en que había acogido en casa a Maria do Ceu había reanudado con los padres relaciones esporádicas pero regulares, durante las que pretendía a toda costa que la consideraran una esposa serena. Su marido viajaba, estaba a menudo ausente, pero seguía siendo su marido.

Los pocos días que Manuel Ramalhete pasaba en casa, Ofelia se convertía en otra mujer. No había cordialidad entre ellos, pero respetaban las formas. Ella, que por lo general no se quitaba nunca la bata, había llegado al punto de salir con ella a los recados en la tienda de enfrente, se arreglaba, se peinaba, ponía la mesa y encendía la radio. Manuel Ramalhete llegaba casi siempre hacia la hora de la comida, llevaba un dulce o un ramo de flores. Comían los tres juntos, luego él vaciaba la maleta de ropa sucia y la llenaba con otra limpia y planchada que Ofelia le había preparado doblada sobre la cama.

Maria do Ceu sabía desde hacía mucho tiempo cómo eran las cosas. Más de una vez se había encontrado con Manuel Ramalhete por la calle en compañía de Maria José y, en aquellos casos, sabía cómo tenía que comportarse: seguía su camino y fingía no conocerlo. Manuel Ramalhete hacía lo mismo. Con Ofelia no había hablado nunca de ello, lo había sabido por su madre, que la había hecho jurar que no le diría nunca una palabra. Por la mañana se levantaba pronto e iba a la escuela, volvía a casa, comía con la madrastra, la ayudaba en alguna pequeña tarea, estudiaba y, por la noche, en el sofá, esperaba que llegase el sueño para llevársela. Contaba el tiempo que le faltaba para terminar los estudios, después su único pensamiento era encontrar un trabajo, una casa e irse por fin a vivir con su verdadera madre. Margarida se dejaba la vida en los trabajos más humildes, aún no tenía cuarenta años y ya parecía una vieja. No había pensado nunca en rehacer su vida, aquella vieja experiencia con Carlos aún le quemaba y su corazón no había dejado nunca de esperar su regreso. En todos aquellos años había hecho lo posible por que su hija se encariñase con aquel padre que estaba en la lejana América, que de vez en cuando enviaba una fotografía y pedía noticias de la familia abandonada. Mientras fue niña, Maria do Ceu decía que lo quería mucho, pero en los últimos tiempos prefería no hablar de él y, cuando su madre abría la caja de las fotografías

para enseñárselas, ella le contestaba que ya las conocía y que no era necesario sacarlas cada dos por tres. Su padre la repugnaba. Sobre todo, aquella elegancia siempre ostentosa en cualquier estación y aquel mal gusto de hacerse retratar casi siempre leyendo *A Bola*, que a saber de quién se lo hacía enviar desde tan lejos. Cierto, con los ojos miraba al objetivo de la cámara, pero aquel periódico deportivo siempre abierto significaba que, una vez hecha la fotografía, sus ojos volverían rápidamente a leer con avidez aquellas noticias que no debían de ser ni siquiera recientes. Por culpa de aquel hombre tenía que vivir con una madrastra afligida y ver solo una vez a la semana a su verdadera madre, que se empeñaba, a pesar de todo, en hacerla encontrar siempre una razón para ser feliz.

—¡Cómo quieres que me importe poder ir a la escuela y tener ropa limpia si tengo que vivir en un cementerio! —le decía cada vez que se veían.

—Me importa a mí —le respondía Margarida sonriendo—. No querrás convertirte en una pobre ignorante como tu madre, ¿verdad? Ay, Ceuzinha, si supieses los sueños que tengo sobre tu futuro. Qué vida espero para ti. Ya te veo, ¿sabes? Guapa, independiente y con un marido que será las siete maravillas.

—Fantasías, mamá. Pero ¿cuándo vas a dejar de soñar?

—¿Dejar de soñar? Nunca, hija mía, nunca. ¿De qué serviría vivir, entonces? La vida es una esperanza tras otra. Hay que dejar de lado lo que va mal y no pensar en ello para continuar adelante. Ceuzinha, recuerda que el futuro puede ser siempre mejor.

Pero, mientras, las cosas no cambiaban, y Margarida, cuando del otro lado del océano llegaba la petición de Carlos, corría junto con la hija al fotógrafo, se hacía prestar por doña Ofelia una chaqueta y, después de haber elegido el decorado, se apretaba contra su niña. Feliz, sonreía a la espera del disparo, convencida de que su pasión tocaría tarde o temprano los sentimientos de aquel desgraciado. Una vez, mientras su madre se había dormido después de comer, Maria do Ceu había abierto la caja de las fotografías y, a fuerza de mirar la cara de su padre, se dio cuenta de que, si se parecía a alguien, era al corazón de piedra de Manuel Ramalhete. A esa edad las cuentas se hacen muy deprisa y, desde aquel día, había decidido

que todos los hombres son iguales y que, para las mujeres, hay poca esperanza.

El día que Maria do Ceu obtuvo el diploma de contable, Ofelia quiso organizar una comida a la que invitó también a Margarida y a Julieta. Para la ocasión, Manuel Ramalhete fue a buscar a la hermana en automóvil. Cada vez que iba a verla, estaba convencido de que se encontraría a una mujer pudriéndose y, sin embargo, siempre se asombraba de lo limpia y perfumada que, aun en aquellas condiciones, estaba la hermana, casi radiante. Por su parte, Julieta lo halagaba siempre. Tumbada en el suelo, le alargaba los brazos y le decía:

—¡Qué alegría verte, Manuel!

Y lo mismo dijo aquel día cuando fue a buscarla. Después, Manuel Ramalhete la tomó en brazos y bajó la escalera oscura resoplando en cada escalón, mientras ella le acariciaba las mejillas y le agradecía su bondad. Cuando la colocó en el coche, le dijo que se sujetase bien al asidero y no volvió a dirigirle la palabra en todo el trayecto. Julieta, en cambio, estaba entusiasmada, no hacía más que hablar.

Si hubiese sido por él, le habría puesto un tapón en la boca. De hecho, si hubiese sido por él, aquella fiesta no se habría celebrado, dinero malgastado. Por no hablar de lo que le había tocado oír de Maria José. Se había puesto hecha una furia. También esa, bendita mujer, vaya pretensiones. Quería que la invitasen. «¡Yo también formo parte de la familia! —había comenzado a gritar—. ¡Pero tengo que vivir escondida como una ladrona! ¡Ni siquiera me has presentado a la niña! Puedo entender lo del monstruo de tu mujer, por favor, quién la querría volver a ver, me bastó una vez y te dije alto y claro lo que pensaba: esa trae mala suerte. Pero la niña, ni siquiera es pariente tuya. Y aun así no sé ni la cara que tiene, ni siquiera una fotografía me has enseñado. Manuel, ¡das más importancia a esa gata muerta de tu mujer que a mí!». En qué clase de locura se había convertido su vida. Hiciera lo que hiciese, nadie estaba contento. ¿Cuántas veces tenía que repetirle que un matrimonio no se puede romper? Se había casado con ella, había cometido un error, pero se trataba

de un error de los que, una vez cometidos, tienes que arrastrar para toda la vida.

Ofelia le abrió la puerta con una gran sonrisa falsa estampada en los labios. Besó en las mejillas a Julieta mientras su marido la tenía aún en brazos. Margarida y Maria do Ceu estaban sentadas en el sofá, también ellas sonrientes. La mesa estaba puesta con todo tipo de manjares. Había incluso una botella de espumoso Raposeira lista para ser descorchada.

Manuel Ramalhete colocó a Julieta en una silla y fue a felicitar a la diplomada dándole un beso en la frente. Julieta, Ofelia y Margarida sellaron aquel beso con un gran aplauso.

«Bien —pensó—. Hoy parecen todas decididas a estar contentas».

Pero fue una comida entre personas que tenían muy poco que decirse. Margarida y su hija habrían preferido celebrarlo solo con Julieta. Desde que Maria do Ceu había ido a vivir a casa de Manuel Ramalhete, las relaciones entre Ofelia y Margarida habían cambiado mucho. Había una silenciosa rivalidad entre las dos mujeres; sobre todo, por parte de Ofelia, que muy pronto se dio cuenta de que sería solo una madrastra. Y madrastra y padrastro eran los nombres con los que, aun con amabilidad, los llamaba Maria do Ceu. Antes de sentarse a la mesa, Ofelia hubiera querido asignar los sitios, pero en cuanto dijo que estaba lista, Maria do Ceu se sentó arrastrando con ella a la madre. Durante toda la comida no habían hecho otra cosa que besarse y abrazarse, Maria do Ceu de forma ostentosa, Margarida muy incómoda, casi pidiendo perdón cada vez que la hija le echaba los brazos al cuello. Se veía que estaba feliz y eso a Ofelia le hacía hervir la sangre, así que, como cada vez que quería manifestar de soslayo su mal humor, no comió casi nada y durante todo el almuerzo no hizo otra cosa que dejar caer ruidosamente los cubiertos en el plato y suspirar.

Al final hubo un largo silencio. Margarida y Ofelia se miraron durante un instante y luego apartaron los ojos. Manuel Ramalhete se encendió un cigarrillo y, dejándolo como siempre en la comisura de los labios, destapó la botella de espumoso. Para romper el hielo, Julieta comenzó a aplaudir. Maria do Ceu, con la cara roja de emoción, carraspeó, cogió el vaso que el padrastro le había llenado y se puso en pie.

—Hoy es un día especial —dijo con la voz casi rota—. He alcanzado una meta de la que estoy satisfecha y que tengo que agradecer a mis padrastros. Espero encontrar pronto un trabajo, que es mi siguiente objetivo, para que mi madre pueda dejar de sacrificarse tanto y tenga una auténtica casa en la que vivir conmigo. Brindo por todos vosotros, en especial por mi madre a la que, aunque es poco, le dedico este diploma.

—¡Bravo por nuestra Ceuzinha! —gritó Julieta.

Brindaron todos, pero Ofelia estaba pálida como un cadáver. Sin que nadie la viese, metió una mano en el bolsillo, se echó a la boca tres Dolviran, acercó ella también su vaso al de los otros y luego apuró aquel espumoso caliente de un trago.

Después, se quedaron sin nada que decir, Manuel Ramalhete ayudó a la hermana a sentarse en el sofá, Ofelia fregó los platos y Maria do Ceu y la madre charlaban en voz baja, cogidas de la mano, asomadas a la ventana.

—Se acabó la fiesta —dijo en cierto momento Manuel Ramalhete sacudiendo a la hermana que se había dormido—. Despierta, que te llevo a casa.

A aquellas palabras, también Margarida dijo que se había hecho tarde y que tenía que irse. Se puso la toquilla a los hombros y agradeció a todos aquella bonita fiesta. En la puerta, despidiéndose de Ofelia, le dijo:

—No sé, de verdad, cómo agradecérselo, doña Ofelia. Sin ustedes…

—Entonces no digas nada, no malgastes el aliento que tienes cara de cansada.

—Y de hecho lo estoy. Desde hace unos días, además, tengo como un dolor justo aquí, en el pecho.

—No es nada —respondió fría Ofelia—. Yo también tengo muchos siempre.

—Sí, es verdad, no es nada. Los dolores, ya se sabe, como vienen se van.

—Es justo lo que dices, vienen y van. Venga, vete a descansar.

Cuando cerró la puerta se quedó un momento apoyada en el picaporte, como para encontrar de nuevo el equilibrio. Luego se volvió de golpe.

—Vaya ingrata —dijo a Maria do Ceu, que estaba de pie en el centro de la sala. Y, sin siquiera darle tiempo a responder, fue a encerrarse a su

habitación.

Después de cuatro entrevistas de trabajo, aquella mañana llegó a la rua Leite de Vasconcelos una carta de la Dardo Import-Export dirigida a la señorita Maria do Ceu dos Santos. Fue ella misma quien abrió al cartero, el señor João, que bromeaba con ella desde que era pequeña. Y lo encontró en el rellano sonriente, con el gran bigote que le cubría por completo el labio superior.

—¡Hay un sobre para la señorita Dos Santos! —le dijo casi cantando.

—Señor João, ¿está usted seguro de que es para mí?

—¿Es que no se llama usted Maria do Ceu dos Santos?

—Se lo ruego, no me tenga en ascuas.

—Entonces abra el sobre, ¡venga! —dijo entregándoselo.

Maria do Ceu lo tomó y se quedó allí en la puerta.

—¿Qué hace? ¿No lo abre? —le dijo el señor João.

—¿Tengo que hacerlo delante de usted?

—¿Y qué tendría de malo? Señorita Dos Santos, la conozco desde que la cogía en brazos. Será una buena noticia ¿no?

—No lo sé.

—Pero tiene que serlo por fuerza. Es un sobre con membrete, ¿ha visto? Pone Dardo Import-Export, nada menos que en inglés. Debe de ser importante. Ábralo.

Maria do Ceu se volvió para ver si doña Ofelia estaba en el salón. Cuando vio que no estaba suspiró aliviada, con la uña del pulgar levantó un trozo del sobre que se abrió como si no hubiese estado pegado nunca. Se puso a leer corriendo rápido con los ojos.

—¿Y bien? —preguntó el cartero.

—No entiendo nada.

—¿Cómo que no entiende? Señorita Dos Santos, usted ha estudiado, tiene un diploma. ¿Cómo puede ser? Lea en voz alta.

Entonces, Maria do Ceu carraspeó, se pasó una mano por el pelo, inspiró profundamente y leyó:

Estimada señorita Maria do Ceu dos Santos:

> Nos complace, tras la entrevista con nuestro director, el excelentísimo Doctor Miguel Sousa da Silva, comunicarle su admisión en calidad de contable en las oficinas de Dardo Import-Export, a partir del próximo lunes 15 de marzo, por un periodo de prueba que durará tres meses.
>
> Con la felicitación de la empresa, reciba nuestros más cordiales saludos.
>
> El administrador
> Doctor José de Carvalho

—Pues no hay mucho que entender, ¿no? —dijo el cartero riendo—. La han contratado.

—¿Me han contratado?

—¡Santo cielo!, ¿por qué? ¿Aún no lo había entendido? Enhorabuena, señorita Dos Santos. Debe de tratarse de un buen empleo. ¿A qué se dedica la empresa?

—Es de zapatos.

—Verá qué buenos descuentos le hacen. Podrá comprar zapatos a buen precio para toda la familia. ¡Qué suerte! Muy distinto a llevar cartas y telegramas.

Maria do Ceu cerró la puerta y por un momento se quedó apoyada de espaldas en ella con los ojos en el techo. Inspiró hondo aquel aire que olía siempre a cerrado y que, por primera vez, después de muchos años, le pareció hasta perfumado. Estaba terminando el invierno, los días se habían alargado. También estaba a punto de terminar aquella prisión forzada. Esperaría los tres meses de prueba y luego, apenas la hiciesen fija, buscaría una casa donde vivir por fin con su madre. Ya le parecía verla. No, no la casa, sino a su madre, en un hogar de verdad, en el que haría una vida digna, su madre vestida con ropa decente, que por la mañana saldría a comprar al mercado, que se habría ocupado de la casa y nada más, aparte del domingo, que entonces la habría ayudado ella en las labores más fatigosas. Se le subieron los colores de la emoción al tener aquellos pensamientos, comenzó a sentir calor como si fuese pleno verano y el

corazón se le aceleró, pero de una forma que producía solo placer y ninguna preocupación.

—Ceuzinha, ¿qué sucede? —dijo doña Ofelia llena de agitación.

—Voy, madrastra, voy.

Con la punta de los dedos llamó a la puerta entornada del dormitorio.

—Adelante, hija bendita, adelante.

—Buenos días, madrastra.

—Buenos días. Pero ¿quién era?

—Era el señor João.

—¿Y qué quería?

—Nada.

—Y ¿por qué nos molesta si no quería nada?

—No lo sé.

—Pero ¿nos hemos vuelto locos?

—Tengo que irme, madrastra, vuelvo enseguida.

—Pero ¿dónde? ¿Adónde vas?

—¡No tardo nada!

Y mientras lo decía estaba bajando ya las escaleras, poniéndose a toda prisa y corriendo una chaqueta de lana. Recorrió veloz la rua Leite de Vasconcelos, luego bajó hacia Alfama, e iba tan rápida que, para no perder el equilibrio, debía agarrarse a los postes de las señales cuando las calles giraban en ángulo recto. Mientras corría a toda velocidad, aún encontraba tiempo de reír y cantar, aunque de forma entrecortada, porque le faltaba el aliento.

La encontró echando un cubo de agua sucia a la calle, con un pañuelo atado a la cabeza del que salía el pelo alborotado que se había vuelto blanco antes de tiempo, y se abalanzó con tal ímpetu que hizo caer el cubo de las manos y este se puso a rodar hacia abajo, por la cuesta, y se paró al ponerse, él solo, misteriosamente de pie.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Margarida.

Pero Maria do Ceu no conseguía hablar, solo respiraba de forma muy desordenada, como quien no sabe ya cómo se hace para llevar el aire a los pulmones. Y mientras seguía encima de ella, abrazándola con la boca abierta, como un pez recién sacado del agua, se echó a reír y también a

llorar. Entonces Margarida le cogió la cabeza entre las manos, se quitó el pañuelo y con él empezó a secarle el sudor de la frente que le caía sin pasar.

—Hija mía, ¿te has vuelto loca?

—He encontrado trabajo —le dijo por fin Maria do Ceu—. Un trabajo de verdad, en la Dardo Import-Export. Empiezo el lunes, me harán tres meses de prueba y luego me contratarán.

—¿De verdad?

—De verdad. Mamá, ya no tendrás que romperte el espinazo, pronto tendremos una casa y traeremos con nosotras a Julieta.

De la emoción, Margarida se sentó en el escalón del portal en el que trabajaba. Ahora el pañuelo se lo pasaba ella por la cara sudada y no sabía siquiera si echarse a reír o a llorar mientras su hija bailaba ante ella de una forma tan cómica que le daban ganas de agarrarla por los pies. Y así comenzó a alargar las manos, pero Maria do Ceu saltaba tan deprisa que no lograba siquiera a rozarla, parecía un saltamontes.

—Basta —dijo en un momento dado Margarida—. Eres demasiado rápida, me rindo.

Después, como era hora de comer, la madre abrió el pequeño hatillo que llevaba siempre con ella. Y así, sentadas en el escaloncito de mármol del portal, compartieron el poco pan y queso con una alegría tan grande como no recordaban haber sentido nunca antes.

Maria do Ceu se presentó a su primer día de trabajo con tanta antelación que el portón de la Dardo Import-Export, en la rua da Prata, estaba aún cerrado. Se había puesto una falda de tablas azul y una blusa blanca que la noche anterior había planchado tres veces. Llevaba el pelo rubio recogido con una cinta negra, como los zapatos, y sobre los hombros una chaqueta de lana color crema. Era un día de sol intenso, de mucho calor, pero ella aún no sabía cuál era su horario y, por eso, un momento antes de salir de casa, había seguido el consejo de doña Ofelia:

—La chaqueta llévala de todas formas, quien sabe a qué hora saldrás. A lo mejor ya ha caído el sol y tú sabes cómo es esta ciudad: de día es verano, pero de noche puede volverse invierno.

Estaba guapísima. Ella no lo sabía y no lo sabría nunca, pero tenía de una belleza que conmovía. La gente del barrio la llamaba la Virgen del Pesebre, porque parecía de verdad una de esas figuritas que la representan. Era rubia, con los ojos celestes, justo como el cielo, parecía que su madre, cuando había elegido su nombre, sabía cómo sería. Tenía la piel clara y dorada a la vez, algo más rosada en las mejillas. Era baja, pero proporcionada, con un cuerpo ligero y elegante. Llamaba la atención solo cuando reían sus ojos, porque en ella la risa comenzaba allí, en el alma, y por tanto desde los ojos, que brillaban antes de que se abriese su boca delicada dejando entrever apenas los dientes, que se habían quedado para siempre pequeños, como los de leche.

El administrador de la Dardo Import-Export, el doctor José de Carvalho, la encontró así ante la entrada.

—Señorita Dos Santos —le dijo cuando la vio— si no estuviese sobrio, diría que tengo alucinaciones. Usted no es una chica, ¡es una aparición! Venga, que la guío.

Y diciendo aquello metió la llave en la puerta que precedía a un zaguán poco iluminado, en el que la misma placa de metal que había fuera repetía «Dardo Import-Export 1.º esq.». Subieron, pues, un tramo de escaleras de madera muy altos, que chirriaban bajo los zapatos cada uno con un sonido distinto de los otros y, cuando estuvieron ante una puerta de cristales opacos con el mismo rótulo, esta vez pintado en oro, el doctor De Carvalho la abrió después de girar la llave en la cerradura cuatro veces. Era una oficina muy grande, con un pasillo largo y despachos a ambos lados, todos decorados con muebles de madera muy oscura, casi negra, *sucupira preta*, que venía de Brasil. A lo largo del pasillo, los azulejos del siglo XVIII brillaban en las paredes, hasta alrededor de un metro y pico de altura, bajo la escasa iluminación eléctrica. Los colores violeta y amarillo se mezclaban con el verde y las distintas tonalidades de azul en temas florales. El doctor De Carvalho la acompañó a un pequeño despacho, con un escritorio, una silla y un armario muy alto con cajones, cada uno con un rótulo de cartón introducido por una ranura superior en una placa de latón.

—No es gran cosa —le dijo—, pero será su despacho, solo suyo. Un contable se pasa el día entre números, así que tiene que poder trabajar en

absoluta tranquilidad. Eso no quiere decir que usted sea la única contable de esta empresa. Hay un contable jefe y un jefe adjunto, pero también ellos tienen un despacho donde trabajan solos. Serán su referencia, apenas lleguen haremos las presentaciones y ellos le dirán algo más sobre sus competencias. Estamos expandiéndonos y, por eso, necesitamos otra contable. Le hemos arreglado este despacho que servía de archivo, y este lo hemos llevado al sótano. Es menos práctico, pero hemos ganado un despacho y, además, no es que el archivo se consulte a cada momento. En todo caso, el sótano está justo aquí abajo y, por suerte, no es nada húmedo. Ahora ayúdeme a abrir las ventanas. Soy siempre el primero en llegar y me toca abrirlas siempre solo. Es su primer empleo, ¿verdad, señorita?

—Sí —respondió tímida Maria do Ceu.

—Bueno, por algún sitio hay que empezar, ¿no? Por lo demás, usted es muy joven. Verá, en la Dardo Import-Export se encontrará muy bien. Y además…, además no tendrá nunca problemas de zapatos.

La dejó sola en el despacho que le habían asignado y se retiró al suyo cerrando la puerta. Poco después Maria do Ceu oyó llegar a todos los empleados uno tras otro y el miedo de ser señalada enseguida por alguno la hizo ir de puntillas a cerrar su puerta. El doctor De Carvalho sabía que estaba allí, cualquier cosa que necesitase no tenía más que llamarla. Miró a su alrededor, abrió alguno de aquellos cajones donde no vio otra cosa que papeles ordenados por fecha y varios registros. Hojeó alguno y todos aquellos números en bonita caligrafía le dieron miedo. ¿Sería capaz algún día de ser así de ordenada? Y, más importante todavía, ¿sería capaz algún día de entender algo? La escuela era una cosa, el trabajo otra muy distinta, puede que hubiese sido demasiado optimista pidiendo un trabajo, quizá tendría que haber hecho primero unas prácticas. Se asustó tanto que le dio un espasmo en el estómago y se le revolvió la leche del desayuno. Entonces abrió la ventana buscando un poco de aire. El cielo estaba despejado, el sol relucía sobre las piedras blancas de la calle haciéndolas parecer casi mojadas. Tuvo un mareo, sintió de repente que su vida no valía nada. ¿Por qué nada? ¿Y por qué justo ahora? Volvió a ver los cuatro rostros más importantes de su vida. Su madre, que limpiaba escaleras con su habitual pañuelo en la cabeza y aquella forma de alzar los ojos al cielo cuando

estaba agotada, como si solo haciendo aquello le volviese la fuerza. Y así debía de ser, porque, tras aquel gesto, siempre sonreía, como dando las gracias. Julieta, la infeliz siempre alegre, la mujer que había hecho de su mal una oración que recitar siempre con el entusiasmo del amor. Doña Ofelia, con aquella arruga profunda en el centro de la frente, la boca siempre amarga, la lengua hepática, con los ojos entreabiertos cuando con una mano se apretaba el estómago dolorido. Don Manuel y su sonrisa sarcástica, su pelo y su ropa elegantes, su loción para después del afeitado y sus perfumes. Don Manuel, que salía de casa y no decía nunca cuándo volvería.

—Señorita Dos Santos, por favor, acomódese.

Maria do Ceu se dio la vuelta de golpe y dio un paso adelante, luego volvió para cerrar la ventana, diciendo: «Perdone», como si estar en la ventana fuese una falta. Y después se quedó donde estaba, como si hubiese oído solo su nombre y no aquel «acomódese» que le acababan de decir.

—Permiso —añadió el hombre que estaba en la puerta—. Soy el doctor Miguel Caetano, el contable jefe.

El hombre le sonrió, abrió la puerta de par en par y, con la mano libre, la invitó a salir del despacho y seguirlo.

Fue una conversación breve, el doctor Caetano la trató enseguida como a una hija, le dijo muchas veces que tenía edad para ser su padre y que no debía temer nada, porque allí, en la Dardo Import-Export, nadie se comía a nadie, mucho menos a las chicas guapas como ella. Le puso delante algunos libros de contabilidad abiertos y le explicó ciertos detalles, aun entendiendo, por la expresión de su interlocutora, que el pánico la había bloqueado y que aquel día no había mucho más que hacer. A la hora de la comida, Maria do Ceu no salió de su despacho, comió lo que se había llevado de casa y, por temor de cruzarse con alguien, se quedó todo el día sin ni siquiera ir al baño. Cuando sonó la sirena, permaneció inmóvil hasta que oyó que todos habían salido. Abrió la puerta despacio y se deslizó, sigilosa como un gato, por el pasillo en dirección a la salida.

—¡La primera en entrar y la última en irse! —dijo el doctor De Carvalho—. Bien, bien, eso sí que es un buen comienzo. La primera

impresión es la que cuenta, ¿sabe? Y mi primera impresión, para lo que pueda contar, es que usted será una empleada modelo.

Maria do Ceu le dio las gracias, un buenas noches rápido y escapó por las escaleras sintiendo a cada paso que se iba a hacer pis encima. No podía llegar a casa en aquellas condiciones, no lo lograría. En la calle se puso la chaqueta, porque se había levantado aire y se precipitó en un bar pidiendo, casi al mismo tiempo, un vaso de agua y dónde estaba el baño.

Estaba saliendo olvidándose de beber el agua que la esperaba en la barra, cuando una voz a su espalda le dijo:

—¿Es usted la última adquisición de la Dardo?

Un joven alto y delgado como un palo, con un traje tan gastado que no se tenían las costuras, la observaba desde arriba y le sonreía.

—Sí —respondió Maria do Ceu—, pero ¿usted cómo lo sabe? No me parece que nos hayamos visto.

—Ah, si es por eso, creo que usted hoy no ha visto prácticamente a nadie. Ha estado encerrada en su despacho todo el tiempo. No le ocultaré que hemos hecho apuestas.

—¿Apuestas?

—Sí, en un momento dado, nos hemos preguntado si saldría alguna vez. Hay quien ha apostado por el sí y quien por el no.

—¿Y usted?

—He perdido. Pero admito que hemos perdido muchos. Aunque mañana podré decir que he sido el único que la ha visto, al menos, a la salida.

—El único no, he visto al doctor De Carvalho y al doctor Caetano.

—Ellos no entraban en el juego. A ellos sabíamos todos que los había conocido. Bueno, bienvenida a la Dardo. Me llamo Tiago da Conceição.

—Yo me llamo…

—Maria do Ceu dos Santos.

—Lo sabe ya todo.

—Solo el nombre y el apellido. ¿Quiere tomar algo?

—En realidad, tengo ya un vaso de agua esperando.

—Para celebrar el primer día de trabajo no me parece lo más adecuado.

—No tengo costumbre de beber alcohol, ni tampoco la de pararme con quien no conozco.

—Pero si acabamos de presentarnos.

—Exacto, acabamos. Es ese acabamos el que marca la diferencia.

—Entre colegas de trabajo es normal tomar algo.

—Pero yo no tengo colegas de trabajo. Al menos todavía.

—Me tiene a mí. Yo también trabajo en la Dardo. Es una garantía de seriedad.

—Oiga, yo tengo que irme, me esperan en casa.

La muchacha que servía en la barra le guiñó un ojo. Maria do Ceu no la había visto nunca antes de aquel día. No estaba segura de que se dirigiera a ella. Pero la chica le guiñó el ojo otra vez. Maria do Ceu se acercó a la barra, bebió el vaso de agua de un trago, se despidió del colega y se fue apresuradamente girando en la primera esquina. Allí se paró y esperó a ver cómo se marchaba. Pasaron pocos segundos y Tiago salió del bar encaminándose en la dirección contraria. Vio cómo desaparecía y regresó al bar.

—Oiga —le dijo a la chica casi sin aliento—. ¿Era a mí a quien guiñaba el ojo?

—¿Y a quién si no? —respondió la muchacha.

—¿Y por qué razón lo hacía?

—Porque le estaba cortejando uno de los chicos más guapos de Lisboa.

—¿Quién? ¿Ese?

—¿Qué pasa? ¿Usted lo tiraría a los tiburones?

Se echaron a reír llevándose las dos una mano a la boca.

—Santo cielo, a los tiburones no —dijo Maria do Ceu.

—Habría que verlo. Ojalá me pretendiese a mí. Oiga, si me la hubiese pretendido a mí, yo no me habría quedado ahí pasmada como usted. Pero ¿lo ha visto?

—Sí, está demasiado delgado, pero es mono.

—¿Mono? Dios mío, ¡es más guapo que un sol! Pero no corteja a ninguna, es uno que tira siempre derecho por su camino. Casa y trabajo, trabajo y casa. Es un chico muy serio. Por eso hoy me he quedado atónita. Afortunada usted que trabaja con él. Yo lo veo solo en la hora de la pausa.

—¿Viene a comer aquí?

—No, no le llegaría el dinero. Debe de ser muy pobre, ¿ha visto cómo va vestido?

—Sí, va muy mal vestido.

—Pero parece un príncipe igual, ¿verdad?

—Sí, es elegante.

—Yo lo veo solo cuando baja a tomar café, me dice las mismas palabras siempre: «Señorita, un café, por favor». Y al final solo «cuánto le debo» y un «gracias», nada más. Hoy ha sido la primera vez que lo oigo charlar. Dios mío, yo en su lugar me habría derretido. Usted, sin embargo…, pero ¿cómo ha hecho para quedarse así impasible?

—No sabría decirle. Quizá es una cuestión de estilo —respondió Maria do Ceu levantando apenas el mentón.

Se echaron a reír de nuevo las dos, esta vez más fuerte, tanto que el dueño del bar salió de la trastienda enfadado y, golpeando con el puño una mesita, dijo a la muchacha que no le pagaba para reírse con los clientes que pedían solo un vaso de agua. Después de esto, volvió a la trastienda y cerró la puerta de un portazo.

—No haga caso —dijo la chica—. Está siempre medio borracho. —Y después se echó a reir de nuevo, pero sin hacer ruido, con las lágrimas saliéndole de los ojos por el esfuerzo.

—¿Pero tenemos que continuar hablándonos de usted aún por mucho tiempo? —le preguntó Maria do Ceu riendo de la misma forma.

—Bueno, eres una clienta, ¿qué sé yo?

—Sí, pero una que pide solo un vaso de agua, ¿no lo has oído?

—Me llamo Cidália, ¿y tú?

—Maria do Ceu, deberías saberlo. Lo acaba de decir el chico más guapo de Lisboa.

—No lo he oído. Entra él y, qué sé yo, se me cierran los oídos de la emoción.

—¡Qué exagerada!

—Escucha, visto que trabajas aquí enfrente, nos vemos de vez en cuando, ¿no?

—Sí, con gusto.

Se dirigió a casa con la cara en llamas. Y ¿cuándo iba a poder dormirse aquella noche? Vamos, ¡con todas esas emociones! Había sido su primer día de trabajo, había conocido a una chica simpatiquísima y el muchacho más guapo de Lisboa le había pretendido. Era para volverse locos. Sí, locos, y le parecía que flotaba por aquella calle, con las piernas que caminaban solas sin siquiera sentirlas, con toda aquella ligereza inesperada dentro que le parecía que levitaba, que había cambiado de sustancia, no estar hecha siquiera de carne y hueso como todos los humanos, sino… de corcho, sí, y estar en la vida como una boya flotando en el agua, esperando a que el pez pique.

Cuando llegó a casa era casi hora de cenar. Encontró la mesa puesta y a doña Ofelia y don Manuel sentados en el sofá. Doña Ofelia ni siquiera llevaba la bata, se había vestido y todo.

—¡Padrastro! —dijo entrando en casa—. ¿También está usted a cenar?

—¿Y cómo no podía estar en tu primer día de trabajo?

Maria do Ceu se quedó perpleja, la expresión de aquellos dos individuos que tenía enfrente estaba a punto de vovlerse emotiva. Los miró a ellos y a la mesa puesta, con una botella de buen vino ya abierta, la vajilla de los días de fiesta, una fuente de *arroz de bacalhau à Piedade* en el centro, las verduras cocidas en un plato de servir.

—¿Todo esto por mí? —preguntó Maria do Ceu estupefacta.

—¿Y por quién si no, hija mía? —le respondió Manuel Ramalhete ya casi con lágrimas en los ojos. Y luego se levantó del sofá, fue hasta ella y la abrazó—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—¿Perdonarle qué, padrastro?

—Todo.

—Pero ustedes han hecho muchísimo por mí, soy yo quien está en deuda.

—Tú viniste a esta casa para traer alegría y yo no te la he manifestado nunca. Te he tratado siempre como quien había ocupado el puesto de otra. He sido injusto, niña mía, no sentiré nunca suficiente culpa. —Y se arrodilló dramático, con las manos juntas.

—Por favor, padrastro, ¡no se arrodille! ¡Levántese!

—Solo me levantaré cuando me perdones.

—Claro que sí, le perdono, le perdono. Dígaselo también usted, madrastra.

Pero el rostro de aquella pobre mujer siguió impasible. Luego, con esfuerzo, Ofelia se levantó del sofá y se dirigió a la mesa, retiró la silla con un suspiro y sentándose dijo:

—Ahora vamos a comer que, si no, se enfría todo.

Maria do Ceu se volvió de nuevo a doña Ofelia, quien, sentada a la mesa, seguía ausente. Su mirada, que parecía posada en ellos, los había traspasado; en realidad, hacía mucho y había ido tan allá que a saber dónde estaba. Allí, frente a aquella escena del marido, solo estaba su cuerpo, la mente muy lejos, arrastrada a un refugio al reparo de los dolores, en una especie de cápsula protectora hecha de una extraña pasta blanquecina, algo que, al acercarse, tenía un olor inconfundible, el olor del Dolviran.

Más tarde, cuando los padrastros se retiraron a su cuarto y se encontró sola en la oscuridad del salón, Maria do Ceu se desnudó despacio, se preparó la cama en el sofá y se tumbó, era tanta la emoción que la sangre le hervía, y estuvo despierta hasta el alba perdida en mil conjeturas. Pensaba tan deprisa que se olvidaba de respirar, y entonces, cada poco, se veía obligada a erguir el torso porque la cena la había ingerido casi sin darse cuenta, no había digerido bien y la comida en el estómago le oprimía el corazón, provocándole una ansiedad que en otro momento la habría asustado, pero que aquella noche de marzo, a pocos días del comienzo de su decimoséptima primavera, era tan solo una grandísima euforia.

OceanofPDF.com

XX

Aquel domingo por la mañana, cuando llegó al Miradouro de Santa Luzia, Maria do Ceu se apoyó con la espalda en el gran árbol de buganvilla en flor. Y ante el Tajo, que resplandecía en muchos destellos, cerró los ojos y respiró profundamente el aire dulce de finales de mayo que olía a marejada. Había esperado el tranvía en la parada delante de la iglesia de São Vicente, pero, visto que no pasaba, por miedo a llegar tarde, decidió bajar a pie. Caminó a paso rápido por la estrecha acera de la rua São Tomé, con el sol en los ojos, mirando continuamente el reloj que llevaba en la muñeca. No había sido nunca buena calculando el tiempo, tenía la impresión de que volaba por naturaleza, pero aquella mañana le pareció, por contrario, inmóvil, como si sus piernas se adelantasen a él en una carrera que la quería primera a toda costa. Con la espalda apoyada en el árbol, Maria do Ceu cerró los ojos y se sintió llena de valor. «He llegado antes de tiempo —pensó—. Habría sido mejor ser más prudente, las mujeres deberían hacerse esperar».

Al volverse lo vio bajar del tranvía atusándose el cabello con la mano derecha. Prefirió esconderse tras el árbol y vio que la buscaba con los ojos sin encontrarla. Podía fingir no haber llegado aún. Tiago entró en un bar y ella salió de su escondite, volvió a subir la calle a toda prisa, desapareció tras la curva, recuperó el aliento. Luego se santiguó y comenzó a bajar de nuevo despacio. Ahora era él el que estaba con la espalda en el árbol mirando el Tajo, con un cigarrillo entre los dedos de la mano derecha.

—¡Buenos días! —le dijo llegando por detrás de él.

Tiago se dio la vuelta de golpe, le sonrió y de manera instintiva tiró el cigarrillo al suelo. Se estrecharon la mano.

—Hace un día precioso —dijo Tiago.

—Caluroso —respondió Maria do Ceu.

Y se callaron el uno frente a la otra, con una sonrisa artificial en los labios.

—¿Nos quedamos así? —preguntó Maria do Ceu.

—Así ¿cómo?

—Así —respondió ella poniéndose firme como un soldado.

Tiago abrió los brazos como para decir que no entendía bien y se quedó mirando sus mejillas sonrojadas por la timidez, hasta que ella se echó a reír y le dijo que no se asustase por tan poca cosa.

—¡Ah! Estaba de broma —dijo él.

—Sí —respondió ella—. Pero ¿tenemos que tratarnos de usted?

—No, no creo.

—Bien. Entonces, nos tuteamos y vamos a hacer algo.

—¿Qué quiere hacer?

—Tiago, relájate. No sé, vamos a andar, a sentarnos en un café.

Maria do Ceu intentó controlar el temblor y se enganchó a su brazo.

—Entonces, ¿con qué pie empezamos? ¿El derecho o el izquierdo? —le preguntó riendo.

Y sin esperar respuesta comenzó a caminar en dirección a la Sé arrastrándolo tras ella, un poco descoyuntado, incapaz de seguir el ritmo de aquellos pasos más cortos que los suyos. Maria do Ceu lo miró de perfil, con aquella nariz fina en un rostro esculpido por la delgadez, y pensó que era ciertamente muy alto, mucho más que la media de los chicos portugueses, que ella le llegaba apenas a los hombros y que, pasara lo que pasara aquel día, tarde o temprano se casaría con él.

Se sentaron en la Pastelaria Suiça, en la praça do Rossio, donde pidieron un batido y dos *pasteis*.

—Estoy leyendo un libro que me gusta muchísimo —dijo ella después de dar el primer sorbo a su batido.

—¿Sí? ¿Cuál?

—*Orgullo y prejuicio*. ¿Lo has leído?

—No.

—¡Ah! Creo que lo leeré por siempre.

—¿Siempre el mismo libro?

—No, leeré otros también. Pero este continuaré leyéndolo. Será mi libro.

—Pero ¿por qué?

—Porque cada uno tiene «su» libro y yo sé que este será el «mío». Así de sencillo. Porque sé que cada vez que tenga necesidad de una respuesta siempre la encontraré allí.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé. Lo escribieron para mí.

—¿De verdad?

—No, es un decir. Es de una escritora inglesa que murió hace mucho.

—Pero tú ¿la has conocido?

—Tendría que tener al menos ciento cincuenta años.

—Todas las respuestas dentro de un libro, ¡venga! No me lo creo. Y, además, si fuese verdad lo que dices, tendría que ser un libro escrito ahora. ¿Qué respuestas te puede dar un libro que se escribió en otro país, en otro idioma y en otros tiempos?

Maria do Ceu se quedó callada y sonrió. Se avergonzó un poco de haber hablado tanto, de no haber dicho que aquel libro era el primero que leía en su vida. Se dio cuenta, sobre todo, de que no sabía hasta dónde hubiera llegado de no haber parado a tiempo. Había tenido suerte que Tiago no le hubiese preguntado qué otros libros había leído antes de elegir aquel como el más importante.

Cruzó las piernas y terminó el batido sonriéndole de vez en cuando, mientras las palomas del Rossio paseaban por la plaza comiendo las migas que caían de las mesitas. Luego apoyó el vaso vacío en la mesa y, mirándolo a los ojos, le preguntó:

—Pero, tú, ¿qué intenciones tienes?

—¿Qué quieres decir? —le respondió Tiago.

—Has entendido perfectamente.

—No, no he entendido nada.

—Quiero saber qué intenciones tienes conmigo.

—Bueno, tarde o temprano te lo habría dicho. No necesariamente hoy.

—Y ¿Cuándo?

—No lo sé, más adelante.

—¿Por qué? ¿Hay plazos que respetar?

—Creo que sí. ¡Caray!, eres muy rara. Nos conocemos desde hace poquísimo, hoy salimos juntos por primera vez. No sé prácticamente nada de ti.

—Pero te gusto.

—Dios, pues claro que me gustas. Pero ¡lo estás estropeando todo! Tienes que hablar menos, Maria do Ceu, tienes que dar tiempo al tiempo. Antes hay que conocerse un poco…

—Hacemos como que solo somos amigos.

—No, no hace falta fingir, o quizá sí, no lo sé.

—¿Y luego?

—Y luego las cosas suceden solas.

—No es lo mío. Yo las cosas las quiero saber. Ni me gusta ni me apetece hacer una película. ¿Durante cuánto tiempo tenemos que fingir? Si ha de ser así, quiero saber cuánto va a durar, así nos dedicamos a hablar de cosas que no cuentan mucho, como esa historia de las respuestas del libro, que me parece que no te interesa nada.

—No, no es cierto. He dicho que no me lo creo.

—Entonces, di tú algo interesante. Si necesitas tiempo, tienes que encontrar temas, y tengo la impresión de que tampoco hablar te gusta mucho.

—No estoy acostumbrado. Voy a trabajar todos los días a la Dardo, como tú, y luego vuelvo a casa y me pongo a estudiar.

—Eso es, podrías decirme qué estudias.

—Estudio Economía.

—¿Quieres hacerte rico?

—Bueno, querría estar mejor de lo que estoy.

—¿Por qué? ¿Cómo estás?

—Vivo con mis padres y mi hermano en una casa de una sola habitación. Una habitación es poco para cuatro personas. Quiero tener una posición mejor, ayudar a mis padres, que son muy pobres. Me gustaría convertirme en alguien importante.

—¿Cómo de importante?

—No lo sé, no me lo he planteado.

—Mal, tienes que planteártelo.

—Pues no, no tengo que plantearme nada, solo tengo que seguir con lo que hago y saber esperar.

—Eso, también yo tengo que saber cuánto tengo que esperar. Y depende mucho de tus ambiciones, ¿entiendes? Si tienes muchas, tendré que esperar más; si, en cambio, tienes pocas, tendré que esperar menos.

—¿Quieres saber hoy cuándo podré casarme contigo?

—Sí.

—Escucha —le dijo Tiago tomándola de la mano—. Conozco un sitio, en la Mouraria, donde se come bien por pocos *escudos*. ¡Vamos!

Sentados en aquella taberna, que se llamaba simplemente Casa de Pasto, Maria do Ceu no dijo ni una palabra más y Tiago le contó toda su vida.

Su madre, doña Demetilia, estaba casada en segundas nupcias. No había tenido hijos del primer marido porque no le había dado tiempo, murió en un accidente tan estúpido que al contarlo resultaba difícil de creer. Subió a un tranvía atiborrado de gente. El conductor no pudo cerrar las puertas y él se quedó en el estribo. En una curva el tranvía dio un bandazo, una señora se le abalanzó sobre el brazo y él perdió el agarre, cayó fuera y se golpeó la cabeza. Fue todo tan rápido que ni siquiera se dio cuenta de que se moría. Se quedó en el suelo y sus ojos, aún abiertos conservaban solo una expresión de fastidio. Sucedió a pocas paradas de casa, la misma donde vivía él, la de una sola habitación. Su madre estaba en casa preparando la comida y tenía la puerta abierta, un poco porque hacía calor, un poco porque sabía que estaba a punto de volver. Cuando en la calle, por la voz de una mujer, oyó decir que un hombre había muerto al caerse del tranvía, no tuvo dudas, apagó el fuego y salió corriendo. Se lo había contado muchas veces, le decía: «Oí aquella voz y supe que era para mí. Cuando llegué al lugar, me abrí camino entre la gente que estaba a su alrededor y, sin haberlo visto aún, dije: “Déjenme pasar, soy su mujer”. Y aún hoy me pregunto cómo pude saberlo así, solo por la sangre que, de repente, te circula al contrario». Había sido un dolor profundo, de los que dejan mudo por mucho tiempo. Luego, al cabo de tres años, conoció a su padre. Caminaba por la

calle y aquel hombre la miró. Había sido un poco como el día del accidente, tras dar unos pasos, tuvo que parar y darse la vuelta. Se casaron después de poco más de un mes, que él tenía seis años menos que ella solo lo supo el día de la boda.

Su padre, Augusto, trabajaba en el puerto, descargaba y cargaba pesos que eran el doble que él. Por eso estaba ya encorvado, doblado en dos. Un hombre que, como decía él mismo, miraba solo la tierra por donde pisaba. Había sido una vida pobre. Con su padre había hablado siempre poco, porque era de poquísimas palabras. Pero lo había temido siempre, aunque no lo había tocado nunca, bastaba una mirada suya y se hacía el vacío en torno. Su madre, en cambio, hablaba por dos, y conservaba una alegría que aún hoy lo animaba. Era una mujer sencilla, le bastaba tener qué poner en la mesa para su familia y era feliz. Se lo decía a si misma: «La vida es un relámpago y hay que intentar estar siempre contento». Era una buena cristiana, aunque a veces no tenía tiempo de ir a la iglesia, pero no le preocupaba mucho, decía que Dios sabe siempre todo y que a una madre de familia como ella, con tantas cosas que hacer todo el día, la perdonaba. Pero, hacia la noche, cuando caía el sol, se sentaba en su silla de enea y rezaba al menos una hora el rosario en voz baja. Con el buen tiempo, se llevaba la silla a la calle y lo rezaba con las vecinas.

Su hermano Humberto le llevaba cinco años, aunque era como si fuese diez más pequeño, siempre con la cabeza en las nubes, muy soñador, capaz de despertarse por la mañana con una idea y de irse a dormir con la contraria. Parecía que dejar quieta la cabeza le daba miedo. Algunas veces, de noche, lo oía dando vueltas en la cama sin llegar a dormirse, como si el sueño lo asustase y, en su corazón, a cada mínima debilidad, sintiese que tenía que oponer toda su resistencia. Le gustaba escuchar música, se había comprado un gramófono en la Feira da Ladra y algunos discos franceses. Si hubiese sido por él, habría tenido puesto aquel gramófono todo el día. «¡Humberto! —Solía gritarle la madre—. Si fuese por ti, nos dejarías a todos sordos. Danos un respiro». Y él obedecía a regañadientes, se encendía un cigarrillo y se ponía a fumar mirando el techo, yendo a quién sabe qué otra parte del mundo. Algunas veces, tenía un aire casi beato, pero beato no era, desde luego.

Y luego estaba su secreto, que podía ser arriesgado contarle enseguida, el primer día que salían juntos. No es que no se fiase, es que no quería asustarla. Era su vida secreta, que no conocía nadie. Él se fiaba, pero ella debía jurarlo. Así que Maria dejó el cuchillo y el tenedor, y le dijo: «Lo juro». Y entonces, él se acercó alargándose desde el otro lado de la mesa hacia ella y, en voz baja, justo al oído, le susurró: «Soy comunista. Creo en la libertad del pueblo, formo parte de un grupo subversivo, pero no puedo hablarte de ello aquí porque, en este país, hasta las paredes oyen». Y Maria do Ceu asintió con la cabeza y aire serio, como quien lo comprende todo. Pero no había entendido nada, solo sentía el corazón latiéndole fuerte por aquella cercanía repentina, como si alargándose así hacia ella, Tiago hubiese traido consigo, sin saberlo, una ola de pasión que en un instante le había provocado un gran sofoco.

Cuando salieron de la taberna, el tiempo había cambiado. El sol desaparecía tras muchas nubes en continuo movimiento y se había levantado un viento casi frío. Como para abrigarla, Tiago le puso un brazo en los hombros y, durante el camino de regreso, le explicó lo que quería decir ser comunista en el Portugal de Salazar, pero lo hizo en voz tan baja que a Maria do Ceu se le escaparon muchísimas de sus palabras. Y así, cada vez que cerraba los ojos por la rabia de perderse una, se perdía dos, porque con ellos cerrados era como si la voz de Tiago se atenuase, al final de su discurso lo único que había entendido de verdad era que se trataba de una vida muy peligrosa y que ella, para estar a su lado, tenía que estar a la altura. A su madre y a sus padrastros no los había oído hablar de política nunca, ya la misma palabra política le resultaba más bien nueva, algo que le habría costado mucho definir. Pero aquella tarde, la conversación de Tiago la había entusiasmado. Y todas aquellas palabras, agarradas como a la carrera, le habían parecido muy parecidas a las que se usan para describir el amor. Palabras como libertad, derecho, igualdad tenían poco que ver con los sentimientos que vinculan a un hombre y a una mujer, pero a ella le habían convencido, porque la habían llevado mucho más allá, allí donde el bien es algo que se comparte, porque guardándoselo uno para sí mismo se podía terminar por encontrarse sin nada entre las manos. Al final de aquel día se sentía otra, muy distinta, como iluminada, y aquel muchacho, pensó, era el

hombre que la haría crecer, que le daría aquella certeza que, en su breve vida, no había tenido nunca. Cuando habían llegado ya casi a la rua Leite de Vasconcelos, Maria do Ceu se detuvo de repente y, agarrándole las manos, le dijo que quería estar presente en la próxima reunión para entender mejor todas las cosas de las que le había hablado tan aprisa.

—¿Estás segura? —le preguntó él—. Son reuniones clandestinas.

Y ella, solo de oír aquella palabra, se sobrecogió, dominada de golpe por la emoción. Reuniones clandestinas, ¿qué más podía desear?

—Sí —le contestó mirándole a los ojos—. Quiero ser como tú.

—Pero los que son como yo pueden acabar muy mal —le dijo él acariciándole el pelo.

—No se termina nunca mal cuando se tiene razón —le respondió ella como embelesada.

—Está bien, lo pensaré —dijo Tiago—. Pero ahora vamos, te acompaño a casa.

Y estaba ya a punto de ponerse a caminar de nuevo cuando ella lo paró agarrándolo de un brazo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, pero no quiero que te vean mis padrastros.

—¿Tenemos que ser clandestinos? —le preguntó él sonriendo.

—Solo durante un poco.

—Lo entiendo. Entonces escucha Maria do Ceu, mis intenciones son serias. No soy de los que persiguen a las muchachas para jugar con sus sentimientos. Tengo que terminar los estudios, conseguir una buena posición y ayudar a mi familia y después formar la mía. Contigo.

—¿Cuánto? —le preguntó ella alzando la cara hacia él con una extraña expresión de heroína, la que se pone cuando se tiene miedo de perder un sueño por nada.

—Cinco años —dijo él tomándole el rostro entre las manos—. Dame cinco años y después me caso contigo.

Entonces ella, para ponerse a su altura, se puso de puntillas, y con el rostro entre las manos de aquel joven que le gustaba tanto, se dejó besar correspondiéndole con pasión. Fue un beso breve, pero que a ella le pareció largo como una vuelta alrededor de la tierra, y algún día, cuando alguien le

dijera que el batir de las alas de una mariposa en América puede provocar una tormenta en China, lo recordaría justo así, como su tormenta llegada de lejos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Margarida mientras quitaba la mesa. Estaba de espaldas, metiendo los platos y la cazuela en un barreño lleno de agua, mientras Maria do Ceu le llevaba los vasos y los cubiertos—. Tengo que contarte algo pero no quiero dramas, ¿entendido?

—En realidad, era yo la que quería hablar contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué querías decirme?

—Que hace ya un tiempo que trabajo y tengo algún dinero ahorrado. He estado mirando por ahí, no te lo he contado antes porque quería estar segura. En fin, he visto una casa que para nosotras estaría bien, justo aquí al lado, y no cuesta tampoco mucho.

Margarida se volvió de golpe con los ojos rojos de llanto.

—¡Ni hablar! —dijo.

—¿Por qué, mamá? Lo dijimos desde el principio, ¿recuerdas?

—Tú te quedas con tus padrastros y el dinero te lo guardas. Por el momento, no se hacen gastos, ¿entendido?

—No, no entiendo.

—Yo te lo explico, pero nada de dramas, ¿prometido?

—Mamá…

—Escucha, hija mía. Nosotros no decidimos nada, hacemos muchos planes y luego el Señor es quien dispone y a nosotros no nos queda otra que decirle hágase Tu voluntad.

—No entiendo nada. ¿Qué plan ha cambiado? ¿Y por qué yo no puedo alquilar una casa e irme a vivir contigo?

—Nada de dramas, ¿de acuerdo? Ha cambiado mi salud, dentro de una semana tengo que operarme.

—¡No!

—Nada de dramas, sécate esas lágrimas y sé fuerte. Recuerda que delante un enfermo no se llora nunca.

—Pero ¿qué tienes? —preguntó Maria do Ceu casi sin voz.

—Un dolor aquí dentro —dijo Margarida agarrándose un pecho con la mano—. Una cosita que me quitan, pero una cosita que me tienen que quitar y que aunque la quiten no se sabe cómo terminará. Así que, no se tira dinero en alquilar y amueblar una casa y tú te quedas tranquila con tus padrastros.

—Pero no hay riesgo, ¿verdad?

—No se puede saber, podrán decirme algo después de la operación, porque parece que tienen que hacer unos análisis a eso que me quitan.

—¿Por qué? ¿Qué te van a quitar?

—Un pecho.

—Pero ¿qué dices? —gritó Maria do Ceu casi sin poder contener el llanto.

—Lo que he dicho, un pecho. ¿No has visto nunca un mutilado? Los hay que andan por ahí sin una pierna, sin un brazo, yo tendré más suerte porque nadie se dará cuenta de lo que me falta.

—Mamá, mi mamá… —dijo Maria do Ceu abrazándola fuerte.

—Venga, vamos, hemos dicho que nada de dramas. Nunca pongas la venda antes de la herida. Yo te he dicho lo que te tenía que decir, ahora vete a saber cómo irán las cosas, puede que vaya bien.

—Claro que van a ir así, irán así porque tú eres mi gran amor.

—¡Uh! Gran amor, ¡anda que…! Un día lo serán tus hijos, pero por el momento me parece que ya hay un buen mozo con el que se te ve a menudo por Lisboa.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Maria do Ceu atónita y secándose los ojos.

—Soy tu madre, lo sé. A decir verdad, lo sabía antes de que andases por ahí, lo sabía porque de un día para otro te cambió la expresión de los ojos. Llegaste aquí y, en vez de ver a mi niña de siempre, vi a una mujer enamorada.

—¿Y no me dijiste nada?

—Bueno, esperaba que me lo contases tú, pero visto que no te decidías…

—Pensaba que te ibas a enfadar.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé. Tu vida, mi padre que no se ha vuelto a ver…

—¿Y creías que me había convertido en una de esas mujeres que, después de una gran desilusión, ven granujas por todas partes? No, Ceuzinha. Yo no he tenido una gran vida, pero la he esperado siempre y continuaré haciéndolo con el mismo optimismo hasta el último día. No soy de las que miran siempre hacia atrás, prefiero la emoción que hay en las cosas que nos esperan. Mañana, mañana, ¿entiendes? Siempre mañana. El mundo es grande. Se puede esperar hasta el final una vida mejor. Pero no mejor después, en el más allá, no, siempre en esta, siempre nosotros, prolongándonos aquí, de madre a hijo. Y entonces sí, tener esa visión de la vida eterna, pero siempre aquí, en la tierra, que mientras dure la vida duraremos también nosotros. Nada de dramas, ¿entendido? Lo que tenga que pasarme no es más que un fragmento de mi vida. Y si sucediese lo peor…

—No, mamá, te lo ruego…

—Si sucediese lo peor, no te dejes engañar por quien diga que estaré mejor donde he ido porque, claro, a algún sitio iré, pero acuérdate, donde quiera que yo esté, continuaré estando aquí, y veré y sabré lo que haces. Escucha, es sencillo. Tu brazo es amigo de tu cerebro, ¿no? A ti te parece que no se digan nunca nada, pero no es cierto, son amigos. Si el brazo enferma y te lo cortan, tú continúas sintiéndolo. La vida es igual. No existe el no existir, por eso se puede esperar siempre lo mejor aun cuando parezca no llegar. Mi tiempo está en el tuyo, Ceuzinha, y el tuyo en el de tus hijos, que continuará siendo el mío. Y ahora, por favor, en vez de quedarte ahí lloriqueando, anímame hablándome de ese amor.

Maria do Ceu sentía un peso tan fuerte en el pecho que no conseguía hablar. Miró a su alrededor, en aquel cuartucho bajo una escalera, y la única cosa que le vino a la mente fue que su madre solo le había llenado la cabeza de palabras para no hacerla pensar, que lo único que contaba en aquel momento para ella era que no tirase el dinero en una casa que quizá no llegaría a pisar. Y le pareció que todo aquel torrente de palabras incompresibles para ella había sido dictado solo por el deseo de alejarla para que sufriese menos. Puede que su madre ya supiese cosas que le ocultaba, puede que el médico le hubiese dado muy pocas esperanzas. Y en

aquel estado de ansiedad, lo único que pudo hacer fue llevarse las manos a la cara y estallar en lágrimas con mayor desesperación.

—Eso es —dijo Margarida intentando dar a su voz el tono de la ironía—. ¡Las palabras de una madre al viento! ¿Qué tengo que pensar? ¿Que no has entendido nada de lo que te he dicho?

—¿Nada? No, mamá, he entendido demasiado.

—¡Vamos, anda! Te había pedido que no hicieses un drama, he intentado hacerte entender que los dramas no sirven para nada, ¿y tú? Mírate, no querrás estar tan triste como para perder a tu enamorado, ¿verdad? No te he traído al mundo para ser infeliz. Quiero estar orgullosa de ti, pero no se puede estar orgullosa de una hija triste. Te lo ruego, Ceuzinha, ahora tienes que ayudarme tú, me tienes que acompañar.

—¿Acompañarte adónde? —preguntó Maria do Ceu con un hilo de voz.

—Acompañarme en este viaje que me toca hacer en mi cuerpo. Mira que de nuestro cuerpo no sabemos nada, y ahora, a mí, me toca aprender un poco. ¿Recuerdas aquella lección del libro de texto que estudiabas de pequeña? ¿Aquella sobre la digestión? ¿Cómo se titulaba?

—«Viaje de un bocadillo».

—Eso, ahora yo seré el bocadillo, ¿entiendes? Era muy entretenido. ¿Te acuerdas de lo que nos reíamos? Te divertía tanto que te lo sabías a la perfección. El bocadillo entraba en la boca, bajaba por el esófago, y ¡qué cara ponía! Se moría de miedo, apretaba los ojitos para no ver nada, y luego, los abría otra vez porque la curiosidad era más fuerte que él, hasta que, despacito, despacito, se desintegraba, se convertía en papilla, una parte se iba a la sangre para nutrir y otra, la que no servía, se depositaba en el intestino donde esperaba su turno para salir. Cómo nos reíamos. ¿Tienes aún ese manual?

—No lo sé. No me acuerdo.

—No lo habrás tirado, ¿eh? ¿Sabes que me gustaría volver a verlo? Y tú, sonríeme, por favor, y cuéntame algo de ese chico. Ceuzinha, ¿te ha robado la lengua el gato? —Y al decirlo le pasó una mano por delante de la boca, como hacía cuando era niña, y luego la retiró mostrándole el pulgar entre el índice y el corazón.

—Aquí está, mira, te la he quitado yo. Ahora te la devuelvo.

Maria do Ceu esbozó una sonrisa, para seguir el juego cogió la mano de la madre y se la acercó a la boca como para recuperar la lengua que rápido le sacó. No había ventana en aquel cuartucho, para airearlo había que abrir la puerta, aunque el aire que entraba era pesado y olía a moho. La luz, en cambio, no entraba nunca en aquella habitación. Margarida le decía siempre que sin luz no había vida, y todas las veces le hablaba de la casita que tenían cuando ella nació, una casa pobre, pero con una ventana que daba a los tejados de Lisboa y al Tajo. Maria do Ceu pensó que la casa que había encontrado tenía las mismas vistas pero no se lo dijo para no apenarla. ¡Cuántas veces habían pasado por la puerta de aquella casa! Y en cada ocasión Margarida la había hecho parar y le había dicho: «Aquí es donde naciste». Y a aquella frase Maria do Ceu sentía siempre una punzada en el pecho, como si se frenase la respiración, una oclusión. Con aquella frase su madre se volvía radiante y ella se sentía morir. La casa, la casa en la que sus padres se habían amado, la casa en la que su padre engañó a su madre. ¿Seguiría esperándolo? Le hubiera gustado preguntárselo, sobre todo después de aquella conversación: «Mamá, ¿en qué vida lo esperas?», pero hacerle aquella pregunta habría sido inútil, porque ya estaba claro en que vida era, lo esperaba en la de la hija. En aquel momento, aunque el corazón le dolía a cada respiración, Maria do Ceu le dijo:

—Se llama Tiago y es mucho más alto que cualquier portugués. Trabaja conmigo en la Dardo, aunque eso seguro que ya te lo han dicho. Es guapo, pero está demasiado delgado. Parece uno de esos gatos que se ven por la calle, bonitos pero un poco famélicos. Aunque eso te lo habrán dicho también. Lo que seguramente no sabes es que es comunista, que lucha en la clandestinidad contra esta dictadura, porque nosotros vivimos en una dictadura, ¿lo sabías, mamá? Y él, en cambio, lucha por la libertad y por los derechos de todos porque dice que todos los seres humanos tienen los mismos derechos. Por eso va a algunas reuniones en las que se discute y se escriben octavillas que luego, de noche, se pegan en los muros de la ciudad. Ahora yo también voy a esas reuniones y también yo soy comunista porque creo que todos deberían vivir mejor, con menos diferencias, y que tener una casa con una ventana no debería ser un privilegio. Cada vez que lo oigo hablar de estas cosas, pienso en ti, en cómo te gustaría escucharlo, en lo

bien que expresa los pensamientos exactos que cada uno de nosotros llevamos dentro aun sin saberlo; porque yo, la primera vez que me habló, no entendía muy bien lo que decía, pero al mismo tiempo lo comprendía. Era como si de repente me hubiese puesto a escuchar mis ideas, las que nunca había tenido de verdad, o que quizá había tenido de otra forma, pero mías, que me pertenecían desde hacía tiempo. Cualquier cosa que él diga es como si me hablase de una felicidad que tenemos todos justo aquí, delante de nuestros ojos, que es nuestro derecho y que para que sea nuestra solo tenemos que alargar una mano.

—Qué cosas más bonitas dices, hija mía.

—¿De verdad? Creía que te darían miedo.

—Y me lo dan, pero no por eso son menos bonitas. El valor da siempre una gran alegría.

—Haciendo estas cosas, en nuestro país, se corre mucho riesgo. Los que son como nosotros, cuando los pillan, no se sabe cómo acaban. A un amigo suyo, un buen día, lo detuvieron y no se ha vuelto a saber nada de él.

—Son elecciones que se hacen en la vida, a saber cuántas habrá habido en la historia del mundo. Tú que has estudiado deberías saberlo. Además, riesgos se corren siempre tantos, incluso sin razón, que si alguien tiene el valor de correrlos por una idea válida… Me has hablado de libertad, de derechos, de igualdad. Me parecen cosas justas, cosas que faltan en nuestro país. Yo no he estudiado, pero la impresión que he tenido siempre de nuestro pueblo es que es demasiado paciente. Hace falta alguien que pierda la paciencia, personas jóvenes y valientes como vosotros. Claro que tengo miedo por ti, pero también estoy llena de esperanza.

En aquel cuarto donde no llegaban nunca ni el día ni la noche, madre e hija se abrazaron de nuevo. A Maria do Ceu le costaba contener el llanto pensando que su madre tenía que ir al hospital a que le quitasen un pecho. Imaginaba todo lo que vendría después: la mutilación, la herida que cicatrizaría despacio, el vacío que dejaría, y aquella enfermedad que no se sabía nunca el camino que podía tomar. Por primera vez pensó que aquella mujer que tenía entre los brazos, su madre, no duraría para siempre, percibió el dolor de la pérdida y, aun en la cercanía, apretada contra ella, la sintió ya lejana, de otro mundo, como si, de repente, se hubiese encontrado

entre los brazos un fantasma que aún tenía un cuerpo. Y después de mucho tiempo pensó también en el padre que no había conocido nunca, en aquella otra parte de sí misma que le habían quitado desde el principio sin que ninguna otra cosa pudiese sustituirla. Se mordió fuerte el labio inferior mientras pensaba que quizá la enfermedad de su madre había sido todo aquel dolor del abandono, que el padre lejano y nunca visto había conseguido hacerle también aquello. Lo odió como nunca en la vida, rugió en su interior y lo maldijo sin piedad, se consoló imaginándolo ya viejo y rogó a Dios que fuese justo, que cerrarse aquella pobre historia de humanos concediendo a su madre que viviese al menos hasta que hubiese muerto él. En aquel abrazo cerró los ojos con tanta vehemencia que le pareció ver una luz fuerte, una luz que debía de proceder del esfuerzo, de la rabia, de los nervios comprimidos, del latir de las sienes que parecía que fuesen a estallarle. Habría querido pedir ayuda a algo. Pero ¿a qué? Ella no había creído nunca en los milagros, mucho menos ahora que se había hecho comunista.

Estaba sentada en un banco de madera clara en uno de los muchos pasillos del hospital de São José. No dejaba de mirar la hora en un gran reloj de metal colgado sobre una puerta verde que se abría y se cerraba como la de un *saloon*. Su madre había entrado en el quirófano hacía más de una hora, se había ido sobre una camilla empujada por un hombre que sostenía un cigarrillo entre los labios. Maria do Ceu la siguió hasta donde pudo, apretándole la mano. Luego, antes de empujar la puerta, el hombre se paró, se quitó el cigarrillo de los labios y lo tiró al suelo.

—Te lo pido por favor, ¿eh? —dijo Margarida llevándose la mano de la hija a los labios para besarla—. Tranquila.

Sin fuerza para hablar, Maria do Ceu le respondió que sí con un gesto de la cabeza, esforzándose por mantener inalterada aquella sonrisa que había arrastrado a lo largo de todo el pasillo. Un empujón y su madre desapareció tras la puerta seguida por el hombre que se la llevaba.

Maria do Ceu se quedó inmóvil un momento, con los ojos fijos en el suelo. Su mirada se posó en la colilla aún encendida y la apagó aplastándola con la suela del zapato derecho, pisándola con fuerza, girando el pie cuatro

veces. Luego fue a sentarse en el banco y allí comenzó a contar el tiempo que pasaba.

Las horas transcurrían una tras otra con una lentitud agotadora. El sol pasó primero por la ventana grande, desde donde iluminó el suelo a través de los cristales opacos ya por no se sabe cuántas estaciones, y después se puso en otro lugar, dejando el pasillo con la luz cansada y lechosa del crepúsculo hasta que la oscuridad encendió los tubos de neón que se sucedían a distancia regulares por el techo. Los pensamientos que tuvo durante aquella espera sí que fueron veloces, divididos solo entre pasado y futuro y, por tanto, siempre sin resolver. Se pasaba las manos frías por el rostro caliente, estiraba las piernas, se desentumecía los pies levantando y bajando las puntas. Cada poco se repetía: «No tengo que sufrir», como si a aquella orden su alma hubiese tenido que acabar por obedecer como a una exigencia razonable. El mundo estaba lejos y era pequeño, y ella era una gigante que en aquel mundo poco manejable no podía encontrar espacio. Sus padrastros, la Dardo, el contable jefe y el subjefe, Tiago, su lucha clandestina contra la dictadura de un hombre tan pequeño y miedoso que no se había atrevido nunca a salir de Portugal. ¿Cuántas veces se lo había dicho Tiago? «Vive encerrado en una torre, no ha visto nunca siquiera una de las colonias, pero a los soldados los envía allí abajo a morir». Y si lo decía era porque tenía miedo él también de ir a morir allí; la instrucción, en Mafra, se la habían hecho hacer ya, y si hasta ahora se había salvado era solo porque estudiaba y pasaba todos los exámenes con la nota máxima. Pero también esto lo afligía, la idea de salvarse porque alguien iría a que lo matasen en su lugar. Cuántas veces habían hablado de ello. «Si tuviese que irme…», le decía, y ella le tapaba la boca con la mano para que no siguiese, como si solo de no decirlas las cosas se distrajesen y pudiesen tomar otro camino. Ir o no ir se había convertido en una lotería. «Tarde o temprano», decía Tiago, y Maria do Ceu se quedaba la noche entera sin sueño.

«Tranquila», le había dicho su madre antes de desaparecer por aquella puerta, y ella se lo había prometido solo con los ojos, mientras pensaba: «Sí, pero tú intenta no morirte».

Y por fin se abrió la puerta y un médico de aire cansado se le acercó sin que ella encontrase la fuerza de levantarse para acortarle el camino. Se

quedó allí sentada, como si no moviéndose ganase algo, quizá solo retrasar las palabras que estaba a punto de oír.

—La operación ha ido bien —le dijo el médico deteniéndose ante ella.

Maria do Ceu se puso en pie de un salto y, con las manos, agarró las muñecas del médico y se las apretó mirándole a los ojos.

—Solo la operación —añadió entonces.

Pero Maria do Ceu le apretaba las muñecas con tanta fuerza que no entendió lo que le dijo; se lo repitió, como si de aquella forma las palabras pudiesen abrirse camino hasta su cerebro y así, ligadas una a la otra, terminar por componer todo el esbozo de su significado.

—Tiene que ser fuerte y valiente —le dijo el médico liberándose de su apretujón.

—No entiendo —dijo Maria do Ceu—. Ha ido bien.

—He dicho que ha ido bien y me refería a la operación. Pero hemos llegado tarde. Haremos análisis, pero por mi experiencia, lamentablemente, tengo casi la certeza de que la enfermedad está ya muy avanzada.

—¿Qué quiere decir?

—Que no sabría siquiera decirle cuántos órganos más están afectados.

—¿Cuánto le queda?

—Es difícil hacer previsiones. Dos meses, quizá menos. He extirpado los dos pechos.

—¿Por qué? —gritó Maria do Ceu agarrando al médico por el brazo—. ¿Por qué le ha hecho eso si no hay esperanza?

—Cálmese. He hecho lo que tenía que hacer. No tenía opción. Ante estos casos…

—Ante estos casos ¿qué? ¿Qué? ¡Dígame! Ante estos casos ¿se usa a la pobre gente para hacer experimentos?

—Está usted fuera de sí. Entiendo su estado de ánimo, pero no le permito que cuestione mi profesionalidad.

—¡Carnicero! —gritó Maria do Ceu con todo el aliento que le quedaba—. Si no sabe siquiera cuánto le queda de vida, ¿no podía dejarla al menos intacta? Qué le va a decir cuando se despierte, que por precaución la ha mutilado y que por ese motivo tendrá que ir por ahí…

—Su madre no va a ir a ninguna parte —respondió el médico alterado—. Su madre no saldrá de aquí.

Hizo una señal a una enfermera que se acercó y tomó a Maria do Ceu con cariño por los hombros.

—Venga. Venga conmigo —le dijo sonriéndole—. Le daré un calmante ligero. Dormirá un poco y luego, cuando se sienta mejor, podrá irse a casa.

—No quiero irme a casa. Quiero verla. ¿Qué le han hecho?

—No lo sé, yo no estaba en el quirófano. No sé nada. Venga, tranquilícese.

—El médico… —dijo Maria do Ceu volviéndose de golpe.

Pero ya no había nadie. Al final del pasillo, un viejo en pijama caminaba pegado a la pared con la ayuda de un bastón. Un poco más atrás, un enfermero salía de una puerta empujando un carrito de metal.

—Quiero verla —suplicó Maria do Ceu llorando.

—Ahora no. Nadie puede visitar a un paciente recién operado. Hágame caso, haga lo que le digo.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo Margarida tomándola de una mano—. Me lo harás ¿verdad?

—Claro, mamá.

—Tienes que traer aquí un fotógrafo.

—Pero ¿qué dices?

—Digo que tienes que traer a un fotógrafo para que me haga una fotografía.

—No entiendo, ¿por qué quieres hacerte una fotografía en el hospital? Te harás todas las que quieras cuando salgas de aquí. Nadie se hace fotografías cuando está mal.

—Pues yo quiero.

—Pero ¿por qué?

—Escucha, tú tienes que traer a un fotógrafo, él me hace una fotografía, quizá junto a la jefa de sala y a esa enfermera que es siempre tan amable. Le dices que la revele enseguida y, cuando esté lista y te la dé, vas a mi casa y abres esa caja que tiene las fotografías dentro. Allí está la dirección de tu

padre, en América. El resto es sencillo: buscas un sobre, metes dentro la fotografía, escribes la dirección y lo envías, ¿entendido?

—¿Por qué le quieres mandar esa fotografía?

—Porque, si ve que estoy mal, quién sabe, quizá se conmueva y vuelva.

—¿Pero qué dices? ¿Qué dices?

—Te lo pido por favor, hija mía, ¿qué te cuesta? A ti no te cuesta nada y a mí me harías muy feliz. Es la última esperanza que tengo de volver a verlo.

En aquel momento entraron el médico y dos enfermeras para la visita, y Maria do Ceu pudo salir de la habitación y llorar en el pasillo. Enferma y a punto de morir aún pensaba en aquel hombre que le había provocado tanto dolor. No quería secundar aquella última humillación, pero ¿qué podía hacer? Maldita ilusión. Si no había vuelto en tantos años, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Tenía que intentar hacerla razonar, decirle que el pasado estaba lejos y que solo se puede volver a él con el recuerdo, y que no hay que abusar, porque es peligroso. Había pasado toda una vida desde que él se había ido y en todos aquellos años solo había enviado algunas fotografías con la fecha y unas pocas palabras de circunstancia escritas detrás. Hacia un hombre así solo se puede sentir horror; ella, en cambio, con aquella idea de la vida que continúa aun cuando termina… ¿Cómo podía pensar en conmoverlo ahora? Por lo que a Maria do Ceu respectaba, si hubiese sido él quien quería verla, ella ni siquiera se lo habría permitido. Y, sin embargo, era su madre la que lo pedía, su madre operada hacía una semana, mutilada, una pobre mujer a la que quedaban pocos días de vida. Fue al baño a refrescarse la cara, a recomponer ante aquel espejo picado una sonrisa que sentía siempre a punto de transformarse en una máscara de desesperación. ¿Qué sería de ella tras la muerte de su madre? El día anterior habían venido a verla doña Ofelia y su marido. Los había visto hablar en voz baja y, apenas se acercó, subieron enseguida el tono cambiando con seguridad de tema. Con la expresión más serena del mundo, su madre estaba planificando su propia muerte, estaba pensando en el futuro de su única hija a la que, tras tantos sacrificios, le tocaba abandonar tan pronto. La vida la había hecho envejecer aprisa, pero no había cumplido aún los cincuenta.

—Entonces —le dijo cuando Maria do Ceu volvió a sentarse a su lado—, ¿has entendido lo que tienes que hacer?

—¿Estás convencida?

—Ha sido el único hombre de mi vida, mi único amor. En todos estos años, no ha habido ni un solo día en el que no haya pensado en él. He pasado toda la vida esperando que volviese con nosotras. Ahora no tengo mucho tiempo, no puedo seguir esperando.

Y así, dos días después, Maria do Ceu llegó al hospital São José seguida de un fotógrafo, que llevaba una cámara y un trípode. Cuando Margarida los vio entrar en la habitación, los saludó desde lejos con una expresión radiante en la cara. Mientras el fotógrafo preparaba el aparato, Margarida pidió a su vecina de cama que le prestase el espejo y el peine. Al verse reflejada, sacudió la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Estoy muy fea, ¿no? —le dijo a Maria do Ceu.

—Qué tontería.

—Estoy tan fea que no vendrá.

Maria do Ceu se mordió un labio para no responderle lo que el corazón le decía. Luego se acercó.

—Si no viene, es que está loco —le susurró al oído.

Cuando el fotógrafo dijo que estaba listo, Maria do Ceu, como habían acordado, fue a llamar a la jefa de sala y la enfermera que, ante la idea de hacerse una fotografía, estaban encantadas. Aunque era difícil decir qué edad tenían, parecían muy mayores. La jefa de sala tenía siempre frío y solía llevar una toquilla de lana, era una mujer gorda que tenía en sí algo de líquido, como si estuviese siempre a punto de derretirse. La enfermera estaba muy ocupada disimulando el poco pelo que tenía, cambiaba al menos una vez por semana de peinado y en las primeras horas del día estaba siempre muy nerviosa. Llegaron alegres a la cama de Margarida.

—¿Qué bonita sorpresa es esta? —preguntó la jefa de sala.

—El capricho de una enferma —respondió Margarida—. Vamos, vengan aquí a mi lado y sonrían. Tú también, Maria do Ceu.

—No, mamá, no tengo ganas.

—Ay, haz lo que quieras. Estamos contentas igual, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a las dos mujeres.

Margarida pidió un par de almohadas para ponerse tras la espalda y estar mejor sentada, la jefa de sala y la enfermera se pusieron a su izquierda, una al lado de la otra. El fotógrafo comenzó a encuadrarlas dando algunas indicaciones para centrarlas, yendo siempre él en persona a mover unos centímetros aquellos tres cuerpos que, de la vergüenza, parecían sin vida. Luego dijo: «Estamos. Una bonita sonrisa», y las iluminó con un *flash* que les dejó los ojos llenos de destellos. Por timidez se echaron a reír las tres, la jefa de sala llevándose una mano a la boca porque le faltaba un diente justo delante.

En el hospital São José se habló aún mucho tiempo de la enferma que un día hizo venir a un fotógrafo para retratarse poco antes de morir. Después de aquella fotografía, Margarida vivió aún tres semanas. Se apagó al final de una tarde, junto a su hija que acababa de llegar a visitarla después de salir del trabajo. Los médicos se asombraron de que estuviese lúcida hasta el final, a pesar de toda la morfina que le suministraban para que no sufriese. Solo perdió la consciencia pocos minutos antes de fallecer, después de haber abierto los ojos y apretado con fuerza la mano de Maria do Ceu.

El funeral fue en la iglesia de Nossa Senhora da Graça, y al cementerio Dos Prazeres la siguieron Maria do Ceu, doña Ofelia, Manuel Ramalhete, la jefa de sala y la enfermera. Lloraban todos sin decir una palabra, uno junto al otro, menos Maria do Ceu, que sollozaba a algunos pasos de distancia, entre las manos llevaba el sobre con la fotografía que nunca había enviado.

OceanofPDF.com

XXI

—Entonces, Maria do Ceu se pone allí abajo, en la esquina de la plaza, y vigila los dos lados, yo encolo y tú me pasas los pasquines ¿de acuerdo? —le dijo Gil a Tiago.

—Está bien —respondió Tiago. Luego, dirigiéndose a Maria do Ceu—: Ve, pero estate muy atenta. Al primer peligro avisas con un silbido y escapas, ¿entendido? Escapas y punto.

Con el rostro colorado por el frío y la emoción, Maria do Ceu asintió con la cabeza y fue corriendo hacia la Praça Alameda das Universidades, como le habían ordenado. A mitad de camino se giró. Tiago la estaba mirando como para protegerla aun de lejos y, con un gesto de la mano, le indicó que siguiera.

—Me encantaría ver la cara que pondrán —dijo Gil sacando de una alforja la brocha y el bote de cola.

—Esperemos no tener que ver ninguna cara —le respondió Tiago—. Venga, date prisa.

—Pero ¿qué prisa hay? Es la última calle y hemos terminado.

—Precisamente por eso.

Mientras le pasaba las octavillas, Tiago no perdía de vista a Maria do Ceu. Miraba aquella figura menuda en la sombra de la noche, la miraba con una mezcla de miedo y orgullo.

—¿Has terminado? —preguntó a Gil—. No te pongas a hacer florituras.

—Tranquilízate —le respondió el amigo—. Intenta estar tranquilo.

Pero no había terminado siquiera de decirlo cuando vieron a Maria do Ceu correr hacia ellos.

—¡Maldita sea! —dijo Tiago—. Le había dicho que silbase y se largase, no que viniese aquí.

—Entonces se ve que no hay peligro —respondió Gil—. No me metas estos sustos.

—Están llegando —dijo Maria do Ceu casi sin aliento—. Están llegando y me han visto.

—¡Rápido, vámonos! —dijo Tiago.

—¿Qué prisa hay? Aún están lejos, ¿no? Y, además, no está claro que vengan hacia acá.

—Ha dicho que la han visto.

—Solo me falta un poco de cola en un lado. Comenzad a correr vosotros.

—¿Estás loco?

—Haced lo que os digo —le respondió seco Gil.

Tiago miró a su alrededor indeciso, luego tomó la mano de Maria do Ceu.

—¡Rápido! —le dijo—. ¡Vamos!

Y juntos comenzaron a correr hacia Campo Grande. A Maria do Ceu le costaba mucho seguirlo porque las piernas de Tiago eran el doble de largas que las suyas. Pero se sentía obligada a correr a aquella velocidad porque Tiago no le había soltado en ningún momento la mano. Maria sentía en el pecho el corazón que le estallaba del esfuerzo y los pulmones tan dilatados que casi le impedían oír. Tiago, en cambio, continuaba oyendo muy bien, y junto con sus pasos por la calle le llegaba también el ruido sordo de las patadas que la policía estaba dando al cuerpo de Gil ya en el suelo, sus gritos ahogados que, por momentos, se sentían cada vez más lejos, cada vez más ahogados.

A la altura de Entrecampos tomaron el primer autobús que pasó y se sentaron uno junto al otro sin aliento. Tras una larga inspiración, Maria do Ceu se echó a llorar mientras Tiago, con un brazo alrededor de sus hombros, apretaba las mandíbulas casi hasta hacerse daño para no hacer lo mismo.

—¿Qué le pasará a Gil? —le preguntó Maria do Ceu desesperada.

—No lo sé —respondió Tiago.

Pero no era cierto que no lo sabía. Ante sus ojos, bajo la lluvia que había comenzado a caer despacio y luego cada vez más fuerte, Tiago veía el cuerpo de Gil abandonado a toda aquella violencia, lo veía arrastrado como un saco vacío, llevado a un lugar bien apartado, probablemente a la rua António Maria Cardoso, donde los hombres de la pide terminarían lo que acababan de empezar en la calle.

Bajaron poco antes del Rossio, y bajo la lluvia comenzaron a subir hacia la Mouraria. Caminaban pegados a la pared, intercambiando miradas de miedo, paralizándose ante cada ruido sospechoso.

—¿Crees que nos habrán identificado? —le preguntó Maria do Ceu.

—Identificado, no —le respondió Tiago—, estaba demasiado oscuro. Pero seguro que nos están buscando. Han visto nuestras siluetas. Estarán buscando a una mujer baja y a un hombre alto.

—Quizá tendríamos que separarnos.

—Ni en sueños. No te dejo sola. Te acompaño a casa.

—¿Y luego? ¿Qué vas a hacer después?

—Volveré a la mía.

—Es demasiado peligroso. Quizá es mejor que te quedes conmigo. Mi padrastro no está casi nunca y mi madrastra está siempre encerrada en su dormitorio. Si te vas a primera hora de la mañana ni siquiera se dará cuenta.

—Ni hablar. Siempre me las he arreglado por mi cuenta. He pasado ya muchas noches como esta.

—Entonces vamos a algún sitio. Vamos a un bar.

—¿A esta hora? Sería como darles nuestro nombre y apellido. En cuanto nos vean entrar, llaman a la Policía.

—Pero ¿por qué?

—Maria do Ceu —dijo Tiago parándose de repente—. ¿Acaso ves a alguien por la calle? Este es un país en el que nadie anda por ahí de noche, nadie, ¿entiendes? Ahora cortamos por Santiago y luego vamos directos a tu casa.

—Pero…

—No hay pero que valga. No hay un minuto que perder.

Maria do Ceu metió la llave en la cerradura del portón, Tiago la hizo entrar y le cerró a la espalda sin darle tiempo de añadir una palabra. Después miró a su alrededor un momento, escogió la acera menos iluminada y, a paso veloz, comenzó a bajar hacia Alfama.

Maria do Ceu abrió la puerta de casa intentando no hacer ruido. Se sorprendió de encontrar la luz encendida en la sala de estar, pero más aún al ver a Manuel Ramalhete sentado en el sofá.

—¿Te has propuesto matarnos de un susto? —le dijo yendo a su encuentro—. ¿Sabes la hora que es?

—Había avisado a doña Ofelia.

—¿Avisado de qué?

—De que era el cumpleaños de una colega. Estaba en su casa cuando se puso a llover y…

—Escucha, no tengo costumbre de hurgar en las cosas de nadie, pero el otro día, de tu bolso, cayó esto —le dijo enseñándole una octavilla—. ¿Es que te has vuelto loca?

Maria do Ceu bajó la mirada y se metió las manos en el pelo mojado.

—¿Me va a denunciar? —le preguntó con voz temblorosa.

—¿Pero qué cosas se te ocurren? —le dijo Manuel Ramalhete abrazándola—. ¿De verdad crees que podría hacerte algo así, hija mía?

—No sé siquiera lo que piensa, padrastro. No le he oído nunca hablar de nada.

—Porque, en este país, ¿te dejan acaso la libertad de pensar?

—Entonces, también usted…

—No, yo me ocupo de mis asuntos. Si pienso algo, me lo callo. Pero tú, tú eres aún tan joven, ¿en qué líos te estás metiendo?

—Es una elección.

—Una elección que te puede traer muchos problemas y costarte cara. No pienses que tendrán reparos solo porque eres mujer.

—Me lo imagino. Esta noche han detenido a uno de los nuestros.

—¡Dios mío! Entonces estás de verdad en problemas, hija mía. Tenemos que esconderte.

—No quiero ir a ningún sitio. Quiero quedarme aquí.

—Pero ¿tú tienes idea de lo que le harán para que hable? ¿Cómo crees que va a poder resistir? Dirá tu nombre, dirá el nombre de todos. Estáis en peligro, Maria do Ceu.

—¿Y qué quiere que haga?

—Podría llevarte a un lugar seguro, a casa de una persona de mucha confianza que no me diría nunca que no.

—¿Una amiga suya?

—Una persona de mucha confianza.

—Y con el trabajo. ¿Qué hago? ¿Me despido de un día para otro? Porque lo normal será que, si nuestro compañero da mi nombre, vayan a buscarme también allí. Pero yo estoy segura de que no hablará. Es más, si digo lo que pienso, padrastro, creo que ya está muerto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Mientras escapábamos otro y yo, nos dimos la vuelta varias veces y vimos que ya ni siquiera se defendía, estaba ahí quieto, recibiendo patadas como un fardo.

—¡Malditos asesinos! Deberíamos advertir a la familia de ese pobre muchacho. Esperemos que no esté muerto pero la familia tiene que saber lo que ha sucedido. Dame su dirección, en cuanto sea de día, iré en persona.

—Es arriesgado, padrastro.

—Lo sé, pero hay cosas que hay que hacer de todas formas. Quiero pensar que, si un día te pasa algo, alguno de tus amigos tendrá el valor de venir a decírmelo antes de que sea demasiado tarde. No es seguro que esté muerto, quizá solo se haya desmayado y, quién sabe, es posible también que su familia conozca a alguien influyente que pueda interceder, pero es preciso que les avisemos cuanto antes, ¿entiendes? Esos no tardan nada en torturarlo hasta que hable o hasta que se muera. Tú ahora escríbeme su dirección en un trozo de papel y, luego, hija mía, te vas a dormir, que estás cansada. Y mañana, hazme caso, en la oficina dirás que estás enferma.

—No puedo.

—Claro que puedes. Iré yo mismo a decir que te has puesto mala durante la noche. Y, para estar más tranquilos, pasado mañana iré de nuevo a la Dardo para decir que no te has recuperado aún y que necesitas un día

más. ¿Sabes? Un solo día de enfermedad no es muy creíble. Pero no lo pienses ahora, no pienses más en nada.

—¿Y doña Ofelia?

—No te preocupes, está dormida. Estaba tan nerviosa que le he puesto algunas gotas de calmante en el agua. Sabes cómo es, no hay nadie en el mundo más bueno que esta mujer santa, pero es muy aprensiva y mejor que no sepa ciertas cosas. Mañana le diremos que has vuelto a una hora más decente. Ahora ven que te seco el pelo que sino vas a coger una pulmonía.

Manuel Ramalhete sacó una toalla limpia de la cómoda y, tras hacerla sentarse, comenzó a frotarle el pelo con energía. Mientras lo hacía, lloraba a su espalda, asaltado por demasiados recuerdos, como si los afectos pudiesen mezclarse todos y lo que sentimos en otro tiempo por alguien lo viésemos reaparecer intacto, conservado por el dolor, para luego ser destinado a otro. Así, mientras secaba el pelo de Maria do Ceu, ya ni siquiera sabía qué cabeza tenía entre las manos, porque aquella había sido una noche muy confusa, hecha de una espera que lo había consumido. Y mientras esperaba cada vez más agitado, se había dicho que, si se había ilusionado una vez, podía hacerlo otra. Había hecho una especie de pacto diciendo: «Tú haz que vuelva a casa y yo la querré como si fuese hija mía» y, como la puerta se había abierto justo en aquel momento y él, por la alegría de verla sana y salva, no había caído siquiera en la coincidencia, ahora que pensaba en ella, sentía que se derretía por dentro por una emoción que parecía que le arrancaba el alma, como si una gran mano le hubiese llegado hasta abajo, al estómago, y se hubiese puesto a tirar con toda la fuerza que tenía.

Luego la ayudó a prepararse la cama en el sofá y, después de haberla arropado y dado un beso en la frente, le dijo en voz baja:

—Si tu madre supiese en lo que andas, pobre mujer, se volvería a morir del susto.

—Lo sabía —contestó Maria do Ceu incorporándose y mirando a Manuel Ramalhete a los ojos.

—¿Lo sabía? —preguntó él alzando el tono de voz—. ¿Y qué te decía?

—Que tenía mucho miedo, pero que mi valor le daba también alegría y que estaba muy orgullosa de mí.

—¡Lo nunca visto! Pero yo se lo decía siempre a Ofelia, le decía: «Ofelia, querida, esa Margarida es de verdad una mujer…».

—Sí, una mujer excepcional —le respondió Maria do Ceu. Y luego le dio un beso en la mejilla y le deseó buenas noches.

Pero Manuel Ramalhete no se fue, se quedó sentado junto a ella vigilando su sueño. A las ocho se preparó un café, se puso un traje elegante y, sin hacer ruido, salió de casa con el papel en que Maria do Ceu había escrito la dirección de aquel muchacho.

Eran las nueve de la mañana cuando Manuel Ramalhete entró en el despacho del inspector Tinoco en la rua António Maria Cardoso.

—¿Qué buenas trae, don Manuel? —le preguntó el inspector levantando la mirada del periódico.

—Más bien malas —le contestó Manuel Ramalhete.

—En estos tiempos. ¿Qué otra cosa iba a ser? Espero, no obstante, que junto con las malas noticias me traiga también alguna buena.

—Esta vez, no, inspector. Esta vez he venido a pedirle un favor personal.

—Bueno, no sería el primero…

—Inspector, pero ¿qué dice? Hace años que le traigo solo buenísimas noticias.

—No lo niego, pero también hace años que le pagamos con generosidad. Si no me equivoco, vive usted como un señor. Se ha establecido por su cuenta, los negocios le van bien, tiene un buen coche nuevo y se permite el lujo de tener otro…

—Puro sentimentalismo, inspector, lo sabe usted muy bien. Mi primer coche, el que me regaló mi hermano…

—En cualquier caso, un lujo en estos tiempos, ¿no le parece? Un lujo que puede permitirse gracias a nosotros, junto con toda otra serie de lujos que…

—Que también el inspector, si no me equivoco, comparte.

—Somos hombres, ¿no? No de esos afeminados que comienzan a estar muy de moda. Una plaga, don Manuel, una plaga para nuestro Portugal.

—Una plaga que, por lo que parece, consiguen dominar a la perfección.

—¡Faltaría más! Si no fuese así ¿en qué manos caería el país?

—No quiero pensarlo siquiera.

—¡Bravo!, no lo piense, don Manuel. Dejemos esos problemas a otros países, ¿le parece? Hombres con el pelo largo, gente que va por ahí medio desnuda, una música insoportable, ¿no es así?

—Solo ruido, inspector, nada más que ruido.

—Aquí, en la pide, sabemos cómo se hacen las cosas. ¿Sabía usted que en su momento vinieron alemanes de la Gestapo a formar a nuestros hombres y que, como premio, a los mejores los mandaban a Alemania a perfeccionarse? Buenos tiempos, don Manuel. Los tiempos en los que Europa avanzaba unida. Bueno, si no toda, al menos buena parte, ¿no cree?

—Sí, pero luego en Europa ha habido otra guerra y las cosas después de una guerra cambian siempre.

—¿Y le parece poca cosa que Portugal y España se hayan quedado al margen? Por eso reina aún el orden aquí. Las guerras, cuando no se está seguro de ganarlas, son en realidad muy peligrosas.

—Bueno, España, después, su buena guerra civil ya la había hecho.

—Y con nuestra ayuda.

—Cierto, cierto. La guerra más justa del mundo.

—Y con la victoria más merecida. Pero dígame, don Manuel, ¿cuál es ese favor que me quería pedir?

—Es una cuestión muy personal.

—¿Quiere que pruebe a adivinarlo?

—Pruebe, inspector, sé que está siempre muy informado sobre todo.

—Entonces, digamos que su problema tiene el nombre y el apellido de su hijastra.

—Adoptada en regla, inspector, desde que la madre pasó a mejor vida es mi hija a todos los efectos. Sabe que mi querida mujer, ese ángel de doña Ofelia, no pudo darme un hijo y, por eso…

—Por lo que parece, tampoco su amante.

—Inspector, ¿le parece a usted que yo haría pasar a mi pobre y enfermísima mujer por semejante trance? Hay un límite para todo, ¿no cree? Y, además, para decir las cosas como son, mi amante, cuando estaba casada, tampoco tuvo hijos.

—Es que faltan hombres de verdad, don Manuel, buenos machos siempre listos para funcionar. Míreme a mí, cinco hijos tengo, cinco que llevan mi nombre, los demás…

—Ah, sobre eso tampoco podría poner yo ni un dedo en el fuego, inspector. Con la vida que llevo, los viajes, la cantidad de mujeres guapas… Pero, en fin, como le estaba diciendo…

—Sí, su ahijada. Ya estamos al corriente, don Manuel, anoche faltó un pelo para que la pillásemos. Quién sabe, igual le habría venido bien.

—Por favor, inspector, chiquilladas, nada más. No tienen siquiera edad para entender lo que hacen.

—Pero el chico que apresamos anoche…

—Ah, eso es otra historia, con ese lo han hecho muy bien, un cabeza loca, el que calienta a todos los demás, un auténtico peligro.

—Es lo que he dicho yo en cuanto lo he visto.

—Espero que lo hayan puesto en su sitio.

—Quédese tranquilo, don Manuel, lo hemos hecho desnudarse y, con su ropa, le hemos obligado a limpiar todos sus excrementos. ¿No le parece divertido? ¿Qué otra cosa debería hacer un comunista de mierda?

—Muy bien, inspector, muy bien.

—Son los mejores sistemas, los más eficaces.

—Y después. ¿Qué le han hecho?

—Le hemos dado un buen repaso.

—¿Y ha cantado?

—¡Uy, si ha cantado! Una ópera lírica entera. Luego no sé qué le ha sucedido, pero de buenas a primeras ha perdido la consciencia.

—Es que son débiles, inspector, creemos que pueden, pero no pueden. Y ¿qué nombres ha dado?

—Todos los que nos hacían falta. Por desgracia, también el de su hijastra.

—Hija, inspector, hija a todos los efectos.

—Más el de otro muchacho que creo que es…

—Cree bien, inspector, usted lo sabe mejor que yo: a esa edad no se piensa en otra cosa que en el amor.

—Sí, sí, pero es un también un cabeza loca ese novio de su… ¿cómo dice que se llama la chica?

—Maria do Ceu.

—Con un nombre así, por otra parte, debería ser solo casa e iglesia.

—Y lo será, inspector, si usted me ayuda, lo será.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro?

—En primer lugar, porque es una mujer, y las mujeres no escogen nunca nada solas, siguen lo que nosotros, los hombres, les decimos que hagan.

—Si he entendido bien, me está pidiendo que deje fuera a su hija, pero que sigamos con el novio, ¿o no es así?

—No, inspector, no me he explicado. A ver, lo que quería decirle es que, como padre, me he informado sobre el muchacho.

—Y nosotros ¿qué cree que hemos hecho? ¿Cree que nos hemos quedado durmiendo la siesta? Sabemos todo del jovencito. No se haga el ingenuo, don Manuel, aquí, en la rua António Maria Cardoso, casi todos los portugueses tienen ficha. Lo sabemos todo de todos.

—Sí, pero del novio de Maria do Ceu no saben lo más importante.

—¿Qué es?

—Es un agitador, pero no como ustedes imaginan. Es un muchacho buenísimo, muy estudioso, pero creo que, en lo que se refiere a ambición, tiene para vender.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que un hombre ambicioso no tiene ideales, inspector. A un hombre ambicioso se le puede comprar y callar para siempre.

—Mmm.

—¿Cuántos nombres les ha dado el muchacho?

—Unos pocos.

—Hágame caso, sé lo que le digo. Den una lección a esos subversivos, hagan desaparecer para siempre a ese… ¿cómo dice que se llama?

—Gil Valente.

—Eso, háganlo desaparecer junto con algún otro, a los menos peligrosos les dan solo una buena paliza y luego los liberan. Si mis chicos ven que algunos desaparecen y otros salen, se quedarán, ¿cómo decir…?

—¿Un poco trastornados?

—¡Eso! Inspector, usted me quita las palabras de la boca.

—Es que estamos hechos de la misma pasta, don Manuel, de la mismísima pasta.

—Demasiados honores me hace. Pero, como le estaba diciendo, una vez que les hayan dado un buen susto, el juego está hecho. Le dan un buen empleo al mozo en la cuf…

—¿Encima le tenemos que dar un empleo?

—Claro, y de director financiero, porque el joven lo vale, me he informado muy bien del caso. Figúrese, estaba haciendo el servicio militar en Mafra y si no lo han enviado nunca a África, es porque en cada examen sacaba la máxima nota. Créame, uno así les sirve más de su parte que de la otra.

—Tengo que pensarlo, don Manuel.

—No hace falta, es más, pensar es peligroso. Hágame caso, le doy mi palabra. El mozo está dispuesto a alistarse en cualquier frente con tal de hacer carrera, y mi hija, una chica buena y educada, lo seguiría al fin del mundo. Ustedes denle ese puesto de trabajo, un puesto de trabajo en la cuf es ya como una marca, ¿no le parece?

—En efecto, siempre que acepte.

—Eso se lo garantizo yo. Y además le aseguro que, justo después, los caso, y que dos jóvenes sanos y hermosos como estos, una vez que se casen, no pensarán en otra cosa que en tener hijos. Confíe en mí, inspector. ¿Acaso le he fallado alguna vez?

—Si he de ser sincero, no, es usted uno de nuestros mejores informadores. Claro que a esa muchacha, la verdad, la podía haber educado mejor…

—Inspector, hago acto de contrición, pero usted sabe cómo son estas cosas, los muchachos a veces se nos escapan de las manos y…

—Mal, don Manuel, muy mal. Ahora está dentro usted, que para mí es una garantía, pero ¿qué hago con todos los demás?

—Mano de hierro, inspector, para esos solo funciona la mano de hierro, porque, si no, son como una mancha de aceite que se extiende. Y la pide no quiere eso ¿verdad?

—Don Manuel, la pide ha nacido para que eso no suceda. No tiene otro objetivo. Pero… está usted seguro de que, a los ojos de la muchacha…, meter algún día al novio en la Caixes…, así, solo unos días para que se asuste un poco, ¿eh? ¿Qué me dice?

—Por favor, usted no conoce a mi niña. Nada de martirios. Dejemos que los chicos razonen por sí mismos. Hagamos que sean mártires solo sus amigos. No sé si me he explicado bien.

—Estupendamente, don Manuel. Como un libro abierto.

—Entonces, inspector, ¿puedo irme tranquilo?

—Váyase, ande.

—Ah, me olvidaba. Tengo aquí la dirección de la familia del desafortunado muchacho. He oído decir que tiene un hermano, ¿le interesa?

—Por supuesto. Pero esta vez…

—Claro, inspector, claro. Es más, no podría siquiera aceptarlo.

—Hasta pronto, entonces.

—Hasta pronto, inspector. Recuerdos a su señora.

—Lo mismo digo, don Manuel. En cuanto a qué señora…, lo dejo a su discreción.

Y con esta ocurrencia aguda, mientras Manuel Ramalhete salía del despacho del inspector, se rieron los dos con ganas.

De la rua António Maria Cardoso, Manuel Ramalhete fue a pie hasta el Chiado, entró en la cafetería Benard, se sentó a una mesita y pidió un café.

—¿La señora no viene? —preguntó el camarero llevándole el café y un vaso de agua.

—Vendrá más tarde, Victor.

—¿Quiere que le traiga el periódico?

—¿Por qué? ¿Hay algo interesante?

—En el periódico, no, pero en el mundo suceden cosas.

—¿De verdad? Y ¿qué sucede?

—Los jóvenes, don Manuel, parece que los jóvenes son caprichosos. Los llaman… contestatarios, sí, justo eso.

—¿Y a qué contestan?

—A los adultos, es decir, a los viejos, como dicen ellos. En cuanto te aproximas a los cuarenta, eres un viejo que no entiende ya nada.

—Gente sin respeto, suerte que aquí…

—No se engañe, don Manuel, empiezan, empiezan también aquí…

—Pero aquí, por suerte, tienen poco que hacer. Mira, Victor, en nuestro país, por ejemplo, si hubiese uno aquí dentro, podría llegar hasta la rua António Maria Cardoso y allí, puedes creerme, se pararía un buen tiempo. Y, además, si llegase a salir, que no está claro que no lo fuesen a dejar que se pudriese dentro, puedes estar seguro de que volvería entre los vivos con una visión muy distinta de la vida.

—¿Está usted realmente seguro, don Manuel? Yo creo que, cuando algunas ideas se ponen en marcha, al final encuentran un camino.

—¿Qué clase de discursos subversivos son esos? ¿Es que te has vuelto loco?

—Dios me guarde. Digo solo lo que oigo decir por ahí.

—¿A quién?

—En general, don Manuel, rumores.

—Los rumores tienen siempre bocas de las que salen. Si vuelves a oírlos, te rogaría que estés con los ojos bien abiertos. La fuerza de Portugal depende de todos nosotros.

—Mientras teníamos a Salazar; pero ahora, con el tal Caetano…

—Lo primero, Salazar no ha muerto y, además, Caetano lo sustituye con mucha dignidad.

—Sí, pero circulan algunos rumores…

—¿Más? Y ¿qué dicen?

—Con todo el respeto, don Manuel, dicen que Salazar se ha quedado para poner canela a los *pasteis*. —Y, al decirlo, hizo el gesto echándose a reír—. Así, ¿ve? Dicen que después de aquella caída ha quedado un poco mal, que ya no está en sus cabales. Claro que para un jefe de Estado tener semejante final, caerse de una silla…

—Tú escuchas demasiados rumores, Victor. —Luego, inclinándose hacia él, añadió en voz baja—: Y, créeme, a veces escucharlos puede ser muy peligroso.

—¡Don Manuel!

—Era una advertencia, Victor. Amigable, se entiende. Pero te aconsejo que hagas buen uso de ella. En vez de escuchar rumores —y, al decirlo, hizo un gesto vago con la mano derecha—, lee más bien los periódicos que, recuérdalo, dicen las únicas verdades que interesan.

En aquel momento, Maria José entró en la cafetería vestida como un merengue. Por un instante, se quedó en el umbral, buscándolo; luego, cuando lo vio, le hizo un gesto de papada temblorosa y se acercó triunfal. Al verla, Manuel Ramalhete pensó que, entre todas las mujeres que había tenido y que continuaba teniendo, aquella era la única que cada vez le provocaba una emoción como de primeros tiempos, es más, desde el principio de los tiempos, porque era como si cada vez se le apareciese el misterio de la Mujer, ese que impide a un adolescente dormir porque no sabe aún nada y lo que intuye le provoca una confusión que le deja sin fuerzas. La miraba y pensaba que era su milagro de carne, la voluptuosidad sin fondo, la ceremonia todavía antes de comenzar. Y siempre, mientras se le acercaba, aunque fuese para un simple encuentro en una cafetería, el deseo lo desgarraba y le hacía olvidarse de todo, incluso de aquella interesante conversación con el camarero, que acababa de alejarse asustado para esconderse detrás de la barra, donde se puso a ordenar como una alma en pena.

—Tienes cara de cansado, Manuel —le dijo ella sentándose y ahogándolo con su perfume.

—Ha sido una noche agitada —le respondió él llevándose la voluminosa mano de aquella enorme sirena a los labios—. Pero ahora todo está resuelto, querida. Estás elegantísima.

—Por favor, me he vuelto loca para encontrar algo que ponerme. Ya no tengo nada en el armario, ¿puedes creerlo? Nada que me guste.

—Pero eso tenemos que solucionarlo enseguida, hermosa señora. ¿Qué te parece si vamos de compras? Hoy tengo ganas de comprarte lo mejor que encontremos en Lisboa. Y te ruego que no me atormentes intentando ahorrar, ¿entendido?

—Oh, Manuel, Manuel —le dijo ella acercándosele sin prestar atención a la gente que los miraba—. Eres tan bueno. Tan bueno.

—Demasiado —respondió él encendiéndose un cigarrillo. Luego hizo un gesto al camarero, que llegó a la carrera—. Un chocolate caliente para la señora —le dijo y, cuando vio que estaba ya en la barra, añadió—: Y un *croissant*.

Maria José le cogió una mano y se lo comió con los ojos. Manuel Ramalhete, con el cigarrillo entre los labios, le brindó una de sus sonrisas de seductor. Luego, atrayéndola hacia él como si estuviesen solos, le dijo:

—Esta noche serás la mujer más elegante de Lisboa. Pero lo serás solo para mí y, por tanto, lo serás por poco tiempo.

OceanofPDF.com

XXII

Después de patearlo, los hombres de la pide levantaron a Gil a pulso y lo metieron en un Volkswagen Karmann Ghia verde oscuro, aparcado a poca distancia. Durante el trayecto que lo llevaba a la rua António Maria Cardoso, los policías lo dejaron en paz. Desmayado, el muchacho sangraba por la nariz y por la boca. Uno de ellos dijo:

—Con lo que le espera, más vale darle una tregua.

—¡Están hechos de mierda estos maricones! —añadió el que conducía mientras lo miraba por el espejo retrovisor.

—Ya —respondió quien estaba junto a él volviéndose para echarle un vistazo—. No son un bonito espectáculo.

El coche siguió con calma hacia la sede y allí, de nuevo a pulso, lo arrastraron por un pasillo mal iluminado y lo encerraron en una celda. Sin volver en sí, Gil se quedó tirado en el suelo durante horas, luego lo despertaron con un cubo de agua helada.

—¡Venga! ¡Arriba! Ponte de pie que vamos a jugar a un juego muy bonito. El inspector te espera. Por tu culpa lo hemos despertado mucho antes de lo previsto y te aseguro que no está de muy buen humor.

Pero Gil jadeaba de dolor. Había abierto un ojo y lo único que conseguía ver eran las manchas verdes de moho que formaban un extraño dibujo en relieve en el techo, una especie de larga serpiente. Una gota de agua le caía sobre un lado desde hacía no se sabe cuánto tiempo.

—¿Y bien? —dijo el guardia dándole una patada en el abdomen—. ¿Vamos a hacer esperar al inspector? No eres nada amable.

Luego, volviéndose a un colega, añadió:

—¿Qué hacemos? ¿Tenemos que llevarlo en brazos?

El otro se encogió de hombros. Por fin decidieron arrastrarlo por los pies.

Un rastro de sangre lo siguió por todo el pasillo. Cuando entraron en el despacho del inspector, dos guardias lo sostenían por las axilas.

—¡Aquí está el revolucionario! —dijo el inspector Tinoco al verlo entrar—. Esperemos que, al menos, tengas algo interesante que contarnos. —Luego, dirigiéndose a uno de los dos guardias, dijo—: Que le traigan un café bien fuerte, lo veo aún adormilado.

Le hicieron beber a la fuerza un café hirviendo. El líquido oscuro le caía de los labios tumefactos por el cuello, le quemaba en las heridas abiertas.

—Ahora vamos a jugar a algo muy divertido —le dijo el inspector—. ¿Sabes cómo se llama?

Gil dijo que no con la cabeza.

—Se llama el juego de la estatua. Es muy fácil. Tú solo tienes que quedarte en pie, quieto. Siempre de pie, ¿entendido? Yo hago las preguntas y tú respondes. Pero te tienes que tener en pie solo, si no, no vale. Sino cada vez que caigas al suelo, comenzamos de cero. ¿Sabes?, esta historia de las octavillas contra la guerra colonial no me ha gustado nada. Acabáis por meterle en la cabeza a la pobre gente ideas equivocadas. Los estudiantes os creéis vete tú a saber que, solo porque estudiáis. Se estudia por otras razones, no para meter ideas extrañas en la cabeza de las personas, se estudia para tener buenas ideas. ¿Estas octavillas han sido idea tuya? —le dijo sacudiéndole una ante los ojos.

—Sí —respondió Gil con un hilo de voz.

—Te has metido en un buen lío. Esta no es una Policía cualquiera, nosotros somos la ley, somos como un tribunal. Tenemos poderes especiales. Aquí te pueden caer cuatro años y salir después de ocho, o no volver a salir. ¿Qué cargo tienes en el partido?

—Soy solo un estudiante que lucha para que las fuerzas democráticas internacionales obliguen también al Gobierno portugués a firmar la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

—Estás temblando, ¿es que estás perdiendo el equilibrio?

—Estoy enfermo. Estoy enfermo y tengo derecho a un médico.

—¡Habéis oído! —gritó el inspector—. Está enfermo, ¿a qué esperáis para llamar a un médico?

Los dos policías presentes se echaron a reír. El inspector se encendió un cigarrillo, aspiró profundamente el humo y se lo echó en la cara.

—¿Y qué enfermedad tendrías? No, déjame adivinarlo. Puesto que eres un perro, no puedes tener más que la sarna. —Y de repente le asestó un puñetazo en la cara, que lo hizo caer al suelo—. ¿Habéis visto? —dijo volviéndose a los dos policías—. Ni siquiera sabe jugar a la estatua. ¡Ponedlo otra vez de pie!

El inspector continuó el interrogatorio durante una hora, luego le dio el relevo uno de sus hombres. Volvió a casa, se dio un baño y comió abundantemente porque había salido tan deprisa que solo había tenido tiempo de beber un café. Le habría gustado quedarse en casa con la mujer y los hijos, con la gata que había parido hacía dos días y toda la familia parecía enloquecida con aquellos tres gatitos que tenían aún los ojos cerrados. Los hijos del inspector se turnaban para vigilarlos.

—Papá, ¿tú crees que han comido suficiente? —le preguntó el hijo menor.

—Claro, hijo, es su mamá quien lo sabe.

—Pero son tan pequeñitos —dijo la niña.

—Crecerán, verás cómo crecerán muy deprisa.

—¿Y podremos quedárnoslos?

El inspector contempló la sonrisa de su mujer.

—Está bien, nos los quedaremos. Pero solo esta vez, ¿entendido? Si la gata tiene más gatitos, tendremos que buscar a quien dárselos.

—¡Gracias, papá! —gritaron a coro.

—Está bien, pero ahora tengo que irme.

—¿Te vas otra vez? —le preguntó la mujer acercándose.

—Por desgracia. Tengo un montón de problemas esta mañana.

—Pero ¿volverás tarde?

—Espero que no, de todas formas, estaré en casa para cenar.

—Entonces hago las gambas que nos han traído de Mozambique, ¿qué me dices?

—Buena idea. Pero hazlas con mucho arroz, y con leche de coco. Mucha leche de coco. Y no olvides meter en la nevera una botella de champán. No me gusta beber vino con las gambas.

Cuando volvió a su despacho, el inspector encontró a Gil Valente desnudo, aún en pie, pero sujeto por dos cuerdas atadas a la lámpara que le pasaban por debajo de las axilas.

—¿Qué es esto? ¿Hemos cambiado de juego? ¿Ahora le hacéis hacer de marioneta?

Pasó a su lado para mirarlo a los ojos, pero el muchacho había perdido la consciencia.

—¿Ha cantado? —preguntó.

—Como un pajarillo amaestrado —respondió el subinspector Gonçalves poniéndose en pie y cediendo el sitio al inspector—. Aquí están todos los nombres.

—Excelente trabajo. Espero que hayáis emitido ya todas las órdenes de arresto.

—Naturalmente.

—Bien. El trabajo aumenta.

—Y con este ¿qué hacemos? —preguntó señalando al prisionero.

—Por el momento, dejadlo en la celda número 20. Dadle lo mínimo de comer, lo mínimo, ¿estamos? En cuanto a la ropa que le habéis quitado, devolvédsela, al menos tendrá algo con que limpiarse el culo. Si luego se la quiere poner de nuevo, será asunto suyo.

Fue más o menos media hora después cuando el inspector Tinoco recibió la visita de Manuel Ramalhete en su despacho. Y justo después de la breve conversación el inspector Tinoco volvió a llamar al subinspector para que borrase dos nombres de la lista de arresto.

—¿A qué se debe tanta generosidad? —preguntó el subinspector Gonçalves.

—De vez en cuando hay que hacer favores, sobre todo, a quien nos los hace de continuo. Pero asegúrense de no perderlos de vista. Al primer movimiento en falso, los quiero aquí, ante mí, como a cualquier otro.

—¿Ordena algo más, inspector?

—No, puedes irte. Mejor dicho, espera un momento. Llegados a este punto, ese tal… ¿cómo se llama?

—Gil Valente.

—Eso, ese tal Gil Valente ya no nos sirve para nada.

—¿Como el conde Palmieri?

—Exacto —respondió el inspector Tinoco con un guiño.

Entraron cuatro en la celda número 20, lo arrastraron por los pies a lo largo del pasillo, luego entraron en una sala donde dos *pides* estaban escribiendo a máquina. El subinspector Gonçalves abrió la ventana, lo agarraron entre dos por las piernas. Lo tuvieron así, cabeza abajo en el vacío, durante unos segundos, justo para oírlo gritar. Entonces soltaron la presa y cerraron la ventana.

—Otro que se ha suicidado durante el interrogatorio —dijo el subinspector Gonçalves—. Hacedlo constar en acta. —Y salió de la sala seguido por los otros tres.

Maria do Ceu vomitaba en una palangana mientras Manuel Ramalhete le sostenía la frente. No comía desde hacía dos días y no hacía otra cosa que llorar y vomitar. Por supuesto, no echaba nada, solo una espuma amarillenta, pero con cada arcada se ponía morada y por el esfuerzo se quedaba doblada en dos.

—Cálmate —le decían por turnos Manuel Ramalhete y doña Ofelia.

Pero era más fuerte que ella y lo único que conseguía repetir sin parar era que no volvería a sentirse en paz en su vida y que aquellos asesinos tenían que pagarlo.

—Pero no puedes estar segura de que lo hayan matado —le decía Manuel Ramalhete—. Sucede a menudo que, una vez detenidos, prefieren quitarse la vida. Sé que para ti es un gran dolor, te entiendo, hija mía, pero él sabía perfectamente los riesgos que corría, y que has corrido también tú. En cualquier caso, que lo hayan matado o que lo haya hecho él, de una cosa puedes estar segura, no debe de haber dado nombres. Al menos, en esto te ruego que me creas.

Pero ella decía que no le importaba nada su seguridad, es más, que habría preferido estar muerta. Además, también había sabido que habían detenido a otros de la organización.

—Pero porque estaban ya fichados —le respondió Manuel Ramalhete—. ¿Qué crees? ¿Que los de la pide no tienen sus archivos llenos de información sobre casi todos los portugueses?

—Pues entonces me detendrán a mí también —dijo ella con el tono de quien no espera otra cosa—. Y también a Tiago.

—No tiene por qué, no tiene por qué. Pero cálmate, bebe al menos un poco de agua con azúcar que así te vas a quemar el esófago. Díselo tú también, Ofelia.

—Hija bendita —le dijo Ofelia acariciándole el pelo—, ¿quieres matarme de dolor? ¿No tengo yo bastantes dolores ya? Y no nos decías nada, corríamos el riesgo de perderte y no sabíamos nada. Si te hubiese pasado algo, tu madre, que Dios la tenga en su gloria, no nos lo habría perdonado nunca. ¿Sabes lo que nos dijo cuando estaba a punto de morir? Nos dijo que teníamos que ocuparnos de ti, darte un porvenir. Prométeme…

—Ya está, Ofelia, ya está —dijo Manuel Ramalhete cortando a su mujer—. Ahora la cuestión es otra. La muchacha está angustiada, y con razón. Pero toda esta tragedia la hará reflexionar. Lo importante es que ahora nadie sospeche de ella. En la Dardo saben que está enferma, cosa que, si continúa así, será verdad. Hoy mismo llamo al médico.

—No estoy enferma, ¡no tengo nada! —gritó Maria do Ceu—. En cuanto salga de aquí, iré a buscarlos y ¡los mataré con mis propias manos!

—Dios mío —dijo doña Ofelia metiéndose las manos en el pelo—. Esta hija nuestra ha perdido la razón.

—Maria do Ceu —le dijo Manuel Ramalhete—, digamos que has jugado y que te ha ido bien, ¿de acuerdo? Que has arriesgado mucho, sin saber a lo que te enfrentabas. Pero a veces la vida es generosa, o quizá, quién sabe, desde el cielo tu madre ha querido protegerte. Deberías tomarlo como una señal del destino.

—Y si detienen a Tiago, ¿cuál será mi destino?

—Vamos a esperar, a estar tranquilos y a esperar. Claro, si al menos hubieses hecho oficial la cosa, si lo hubieses traído al menos una vez a casa,

ahora podría ir a buscarlo, hablar con él.

—¿De verdad lo haría?

—Naturalmente. Si me dices que es una cosa seria, que de verdad os queréis…

—Sí que es una cosa seria, padrastro. Algún día, en cuanto tengamos la posibilidad, nos casaremos. O al menos eso nos decíamos antes de que ocurriese todo esto.

—Pero todo esto no os impedirá casaros.

—¿Y si Tiago está proyectando algo? ¿Si tiene en mente hacer una locura?

—Iré a hablar con él hoy mismo.

—¿Dónde?

—Podría esperarlo en la calle, cuando salga del trabajo.

—No, por favor, en la Dardo nadie sabe aún lo nuestro. Pero, si de verdad quiere hacer algo, podría ir a la cafetería que está justo enfrente de la oficina. Allí trabaja una amiga mía, Cidália. Podría entregarle una carta mía para Tiago.

—¡Qué complicaciones! ¿Por qué meter en medio a otra persona? ¿No ves que no eres prudente? Si me dices dónde vive, iré a su casa.

—¿Y qué le dirá?

—¿No querías que le llevase una carta?

—Sí.

—Y podría pedirle que viniese aquí, a verte.

—¿De verdad?

—Si me prometes que vas a calmarte y a meter algo en el estómago.

Aquella noche, entre lágrimas, Maria do Ceu escribió a Tiago una larga carta. Luego, después de tomar unas cucharadas de sopa, se quedó dormida en el sofá aún vestida. Cuando Ofelia se encerró en su cuarto, Manuel Ramalhete acercó un sillón al sofá, tapó a Maria do Ceu con una colcha, le tomó una mano y se durmió también él.

Tres días después, Maria do Ceu volvió al trabajo. La noche anterior Tiago había cenado por primera vez en la rua Leite de Vasconcelos. Se había presentado a las ocho, con un pequeño ramo de flores para doña

Ofelia y, durante el tiempo que duró la cena, no hizo más que elogiar la cocina de la anfitriona y la calidad del vino que Manuel Ramalhete servía en abundancia. Cuando doña Ofelia y Maria do Ceu fueron a recoger la cocina, Manuel Ramalhete tanteó las intenciones de aquel joven larguirucho que tenía de frente. Le habló con franqueza, le dijo que aquella historia de la política era demasiado peligrosa para una chica y que, si de verdad la quería, debía preocuparse por su futuro y no por el de Portugal. Le dijo que los ideales eran una cosa y la realidad otra, que podía continuar esperando en su corazón que las cosas cambiasen, pero en su corazón, sin poner en riesgo la vida de la mujer que amaba. Después de todo, ya había visto él mismo cómo podían acabar las cosas. Debía considerar un milagro que no los hubieran arrestado, pero insistió en subrayar que los milagros no suceden todos los días y que continuar desafiando a la suerte, en aquel momento, era solo de locos. Tiago escuchó en silencio. Habría querido poder seguir a su conciencia, pero después de aquella abundante cena y todo aquel vino, su conciencia parecía haberse tomado una pausa. Manuel Ramalhete le habló de sus brillantes estudios y de cómo podrían llevarlo lejos si se concentraba en ellos. Le dijo que, cuando se licenciase, en un país como Portugal, donde había aún tan pocos licenciados, tendría donde elegir y, quién sabe, quizá se le presentaba alguna oportunidad buena aun antes de licenciarse, visto las buenas notas que tenía.

—La juventud —le dijo en voz baja— es una época de la vida que solo se nos da una vez. Poner en peligro tu vida ahora es como luchar contra molinos de viento. Deja que sean los demás los que hagan de don Quijote, puedes hacer mucho más por tu país aplicándote en el trabajo. Los tiempos, ya se sabe, pueden cambiar de un momento a otro, pero ¿por qué arriesgarse a no verlo? La pide es una organización fuerte, es Portugal en persona. ¿Qué pueden hacer cuatro estudiantes idealistas contra la fuerza bruta? No tienes que considerarte un traidor por retirarte y, además, ¿retirarte de qué? Tus compañeros ¿no están ya casi todos presos?

—Es eso lo que me pregunto —respondió Tiago—, ¿por qué prácticamente todos menos nosotros?

—¿Y qué quieres que te diga? Ha pasado muy poco tiempo, si yo fuese tú, no cantaría victoria. ¿Crees que cada día, cuando Maria do Ceu sale de

casa para ir al trabajo, no estoy con el alma en pena hasta que la veo volver?

—¿Usted cree…?

—Yo no creo nada, espero. Parece que en la pide casi todos los portugueses están fichados, que lo saben todo de todos, pero… vete a saber, a lo mejor alguno se les escapa también a esos perros de caza.

—Pero los otros, a los que han detenido enseguida y de los que aún no se sabe nada, podrían hablar y dar nuestros nombres.

—Estoy tan sorprendido como tú. Por eso te pido prudencia. Si pasan otras dos semanas sin que pase nada, entonces diré que vosotros dos, milagrosamente, os habéis salvado, no me preguntes ni cómo ni por qué, pero en ese caso la única palabra justa sería milagro, ¿entiendes? Mi-la-gro.

—No sé, a lo mejor debería hacer algo.

—Claro, meterte en la boca del lobo para que te maten, y puede que también a Maria do Ceu. Pero ¿no has entendido que están todos en el ajo?

—¿Y por esa razón yo debería andar por ahí tranquilo y pensar solo en mí mismo?

—¿Me estás pidiendo consejo? Entonces, te diré que sí. A lo mejor no tranquilo, pero, por ahora, quítate de en medio, haz tu vida, piensa en terminar los estudios, créate una posición sólida. Algún día podrás vestirte mejor. Si no aprovechas esta ocasión…, siempre, por supuesto, que la haya y que no vayan mañana o pasado a detenerte a casa, o en medio de la calle. Sabes lo que hacen, ¿no? Pasa un coche, se para, salen tres o cuatro, toman a un hombre por la fuerza, lo suben a un coche y luego… pues el luego te lo puedes imaginar. No se andan con chiquitas. Hazme caso, esos no bromean.

Tiago palideció. Manuel Ramalhete se levantó de la mesa, fue por una botella de oporto y llenó dos vasitos. Le tendió uno a Tiago y levantó el suyo para brindar.

—Si fuese tú, me lo pensaría dos veces —dijo—. A tu salud.

—Por un Portugal libre de la opresión fascista —respondió Tiago.

—Será lo que Dios quiera, pero por el momento, en tu lugar, elegiría no oponerme a ningún destino. El destino está escrito, hijo mío.

—Pero ¿quién lo escribe? —le preguntó Tiago.

—Lo escriben los hombres, algunos hombres. Pero no es obligatorio que, entre ellos, tengas que estar justamente tú. Hazme caso, deja que lo

escriban otros. ¿Sabes?, es muy probable que quien lo escriba no lo disfrute.

—¿Y eso es justo?

—Perdona el desencanto de un hombre mucho más viejo, pero, en realidad, esa es una pregunta inútil.

Tiago se bebió de un trago su vaso de oporto. Luego agarró el paquete de cigarrillos que Manuel Ramalhete había dejado sobre la mesa y se encendió uno. Manuel Ramalhete hizo lo mismo y, mientras las dos mujeres recogían en la cocina, fumaron en silencio, mirando cada uno la pared que el otro tenía a la espalda.

La boda de Maria do Ceu y Tiago, en la iglesia de Santo António, fue una ceremonia sencilla, en la que estuvieron presentes doña Ofelia, Manuel Ramalhete, Julieta, para quien, como en toda ocasión oficial, se alquiló una silla de ruedas, los padres de Tiago y su hermano Humberto con su novia, que se casaron el mes siguiente.

Desde hacía dos meses, Tiago era el subdirector de la sección de Aceites Alimentarios de la cuf, uno de los grupos industriales públicos más importantes del estado de Portugal. Pero cuando recibió aquella propuesta de empleo no le resultó fácil convencer a Maria do Ceu.

—Gil está muerto —le dijo ella—, y muchos de nuestros compañeros siguen dentro y no hemos vuelto a saber de ellos. Algunas veces, por la calle, me cruzo con la madre de Gil y las madres de otros amigos nuestros que la pide ha hecho desaparecer. Nadie, ni siquiera los familiares más cercanos, han conseguido verlos. ¿Por qué la cuf viene a buscarte justo a ti? ¿Qué quieren?

—Pues nada, estoy a punto de licenciarme, mis notas son excelentes, buscan a una persona a la altura. Si por casualidad tuviesen alguna sospecha sobre mí, bueno, eso hablaría a su favor, significaría que seleccionan a su personal solo por sus méritos.

—¿Y si es una trampa?

—Estás aún demasiado aturdida. Gil está muerto y nosotros, por suerte, no. ¿Tenemos que sentirnos culpables por no estar muertos? Ha sido una historia horrible que nos ha servido de lección.

—¿De lección? Hablas como mi padrastro.

—Sí, prefiero hablar como él. Hemos tenido una suerte que aún no puedo explicarme. Podía haber acabado en África, en la guerra colonial, y sin embargo aquí sigo; podían haberme detenido aquella noche en vez de a Gil y quizá yo habría muerto en su lugar y, sin embargo, sigo aquí, y soy joven, y quiero tener toda la vida por delante junto a ti. Mi profesor me ha pedido que lo sustituya en algunas clases. Me he sentido muy halagado, pero luego, en la primera entrevista, he hablado con los directores de la cuf, estaba seguro de que no me permitirían ausentarme del trabajo para dar las clases. Y, sin embargo, me han dicho que sí, es más, me han hablado de prestigio, ¿entiendes?

—Entiendo. Entiendo que no estás dispuesto a renunciar a esta ocasión por ideales que hasta hace poco eran importantes y ahora, quien sabe por qué, ya no lo son.

—La vida sigue, Ceuzinha, quien no está dispuesto a cambiar se queda atrás. Salazar ha muerto y quien lo ha sustituido…

—No, Tiago, no vengas a decirme que tienes una visión más abierta, no vengas también tú a hablarme de «cambio en la continuidad», por favor. Dejemos esas palabras para aquellos a los que les venga bien.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no podemos creer que las cosas, aunque lo hagan despacio, pueden cambiar?

—Deportaron a Mario Soares a la isla de São Tomé y…

—Eso sucedió antes de que muriese Salazar.

—Sí, pero nadie lo ha traído de vuelta. Y las cárceles siguen estando llenas, y los pocos que han salido de ellas dicen que allí dentro suceden cosas terribles, que torturan a la gente sin piedad. Entran en casa de la gente y se los llevan a todos, también a las mujeres y los niños. Cidália me ha dicho que en su edificio se llevaron a una pareja con una niña enferma de ocho meses. ¿Qué necesidad tenían de llevarse también a la mujer y a la niña?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Te lo digo yo, Tiago. Lo han hecho porque así pueden chantajear a ese hombre, lo interrogarán y le dirán que si no habla… Dios mío, no quiero ni pensarlo.

—¡Basta! Estoy cansado de oír hablar solo de muerte.

—No hay mucho más que ver por ahí.

—Yo, sin embargo, quiero ver la vida, la nuestra, ¿entiendes? ¿Qué diferencia hay entre la Dardo y la cuf? Ninguna. ¿Crees que si los de la Dardo supiesen quiénes somos no nos denunciarían inmediatamente?

—Sí, pero lo harían por miedo. La cuf, sin embargo, son ellos.

Pero, al final, Maria do Ceu cedió. En casa, doña Ofelia no había vuelto a dejarla en paz, le había repetido sin cesar que Tiago era un muchacho serio y que la quería de verdad. ¿Qué estaba buscando? Uno mejor que él no lo iba a encontrar. En la vida hacía falta realismo, no ilusión, que con ilusión no se come y no se va a ninguna parte. Ahora eran pobres, pero muy pronto Tiago se crearía una posición estupenda y ella podría dejar la Dardo, tener hijos y ocuparse solo de su familia; en resumen, hacer lo que cualquier mujer normal desea. La política, además, mejor dejarla estar. Si Tiago se la había metido en la cabeza cuando se conocieron, ahora podía dejarla de lado tranquilamente ya que él no pensaba más en ella. Las mujeres siguen al marido, piensan lo que él piensa, van donde él va. Había tenido suerte, había encontrado al chico adecuado, no debía dejarlo escapar porque, total, como ya se sabe, los hombres solos no se quedan y, si ella se lo ponía difícil con todas aquellas historias sobre los ideales y la justicia, él encontraría pronto a otra, y entonces, una vez casado y colocado, no volvería a pensar en ella.

Y así se casaron, y después de la ceremonia almorzaron en el restaurante Farol, del que Manuel Ramalhete era cliente habitual. Es verdad que hasta aquel día lo habían visto solo en compañía de Maria José, pero Manuel Ramalhete había advertido al dueño de que no preguntara por «su señora», porque en realidad la mujer que lo acompañaba tan a menudo no lo era, pero sí la que vendría al banquete de bodas de su hija. El dueño se limitó a sonreír a don Manuel, a pasarle un brazo por los hombros mientras le decía que entre caballeros esas cosas quedaban claras.

Al viaje de novios renunciaron por falta de dinero, el poco que Tiago había conseguido ahorrar había ido íntegro al anticipo de los muebles que terminarían de pagar a plazos. Habían alquilado una casa pequeña en Samora Correia, un pueblecito al otro lado del Tajo, una especie de ciudad

dormitorio de bloques de pisos. Maria do Ceu había insistido mucho en quedarse en Lisboa, pero Tiago no había querido siquiera oír hablar de ello.

—Esas viejas casas de Lisboa, sin ninguna comodidad —había dicho—. Ni muerto. Aunque modesta, quiero una casa nueva.

Y Maria do Ceu recordó la casa de alquiler que tiempo atrás había encontrado para ella y su madre, sí, una casa sin muchas comodidades, pero con una maravillosa vista del río y de los tejados rojos de las casas que bajaban como escalones hacia el Tajo. Pero se lo calló, pensando que su amor, encerrado en uno de aquellos pequeños apartamento de los bloques de Samora Correia, tendría poco de romántico. Y aquellos muebles de Mobiflor, ese horror comprado de una vez porque según Tiago, una casa tenía que estar completamente amueblada, dentro de sus posibilidades, desde el primer día. Ella había intentado decírselo:

—Poco a poco, Tiago, pero algo que nos guste de verdad.

—¿Para vivir como mendigos? —le había respondido él—. Pero ¿qué tienes en la cabeza? ¿Quieres ir de bohemia?

Le habría gustado contestarle que sí, y sin embargo, le dijo que no tenía ganas de hacerse la bohemia, que quizá tenía razón él. Pero cuando entró en aquella casa amueblada no consiguió ocultar su desilusión. Cerró los ojos con la esperanza de encontrarlo todo distinto al volver a abrirlos. Pero cuando los abrió, los muebles seguían siendo los mismos, del tal sordidez y tan impersonal que deprimía.

—Nunca te gusta nada —le dijo él—. No creía que fueras tan difícil.

Y, entonces, Maria do Ceu no pudo hacer otra cosa que echarle los brazos al cuello y decirle que lo quería, que él casi nunca se daba cuenta de lo que le pasaba dentro del alma.

Su primera noche de casada en aquella casa, Maria do Ceu se asomó a la ventana para mirar el horrible bloque que se levantaba ante ella y ocultaba a todas horas el sol. Pensó que, ya que tenía la desgracia de vivir en aquel horrible lugar, podría al menos haberle tocado un piso alto desde el que se viese un poco de cielo. Pero, en un edificio tan alto, ella vivía en el tercer piso, cuando estaba en la ventana, no veía nada más que ventanas, una tras otra, que subían como una escalera.

Y tras aquella primera noche, ni siquiera sabía si Tiago la quería de verdad. Sabía que ella lo quería mucho, pero no había notado el amor de su marido, le había pasado por encima del cuerpo como una breve caricia helada.

Por la mañana tenían que despertarse muy temprano para llegar a Lisboa. Cogían primero un autobús y luego el *cacilheiro* que atravesaba el Tajo. Una vez llegados a la ciudad, Maria do Ceu iba a la Dardo y Tiago seguía hacia la cuf.

Al principio se encontraban cuando acababa su jornada para hacer juntos el viaje de vuelta, pero muy pronto los compromisos de Tiago lo llevaron a quedarse en la oficina más de lo previsto y Maria do Ceu regresaba a Samora Correia sola. Volvía a cruzar el río, cogía el autobús, hacía un tramo del camino a pie y entraba en aquella casa que nunca consiguió sentir suya. Por la noche despachaba las tareas, preparaba la cena, luego apagaba los fogones y se sentaba en la sala de estar a esperar la llegada de Tiago. Aunque tuviese hambre, lo esperaba siempre, lo esperaba con el ansia de quien tiene ganas de decir muchas cosas, pero cuando él llegaba estaba tan cansado que se sentaban a la mesa y comían sin decir una palabra. Si ella señalaba algo, él levantaba la cara del plato, sorprendido, como si la voz de su mujer lo despertase de complicadas cavilaciones y no fuese ni siquiera una voz que pronunciaba palabras, sino solo un ruido.

—¿Qué has dicho? —le preguntaba dejando de masticar por un momento.

Pero aunque ella se lo repetía, las cosas no cambiaban. Apenas comenzaba de nuevo a hablar, él ya estaba en otro lugar escuchando únicamente sus pensamientos. Era distinto si ella le preguntaba cómo había ido su jornada de trabajo, se dio cuenta muy pronto que, más que de su trabajo, a Tiago le gustaba hablar de sí mismo: lo que le había sugerido al director, que había pensado decir en la reunión de mañana, cómo estaba llevando un negocio que pronto llegaría a buen puerto mucho mejor que cuando él no estaba, de una clase que estaba preparando para la universidad y que pronto la cuf lo mandaría a una misión donde finalmente conocería un poco el mundo. Nunca preguntaba por lo que hacía ella durante el día, era

como si la Dardo nunca hubiese existido, y lo mismo los amigos de antes, las ideas, el pasado. Muy pronto, Maria do Ceu se dio cuenta de que su marido era un plan siempre proyectado hacia el futuro y que esa obsesión le comía también el presente.

Una tarde, al salir de la Dardo, Maria do Ceu entró en la cafetería en la que trabajaba Cidália.

—¿Cuándo sales? —le preguntó.

—Hoy, dentro de un cuarto de hora —le respondió la amiga.

—Bien, entonces te espero y nos damos una vuelta.

—¿No vas con Tiago?

—No, siempre termina tarde. Me apetece dar un paseo.

—Entonces, siéntate un momento. Me cambio y nos vamos.

Aunque eran casi las seis de la tarde había aún una hermosa luz en la Baixa. No había sido un día de sol, por la mañana el cielo incluso se había cubierto, pero el viento se había llevado las nubes dejando los edificios iluminados por una claridad que seguía siendo cegadora. A Maria do Ceu le gustaba aquella luz y, aunque no había estado nunca en ningún otro sitio, sabía que lo bonito de Lisboa era precisamente aquella luz que la iluminaba hasta el final, hasta que llegaba la noche.

En cuanto salieron de la cafetería, Maria do Ceu agarró a su amiga de la mano y echó a correr tirando de ella.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? —le gritó Cidália.

—¡Ven!, quiero hacer una cosa —respondió Maria do Ceu corriendo aún más rápido.

Siguieron así hasta que Maria do Ceu encontró una de aquellas cabinas en las que se hacen fotografías tamaño carné, entonces se detuvo y arrastró a Cidália, ya sin aliento, que se sentó enseguida en el taburete mientras Maria do Ceu cerraba la cortina.

—¿Y ahora? —preguntó Cidália.

—Ahora nos hacemos las fotos.

—Tú estás completamente loca —dijo echándose a reír.

Y, acaloradas como estaban, con la cara roja, sin esperar siquiera un instante, buscaron monedas en la cartera. Cuatro disparos, uno tras otro, las inmortalizaron con las caras pegadas una contra otra. Y, a medida que el

flash las iluminaba, ellas se reían cada vez más histéricas, como locas, para después precipitarse fuera a esperar las fotografías.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cidália sin aire en los pulmones por la carrera y toda aquella risa desenfrenada.

—Espera —dijo Maria do Ceu—. Espera y ya está.

Se quedaron allí, delante de aquella rejilla aún vacía, esperando ver bajar las cuatro fotos, una tras otra, que luego un viento artificial y caliente secaría a toda prisa. Pero mientras esperaban, el viento se había levantado de verdad y, sudadas como estaban, empezaron a quedarse frías y se frotaron los brazos con las manos, mientras el cuerpo, bajo la ropa, todavía estaba mojado. No decían nada, solo se miraban y reían. Después las fotografías bajaron del revés, empujadas contra la rejilla por aquel viento artificial. Sabían que había que esperar hasta que terminase aqel ruido. Se inclinaron las dos. El ruido cesó y las fotografías se separaron de la rejilla y se quedaron en equilibrio, casi de pie. Maria do Ceu las sacó.

—¿Qué cara tengo? —preguntó enseñándoselas a la amiga.

—¿Qué cara quieres tener? —le respondió Cidália—. La tuya de siempre.

—Te equivocas: tengo la cara completamente diferente. Y estas fotografías las he hecho porque quiero recordarla. Es un día especial, Cidália, esta mañana el médico me ha dicho que estoy embarazada.

OceanofPDF.com

XXIII

La niña se había agarrado al pecho y chupaba despacio. Era diminuta, pero tenía buena salud. Los órganos internos estaban en su sitio, eran los exteriores los que parecían enloquecidos. Rita había nacido afectada de asimetría craneofacial. Tenía un ojo en la frente y otro en medio de la mejilla, la nariz completamente torcida y la boca casi vertical. Una mano era algo más pequeña que la otra y el pie derecho un poco torcido hacia dentro. Mientras la amamantaba, Maria do Ceu no conseguía reprimir las lágrimas que caían sobre la cabeza de la niña y que secaba mecánicamente con la mano mientras sorbía con la nariz.

Doña Ofelia la acompañó cuando dio a luz. Tiago estaba en el extranjero por trabajo y no volvería hasta una semana después. Manuel Ramalhete, en cambio, había caminado arriba y abajo por el pasillo hasta casi gastar la suela de los zapatos.

Cuando vio salir a su mujer de la sala de partos, en el momento, no la reconoció. Había dejado de mirarla hacía tantos años que verla aparecer de repente por una puerta lo había confundido. Había cambiado, estaba mucho más gorda, con las piernas hinchadas, llenas de venas varicosas, el pelo casi blanco y las gafas, que ya llevaba siempre, le hacían enormes y espantosos sus ojos negros. Por un momento, pensó que quizá no solo el paso del tiempo la había dejado así, la agitación de toda aquella espera hizo que le diese un pequeño vuelco el corazón, y allí dentro, navegando sin preaviso, sintió tan fuerte el peso de la conciencia que por instinto se llevó una mano al pecho como si quisiera jurar algo. Pero no tuvo tiempo para más razonamientos, doña Ofelia se le acercó caminando despacio y con fatiga, y luego se le tiró a los brazos.

—Ha parido un monstruo, Manuel. Una niña que da miedo mirarla.

Manuel Ramalhete cambió de lugar la mano que aún tenía sobre el pecho y, con los dos brazos, después de tantos años, abrazó a aquella pobre mujer apretándola contra él.

Avisada por su hermano, Julieta le suplicó que fuese a buscarla y la llevase a ver a Maria do Ceu al hospital Maternidade Alfredo da Costa. Manuel Ramalhete, sin siquiera haber visto a la niña, salió a la carrera del hospital y fue a buscar a su hermana. La encontró, como siempre, en el suelo y ya lista, con un vestido que debía de haber sido de su madre. A pesar de la repugnancia que sentía por ella, Manuel Ramalhete la tomó en brazos, bajó aquellas escaleras oscuras y la metió en el coche. Al llegar al hospital, pidió a un camillero una silla de ruedas y no pudo evitar pensar que, al menos, aquella vez, no tendría que pagar por alquilarla.

Cuando entraron en la sala, encontraron a Maria do Ceu amamantando y a doña Ofelia, sentada en una silla junto a la cama, rezando el rosario. Manuel Ramalhete tomó de nuevo en brazos a su hermana y la sentó junto a Maria do Ceu, al borde de la cama. Las piernas filiformes de aquella pobre infeliz colgaban en el vacío como las de un insecto. Manuel Ramalhete cerró los ojos y se santiguó. Entre toda aquella gente que lloraba, Julieta conservaba su radiante sonrisa en los labios. Besó en la frente a Maria do Ceu y luego le pidió que la dejase coger a la niña en brazos.

Tiago volvió antes de que dieran el alta a Maria do Ceu. Había permanecido en el hospital más de lo previsto, porque el dolor la había debilitado y, a pesar de que continuaba teniendo leche en abundancia, los primeros tres días después del parto se había negado a comer. La primera vez que se levantó para ir al baño, en un espejo renegrido que colgaba sobre el lavabo, vio reflejada la imagen de una mujer muy distinta a la que recordaba. Entonces, sonriendo triste, murmuró: «Se acabó la juventud. Se acabó para siempre».

Volvieron a casa en el coche que Tiago había pedido prestado a Manuel Ramalhete. Durante aquel breve trayecto no se dijeron una sola palabra. Tiago encendió la radio. Transmitían canciones italianas y de alguna sabía incluso la letra, pero solo la letra, no el significado. Sentada junto a él,

Maria do Ceu miraba por la ventanilla con la niña dormida en brazos. Miraba fuera, sin pensar en nada, como vaciada por un sufrimiento demasiado grande y demasiado imprevisto, de esos que destrozan y anulan al tiempo.

Cuando llegaron bajo su casa, Tiago le dijo:

—Tápala, así nadie la ve.

—No vamos a poder taparla siempre —le respondió ella sin expresión en la voz.

—Tápala al menos ahora —le dijo él.

Maria do Ceu se limitó a apretarla contra ella con un brazo sobre su cabeza. Entraron en casa y abrieron las ventanas. Olía a cerrado. O puede que fuesen los muebles, aún demasiado nuevos, que habían llenado la casa de aquel extraño olor. Tiago fue a la cocina y dejó correr el agua del grifo. Mantuvo la mano debajo hasta que la sintió fría, luego llenó un vaso y lo bebió de un trago.

—No es culpa de nadie —le dijo entrando en el dormitorio—. Si comienzas a preguntarte todos los días de quién es la culpa, terminarás por volverte loca. Es lo que es. Tenemos que resignarnos.

—¿Qué quiere decir resignarnos? —le preguntó ella.

—Significa no hacerse preguntas.

—Es también hija tuya. Resignarnos significa no luchar.

—¿Y qué batalla quieres luchar?

—No habrá solo una, sino muchas. Y tendré que tenerte a mi lado.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—¿Sabes ese juego en el que uno pregunta al otro en qué época le habría gustado vivir?

—¿Y qué?

—¿A ti en qué época te habría gustado vivir?

—No lo sé, no lo he pensado nunca.

—Piénsalo.

—En la época de los grandes descubrimientos, cuando los hombres viajaban y descubrían nuevos mundos.

—Serían viejos descubrimientos.

—Has sido tú la que me ha preguntado qué época me habría gustado vivir. Cualquier época que te hubiese dicho habría sido vieja.

—Te equivocas. Yo la que escojo siempre es la época del hoy y el mañana, la época de los descubrimientos que se hacen continuamente, los descubrimientos de la ciencia, de la medicina…

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Habrá una forma, Tiago. La habrá y yo la voy a encontrar. Cueste lo que cueste.

—La medicina no arregla una cosa así.

—Esa cosa así es nuestra hija, y la medicina la ayudará. Claro, no será en este país tan atrasado, donde una dictadura que nadie ha sabido derrocar ha sido capaz de paralizar todo.

—¿Y adónde piensas ir?

—No lo sé. Iré a un país más avanzado, un país en el que la democracia haya permitido que la medicina progrese.

—¿Y con qué dinero?

—No sé si hará falta mucho dinero. Puede que baste solo con tener la paciencia de rellenar muchos papeles, de no dejarse asustar por la burocracia. Puede que solo haga falta el dinero del viaje.

—Has perdido la cabeza, Maria do Ceu. Resígnate, hazme caso.

—Yo soy su madre, ninguna madre se resigna. ¿Te das cuenta de cómo será su vida si no intentamos hacer algo?

—¿Hacer qué? ¿Qué?

—No soy médico, pero los médicos ganan premios Nobel continuamente, ¿no? Habrá alguno que pueda operarla.

—¿Operarla? Pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Médicos que ganan el Nobel…, pero ¿qué dices?

—La cirugía hace milagros, Tiago. Puede que no los haga en Portugal, pero en alguna parte los hará por nuestra hija. Y será allí donde iremos.

—Escucha, a mí el dolor no me impide ver las cosas como son. Si te preguntas por qué nos ha pasado a nosotros…, bien, no sé responderte, pero te entiendo, yo también me lo pregunto. Pero comenzar a hacernos ilusiones, meternos en la cabeza que un día podría cambiar algo… Maria do Ceu, ¿qué camino quieres que siga nuestra vida?

—¿Crees que algún camino puede ser peor que este?

—Sí, creo que sí.

—¿O te asusta, Tiago? Dime la verdad. Porque será un camino largo y doloroso y tengo derecho a saber si tendré que hacerlo completamente sola o si puedo contar contigo. Lo sé, tú tenías otros planes, pero luego ocurren cosas que hacen cambiar los planes, hay cosas más importantes.

—Acepta este dolor, Maria do Ceu, acéptalo y verás que todo será más fácil.

—Más fácil para quién, ¿para ti?

—Pero ¿qué te está pasando? ¿En qué te estás convirtiendo?

—En lo que ya soy, Tiago. Una madre.

Ofelia acompañó a Maria do Ceu a la primera visita al hospital pediátrico Dona Estefânia. Las recibió el doctor António Cravinho que reconoció mucho tiempo y de manera minuciosa a la pequeña paciente. Desnuda sobre una mesa, la niña, que tenía ya diez meses, se dejó manipular sin llorar ni una sola vez. Con sus ojos azules fuera de eje, miraba todo lo que sucedía a su alrededor con una expresión que parecía incluso que comprendía. La madre y la abuela, sentadas en un rincón de la consulta, la seguían sin perder un solo movimiento. Cuando el médico se quitó las gafas y se frotó los ojos con el pulgar y el índice de la mano derecha, las dos mujeres se pusieron en pie.

—¿Entonces, doctor? —preguntaron ambas.

El doctor Cravinho dio un largo suspiro, dijo a la enfermera que lo había ayudado en la revisión que vistiese a la niña y se acercó a las dos mujeres.

—Pobrecita —dijo frente a ellas con los brazos cruzados—. Da pena solo mirarla. Pobre criatura, qué desgracia, qué desgracia.

—Pero se puede hacer algo, ¿verdad? —preguntó Maria do Ceu.

—¿Qué? Aquí no sabríamos siquiera por dónde empezar. Por favor, señora, nadie tendría el valor de intentarlo. ¿Y con qué resultados? Se corre el riesgo de empeorar la situación, estas son deformidades ante las que la medicina levanta los brazos y se rinde.

—Pero la medicina hace progresos en todos los campos…

—¿Qué quiere que le diga? Claro que los hace, pero hay un límite para todo. La pobrecita tendrá que vivir así. Quién sabe, es probable que, si Dios tiene piedad, no le quede mucho.

—¿Está deseando que muera pronto?

—Mire que en casos como este sería la mejor solución. Usted es una mujer joven, podría tener otros hijos sanos…

Maria do Ceu arrancó a la niña de los brazos de la enfermera, hizo una señal a doña Ofelia, que ante aquellas palabras se había quedado petrificada, y salió de la consulta dando un portazo.

—¡Es un monstruo! —gritó corriendo por el pasillo mientras doña Ofelia la seguía con esfuerzo—. ¡Un monstruo! ¡Un monstruo y un asesino! Lo ha visto, verdad, madrastra, ha visto cómo la miraba, ¿verdad?

Pero, justo cuando doña Ofelia estaba a punto de responderle, la enfermera las alcanzó y las hizo entrar a escondidas, casi empujándolas a la fuerza, en una sala.

—Escuchen —dijo la mujer nerviosa—. Yo no les he dicho nada, ¿de acuerdo?, pero aquí hay otro médico que ha estudiado en Inglaterra, uno que ve las cosas de forma muy distinta al doctor Cravinho. No sé si en el caso de su hija habrá algo que hacer, pero, si yo fuese ustedes, antes de tomar cualquier decisión, le consultaría. Si luego también él les dijese las mismas cosas…

—¿Cómo se llama? —preguntó Maria do Ceu.

—Victor Galvão Teles. Pero yo no les he dicho nada, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Maria do Ceu—. Pero ¿cuándo pasa consulta?

—Todos los viernes. Tiene que pedir cita.

—Pero el viernes es mañana.

—Inténtelo igual. A lo mejor tiene suerte.

Aquella noche, Maria do Ceu no consiguió dormir ni siquiera un momento. Fingió que dormía solo cuando Tiago, muy tarde, llegó del trabajo. Le había dejado la cena en la mesa de la cocina y, desde la oscuridad del cuarto, lo vio comer de lejos, con su expresión ausente habitual, siempre concentrado en otra cosa. Fingió dormir y deseó que la

niña no se despertase, porque no tenía ganas de hablar de lo que iba a hacer al día siguiente, ni de lo que había sucedido aquella mañana en el hospital.

Si de verdad hubiese querido saber algo, la habría despertado, pero probablemente tenía miedo de saber y, por eso, viendo que estaba dormida, se había limitado a hacer el mínimo ruido posible al meterse en la cama. Una vez apoyada la cabeza en la almohada, se quedó unos instantes con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando la respiración de la mujer y la hija. Después, en cuanto sintió crecerle un peso en el pecho, decidió que se había hecho demasiado tarde, cerró los ojos y se durmió.

Por la mañana, temprano, con la niña en brazos, Maria do Ceu salió de casa con cuidado mientras Tiago aún dormía. Ya en la calle, echó a correr hacia la parada, porque el autobús pasaba justo en aquel momento. Rita se despertó en el *cacilheiro* y, en aquel breve trayecto, Maria do Ceu le dio el pecho.

Doña Ofelia ya estaba delante del hospital cuando llegaron.

Había sacado número para la consulta del doctor Galvão Teles y estaba contenta de haber conseguido el tres. Le dijo que el tres traía buena suerte, porque era el número de la Santísima Trinidad y, al decirlo, se santiguó. Maria do Ceu la miró con dulzura y gratitud, sabía cuánto le costaba salir de casa, cuántos años llevaba ya cansada de la vida. Pero la presencia de aquella mujer, que estaba allí por ella y por su hija, la hizo sentir aún más el vacío que había dejado su madre. «Donde quiera que yo esté», le había dicho antes de morir, y ella se había repetido aquella frase y continuaría repitiéndosela hasta el infinito, pero no conseguía vislumbrar el consuelo que habría tenido que encontrar. Donde quiera que estuviese, ahora, a su lado había otra mujer, que intentaba con todas sus fuerzas sustituirla. Nadie la sustituiría nunca, transcurriría una vida entera y ella sentiría siempre su ausencia.

Ante el hospital, Maria do Ceu y doña Ofelia se abrazaron.

—Tienes cara de cansada, hija mía. ¿Has dormido?

—Casi nada, madrastra.

—Ven, vamos dentro a sentarnos.

El examen del doctor Galvão Teles fue mucho más breve que el anterior. Cuando terminó, le dijo a la enfermera que lo ayudaba que preparase un volante para un análisis que tendrían que hacer a la niña en el hospital la semana siguiente. Luego, volviéndose hacia las dos mujeres, les dijo:

—Es inútil ocultarles la gravedad de la situación, pero la medicina, en los últimos años, ha hecho progresos que ni siquiera imaginan. Claro, no en nuestro país. Pero yo he estudiado en el extranjero, en Inglaterra, y en mi experiencia he visto algunos casos análogos. Si ahora les dijese que la niña podrá ser algún día normal como las demás, estaría mintiendo, pero pueden intentar que tenga una vida mejor. En el Great Ormond Street Hospital for Children de Londres está el doctor Stone, para quien he trabajado como ayudante, que es capaz de pequeños milagros. Milagros complicados, se entiende, y también muy peligrosos. Tienen que calcular que algunas de las operaciones pueden durar entre nueve y catorce horas, y que para una niña tan pequeña son un gran riesgo.

—Pero ¿la operarían inmediatamente? —preguntó Maria do Ceu agitada.

—No, es demasiado pronto, hacen falta al menos otros seis meses para la primera intervención.

—¿Cuántas tendrá que hacerse?

—Es difícil concretarlo, digamos que, aproximadamente serán al menos diez. En cualquier caso, si de verdad tiene la intención de emprender ese camino, tendrá que comenzar enseguida a contactar con el hospital y con el médico, a quien escribiré yo mismo, porque deberán hacerle más pruebas. Las que le haremos aquí no serán suficientes, servirán nada más para hacer una primera evaluación.

—¿Cuánto tiempo antes de la operación tendré que estar en Londres?

—Digamos que, al menos, dos meses.

—¿Dos meses? ¿Y de qué vivo allí dos meses?

—Tendrá que llevarse algo de dinero, pero no mucho. Por lo que se refiere al viaje, intentaré que le salga gratis. El suyo es un caso especial, moveré yo los primeros trámites en la *Segurança Social*, también allí conozco a alguien. Estoy seguro de que, con mi certificado médico en la

mano, nadie podrá impedirle que lleve a su hija a Londres. Por lo que respecta a su estancia, puedo serle también de ayuda. Hay una gran comunidad portuguesa en Londres. Toda gente buena emigrada allí por trabajo. A decir verdad, no están todos allí por trabajo, muchos…

—Son exiliados.

—Sí.

—¿Piensa usted como yo, doctor? —le preguntó Maria do Ceu con los ojos brillantes.

—En estos tiempos sería más prudente no contarle a nadie lo que pensamos. Pero ¿qué quiere que le diga? Usted me ha hecho la pregunta de una manera… Sí, pienso como usted y, en Inglaterra, encontrará mucha gente que piensa como nosotros. En definitiva, no me será difícil encontrarle una habitación en casa de alguien. Usted pagará poco y ellos ganarán algo. Encontraré la forma de que tenga alojamiento y comida, e intentaré encontrárselo lo más cerca posible del hospital. Dentro de una semana vuelva aquí con la niña y le haremos las pruebas. Mientras, yo me moveré con la *Segurança Social* para el billete de avión, después, con los análisis en mano y mi certificado, irá usted misma y verá que será más rápido de lo que cree.

—Perderé el puesto de trabajo, pero no pasa nada.

—Puedo hacerle otro certificado. Si su jefe es buena persona, la sustituirá el tiempo que haga falta y luego volverá usted a trabajar.

—No sé si será así, pero lo intentaremos.

—Tendrá que tener muchísimo valor. Una sola operación no sirve de nada, si decide emprender este camino, tendrá que recorrerlo hasta el final. Si su hija se queda así, sabe mejor que yo a lo que se tendrá que enfrentar, será uno de los muchos infelices de este mundo; no podrá estudiar, probablemente andará mal, cuando comiencen a salirle los dientes puede que estén en dos o tres filas, tendrá muchas dificultades para alimentarse y con esa nariz muy pronto también dificultades respiratorias. Pero, se lo repito, una operación es solo el inicio. Son operaciones a cráneo abierto, es consciente, ¿verdad?

—Creo que sí —respondió Maria do Ceu cerrando los ojos y respirando hondo.

—Hay que trabajar desde dentro para devolver las facciones a su eje. Se necesitarán muchas intervenciones para alinearlos. Pero una vez concluida la terrible epopeya, su hija podrá caminar bastante bien, podrá comer, podrá hablar. Será una mujer capaz de tener una vida autónoma y ese es el regalo más grande que su madre podrá hacerle.

—No tengo miedo de nada, doctor, iré hasta el final.

—Habrá momentos muy difíciles, debe saberlo. Los posoperatorios serán auténticos calvarios. Asistirá al dolor físico y de la desesperación de su hija. La raparán al cero en cada ocasión, su cara se irá llenando de cicatrices, al alinear los ojos podría perder mucha vista, incluso quedar ciega, y hablará con una voz nasal que a los demás les costará entender. Irá a la escuela y no será nunca como los demás niños, sufrirá la crueldad de los compañeros, estará muy sola y tendrá un carácter que no podemos prever con seguridad, pero será muy complicado. Lo que ajustaremos fuera puede romperse dentro. Tendrá que tener una paciencia que ahora no puede ni imaginarse.

—Estoy dispuesta a afrontarlo todo, doctor.

—Ha entendido lo que le he dicho al principio, ¿verdad? Son operaciones larguísimas, lo que significa dosis de anestesia que…

—Se ha explicado muy bien, doctor, podría morir en el quirófano con cada operación. Es un riesgo que correremos.

—Tráigala para los análisis dentro de una semana, señora…

—Da Conceição. Maria do Ceu da Conceição.

—Cuando tenga los resultados de los análisis, vuelva aquí y pida otra cita.

Con los codos apoyados en la mesa del comedor, Tiago se metió los dedos entre el pelo. La sopa se le había enfriado; Maria do Ceu estaba sentada frente a él, con la niña en brazos. Le había contado las dos opiniones médicas y, sin dejarlo hablar, le dijo que estaba dispuesta a todo. Alterado, Tiago le había respondido que debía de haberse vuelto loca para arriesgar la vida de la pequeña, pero ella había seguido tranquila y, con calma, le había explicado que se equivocaba, que razonaba como padre y que los padres, a veces, tenían que ponerse a un lado. También su padrastro

pensaba como él, pero su madrastra no, ella, que no había tenido hijos pero los había deseado tanto, razonaba como una madre.

—Si muere, ¡será culpa tuya! —le dijo.

—Si vive así, estará muerta —le respondió ella mirándole a los ojos—. ¿Crees que cuando sea mayor tendrás el valor de mirarla a la cara sabiendo que no has hecho nada? Ella un día se lo preguntará, ¿sabes? Y tú ¿qué vas a contestarle? ¿Que la querías tanto que tenías miedo de perderla? Tienes que ser más generoso, tienes que tener valor.

—Será un infierno.

—Lo sé.

Aquel domingo se quedaron en casa y no se dijeron mucho más. Maria do Ceu habría querido llevar a la niña a tomar un poco de aire, pero el cielo gris de aquel día de primavera se había transformado en pocas horas en un fuerte temporal. La lluvia primero había oscurecido los edificios que se veían desde la ventana, después los había borrado sin dejar más que el agua que caía violenta. Con la niña en brazos, Maria do Ceu dibujaba con el dedo de la mano derecha grandes margaritas en el cristal de la ventana, en fila una junto a otra. Comenzaba por los tallos y terminaba por los pétalos, pero no le daba tiempo a terminar una flor porque las formas se descomponían rápidamente en numerosos regueros de agua que se deslizaban veloces hacia abajo. Si cerraba los ojos, toda aquella lluvia que caía con ritmo regular podía ser una canción. Entonces empezó a cantar una en voz baja, luego otra y luego otra más.

Tiago se había llevado trabajo a casa y hacía horas que estaba inclinado sobre papeles que hojeaba continuamente. El trabajo, los papeles, la ambición. Quizá se había enamorado de él simplemente porque aquel día sus vidas se habían encontrado haciendo el mismo camino, porque entre tantas posibilidades se dio justo aquella. Pero ella no sería nunca como su madre ni como su madrastra. Ellas habían arruinado su vida por un hombre, toda la vida por un solo hombre, se habían obstinado inútilmente contra el destino, se habían dedicado a una obsesión que ni con toda su perseverancia habían conseguido cambiar. Eran otras las cosas que se podían cambiar en la vida con el libre albedrío. Las decisiones, esas que se eligen usando el razonamiento, el sentido práctico. Dio un largo suspiro mientras seguía

mirando fuera. Y, con la lluvia cayendo aún sobre aquel paisaje enmarcado por su ventana, Maria do Ceu conseguía ver ya los rasgos de su hija domados por la voluntad del cirujano, los veía como en un documental se puede observar una flor eclosionar en pocos instantes.

Pocos días antes de partir hacia Londres, Manuel Ramalhete dio a Maria do Ceu una suma de dinero considerable y le dijo que, en lo que se refería al trabajo en la Dardo, no tenía que preocuparse, a su vuelta lo encontraría de nuevo. Conmovida, le preguntó a qué santo debía agradecérselo y él, con una de sus sonrisas enigmáticas, le respondió que no tenía que agradecérselo a ninguno, si acaso a su habilidad para seducir a las personas con las palabras porque, a pesar de que los años pasaban, aquel don no lo había perdido. Maria do Ceu, en un impulso de afecto sincero, abrazó al padrastro y le dio las gracias.

El doctor Galvão Teles le había encontrado alojamiento con una familia portuguesa que vivía en Russell Square, justo al lado del hospital. Había conseguido que le hicieran un precio económico, que le permitiría quedarse en Londres durante dos meses. Tiago se reuniría con ella el día antes de la operación y se quedaría diez días. También este permiso, inútil decirlo, fue gracias a Manuel Ramalhete, sin embargo, no se atribuyó el mérito, aunque le costó mucho no hacerlo. Tiago, ingenuo, se convenció de que sus jefes tenían un alma grande y, durante el tiempo de los preparativos no paró de repetírselo a su mujer, al menos en esa ocasión, tuvo que darle la razón.

Se iba. Por primera vez en su vida, Maria do Ceu salía de Portugal, cogía un avión e iba lejos de casa para cumplir su deber de madre. Doña Ofelia estaba aterrorizada, durante los días que precedieron a la partida le dio mil consejos, le regaló un rosario que había comprado muchos años antes en Fátima y, dentro de sí, hizo voto de volver al santuario en cuanto la hija la llamase para comunicarle el éxito de la intervención. Hasta entonces, rezaría de la mañana a la noche ante la figurita de la Virgen que tenía en la mesilla, donde, como una vestal, tendría siempre encendida una vela votiva. Unos días antes, había salido de casa para ir a la rua São Julião, donde había un negocio que vendía velas bendecidas y perfumadas, del mismo color que la canela, fabricadas con la cera de las velas que se derretían en el santuario

de Fátima. «Velas santas», como no había dejado de repetirle a Maria do Ceu enseñándole la caja entera que había comprado. A veces, más que la desazón por la operación de la niña, se apoderaba de doña Ofelia el terror de que las velas fueran insuficientes. Por mucho que Manuel Ramalhete le dijese que podían ir a comprar más en cualquier momento, a aquella infeliz se le había metido en la cabeza que la operación iría bien solo si aquella enorme cantidad de velas que había comprado bastaba hasta el momento de la llamada de teléfono de Maria do Ceu.

La acompañaron todos al aeropuerto en el coche de Manuel Ramalhete, la siguieron hasta el último momento y se quedaron mirándola mientras se alejaba con la niña en brazos, seguida por mucha otra gente que partía, por un pasillo que, desde donde estaban ellos, parecía no tener fin.

Adelina era una mujer pequeña, regordeta, con las manos siempre manchadas de harina, unas gafas de cristales gruesos que le agrandaban los ojos estrábicos y una risa alegre hecha de pocos dientes. Había nacido en Oporto y, aunque no había vuelto nunca en casi veinte años, todavía no hablaba ni una palabra de inglés. «¿Y para qué me serviría? —decía riendo —. Aquí somos todos portugueses, hasta los tenderos. Y todo lo que comemos viene de nuestra tierra. Por favor, comer a la inglesa es como no comer, o comer para enfermar».

Maria do Ceu se entretenía oyéndola hablar con aquel acento suyo del norte, aún intacto no obstante todos aquellos años, con «b» en vez de «v» a comienzo de palabra, esa manera lenta de hablar de la gente de Oporto tan distinta a la de Lisboa, donde nadie termina nunca las palabras. A veces, cuando Maria do Ceu hablaba deprisa, Adelina ni siquiera la entendía y entonces se echaban a reír las dos. «¿Qué has dicho, hija bendita? Ah, ahora, sí, sí, ahora lo he entendido, pero tienes que hablar despacio, separar las palabras. A los de Lisboa… ni siquiera en el Alentejo os entienden».

Se sentía bien con Adelina, le gustaba el olor de los dulces y del pan hechos en casa, el olor del bacalao salado que tenía en pedazos, envuelto en papel de periódico, en la despensa le gustaban los muebles, la decoración, las cazuelas, porque todo allí dentro venía de su tierra, y en aquella casa había reconstruido un Portugal casi más auténtico que el verdadero. Con

Adelina había descubierto tradiciones para ella desconocidas porque, como le había explicado ella, «los emigrantes prestan más atención, no se quieren perder nada», y entonces, para Maria do Ceu era como volver atrás en el tiempo y vivir en una época que no había conocido.

El marido de Adelina era un hombre taciturno, pequeño y seco, que tenía que comer poco y a menudo a causa de una antigua operación que le había reducido el estómago. «Y tenemos que dar gracias a Dios porque no se lo han quitado todo —decía Adelina cada vez que le llevaba algo para picar—. A un turco que vive aquí detrás se lo tuvieron que quitar del todo y lo que come va directo del esófago al intestino y, por eso, se pasa los días tumbado en la cama, porque comer hace que se desmaye».

Adelina no había trabajado nunca y el marido llevaba dos años jubilado. No habían querido volver a Portugal, tenían aquí a sus hijos y sus nietos, y además nunca se habían sentido lejos de su tierra. «Claro —decía Adelina —, un poco de confusión tenemos. Somos portugueses que no han vuelto nunca a Portugal y que tampoco se han hecho ingleses, pero en el fondo es mejor así, porque Portugal atraviesa desde hace demasiado tiempo una época muy fea. Mejor recordar solo las cosas buenas, y eso podemos hacerlo también desde aquí».

Los días previos a la operación habrían sido mucho más duros sin Adelina. Los madrugones, las largas colas en el hospital, todas aquellas consultas, los análisis de sangre a los que la niña se sometía sin soltar una queja, todas aquellas placas y todo aquel silencio brutal, porque Maria do Ceu no hablaba una palabra de inglés y de lo que le decían los médicos no entendía ni la mitad. Habría sido insoportable si, luego, al volver, no hubiese encontrado una casa que olía a Portugal y la sonrisa de Adelina, que cada vez que volvían, en la puerta, lo primero que hacía era abrazarlas a las dos. Tiago la había llamado solo una vez y, desde tan lejos, le había vuelto a preguntar si de verdad quería seguir adelante. Maria do Ceu le respondió un sí que salió como un suspiro y se quedaron callados los dos, aunque aquel silencio costaba muchos *escudos* por minuto, luego cambiaron de tema, él le preguntó cómo se encontraba, ella le contestó que no podría haber esperado nada mejor y, al decirlo, miró a Adelina que, de pie a pocos metros, no se perdía una sola palabra de la conversación. No lo

hacía por curiosidad, sino porque había comenzado a participar en primera persona en aquella historia tan extravagante, en la que de forma natural había tomado partido por Maria do Ceu, que se había convertido a sus ojos en un ejemplo de valentía. No estaba allí esperando hacerse con alguna frase de amor entre enamorados lejanos, estaba allí dispuesta a intervenir si Maria do Ceu lo necesitaba, capaz también de arrancarle el auricular de la mano si la veía en dificultades, para decirle a aquel tal Tiago que no se inmiscuyera en cosas que no podía entender.

El marido de Adelina asistía a aquellas escenas sentado en el sillón, con el periódico en las manos que, de vez en cuando, bajaba para mirarlas y sacudir la cabeza. «Piensa en tus cosas —le decía Adelina, fulminándolo con la mirada—. Lee tu periódico e infórmate de todas esas estupideces del fútbol. ¿Tú qué sabes de estas cosas? Qerría yo verte en una situación así». Pero Adelina lo atacaba sin razón, porque aquel hombre estaba también de parte de Maria do Ceu, pero en silencio. Lo había derrotado hacía ya tantos años que ni siquiera tenía la fuerza y el valor de decirle que pensaban de la misma forma, que estaba malgastando su aliento.

Pasaron los días, todos iguales, sin que Maria do Ceu hubiese visto de Londres nada más que la calle en la que vivía y la del hospital. Días de poca luz y lluvia fina que caía ligera y persistente sin hacer ruido, no como en Lisboa, donde no llovía casi nunca, pero cuando se decidía, la lluvia podía ser tremenda y la ciudad se transformaba en un barco a merced del mar. La de Londres era una lluvia fina que ni siquiera se veía.

—Llévate el paraguas —le decía Adelina cada vez que salía.

—No, no llueve —le respondía Maria do Ceu mirando por la ventana.

—Llueve, llueve —le decía Adelina mientras se afanaba en la cocina.

Pero ella, los primeros días, no le había hecho caso. Salía de casa y pensaba: «No llueve, ya le he dicho yo que no llovía», pero mientras caminaba, notaba que poco a poco se mojaba, y entonces miraba alrededor, apretaba los ojos, los forzaba y por fin le parecía verla, pero no lluvia de verdad, casi un vapor, como agua vaporizada que caía del cielo. Entonces apretaba el paso, se abría el abrigo y resguardaba a la niña.

Había contado los días, los había escrito todos en un cuaderno, pero sin apuntar nada, solo escribía los días. Y, al final, empezaron a correr de

verdad, le vinieron al encuentro hasta el día en que llegó Tiago y Maria do Ceu lo esperaba en el aeropuerto mordiéndose el labio inferior y apretándose contra el pecho a la niña. Había pasado un mes y lo esperaba con el ansia de una desconocida, porque eso fue lo que le vino a la cabeza, que no conocía a su marido. Aquel hombre era tan incapaz de manifestar sus sentimientos que ella, con el tiempo, estaba aprendiendo a ser como él, a ir contra su naturaleza, que era extrovertida, como la de su madre Margarida. Así, muy pronto, se convertirían en dos pedazos de hielo que continuarían viviendo juntos sin mucho que decirse ya, esperando solo las horas y los días con la resignación que se adquiere hacia las cosas que quedan inacabadas. Hacerse castillos en el aire había sido la especialidad de su madre. Era un defecto, pero también una virtud, porque al final, aunque desilusionada, encontraba siempre la fuerza para seguir esperando. Y había esperado hasta el final y, quién sabe, puede que aquella esperanza la hubiese hecho sufrir menos. Maria do Ceu, no se sentía distinta a su madre, al menos no por naturaleza, pero ella lo había conseguido haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, siempre conteniéndose, siempre amortiguando la carcajada desbordante que sentía nacer en la garganta y luego subir, subir, lista para explotar de forma estruendosa, y cuando ya llegaba y casi sentía el sabor en la boca, la paraba ahí confinándola al pequeño espacio de una sonrisa. Como ahora, viéndolo llegar con una maleta en la mano, él también con una sonrisa embarazosa en los labios, saludando apenas con un gesto de la mano que podía significar: «Aquí estoy, ¿me ves? He venido como había dicho, he mantenido mi promesa». Y ella sin saber qué hacer, si correr a su encuentro y abrazarlo para susurrarle al oído cuánto le había echado de menos, o quedarse allí, detrás de aquella barra de metal, apretándola fuerte con la mano izquierda, mientras sostenía a la niña con el brazo derecho. Y mientras lo pensaba, sin darse cuenta, ya había elegido, y la mano izquierda casi palidecía del esfuerzo. Se quedó así, inmóvil, hasta que él llegó ante ella y le hizo una caricia en la cara, después otra para quitarle un mechón de cabello que le caía en la frente y luego darle, por fin, un beso rápido en los labios y decirle: «Os encuentro bien a las dos».

A la niña, que dormía, solo la rozó con la mano libre y la miró muy afligido, cerrando casi los ojos, hasta que la incomodidad que sentían los

dos se transformó de repente en prisa. Maria do Ceu le dijo: «Venga, vamos a casa», y sin añadir nada más se dirigieron a la salida sin tocarse.

No habían dormido apenas aquella noche, y ahora llevaban los dos muchas horas sentados en un banco de formica verde claro, con las patas de metal que sobresalían, abombadas, que Maria do Ceu acariciaba distraída rascando lo oxidado con las uñas. Habían bebido ya tres cafés largos con un extraño sabor amargo que se les había quedado en la garganta, como si aquel mal sabor hubiese decidido grabarse para siempre, para que el pensamiento pudiera reproducirlo en el futuro. Se miraban rara vez y de forma inexpresiva, observaban alrededor, pasaban los ojos por las siluetas de los médicos y los enfermeros, que entraban y salían por las numerosas puertas de aquel hospital pediátrico. Si hubiese sido otro hombre, Maria do Ceu le habría hablado de aquella vez que había esperado así durante la operación de su madre, pero no era otro hombre, era Tiago, y sabía que no podía decirle nada, que cualquier palabra, incluso la más sencilla, entre ellos era incomprensible, como si hablaran otro idioma. Quizá también él habría querido decirle algo que se guardaba por pudor, tal vez, pensamientos que arrastraba desde el principio y que se había acostumbrado a no expresar, porque callar era siempre más fácil que hablar. Su matrimonio tenía todavía un pasado breve, pero se había consumido pronto en aquella postración que había llegado de repente interponiendo entre ellos una distancia que cada día se estiraba más. Maria do Ceu habría querido cogerle de la mano en aquella espera interminable, pero se contenía, apretaba la pata de metal del banco, calentando aquel frío.

—Tendríamos que comer algo —le dijo en ese momento Tiago.

—Yo no tengo hambre, ve tú —le respondió Maria do Ceu.

—Estás cansada, no has dormido nada, si tampoco comes, no te vas a tener en pie.

Maria se limitó a negar con la cabeza y lo miró alejarse por el pasillo, segura de que le traería de todas formas algo para demostrarle su cariño de aquel modo tan básico. No podía explicarse cómo podía quererlo tanto sin siquiera sentirse suya.

Con los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos, Maria do Ceu esperaba, sin lograr echarse a llorar, la respuesta sobre el futuro de su hija que tarde o temprano alguien le llevaría. Y siguió así, sin sentir el tiempo, suspendida en un vacío al margen de razonamientos, igual de sola que había estado como hija ahora lo estaba como madre, alguien que no se pregunta el porqué de un destino tan adverso, pero no lo hace por sabiduría sino por miedo. Y tan ensimismada estaba que ni siquiera se dio cuenta de que Tiago había vuelto, que estaba de nuevo sentado junto a ella, en silencio, comiendo el pan con queso que masticaba casi con pudor, intentando taparse la boca con las manos. Se volvió hacia él cuando vio sobre sus rodillas una bolsa de papel.

—Come algo tú también —le dijo señalando con los ojos lo que le había traído.

Ella lo miró y vio que sería siempre un pobre hombre, lo vio en el futuro lejano, cuando la pobreza para él fuera solo un recuerdo como cualquier otro, y sin embargo, sería siempre una evidencia. Y entonces le sonrió y le agarró una mano, se la acercó a los labios y la besó mientras se le saltaban las lágrimas después de tantos días, como si todo aquel tiempo se hubiese olvidado de llorar y hubiese recordado de repente cómo hacerlo.

—Antes o después alguien vendrá a decirnos algo —le dijo Tiago—. Por favor, come algo tú también.

Y Maria do Ceu se puso a comer como si quien lo hiciese no fuese ella sino otra que obedecía, y lo que tragaba se mezcló con la sal de las lágrimas mientras apoyaba la cabeza en el hombro de aquel hombre que era su marido y que había venido de lejos para estar a su lado en ese tormento que desde hacía meses le impedía respirar bien, como si ni siquiera el aire encontrase lugar en su cuerpo y para sobrevivir tuviese que dosificarlo, coger lo poco que conseguía contener. Con lo cansada que estaba puede que se durmiese, con las migas de aquel pan oscuro en el regazo y con la piel de la cara seca de tanto restregarse con las manos.

Una enfermera los sacudió y volvieron juntos a la realidad casi sin ver, o quizá veían aún el paisaje oscuro con el que estaban soñando. La miraron con los ojos rojos y punzantes, heridos por el neón que los iluminaba. No entendían lo que les decía, solo se fijaron en que sonreía y luego, detrás de

ella, vieron a un hombre alto que se quitaba la mascarilla y lo resumía todo con un «*it's okay*», que a sus oídos llegó con la fuerza de un trueno.

Después de doce horas de espera sabían por fin que su hija estaba viva. Un camillero del Alentejo les hizo de intérprete y así supieron que la operación había sido complicada, pero había salido bien, que aquello era solo el inicio de una larga serie, pero un buen comienzo, que la niña tenía un corazón muy fuerte y había soportado la anestesia sin problemas. Lo complicado, ahora, era la recuperación. No debían olvidar nunca, ni siquiera por un momento, que aquella niña tan pequeña había soportado una intervención de doce horas a cráneo abierto. Habían tenido que quitarle un poco de piel de un muslo y, al menos durante tres meses, solo podría ingerir líquidos. Y que no se hiciesen ilusiones, sufriría dolores tremendos. Continuaban sin entender mucho, aunque lo escuchasen en su idioma, la emoción era tan fuerte que tenían que pedir al camillero que les repitiese las cosas, porque las palabras que decía parecían solo ruido, sin sentido. Después, tras haber pedido diversas confirmaciones, comprendieron por fin lo que había que comprender y, ya sin fuerzas, se dejaron caer en el banco, donde se quedaron abrazados.

Más tarde, al verla desde detrás de un grueso cristal, fue cuando se les extinguió la euforia. Tiago se echó las manos cabeza y se quedó con la boca abierta sin decir nada. Maria do Ceu, en cambio, se quedó inmóvil, mirándola, pensando que, si la miraba atentamente una solo vez, no volvería a impresionarse. Estaba completamente hinchada y llena de heridas. Sí, lo había vislumbrado, pero no hasta aquel punto. Se mordió un labio pensando que aquello no era más que el principio del calvario y que ya no había marcha atrás. No es que quisiera hacerlo, pero no había reflexionado tanto sobre el hecho de que, una vez iniciado aquel camino, no había más remedio que continuarlo hasta el final. Respiró, inspiró todo el aire que en aquellos días no había conseguido contener su cuerpo, y después lo expulsó lentamente.

—Creía que sería peor —dijo mintiendo a Tiago.

Tiago no le respondió, porque ni siquiera la oyó. El rostro de su hija lo había absorbido, estaba dentro de aquellas heridas, dentro de aquellos drenajes, y le parecía que iba a desmayarse, que ya no había futuro. De

repente se vio volviendo a casa mil veces, abriendo la puerta después de un día de trabajo, y mil veces se vio frente a aquella mujer y aquella hija. Se volvió de golpe:

—¿Ya estás contenta? —le preguntó furioso.

—Es solo el principio —le respondió Maria do Ceu sin dejar de mirar a la niña—. Será un camino largo y desde luego no serás tú quien me desanime. Tienes que pensar con claridad, Tiago, tienes que saber desde ya si serás capaz de soportarnos por lo menos los próximos diez o quince años. Porque de eso se trata, ¿sabes? No te lo había dicho para no asustarte, pero se someterá a una de estas operaciones cada año durante no se sabe cuánto tiempo. Diez, quince años. Y, al final, no será como las demás, estará solo un poco mejor que ahora, ¿entiendes? Puede que consigan alinearle los ojos, hacerle una nariz con la que respirar normal, reconstruirle la boca desde dentro, pero eso, como todo lo demás, tendrán que hacerlo a medida que vaya creciendo; en Lisboa el médico me explicó cómo marcharán las cosas y me repitió muchas veces que será lento. Las operaciones la seguirán, se adaptarán a ella y a sus cambios, continuarán hasta que deje de crecer y, quizá entonces, toda esta aventura podrá considerarse de verdad terminada.

—Lo llamas aventura, ¿cómo te atreves?

—¿Por qué? ¿Cómo quieres que la llame?

—Perversión, no tiene otro nombre. ¡Mírala!

—Lo estoy haciendo y me produce alegría, Tiago, muchísima alegría. Este es el primer paso que doy junto a ella. Me siento fuerte, sé que juntas nos enfrentaremos a este dolor y lo venceremos. Pero no me hago ilusiones, no estoy pensando que esta hija llegará a ser normal nunca. No, Tiago, ella será siempre distinta, pero lo que tengo claro que alcanzará es otra cosa: la dignidad. Tú ni siquiera te imaginas lo fuerte que será un día. Crees que será débil y, sin embargo, te equivocas, será más fuerte que nosotros dos juntos, se convertirá en una adulta hecha de basalto y no tendrá nunca miedo de nada, un día vivirá sola y tendrá un trabajo y, de nuestros hijos, será la que mejor sepa aceptar mi muerte.

—Pero ¿de qué estás hablando, Maria do Ceu? ¿Nuestros hijos? ¿Tu muerte?

—Déjalo estar, Tiago, déjalo estar. Ni siquiera yo sé lo que he dicho. Pero, te lo ruego, no discutamos ahora. No me arruines la alegría de este momento.

—Tú estás loca.

—Tengo que encontrar un teléfono. Tengo que llamar a mi madrastra.

—Otra loca.

—Una madre frustrada, Tiago, solo una madre frustrada.

Y se alejó de él corriendo por el pasillo, parando a alguien cada poco para preguntar dónde podía encontrar un teléfono, porque cuando le respondían ella no les entendía y seguía preguntando, hasta que se lo encontró de frente y se puso a contar las libras que llevaba en el bolsillo. No sabía cuánto tiempo podría hablar, si alcanzarían. Marcó el número despacio porque temía no recordarlo, por eso entre número y número se lo repetía entero, como se hace con las canciones cuando no recuerdas las palabras que componen la letra pero si la cantas sí. Y por fin oyó aquel sonido lejano que le encogió el corazón, el sonido de un teléfono que conocía, que sabía exactamente dónde se encontraba y que estaba sonando en aquella casa, en busca de una abuela preocupada.

—¿Sí? —dijo la voz de doña Ofelia.

—Madrastra, soy yo.

—Dime que está viva.

—Está viva, todo ha ido bien.

—¡Bendito sea Dios!

Y no consiguieron decirse nada más, durante el poco tiempo que duraron las libras estuvieron escuchándose el llanto la una a la otra.

Cuando, con las maletas en el suelo y el taxi esperando Maria do Ceu y Adelina se despidieron en la calle, se apretaron en un fuerte abrazo que era ya de familia. El olor que sintió Maria do Ceu fue, como siempre, el aroma de pan y dulces recién horneados, porque Adelina parecía hecha de eso. Mientras la abrazaba tuvo la sensación de estar probándola, como si de esa manera pudiera recordarla mejor durante el tiempo que pasarían separadas.

—¿Qué quieres que te diga, Adelina? —le había dicho dulcemente—. Preferiría no tener que volver a verte nunca más y poder llamarte por

teléfono o escribirte. Pero dentro de un año nos volveremos a ver y al menos esa certeza me consuela un poco, porque sería horrible tener que comenzar de nuevo, con alguien que no fueses tú.

—Yo también, si tuviese que escoger, preferiría no volver a verte, hija mía. Hasta el año que viene rezaré por vosotras cada día. Y cada noche, con el pensamiento, entraré en vuestra habitación para daros un beso de buenas noches, como he hecho siempre aquí. Pero tú infórmame, ¿entendido? Cuéntame cómo van las cosas, cómo está la niña.

—Claro que te escribiré.

—Y ahora venga, que el taxímetro corre aunque el taxi esté parado. Y que tengáis buen viaje.

Se despidieron hasta el último momento, hasta que el taxi comenzó a recorrer aquella calle mojada de lluvia que volvía el asfalto verdoso. Maria do Ceu siguió vuelta hacia atrás sonriendo y diciendo adiós con la mano hasta que el coche volvió la esquina y dejó de verla. En aquel momento, con la niña dormida en sus brazos, sintió por primera vez que su maternidad empezaba a ser de verdad, hecha de vida cotidiana, empezaba a formar parte de ella. Pegó la espalda a la almohadilla del asiento, apoyó la cabeza en aquella piel falsa un poco desgastada por los años y, cerrando los ojos, sintió cómo le nacía dentro la fuerza para una convalecencia que le hizo temblar las piernas. Solo había ganado la primera batalla de su larga guerra, pero la niña que tenía entre los brazos era su aliada y, mirándole las cicatrices que le dibujaban la cara como un mapa cruel, pensó que para ellas dos estaba empezando una vida dura, pero que pasarían juntas. No eran solo madre e hija, eran dos soldados, por eso una de ellas estaba herida y ahora tenían que retirarse, porque heridas no se puede luchar. Pero los soldados solo salen del frente para recuperar fuerzas, después vuelven al campo de batalla.

Y fue justo así como las acogió doña Ofelia, como dos soldados que vuelven del frente. Estaba allí, entre el marido y el yerno, en el aeropuerto de Lisboa, más afectada por los años y sus dolores; las buscaba con la mirada y, de tanto buscarlas, ni siquiera las vio cuando las tuvo casi delante. Pero en aquella cara grisácea por tantos pensamientos sombríos, por los rencores y por la culpa cristiana que sentía por aquellas veces que no había

conseguido perdonar, esbozó una sonrisa casi juvenil cuando por fin las tuvo delante. No supo qué decir, solo se santiguó con la mano en la que tenía el rosario, el que tenía dentro de la cruz un poco de tierra de Fátima. Esa mano que ya olía a cera de velas encendidas una tras otra. Manuel Ramalhete, en cambio, lloraba sin pudor, cubriéndose la cara solo lo justo para que las lágrimas fuesen bien visibles, el pecho sacudido por el sobresalto, sumido en una conmoción estudiada que a los ojos de la hija debía hacerlo brillar. Maria do Ceu los abrazó primero a todos juntos, luego uno por uno. Su piel clara arrastraba aún toda la humedad de Londres, las noches de insomnio, el hospital, la belleza descuidada a la que nada podía aún hacer sombra. Incluso en medio de aquel tormento, Maria do Ceu apareció radiante con aquella hija viva en brazos, la hija, pequeña y fuerte a la vez, de una madre valiente.

Al regresar a casa se permitió a sí misma saborear la victoria, y mantuvo un entusiasmo prudente, aprendió a esperar, a decirse que tenía que afrontar el día a día. Ya no le importaba el concepto de desgracia, aquella gracia con «des» delante, que te hacía pedazos si cedías un momento ante ella. Se había propuesto no compadecer nunca a aquella hija, solo amarla. Así era como las dos se habían entendido. Y por eso ya sabía, pero solo ella, cuándo la niña lloraba con razón y cuándo por capricho, y se comportaba en consecuencia, sabiendo distinguir y, por tanto, consiguiendo mantener siempre el control. La gente que se compadecía ahora de su hija, un día dejaría de hacerlo, y ella tenía que hacérselo entender cuanto antes, y no tenía otra forma de conseguirlo que queriéndola, pero siendo un poco dura. Sacrificaría su vida por ella, no viviría con otro fin, pero su hija no debía darse cuenta nunca porque solo le haría más daño.

Había vuelto de Londres hacía solo tres semanas y, contra la voluntad de toda la familia, decidió que retomaría su trabajo en la Dardo y que Rita iría a la guardería, como cualquier niña. Casi había llegado a los insultos con doña Ofelia, pero no había cedido, había reaccionado con la firmeza de la convicción ante todos aquellos «madre desnaturalizada». Ya se imaginaba a su hija apartada hasta el momento de la escuela de verdad, mirada solo por los ojos de la familia durante años y luego, de un día para otro, arrojada a los otros niños. Que se fuese acostumbrando a miradas

distintas de las de la familia, que supiese cómo era el mundo. No, no pensaba que de aquella forma le iría mejor, la crueldad del mundo comenzaría probablemente desde el primer día de guardería, pero, puesto que las cosas eran así, más valía no perder el tiempo, no dejarse nunca llevar por la tentación de poderle postergar un dolor, porque también un solo día de retraso podría hacerla más frágil. Si era verdad que la fuerza se conquista pedazo a pedazo, ella no se podía permitir el lujo de dejar que se perdiese ninguno.

Y así comenzaron a levantarse pronto cada mañana y salir de casa para coger el autobús, el barco y luego otra vez un autobús que las llevaba casi hasta la guardería. ¿De qué serviría dejarla cada mañana con doña Ofelia para luego ir a buscarla al terminar de trabajar? Ella había pasado buena parte de la infancia primero en casa de Julieta y luego en la de aquella mujer prematuramente envejecida por las humillaciones. Mejor crecer entre iguales menos iguales que entre los suspiros y todas aquellas plegarias siempre en voz baja, oraciones que parecían lamentos dolorosos, espasmos que no se pasaban encendiendo una vela tras otra ante todos aquellos altarcitos repartidos por la casa. En la guardería, el personal era eficiente y estaba preparado, los niños jugaban y los mantenían limpios, los más grandes dibujaban y cantaban; si el precio de evitar la mirada de dolor de doña Ofelia era exponerla a alguna crueldad, ella lo pagaría con gusto. Estaba aprendiendo que todo tenía un precio. Su maternidad, tan distinta de la de otras mujeres, la estaba alejando de su marido. Tiago era un hombre como todos los demás, sería inútil culparlo o consolarse pensando que no la entendía. Cada uno tiene sus prioridades, la suya era la de ser madre, la de Tiago, su carrera. Ella haría lo posible para que sus caminos continuasen avanzando paralelos, pero lo imposible no, eso no lo haría, no porque no quisiera o no valiese la pena, sino simplemente porque era imposible, y pretender hacer lo imposible a toda costa es como malgastar las fuerzas remando a contracorriente.

Aquel primer año de vida pasó como un relámpago. Los días se medían por el trabajo y la vida familiar. Por la tarde, después de ir a buscar a la niña, había que hacer la compra, preparar la cena, lavar los platos y planchar la ropa. Tiago volvía a casa cada vez más tarde, a veces ella lo

esperaba para cenar, otras, en cambio, le dejaba todo listo en la cocina y a duras penas lo oía entrar. Algunas noches, antes de dormirse, le parecía que su vida era como el estribillo de una canción, pero no toda la canción, solo el estribillo. Y en aquel breve instante que la separaba del sueño, a veces oía el ruido de la llave que Tiago metía en la cerradura. Entonces habría querido retomar las riendas de su vida, dominarla y, sin embargo, justo en aquel instante, se dormía cerrando otra de las que le parecían aún muchas ventanas abiertas.

Llegó así a la víspera del siguiente viaje, como una deportista que se ha entrenado durante todo un año y se siente preparada antes de la carrera. Sin certezas del éxito, pero con la conciencia tranquila. Le parecía que también Rita, que tenía ya casi dos años, se había fortalecido mucho durante aquellos meses. Las visitas de control habían sido regulares y el doctor Galvão Teles se había mostrado cada vez más optimista. Él mismo mantenía el contacto con el cirujano de Londres, le enviaba por correo los resultados de los análisis, que durante la siguiente visita discutía con Maria do Ceu, quien ya dominaba con desenvoltura también el complicado lenguaje médico. Madre e hija eran las atletas y el doctor Galvão Teles su entrenador.

—Es usted una mujer extraordinaria —le dijo un día.

Maria do Ceu se sonrojó y bajó la mirada y movió la cabeza negando. No era esa la cuestión, quien lucha contra algo, tarde o temprano, encuentra siempre la fuerza, eso lo sabía ella. En realidad, no se le había escapado la pasión que el médico ponía en todas aquellas reuniones, una vehemencia que algunas veces, mientras hablaba, a aquel pobrecillo le cortaba la respiración. No podía hacer nada si aquel hombre se había enamorado sin que ella le correspondiese, pero cuando intentaba declararse utilizando la metáfora de la fuerza y el valor, ella sentía siempre un poco de vergüenza de tener que fingir no entender. Su naturaleza sincera le sugería que lo mejor habría sido enfrentarse de una vez por todas al tema y decirle a aquel hombre tan devoto que ella no tenía espacio para nada que no fuese la guerra que iba a librar durante muchos años en el reducido campo de batalla del rostro de su niña. Pero siempre lo postergaba y se limitaba a sonrojarse alimentando quizá las esperanzas de aquel enamorado.

Todo se desarrolló como el año anterior. La montaña de velas votivas compradas por doña Ofelia, el dinero de Manuel Ramalhete, la garantía de encontrar, a la vuelta, su puesto de trabajo en la Dardo, la certeza de saber que en el momento de la operación Tiago estaría otra vez a su lado.

Salió de casa con las maletas en la mano. Fuera la esperaban Manuel Ramalhete, al volante de su coche nuevo, y doña Ofelia con el velo de encaje en la cabeza y el rosario en la mano.

—Date prisa —le dijo Tiago cerrando la cremallera de una de las dos maletas.

—Ya voy —le respondió Maria do Ceu, que aún daba vueltas por la casa con la niña en brazos—. Solo un minuto.

Y mientras lo decía entró en el dormitorio, encendió la luz principal, miró la cama deshecha de la que se había levantado hacía poco, sacó *Orgullo y prejuicio* del cajón de la mesilla y se lo metió en el bolso.

El resto fue un estribillo. La carretera hasta el aeropuerto, doña Ofelia rezaba el rosario, Manuel Ramalhete llorando mientras conducía, Tiago que no sabía cómo darle la mano y acabó por no hacerlo, la niña dormida en sus brazos. La única diferencia era que ahora sabía lo que la esperaba. Conocía la casa en que se alojaría, la sonrisa y el aroma del cuerpo esponjoso de Adelina, el camino para llegar andando al hospital, al cirujano, a las enfermeras. Durante aquel año había empezado a estudiar un poco de inglés. Por la noche, cuando volvía a casa después del trabajo, había puesto un casete tras otro y, mientras cocinaba o planchaba, había repetido una frase tras otra con la misma entonación que aquellas voces inexpresivas. No sentía emoción durante aquel trayecto, al contrario, era muy consciente de la situación, tanto que se iba repitiendo mentalmente alguna de aquellas frases escolares que quizá no le harían falta nunca. Pero como le quedaba poco tiempo para llegar a Inglaterra, intentaba adaptar lo poco que sabía a lo que sí le haría falta. Le irritaba un poco el vocabulario tan pobre de aquel curso, como si la vida no estuviese hecha de otra cosa que de conversaciones sobre el tiempo, horarios de trenes, planes para las vacaciones y tazas de té con o sin azúcar. Mientras se acercaban al aeropuerto, los que estaban a su alrededor se iban yendo, pero ya no era como el año anterior cuando tuvo miedo ante la idea de encontrarse sola y

tan lejos. No, esta vez Londres le parecía un lugar acogedor que la estaba esperando desde hacía un año para acompañarla en la segunda etapa de su larga peregrinación. Eso era, podía verlo así, su hija y ella iban a una peregrinación en el que la fe tenía y no tenía nada que ver, en el que había esperanza, pero debía apoyarse en sólidas bases hechas de ciencia, y que, al final, pero al final del todo, tendría el derecho de transformar también en otro tipo de fe. Le dio la risa, una sonrisa tonta se le dibujó en la cara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en voz baja Tiago.

—Nada —le respondió ella volviéndose a mirarlo—. Me siento fuerte. Estoy contenta.

OceanofPDF.com

XXIV

No hacía ni tres semanas que estaba en Londres cuando una noche, después de que el marido de Adelina se fuese a dormir, Maria do Ceu apareció en la cocina y se sentó ante la mesa en la que la mujer siempre amasaba la pasta para los bizcochos que luego metería en el horno.

—¿Se ha dormido? —le preguntó Adelina apartándose con el antebrazo un mechón de cabello gris que le había caído sobre los ojos.

—Sí, como un angelito.

—Que Dios la bendiga. Y tú, ¿no tienes sueño? Estarás cansada. Tienes que ahorrar fuerzas, cuando ella duerme deberías dormir también tú.

—Tienes razón, pero no tengo sueño. Tengo un peso aquí.

—¿Aquí, dónde? —preguntó Adelina que por estar amasando no la había mirado.

—Aquí —respondió Maria do Ceu señalándose el estómago.

—¿Será algo que has comido?

—No, debe de ser algo que todavía no he digerido.

—No te entiendo.

—Mira, lo sospechaba desde hace una semana, pero esta mañana en el hospital me lo han confirmado. Estoy embarazada.

—¡Jesús! —exclamó Adelina dejándose caer en la silla—. ¿Y ahora?

—No sé qué decir, la verdad, no sé qué decir. No me lo esperaba, no estaba preparada.

—No es el momento.

—No, no es el momento, no ahora.

—¿Ya tienes náuseas?

—Un poco. Lo peor será cuando haya que operar a Rita. Era lo que me faltaba.

—Pues no. Escucha, aquí no estamos en Portugal, aquí, si una mujer quiere…

—Lo sé, lo sé. Es que tampoco estoy preparada para eso.

—Ninguna mujer lo está —susurró Adelina santiguándose—. ¿Se lo has dicho ya a Tiago?

—No, voy a esperar a que llegue. No son cosas para decir desde tan lejos, y con la que nos espera.

—Tendréis que pensarlo bien. Escucha, yo soy católica y casi podría ser tu madre, digamos que soy más bien contraria a estas soluciones, pero en tu caso…

—¿Y qué cambia en mi caso? Yo no sé si soy católica, pero creo en Dios y también en la vida, que solo se nos da una vez. ¿Quién soy yo para negársela a este hijo que llevo en el vientre? ¿Y si Dios me quisiera compensar?

—Eres una buena chica, Maria do Ceu, una chica buena de verdad. Debo de estar loca para decirte algunas cosas. Eres tan joven, Dios te dará fuerza y…

—Adelina, no me estás diciendo lo que en realidad piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Que también este hijo podría…

—¡Cállate, por amor de Dios! ¡Calla!

Maria do Ceu se levantó y arqueó la espalda llevándose las manos a los riñones. Después, como siempre que Adelina preparaba la masa para los bizcochos, cogió un poco con el dedo y se lo metió en la boca.

—Todavía no he logrado averiguar si me gustan más los bizcochos o la masa —dijo saboreándola con gusto.

—Qué tontería, como si se pudieran comer crudos, se comen cocidos, es más, cocidos dos veces. ¡Bizcochos! —Y se echó a reír apoyando en su mejilla la mano manchada de harina.

—Pues cuécelos, Adelina, pero haz bastante.

—Qué lista, así te comes todos los que quieras en el desayuno de mañana.

—Sí, mañana me espera un día largo. Tenemos que estar en el hospital a las siete, le van a sacar sangre y a hacerle una placa. Imagínate, Adelina, a las siete de la mañana. En Portugal, a esa hora, en el hospital no están ni los enfermeros.

—Portugal… y ¿quién lo recuerda ya, hija? ¿Sabes?, ni en sueños.

La llegada de Tiago fue un vendaval. Cuando supo que Maria do Ceu estaba embarazada y que había decidido tener el niño, se quedó mudo un día entero y, después, agobiado, se puso hecho una furia. Le dijo que debía de haber perdido el juicio, que sus vidas ya eran bastante complicadas. Nunca tenían suficiente dinero y su futuro había quedado marcado por el nacimiento de Rita que necesitaba muchos cuidados, solo una mujer sin cerebro podía pensar en otro hijo en aquellas circunstancias. Maria do Ceu lo dejó hablar sin decir nada. Estaban encerrados en su habitación y lo único que le pedía, de vez en cuando, era que no levantase demasiado la voz para que Adelina y su marido no se preocupasen. Pero Tiago recorría aquel pequeño espacio como una furia, iba y volvía de la puerta a la ventana, con una rabia que no lograba contener, una rabia que llevaba tiempo reconcomiéndolo por dentro sin darle tregua y que ahora se había desatado irrefrenable.

—Estamos en Inglaterra —le dijo agarrándola por los hombros—. Es una oportunidad única, aquí se puede abortar con toda la asistencia necesaria, en Portugal tendrías que hacerlo de forma clandestina.

—No voy a hacerlo ni aquí ni en Portugal —le respondió mirándolo a los ojos—. Nunca he dicho que tendríamos solo una hija.

—Escucha, Maria do Ceu, no sé qué te ha pasado desde que nació Rita. Tal vez no quieres ver la realidad, tal vez te hayas convencido de que todas estas operaciones le darán una vida casi normal, pero te engañas. Será una historia interminable. Has querido tomar este camino y yo te he apoyado, al principio no estaba de acuerdo, pero quizá me equivocaba, quizá tenías razón tú. Nuestra obligación es hacer todo lo posible, será nuestra cruz y la llevaremos juntos. Pero ¿te das cuenta de lo que significa otro hijo? ¡Mírate! Te has quedado en los huesos, ¡estás agotada! ¿Has decidido entregarte al martirio?

—Cruz, martirio. ¿Es así como llamas a tus hijos? Son nombres que no me gustan.

—¡Pero son los nombres que tienen!

—Para ti.

—Sí, para mí, porque todavía no me he vuelto loco, porque consigo razonar y ver las cosas como son. Además, ¿no has pensado que también este hijo podría…?

—¿Nacer deforme?

—Sí, exactamente. Quizá en nuestra sangre hay algo que no funciona. Serían nueve meses de pesadilla, ¿lo entiendes? ¡Nueve meses de terror!

—Hay una posibilidad entre mil de que pueda nacer con los mismos problemas.

—Una posibilidad entre mil me parece ya demasiado, me parece terrible.

—Nacerá sano.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presiento.

—Ya, lo presientes; entonces, si lo presientes, todo va bien, nos quedamos tranquilos, podemos dejar esta noche a la niña con Adelina y nos vamos a celebrarlo.

—No sería mala idea. Tiago —le dijo cogiéndole la mano—, llevamos mucho tiempo sin hacer nada juntos. Trabajas todo el día, vuelves a casa ya de noche.

—¿Y qué otra cosa podría hacer? Desde que nació la niña no pienso en otra cosa, solo pienso en asegurar su futuro, en que no sabemos cuánto durarán aún estas operaciones. Está bien, aquí no tenemos que pagar nada, pero en Portugal las cosas son diferentes. Entre una operación y otra, lo has visto tú misma, hay que pagar las curas y las visitas a los especialistas no se acaban. Y cuando crezca será todavía peor, necesitará una familia económicamente sólida, quizá nunca pueda valerse por sí misma. ¿Qué será de ella cuando nosotros ya no estemos?

—Tendrá un hermano.

—Una respuesta verdaderamente conmovedora.

—Tiago, por favor, no te inventes historias en las que ni tú mismo crees.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que trabajas porque eres muy ambicioso, que llevarías esta vida en cualquier caso. Volver a casa por la noche, como hacen los demás hombres, a ti no te gusta, porque no te gusta lo que encuentras aquí, porque durante todas las horas del día lo único que haces es tratar de olvidarte de nosotras.

Sin añadir una palabra, Tiago se puso el chaquetón de lana gruesa y salió golpeando la puerta de su habitación y después la de la casa. Maria do Ceu se sentó en la cama y comenzó a pensar en todas las posibles reacciones de una mujer en un momento así. Habría podido correr tras él, echarse a llorar, buscar el apoyo de Adelina, que habría salido al instante de su cuarto para consolarla, pero nada de esto le pareció acorde con su estado de ánimo. Sentada en la cama, miró alrededor, siguió el dibujo del papel de la pared, se pasó la mano por detrás del cuello. Había sido un día difícil y ya era de noche. Entonces se desnudó despacio, se puso el camisón, se masajeó los pies que le dolían un poco y se metió bajo las mantas. Con los ojos cerrados pensó en cerrar otra vez los ojos, entonces sintió el peso de la estilográfica que le había regalado Manuel Ramalhete por su primera comunión, la consistencia de una piedra encontrada a la orilla del río y que había tenido en su mano un día entero. Vio el amarillo intenso del sol de Lisboa en verano, la imagen de la rua Augusta en un día de noviembre bajo la lluvia, la sonrisa de su madre, que se movía con lentitud de izquierda a derecha y que ella trató de seguir girándose sobre el otro lado, y se durmió.

Después de pasar la mitad de la noche emborrachándose con cerveza en un *pub*, Tiago volvió a casa caminando a duras penas. Se había levantado un viento ligero, y mientras ponía un pie delante del otro, pensó en su hermano Humberto que le había llamado unos meses antes diciéndole que tenía que hablar con él urgentemente. Él, entonces, había salido a toda prisa de la oficina, se había subido al tranvía y había bajado en el Chiado, donde su hermano le esperaba, estaba en medio de la plaza, mirando al cielo y con las manos en los bolsillos, quieto, con el abrigo abierto e hinchado como la vela de un barco por el viento. Se le acercó y lo agarró de un brazo. «¡Humberto!», le dijo. Y Humberto se giró hacia él y lo miró como si no

estuviese allí, delante de él, como si fuese otro. «Humberto, soy yo, ¿qué te pasa?», y Humberto le sonrió con ironía, una sonrisa sarcástica que, se notaba, le costaba no convertir en una gran carcajada.

—Bueno, ¿me quieres decir qué te pasa?

—Ah, me pasa —dijo levantando los brazos para después dejarlos caer a los lados—. Me pasa, me pasa que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—El momento de decirte que no somos hermanos.

—Pero ¿qué dices?

—Nosotros no hemos sido jamás hermanos, ni siquiera un instante. Y nuestros padres no son los padres de ninguno de los dos. Todo ha sido un complot contra mí, mira lo que me han querido hacer.

—¿Hacerte qué? ¿Y quién?

—Cómo quieres que lo sepa, habrá sido la Policía, quizá los servicios secretos. Han buscado a personas desconocidas y las han juntado. Hay miles en nuestra situación. Son todos extraños entre sí, ya te he dicho, en realidad no se conocen. Ellos sacan un número y tú acabas donde te toque. A lo mejor tú podrías ser hijo de nuestra madre, pero yo seguro que no. Recuerdo alguna cosa, llevo pensándolo muchos días, pero no te imaginas cómo me cuesta, me estalla la cabeza. Entre ellos deben de odiarse.

—¿Quiénes?

—Ellos. Imagínate a dos que no se conocen de nada y que los meten en una casa. Hala, desde ahora viviréis juntos y fingiréis ser marido y mujer. Qué asco, ¿no? ¡Y a saber cuántos muertos habrá habido!

—¿Dónde?

—En esa casa. Allí dentro cambiaban continuamente a las personas. Un día había una y al día siguiente aparecía otra. Todo ha sido un complot. Tú no tienes nada que ver. Ha sido un complot contra mí.

—¿Le has contado esto a tu mujer?

—Se lo he dicho y se ha ido.

—¿Qué quiere decir que se ha ido?

—Se ha largado.

—¿Y el niño?

—También.

—¿Hace mucho?

—No me acuerdo. Eh, debe de haber pasado ya algún tiempo.

Y después llegaron días duros. El ingreso, los médicos, la terapia.

Tiago iba a verlo al hospital y él estaba siempre sedado, tumbado en la cama, con los ojos clavados en el techo y una extraña sonrisa dibujada en los labios. Había sucedido de un día para otro, puede que de un minuto a otro. Sus inofensivas rarezas se habían transformado de pronto en el delirio de un esquizofrénico. La única realidad era que su mujer sí se había marchado, que se había llevado al niño y que nadie sabía adónde habían ido. Un tiempo después supieron que había llamado por teléfono a una amiga a la que le pidió que dejase pasar unos días antes de avisar a los padres de Humberto. «Di a sus padres que huyo porque se ha vuelto loco y los locos me dan miedo», y no se había vuelto a saber nada de ella.

Un mes después dieron el alta a Humberto en el hospital, pero los médicos no le garantizaban nada, la esquizofrenia era una enfermedad muy misteriosa, el paciente podía pasar períodos mejores que otros, pero no debían hacerse grandes ilusiones, un esquizofrénico estaba tarado para siempre. En el caso de Humberto, se daba, además, el agravante de la desaparición de su mujer y de su hijo. Nunca hablaba de ellos, pero los médicos decían que era una pésima señal. Desesperado, Tiago se había desahogado con Manuel Ramalhete.

—Si pierde el trabajo, será la ruina —le dijo.

—¿Dónde trabaja? —le había preguntado Manuel Ramalhete.

—En correos. Está en las ventanillas.

—Bueno, no creo que lo dejen en las ventanillas. No sé, quizá podrían trasladarlo al archivo.

—Hay que encontrar el medio.

—Ya. A Manuel Ramalhete no le resultó difícil encontrarlo y así, en lugar de que lo despidieran, Humberto fue milagrosamente trasladado a los archivos de su oficina de correos, por donde se pasaba solo cuando recordaba que tenía un empleo.

Aquella noche, mientras volvía a pie a su domicilio provisional en Londres, donde lo esperaban mujer e hija, Tiago se sintió tan perturbado como el día en que había descubierto la esquizofrenia de su hermano y,

alterado por las cervezas, le angustió la idea de que él también pudiera ser víctima, algún día, de aquel mismo destino. Y quizá fue precisamente por miedo por lo que, al entrar en aquella habitación oscura en la que dormían Maria do Ceu y Rita, sintió la necesidad de su calor. Se desvistió con cuidado, tratando de no hacer ruido, y de pie junto a la cama de su hija se inclinó para acariciar aquel rostro todavía marcado por la primera operación, sin poder contener un llanto que sintió que venía de un pasado lejano, casi desconocido. El llanto de alguien a quien había querido o tal vez el suyo de cuando era pequeño. En ese momento Maria do Ceu se levantó de la cama para ir a su lado, él ni siquiera se dio cuenta, solo sintió su abrazo.

—Quiero tener este hijo —le dijo besándole los hombros.

Y entonces él se volvió y la apretó contra su pecho, la besó como no la besaba desde hacía tiempo, sintió hacia aquel cuerpo un deseo que en aquel instante, tan desesperado como estaba, no podía transformarse en nada carnal. Y, mientras seguía abrazándola y besándola, comprendió que aquella mujer era su gran amor y que, precisamente por eso, un día renunciaría a ella.

Aquella operación también fue un éxito. Pero la niña tendría que llevar, durante al menos dos meses, una especie de goma fija que le impedía masticar y habría que alimentarla con líquidos por medio de una jeringa.

Regresaron a Lisboa y aquellos dos meses fueron un suplicio. Rita era demasiado pequeña para comprender la razón de aquella tortura. Lloraba por las heridas, por la mordaza que le mantenía la boca casi completamente cerrada, pero gritaba como una posesa cuando llegaba la hora de comer. Maria do Ceu le metía por un lado de la boca la jeringa con el puré de verduras y carne, pero antes casi de que pudiera empezar, Rita se ponía roja de rabia, se negaba a tragar, escupía y se atragantaba a cada intento hasta el paroxismo, hasta congestionarse. Maria do Ceu tenía aquella imagen presente día y noche. Lavaba los platos y veía la boca de su hija que parecía un paisaje del futuro, lleno de pasos elevados construidos con gomas sucias de comida picada, de babas, de sangre, de heridas que se reabrían continuamente. Se dormía y en sueños se le aparecía aquel abismo

desmesurado abierto ante ella, abría los ojos y se lo encontraba delante como una sima a la que lanzarse. Se despertaba en un baño de sudor, helada en el colchón empapado, con el pelo pegado a la frente, la respiración jadeante y las náuseas del embarazo que no le daban tregua. Entonces se levantaba despacio para no despertar a Tiago, se iba a la cocina y ponía a calentar un poco de agua para hacerse una manzanilla que endulzaba de forma exagerada, como si todo aquel dulce empalagoso que se tomaba de noche pudiese reequilibrar las amarguras que la atormentaban sin darle tregua.

Durante aquellos meses, Tiago enmudeció. Volvía a casa por la noche y ni siquiera saludaba, se quitaba el abrigo y se dejaba caer cansado en el sillón, esperando en silencio que Maria do Ceu le dijese que la cena estaba lista. Y se asombraba de que su mujer no se lamentase por aquel silencio, de que lo tuviese tan asumido que ya ni siquiera lo notaba. Los gritos de la niña eran las únicas palabras que llenaban la casa. Si hubiese podido entrar en la cabeza de su mujer, habría encontrado solo desaliento, no auténticos pensamientos, solo lo esencial, lo estrictamente necesario.

Habría bastado muy poco para empezar a hablar, un gesto, una mirada. Y sin embargo no sucedió, ambos habían adoptado la turbia guerra del silencio, la de los ojos que al mirarse huyen. Posponían, eso era, posponían las palabras, y a fuerza de hacerlo se habían olvidado de lo que había que hacer para usarlas. Hasta que una mañana Maria do Ceu se levantó casi al alba, se vistió como venía haciendo desde hacía tiempo, sin fijarse siquiera en lo que se ponía, se preparó un café que bebió de golpe y, con la niña envuelta en una manta, fue al hospital Dona Estefânia, donde el doctor Galvão Teles retiró por fin las gomas de aquella boca desesperada. Fue como si también liberase a la madre, porque mientras el doctor realizaba aquella operación indolora pero delicada, ella permanecía con la espalda pegada a la pared, empapada de sudor; las piernas ya no la mantenían en pie, pero al mismo tiempo se sentía revivir, como si en los grandes momentos de angustia se pudiera renacer de la muerte, así era cómo se había sentido durante aquellos dos meses, muerta, con aquella jeringa en la mano regando la garganta de su hija, como una asesina y también como una madre desesperada que, en algún momento hubiera querido matar, porque

no entendía, no entendía hasta dónde podía llegar el llanto de la niña, en qué lugar se escondía aquello que le hacía perder el equilibrio, donde todo se venía abajo, derrumbándose.

—Debe usted cuidarse —le dijo el doctor Galvão Teles al verla en aquellas condiciones—. Y más en su estado. ¿Cómo piensa llevar adelante el embarazo descuidándose de esta forma? Debe usted comer, estar fuerte. Es usted la sombra de la mujer que vi llegar aquí la primera vez.

—Antes o después nos volvemos feos, doctor, no hay que hacer una tragedia de ello —le respondió, temblando y llevándose las manos al pelo mojado por el sudor.

—Usted no será nunca fea, no diga y no me haga decir tonterías. Usted es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Pero además de hombre soy médico y no puedo, al menos como médico, mostrarme indiferente ante su destrucción. Maria do Ceu, tendrá que tener en cuenta esta realidad.

—¿De qué realidad me está hablando, doctor?

—No puede destruirse para convertirse en la madre de su hija, ella no lo necesita, ¿me comprende o no? Su hija nunca le reprochará que sea usted una mujer guapa. Lo que está haciendo es inútil.

—¿Ha terminado?

—No, no he terminado. Lo que usted ha hecho hasta hoy ha sido casi heroico, pero si quiere vencer en esta larga guerra tiene que llegar hasta el final. Un héroe no se autodestruye, sigue siendo él mismo.

—Pero ¿de qué habla? Usted es un gran médico, me ha ayudado mucho, pero si en mi vida ve heroísmo…, entonces es que no ha entendido nada y me parece un hombre como cualquier otro. Dentro de un rato me dirá que mi vida es una gran aventura. Pero ¿sabe usted qué hay detrás de una aventura? No hay nada bello, créame. Las aventuras terminan muchas veces mal, pueden ser un desastre y quien ha salido en busca de la aventura puede también acabar maldiciéndose por no haberse quedado donde estaba y…

—Basta —le dijo abrazándola—. No me haga sufrir de este modo, Maria do Ceu. No me haga sufrir así. —Y mientras se lo decía la abrazaba cada vez más fuerte, y sentía su cuerpo ligero, sus huesos frágiles, aquel olor suyo de tantas noches pasadas sin dormir.

—Pero ¿qué hace? —le dijo Maria do Ceu quitándoselo de encima—. ¿Es que no ve esta tripa? ¿No se da cuenta?

—Perdóneme —le dijo el médico apartándose—. Perdóneme.

A Maria do Ceu le volvieron todas las palabras juntas y de golpe cuando vio a Rita comer otra vez, reír y divertirse jugando. Habían luchado contra el dolor, habían peleado. Y así, en un arrebato de alegría como hacía mucho tiempo que no experimentaba, le dijo a Tiago que, puesto que la niña estaba mejor, podían dejársela unos días a doña Ofelia irse de vacaciones, pasar un poco de tiempo juntos, hacer un viaje. No andaban muy bien de dinero, pero tampoco serían más pobres por irse unos días.

—Cuando nos casamos no hicimos siquiera viaje de novios —le dijo, agarrándole las manos—. Hagámoslo ahora.

—¿Y adónde te gustaría ir?

—A Madeira.

—Está lejos. Podríamos irnos en coche hasta el Algarve, es también bonito y sería más barato. Por otra parte, no sé si puedo irme de vacaciones ahora. Ya sabes cómo es mi trabajo. Mira, en la oficina me han dicho que ascenderé dentro de poco y que tendré que viajar. Ya sabes, la cuf hace negocios por todo el mundo, todavía no me lo han dicho oficialmente, pero creo que pronto tendré que ir a Mozambique. Esperemos a entonces y vienes conmigo.

—Si esperamos no haremos nada. Estoy embarazada, Tiago, cuando tengas que ir, yo… En fin, que quizá no pueda ir. No lo retrasemos, vámonos ahora.

—Ni siquiera es verano.

—No importa.

Se fueron y, hasta el último momento, hasta que el avión despegó, Maria do Ceu no acabó de creerse que se iban los dos solos. Le pareció entonces que volvían atrás en el tiempo y, con la ilusión de querer ser feliz a toda costa, consiguió olvidarse de las amarguras que la vida le había regalado, decidió que durante todo el tiempo que durase aquel breve viaje las dejaría de lado, que sería otra, y que el dolor no la contaminaría.

La pensión era modesta, pero desde la ventana se veía el mar. La tripa todavía no le pesaba mucho. Por la noche, Funchal parecía una constelación entera caída en el océano, y las cenas a base de filete de *espadarte* con batata y piña, algo glorioso que nunca olvidaría. Por la noche dormía abrazada a Tiago sin despertarse, bajo mantas tan pesadas que tal vez le sorbían incluso los sueños, porque se levantaba por la mañana ligera y sin preocupaciones. En los últimos tiempos se había repetido a menudo que quizá el padrastro tuviera razón cuando decía que querer es poder, que también se conseguían las cosas incluso cuando el destino parecía ensañarse con una, bastaba no ir contra corriente porque nos habría arrollado, había que dejarse llevar sin demasiada aflicción, pidiéndole quizá solo una tregua de vez en cuando, justamente como hacía ella en aquel momento, mientras paseaba junto al mar del brazo de Tiago en un día soleado, con la ciudad descendiendo por la colina hacia el océano como un gran puñado de piedras, y aquellas flores enormes, rojas, que colgaban de los árboles mientras se respiraba el perfume de la fruta que vendían en cada esquina. Maria do Ceu sabía que su guerra no había hecho más que empezar, pero las batallas la habían hecho más fuerte. Los tiempos de la ilusión se habían acabado, pero no se había acabado la vida que, por el contrario, continuaba con su movimiento constante, al cuyo compás ya se había acostumbrado. Si hubiese sabido cómo hacerlo, le habría gustado estar siempre al menos a tres pasos de la vida, porque se había convencido de que el secreto estaba en conseguir mirarla siempre desde cierta distancia y sin involucrarse en ella del todo. Pero ella no conocía ese secreto. Sin embargo, le gustaba pensar en ello, le daba seguridad, sabía que así podía respirar mejor, tomarse su tiempo, recuperar, pero también sabía que aún era demasiado joven para saborear del todo tanta sabiduría. Durante esos días se conformó con ser feliz cuanto pudo y, en los años sucesivos, Madeira sería para siempre su refugio, un recuerdo al que podía volver solo con cerrar los ojos un par de veces y reaparecía entero, intacto, casi como una anestesia.

La vida en Lisboa siguió como siempre. Después de algún tiempo, Tiago partió para su primer viaje a África y a su vuelta, en una bolsa térmica, traía unas gambas enormes, más grandes que una mano, que

comieron en casa de Manuel Ramalhete acompañadas de una botella de auténtico *champagne* francés. Había logrado su primer ascenso y el nuevo sueldo permitía prever un futuro mejor. Maria do Ceu se puso a buscar otra casa, marcaba las mejores ofertas en el periódico y luego iba a verlas con Manuel Ramalhete, que la llevaba en el coche. Tiago le había dicho la cifra que podían gastar y había añadido:

—Elígela tú, las casas son cosa de mujeres, cuando hayas visto la que te guste, si quieres, voy a verla contigo antes de apalabrarla.

Y eso hizo Maria do Ceu. Cuando vio una casa grande, luminosa y a buen precio en el barrio de Benfica, lo llamó a la oficina y le dijo que probablemente tenían lo que buscaban. Tiago se reunió con ella en la hora de la pausa y, tras echarle un vistazo, sin prestar atención, entrando y saliendo de las tres habitaciones y el salón que componían el piso, firmó un par de documentos y extendió un cheque para la señal.

Era el 24 de abril de 1974 y a la mañana siguiente, después de mucho tiempo sin que sucediese, Maria do Ceu y Tiago se subieron juntos al autobús y después al trasbordador para ir a trabajar. Al llegar a Lisboa se encontraron con que había estallado la revolución.

A las cinco de la madrugada, Rádio Clube Português había transmitido la canción *Grândola, Vila Morena* de Zeca Afonso, dando la señal del inicio de la revuelta. Había sido una especie de contraseña que avisaba a los rebeldes de abril de que ya no habría vuelta atrás, la revolución había comenzado. Después de casi cincuenta años, la dictadura se desmoronaba en pocas horas a causa del golpe de estado de los militares. Las calles estaban invadidas por los tanques que, como nunca había sucedido en la historia de las revoluciones, incluso se detenían en los semáforos esperando que se pusieran en verde para pasar. Como un provocador contrapunto con el pasado, aquella toma de poder se llevaba a cabo con gran orden y respeto y, algo aún más raro, casi sin derramamiento de sangre. Solo ante la sede de la pide había habido disparos, pero no de los militares, sino de la Policía del Estado, que hasta el último momento trataba de resistirse a su final.

Maria do Ceu, con la niña en brazos y al lado de Tiago, cantaba junto a la multitud que se había concentrado en el Terreiro do Paço. De pronto

Lisboa se había convertido en otra ciudad, la gente se abrazaba sin conocerse, después se acercaba a los militares y trataba de abrazarlos también a ellos que, ante aquella euforia, se quedaban algo cohibidos. De un momento a otro, se habían convertido en los héroes del país y el nombre del capitán Salgueiro Maia era aclamado en las calles por voces de todas las edades que lo saludaban como el símbolo más noble, generoso y desinteresado de la revolución, el tan esperado hombre de la libertad. Por los altavoces, una voz firme y decidida invitaba a todos a mantener la calma:

> Las Fuerzas Armadas portuguesas ruegan a todos los habitantes de la ciudad de Lisboa que permanezcan en sus hogares. Esperamos sinceramente que la gravedad del momento que vivimos no sea motivo de incidentes personales. Pese a nuestra determinación de evitar cualquier inútil derramamiento de sangre, apelamos al espíritu cívico y profesional de los médicos, y esperamos que acudan en gran número a los hospitales con el fin de prestar su eventual colaboración, que deseamos sea innecesaria. Por nuestra parte no hay ninguna intención de hacer correr la sangre, pero no podremos evitarlo en caso de provocaciones. Les pedimos, por tanto, que regresen a sus casas hasta nueva orden. ¡Viva Portugal libre!

Pero la gente no quería irse a casa y, como las calles no bastaban para contenerla, trepaba a los árboles, a las tapias, a los balcones de los primeros pisos. Las Fuerzas Armadas sacaban los claveles de sus fusiles y se los lanzaban a una muchedumbre eufórica que se conmovía hasta las lágrimas. La gente los recogía como si fueran proyectiles de una guerra milagrosa, una guerra que barría el horror de casi medio siglo en un solo día y de manera casi irreal; eran incapaces de creer todo lo que estaba sucediendo, con aquellos distinguidos capitanes que se encendían un cigarrillo tras otro, que estrechaban manos, que agradecían, que daban órdenes con voz firme pero siempre sosegada, como quien ha pasado una noche muy larga sin

dormir, sin sentir su peso y solo está ahí, en las primeras horas de la mañana, con el aire llegando del mar, la barba sombreando las mejillas y el aliento dentro de una boca ya casi sin saliva. Tienen las bocas secas estos hombres que no alardean de lo que han hecho, avanzan por su camino conscientes de que serán días largos, sin comer ni cenar, llenos de cervezas que llegarán por doquier, un poco como en las fiestas de pueblo, y de muchísimos cigarrillos que fumarán uno tras otro para hacer más llevaderas las horas y calmar los nervios.

Solo se oyen disparos delante de la pide en la rua António Maria Cardoso. Pero los disparos no proceden de las Fuerzas Armadas, proceden de los *pides* que siguen atrincherados en el interior y reaccionan con rabia. Algunos de sus dirigentes logran huir por una salida que da a una calle lateral y desde allí logran desaparecer. La tensión aumenta a medida que la masa crece. La multitud pide a los soldados que irrumpan en la pide con las armas para sacar a aquellos bastardos por la fuerza y entregárselos. A los soldados les cuesta dominar todo aquel rencor reprimido durante demasiados años. Tratan de calmar los ánimos con palabras apropiadas, hablan de un mundo nuevo que debe nacer de la paz, no de la venganza. La justicia se ocupará ahora de esos hombres. Pero las calles están llenas de familiares de los presos políticos y, entre tanta gente que canta y ríe, también hay quien llora ante la idea de lo que pueda pasar en las prisiones en las próximas horas.

Maria do Ceu, con la niña en brazos, se ha olvidado casi de su tripa, ha entrado ya en el noveno mes de embarazo, parece que no le pesa. Camina entre la gente, de vez en cuando pierde a Tiago y lo vuelve encontrar. Tiene un clavel en el pelo, recoge otro que ha caído al suelo y se lo coloca a Rita en el ojal de la chaquetita. Ya es casi la una y se ha olvidado de comer, de tener hambre. Se lo recuerda su hija que se echa a llorar.

—Tiago, ¿qué le damos?

—Está todo cerrado. No hay ni una tienda que tenga los cierres subidos. Pregunta alrededor, hay muchas mujeres, alguna tendrá hijos.

Solo encuentra un poco de pan, pero Rita es una niña que se conforma con poco, se lo come y parece contenta.

Corre el rumor de que los disparos frente la pide han causado cuatro muertos y una docena de heridos. La rabia del pueblo crece, algunos se ponen a correr, los botellines de cerveza ruedan por el suelo. Un grupo de chicos grita el nombre de Mario Soares, dicen que regresará pronto con tantos otros, que todos los mejores se habían tenido que ir, pero que ahora volverán y Portugal se transformará en otro país. Son palabras que dejan a Maria do Ceu contenta y ligera, piensa en los años de su juventud, en la noche en que detuvieron a Gil, en su muerte. Le parece que ahora todo tiene de nuevo sentido, incluso la sangre derramada. Busca con los ojos la mirada de Tiago, pero cuando la encuentra no consigue verlo como querría, le parece una mirada apagada, de un hombre al que no conoce. Intenta animarse pensando en lo que hay a su alrededor. Querría estar en un helicóptero y verlo todo desde arriba, verlo todo, no solo lo poco que la rodea. Querría ver todo Portugal, no solo Lisboa, porque las horas pasan y todos dicen que han ocupado también las sedes de la pide en Oporto, Faro, Leiria, Beja, Setúbal, Coímbra, hasta la de Angra do Heroísmo, en la isla de Terceira y la de Funchal en Madeira. En todas partes los militares habían tenido que calmar la rabia del pueblo, que quería tomarse la justicia por su mano. De vez en cuando se oía decir que alguno de la pide había conseguido escapar. Después hablaron de uno que se había entregado a los militares con los brazos en alto, pero el pueblo lo rodeó al momento y entonces, aterrorizado, había intentado escapar echando a correr sin dirección. Lo detuvo una bala disparada por uno de los hombres de la columna militar y cayó a tierra sin vida, con la cabeza ensangrentada.

Bien entrada la tarde, cuando quedó claro que no podrían subir al trasbordador para volver a casa, Tiago le dijo a Maria do Ceu:

—No tenemos elección, si no queremos pasar la noche en la calle, tenemos que ir a casa de tus padrastros.

Cuando llegaron, Manuel Ramalhete estaba comiendo despacio un puré de verduras. Ofelia, mientras tanto, sentada en un sillón, escuchaba la radio.

—¿Ha visto, padrastro? —dijo en tono triunfante Maria do Ceu al entrar con la niña dormida en los brazos—. Se acabó. Ahora la gente ya no arriesgará la vida por decir lo que piensa.

—Esta dictadura ya había cumplido su tiempo —respondió Manuel Ramalhete sin dejar de comer—. Las cosas empiezan y luego, en algún momento, terminan. Así es.

—¿Y no dice más?

—¿Y qué quieres que te diga, hija mía?

—Bueno, ¡dígame al menos que está contento!

—Estoy contento. Ahora sentaos y comed algo. Tendréis hambre.

—No hemos comido nada desde esta mañana.

—¿Y esta pobre criatura? —preguntó Ofelia quitándosela a su madre de los brazos.

—Solo un trozo de pan.

—Dicen que han detenido a todos los de la pide —comentó Manuel Ramalhete.

—No a todos aún, padrastro —dijo Maria do Ceu llevándose a la boca un pedazo de pan—, pero pronto no quedará ni uno suelto. Los detendrán a todos y a todos sus repugnantes colaboradores.

—Todos sus repugnantes colaboradores —dijo lentamente Manuel Ramalhete sonriendo—. Qué ilusa eres, Ceuzinha. Tendrían que meter en la cárcel a medio Portugal.

—¡Qué exageración! Hay mucha más gente honrada como nosotros de lo que cree. Hoy nace un Portugal nuevo, padrastro, un Portugal del que por fin nos sentiremos orgullosos. Díselo tú también, Tiago.

Pero Tiago se limitó a afirmar con un gesto de la cabeza. Había empezado a comer el puré de verduras que Ofelia le había servido en un cuenco y tenía el aspecto cansado de quien no tiene ninguna gana de hablar.

—¡Qué alegría! —Siguió Maria do Ceu entusiasmada—. Una revolución, he sido testigo de la más extraordinaria de las revoluciones. Pensadlo bien. Unos militares que no le han tocado un pelo a nadie, militares que llevaban claveles metidos en los fusiles. Y la gente cantando las canciones de Sergio Godinho, y los militares que al oírlas sonreían y también se ponían a cantar. Me he acordado mucho de Gil, he llorado por él mientras caminaba entre todas aquellas personas. Y por primera vez he tenido la sensación de que no había muerto en vano, de que si de verdad estuviera en alguna parte y ahora estuviese viendo lo que sucede, se

alegraría de haber dado la vida por esto. Rita y este hijo que llevo en el vientre vivirán en otro mundo, del viejo solo sabrán de oídas, no lo recordarán. Serán portugueses y nada más. Sobre la guerra en Angola, en Mozambique, en Guinea, sobre esta gran vergüenza, leerán en los libros de la escuela, sabrán que su tierra ha estado entre las que durante más tiempo han conservado colonias. Pero ellos no vivirán en un país colonialista. Tiago —dijo dirigiéndose al marido que había terminado de comer y la miraba con los codos apoyados en la mesa—, ha sido una suerte que estemos otro hijo, ¿no crees? ¿No estás contento de que nuestros hijos vayan a tener lo que nosotros ni siquiera soñamos? ¿Te das cuenta, Tiago? Podrán tener todos los amigos que quieran y hablar en la calle en grupo sin que se les acerque un policía para amenazarlos. Nosotros, al fin y al cabo, encontrábamos casi normal vivir así, nos habíamos acostumbrado también a eso. Pero ¿qué os pasa a todos? ¿Por qué no decís nada? Es un día importante en la historia de nuestro país y nosotros lo hemos visto, podremos decir que estuvimos.

—Has estado tú —respondió Manuel Ramalhete—. Nosotros hemos estado en casa como si fuese un día normal y desde aquí no hemos visto nada.

—¿No habéis oído la radio que, al amanecer…?

—Al amanecer nosotros estábamos durmiendo. No me digas que a esa hora tú estabas en pie.

—No, y lo siento mucho. Si hubiese estado despierta y hubiese encendido la radio, al oír las notas de esa canción me habría dado algo. Me habría preguntado: ¿pero qué está pasando, por qué la radio emite una canción así?

—Bueno, ya te has enterado de la razón unas horas más tarde.

—¡Cuánto cinismo, padrastro! Parece que para usted no importe nada que haya caído la dictadura, que todo dé lo mismo.

—Lo mismo no es, por supuesto. Pero… veremos. Yo ya he visto mucho en mi vida. A mi edad es diferente, no es como para vosotros que sois jóvenes. A mi edad hay menos ilusiones.

—Pero no es el día de hablar de ilusiones. La ilusión era la de antes, cuando vivíamos una realidad a la que nos habíamos acostumbrado y que,

sin embargo, era una pesadilla horrible. La ilusión existe cuando se espera algo que no sucede. Sin embargo, esta revolución es verdadera, padrastro, se lo juro yo que estaba allí. Quizá no se lo parece porque estaba encerrado aquí dentro como cualquier otro día.

—Sí, tal vez sea por eso, hija mía.

—Y no lo es. No lo es, padrastro. Hoy es el día más importante de mi vida.

—Entonces estoy contento por ti. Cuando tú eres feliz yo también lo soy. Y ahora vámonos a dormir. Estarás cansada con tantas emociones y en tu estado.

—Debería estarlo, pero me siento ligera y descansada. Lo que de verdad querría es volver ahí abajo, con toda esa gente que estará celebrándolo hasta no sé cuándo.

Maria do Ceu y Tiago se prepararon la cama en el sofá. Ofelia ya se había retirado a su habitación cuando Manuel Ramalhete llevó a Maria do Ceu un vaso de agua y le dio un beso en la frente.

—Que duermas bien, hija mía. Ahora cierra los ojos y no pienses en nada. A Rita me la llevo a la cama conmigo, que aquí no cabéis.

—Pero esté atento, ¿eh, padrastro? Esté atento a no darle golpes en la cara mientras duerme.

—¿A quién, a mi tesoro?

Tiago se durmió profundamente al instante. Maria do Ceu, en cambio, siguió oyendo los ruidos que llegaban de la habitación de los padrastros. Era obvio que no dormían. Ofelia estaría tumbada, pero seguro que parecía estar sentada, con la cantidad de almohadas que se ponía detrás de la cabeza. En la cama ya solo sabía estar así. Debían de ser todos los Dolviran que tragaba de día y de noche, seguramente le habían estropeado el estómago hasta tal punto que ya no conseguía tumbarse. Además, dormía poco durante la noche, lloraba o rezaba el rosario. A Manuel Ramalhete, por el contrario, no le costaba dormir, pero aquella noche le parecía oírlo dando vueltas en la cama como alma en pena.

Hacia las seis de la mañana, Maria do Ceu se despertó empapada. Se incorporó abriendo los ojos, pero enseguida respiró aliviada al darse cuenta

de que había sido un sueño. Y cuando sintió que le corría un río entre las piernas, no le dio tiempo a pensar mucho más.

—¡Tiago, despierta, he roto aguas! —le dijo sacudiéndolo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no duermes?

—Las aguas, he roto aguas. No hay tiempo que perder, tenemos que ir al hospital.

Ya vestido, Manuel Ramalhete salió a la puerta de su habitación diciendo que lo había oído todo. Tras él, en camisón, apareció Ofelia con rostro de cera.

—Vamos, Tiago —dijo Manuel Ramalhete—, os llevo en coche. Tú quédate con la niña —añadió dirigiéndose a la mujer—. Quédate tranquila, en cuanto nazca te llamo.

Ofelia no logró articular palabra. Durante todos aquellos meses no había tenido otra preocupación que la del niño que iba a nacer. No se lo había dicho a Maria do Ceu, pero habían sido meses de terror que casi habían conseguido sacarle de la cabeza la obsesión por aquella desvergonzada de Alfama. Durante aquellos meses, cada noche había soñado con el día en que vendría el niño al mundo. Y cuando se despertaba, con el corazón en la garganta, tan arriba que parecía que podía masticarlo, levantaba los brazos al cielo, incluso en la oscuridad de la noche, y suplicaba a la Virgen María que no le causara otro dolor a aquella pobre de su Ceuzinha. Jamás pedía en sus oraciones nada para sí misma y en sus plegarias lo subrayaba: «Para esta pobre cristiana no te pido nada, pero para esa madre que ha sufrido ya tantas cosas y seguirá haciéndolo hasta que se le vuelva el pelo blanco, para ella, Virgen Santísima, te pido piedad. Haz que el niño que va a traer al mundo esté sano, y después llévame contigo, que yo no pido más».

Ofelia no sabía demostrar el profundo amor que sentía por Maria do Ceu. Gracias a ella había sido capaz de sobrevivir todos aquellos años a la humillación a la que había sido sometida por su marido. Miraba los ojos azules de aquella criatura y agradecía a Dios que se la hubiese enviado. «Mi consuelo —le decía abrazándola cuando ya se había dormido—. Tú eres el consuelo de esta desgraciada vida mía». Pero ahora que se había quedado sola en casa con Rita, que dormía ajena a todo en su cama, ahora querría haberle dicho de verdad aquellas palabras de madre. Y en cambio se las

había guardado siempre por pudor, como si una madre adoptiva no tuviese el derecho de amar tanto. No se las había dicho mientras Margarida vivía porque ella era su verdadera madre, y tampoco se las había dicho después porque no quería usurpar un puesto que no era el suyo. Pero la quería como si hubiera crecido dentro de ella, siempre la había sentido desesperadamente suya, aunque sabía que no era verdad. Y ahora que se había ido a parir a la Maternidade Alfredo da Costa acompañada por su marido y su padrastro, le parecía que la había traicionado. Tendría que haber ido ella, son las madres las que están con las hijas cuando dan a luz. Los maridos y los padres no sirven de mucho. Pero ni había sido capaz de hablar, saber que había roto aguas la había dejado muda. Ahora, sentada a la mesa de comedor, se reprochaba no haberle dicho a Tiago que se quedase él en casa con la niña dormida. Porque tal vez en ese momento habría tenido el coraje de confesarle todo su amor. Se la imaginaba en la sala de dilatación gritando de dolor, con Tiago y Manuel paseando arriba y abajo por los pasillos. Habría querido estar a su lado y decirle cuánto la quería aunque no fuese su verdadera madre. Pero ¿por qué sentía que tenía que pedirle perdón por todo aquel amor? ¿Era posible que amarla como una madre verdadera fuese pecado? Metió la mano en el bolsillo del delantal y en el polvo incrustado en las costuras encontró dos viejos Dolviran que masticó sin sentir siquiera la amargura. Intentó estar a su lado desde lejos, intentó imaginarla, verla. Se llevó las manos a los ojos y se quedó así esperando que los Dolviran hicieran efecto, esperando sentir el paso del tiempo mientras calculaba cuánto tenía que pasar aún para que sonase el teléfono.

Cuando llegaron a la Maternidade Alfredo da Costa, Tiago se quedó estupefacto al ver que el ginecólogo era un antiguo compañero de colegio. Se abrazaron sinceramente emocionados por volver a verse después de tanto tiempo y empezaron a hablar de todos los años que habían pasado desde la última vez que se habían visto, de todo lo que había sucedido. La comadrona había preparado a Maria do Ceu, que ya había pasado de la sala de dilatación a la de partos. De vez en cuando salía al pasillo para informar de cómo evolucionaban las contracciones. Pero él apenas la escuchaba, seguía charlando con Tiago que le hablaba de su carrera. Manuel Ramalhete

andaba arriba y abajo por el pasillo con un cigarrillo en los labios y se paraba a veces a mitad de camino, se giraba para mirarlos y después seguía andando moviendo la cabeza. «Pero ¿qué demonios hace este médico? —se preguntaba—. Y Tiago ¿por qué en lugar de mandarlo a ver a su mujer sigue hablando de sí mismo como si la parturienta fuese la mujer de otro?». Era ya la cuarta vez que salía la comadrona. Entonces Manuel Ramalhete se adelantó, eligió su cara más convincente, se arregló el nudo de la corbata y dirigiéndose a Tiago dijo:

—Estás hablando demasiado, Tiago, has secuestrado a este pobre médico. ¿No te habrás olvidado de que tu mujer está a punto de darte otro hijo?

El médico le respondió con suficiencia que ya estaba la comadrona para saber cómo iban las cosas y que, si él todavía seguía allí, significaba que todo proseguía como debía. Aceptó un cigarrillo que le ofrecía Tiago y se lo fumó tranquilamente mientras seguía hablando con el amigo asomado al alféizar de una ventana. Después, tras haberlo apagado, le dijo a Tiago en voz alta, para que Manuel Ramalhete lo oyese:

—Y ahora vamos a cumplir con nuestro deber de médico, antes de que ese pobre hombre se ponga malo.

Manuel Ramalhete se volvió hacia él y le sonrió con la dulzura de una serpiente. Luego, cuando el médico ya se había alejado y se dirigía hacia la sala de partos dándoles la espalda, dijo en alto:

—Eso es lo que somos todos, querido doctor: pobres hombres. Pero vaya tranquilo, yo nunca he necesitado nada. Gozo de una óptima salud.

En la sala de partos la comadrona le informó de que no debía de faltar ya mucho, las contracciones eran buenas y la dilatación casi completa. Podía ser solo cuestión de minutos.

—Tranquila —dijo el médico a Maria do Ceu—. Concéntrese y déjenos ver cómo es este niño.

—Estoy tranquila, doctor. Solo algo cansada.

—Claro, faltaría más que no lo estuviese.

—¿Se lo ha dicho Tiago?

—¿Decirme qué?

—Lo de nuestra primera hija.

—No, no me ha dicho nada. Solo hemos hablado un poco de los viejos tiempos.

Maria do Ceu cerró los ojos, parecía que el sudor le quemaba el cuerpo. Apretó las manos en los bordes de la cama y en el dolor de las contracciones pidió ayuda a su madre, le recordó la promesa que le había hecho antes de morir. Entonces notó dentro un desgarro, una fuerza que le arrancaba las entrañas y le quitaba incluso la energía de gritar. Se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. Sabían a óxido mezclado con azúcar, sabían a lo que le corría por dentro, porque algo había empezado a correr de verdad, la sangre, el corazón, los pulmones, los recuerdos del pasado. Pero ¿dónde encontraban espacio para todo aquello? Creía que sabía lo que era un parto, pero era diferente. Un baño de sudor y el intenso perfume de su respiración que le subía a la boca desde las entrañas. Hizo una mueca de dolor, abrió los ojos. Parecía que algo le hubiese estallado dentro.

—¡Es una niña guapísima! —dijo la comadrona—. ¡Es una niña verdaderamente preciosa!

Maria do Ceu se ahogaba. Ya no había olores, no había nada. Parecía que de repente todo se hubiera paralizado. Veía el rostro del médico que se ondulaba, como la llama de una vela cuando está la ventana abierta y entra un poco de viento.

—¿Está sana? —preguntó Maria do Ceu casi sin voz.

—Sanísima —contestó el médico—. Pero ahora debe estar tranquila y recuperar las fuerzas, porque no hemos terminado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella casi sin aliento.

—Respire, respire fuerte. Hay otro y está a punto de salir. Respire hondo y después expulse todo el aire con un gran empujón. La cabeza ya está fuera.

Y así, mientras oía el llanto de la niña recién nacida, Maria do Ceu cerró de nuevo los ojos y se fue muy lejos. Ahora era ella quien corría, pero hace muchos años, o quizá no corría, estaba saltando en un bonito día de verano lleno de sol, con un calor que devoraba el aire, y alguien la tenía de la mano y le decía que no saltase con el calor que hacía, que se estuviese quieta. Y después la imagen comenzó a alejarse hasta convertirse en un vuelo de insecto que le había salido de los ojos. Y seguía saltando agarrada a aquella

mano, pero minúscula y vista desde lejos, como con prismáticos, como con un catalejo.

—¡Ahora! —gritó el médico—. ¡Y con todas sus fuerzas! ¡Empuje! ¡Empuje!

Y a continuación una gran calma, mientras todo lo que la rodeaba comenzaba a girar lentamente y las personas hablaban, pero sin sonido. Esta vez levantó la cabeza y lo vio salir. Se deslizó entre sus piernas brillante como un pez que centellea en el agua, brillante como el destello del mediodía en el mar cuando lo encrespa el viento.

—¡Es un niño! —dijo el médico con voz ronca—. Un niño.

Y Maria do Ceu no preguntó nada porque ya veía ella que estaba sano y bien formado, brillante y manchado con un poco de su sangre de madre, mientras la comadrona lo sujetaba por los pies y lo ponía boca abajo para que inspirara buscando aire.

—Ayúdenlo —dijo Maria do Ceu alargando una mano—. Ayúdenlo a respirar.

Pero él estaba respirando e incluso había llorado ya. Era ella la que no oía, la que de puro cansancio veía solo mucho movimiento pero no oía ningún ruido.

Aquella tarde la hicieron levantarse. Estaba débil, pero se encontraba bien. Ofelia estaba a su lado llenándola de mimos. De vez en cuando la abandonaba para ir a ver a los niños.

—Son una maravilla, hija mía. Una maravilla. Has hecho dos obras maestras. Dos de una vez. ¿Quién se lo esperaba? ¡Qué alegría! ¡Qué regalo de Dios! En cuanto salgas de aquí y te sientas con fuerzas, hacemos que nos lleven a Fátima a dar gracias a la Virgen.

—No descuidará ahora a Rita, ¿verdad, madrastra?

—Hija mía, pero ¿cómo se te ocurre? Una abuela es como una madre. Desde que vino al mundo no vivo más que para vosotras dos. Ahora no viviré más que para vosotros cuatro.

—Entonces estoy contenta, me quita usted un peso de encima.

Y se quedó dormida un rato a pesar de la luz fuerte que entraba por la ventana. La dejaron reposar un par de horas, después apareció una

enfermera en la puerta con los dos niños lavados y vestidos en los brazos.

—Dicen que quieren conocer a su mamá —dijo sonriendo—. Pero por cómo gritaban en el nido, yo digo que también quieren una buena merienda.

Se los puso entre los brazos ante la emoción de Ofelia, que se secaba las lágrimas con un pañuelo. Y ella se los llevó al pecho y se echó a reír de vergüenza y de alegría.

Hacia la noche llegó Manuel Ramalhete, le llevaba un gran ramo de flores y una radio.

—Para que sigas con tu revolución —le dijo cogiéndole una mano—. Así es como si estuvieses aún en medio de toda esa gente que celebra. Qué guapa estás con estos dos niños. Pareces una Virgen.

—Padrastro, la Virgen solo tenía uno.

—Pues entonces tú eres más afortunada y más guapa. ¿Ya has pensado los nombres?

—Sí, los llamaré Joana y Vasco.

—Me gustan, son los nombres de mis dos nuevos tesoros —le dijo, endulzando a propósito el tono de la voz. Después, inclinándose hacia ella como para que Ofelia no lo oyera, añadió—: Y todos los prisioneros políticos han sido ya liberados.

—¿Todos?

—Todos.

—Han nacido en el momento oportuno estos hijos míos. Serán felices, ¿verdad, padrastro?

—Por supuesto. Lo llevan escrito en la cara. ¿Qué dice tu marido?

—Ya sabe que no habla mucho. Me ha parecido contento.

—Pero ¿dónde está que no lo veo?

—Ha ido a casa a descansar un poco. Volverá más tarde.

—Y tú, hija mía, ¿cómo te sientes?

—Como la madre de tres hijos.

OceanofPDF.com

XXV

Tiago no había sido nunca hombre de muchas palabras, pero ahora era además esquivo y cuando volvía a casa por la noche, si Maria do Ceu lo miraba a los ojos, él los bajaba y enrojecía. Después, con la excusa de que los niños hacían mucho ruido, iba a encerrarse en el estudio, donde se quedaba hasta bien entrada la noche. Volcado sobre el trabajo, perdía con frecuencia su concentración habitual y, entonces, sus labios dibujaban una ligera sonrisa, tímida, que lo dejaba en un estado de semiinconsciencia. En aquellos momentos ni siquiera lograba dar forma a sus pensamientos. Con la mirada deslumbrada por las emociones, se quedaba como adorando la imagen que sus retinas proyectaban en la pared desnuda que tenía enfrente: el rostro de una mujer.

Desde hacía un tiempo, en la universidad, donde ahora impartía una asignatura de Gestión Empresarial, cada vez que tenía que entrar en el aula sufría un acceso de asma. Empezaba a toser, se aflojaba el nudo de la corbata, el cuello de la camisa y, acto seguido, su piel clara empezaba a transpirar. Una vez dentro, se sentaba en su silla, abría los apuntes que fingía mirar y, cuando creía estar preparado, levantaba los ojos. Pero nunca estaba preparado, verla sentada allí, siempre en primera fila, con aquellos ojos negros como una visita al infierno, los labios carnosos y ese cuerpo, le provocaba un mareo en la cabeza que le producía una avalancha de ácidos corrosivos en el estómago. Durante toda la clase, ella no dejaba de mirarlo fijamente, con los labios entreabiertos con una sonrisa en la que resaltaba el blanco húmedo y brillante de los dientes y, abierto sobre las rodillas, un cuaderno de apuntes en el que nunca escribía nada. Después, al terminar la clase, ella se demoraba con movimientos lentos, reordenaba sus cosas

coordinando gestos que no tenían más fin que dilatar el ritmo normal del tiempo y, cuando ya no quedaba nadie en el aula y él rellenaba la lista de ausencias, aquella chica se aproximaba, apoyaba las manos en su mesa y le preguntaba sobre temas tratados durante la clase a las que él respondía con monosílabos, como si las palabras se le atascaran en mitad de la garganta para después salir quebradas, como el ruido del cristal cuando salta en pedazos. Pero aquel día, a la pregunta que ella le hizo y que él ni siquiera oyó, respondió sin freno:

—Pero, señorita, ¿se da usted cuenta de que me está destrozando el corazón?

—Y usted, profesor, ¿qué le ha hecho al mío?

Salieron juntos de la universidad y caminaron uno al lado del otro sin decirse una palabra, mientras las nubes, corriendo hacia el mar, dejaban vacío el cielo que se fue quedando azul. Más tarde, después de casi una hora entre avenidas ya desiertas, cuando las nubes volvieron del mar todas juntas y en un segundo rompió a llover tanto que se tuvieron que refugiar bajo un alero, ella, para guarecerse mejor, se apretó contra él y apoyó la mejilla contra el impermeable mojado. Entonces Tiago le cogió la barbilla, se la levantó, la miró un instante a los ojos y, como hechizado, unió sus labios a los de ella hasta que todo, toda la vida, pareció consumirse en una quemazón.

—Tengo treinta años —le dijo—. Estoy casado y tengo tres hijos.

—Tengo veinte años —le contestó ella—. Mi padre murió cuando yo era niña, vivo con mi madre y no tengo hermanos.

Y desde aquel día comenzaron a verse a escondidas. Tiago alquiló un apartamento diminuto en Campo d’Ourique, donde se veían para consolarse de la desesperación de sus complicadas vidas. Marta llegaba siempre la primera y se iba la última. Se quedaba en la ventana viéndolo alejarse a paso rápido para recuperar aquellos retrasos cada vez más prolongados. Por la noche, cuando llegaba a casa, se sentía agotado. Maria do Ceu estaba en la cocina dando de comer a los niños; los niños lloraban, la casa estaba desordenada, todas las luces encendidas, la bañera llena de ropa para lavar. Entonces él se encerraba en su estudio para encontrar algo de paz, miraba los documentos que se llevaba de la oficina, trataba de encontrar su antigua

concentración que cada día se estaba volviendo más antigua y desconocida. Posaba los ojos en las palabras que llenaban aquellos documentos, pero las frases parecían despegarse de las páginas, las letras caían una tras otra y habría querido volver a juntarlas, recogerlas casi con las manos como se hace con las migas en un restaurante, después de una cena con amigos, cuando la conversación se alarga y las migas se convierten en un pasatiempo para los dedos. Pero aquellas letras no solo se caían de las hojas, realmente parecía que echaran a correr y se desintegraran en alguna parte y así las páginas se volvían blancas y comenzaban a resplandecer tanto que él tenía que cerrar los ojos, apoyar los codos en el escritorio y la cabeza entre las manos, sabiendo que no había nada que hacer, que tenía que quedarse con los ojos cerrados o resignarse a abrirlos con la certeza de que en aquel folio blanco y resplandeciente, en vez de las palabras, encontraría solo el rostro de Marta.

Respecto a Marta, Maria do Ceu no sabía nada, porque no sabía nada de la vida. Toda la responsabilidad que se había echado a las espaldas en unos pocos años la había hecho crecer por una parte y seguir siendo una niña por otra. Su dedicación de madre la había cegado para cualquier problema que no fuesen el dolor de Rita y el crecimiento de Joana y de Vasco, por los que se sentía culpable desde que se despertaba hasta que caía rendida con un cansancio más parecido al desvanecimiento que al sueño. Los hijos sanos y guapos en los que Rita se veía obligada a reflejarse todos los días sin reconocerse jamás, los hijos perfectos siempre frente a la imperfección. Pero ella no podía hacer nada porque, aunque quería a los tres del mismo modo, cuando lloraba Rita, tenía que dejarlo todo y correr hacia ella, y terminaba por sentirse culpable con los tres: con Rita porque la favorecía por su desgracia y con los otros porque los descuidaba por haber nacido sanos. También en la calle, cuando la gente se paraba embelesada por la belleza de los mellizos, habría querido desaparecer, meterse bajo tierra con sus tres hijos, para que Rita no tuviese que presenciar todas aquellas carantoñas que parecían arrancarle la piel. La niña no decía nada, solo bajaba la mirada, que fijaba en la punta de sus zapatos de charol cuando, debajo de casa, en la pastelería A Scala, Maria do Ceu los llevaba a merendar y las señoras del barrio que entraban y salían a comprar sus

paquetes de *broas castelares* se detenían como paralizadas por los ojos de los gemelos, ojos grandes «como dos ventanas» decían, mientras Rita empujaba con el índice de la mano derecha las gruesas gafas que ya llevaba y que sobre aquella nariz, todavía sin terminar de remodelar, se mantenían en un equilibrio tan precario que al final le habían unido las dos patillas con una goma por detrás de la nuca que le provocaba una especie de arruga en el cabello.

Maria do Ceu no podía tener antenas para nada más. Y así, cuando por la noche al fin se iba a la cama, después de haberse duchado y haberse tomado una taza de manzanilla todavía con el albornoz blanco puesto y el cabello corto mojado, se apretaba contra el cuerpo de Tiago que le daba la espalda y antes de dormir le decía:

—Estás muy cansado amor, trabajas demasiado. Ya has conseguido un ascenso, con lo que ganas tenemos suficiente. No te sacrifiques. —Y luego, bostezando por el sueño que la vencía, le pasaba un brazo alrededor de la cintura, le besaba la espalda y le decía—: Buenas noches, solo me gustaría tenerte un poco más para mí.

Pero Tiago se volvía cada día más raro, volvía a casa cada vez más tarde e intentaba de no mirarla nunca directamente a aquellos hermosos ojos azules que tenía porque, cuando los miraba, sentía todo el peso de la culpa que llevaba dentro. Era la ausencia de sospechas de su mujer lo que más le pesaba, su abnegación de madre cada vez más entregada, aquel contentarse con lo poco que tenían como si fuera un mundo, la fuerza de despertarse y preparar el desayuno de todos, vestir a los niños, llevarlos a la guardería e ir a la Dardo donde trabajaba todo el día, para después hacerlo todo a la inversa: recoger a los niños, llevarlos a casa, hacerles la cena, lavarlos, meterlos en la cama y después irse a la cama también ella, cansada, sin una queja, con el vaso de agua que ponía en la mesilla y protegía con una vieja postal por miedo a que durante la noche algún insecto acabase dentro.

¿Cuánto tiempo podría seguir Tiago así? Además, Marta, por su parte, lo presionaba a su manera: callaba lo esencial, pero lo atacaba soterradamente con una puntería infalible para lo joven que era. Cuando hablaba del futuro, subrayaba que ella no quería hijos, que lo importante, en ese nuevo Portugal liberado, era hacer carrera, convertirse en una mujer

independiente. Y cuando hablaba de sí misma, hablaba en realidad de Tiago, le planteaba todas sus posibilidades, le hablaba sobre todo de riqueza.

—Quien no nace rico, desde luego no lo será formando una familia. Imagínate, ¡con todos los sacrificios que exige! Yo, ni muerta.

Y al hablar de este modo tragaba quina, se mutilaba. Pero ¿qué podía hacer en su situación? Su madre se lo había dicho claro: «No querrás ser su amante para siempre, ¿verdad? A tu edad, estar con un hombre casado significa solo dos cosas: perderlo todo o ganarlo todo. Y para ganar hay que ser astuta, pensar solo en una misma. Si le hablas de otra familia, con todos los problemas que tiene, se escapará corriendo. Tienes que ser lista, hija mía, jugarte el todo por el todo. Una vez que lo tengas bien pillado, entonces se verá. Pero lo primero es pillarlo y, por lo que me cuentas, ese tal Tiago parece bastante ingenuo. Es ambicioso, quiere hacer carrera, pero con la familia que tiene no puede llegar lejos. La cuestión es que él no lo sabe y, si lo sabe, no quiere reconocerlo. Los hombres tienen un talento especial para esconder sus miedos. Pobre de ti si se los muestras de manera evidente, solo lo conviertes en tu enemigo. Tienes que llevarlo muy despacio contra sus miedos, sin que se dé cuenta. Eres joven, libre, preséntale un futuro sin preocupaciones y harás con él lo que quieras. Y no te hagas ilusiones, no creas que va a quererte más que a su mujer solo por tus lindos ojos. Hazme caso, su mujer ni siquiera está en el juego, con todos los problemas que tiene, pobrecilla, es como si se hubiese salido ella sola. No debes hablarle nunca de su familia como si fuera un problema, sino como de un dolor que tú puedes compartir con él. Entonces comprenderá que con su mujer no llegará muy lejos, pero que junto a ti podrá llegar tan lejos como para aliviar también los problemas de su familia. Si eres hábil, le harás comprender que no tiene elección. Si no, tendrás que contentarte con las sobras».

Vivían en una sola habitación en Santo Amaro, y vivían de la escasa pensión de la madre. Pasaban casi hambre, pero solo lo sabían en el barrio, al resto del mundo había que engañarlo. Por eso comían solo arroz y alubias y bebían agua del grifo después de hervirla, porque tenían que ahorrar y aparentar que no necesitaban nada. La madre iba a la parroquia a recoger lo

que otros dejaban, descosía las telas con paciencia, sacaba provecho de todo y, después, recomponía, reinventaba. Marta salía de casa con el estómago vacío, pero siempre elegante. Llevaba incluso anillos, por supuesto falsos, pero buenas imitaciones. «Que, total —decía la madre—, los hombres no saben nada de joyas. Y además, ese Tiago, aunque ahora tenga un empleo y a veces te traiga gambas de Mozambique, también ha sido más pobre que las ratas, y las joyas, por tanto, no las ha visto ni de lejos. Tú le dices que son auténticas, de familia, y él se lo cree. Y si un día dice que quiere conocer a tu madre, nos organizamos y lo llevamos a casa de una de mis señoras, el día que alguna tenga que irse. Siempre sé con antelación cuándo se van a ir y tengo las llaves de todas las casas. A saber, igual quiere conocerme antes de decidir, y entonces nosotras le prepararemos una bonita representación, así entenderá que contigo es otra historia, porque vienes de otro ambiente. Una casa estupenda, le ofrecemos de beber en esos vasos tallados… para uno que viene de la nada y que se ha casado con una hija de nadie, adoptada por quien tampoco es nadie, ya verás… quedaremos de miedo».

Parecía que tuviesen que conquistarlo entre ambas, que aquello fuese cosa de las dos y que debiesen trabajar juntas en ello. Por la noche, acostadas en una cama individual, una del derecho y otra del revés, con el estómago trabajando tan solo los ácidos que producía, hacían cábalas hasta bien entrada la noche, hasta que la madre cerraba los ojos y entonces abría la boca y se ponía a roncar. Había pasado hambre para que pudiera ir a la universidad y ahora que tenía entre sus manos al profesor directivo de la cuf, había entendido que era el momento de resarcirse y sacar provecho de aquella esponja de hija que la había resecado. Porque era su hija, de eso no había duda, y ella, como madre, tenía que hacer lo que fuera por aquella hija, pero sin olvidar jamás ni por un instante que convenía llevar la cuenta de todo. Y así, si la hija se deshacía en mimos, la madre seguía ácida y dura como un viejo fósil, con aquella cara de rana esculpida en piedra, con el desencanto dibujado en el iris de los ojos y la boca con una mueca de amargura sin retorno. De la hija quería la victoria y la derrota. La victoria debía proporcionarle un buen rédito, la derrota, en cambio, afectaba solo a

la hija, que no debía sentirse nunca demasiado querida, sino, como hija, siempre culpable por haber obligado a la madre al sacrificio.

Y si podía, hacía lo que fuera para que la muchacha no tuviese demasiada confianza en sí misma, no fuera a escapársele de las manos, ella había invertido mucho en aquella hija, y ahora desde hacía unos meses, tenía un nombre y un apellido que sonaban bien juntos: Tiago da Conceição. Y si su hija seguía bien todos sus consejos, no había ninguna duda, se comería a aquella mujer casada de un bocado. Vamos a ver, con aquella carga que la pobre llevaba a cuestas, tres hijos seguidos, dos paridos juntos, y aquella obsesión que tenía por enderezar lo que la naturaleza había hecho torcido en la primogénita, de la que no podía salir nada bueno, que ir contra natura era como para echarse a temblar solo de pensarlo. Dios ve y provee, y los curas nos lo recuerdan siempre, que de la vida hay que aceptar y soportar todo lo que esta nos da. La tal Maria do Ceu era, en todo y por todo, una pecadora que iba contra la voluntad del Señor, e ir contra el Señor con tanta obstinación no convenía nunca. Es cierto que en aquel momento su propia hija vivía en pecado, pero el objetivo era regularizar muy pronto la situación, porque aquel Tiago, tan buen trabajador, aquel joven al que ella había visto solo una vez de lejos y en una fotografía que había hurtado a la hija para usarla en ciertas prácticas en casa de una amiga, una que hacía oscilar un péndulo sobre los retratos y sabía predecir todo lo que sucedería y también lo que había que hacer para que sucediese, aquel joven, precisamente, era un auténtico pavo y, si en el trabajo era muy decidido, en la vida, por el contrario, se lo podía llevar en cualquier dirección, y ella ya había echado bien sus cuentas y por eso permitía por el momento que su hija viviese en pecado ya que pronto Nuestro Señor la absolvería, solo había que esperar. Y ella esperaría, figúrate, iba ella a dejar escapar la ocasión, porque el péndulo había hablado claro, aquel era un joven con un gran futuro por delante, un futuro de poder y riqueza, justo lo que ella había deseado toda la vida.

Por la noche, cuando Marta se dormía, colocaba en el alféizar de la ventana un cuenco con agua y diez hojas de laurel, y debajo del cuenco la foto del joven. Y por la mañana, antes de que la hija se despertase, quitaba el agua, la ponía a hervir en un cazo con una hoja de lechuga y allí

preparaba el té que se tomaría Marta antes de salir de casa. «Es un sistema inocuo e infalible —le había dicho su amiga—. Tarde o temprano ese hombre será suyo porque, día tras día, gota a gota, tu hija le bebe el alma».

Al final, después de tanto tormento, Tiago no lo soportó. Una noche, cuando los niños dormían ya y Maria do Ceu estaba a punto de hacerlo, él, después de dar muchas vueltas en la cama, encendió la luz de la mesilla y sacudiéndole el hombro le dijo:

—Tengo que hablar contigo.

—¿A esta hora? —le preguntó Maria do Ceu con los ojos cerrados.

—Da igual esta hora u otra.

—Entonces hablamos mañana, que estoy muy cansada.

—Hay otra mujer en mi vida.

—¿Qué?

—Lo que he dicho. Eso es. No hay mucho más que añadir. No tengo ni idea de cómo ha pasado.

Y una vez dichas esas pocas palabras, Tiago se durmió sumiéndola en un desasosiego que no le dejó fuerzas para decir nada, porque después de haberlo escuchado le pareció que no podía respirar de ninguna manera, como si la nariz y la boca hubieran quedado obstruidas por una tierra fina y mojada a la vez, como si de pronto se hubiese visto sepultada viva.

Por la mañana, como si no hubiese pasado nada, hicieron lo de siempre. Maria do Ceu preparó el desayuno, vistió a los niños y los llevó a la escuela, mientras Tiago se encerraba en el baño, bajo una ducha que duró hasta que oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Entonces salió del baño en albornoz, se tomó el café que Maria do Ceu le había dejado en la mesa de la cocina, en una taza que había tapado con un platito para que no se enfriase demasiado pronto, comió distraídamente un poco de pan con mantequilla, se vistió y, antes de irse, le escribió una carta que dejó sobre la cama.

En la Dardo, Maria do Ceu trabajó como cualquier otro día, aunque sin enterarse de lo que hacía. Trabajó con un vacío en la mente que no fue capaz de llenar con nada, como si al meter algo dentro, su cerebro se obstinase en echarlo fuera del mismo modo que había entrado. Y cuando terminó su jornada de trabajo, bajó las escaleras junto a los demás

compañeros, de los que se despidió en la calle con las mismas palabras de todos los días, ese «hasta mañana» que se decían siempre y que aquella vez le resonó extraño en los oídos, como si la palabra «mañana» fuera de otro mundo, uno lejano que no era el suyo.

Cuando por la noche llegó a la puerta de su casa, pensó que nunca conseguiría abrirla. Durante unos instantes se quedó escuchando si llegaba algún sonido, algún ruido desde dentro. Le temblaban las manos y tuvo que usar ambas para abrir. Cuando encendió la luz, echó un vistazo alrededor mientras los niños corrían a su habitación. Se quedó en la entrada sin quitarse el abrigo, el bolso en la mano, los ojos marcados por una noche de insomnio que había durado casi una vida entera. Se pasó la mano por la frente sudada. Pensó que Rita aún no había cumplido tres años y que los mellizos tenían poco más de uno.

—¡Tiago! —llamó con la poca voz que le quedaba.

Pero nadie contestó. «Es pronto —pensó—, nunca vuelve a esta hora». Se quitó el abrigo y fue a la cocina donde sacó una cerveza de la nevera y se tomó la mitad del botellín. Después se lavó la cara metiéndola debajo del grifo, sintiendo que el corazón le latía en el pecho a la velocidad del agua y pensando que en su vida había algo que no funcionaba, o que estaba siempre perdida.

Los niños se habían echado a llorar, Vasco había empujado a Joana, que se había caído y se había hecho daño. «Por favor, no lloréis precisamente ahora», pensó mientras iba hacia ellos con la cara mojada. Luego preparó la cena y se la dio mientras seguían llorando por turnos para no dejarla en paz. Y ella nada, no se quejaba, cumplía con sus deberes de madre, cuidaba de sus hijos, los lavaba, los metía en la cama. Y cuando los tres se durmieron con ese sueño infantil que llega de repente, Maria do Ceu, sentada en la silla, apoyó la cabeza en las manos y dijo: «Hay otra mujer en mi vida». Se quitó los zapatos, se levantó despacio para no hacer ruido y se dirigió lentamente a su habitación, donde encendió la luz. Sobre la cama vio aquella carta que la esperaba desde hacía tantas horas.

Ceuzinha:

¿Qué entiendo yo de estas cosas? Nada. Y, sin embargo, estoy dentro, aunque yo no había previsto nada y me he dejado arrastrar como quien camina en la oscuridad sin mirar atrás y al final se pierde. Me he perdido, ya no sé nada de mí ni de nosotros. Si tuviese que decirte que estoy enamorado de otra mujer, tal vez mentiría, pero hay otra mujer en mi vida, una que quiere quedarse con tu puesto. ¿Qué debería hacer? Dímelo tú. En estos días no he hecho más que decirme a mí mismo que, si hubiese querido, habría podido evitarlo. Pero ahora, mientras te escribo, me parece que no he tenido elección. Soy débil, ya no sé nada y he pensado que quizá es mejor que no vuelva a casa esta noche, poner algo de distancia, quedarme solo para pensar. Estoy en casa de mi familia, me quedaré unos días. Déjame solo unos días para reflexionar, quién sabe, ojalá después todo vuelva a ser como antes y recordaremos estos momentos sin dolor cuando seamos viejos. Pero tú no sufras demasiado, ¿de acuerdo? Mejor no sufras, actúa como si no pasara nada, te pido que evites todo tormento, que no lo anticipes, porque quizá no haya nada por lo que atormentarse, quizá es solo confusión que pasará.

Te abrazo fuerte,
tuyo Tiago

Se llevó la carta a los labios y la besó como si dentro de aquellas palabras estuviera toda su esperanza. Y en la desesperación encontró un entusiasmo poderoso, como una puerta que, aunque se cerraba, ella todavía podía abrir. Era sincero, estaba perdido pero era sincero, y quizá aún la quería. Por supuesto que la quería, era su mujer, la madre de sus hijos, y aquella era su casa, su vida todavía llena de futuro. A quien quiera que fuese aquella mujer, ella ahora solo le pedía que desapareciese, que tuviera piedad de su familia. Se lo pedía sin rabia, le prometía que nunca la odiaría. Sentía su pecho lleno solo de perdón y sentía que tenía que volver muy atrás, caminar por el pasado con una esponja para borrar todos los rencores. Su madre

había muerto perdonando al hombre que la había abandonado, el hombre al que había esperado toda la vida sin haber tenido jamás la alegría de verlo regresar. Tomar aliento y pedir perdón. Sí, quizá tenía que pedir perdón ella, perdón por haber sido demasiado madre y poco esposa, por no haberlo entendido, por no haberle dado bastante cuando el cansancio arrastraba los días hacia las noches llevándose toda energía. No, no debían poner distancia entre ellos, ¿para qué? Si estaba confuso, ella le ayudaría, iría a buscarlo como el día de su primera cita, en el Miradouro de Santa Luzia, y le prometería otra vida diferente.

Los niños dormían tranquilos, así que fue a llamar a la puerta de la vecina.

—Rosa, perdona si te molesto a esta hora —le dijo cuando le abrió la puerta.

—¿Qué pasa, Maria do Ceu?

—Nada, me ha llamado mi madrastra. Ya te he dicho cómo es, está convencida de estar siempre enferma. Yo ya sé que no es nada, pero, como está sola, no me quedo tranquila yéndome a la cama con este peso. Tiago está de viaje y no sé a quién dejarle los niños. Ya están en la cama durmiendo. ¿Podrías echarles un ojo hasta que yo vuelva?

—Claro, vete. Estaba planchando un par de cosas, pero casi he terminado.

—Puedes seguir en mi casa.

—Ni se me ocurre. Me pongo a leer el periódico hasta que vuelvas.

—No tardo.

—Tarda lo que quieras. No te preocupes. Pero si de verdad está mal…

—No, ya verás, no será nada. Voy para hacerle un poco de compañía.

Se puso el abrigo y llamó al ascensor mientras Rosa volvía a su casa a buscar las gafas. Se quedó esperándola con el ascensor abierto, frotándose las manos frías.

—Entonces me voy, ¿vale?

En la calle caminó a toda prisa, con el brazo izquierdo levantado, listo para parar el primer taxi.

—A Santa Catarina —dijo con una voz que se le ahogaba en la garganta.

La ciudad estaba ya casi desierta, el único ruido era el del taxi, que corría y parecía a punto de perder una pieza tras otra. El taxista fumaba manteniendo el cigarrillo entre los labios y en cada curva le caía un poco de ceniza en los pantalones. Maria do Ceu cerró los ojos, pero sabía siempre dónde se encontraba y reconocía las calles por el tiempo en el que tardaba en recorrerlas. Solo los abría de vez en cuando, para confirmarlo, mientras escuchaba en la radio *La vie en rose*, cantada por la voz desgarrada de Edith Piaff, una canción que siempre la había puesto de mal humor, como si en todo aquel amor declarado no hubiese más que la ilusión de quien lleva demasiado tiempo solo mucho y no le quedan más que los recuerdos, unos recuerdos que deforma a su gusto, que manipula.

El taxista no tenía cambio y a aquella hora tampoco sabía dónde ir a buscarlo.

—Escuche —le dijo Maria do Ceu—, hagamos una cosa, usted se queda aquí y me espera. Yo no tardo nada y después me lleva de vuelta a casa, así no hay necesidad de cambiar.

Y sin esperar siquiera a oír la respuesta, bajó del taxi y estaba delante de la puerta de la casa de los padres de Tiago. Le abrió la madre, con una bata sobre los hombros.

—¿Tiago? —le dijo con una voz que parecía muerta—. ¿Por qué lo buscas aquí a estas horas? ¿No ha vuelto a casa?

Y Maria do Ceu la dejó en aquella puerta de casa que daba directamente a la calle, ni siquiera una casa, solo una habitación donde se veían las camas, la de matrimonio de los dos viejos y la de Humberto, que a aquella hora obviamente no dormía, solo estaba tumbado, quizá vestido y con zapatos, fumando un cigarrillo tras otro. Retrocedió sin mirar, caminó hacia atrás como empujada por un viento fuerte que salía de aquella casa. Y mientras retrocedía, ella y la madre siguieron mirándose, la madre con la bata sobre los hombros a lo mejor le estaba diciendo algo todavía, pero ¿quién la oía? Ella no, ya no oía nada. Y caminando así, hacia atrás, fue a dar con la puerta del taxi que se había quedado abierta, y empujada todavía por el mismo viento, se encontró sentada otra vez dentro, cerró la puerta y le dijo al taxista que la llevase a casa.

Con la sien derecha contra la ventanilla, miraba el cielo de Lisboa mientras el taxi bajaba por la calçada do Combro hacia el Chiado. Un cielo tantas veces contemplado, que uno si siquiera ve, como cuando por la noche se cierra una ventana o se abre por la mañana, sin tiempo para mirar el cielo. Ahora, en aquella suspensión absurda, le parecía que no le quedaba en la vida nada más que mirarlo.

Hizo el trayecto sin pensar. Le dio el billete al taxista sin preguntar si era poco o demasiado. Bajó del taxi y cerró la portezuela a su espalda, entró en el portal, llamó al ascensor, abrió la puerta de casa. Rosa se había dormido en el sillón.

—¿Qué tal? —le preguntó al despertarse de repente.

—Nada. Lo que te había dicho. Es que no se acostumbra a estar siempre sola y, por eso, de vez en cuando, le da algo más de miedo.

—Pobre mujer. Ese hombre es un desgraciado. Encima a su edad, y sin vergüenza. Que Dios lo perdone.

—¿Y por qué tendría que perdonarlo?

Cuando Rosa se marchó, Maria do Ceu fue a su habitación, cogió la carta de Tiago que había dejado en la mesilla, la releyó con una sonrisa amarga en los labios, la rompió y la tiró a la basura. Después, como no tenía sueño, bajó dos grandes maletas que tenía encima del armario y, sin olvidar nada, las llenó con todas las pertenencias de su marido. En una colocó la ropa, separando la de invierno de la de verano, y en la otra metió los libros, documentos, carpetas del trabajo, algún *souvenirtraído* de África, y un collar que le había regalado. Después las cerró y las dejó en la entrada. Miró el reloj. Las cuatro y media, pronto se haría de día, un día completamente nuevo, estaba escrito en el cielo que lo sería. Abrió la ventana, y aunque el aire era todavía muy fresco oyó cantar a un pájaro y se preguntó si estaría anunciando la salida del sol o si era un pájaro que cantaba también de noche. «Tendré tiempo de descubrirlo», pensó mientras se hacía un café. Estaba de pie ante la cocina de gas y, de vez en cuando, se volvía hacia la ventana abierta para mirar el cielo, que del azul oscuro pasaba al morado, después lo surcaban matices rosas que poco a poco se encendían para convertirse en rojos dejando paso a un claro cada vez mayor entre el movimiento de las nubes. «El viento juega a la pelota con las

nubes», le decía su madre cuando era pequeña. Al recordar aquellas palabras y aquella voz, mientras comenzaba a hervir el café, se echó a llorar con un dolor tan intenso como no recordaba desde hacía mucho tiempo, un olor a hospital y a promesas perdidas. Fue entonces cuando le pareció verla allí, a su lado, sentada en una silla de la cocina, sin los zapatos, con los pies desnudos. Le sonreía y no decía nada, pero la miraba con aquel entusiasmo infinito que existe solo en los ojos de las madres. «Donde quiera que yo esté, me dijiste antes de morir», le dijo en voz baja Maria do Ceu con miedo de haberse vuelto loca. Y la madre asintió con la cabeza y después se rascó una rodilla mientras seguía mirándola con aquella sonrisa inocente que conservó hasta el último día de su breve vida. Maria do Ceu le señaló el cielo por la ventana y Margarida se volvió a mirarlo mostrándole al contraluz una palidez que la conmovió. «Me siento sola, mamá, y desesperada», le dijo agarrándose con las manos a la cocina de gas, que empezó a temblar. Sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas, le caían tantas que durante un rato no vio nada, solo un extraño mundo de cristal grueso y opaco que empaña la vista cuando la ciega el llanto. Se quedó un rato así, con la cabeza baja, llorando por un dolor que ni siquiera reconocía. Quizá fuera el peso de todos aquellos dolores juntos el que le doblaba la cabeza, haciendo que sus lágrimas cayeran entre sus pies, una tras otra, desde la punta de la nariz al suelo.

—Mamá, ¿por qué lloras? —le preguntó Rita en pijama desde el quicio de la puerta.

—Lloro porque me he hecho daño. Pero tú ¿por qué estás despierta a esta hora?

—Porque he oído ruido.

—¿Y cuánto tiempo llevas ahí mirándome?

—No lo sé, hace un rato. Pero ¿quién era la señora de antes, que se ha ido?

—Era Rosa, nuestra vecina. Ha venido un momento mientras yo…

—No, mamá, la otra, esa que estaba sentada ahí, en la silla, mientras tú llorabas.

—Rita, ¿qué dices? —le dijo Maria do Ceu agachándose y apretándole las manos—. ¿Qué dices, hija mía?

Tiago volvió a casa una semana después. Abrió la puerta a la hora de la cena y sus hijos fueron hacia él corriendo. Se inclinó a abrazarlos diciéndoles que aquella vez no volvía de un viaje y no les traía regalos. Maria do Ceu lavaba los platos y siguió donde estaba. Tiago se dirigió hacia ella despacio, con los niños detrás, apoyó los codos en el marco de la puerta de la cocina y dio un gran suspiro.

—Aquí estoy —le dijo.

—Ya te veo —respondió Maria do Ceu sin darse la vuelta.

—Entonces, mírame.

—Te miro —dijo ella dirigiéndole una mirada de piedra. Después, se dirigió a los niños—: Id a jugar a vuestro cuarto y no os hagáis daño, ¿entendido?

—Son buenos —dijo Tiago.

—Sí, son bastante buenos.

—Vengo a pedirte ayuda.

—Pues te has equivocado de dirección. La única ayuda que puedo darte yo está ya en la entrada desde que te fuiste. No puedo darte otra.

—Es una ayuda despiadada.

—Es lo que quieres.

—¿Me estás dejando?

—Tiago, te lo ruego, cualquier cosa, pero tratemos de evitar la cobardía.

—En la carta que te escribí te decía que estoy confuso.

—En aquella carta solo escribiste mentiras. La usaste para ganar tiempo, pero, por lo que veo, ni siquiera te preocupaste de organizar las cosas como se debe. Si al menos te hubieras pasado por la casa de tu familia, sabrías que aquella misma noche fui allí a buscarte para traerte de nuevo a casa. Pero no estabas, Tiago. Has sido tan cruel que además de traicionarme me has hecho también miserable.

—¿Qué quieres decir?

—Que al menos podías haberme ahorrado la humillación. Pero habrías tenido que tener más carácter, habrías tenido que ser más fuerte. Quieres dejarme, Tiago, lo quieres desde antes de aquella noche, pero también querrías sentirte ligero, querrías que nada te alterase demasiado, que tu vida

siguiera tal como es. Pero ¿cómo va a seguir la vida tal como es cuando tú destruyes a tu familia? ¿Has pensado en nosotros? Dime, Tiago, ¿qué somos nosotros?

—Las cosas pueden cambiar, Maria do Ceu, quién sabe si nos dejamos solo por un tiempo y luego todo vuelve a ser como antes. La vida es larga.

—Te equivocas, la vida es corta. Pero yo soy buena, te hago todo más fácil. Tus miedos no me contagian, yo sigo siendo yo y la ayuda que me pides te la doy encantada, te la dejé en la entrada aquella misma mañana, allí te espera desde hace una semana.

—No es eso lo que quiero.

—¿Y qué quieres? ¿Quieres una mujer desesperada que te convenza de quedarte a su lado? Tú solo quieres ganar tiempo, Tiago, esa es la miseria que me quieres dar. Pero has hecho mal tus cálculos, la vida es corta y también lo es el tiempo, al menos el mío, y yo no creo en las cosas que se producen lentamente solo porque así, de ese modo, nos damos menos cuenta, porque yo, al contrario, me doy más cuenta y no estoy dispuesta a ese inútil martirio para ir a tu encuentro. Has encontrado a otra mujer, te vas con ella una semana y, antes de irte, me escribes que ni siquiera sabes si de verdad la quieres. Que la quieras o no, no me importa, es asunto tuyo. Esta familia es una carga pesada, Tiago, me doy cuenta yo sola, no es ideal para un hombre ambicioso, pero es mi familia y yo la he aceptado y trato de llevarla del mejor modo. ¿Sabes?, he sido una especie de ingeniero, he hecho cálculos, he estudiado los equilibrios como se hace antes de construir un puente y, después de muchos números, he encontrado el punto justo en el que apoyarla en mi cuerpo, en mi conciencia, y no me pesa, Tiago, ya no me pesa, llevo una gran carga, pero no la siento. Lamento no haber podido hacer los mismos cálculos para ti. Habría querido, tal vez hasta lo he intentado, pero no lo he conseguido y ahora no me queda más que devolverte tu libertad y desearte buena suerte.

—Dame al menos una esperanza.

—Es muy desagradable, Tiago, muy desagradable. ¿Qué esperanza quieres que te dé? ¿Quieres que te diga que esa mujer pronto te desilusionará y que volverás a nosotros y nosotros te acogeremos con los brazos abiertos?

—Tal vez sea precisamente eso lo que me gustaría oír.

—Pues escúchame bien y no te olvides de lo que te voy a decir. Te deseo de todo corazón que esa mujer no te desilusione, Tiago, porque si así fuera, debes saber que yo no estaré aquí esperándote, que he visto en mi vida demasiadas personas que esperan y ninguna ha acabado bien. Hay muchas formas de sufrir, yo, si puedo elegir, elijo la de la realidad, porque la ilusión hace demasiado daño. Y créeme, si alguna vez llegases a arrepentirte, finge no darte cuenta, porque tendrás muchas alternativas, pero no la de volver atrás, de esa ya puedes olvidarte desde este mismo instante. Tengo demasiadas obligaciones, me he entregado a ellas, esperaba cumplirlas junto a ti, habría sido menos agotador, pero no puedo permitir a nada ni a nadie que me quite fuerzas. Tú sigue tu camino, Tiago, yo solo puedo abrirte la puerta y después cerrarla, ponle una cruz, no vuelvas a pensar en ella ni por un instante, o piensa en ella toda la vida, pero sabiendo que no hay nada que esperar.

—No me das elección.

—Tú no me la has dado.

—Te he mentido por debilidad, no quería hacerte sufrir.

—No importa, Tiago, no importa. Las cosas han sucedido así, ha sucedido que he tenido que conocerte mejor y no me has gustado mucho. Tengo una vida complicada por delante, no necesito hombres débiles.

—Pero yo…

—Lo sé, lo sé, harás carrera, pero no me refería a eso. ¿Sabes?, a veces se puede ser muy fuerte y no hacer carrera y muy débil y llegar muy alto. Con otra mujer todo te resultará más fácil, más ligero, Tiago. Dices que no sabes y puede que seas sincero. Escucha, te lo digo yo. Es probable que esa mujer no sea de verdad tu gran amor, más bien es una buena oportunidad para huir, a lo mejor ni siquiera te das cuenta, pero la eliges sobre todo para librarte de nosotros, que te suponemos una carga demasiado pesada. Es una elección cómoda y, por tanto, todavía más humillante para mí. Quieres sentirte ligero, ¿verdad? Pues, entonces, vuela. Vuela lejos.

—¿No puedo quedarme aquí por lo menos esta noche?

—Tus maletas te esperan en la entrada. Vuelve por donde has venido. Créeme, es mejor.

—¿Me quitarás a los niños?

—Ni se me ocurriría. Serás tú quien querrá verlos poco.

—¿Qué dices?

—La verdad. Tendrás tantas cosas que hacer, estarás siempre de viaje…

—Quizá al principio, ya sabes, tampoco tendré mucho dinero, tendré que buscar otra casa, amueblarla…

—Yo trabajo, Tiago. No gano mucho, pero me las arreglaré sin tu ayuda.

—No he dicho eso. He hablado solo de los primeros tiempos.

—Que podrán transformarse en segundos y en terceros. Déjalo. Desaparece y haz lo que te parezca con esa… ¿cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Esperaba que fuese una compañera y no una alumna. De todas formas, es espabilada, no hay duda, con dieciocho años es la amante de un hombre de treinta con mujer y tres hijos. Felicítala de mi parte. Pero, si tienes un poco de valor, dile también que para estar contigo tendrá que hacer un gran sacrificio.

—¿Qué sacrificio?

—Tiago, ¿es posible que no te enteres de nada? Te dejarías matar antes que tener más hijos.

Doña Ofelia entró en casa como una avalancha. Tenía las piernas hinchadas y vendadas porque ya estaba poco acostumbrada a salir y pasaba sus días entre el sillón, la silla de la cocina y la cama. Al verla presentarse así, Maria do Ceu casi no la reconoció, le pareció un animal extraño, gordo y con gafas. Cuando le preguntó en la puerta la razón de aquella repentina visita, doña Ofelia le contestó que había llamado a un taxi porque tenía ganas de ver a los niños. Pero no jugó mucho con ellos, se sentó en el sillón delante de la ventana y se quedó allí hasta la hora de cenar, hojeando revistas que no leía y mirándolo todo con mala cara. Solo cuando Rita se echó a llorar porque Joana le había quitado un juego, sacó unas tijeras del cesto de la costura y se puso a recortar el periódico para que estuviese tranquila. Después de la cena, en la que apenas probó la comida, ayudó a Maria do Ceu a bañar a los niños refunfuñando porque aquella costumbre

de bañarlos después de comer podía ser muy peligrosa. Luego esperó en la sala a que Maria do Ceu los durmiese, girando el sillón hacia la habitación de los niños de modo que, cuando Maria do Ceu salió de allí, cerrando la puerta sin ruido, se la encontró de frente con un rosario entre las manos que apretaba con rabia.

—¡Desvergonzada! —le dijo levantándose trabajosamente—. Dios te castigará por lo que has hecho.

—Madrastra, ¿qué le pasa? ¿Se ha vuelto loca?

—¡Loca debes de estar tú, que has echado de casa a tu marido!

—Mi marido tiene otra mujer, ya lo sabe —le contestó mientras empezaba a recoger la mesa.

—¿Y? No será el primero, pero las otras mujeres conservan a sus maridos. Los conservan bien sujetos, ¡no se los dejan a sus amantes!

—Pues se ve que yo estoy hecha de otra pasta, porque se lo he dejado y, además, de buena gana.

—¡Puta!

—¿Cómo se atreve?

—Una mujer que echa al marido de casa es una puta, una desvergonzada que estará en boca de todos. ¿Con qué cara sales de casa por la mañana?

—Salgo con la cabeza bien alta, madrastra, cosa que usted lleva años sin hacer.

—Cuidado con lo que dices.

—Pues usted no me haga hablar.

—Eras una mujer casada, la alianza en el dedo la llevabas tú, no la otra. Tú eras la mujer y ella, la amante. Tú lo eras todo y ella no era nada.

—Madrastra, yo le tengo cariño y la respeto, pero usted debe respetar mis decisiones. Un marido que tiene otra mujer no es un buen marido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me ha entendido muy bien.

—¿Qué insinúas de tu padre?

—Su marido no es mi padre. En cualquier caso, yo mis ideas las guardo para mí y no voy a su casa a decirle cómo tiene que vivir.

—Faltaría más. Yo, cuando aquella desvergonzada vino a decirme que se lo dejara, le contesté que ya podía ir olvidándose.

—¿Y qué ganó con ello?

—El matrimonio.

—Pero ¿de qué matrimonio me está hablando? ¿Es que don Manuel es su marido?

—¡Ante Dios!

—¡Ante Dios! ¿Y qué hace una mujer de este mundo con un hombre que es su marido solo ante Dios? Su marido es su vergüenza, su enfermedad.

—No te permito hablar así de un hombre…

—Defiéndalo, siga defendiéndolo. Es usted grotesca, madrastra. Toda Lisboa se ríe de usted desde hace años, y usted viene aquí a defenderlo. Así es, y por eso está sepultada en vida y se intoxica con medicinas que la llevarán al camposanto. Pero quién la ha obligado a hacerlo, ¿eh? ¿Acaso Dios le ha pedido que se deje pisotear hasta ese punto? ¿Es eso lo que le ordenó el cura cuando los casó? ¿O, a lo mejor, es que ha olvidado las palabras del cura, madrastra?

—Tú eres la que las ha olvidado, no yo. Las palabras dicen «hasta que la muerte os separe». El matrimonio es un sacramento, nadie puede destruirlo.

—¡Qué bonito cuento! ¡Un verdadero vivieron felices y comieron perdices! ¡Don Manuel y doña Ofelia, la pareja perfecta!

—¿Es que tú querías ser feliz, Maria do Ceu? ¿Pretendías también eso de tu matrimonio? El matrimonio es la vida que se hace día a día, con todo lo que trae. Si todas las mujeres echaran de casa a los maridos que tienen una amante…

—Si empezaran a hacerlo, habría menos humillación.

—Se lo has dejado a la otra, ¡esa sí que es una verdadera humillación!

—¿Y tenía que tragar bilis como usted para no darle esa satisfacción?

—Tenías que haber dejado que siguiera siendo ella la puta, no tú.

—¿Y cómo me iba a convertir yo en una puta? ¿Qué he hecho para serlo?

—Eres una mujer separada. ¿Sabes lo que pasará de ahora en adelante?

—No, ¿qué pasará?

—Que empezarán a atribuirte un amante tras otro. Dirán que, si lo has echado de casa, es porque ya sabes cómo sustituirlo, que lo has hecho porque te convenía, que te has aprovechado…

—¿Los cuernos? ¡Esta sí que es buena, madrastra! Solo falta que me diga que he sido yo la que lo he tirado en brazos de esa otra para librarme de él, ¡que se la he buscado yo! Pero ¿qué clase de cristiana es usted? Es morboso, está enferma. ¿Quiere que sea como usted? Lo siento, pero en todos estos años no he hecho sino desear lo contrario. La miraba y me decía: «Cualquier cosa, pero nunca como doña Ofelia». Tengo que criar a tres hijos, todas las operaciones de Rita que afrontar. Sabe lo que ha dicho el cirujano, ¿verdad? Necesitará al menos otras diez. Diez, ¿comprende? Y el padre de mis hijos se lía con una alumna suya de la universidad, se quita de encima todas las pesadas preocupaciones, da marcha atrás y recupera una vida alegre sin las duras responsabilidades de una familia como la nuestra. Pobre hombre, ¿verdad? Es como para compadecerlo. Trabaja todo el día y por la noche vuelve a casa donde hay una niña a la que la medicina está intentando ayudar y dos mellizos que lloran casi siempre porque su madre no puede ocuparse lo suficiente de ellos, no puede porque su hermana mayor le chupa la sangre, porque la niña se cae y se hace daño, porque para cada operación la rapan al cero y en la escuela ningún niño quiere jugar con ella, porque le sujetan los dientes con elásticos y hay que alimentarla con una jeringa, porque las cicatrices le arden y después su piel se enrojece, porque tiene un ojo que no consigue cerrar nunca del todo, ni cuando duerme, y siempre lo tiene irritado, porque tiene un pie torcido y todos los zapatos le hacen daño. No, no es un placer volver todas las noches a una casa así, ¿usted qué cree? Un hombre no lo aguanta, ¿no le parece? Tiene que buscarse un entretenimiento, luego el entretenimiento va cogiendo espacio, el hombre comienza a hacer proyectos, vislumbra una vida más fácil, piensa que…

—Las amantes pasan.

—Y la suya, madrastra, ¿ha pasado?

—¡Cállate!

—¡No me callo! No quiero callar más. El silencio cuesta muy caro y me he dado cuenta de que no puedo permitírmelo. Pero ahora se ha hecho tarde y yo mañana tengo que madrugar porque me espera una larga jornada de trabajo. Así que, si no le importa, continuemos mañana con esta agradable conversación y ahora vayámonos a la cama.

—Yo no me quedo a dormir aquí. Llámame un taxi que me vuelvo a mi casa.

—¿Por qué? ¿Acaso la espera su marido?

—No, no me espera nadie. Pero yo no duermo en casa de una puta.

OceanofPDF.com

XXVI

—Te dejo el cheque aquí, en la entrada —le dijo Tiago—, debajo del jarrón con las flores artificiales.

—Muy bien —le contestó Maria do Ceu desde la cocina.

—¿Los niños están listos?

—No lo sé, ve a mirar a su cuarto.

—Niños, ¿estáis listos? —gritó desde la entrada cuya puerta estaba abierta.

En lugar de responder, los niños corrieron a su encuentro empujándose. Llegó primero Vasco, que siempre ganaba a sus hermanas, fue a chocar contra sus rodillas, a las que se abrazó para después mirarlo sonriendo desde abajo.

—¿Puedo llevar la pelota, papá? —le preguntó con ojos brillantes.

—Claro que puedes —le dijo Tiago cogiéndolo en brazos—. Entonces nos vamos a comer fuera, ¿eh? —dijo dirigiéndose a Maria do Ceu—. Te los traigo hacia las seis, ¿te parece bien?

—Está bien.

—El cheque te lo he dejado debajo del jarrón con las flores artificiales, en la entrada.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Lo he puesto a tu nombre, así, si lo perdieras, nadie podría cobrarlo. Es un cheque de cincuenta *contos*.

—Como los otros.

—Sí, como el del mes pasado.

—No, el mes pasado no me diste ningún cheque, me refería al del mes anterior.

—¿Estás segura?

—Segura.

—Bueno, de todas formas, este está aquí, debajo del jarrón de flores artificiales. No te olvides de ingresarlo.

—No me olvido.

—Pues, entonces, nos vamos, ¿vale?

—Muy bien, marchaos.

Era siempre así, esperaba a oír que la puerta se cerrase y entonces salía de la cocina. Esperaba aquel momento toda la semana, sabía que el domingo, hacia el mediodía, Tiago iba a recoger a los niños y que hasta las seis de la tarde estaría completamente sola. Bueno, no todos los domingos, a veces Tiago estaba fuera por viaje de trabajo, o se iba a algún sitio con Marta o simplemente no se iba y se inventaba alguna excusa para quedarse tranquilo en su casa. Pero cuando no había contraorden, Maria do Ceu comenzaba a saborear la soledad desde el sábado por la noche cuando, después de la limpieza de la casa y de la compra en el supermercado para toda la semana, se sentaba en el sillón, se descalzaba, se masajeaba los pies y encendía la televisión para ver uno de los muchos episodios de la serie *Vila Faia*, una historia de terratenientes ambientada en la región del Duero, una lucha entre dos familias ricas llena de golpes bajos, traiciones, desamores. Se llevaba la cena en una bandeja y comía despacio, distraída, sin apreciar el sabor de la comida, absorta por todas aquellas intrigas. A esa hora los niños podían jugar un poco en su cuarto, pero solo en su cuarto, porque la casa estaba limpia y Maria do Ceu quería que durase así el mayor tiempo posible, y porque quería disfrutar en paz de la telenovela, sin tener que contestar a todas sus tontas preguntas.

Mientras veía *Vila Faia*, empezaba a apagar el interruptor de las preocupaciones cotidianas, y se preparaba para el día siguiente en que la casa por fin quedaría en silencio y sería solo suya.

Habían pasado ya siete años desde la separación de Tiago. Rita había superado otras cinco operaciones y, si bien el largo camino que habían iniciado no había terminado aún, al menos llevaban la mitad. Ahora, cuando iba a Londres, no se alojaba ya en casa de Adelina, alquilaba un pequeño apartamento en el mismo barrio y se llevaba con ella a doña Ofelia que cada

vez se subía al avión con mayor aprensión, porque de no ser así, no habría sabido con quien dejar a Vasco y Joana cuando acompañaba a Rita. Los rasgos de aquella pobre cara torturada empezaban a alinearse, la niña ya no perdía el equilibrio al caminar y, aunque con un ojo veía menos que con el otro, conseguía progresar en sus estudios. Lo que no prometía nada bueno era su carácter, según pasaban los días se volvía más lunática y por una nimiedad perdía el control de una forma peligrosa, para después volverse dócil, tranquila y silenciosa. Maria do Ceu intentaba ser coherente e imparcial, hacía de todo para comprenderla, pero en algunos momentos de desesperación, cuando se encerraba con llave en el baño y le daban ganas de vomitar sin conseguirlo, se preguntaba si de verdad estaba destinada a vivir con aquella hija toda la vida, si no habría otra salida. Luego, cuando la veía dormida en su cama con aquel ojo siempre medio abierto que nunca dejaba de lagrimear, se sentía cruel, se avergonzaba de aquellos momentos de ira, se repetía mil veces que su sufrimiento como madre no era nada comparado con el de su hija, que aunque la amara siempre con la misma entrega, aunque participase en cada instante de todos sus tormentos, al final, nunca podría ponerse en su lugar; porque ella solo miraba a la niña mientras que la niña se miraba a sí misma y esta otra perspectiva marcaba la diferencia, toda su inexperiencia. Pasaría a su lado toda la vida sin llegar a comprender la intensidad de su dolor, le dedicaría todos los cuidados, pero no podría evitar momentos de tremenda exasperación, momentos en los que el egoísmo se impone hasta en el corazón de una madre. Le horrorizaba saberse frágil y sin capacidad para reaccionar, podía repetirse hasta el infinito todas las desgracias de aquella criatura, sufrir hasta sentir que perdía el juicio de dolor, pero esto no le serviría para no experimentar también aquel rechazo que a veces le crecía dentro como una obsesión, como un veneno que la devoraba. El sentimiento de culpa de quien casi se anula por el otro, pero no lo consigue del todo, y que por un elemento que falta se vuelve loco y no se perdona. Para eso le servía *Vila Faia*, para poner una barrera entre la crueldad de su vida y esa otra efímera, y cenaba delante de aquellos personajes fascinada, y si uno de sus hijos entraba en el salón de puntillas para preguntarle algo, lo callaba de mala manera sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, y seguía llevándose a la boca una cucharada de

sopa tras otra, bebiendo zumo de naranja, comiendo un trozo de queso y la fruta, y conseguía no estar ya donde estaba, sino allí arriba, en el Duero, entre aquellos diálogos irreales y sin sentido.

La pensión de Tiago llegaba de vez en cuando. Ella no la pedía nunca, se lo impedía su orgullo, pero también aquella insistencia continua de Tiago, como si dárselo no le bastase y necesitara además una justificación. Y además, se veía desde lejos, Tiago quería que se lo agradeciera siempre. Seguramente por eso se saltaba a veces algún que otro cheque. Pero ella se mantenía en su lugar, cuando él no daba, ella no pedía, se limitaba a hacer menos compra, a encender poco la luz, a no planchar sino a doblar a mano la ropa suya y la de los niños. Era una lucha cordial y muy civilizada, porque desde el día en que él se había ido de casa no habían vuelto a discutir ni una sola vez. Sin embargo, le molestaba que él continuara sintiéndose el señor de la casa, que cuando iba a buscar a los niños entrase en la cocina y se sirviese abriendo la nevera sin pedir permiso nunca. Sabía que vivía desahogadamente, que el domingo llevaba a los niños a comer a restaurantes que costaban lo que ella se gastaba en una compra que tenía que durar una semana. Todo eso lo pensaba sin decírselo jamás, aunque, cuando los niños volvían después a casa, leía en sus caras cierta insatisfacción por lo que ella podía permitirse poner en la mesa. ¿Era posible que Tiago no se diese cuenta? O tal vez, de este modo tan elemental, seguía castigándola por no haber intentado retenerlo, por haberle obligado a dar un paso para el que, quizá, no estaba preparado, sino que había tenido que elegir casi contra su voluntad. No, Tiago no entendía, después de tantos años seguía mirándola como interrogándola. O tal vez la envidiaba, envidiaba su coraje, aquella intransigencia sin fisuras que le había trastornado la vida en pocas horas. Cuando se veían e intercambiaban un beso apresurado en la mejilla, le parecía percibir en él cierta turbación que no dejaba de halagarla. Sabía y siempre lo sabría, que hubiera bastado un gesto para recuperarlo, pero nunca lo haría, ya habían abusado de él sus dos madres, ella no seguiría su ejemplo y, además, ¿para qué servía perdonar, sino para convencer al perdonado de que quien agacha la cabeza una vez la bajará siempre? Y ya no lo amaba. Después de la gran ola de dolor de los primeros tiempos, la misma ola se lo había llevado lejos. Sí, le

seguía pareciendo guapo y atractivo, pero solo por fuera, lo que había dentro la había desilusionado tanto que pronto se convenció de haber sufrido solo un deslumbramiento y de que debería haber abierto los ojos mucho antes, en la época en que murió Gil o al ver que todas sus elecciones las tomaba por pura conveniencia. Quizá también por esto no mendigaba sus cheques, al contrario, incluso era capaz de ser feliz cuando no se los daba, como si durante aquellos meses sintiese que todo le pertenecía con mayor razón, porque era únicamente suyo, fruto de su trabajo en la Dardo, donde había conservado el mismo puesto del primer día, sin ascensos y con pocos aumentos de sueldo. En los meses en los que Tiago no le daba el cheque, a Maria do Ceu le parecía ser más madre, más pura, más absoluta. No, nunca lo recuperaría, no lo haría porque ahora sabía que, a pesar de sus progresos profesionales, Tiago era en realidad un hombre débil que, por cobardía, en las encrucijadas de la vida, prefería no elegir y dejarse llevar por lo que los demás decidían sobre su destino. «Quien echa de casa al marido es como si se lo entregase a la amante», le había dicho en su momento doña Ofelia. Pues bien, era justo eso lo que había querido hacer, y nunca había querido saber quién era, qué hacía y qué aspecto tenía la mujer que se lo había llevado. Cada vez que Tiago iba a recoger a los niños para llevarlos a comer fuera, sonreía ante la idea de que aquel hombre aún no había tenido el valor de decirles a sus hijos que desde hacía más de siete años vivía con otra. Era como si callar fuera su mayor cualidad o, quizá, posponer, alargar los tiempos de cualquier explicación, de cualquier enfrentamiento. Cuántos errores. Ella no decía nada y se quedaba mirando, pero sabía que cada día que retrasara aquella confesión, estaría cavando un metro más de distancia entre sus hijos y la otra.

Un día en el trabajo, en las primeras horas de una tarde de final de verano, encerrada en su despacho, con la ventana abierta por donde entraba el aroma de la pastelería Paço Real, la chica de la centralita llamó suavemente a su puerta.

—Ceuzinha —le dijo asomando la cabeza—, hay un señor que pregunta por ti.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—No lo sé, no me lo ha dicho. ¿Le hago pasar?

—No, dile que espere en la entrada. Voy yo.

Terminó un balance que no podía dejar a medias, cerró el archivo, se arregló el pelo mirándose en el cristal de la ventana abierta y, recorriendo el largo pasillo, se dirigió hacia aquel hombre que la esperaba en la entrada, sentado en un banco de madera.

Al verla llegar, el hombre se levantó y se quitó el sombrero. Era bajo y delgado, sus pocos cabellos, engominados y brillantes, parecían estar dibujados sobre su cráneo huesudo. A medida que se acercaba, Maria do Ceu vio que, aunque de lejos le había parecido un hombre todavía joven, era en realidad bastante anciano.

—¿Quería verme? —le dijo tendiéndole la mano.

—Si es usted Maria do Ceu dos Santos, sí —respondió el hombre con una sonrisa que lo rejuvenecía veinte años.

—En persona —le dijo ella sin poder evitar responderle con la misma expresión.

—Carlos Freitas —le dijo el hombre estrechándole la mano entre las suyas—. Tu padre.

Maria do Ceu retiró la mano como si se la hubiesen mordido e instintivamente retrocedió un par de pasos.

—¿Te doy tanto miedo? —le preguntó Carlos en voz baja.

—Miedo no. Yo nunca tengo miedo.

—Estupendo. Así se habla. Y ahora déjame que vea qué chica tan guapa eres.

—Hay bien poco que mirar, señor. Además, no soy una chica. Me he casado y he tenido tres hijos. Y hace ya más de siete años que me divorcié.

—Lo lamento.

—Son cosas que pasan. Algunos no llegan ni a casarse, ¿no es cierto?

—Necesito hablar contigo un poco, hija mía.

—¿De verdad? ¿Y desde cuándo?

—Desde que supe que habías nacido.

—Pues entonces sabe controlarse muy bien. Déjeme pensar…, ahora tengo casi treinta años… Sí, desde luego sabe controlarse.

—A veces no se puede elegir.

—A mí, en cambio, me parece que ha elegido ¡y cómo! Se dio a la fuga.

—Estaba casado.

—Podía habérselo dicho antes. La hizo sufrir mucho. No se lo perdono. Y no tendría que haber venido a buscarme ahora. Es tarde. Debió venir cuando ella estaba viva. Cuando estaba enferma y a punto de morir. Lo esperó toda la vida. Tenía sus fotografías en una caja, leía lo que le escribía detrás como si en aquellas palabras hubiese habido quién sabe qué promesa. Viéndolo ahora, diría que no merecía usted tanto.

—¿No te contó nada más de nosotros? ¿Solo cuánto sufrió?

—Ni lo uno ni lo otro. Nunca contaba nada.

—He venido a buscarte para enmendar las cosas, Maria do Ceu, para darte mi nombre, dejarte en herencia la casa que he comprado en Newark.

—¿Quiere que cambie mi nombre ahora? No me acostumbraría a llevar el suyo.

—Acepta al menos que te deje la casa, que te deje todo mi dinero. He ganado mucho en América.

—¿Y la otra mujer? ¿Y los hijos que ha tenido con ella?

—Mi mujer está muerta y no me dio hijos.

—Se siente solo. Ella también lo estuvo. Mucho.

—Si ella estuviera aquí te diría que me perdonases.

—Lo sé. Pero no está aquí, así que puedo hacer lo que me parezca.

—Querría que no me odiases.

—No le odio. No siento nada por usted. Tengo un padre y una madre que me adoptaron después de su muerte. Gente buena que me tuvo desde niña, cuando ella iba a trabajar y no sabía con quién dejarme. Cuando mueran heredaré su casa.

—Pero eres mi hija. Llevas mi sangre y ahora estoy aquí. He vuelto a por ti.

—No se lo he pedido nunca. Qué cree, que una bonita casa en América y dinero pueden…

—No, no pueden, lo sé, pero es una reparación. Déjame al menos compensarte.

—Ah, claro, quiere morir en paz. Muérase en paz, si la conciencia no le ha hablado hasta hoy, no le costará mucho trabajo hacerla callar otra vez.

No soy yo quien tiene que perdonarle.

—Tu madre era una buena cristiana.

—Yo también lo soy, puede estar seguro. Pero tengo mis propias ideas y no me las va a cambiar usted.

—Cuando nos conozcamos mejor…

—No, no nos conoceremos. Esta será la primera y la última vez que nos veamos. Vuelva a América, allí al menos tendrá amigos. Créame, no tengo ninguna necesidad de usted. No soy yo quien ha sentido durante años su ausencia. Me está proponiendo un intercambio que no puedo aceptar. Era mi madre, no era yo. Yo soy otra persona que no tiene nada que ver con usted.

—Eres una mujer muy dura.

—Se equivoca.

—Entonces dame una posibilidad. Permíteme al menos conocer a tus hijos.

—Manténgase lejos de nosotros. Era ella la que tenía que haber conocido a mis hijos. Solo faltaba que ahora… No me haga decir nada más, por favor, váyase.

—¿Quién te da derecho a no perdonar?

—Nadie, me lo tomo yo y basta.

—¡Qué presunción!

—Son puntos de vista. A lo mejor no es más que un sano sentido de la justicia. Usted estaba lejos, pesando en sus cosas, mandaba de vez en cuando una fotografía donde aparecía siempre muy elegante. Mi madre anduvo toda su vida vestida de harapos, hizo los trabajos más humildes, fregaba escaleras, planchaba en las casas de mujeres que a cambio le daban algo de comer, vivía en unos cuchitriles que si se los describo no me creería. Solo le diré que de noche, mientras dormíamos, los ratones caminaban por encima de nosotras y yo me moría de miedo. Entonces, un buen día, apiadándose de mí, aceptó el ofrecimiento de una pareja sin hijos y me llevó a vivir con ellos. La veía solo el domingo. Estaba cansada, había envejecido antes de tiempo, ya no le quedaba nada de la belleza de aquella muchacha a la que usted engañó. Sin embargo, no se olvidó de usted ni un solo día, le esperó hora tras hora, incluso a punto de morir. De hecho, se le

había metido en la cabeza que, si yo le hubiese avisado, usted habría corrido para darle al menos un último adiós.

—¿Y quién te dice que no lo habría hecho?

—No sea ridículo, por favor, no me obligue a reírme en su cara. Usted lleva su historia escrita en ella, la puedo leer en sus ojos. Ha trabajado, le ha ido bastante bien, pero su mujer ha muerto, no tenían hijos, y entonces se acordó que al otro lado del océano tenía una hija, la hija de una pobrecilla que sin duda aceptaría cuidar del padre viejo y arrepentido a cambio de una casa y algún dinero. Es un razonamiento bastante lógico, solo que no había contado conmigo, con la hija de aquella pobrecilla que nunca rehízo su vida porque estaba convencida de que aquel ladrón, aquel estafador de sentimientos regresaría antes o después para poner las cosas en su sitio. La pareja que me adoptó tras la muerte de mi madre, me dio estudios; como ve, tengo un buen trabajo, tengo incluso casa propia. No vivo desahogadamente, porque mi exmarido me ayuda solo cuando se acuerda, pero no estoy tan mal como para tener que aceptar su oferta. Lo siento, señor Freitas, no quiero su nombre y no quiero su dinero. No lo quiero como padre y no lo quiero como abuelo de mis hijos. Nunca lo he tenido y quiero seguir así.

—Eres muy cruel.

—Ya no engaña a nadie, Carlos Freitas, el tiempo en que era un chico irresistible ya pasó hace mucho. Por otra parte, y perdone que se lo diga, ¿irresistible para quién? Solo para una joven ingenua como mi madre que vivió de sueños toda su vida. Pero la vida también es generosa. Hoy me ha hecho usted un regalo que siempre he deseado. No puede imaginar siquiera cuántas veces me he repetido esta conversación en la cabeza. Aunque, para ser sincera, me ha pillado tan desprevenida que debo de haberme olvidado muchas cosas.

—Lo siento. Puedo volver la semana que viene si quieres. Dentro de una semana podrás prepararte mejor.

—No, estoy satisfecha así. Y ahora, si no le importa, tengo volver a mi trabajo.

—Qué ilusiones me había hecho.

—¿Quién, usted? ¡Es usted tremendo! Siga siendo práctico como lo ha sido siempre, que es mejor. Estoy segura de que con el dinero que consiga de la venta de la casa en América y lo que tenga ahorrado podrá pagarse una residencia respetable. Quién sabe, puede que en Estoril, en una habitación amplia con vistas al mar. En todo caso, vayan como vayan las cosas, le irán siempre demasiado bien. Es afortunado, Carlos Freitas, lo lleva escrito en la cara.

—Y eso te molesta mucho, ¿verdad?

—No, me enfurece.

Y sin más, Maria do Ceu se dio la vuelta y lo dejó allí dando vueltas al sombrero entre las manos. No estaba segura, pero le había parecido que estaba a punto de llorar, y no habría podido soportar el llanto de ese anciano. Pero mientras caminaba por el pasillo para llegar a su despacho, sintió una sacudida violenta en el pecho que la dejó sin respiración y le llenó el esófago de dolor. Sabía que estaba todavía allí y que la miraba mientras se alejaba. Habría bastado con volverse y correr hacia él, echarle los brazos al cuello y llamarlo papá, usar por primera vez en su vida aquel nombre. Sabía que a su madre le habría hecho feliz, hasta le parecía oír sus pensamientos: «Lo que soñé toda mi vida lo tienes ahora tú». ¿La estaba traicionando dándole la espalda a aquel hombre? ¿Se equivocaba? ¿O estaba siendo injusta? En el momento en que apretó la manilla de la puerta de su despacho, tuvo el impulso de volver y en su interior le dijo a su madre: «Si está todavía ahí, tienes razón tú y me acerco». Entonces se giró despacio, las piernas temblorosas y la mano derecha sudando en el picaporte. La emoción le nubló la vista y le pareció ver sombras. Pero a la luz, vio solo la entrada vacía. «Se ha ido —le dijo a su madre—. ¿Has visto? Es de los que siempre se van».

Se decidió aquel domingo. Manuel Ramalhete pasaría con Ofelia por su casa a recogerlos muy temprano, y a continuación, con toda la calma, irían al santuario de Fátima. Ofelia había adquirido la costumbre de ir todos los años después de la operación de Rita, pero aquella vez no había podido a causa de unos dolores de espalda que la habían tenido en cama con mucho sufrimiento. Luego empezó a retrasarlo semana tras semana hasta que un

domingo por la mañana, en misa, le pareció leer un reproche en los ojos de la imagen de la Virgen que estaba junto al altar. Trató de evitar aquella mirada durante toda la misa, pero no había nada que hacer, aquellos ojos eran potentes, la atraían aunque ella no quisiera, así que tuvo que girarse para mirarla y pedirle que le diera un poco más de tiempo. Pero mientras intercambiaban aquella sinfonía de mensajes sin palabras, se le pasó por la mente que quizá se estaba volviendo un poco loca por pensar que la imagen de la Virgen, entre toda aquella gente, se había puesto a mirarla precisamente a ella.

De cualquier forma, aquel domingo, al volver a casa, le dijo a Manuel Ramalhete, que se estaba afeitándo:

—Manuel, no sé qué planes tienes para hoy, pero sea lo que sea lo que tengas en mente, déjalo para otro día, porque hoy quiero ir a Fátima, y quiero ir con Ceuzinha y los niños.

—Llámala, mira a ver si le apetece.

—La llamo para decirle que pasamos a recogerla.

—Pero, bueno, Ofelia, ¿qué te ha dado?

—No me ha dado nada, Manuel, es que hoy, en misa, la Virgen me ha mirado mal y yo no quiero tener cuentas pendientes con ella.

—Te ha mirado mal.

—Piensa lo que te parezca, pero yo hoy tengo que ir a Fátima y, para que se quede más tranquila, me llevo a todos conmigo. No te olvides que dentro de poco Rita tendrá que operarse de nuevo, y para entonces no quiero tenerla en contra.

—Faltaría más, ponernos a la Virgen en contra —dijo Manuel Ramalhete irónico.

—Sí, sí, tú ríete. Pero tienes poco de qué reír, que con todos los pecados que llevas a tus espaldas…

—Ya lo sé, ya lo sé, Ofelia, me lo has dicho muchas veces, nuestros caminos se separarán, tú irás a la luz eterna y yo a las llamas del infierno.

—Llámala tú, que yo, mientras tanto, voy preparando algo para comer durante el viaje. Dile que pasaremos a buscarlos dentro de una hora como mucho.

Los niños se pusieron a chillar y saltar de alegría con la idea de la excursión. «¡Estaos quietos!», gritaba Maria do Ceu. Pero nada, se asomaban por turnos a la ventana para ver cuándo llegaba el coche de los abuelos, llenaron una cesta con juguetes, la llenaron tanto que Vasco le preguntó a su madre si le podía dar otra.

—¿Otra? —dijo Maria do Ceu—. Pero ¿dónde creéis que vais? ¿Y para cuánto tiempo? Esta noche estaremos de vuelta en casa, llevaos solo algún juguete para cuando paremos a comer por el camino. Niños, por favor, no me volváis loca, esperad tranquilos.

La llegada del coche la anunció Vasco, y Rita, rabiosa, le tiró la tabla de cortar el pan y lo alcanzó de refilón en el gemelo. Vasco empezó a llorar, Joana se acercó para consolarlo, mientras Rita gritaba con toda la voz que tenía en su pequeño cuerpo que no era justo, que también ella había estado asomada en la ventana, que hasta había estado más tiempo que él.

—Si no paráis ya, les digo a los abuelos que se vayan y ¡se acabó la excursión!

Con esas palabras, se hizo el silencio. En el ascensor, Vasco y Rita se intercambiaron muecas silenciosas que, cuando fueron al coche, estallaron en un ataque de rabia de Rita, del que Vasco juró y perjuró a su madre que no sabía nada.

—Mi vida es un infierno —dijo Maria do Ceu a sus padrastros al entrar en el coche—. ¿Pero qué mal habré hecho yo para merecer esto?

—Intenta esar tranquila, hija mía —le dijo Manuel Ramalhete arrancando—. Recuerda que querer es poder. Si quieres que estén tranquilos, tarde o temprano lo conseguirás. Pero tienes que quererlo con fuerza, con mucha fuerza.

Y los niños, que estaban jugando, al oír fuerza comenzaron a gritar todavía más fuerte, tanto que Ofelia tuvo que taparse los oídos con las manos y ponerse a gritar también ella, mientras todos se echaban a reír y a Manuel Ramalhete le asomaban las lágrimas viendo por el retrovisor el rostro deforme de Rita que se abandonaba en una carcajada infantil. No podía hacer nada, aquella criatura indefensa y tan maltratada por la vida se había convertido en su principal preocupación. Con el paso de los años su amor se había transformado en una verdadera devoción que creaba una

enorme dificultad entre la niña y él. La quería, pero Manuel Ramalhete no tenía psicología y siempre manifestaba su amor como una compensación por sus malformaciones. Si les daba dinero a los niños, nunca lo dividía en partes iguales, y lo mismo hacía con los dulces, los juguetes, las caricias, las atenciones. Y por parte de Rita, en lugar de agradecimiento, recibía solo sarcasmo impropio en una niña de diez años. Aquellas obvias diferencias la irritaban, y por eso rompía el dinero, tiraba los dulces, rompía los juguetes y se dirigía al abuelo con una violencia inaudita. Le hacía llorar a mares, lo exasperaba, lo hería, y luego corría al baño donde se quedaba allí dentro encerrada a pesar de las súplicas de su madre. No había una comida o una simple reunión familiar que no se transformase en un drama. Ante las acusaciones de Ofelia y de Maria do Ceu, Manuel Ramalhete se quedaba estupefacto, no entendía, y así, después de escuchar los gritos de la niña, le tocaba aguantar los de su mujer y los de su hija, que intentaban hacerle entender lo importante que era para Rita ser tratada como sus hermanos, que cada privilegio que se le concedía no era sino otro modo de señalar su diferencia.

Pero aquella mañana en el coche, verla reírse tan despreocupada como sus hermanos lo hizo feliz y, mientras arrancaba el motor, pensó que las alegrías y las penas de la familia llenaban la vida y que haberse sacrificado aquel domingo, privándose de la compañía de Maria José, era el justo tributo que debía pagar por gozar de aquellos momentos.

El viaje a Fátima era siempre una epopeya, se sabía cuándo empezaba pero nunca cuándo terminaría. Las carreteras eran lamentables, mal señalizadas, y además Manuel Ramalhete se veía obligado a ir muy despacio, porque su mujer tenía mucho miedo a la velocidad y cada dos minutos le pedía que fuera más despacio. Por no hablar de todas las veces que lo obligaba a parar porque tenía que hacer pis o, como decía ella, «una gota de agua». Parecía que subir al coche le estimulaba la vejiga. Entonces había que aparcar, ayudarla a bajar, encontrar un sitio donde nadie la viese. Manuel Ramalhete la acompañaba y mientras hacía sus necesidades se quedaba vigilando, preparado para taparla con su cuerpo si por casualidad pasaba otro coche. Pero casi nunca pasaban coches, bastaba salir de Lisboa

para que pareciese que se entraba en otra dimensión, casi un mundo sin humanos.

—Para, Manuel, que tengo la vejiga llena —dijo en cierto momento Ofelia.

—Como no. ¡Pero si has parado hace media hora!

—¿Y yo qué puedo hacer si se me escapa en el coche?

—Pero ¿no puedes aguantarte un poco más?

—¿Y a ti qué más te da?

A la hora de la comida no habían recorrido ni la mitad del camino. Ofelia se quejaba por el calor, los niños porque tenían hambre, Manuel Ramalhete porque las carreteras estaban llenas de baches y a saber adónde iba a parar el dinero de los ciudadanos que pagaban sus impuestos. Maria do Ceu miraba en silencio el verde de las colinas, los campos sembrados de centeno, las aves rapaces que volaban en el cielo sin hacer ningún ruido, como si estuvieran quietas. Estaba sumida en sus pensamientos, porque le había impresionado reconocer el azul de sus ojos en los de Carlos Freitas, y luego todo el conjunto, porque, tenía que admitirlo, se parecía mucho más a aquel padre al que nunca había visto que a su madre, como si haber nacido de ella y haber vivido años a su lado no hubiera servido para parecérsele un poco y sin embargo, aquella distancia entre su padre y ella no hubiera servido de nada contra la fuerza de la naturaleza, que se había empeñado, pese a todo, en hacerlos parecidos. Aquella forma de sonreír, aquella mandíbula superior estrecha como la suya y los dientes ligeramente hacia afuera, y también la forma y el color de los ojos. Del paisaje exterior pasaba al rostro de Manuel Ramalhete, que conducía concentrado, el hombre al que siempre había llamado padrastro, como si el otro nombre lo hubiese conservado a saber para quién, o tal vez no lo hubiera pensado nunca, simplemente por renuncia. Todavía era bastante joven, podía rehacer su vida. Pero no tenía tiempo. Se lo decía a sí misma, reflejada en el cristal de la ventanilla que no conseguía abrir, mientras con una mano se torturaba el cabello sudado. Otro hombre, uno distinto de Tiago, del padrastro que había reducido a Ofelia a nada, de su padre que la había abandonado cuando todavía estaba en el vientre de su madre. Estrechó la manita de Vasco. «¿Cómo serás de mayor?», pensó sonriéndole. Luego les señaló las

cigüeñas y Joana dijo que querría llevarse una a casa para ver de cerca cómo era y Rita la emprendió a puñetazos con ella porque no quería saber nada de tener una cigüeña en casa, y para calmarla fue necesaria toda la paciencia de Ofelia, porque ella no lo habría conseguido, estaba tan agotada que no habría podido.

En un momento dado, Manuel Ramalhete tomó una carretera secundario, paró el coche y bajaron todos para comer a la sombra de un gran árbol. Filetes empanados, pan con *chouriço* y queso. Naranjada para los niños y *vinho verde*, que se había calentado, solo para don Manuel, porque a Ofelia y a Maria do Ceu solo les apetecía un poco de agua para tragar lo poco que habían comido. Después Manuel Ramalhete apoyó la espalda en el tronco del árbol y se quedó dormido con un trozo de hierba entre los labios, que se le quedó pegado incluso cuando, por la profunidad del sueño, se le abrió de una forma avergonzante. Ofelia rezaba el rosario, en la cabeza se había puesto una servilleta blanca, como quien no tiene nada para cubrirse cuando entra en una iglesia. Pero no estaba en una iglesia, estaba en el campo, con un sonoro zumbido de insectos que parecía amplificado, y estaba ridícula, parecía de mentira, con aquellas gafas de montura gruesa y negra que le agrandaban los ojos, dejándolos sin expresión. Rezaba sus incomprensibles oraciones y ¿quién sabe en qué pensaba? Probablemente en sus miserias, ¿pero en qué más? En toda esa vida tirada que se le había ido y que la había convertido en alguien tan hostil, en aquella gran injusticia que en el fondo, habría tenido que desmenuzar en muchas pequeñas injusticias, porque solo así las habría podido enfrentar una por una y vencerlas. Y sin embargo, la habían trastornado, se habían unido todas y la habían barrido dejando de ella solo los restos, el despojo que todos podían contemplar. Le vino a la mente una fotografía de Ofelia de unos años antes, aquel día que la convenció para que la acompañara a la playa con los niños. La había llamado y le había hecho aquella fotografía a traición mientras entraba en el agua con la falda enrollada alrededor de la cintura, aquellas mismas gafas, un pañuelo en la cabeza. Por timidez, había esbozado una sonrisa que, desde aquel momento, quedaría inmortalizada para siempre en algún álbum de la familia, en casa de quién sabe cuál de sus hijos. Fragmentos que quienes quedan se reparten,

la fatalidad de los días, las muchas vicisitudes. Y quien se los quede podrá mirarlos con los ojos que quiera, interpretarlos como mejor le parezca, alejándose cada vez más de la verdad, convirtiéndolos en algo completamente diferente. ¿Por qué en las fotografías casi siempre se sonríe? Solo los infames no lo hacen. ¡Qué tontería! ¿Por qué los más infames? O quizá sí, precisamente ellos, los que son como Tiago, los que no se exponen, que prefieren comerse el corazón antes que confiárselo a unas buenas manos. Pero la gente indefensa ríe en las fotografías, entrega una imagen infinita de sí, una felicidad que un día otros ojos tendrán que rastrear. Reía de algo, ¿por qué o por quién? Si no se hubiese dado cuenta de que la estaba fotografiando, no habría sonreído y entonces la fotografía habría sido otra, la de una mujer vieja y desarreglada que se mete en el agua, y tal vez el rostro habría quedado de perfil, y sin embargo solo había quedado de perfil el cuerpo, el rostro giró, se encontró con una cámara y sonrió. Haría lo mismo ahora que rezaba el rosario después de comer, sofocada por todas aquellas horas de viaje y por aquel tremendo calor, si la fotografiase entonces y ella se diese cuenta, esbozaría una sonrisa idéntica, a lo mejor idéntica no, pero parecida, tanto que al compararlas se confundirían y podrían convertirse en uno de esos juegos en los que dos dibujos en apariencia iguales tienen, en cambio, muchos detalles diferentes. Sin duda sonreiría si la fotografiase ahora, nadie se da nunca por vencido cuando se lo pilla por sorpresa.

Los tres niños jugaban juntos sin pelear. Estaban atormentando un hormiguero y Vasco se comía una hormiga tras otra. «¿Le harán daño? —se preguntó—. Si hasta ahora no se lo han hecho, ya no se lo harán». Se había rendido por fin a la evidencia. Su hijo era un devorador de hormigas. La primera vez que se lo vio hacer, dio un grito que ni siquiera ella sabía de dónde había podido salir. Luego le tapó la nariz para que abriera la boca y de la boca le salieron hormigas vivas y muertas, y ella le dijo que no volviera a hacerlo, que era peligroso, pero después se había dado cuenta de que no podía evitarlo, que en cuanto veía una hormiga se la tenía que comer, como algunos cachorrillos de perro hacen con la cal de las paredes. Se había convencido de que le sentaba bien y desde entonces lo dejaba hacer. Lo importante era que no se diese cuenta Ofelia, pero Ofelia no se

daba cuenta de nada, se había quitado los zapatos, le asomaba la hierba entre los dedos de los pies, se ahogaba en sus recuerdos dolorosos y rezaba no por agradecimiento, como quería dar a entender, sino para suplicar, porque ella siempre le pedía a la Virgen lo mismo desde hacía más de veinte años, le pedía que se la llevara pronto para sacarla de aquel infierno. Y así los niños jugaban sin que nadie los viera, porque don Manuel dormía después de la comida copiosa y doña Ofelia seguía con la letanía de sus lamentos antes de llegar. Solo Maria do Ceu los miraba, pero también ella un poco como si no los viese, en una de aquellas pausas de la maternidad que llegaban saludables y de improviso a poner un poco de distancia entre los afectos y los deberes. Tenía las piernas recogidas entre los brazos y la cabeza sobre las rodillas, se miraba de cerca sin ver casi nada, solo la breve pendiente que desde las rodillas llegaba hasta los pies encerrados en unas sandalias de cuero marrón con unos centímetros de tacón. No era una mujer alta, pero era guapa, hasta le decían que parecía una actriz norteamericana. Aquella Marta, en cambio, que tenía casi diez años menos que ella y no había tenido hijos, estaba ya redonda como una mujer madura, lo que en Portugal quería decir que pronto se pondría gorda. Nunca la había visto, solo vislumbrado una vez de lejos, caminando del brazo de Tiago en la rua Aurea. Para que no la vieran, Maria do Ceu se había escondido dentro de una tienda y los había seguido con la mirada hasta que desaparecieron. Entonces, por primera vez en tanto tiempo, sintió el fuerte mordisco de los celos. No los había visto nunca juntos, solo se los había imaginado, y era muy diferente. Los había visto alejarse: él, alto y delgado como siempre, ella, con unas caderas muy generosas para tener solo veinte años. No pudo resistirse, se dijo: «Parezco más joven yo», y nada más hacerlo se arrepintió, porque le pareció un pensamiento que no iba con ella, tal vez con aquella otra, pero no con ella. Y después recordó también todas las traiciones de los buenos amigos, aquellos que parecían amigos de ambos y que, sin embargo, en el momento decisivo habían elegido al que de los dos tendría, sin duda, un futuro mejor, al amigo que podría ayudarlos. Sobre todo aquel Victor, amigo de los tiempos de la universidad y que parecía quererlos tanto. Al final, por error, había caído en sus manos una carta que había escrito a Tiago en los días en los que al parecer, este había pedido

ayuda a todos. Cuánto cinismo leyó en las palabras de aquel al que había considerado amigo fraternal durante años, había sido capaz de decir incluso que ella ni siquiera era licenciada y que la otra sí, que tener los mismos intereses y la misma cultura era importante. Y a continuación hablaba del futuro, de cómo una compañera como aquella podría ayudarlo en su carrera, que para llegar alto ambos tienen que ser ambiciosos. La había apuñalado por la espalda de aquella manera y sin necesidad de hablar nunca de amor. Probablemente por esa razón había hecho blanco en el frío corazón de Tiago. Más adelante, cuando Tiago ya se había ido de casa, siguió durante bastante tiempo haciéndose pasar por amigo, y quién sabe cuánto habría durado aquella historia si ella no hubiese encontrado la vieja chaqueta que Tiago había olvidado llevarse, con aquella carta doblada en cuatro dentro del bolsillo interior. Pero al menos de Victor tenía las pruebas, el resto, todos los demás, simplemente habían desaparecido. Solo el hermano, el esquizofrénico Humberto, que entraba y salía de los hospitales, le había sido fiel, y un día que apareció en casa con un dulce en la mano sin haber avisado antes, le dijo: «Vamos a comérnoslo juntos, nosotros, los abandonados, ¿eh, Ceuzinha? Yo nunca seré amigo de esa otra. Me mira mal. La otra noche me invitaron a cenar y oí con estos oídos míos que le decía a Tiago: “Cuando lo invites a nuestra casa, dile que se lave en condiciones”. Así es que cuando terminó la cena y ella me preguntó si me había gustado, le dije que no, que estaba mala, pero que a lo mejor me lo parecía porque estaba acostumbrado a las buenas cenas de Ceuzinha». Ella se había conmovido y lo había abrazado, aunque oliera mal. La fatiga que Humberto tenía en la cabeza le hacía hacer cosas extrañas, como decir que iba a bañarse y luego tan solo dejar correr el agua. Se quedaba allí, la miraba con miedo, porque el ruido del agua al caer le parecían palabras amenazadoras dirigidas contra él. Entonces salía del baño con una toalla en las caderas para engañar a sus padres, se vestía y se sentaba en el sillón a fumar y a escuchar música. Hasta que el agua se salía de la bañera, pasaba por debajo de la puerta y llegaba hasta donde él estaba y hacía que su madre gritase: «¡Humberto! ¿Qué demonios te pasa? ¡Has vuelto a dejarte el grifo del baño abierto y ni siquiera te has lavado!».

Aquella vez, después de verlos, se había quedado un rato dentro de la tienda en la que se había escondido, hasta que una dependienta se le acercó para preguntarle si necesitaba ayuda y ella contestó que estaba buscando una blusa blanca y terminó por comprar una demasiado cara para su bolsillo. Por la noche, al volver a casa con la bolsa de la tienda en la mano, se sintió vacía como no le pasaba hacía tiempo. Y pensó que le habría gustado que la estrechara entre sus brazos un hombre diferente a los pocos que había conocido en su breve vida, un hombre incluso de pocas palabras, pero en el que por fin pudiera apoyarse un poco. Los hombres aún la miraban por la calle, la luz que tenía en los ojos debía de ser un antídoto potente contra la tristeza que llevaba dentro. Pero era ella la que no los miraba nunca, como si no hubiese nadie en el mundo excepto sus tres hijos, su casa, aquellos padres que ni siquiera eran los suyos, pero con los que se había encariñado. Manuel Ramalhete, además, por extraño que fuese, tenía sus propias ideas y, cuando se divorció de Tiago, él, en lugar de tomarla con ella como había hecho Ofelia, se enfadó con quien de verdad lo había arruinado todo. «Tener una amante hasta se puede comprender —había dicho un día—, pero abandonar a una mujer con tres hijos significa no tener corazón. No se deja a la esposa, uno se casa solo una vez y a lo hecho, pecho. Son las amantes las que tienen que resignarse». Al oír aquellas palabras, Ofelia se había hinchado como un pavo real y miró a Maria do Ceu de arriba abajo. Pero don Manuel pensaba de otra manera, decía que, aunque ella lo hubiese echado, él ni siquiera se lo había hecho repetir dos veces, había usado el orgullo de su mujer para no tener que sentir sobre su conciencia el peso de lo que hacía. Y había más, pero eso se lo guardaba para él, y tenía que ver con la historia de la pide, cuando esta importaba. Se había esforzado mucho para que nadie pudiera perjudicarlo por aquel asunto de las octavillas, para salvarlo había tenido que avalarlo él en persona y, como si eso no bastase, le había encontrado también un trabajo a aquel «comunista-comodista», como ahora lo llamaba en familia.

Maria do Ceu despertó a Manuel Ramalhete quitándole el trozo de hierba de los labios.

—Padrastro, se está haciendo tarde. Si no nos ponemos en marcha, no sé a qué hora llegaremos.

—Tienes razón —le dijo bostezando. Después le estrechó una mano y se la besó—. Estaba soñando contigo, —dijo poniéndose en pie.

—¿De verdad? ¿Y qué soñaba?

—Que te casabas otra vez.

—Espero que con otro.

—Por supuesto. Si se volviese a presentar ese comodista, lo sacaba de la iglesia a base de patadas en el trasero, puedes jurarlo.

—¿Y cómo era?

—¿Quién?

—Ese otro.

—Un buen hombre. Uno que te quería.

Subieron otra vez todos al coche y, esta vez, con el traqueteo de las carreteras llenas de baches, los niños se quedaron dormidos uno sobre el otro casi al mismo tiempo. Era raro que Manuel Ramalhete, desde que había terminado aquella larguísima dictadura, pareciera haber olvidado que él había sido uno de sus colaboradores, parecía una casualidad que nadie del nuevo Gobierno hubiera ido a buscarlo, más aún, lo encontraba algo natural. A decir verdad, este nuevo Gobierno le gustaba más que el otro, la única diferencia era que con el otro ganaba un dinero extra y con este, en cambio, no ganaba nada. En cualquier caso, había adoptado la costumbre de considerar a los hombres del antiguo régimen como auténticos criminales, y cuando lo decía en voz alta era el primero en creérselo, porque él era así, un hombre capaz de quitarse una máscara para ponerse otra.

Cuando llegaron al santuario, el sol, por suerte, había desaparecido y se había levantado un poco de viento. Ofelia decía que sentía las piernas adormiladas, así es que antes de bajar del coche su marido le dio un buen masaje con una pomada que él definía como «milagrosa» solo porque era un mejunje que le preparaba Maria José y que él, en casa, hacía pasar por un descubrimiento que le proporcionaba un cliente. «Un descubrimiento —decía— que viene nada menos que del Japón».

Milagroso o no, el masaje hizo su efecto y así, paso a paso, apoyada en su marido, Ofelia llegó ante la imagen de la Virgen con un aspecto que no

era de este mundo, sino del otro, el único en el que todavía creía. Le pidió a Maria do Ceu que fuese a comprarle un cirio, de los grandes, y al marido que le vendase bien las rodillas.

—No tienes que exagerar —le dijo Manuel Ramalhete mientras la vendaba—. La Virgen conoce bien tu fe, haz solo un tramo.

—No vengas tú a decirme lo que tengo que hacer.

—Después te encontrarás mal.

—No importa. Cuanto peor esté yo, mejor saldrá la operación.

—Si yo fuese la Virgen, me ofendería un razonamiento tan prosaico.

—Pero no lo eres —le respondió ella con los ojillos que parecían lápices afilados—. No lo eres en absoluto.

—Hazme caso, da solo una vuelta.

—Mira cómo hablas, Manuel, no estamos en el tiovivo.

Se hizo ayudar por Maria do Ceu para ponerse de rodillas, después, con el cirio encendido en la mano derecha y el rosario en la izquierda, los ojos dirigidos al cielo en un éxtasis poco creíble detrás de aquellas gafas, se metió en el recorrido ya lleno de fieles y comenzó a caminar de rodillas, recitando sus jaculatorias. Al verla avanzar así, Manuel Ramalhete movía la cabeza.

—Volverá destrozada —dijo buscando la mano de Maria do Ceu.

—Pero estará tan contenta. Ya la conoce.

—Mañana tendrá las rodillas hinchadas como dos melones. Necesitará bastante tiempo para recuperarse. Y me pregunto si un ser humano con un poco de cerebro tiene que ponerse a hacer estas cosas. ¿Qué dices tú, Ceuzinha, la Virgen estará de verdad contenta viéndola arrastrarse de este modo inhumano?

—¡Cuánta confianza en mí, padrastro! ¿Qué voy a saber yo? Son los misterios de la fe.

—Eso, has dicho la palabra precisa, los misterios justamente. Vete a saber.

Ofelia logró completar dos recorridos antes de caer extenuada sobre un costado, con la rodilla izquierda que empezaba a sangrar. Tuvieron que levantarla a pulso, quitarle la cera ardiente que le había caído en la muñeca con la caída, volver a ponerla en pie, darle un poco de agua. Después la

sentaron en un banco donde siguió rezando sus oraciones con los ojos fijos en los de la Virgen, en un diálogo en el que nadie podía participar, solo contemplarlo; a Manuel Ramalhete le recorrían escalofríos la espalda.

—¿Qué se dirán? —preguntó a Maria do Ceu—. ¿Crees que puedo estar tranquilo?

—¿Usted? Usted no tiene nada que temer. Podría venir Nuestro Señor en persona y usted sería capaz de hacerle cambiar de fe.

—¡Qué exageración! —dijo lleno de orgullo—. Eres siempre una exagerada.

Esperaron todos a que doña Ofelia terminase sus rezos sentada en aquel banco, todavía con las rodillas vendadas, con aquellas gasas un poco negras de suciedad y un poco rojas de sangre. El dolor la volvía radiante. Si hubiese podido, habría continuado hasta llegar al hueso de las rodillas, habría continuado hasta que las piernas se le desprendieran, hasta consumirse por completo dejando tras de sí una estela espumosa de baba y sangre, al tiempo que todos gritaban el milagro de la mujer que había perdido las piernas y se estaba reduciendo a la nada para entregarse por completo, en cuerpo y alma, a la Virgen, que —como todos verían— la seguía con la mirada, y que entre todos los fieles solo la miraba a ella.

El regreso fue más silencioso y más fresco que la ida. Por las ventanillas entraba el aire suave del atardecer y en el coche cada uno estaba ensimismado en sus pensamientos. Manuel Ramalhete repasaba mentalmente lo que le diría al día siguiente a Maria José para que le perdonase por haberla dejado todo el día sola. Maria do Ceu ni siquiera pensaba, estaba tan cansada que daba cabezadas, cayendo enseguida en un sueño del que salía a la primera sacudida. Ofelia estaba apagada, se repetía siempre la misma frase: «Le he agradecido, puede estar contenta. Volveré después de la próxima operación. Le he dado las gracias». Rita y Joana dormían abrazadas pero, con cada bache, Joana abría un poco los ojos y miraba a su hermana con cierta antipatía. Vasco estaba despierto. Todo aquel día había encendido su imaginación. ¿Sería de verdad una santa, su abuela? Habría querido preguntárselo a su madre, pero su madre no hacía más que dormirse y despertarse, y un mechón de pelo le caía sobre el único

ojo que él podía ver y no llegaba a saber cuándo se dormía y cuándo se despertaba. Tenía los ojos bien abiertos para disfrutar del último paisaje del ocaso. A veces acariciaba la mano de su madre, la miraba fingiendo tener los ojos cerrados. Sí, era posible que la abuela fuera una santa y su madre un ángel que lo protegía. Todo habría sido aún más bonito si el día siguiente no fuera lunes. Intentó volver al principio, al inicio de aquel magnífico día. Pero no era capaz de seguir el hilo como hubiese querido, había recuerdos que ya confundía. La mano de su madre, después de todo, era lo más hermoso de aquella jornada. Entonces se la acarició de nuevo y luego, puesto que ella no reaccionaba, se la apretó con más fuerza, hasta que el contacto le dejó las manos resbalosas de sudor.

Cuando llegaron al portal de Maria do Ceu, los niños dormían profundamente. Manuel Ramalhete se los llevó en brazos uno por uno a casa, la ayudó a desvestirlos y a meterlos en la cama.

—Y ahora me voy que la abuela espera abajo —le dijo dándole un beso en la frente.

—Sí, no la haga esperar.

—Cuántas cosas querría decirte, hija mía.

—Lo sé, padrastro, pero estamos hechos de esta manera rara. Nunca conseguimos decirnos nada.

Se asomó a la ventana para verlo subir al coche y levantar la cabeza para despedirse otra vez, mientras Ofelia, con esfuerzo, sacaba la suya por la ventanilla y le hacía un gesto con la mano.

—Buenas noches —dijo casi susurrando—. Id despacio.

Y volvió a entrar, cerró la ventana, se desnudó y se metió en la cama que no había tenido tiempo de hacer por la mañana. Se quedó con los ojos abiertos en la oscuridad de la habitación, y por un instante sintió un poco de miedo que espantó con un suspiro. Luego le pareció oír los latidos de su corazón en la almohada. «¡Qué tontería! —pensó—, basta con cambiar de postura». Se dio la vuelta y enseguida se durmió.

OceanofPDF.com

XXVII

No era fácil ser la hermana de Rita. Joana se estaba haciendo cada día más guapa, era alta, delgada, con un rostro anguloso y expresivo, los ojos entre el marrón y el verde, dependía del color del cielo, y una sonrisa casi irónica. La belleza, que no había sido un obstáculo durante la infancia, en la adolescencia se había transformado en una tortura para ambas. Para las dos, porque no solo sufría Rita, al contrario, si era posible, Joana sufría mucho más. Se querían, pero no se soportaban. Desde niñas, había que mantenerlas separadas después de las operaciones de Rita porque, si no, Joana encontraba siempre la manera de hacerla caer, de que se diese un golpe justo en la cara recién operada. Como aquella vez que estaban con el padre. Las había metido juntas a bañarse y se había ido al salón a jugar a la pelota con Vasco. No habían pasado ni cinco minutos cuando un grito los hizo correr. Se habían pegado y Rita se había dado un golpe en la cabeza contra el borde de la bañera. Habría bastado llegar un instante más tarde para que todo hubiese acabado en tragedia. Tiago se mortificó mucho por su descuido. Aquel domingo por la noche, cuando llevó a los niños de vuelta con Maria do Ceu, tuvo que aguantar una bronca tremenda y lo hizo cabizbajo, asintiendo a cada palabra, entonando el mayor *mea culpa* de su vida.

Las dos niñas se habían provocado siempre, ambas dominadas por unos celos casi furibundos. Rita envidiaba que Joana fuese cada vez más guapa, Joana se sentía abandonada por la madre, aunque no fuera verdad. Bastaba que Maria do Ceu corriese porque Rita lloraba o se quejaba para que, de repente, se pusiese ella también a llorar o a quejarse, y como veía que la madre no abandonaba enseguida a la hermana para ir a verla a ella, deducía

que ella era menos importante y esto la hacía sufrir muchísimo. El equilibrio de Vasco no servía prácticamente de nada, sabiamente se mantenía al margen de aquella guerra interna. Él era chico y, por tanto, diferente, no tenía nada que ver con ellas dos. A veces se encontraba en medio, pero siempre sin querer, y pagando un precio que, por su sensibilidad, era siempre demasiado alto.

Las dos niñas compartían la misma habitación, mientras que Vasco tenía para él solo una más pequeña, justo al lado. De noche las oía discutir en voz baja para que no las pillase la madre. Entonces él abría la ventana para dejar entrar solo los ruidos que venían de fuera, aunque fuese invierno e hiciese frío. Por precaución, se cerraba con llave, aquellas dos eran capaces de cualquier cosa, incluso de presentarse en plena noche en su cuarto para erigirlo juez de sus asuntos. Que se las apañasen solas, que se tirasen por la ventana primero una y luego la otra si querían, pero a él que lo dejasen en paz. No aguantaba más ver a su madre hecha polvo por aquellas peleas, aquellos gritos, aquel tirarse de los pelos continuamente que terminaba siempre con que Rita se hacía daño. Bajita y menuda, con un rosto de iguana, el cuerpo casi filiforme, Rita acababa siempre tirada en un rincón echando espuma por aquella boca que no lograba nunca controlar la saliva. Y gritaba, como si dentro de un cuerpo tan pequeño cupiese el estruendo, y el llanto deformaba aún más su rostro lleno de cicatrices. ¿Cómo podía su adorada melliza ser tan cruel? A veces intentaba llevarla aparte, hacerla razonar. Pero no había manera, Joana se transformaba en una fiera.

—¡Tú no te metas! —le gritaba poniéndose roja—. No te inmiscuyas, ¿me oyes?

A menudo habría querido empujarla contra la pared, sujetarla allí y decirle:

—Ahora no te suelto hasta que me expliques qué te pasa dentro de ese cerebro.

Pero luego desistía. Él era un chico y ella una chica, no podía usar la fuerza, no habría sido justo. Pero estaba harto de vivir en medio de aquel drama. La madre llegaba por la noche cansada tras una jornada de trabajo y no había día que no tuviese que ponerse a gritar más fuerte que ellas dos para que se callasen.

—¡Vais a conseguir que me dé un infarto! —gritaba dando portazos con todas las puertas de casa, una tras otra—. No tenéis compasión conmigo. Ni un día puedo volver a casa y respirar aliviada, ni uno puedo decir: bueno, hoy la noche se presenta tranquila, puede que logremos irnos a la cama sin tener que sacar los cuchillos.

Y a veces, exasperada como estaba, era capaz incluso de empeorar las cosas, de llevar aquellas discusiones hasta el paroxismo, hasta el punto en que terminaban por gritar las tres juntas en un *crescendo* que parecía no llegar nunca a la cúspide.

Por entonces, Vasco llegó a la conclusión de que las mujeres eran todas unas histéricas y de que la única manera de vivir un poco tranquilo era dejarlas en paz. También Ofelia, aquella mujer beata que de niño había tomado por una santa, ahora no le parecía muy distinta de las tres que tenía en casa. Histérica también ella, de otra forma, cierto, pero histérica en cualquier caso, si no, ¿por qué se empeñaba en infligirse de continuo tanto dolor? ¿Por qué cada vez que iba a verla le pedía que fuese a comprar Dolviran? El farmacéutico se lo repetía todo el tiempo: «Tienes que decirle a tu abuela que esté atenta con estas pastillas, que no son caramelos. Pero ¿cuántas toma al día?». ¿Y qué sabía él cuántas tomaba? A veces la había visto tragar un puñado, pero no se había atrevido a decirle nada y ella, al darse cuenta de que la había pillado, se llevaba el índice a la boca intimidándole para que no dijese nada. ¿Cuál era el motivo para tomar todas aquellas pastillas sino la histeria? Una vez le había preguntado al farmacéutico para qué servían. «Para el dolor de cabeza —le había contestado—, para los dolores de las articulaciones, para el dolor de muelas». Pero él no había oído nunca a su abuela quejarse de aquellos dolores y, por tanto, si aun no teniéndolos se tomaba todas aquellas pastillas al día, la respuesta podía ser solo una: la de la abuela era histeria de vieja.

Se habría mantenido al margen durante mucho tiempo si al final no se hubiese dado cuenta de que las cosas estaban empeorando de forma peligrosa. Comenzó notando que Joana caminaba de forma extraña, ligeramente encorvada y con unos andares más parecidos a los de los chicos, luego se dio cuenta de que se mordía continuamente los labios y los tenía todos agrietados, que se mordía las uñas, que se cortaba el pelo cada

día un poco más hasta que lo llevó casi al cero y que, cuando iba al baño, abajo, por la rendija de la puerta, no pasaba nunca luz, ni de día ni de noche.

Una vez que estaban solos en casa, se quedó esperándola en la puerta.

—¿Qué haces? —le dijo por la espalda cuando la vio salir.

—¿Qué quieres? ¡Me has asustado!

—Joana, ya basta, dime qué te pasa.

—No me pasa nada.

—No es cierto. Has nacido guapa, lo sabes, te lo dice todo el mundo, no puedes hacer nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—¿Qué se te ha metido a ti? Crees que volviendote fea tú, Rita pueda…

—Cállate. No sabes nada.

—Yo no sabré nada. Pero tú sales todas las noches y vuelves demasiado tarde. El otro día un amigo…

—¿Qué amigo?

—Eso no te importa. Un amigo me ha dicho que te vio en el Barrio Alto y que estabas borracha. ¿Ahora bebes?

—¿Te lo pregunto yo a ti?

—¿Qué te pasa, Joaninha?

—¿Que qué me pasa? —le respondió ella con los ojos ya llenos de lágrimas—. Nada. Y, encima, ni siquiera sé hablar.

—¿Qué quiere decir que no sabes hablar?

—Ninguno de nosotros es capaz. En nuestra familia no se habla. También tú, Vasco, eres como todos nosotros, sufres en silencio.

—Pero en mi silencio no me gusta verte sufrir. Escucha, cada vez que entras en el baño me doy cuenta de que no enciendes nunca la luz, ¿por qué lo haces?

—Para no verme.

—¿Eres demasiado guapa?

—No, soy demasiado fea.

—Greta Garbo dejó de mirarse en los espejos cuando se hizo vieja, pero tú eres joven y también la chica más guapa que he visto nunca. Pero ¿cómo haces cuando estás en el baño a oscuras?

—Me apaño. Me meto en la ducha, me lavo bien, luego me peino, me seco el pelo…

—¿Todo a oscuras?

—Todo.

—Quieres convencerte de que eres fea por Rita, para poder pelearte con ella toda la vida, ¿verdad?

—No nos llevamos bien.

—Pero la quieres.

—No lo sé. A veces solo oír su voz me saca de mis casillas. No la entiendo cuando habla.

—Tampoco yo la entiendo siempre, pero no es culpa suya. La han reconstruido entera, incluso la voz. Es la voz que han conseguido darle.

—Y, entonces, ¿qué haces? ¿Asientes y finges entenderla?

—No. Me esfuerzo por entenderla.

—No es posible, Vasco. Incluso el abuelo, ¿lo has visto? A veces él tampoco la entiende. ¿Has visto lo que hace? Se pone las manos detrás de las orejas y, mirándonos a alguno, dice: «¿Qué ha dicho?». Y ella se enfurece, la toma con todos. Si me peleo con ella, no le hablo y así no tengo que fingir que la entiendo.

—Tienes que esforzarte. Sé que es difícil, pero alguna vez tienes que intentar ponerte en su lugar.

—Llevo intentando ponerme en su lugar desde que nací. Pero no lo consigo, Vasco, ¡no lo consigo! —gritó rompiendo a llorar y echándose en sus brazos—. Cómo puedo ponerme en su lugar, ¿eh? Dímelo tú, ¿cómo lo hago? Cada día de Dios ella me mira y, aunque no dice nada, sé lo que piensa, piensa: «¿Por qué yo y no tú?». Y yo no sé qué responderle y, entonces, querría arrancarle los ojos.

—Tranquila, Joana, cálmate. Ven a tumbarte.

La acompañó a su habitación y la hizo tumbarse en la cama. Le puso dos almohadas bajo la cabeza y luego se tumbó junto a ella.

—Escucha, ¿sabes cuál es el objetivo de la vida de Rita?

—Volverme loca.

—No. Aceptarse. Ella tiene ese único y dificilísimo deber. Vivir junto a ti no la ayuda, pero tú no puedes desmejorarte para complacerla, no es eso

lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Ni siquiera ella lo sabe. ¿Cuál será tu objetivo en la vida? ¿El trabajo? ¿La familia que formarás? Como cada ser humano tendrás muchas posibilidades de elegir. Ella solo tiene una: aceptar por qué ese calvario le ha tocado a ella y no a otra persona. Aceptarlo, no entenderlo.

—¿Y yo qué culpa tengo?

—Ninguna. Y digamos también que el objetivo de este momento preciso de tu vida es solo ese, entender que no tienes la culpa, que la elección no ha sido entre tú y ella, sino que, si ha habido alguna vez una elección, ha sido entre ella y quién sabe cuántos otros miles de personas. Suponiendo que este razonamiento tenga sentido.

—No me digas que tú no te has sentido culpable nunca.

—Nunca he tenido ganas, es distinto.

—Pareces el abuelo. Querer es poder.

—Puede ser, igual tiene razón.

—Ahora, lo siento, pero no tengo ganas de seguir hablando. Tengo que salir.

—Intenta no llegar demasiado tarde. Mamá se preocupa. Está despierta hasta que vuelves y por la mañana se tiene que levantar temprano. Vamos a intentar colaborar un poco todos, ¿de acuerdo?

—Vasco, por favor, no hagas de padre.

—No necesito hacerlo, ya tenemos uno.

—¡Qué bien! No me había dado cuenta.

—Ya basta.

¿A quién podía recurrir Maria do Ceu? A nadie. Si hubiese pensado como Ofelia, habría ido a la iglesia a hablar con un cura. No es que ella no tuviese fe, pero la tenía a su manera, una manera que ningún sacerdote habría aceptado. Lo que necesitaba era encontrar a alguien con quien hablar, alguien a quien decirle: «Hola, estoy muerta de cansancio y no puedo más. Trabajo todo el día y, cuando vuelvo a casa, me toca volver a empezar. Preparo la cena, recojo la ropa que tendí la noche anterior, me pongo a planchar un poco, digo a mis hijos que pongan la mesa, comemos todos

juntos. Luego continúo planchando delante de la televisión hasta que me siento aturdida y, entonces, me voy a la cama. Tengo que llegar así a la cama, aturdida, y luego tomarme además un par de Lexotan, o sino ¿quién se duerme? Habría querido continuar estudiando, pero no he podido. Habría querido tener una cultura autodidacta, pero no he tenido tiempo. Si pienso que *Orgullo y prejuicio* ha sido el único libro que he leído…, pero lo sé de memoria, podría casi recitarlo. Casi lo he gastado de las veces que lo he leído. Pero ¿por qué solo he leído ese? Será que soy así: entre todas las cosas, elijo una y basta. Siempre el mismo trabajo, siempre el mismo libro… ¡Bah!, quizá tendría que tomar un Lexotan también de día. Pero los medicamentos que de noche hacen dormir, de día ¿hacen que no pienses? Estoy muerta de cansancio desde siempre, no he tenido nunca un poco de tiempo para mí. Nunca me he comprado un vestido bonito, un bonito par de zapatos, un buen bolso, no voy nunca al peluquero, nunca he ido a una esteticista, siempre tengo que contar hasta el último céntimo. Si Tiago quisiera, podría hacer que viviésemos mucho mejor, pero no quiere, o quizá no quiere Marta. Los hombres se parecen siempre mucho a la mujer que tienen al lado. Yo ni siquiera he sido capaz de eso. Cuando estaba conmigo, Tiago no se parecía a mí en nada. Cuando estaba conmigo. Pero ¿hace cuánto tiempo de eso? ¿Sucedió alguna vez de verdad? Estoy tan cansada que a veces tengo la impresión de haber olvidado todo mi pasado. Pero sé también que no es verdad porque continúa aplastándome, siento todo su peso. Mañana por la mañana querría despertarme descansada, con una sonrisa en los labios, feliz también solo de ponerme los zapatos. Pero para despertarse así hace falta haber dormido abrazada a alguien, hace falta haber recibido un poco de calor. Por eso debo de haberme olvidado de mis años con Tiago, porque él era frío, y por la mañana yo me despertaba con los pies helados, con el corazón temblándome siempre en el pecho. Me calentaba un poco bebiendo café tras los cristales de la ventana, intentando mirar dentro de las casas de los demás. Algunas veces me miro en el espejo y me pregunto: Ceuzinha, pero ¿quién eres? Y Ceuzinha no me contesta, se queda ahí mirándome, muda. Entonces me doy miedo, si ni siquiera ella tiene nada que decirme… Ceuzinha, ¿sabes que hubo un tiempo en que eras

revolucionaria? Cuando se lo digo, ella levanta una ceja, me mira asombrada.

»Quiero muchísimo a mis hijos, son toda mi vida, por ellos me dejaría hacer pedazos, pero no he sido nunca feliz, ni siquiera por amor a ellos. No quería ser una madre deprimida y, sin embargo, he terminado convirtiéndome en eso. Me esfuerzo, intento sonreír, parecer alegre. Cuando eran pequeños era más fácil engañarlos. Ahora no sé ya si se lo creen. Son tan distintos uno de otro. Ninguno se parece a mí, solo Vasco tiene mis dientes, pero ¿quién se fija en los dientes? Se parecen los tres al padre. Debe de ser nuestra tradición familiar, ¿verdad, mamá? Nuestros hombres nos abandonan, pero nuestros hijos se parecen a ellos. Tiago era el chico más guapo de Lisboa, pero cuando sea mayor parecerá un viejo inglés, de esos exaltados, con los ojos siempre un poco brillantes por la euforia que siempre han mantenido bajo control. Le saldrán machas rojizas en la piel, tendrá barriga, perderá algo de pelo. Para él preveo solo bienestar económico y de ningún otro tipo. No sé si será suficiente para él. Pobre Marta, debe de odiarme. Después de tantos años, para cualquier problema se dirige aún a mí. Cada poco me llama por teléfono y me dice: “¿Tienes un momento para mí?”. Y yo no le digo nunca que no, aunque no tenga tiempo. ¿Por qué lo hago? Es inútil que me engañe, lo hago porque me da satisfacción, porque es como si me declarase su derrota cada vez. Pero él ni siquiera se da cuenta. Es tan obtuso. Lo sabemos solo Marta y yo. Puede que eso me baste.

»Ni siquiera muriéndome voy a poder quitarme de encima todo este cansancio. Donde quiera que vaya, lo llevaré conmigo, de eso estoy segura. He acumulado demasiado, he exagerado. Aquellas vacaciones en el mar, en el Alentejo, con los niños. Nos fuimos con aquel enorme Peugeot 504 naranja que me había comprado de segunda mano, y tardamos siete horas en llegar. Ellos tres detrás, gritando todo el tiempo, y yo chillando que se callasen un rato. Cuando llegamos, deseaba solo que aquellas vacaciones terminasen lo más rápido posible. Quince días en el infierno. Salían huyendo de casa por la mañana, aquellos tres diablos, y volvían por la noche. Me pasaba todas aquellas horas sin saber qué había sido de ellos, dando vueltas de playa en playa. Siempre tenía miedo de que se ahogasen.

Y, sin embago, un día me enteré de que Vasco casi muere asfixiado por una uva. Lo salvó la rapidez de Joana que llamó a un hombre, un padre de familia, que lo puso boca abajo hasta que escupió aquella maldita uva que me lo estaba matando. Vasco estaba a punto de morir y yo no estaba allí con él. Aquella noche los metí en la cama, temblando los tres del susto que se habían llevado. Esperé a que se durmiesen y luego lloré toda la noche. De ahí comenzaron a venirme extrañas fijaciones, fue ahí cuando comencé a hacer cosas que nadie me había dicho nunca que hiciese, que se me han ocurrido a mí sola. Es más o menos de aquella época mi costumbre de tener siempre un vaso de agua sobre la mesilla. Un agua que no bebo, sino que escruto. Se me ha metido en la cabeza que, si dentro del agua se forman muchas burbujitas, quiere decir que hay alguien que quiere para mí un mal y, como querer para mí un mal significa quererlo para mis hijos, me pongo alerta, enciendo mucho incienso, controlo sola si me han echado mal de ojo, se lo controlo a mis hijos. Es una cosa de locos, aunque, en el fondo, no tanto. El mal existe, se puede oler también, yo al menos lo huelo. Lo huelen todos, aunque finjan que no. Son esas pestes repentinas, esos hedores insoportables que pueden salir incluso de la ropa recién lavada. Abres la puerta de la lavadora y, por un instante, te llega un tufo tremendo. Cuando lo huelo tan fuerte, me santiguo y corro a ver el agua del vaso. Las dos cosas coinciden casi siempre.

»Me he convencido de que Marta odia a mis hijos. Estoy segura. También en esto se ha equivocado Tiago, ha querido mantener separados sus dos mundos durante demasiado tiempo, durante años hizo creer a los niños que vivía solo. Luego, de un día para otro, decidió que había llegado el momento. Un domingo los llevó a comer fuera y luego a su casa, donde encontraron a Marta con una tarta de chocolate en la mano y las bebidas en la mesa del comedor, los platos de papel y las servilletas decoradas. Cuando me lo contaron por la noche, tuve un repentino ataque de celos, sobre todo, por Vasco que, por lo que me dijeron, fue quien más atenciones recibió. Claro, el chico que se parece al padre, el que habría querido darle ella. Pero luego no ha sido capaz de crear una relación auténtica entre sus hijos y esa mujer. Se han visto siempre poco, no han ido nunca a dormir a casa del padre, donde no ha habido nunca una habitación para ellos, tampoco una

fotografía suya. Él no le ha dado hijos y ella, poco a poco, ha rechazado a los que él tenía. Adiós tartas en la mano a la puerta de casa, bebidas, platitos, adiós. Se limitan a verla un par de veces al año. Y, en vez de llamarla por su nombre, la llaman la *bruxa*. Es aquí donde ella ha demostrado toda su insignificancia. No hacía falta nada para conquistar a los niños. Seguro que nunca habría podido ocupar mi lugar, pero hacerse querer, eso sí. Y, sin embargo, la rabia de no poder tener hijos, de no poderlos tener porque él no los quería, ha hecho que los míos se le hiciesen antipáticos. Sobre todo, Rita, pobre criatura mía. Me han dicho ellos —y yo los creo— que la mira con repulsión. Y así se han alejado también del padre, es normal, si el padre quiere a una mujer que los odia…

»A veces querría decírselo: “Marta, tienes diez años menos que Tiago, no tienes ni hermanas ni hermanos. Un día Tiago morirá y tú estarás completamente sola”. Pero son solo pensamientos que me hago en la cabeza, ni siquiera he conocido nunca a la tal Marta.

»Estoy muerta de cansancio, Rita es un pensamiento que también me llevaré a la tumba, Joana tendrá un destino complicado como el mío, Vasco no, él no me preocupa, para él veo algo bueno. Cuando duerme, desde que era pequeño, tiene como una extraña y hermosa luz alrededor, una luz que le sale de la boca. Tengo dos hijos muy guapos. Rita, pobre hija mía, quién sabe qué ha querido para nosotras la naturaleza cuando naciste tú, quién sabe cuántas burbujitas de agua habría habido en mi vaso si también en aquella época hubiese tenido siempre uno sobre la mesilla. Ningún médico ha sabido decirme cómo sucedió, de qué dependía. Desde que naciste, no hago otra cosa que acordarme de todo lo que hice cuando estaba embarazada, lo he escrito todo en un cuaderno y no sé a cuántos médicos se lo he enseñado. A veces te miro y me odio por haberte hecho esto. En los momentos de rabia me lo has preguntado muchas veces y yo, como respuesta, solo la he sabido dar puñetazos contra la pared, he manchado la pared con mi sangre. Habría querido verte en mi lugar, habría querido verte, de verdad. Sí, con qué valor habrías hecho lo que querrías que hubiese hecho yo. Y cada vez que hablas así me haces temblar de terror, me haces vivir en un precipicio de miedo. ¿Y si se mata? ¿Si te matas? No lo hagas, por favor, no, no lo hagas, hija mía. Es todo tan terrible, lo sé, pero mira

cómo hemos avanzado juntas, cuánto camino hemos hecho. Cuando eras pequeña, me dijeron que estaba loca, me lo dijeron también los médicos. Te miraban y me decían: “Pobrecita, no hay nada que hacer”. Y yo los odiaba, echaba espuma por la boca de rabia y dolor, te arrancaba de sus brazos y te estrechaba contra mí, solo contra mí. Porque eras mía, fruto de mi vientre, carne de mi carne, nada que ver con aquellos monstruos que te miraban con compasión y te decían “pobrecita”. No hay nadie en el mundo que me guste cómo te mira, nadie, ¿sabes? En la mirada de todos leo lo que no quiero, en la de la abuela Ofelia y el abuelo Manuel, en la mirada de tu padre, de tus hermanos, que sin embargo han nacido después de ti y son los únicos que creciendo a tu lado han sabido siempre que eras distinta pero no te han encontrado nunca extraña, o quizá es porque ellos son hijos míos y, entonces, cualquier mirada suya la justifico porque lo he hecho yo.

»Hija mía, si supieses lo cansada que estoy de ti y de mí, de esta lucha nuestra que no terminará ni siquiera cuando termine. Lo sé porque no termina con la última operación, esta es una lucha que no termina nunca y que un día tendrás que continuar sola, y eso, créeme, es mi mayor tormento, y cuando pienso en ello tengo que arrodillarme, sí, me sucede incluso en la oficina, encerrada en mi despacho de rodillas pidiendo ayuda a la madre de Cristo, a esa pobre madre que debe de tener piedad de todas las madres. Incluso de mí».

No había servido de nada. Había sido bonito, pero no había servido de nada. Una especie de vacaciones en las que, durante un breve tiempo, se hace una vida mejor, se vuelve a la ciudad bronceado y luego todo vuelve a ser como antes.

Hacía mucho que no iba a la cafetería de enfrente de la oficina, desde que Cidália se había casado y se había ido a vivir al norte con el marido. Pero aquella tarde, justo después de comer, había tenido una especie de indisposición, un mareo que la había asustado.

—¿Has tomado hoy café? —le había preguntado la telefonista.

—No, hoy no he tomado.

—Debe de ser por eso. Si quieres te acompañon y me tomo yo uno también, me apetece.

Así que bajaron juntas, entraron en el bar y se sentaron.

—A lo mejor no basta solo un café —había dicho la telefonista—. Vamos a pedir también una rebanada de dulce, y la compartimos.

Y, mientras esperaban, habían comenzado a hablar de sus problemas. Una decía que tenía muchas ganas de ser madre, que después de dos años de matrimonio aún no pasaba nada; la otra, riendo, le respondió que a ella pocos años de matrimonio le habían bastado para tener tres, pero que quizá en tener hijos había algo que no funcionaba porque, cuando ella se había convertido en madre, su marido se puso enseguida a buscar a otra.

—Si quieres un hijo, te lo presto yo —le dijo entre risas—. A lo mejor ahora están ya un poco creciditos, no sé si te conviene.

—Sería siempre mejor que nada —contestó la telefonista—. Pero, no te creo, no me los prestarías ni un día.

Sentado en la mesa de al lado había un hombre que leía un periódico inglés. Tenía aire de extranjero, pero se dirigió al camarero en un portugués perfecto.

—Si la señora se niega —dijo en cierto momento dirigiéndose a la telefonista—, yo podría prestarle uno.

Ambas se volvieron a mirarlo y, puesto que sonreía, sonrieron ellas también.

—Isidoro Vieira Askildsen —dijo tendiendo la mano primero a una y luego a la otra—. Con dos hijos.

—Qué nombre más raro —dijo Maria do Ceu—. ¿De dónde es usted?

—He nacido y vivido siempre aquí. Mi madre es portuguesa, pero mi padre era noruego.

—Le pido disculpas.

—¿Por qué?

—No pensaba que estuviese muerto.

—¿Quién?

—Su padre.

—De hecho, no está muerto. Al menos, no lo creo.

—Ha dicho «era».

—Porque no lo he conocido. ¿Sabe?, es una de esas historias muy comunes. Un hombre llega a un país extranjero, conoce a una muchacha

guapa del lugar, luego la chica se queda embarazada y él se va.

—Sí —respondió Maria do Ceu—. Es realmente una historia muy común. Pero ahora tendrá que perdonarnos, tenemos que volver a la oficina.

—¿Trabajan aquí cerca?

—Ahí enfrente —respondió la telefonista—. ¿Ve aquel cartel donde pone Dardo? Ahí es donde trabajamos.

Y luego, mientras subían las escaleras y Maria do Ceu la reñía por haber dicho dónde trabajaban, la telefonista, con la respiración entrecortada, le contestó:

—Le has gustado. Se veía de lejos.

—¿Y qué?

—Nada. Al menos sabe dónde trabajas.

—¿Tendría que darte las gracias?

—No irás a decirme que no te gusta, ¿verdad?

—Métete en tus asuntos, ¡tira!

Y así, desde aquel día, cada vez que salía de la oficina, Maria do Ceu se lo encontraba siempre delante. Una vez era solo un buenas tardes, otra un qué tal, un hoy hace frío, un parece que llueve, hasta que una tarde, a bocajarro, Isidoro le dijo:

—No sé ya qué inventarme.

—¿Qué quiere decir?

—Se lo ruego, no me complique las cosas. No sé cómo pedírselo.

—Está bien, le ayudo. Quiere invitarme a tomar algo, ¿no?

—¿Por qué? ¿Aceptaría?

Entonces comenzaron a caminar uno junto a la otra y llegaron a la rua da Conceição. Como estaba hablando de manera apasionada, Isidoro había acelerado el paso, y estaba a punto de acelerarlo aún más cuando Maria do Ceu le dijo:

—Pero ¿dónde quiere invitarme a tomar algo? ¿Al otro lado de la ciudad?

Isidoro se sonrojó como hacen los rubios, comenzando por la nariz. Luego empezó a balbucear algo que no se entendía, en tanto se había levantado el viento y la bufanda le volaba junto al cabello. Maria do Ceu se

esforzó por comprender lo que le estaba diciendo, pero después de unas pocas palabras se echó a reír en su cara.

—¿Tan ridículo soy? —le preguntó él.

—No —le respondió ella intentando recomponerse—. Es que no estoy acostumbrada ya a salir con nadie y…, no sé, creo que me he conmovido un poco.

—¿Y usted cuando se conmueve se ríe?

Lo empujó dentro de un bar sacudiendo la cabeza, le empujó con las dos manos en su espalda. Se sentaron a una mesita y se contaron toda la vida. Fue así como Maria do Ceu supo de su matrimonio, una historia que desde los primeros tiempos había dado señales de poca armonía. Se querían mucho y se conocían también desde hacía mucho tiempo, pero vivir juntos había resultado algo completamente distinto, mucho más complicado. Caracteres que, en vez de llevarse bien, excavaban trincheras. Él era un sentimental y, por ese motivo, su mujer se burlaba de él todo el tiempo, pero además de sentimental, era también susceptible, y las cosas así no se podían arreglar. En medio de todo aquel tira y afloja, habían nacido dos chicos. Lo habían intentado, habían hecho todo lo posible, luego se habían rendido, cada uno se había ido por su camino. Pero habían seguido siendo buenos amigos, y él se ocupaba mucho de los hijos, por eso el otro día había ofrecido uno en alquiler a su colega, porque él tenía a los hijos prácticamente todos los fines de semana y, a veces, también durante semanas enteras, no había una regla, los chicos estaban con quien querían y cuando querían.

—Bueno, su mujer es muy afortunada —le dijo Maria do Ceu—. Mi exmarido cree que ya hace mucho si los lleva a comer fuera el domingo. Por lo demás, ni se ve ni se oye.

—Es un poco triste.

—Pues sí.

Lo que la impresionó de Isidoro fue la espontaneidad. Era un hombre totalmente extrovertido, todo en él era evidente, parecía que diese palabras a los pensamientos antes de haberles dado forma. Y luego parecía que no tuviese ni idea de lo que era dar tiempo al tiempo porque, cuando salieron del bar, le preguntó si podía acompañarla un poco y, mientras iban andando,

hacía grandes planes, como si aquel haberse conocido y haber tomado un café juntos fuese ya el sello de un pacto, de un programa de vida que le exponía con la rapidez de una carrera sin frenos. Le dijo que podían pasar un domingo todos juntos, ellos dos más los hijos, que estarían seguramente de acuerdo, que podían tomar el tren a Cais do Sodré e ir al mar, a comer en un restaurante de la playa, y luego dar un largo paseo antes de coger el tren de nuevo para regresar a la ciudad e ir todos al cine.

Maria do Ceu llegó a casa aturdida. Nada más entrar sonó el teléfono y, al otro lado, escuchó la voz de Isidoro que le decía que la quería, que durante todo el tiempo había pensado cómo decírselo sin encontrar la manera, pero que, en cuanto se habían separado, la había encontrado y, entonces, había empezado a buscar una cabina de telefóno, pero la primera que había encontrado estaba rota, y entonces se había puesto a correr como un auténtico loco hasta que encrontó otra, desde la que la estaba llamando, y que estaba empapado de sudor, no porque hiciese calor, sino porque había corrido como un auténtico loco y, además, porque estaba muy emocionado.

—¿Qué hago? ¿Voy ahora mismo a tu casa? —le dijo casi gritando.

—Pero de verdad ¡tú estas un poco loco! —le dijo ella muy sorprendida—. Apenas nos conocemos, Isidoro, estás quemando etapas.

—¿Y qué hay de malo? Si tarde o temprano hay que quemarlas, ¿qué más da hacerlo pronto?

—Se tienen que quemar con sus plazos.

—¿Y quién los marca?

—Nadie… En fin, Isidoro, hay reglas que respetar. No somos dos críos. Hay por medio, además, cinco hijos.

—Pero yo te quiero mucho, no tengo ninguna gana de perder tiempo. Dime al menos que sientes lo mismo que yo.

—Dame dos días para pensar, ¿de acuerdo? Solo dos días.

—¿Dos días? Son cuarenta y ocho horas. ¿Y qué hago yo todo ese tiempo?

—Te calmas un poco.

Pero quien no se había calmado y no había encontrado paz había sido ella, que durante esos dos días se había preguntado mil veces qué le estaba pasando, si hacía bien o mal, si debía renunciar o tomar lo que la vida le

ofrecía aún. Isidoro respetó el pacto y durante dos días no se dejó ni ver ni oír. Maria do Ceu no sabía si esto debía alegrarla o preocuparla, pero cuando faltaba poco para que terminase el plazo, comenzó a mirar sin parar el reloj y, cuando faltaba ya solo un minuto, sintió como una espina de pescado que se le atravesaba la garganta. Comenzó a tragar nerviosa para intentar quitarse aquella sensación, pero aquella sensación seguía allí, así que empezó a beber un vaso de agua tras otro y se concentró tanto en aquel quehacer nervioso que no oyó nada, ni siquiera la voz de Rita que había ido a la cocina a decirle que habían llamado a la puerta y que un señor preguntaba por ella.

Y en aquel momento llegó a la entrada, medio ahogada por el agua, e Isidoro estaba allí, en la puerta, con un ramo de margaritas en la mano. Y a ella aquellas margaritas que tenían el nombre de su madre la conmovieron realmente, pero aquella vez no le dio por reír, sino por llorar, y ante sus hijos estupefactos se echó llorando a los brazos de aquel hombre, con la cabeza contra su pecho, mientras él estaba con los ojos cerrados y las margaritas en la mano. Y durante un rato se quedaron así, abrazados, sin decir nada.

Comenzó todo con una euforia que parecía demasiado bonita para ser verdad, una euforia que fue una vorágine de cartas, llamadas de teléfono, flores, encuentros, fines de semana, cenas ante la televisión sin platos, con los envases abiertos sobre las bandejas y vasos de papel en el suelo, los hijos de él en casa de ella, los de ella en casa de él, en un continuo traslado de maletas que no se deshacían nunca, de mucha ropa que lavar que nadie planchaba ya, de vacaciones en el mar donde alquilaban una casa de pescadores en el Alentejo sin siquiera baño, con una especie de retrete de cemento fuera y una manguera de agua en la parte de atrás, donde todos se duchaban después de la playa gritando de frío. Fueron dos años sin descanso que lograron milagrosamente tener en secreto para sus padrastros, dos años en los que se convirtió en la mujer más guapa de Lisboa, con una piel de terciopelo siempre bronceada, los ojos azules centelleantes, los músculos del cuerpo tensos como los de una atleta. Hasta que un día ella le dijo:

—Isidoro, es fantástico, pero no puedo más, no puedo seguir este ritmo. Han sido los dos años más hermosos de mi vida, pero ahora tenemos que volver a poner los pies en el suelo, hacer una vida más regular.

—¿Más regular? ¡Pero si es todo precioso!

—Precioso, sí, pero también muy cansado. Nosotros nos hemos unido, pero hemos dejado todo lo demás como estaba y, en cambio, ahora tenemos que pensar en ello. Por ejemplo, ¿qué sentido tiene tener dos casas? Podemos venderlas y comprar una más grande, donde quepamos todos cómodamente. No hacemos otra cosa que pasar de una casa a la otra como gitanos, siempre arrastrando maletas, con la ropa que no se sabe ya en qué lavadora está.

—¿Y qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, pero es agotador.

—Yo no me he cansado para nada.

—Pues yo sí, y también los chicos. Los chicos necesitan un lugar de referencia.

—¿Y qué tiene de malo para los chicos tener más de uno?

—Isidoro, estamos de novios desde hace casi dos años.

—¿Te quieres casar? Si te quieres casar, por mí va bien.

—No quiero casarme, quiero hacer vida de casados, quiero la rutina de todos los días, quiero saber que me iré a dormir siempre en la misma casa, que tú volverás por la noche, que puedo contar con alguien para las cosas prácticas como pagar un recibo, hacer la compra, ir a hablar con los profesores de los chicos…

—¿Por qué quieres cosas tan aburridas? Si estos dos años han sido tan bonitos, es precisamente porque hemos prescindido de ellas.

—Pero ¿cuánto crees que podemos seguir adelante así?

—No lo sé, no me planteo el problema. Si pienso en algo, pienso… pienso en nosotros dos, pienso que nos queremos, y que es bonito así, como en un juego.

—No quiero que sea un juego, quiero que sea una cosa seria.

—Pero yo juego en serio, Ceuzinha, créeme.

Y luego las cosas comenzaron a cambiar, se complicaron de repente. Fue como si aquellas pocas palabras que se habían dicho se hubiesen

atravesado al sentimiento y lo hubiesen frenado. Se amaron de otra forma aún durante un tiempo, haciendo ambos un grandísimo esfuerzo, viéndose aún los fines de semana pero no entre semana, hasta que un día Maria do Ceu le dijo que aventuras había tenido ya bastantes, que se acercaban el verano y la siguiente operación de su hija y que ella estaba muy cansada, cansada también de su manera de tener miedo, que era distinta de la de Tiago, pero que seguía siendo miedo de enfrentarse a las cosas de verdad. Le dijo que ella no podía permitírselo, era un lujo demasiado caro. Había sido bonito, pero quizá no se habían entendido nunca de verdad. Le dijo que, aunque lo sentía mucho, no podía volver a caer en el error de vivir junto a quien, en el fondo, aun siendo bueno de verdad, era también un poco cobarde.

Estas palabras las dijo bajo el portal de la Dardo, en una tarde de finales de mayo sin sol, y luego se despidieron estrechándose la mano, con la promesa de seguir siendo amigos, de no perderse de vista. Isidoro se dirigió a pasos lentos hacia el Rossio, Maria do Ceu atravesó la rua da Prata buscando nerviosamente, con mucha antelación, las llaves de casa en el bolso. No volvieron a verse nunca más.

OceanofPDF.com

XXVIII

Tardó casi una hora en levantarse de la cama para ir al baño. Se incorporó primero con las manos hundidas en el blando colchón, y en esa postura se quedó respirando con fatiga durante al menos diez minutos, después sacó primero una pierna y luego la otra, y durante otro rato se quedó sentada, con los pies hinchados dentro de las zapatillas, y de aquel modo empezó a moverse lentamente desde la cabecera de la cama hasta los pies, donde tuvo que detenerse para recuperar el aliento delante de la ventana abierta, desde la que veía la tienda y el escaparate del barbero. Se quedó así, respirando aquel aire que entraba en su cuarto como un minero que emerge de la tierra después de un día de trabajo y el aire puro casi se le sube a la cabeza. Luego se puso en pie sujetándose al larguero de madera de la cama. No tenía nada, no se sentía mal, es que tenía miedo. Desde aquella mañana, a Ofelia le había asaltado un miedo que la paralizaba. Su corazón no descansaba y le latía dentro del pecho de una forma que la hacía creer que había llegado finalmente su hora. Pero, como el tiempo pasaba y ella seguía viva, al final sintió el estímulo de ir al baño. Llevaba sola dos días, pero eso no la preocupaba más de lo habitual, hacía tiempo que se había acostumbrado a las ausencias del marido, sabía dónde estaba y saberlo ya no la afectaba mucho. Sin embargo, quizá el efecto hubiese llegado ahora a un punto culminante que nunca antes había experimentado y que todos los años de dolor hubiesen venido a su encuentro precisamente aquella mañana para caerle encima con todo su peso. Llegó al baño apoyándose en las paredes y, sentada en la taza, tras orinar con esfuerzo, se dio cuenta de que por el miedo no se había bajado las bragas y, mojada, se quedó allí llorando como no le sucedía ya desde hacía años. Cambiarse fue una operación larga y

complicada, pero cuando al final lo logró y volvió a la cama, cansada como si hubiese hecho un gran esfuerzo, descolgó el teléfono que tenía en la mesilla y llamó a Maria do Ceu al trabajo.

—Ceuzinha —le dijo—, ¿cómo estás?

—Yo bien, madrastra, ¿y usted?

—Como una vieja sin fuerzas. Quería preguntarte si después del trabajo podías pasar un momento a verme.

—Claro. ¿Necesita que le lleve algo?

—No, solo necesito verte.

—Pero ¿se siente bien?

—No lo sé. Me late fuerte el corazón. No me había pasado nunca. Tengo miedo.

—Son esos malditos Dolviran que toma. Se lo hemos dicho todos muchas veces, tiene que dejar de envenenarse así. No me atrevo siquiera a preguntarle cuántos toma al día.

—Los Dolviran no tienen nada que ver, hija. El corazón me lo ha arruinado la vida y hoy ha decidido dar guerra.

—Entonces pido permiso y voy enseguida a verla. La oigo demasiado nerviosa para dejarla sola.

—No tienes que pedir permiso, basta con que me llames para oír cómo estoy.

—No, prefiero ir ahora mismo. Mientras tanto, llame usted al médico, ¿de acuerdo?

—¿Y qué crees que va a saber él?

—¡Es médico! Le dice usted lo que siente, y quizá le dé un calmante.

—Te espero.

Y colgó sin darle tiempo a añadir nada más, entre suspiros y con el rosario en las manos. Habría querido rezar, pero no encontraba la concentración, sentía que sus pensamientos la llevaban a otro lugar, que le decían cosas que ella ni siquiera entendía. Le parecía que dentro de su cabeza había una voluntad que intentaba hacerse escuchar, pero por mucho que se esforzase no lograba oír su voz. Se puso otra almohada en la espalda y se quedó mirando al techo llorando lágrimas que ni siquiera notaba brotar.

De repente, se sintió vacía y ausente, casi aliviada. En aquel momento, Maria do Ceu abrió la puerta de casa y la llamó:

—Madrastra, ¿cómo se siente? Estoy aquí.

Y en la última frase la dijo ya cuando estaba entranto en el dormitorio, con el abrigo en los hombros y jadeando un poco por haber subido deprisa las escaleras.

—Entonces —le preguntó sentándose al borde de la cama—, ¿se le han pasado las palpitaciones?

—Parece que sí.

—¿Ha llamado al médico?

—No.

—Es usted una cabezota, hace siempre…

—Lo que me da la gana.

—Exacto.

—Cuando te he llamado, tenía mucho miedo y no sabía siquiera por qué te estaba llamando. Ahora, en cambio, se me ha pasado y lo sé.

—Bien, entonces dígamelo.

—Has dicho tú que soy una cabezota, ¿no?

—Sí.

—Entonces ahora te diré una cosa que no te va a gustar nada. Pero no intentes hacerme cambiar de idea porque estoy completamente decidida. No sé cómo lo he logrado, mira, ni siquiera me he dado cuenta. Estaba aquí esperándote y lo he entendido de repente, un momento antes de que llegases.

—¿Qué es lo que ha entendido?

—Lo que tengo que hacer.

—No me tenga en vilo, ¡dígalo!

—He decidido que no volveré a levantarme nunca de la cama. He decidido morirme.

—Pero ¡qué bobada es esa! No va a ser usted quien decida si tiene que morir o no. Es usted una mujer muy religiosa, ¿cómo puede decir algo así? «He decidido morirme». Nuestro Señor decidirá cuando sea el momento, no usted.

—Será Él quien me hará morir cuando quiera, pero, mientras, yo muero ya. Me meto en la cama y no vuelvo a levantarme.

—¡Cielo santo! Que tenga que venir corriendo para oírle decir semejante cosa. Usted se mete en la cama, decide que no va a volver a levantarse. Y ¿qué va a hacer en la cama aparte de crear un montón de problemas a todo el mundo?

—Esperaré la muerte.

—Voy a acabar por perder la paciencia. Pero ¿no le da vergüenza? Venir a hablarme de muerte justo a mí. ¿Cómo va a justificarse ante su nieta que desafía a la muerte con cada operación?

—Tampoco es que tenga que decírselo a todos. Te lo he dicho solo a ti. Para los demás estaré enferma.

—Escuche, quiero pensar que esta es una idea pasajera, que esta mañana se ha despertado más nerviosa de lo habitual y… pero ¡no me mire con esa cara!

—¿Qué cara?

—La cara de una vieja antipática.

—Te miro con mi cara, no la puedo cambiar solo porque no te guste.

—Razone, por favor. Pero ¿quién la va a cuidar si se queda en la cama?

—Se encargará mi marido.

—¡Pues está usted fresca!

—No he dicho que vaya a hacerlo él en persona, he dicho que se encargará. Pagará a alguien.

—Le faltaba el gasto al padrastro. Y además ¿por qué? Por un capricho.

—No le va a hacer mal un poco de penitencia.

—¡Ah! Ahora comienzo a entender.

—¿Tan difícil era?

—Pero ¿no podía inventarse algo distinto? Meterse en la cama va a hacerle más daño a usted que a él.

—Todo me ha hecho siempre más daño a mí que a él. Se ve que, en esta vida, tiene que ser así. Me contentaré con saber que también a él le dolerá. No podrá tomárselo todo tan a la ligera.

—Se hace usted ilusiones.

—Una vez más no cambia mucho.

—Le saldrán llagas.

—Tengo ya muchas.

—¿Dónde? ¿Dónde las tiene?

—Las tengo donde no se ven, las tengo dentro.

—Tendrá graves problemas de circulación, no conseguirá digerir, confundirá el día y la noche, dejará de dormir.

—En resumen, será todo como siempre. No veo qué problema hay.

—¡Madre mía!, madrastra. No la creía tan perversa. Y en mí ¿no piensa? ¿Cree que yo puedo vivir tranquila sabiendo de esta locura suya?

—Tú eres muy buena, Ceuzinha, estoy segura de que me perdonarás.

—Ay, no, madrastra, esto sí que no se lo puedo perdonar. Tendré que ir sola a Londres y… y ya no podrá ir usted a Fátima como hace cada año después de la operación de Rita.

—¿Y quién ha dicho que no iré? Vamos si iré. Tendrá que llevarme, claro, en una silla de ruedas.

—¡Que Dios me ayude! —dijo Maria do Ceu poniéndose en pie—. Voy a prepararle una sopa. Haré bastante, así le queda para algunos días.

—Bien, Ceuzinha, haz una olla bien grande. Y pon de todo, que sabes lo que pienso, cuando está bien hecha, no hay nada mejor que una buena sopa.

—Sí, sí, ahora hágase la graciosa, quiero ver luego yo quién va a cocinar en esta casa si usted no sale de la cama. Madrastra, perdone que me lo permita, pero, si se está imaginando que su marido se conmoverá viéndola enferma, entonces le tengo que decir que se está usted haciendo muchas ilusiones. Hágame caso, tendrá que volver a levantarse.

—Te equivocas. Nadie me conoce de verdad, nadie sabe hasta dónde puedo llegar.

—Pero qué cabezota, me está dando hasta miedo. Yo voy a decirle a su marido que está haciendo teatro. No voy a quedarme callada y seguirle el juego.

—Tú inténtalo y yo te echaré encima todas las fuerzas del mal.

—¿También de eso va a ser capaz? Entonces sí que hay que tener miedo. Me da pena, madrastra. Tiene ideas demasiado atrasadas, ya no hay nada que hacer. Pero que pudiese llegar a esto… No, esto no podía imaginármelo.

—¡Un cuerno atrasadas!

—Pues sí, es usted una retrógrada, madrastra, del siglo pasado. Si hubiese tenido usted un poco de cerebro, lo habría echado de casa en su momento y habría comenzado una vida nueva.

—¿Como has hecho tú? No, gracias. Menuda vida te has rehecho, Ceuzinha, una vida de ensueño.

—¡Ah!, ¿sí? Entonces comience usted desde ya esa nueva vida suya. La sopa se la hace sola. Por lo demás, si puede echar sobre mí todas las fuerzas del mal, será capaz también de prepararse una sopa quedándose en la cama, ¿no?

Y dicho esto volvió a echarse el abrigo sobre los hombros y salió de casa dando un portazo. Mientras bajaba las escaleras continuaba oyendo aún a su madrastra que gritaba su nombre con toda la voz que tenía en el cuerpo.

Comenzó a mirar las burbujitas de agua en el vaso que tenía sobre la mesilla y sacudió la cabeza. «Que el diablo te lleve —dijo en voz baja—. Seas quien seas».

Era invierno y llovía sin parar desde hacía dos días. Llovía con el ruido fuerte de la lluvia cuando da miedo, un ruido que entraba en los oídos y no salía.

Rita había hecho un examen en la universidad justo ese día y ahora dormía en su cuarto. Habían cenado juntas mucho y pronto, y luego, ante la televisión, la había visto que se le caía la cabeza.

—¿Por qué no te vas a dormir? Estás cansada.

Pero, ante aquella frase, sin ninguna razón, la hija se revolvió contra ella como si la hubiera mordido un animal venenoso. Empezó a gritar diciendo que ya era bastante mayor para saber lo que tenía que hacer, y luego se fue hasta la pared del salón y la emprendió a patadas y puñetazos. Maria do Ceu se había quedado sentada sin hacer ni decir nada, había resistido hasta que la vio darse el primer cabezazo contra la pared. Entonces le volvieron a la mente las palabras que el cirujano le decía siempre después de cada operación: «Puedo dar garantías del trabajo que he hecho, pero, si se cae o se golpea sin querer el rostro contra algo, bueno, en ese caso, no puedo

siquiera imaginar lo que podría suceder». Se levantó de un salto y la sujetó por los hombros, la sacudió con toda las fuerzas que tenía y se puso a gritar más fuerte de lo que gritaba Rita, le chilló que la dejase en paz, que no la atormentase todos los días sin piedad, que no se aprovechase de su paciencia y de la de sus hermanos. Paró solo cuando se dio cuenta de que Rita ya no decía nada, de que entre sus manos se había convertido en una especie de pelele indefenso que ella continuaba zarandeando. En aquel momento se detuvo, la giró hacia ella y vio que se había transformado en una máscara de llanto y baba que le caía de la boca. La abrazó, le besó la frente sudada, le pidió perdón y juntas se dejaron caer en el sofá frente a la televisión encendida.

Fue con el ruido de fondo de un programa de la tele cuando Rita, por primera vez, le habló de la oscuridad de su vida sin futuro, de la nada que la esperaba, del dolor atroz de sus sentimientos que ninguna operación podría nunca arreglar, porque las operaciones no habían tocado nunca sus sentimientos, le dijo, se habían quedado como su primera cara, un rostro torcido pero sin cicatrices, el que aún no sabía nada y pensaba que en el mundo había sitio para todos. Para todos, pero para ella, no. Cuando era niña, el dolor había sido más llevadero, nadie quería jugar con ella, pero en casa tenía dos hermanos que la habían mirado siempre como si fuese normal. No la quería nadie, pero tenía a su familia. Ahora ya no le bastaba con la familia y, cuanto menos le bastaba, más debía esforzarse ella para que le bastase. Había días en el que los odiaba a todos, sí, odiaba precisamente a los únicos que la querían y que no lograban hacer que los demás la quisieran también. Los odiaba porque sabía que, de todas formas, con ellos no cambiaría nada, los odiaba porque podía permitírselo, porque luego la perdonarían con la indulgencia que se tiene siempre hacia los infelices. ¿Creía que no había oído nunca sus pequeñas reuniones familiares cuando pensaban que ella dormía con aquel sueño casi devastador que le llegaba de repente? Los había oído a menudo, la voz de la madre y la de los hermanos, las indicaciones, los ruegos, cómo conseguía persuadir siempre a Vasco y a Joana. Como cuando había perseguido a Vasco con un cuchillo en la mano y a él casi no le había dado tiempo a encerrarse en su cuarto, si no, lo habría matado, porque había apuñalado la puerta tres veces seguidas,

hasta que el cuchillo se encajó y tuvo que pedir a Joana que la ayudase a sacarlo. Pobre Joana, pálida como un muerto y con las manos que le temblaban del miedo. Aquella vez había oído a los hermanos que le habían preguntado: «Mamá, ¿tú crees que se ha vuelto, también, peligrosa?». Había sido aquel «también» lo que más le había dolido, y luego la defensa materna que se había apoyado más en los sentimientos que en los hechos reales. ¿Por qué iban a creerla? A veces había pensado también ella que todas aquellas operaciones a cráneo abierto le habían tocado algo en el cerebro que no se había recuperado nunca, que todo lo que intentaban enderezar fuera, dentro se torcía cada vez más. Se había asustado incluso ella de lo que había hecho porque, era inútil negarlo, si Vasco no hubiese cerrado a tiempo la puerta, habría sucedido algo terrible, y lo peor era que ella no recordaba siquiera el origen de aquella pelea, hacía dos días que se esforzaba en buscarlo, pero no lo encontraba. Sí, a veces estaba furibunda. En la universidad veía nacer muchos amores. Iba al baño a oír lo que las chicas se contaban y nadie, nadie podía imaginar lo buena que había llegado a ser apropiándose de aquellas historias, era capaz de meterse dentro durante horas seguidas, hasta que no podía más de toda aquella ilusión y tenía que tomar aire en la crueldad de su vida verdadera, la realidad. Era entonces cuando el riesgo aumentaba, porque una vez que volvía a su lugar, comenzaba de nuevo a mirar el mundo con los ojos de siempre, ella lejísimos, en la otra orilla, la orilla triste de quien está solo, mientras en la otra estaban todos los demás, cada uno con su vida y sus problemas, que a ella, vistos desde allá lejos, parecían solo maravillas. Cuando se enfurecía, ¿pensaban ellos alguna vez que nunca la habría besado nadie? ¿Y sabían que ella, a pesar de todo, tenía un cuerpo? No, ninguno pensaba nunca en ello, ella era la que se operaba y la que no sabía nunca cómo reaccionaba a nada, la que por una nadería explotaba arrastrando con ella a toda la familia. Pero ¿lograban imaginar ellos lo que significaba estar en su lugar? Claro que no, de lo contrario, se habrían vuelto locos, porque pedir que se pusiesen en su lugar era como pedir al primero que pasaba por la calle que intentase imaginar su vida como reptil, como oso, como tiburón. No tendría nunca un hombre, un hijo, todo se le había negado desde el principio, para ella no había avance, era como si en el gran carrusel de la vida a ella le

hubiese tocado siempre estar parada, si intentaba moverse tan solo, dar un paso, pensar en darlo, entonces todo lo que estaba a su alrededor se paraba, como si su movimiento, aunque solo fuese en su imaginación, implicase la parálisis del mundo que no quería tener nada que ver con ella.

Maria do Ceu solo pudo escuchar, estrechándola contra su pecho, acariciándo su cabeza abierta tantas veces, en la que habían hurgado los bisturíes, desinfectada con líquidos, secada con gasas, y su cuerpo menudo, que parecía haberse negado a crecer para aliviarle así algún sufrimiento, un cuerpo que seguía siendo el de una niña y que quizá habría continuado protegiéndola aún un poco si de verdad le hubiesen seguido gustando los dibujos animados y las novelas de aventuras. Luego la acompañó a su habitación y la ayudó a desnudarse, la metió en la cama y se quedó a su lado hasta que la vio completamente dormida, pero con aquel ojo defectuoso que continuaba siempre medio abierto.

Vasco y Joana habían salido cada uno por su lado. ¿Quién sabe cuándo volverían? Si hubiesen tenido la costumbre de salir juntos, de tener los mismos amigos, solo tendría un sufrimiento, pero así siempre eran dos. Se metía en la cama, abría una revista y sabía que su mente no sería capaz de detenerse en nada, que dos líneas seguidas no tendrían sentido hasta que oyese el ruido de una llave en la cerradura, el de los pasos que reconocería inmediatamente y que le harían dar el primer suspiro de alivio de la noche. Viendo que tenía la luz aún encendida, el primero en volver llamaría a su puerta, entraría y la daría un beso de buenas noches. Después solo le quedaba esperar al siguiente, la segunda ceremonia. Casi siempre el perfume de la frente de Vasco que pasaba sus primeras noches fuera de casa besando a las chicas. Parecía que se llevase consigo el sabor de todos aquellos besos. Entraba en su cuarto después de llamar, con aquella expresión tímida siempre en los ojos, la sonrisa luminosa, deslumbrante, como si a aquel hijo lo hubiese alimentado a fuerza de luz eléctrica en vez de con comida. Y ella que cada vez se conmovía ante su belleza aristocrática, ante aquella elegancia innata que hacía de un viejo jersey gastado una prenda única. «Hueles bien», le decía siempre, cuando él se inclinaba para besarla en la mejilla. Se lo decía porque era verdad, pero también porque le gustaba ver la expresión de sus ojos incandescentes,

aquellos ojos que hablaban en silencio. Y luego lo miraba salir del dormitorio, le miraba los hombros huesudos y anchos, las caderas estrechas, aquel porte de torero. Era más guapo que su padre, un poco se parecía a él, sí, pero era más guapo porque además era atractivo, había también algo abstracto en él, pero que no tenía nada que ver con la aridez sentimental. Las operaciones de su hermana lo habían hecho crecer deprisa, le habían dibujado una melancolía dulce y seria en los labios. Le tranquilizaba la sensibilidad de aquel hijo, sabía que con él podría contar siempre. Un día le pediría perdón por aquella vez que… Pero ¿cuánto tiempo había pasado? Nadie lo recordaba ya, pero demasiado, había pasado demasiado, y ella aún lo retrasaba. ¿Qué hacía falta para pedir perdón? Habría bastado decirle: «Escucha, Vasco, ¿sabes?, aquella vez que te rompí un plato en la cabeza, con toda aquella pasta con besamel que luego te cayó primero por las mejillas, luego por el cuello y al final por aquel jersey marrón claro que te había regalado la abuela una Navidad. Sí, aquella vez, cuando acababas de volver de un viaje con tu padre, que te había llevado a un hotel de lujo y tú, al volver a casa, me dijiste que el mantel tenía manchas. Bueno, me ofusqué, me sentí ofendida, trabajaba como una loca para llevarlo todo, daba saltos mortales, hacía equilibrismos, y tú saliste con aquella historia de las manchas en el mantel y yo te rompí el plato en la cabeza, que solo Dios sabe cómo no te hice una herida. En resumen, Vasco, ha pasado demasiado tiempo, habría tenido que pedirte perdón antes, pero soy una madre y quizá pedírtelo me costaba un poco, así que te lo pido ahora». Y, sin embargo, ese paso no lo daba nunca, se sucedían los días y ella lo postergaba pensando que aún había mucho tiempo.

Pero aquella vez tardaban los dos. Había pasado la medianoche, llovía a cántaros, aquellos dos hijos no volvían a casa y en su vaso había muchas burbujitas que subían y bajaban en el agua. «Vete al diablo —dijo en voz baja apagando la luz—. Seas quien seas».

Había salido de casa solo para ir a la pastelería a recoger la tarta, aquella mitad de chocolate mitad de piña que pedía dos veces al año para el cumpleaños de sus hijos. La pedía así para dar gusto a los tres: el chocolate para Vasco y Rita y la piña para Joana. Había bajado corriendo porque iba

retrasada en todo, la limpieza de la casa, la comida, el regalo de Rita que tenía que envolver. Estaba volviendo a casa con la tarta en la mano cuando oyó el sonido de un claxon familiar. El coche de Tiago daba vueltas a la plaza bascando aparcamiento. Miró el reloj. Mediodía. ¿Qué demonios hacía Tiago ya por allí? La comida era a las dos. Se quedó ante la puerta del edificio resoplando de rabia. Solo le faltaba esto, tenerlo en medio tan pronto. No la habría dejado hacer nada. Lo vio bajar del coche, cerrar con llave la puerta, ponerse la chaqueta sobre los hombros y dirigirse lentamente hacia ella, que con la cabeza le indicó que se diese prisa. Él le respondió cerrando los ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó mirándolo desde arriba cuando estuvo cerca—. ¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido venir tan pronto?

—Tengo que hablar contigo.

—Podías haber llamado al menos, te habría dicho que no.

—Por eso no he llamado.

—Estupendo. Vamos, sube y me echas una mano. Está todo sin hacer.

—Necesito media hora.

—¿Media hora? Aún tengo que hacerlo todo, fregar el suelo, limpiar el baño, preparar la comida, arreglarme un poco. No te doy siquiera un minuto, si tienes algo que decirme, me lo dices mientras hago mis cosas.

—No, tienes que escucharme y basta. Es importante.

—También la fiesta de Rita es importante. Hoy cumple veinte años.

—Lo sé.

—Escucha, hazme un favor. En vez de darme conversación, ve a recoger a los padrastros. Sería mucho más útil, créeme. Sabes que para ellos es muy complicado moverse. Ve a recogerlos tú, así el padrastro no tiene que mover el coche. Lo ayudas a bajar a Ofelia con la silla de ruedas y luego pasáis juntos también por Julieta. Venga, que el viejo solo no va a poder traerse a dos que no caminan.

—Voy, pero antes tengo que hablar contigo.

—Diablos. Siempre el mismo egoísta.

—Si me doy prisa, termino en un cuarto de hora. Lo prometo.

—Está bien, ¡vamos!

Mientras esperaban el ascensor, Maria do Ceu intentaba no mirarlo siquiera. Era un pedante, si tenía tanta prisa, podía comenzar a hablar. Pero no. Esperarían al ascensor, entrarían y subirían al séptimo piso, llegarían a casa, ella iría a poner la tarta en la nevera, luego volvería a la sala de estar, se sentaría y entonces, solo entonces, se dignaría él comenzar a hablar. Si hubiese estado la radio encendida, habría sido capaz hasta de ir a apagarla sin pedir permiso. Cuando las cosas se referían a otros se podía hacer todo a la vez, cuando se referían a él era necesario aquella representación de atención absoluta. Era un pedante de manual, eso es lo que era. Y le crispaba los nervios.

Volvió a la sala de estar donde él se había sentado en el sofá a esperarla. Ella se quedó de pie a propósito.

—Bueno, ¿vas a empezar?

—Siéntate.

—¿Por qué? Si me quedo de pie, ¿te escucho menos?

—Prefiero que te sientes.

—¡Dios Santo! —dijo sentándose y escondiendo el rostro entre las manos.

—Por favor, Ceuzinha, quítate las manos de la cara.

—Tiago, si no hablas, te echo de casa. Tienes un minuto.

—En fin, me han ofrecido un puesto en el Gobierno. La cuf me daría excedencia hasta el final del mandato. He venido a pedirte consejo.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Sabes cuánto confío en ti.

—Tiago, te recuerdo que has vuelto a casarte. Es verdad que no has dicho nada y que tus hijos se han enterado cuando ya estaba hecho por los amigos, que…

—Por favor, no volvamos al tema.

—Bueno, no fue divertido para ellos, o ¿qué te crees? Joana estaba en casa de una amiga que, en cierto momento, abrió el armario y le dijo: «¿Te gusta este vestido?». Joana contestó que sí, que el vestido le gustaba y, entonces, esa cretina le dijo con una sonrisa en los labios: «Bonito, ¿verdad? Es el vestido que me pondré para la boda de tu padre». Tiago, si no te rompí la cara ese día…

—Han pasado casi ocho años.

—Sí, sí. Han pasado casi ocho años. En cualquier caso, algunos consejos harías bien en pedírselos a tu mujer.

—Y, en cambio, necesito pedírtelos a ti.

—Escucha, si te conozco bien, no es un consejo lo que quieres. Has venido aquí a pedir una especie de aprobación por mi parte, ¿no?

—En cierto sentido, sí.

—Entonces, venga, suéltalo ya.

—El puesto me lo ha ofrecido el psd.

—¿Qué?

—Me has entendido perfectamente.

—No, estás de broma. ¡Es un partido de derechas!

—Centro derecha. Y, además, me han contactado como técnico, seguiré siendo independiente.

—Llevarás la marca toda la vida. ¡Te considerarán para siempre uno de ellos! Tiago, Gil murió y…

—Hace muchos años, Ceuzinha, toda una vida.

—Sí, pero era su vida. Era nuestro amigo, Tiago, luchábamos juntos…

—Luchábamos juntos, ¡qué exageración! Éramos unos chavales. Alguna reunión clandestina, algunas octavillas…

—Algún ideal, Tiago. Cosas en las que yo no he dejado de creer nunca. En este país ha habido una dictadura de derechas casi cincuenta años. Una derecha dura, que sembró el terror. Éramos un país terrible, nadie se podía fiar de nadie. La noche que detuvieron a Gil, alguien nos denunciaría, ¿no? Alguien que hoy seguirá haciendo su vida, que puede que esté precisamente en el psd. ¿Y tú vas a trabajar con esa gente?

—Tienes mucha imaginación, el psd no tiene nada que ver con esa gente, como tú dices.

—Y tú tienes mucha ambición y no te paras ante nada. Eres capaz de pasar por encima del cadáver de un amigo.

—¡Esto es demasiado!

—Sí, es realmente demasiado. Eras un muchacho lleno de ideales, me llenaste la cabeza de ideas maravillosas cuando nos conocimos, me enamoré de ti porque eras un revolucionario y me parecía que no tenías

miedo a nada. Pero después te echaste atrás, y lo que es peor, solo pensaste en lo que era mejor para ti, pero cuidado, para ti, solo para ti. Sabía desde hace tiempo que te habías convertido en un burgués como tantos otros, lo sé desde el día hace tantos años en que viniste a recoger a los niños para llevarlos a comer fuera, en fin, uno de tantos domingos. Pero aquella vez, quién sabe por qué, cuando subiste a recoger a tus hijos, lo hiciste con una bolsa que podrías haber dejado muy bien en el coche. Pero no, la tuviste que subir. Tú sabías que yo no te preguntaría nada, pero contabas con la curiosidad de los niños y, entonces, lleno de orgullo, te pusiste en la sala de estar a sacar tus palos de golf. Acababas de jugar por primera vez en tu vida, y desde aquel día te levantarías al alba incluso el sábado y el domingo para ir a jugar al golf en el club del que tanto te había costado hacerte socio, un club que imagino definirás como «exclusivo». Te has aficionado a un deporte odioso, Tiago, y lo has hecho no por pasión deportiva, sino porque era el único que te daría otra imagen, porque tú desde que naciste has tenido solo una finalidad: borrar, aunque fuese con ácido corrosivo, tus orígenes humildes. Sé desde ese día en qué clase de burgués te has convertido, y me lo confirmaste cuando te fuiste con tu mujer de Lisboa para vivir en Estoril, en un chalé que nunca he visto pero que, por lo que dicen los niños, es de lo más pequeño burgués del mundo. Puedes intentar borrar tus orígenes, quizá un día ninguna de las personas que conozcas sepa de ellos, pero tú seguirás siendo el que eres y te quemará dentro mientras vivas, porque tendrás que esforzarte hasta el último momento por ser otro, porque te costará un esfuerzo inimaginable no poder ostentar continuamente tus posibilidades económicas. No lo conseguirás, será más fuerte que tú, y con eso te traicionarás siempre, ningún ácido te permitirá esconderte nunca del todo. Pero hasta hoy no te he dicho nunca nada, te miraba transformarte en el hombre vacío que has elegido ser, callada, guardándome toda la amargura. Pero esto es demasiado. Arriesgábamos la vida juntos para pegar aquellas octavillas contra un Gobierno que enviaba a miles de hombres a morir en África, en una guerra vergonzosa. Gil murió porque no habló. Si hubiese dado nuestros nombres, quién sabe, quizá ahora nosotros dos no estaríamos aquí.

—Parece casi que lo sientes.

—Sí, quizá lo siento. Siento tener que cargar con todos estos remordientos. Tener que avergonzarme de haberte amado, de haberte elegido como pareja, de haber sufrido cuando te enamoraste de otra mujer, de tener que considerarte hasta el último día de mi vida el padre de mis hijos. No quiero que me digas qué cargo te han dado en el Gobierno, no lo quiero saber. Mantenme alejada de todo. Aún es demasiado pronto, pero un día se hará la luz sobre aquellos años horribles que dejaron tan atrasado este Portugal nuestro. Aún hay muchas cosas que saber de este país que durante casi cincuenta años construyeron solo fascistas y colaboradores de la pide. ¿Cuántos dirías que fueron, eh, Tiago? ¿Dos mil? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? Ojalá que no tengas que enterarte nunca de que estás trabajando para alguno de ellos.

—No me perdonarás nunca haber preferido a otra, ¿verdad?

—Te equivocas, no sabes cuánto te lo agradezco. Y ahora vete, ve a recoger a esos tres viejos y tráelos a la fiesta de nuestra hija.

Tiago se levantó, se echó la chaqueta sobre los hombros y se dirigió a la puerta. Antes de irse, se volvió a mirarla con una extraña sonrisa en los labios.

—Ceuzinha —le dijo casi susurrando—, ¿te acuerdas hace años cómo le iba a tu padrastro? ¿Tú qué crees? ¿Habrá sido él también colaborador de la pide?

Tuvo el tiempo justo de cerrar la puerta. Mientras bajaba por la escalera, se preguntó qué sería lo que le había tirado Maria do Ceu para haber hecho tanto ruido. Pero nunca lo hubiera adivinado, nunca se le habría pasado por la cabeza que, justo cuando él bajaba las escaleras, un gran cuchillo de cocina se había clavado en la madera de la puerta. Ella misma se quedó estupefacta cuando fue a sacarlo y con un dedo pasó un poco de saliva para intentar uniformar las astillas. «Pero ¿cómo lo he hecho? —se preguntó allí de pie mientras miraba la hendedura—. ¿Cómo he conseguido hacerlo?».

OceanofPDF.com

XXIX

Aquel domingo Tiago no fue a recoger a los chicos. Estaba en el extranjero por trabajo y estaría fuera dos semanas. Era un bonito día de sol y Maria do Ceu, aún en pijama, leía en la sala de estar un artículo sobre la familia real española en una revista vieja. Al mediodía fue a la cocina para ver qué podía preparar con lo que había en la nevera. La abrió y la volvió a cerrar. Desde donde estaba, gritó:

—Chicos, ¿qué os parece si vamos a comer fuera?

—¿Qué fiesta es hoy? —dijo Joana saliendo de su cuarto en ropa interior.

—No te hagas la graciosa, no es ninguna fiesta —contestó Maria do Ceu apoyándose en el quicio de la puerta de la cocina con aires de gran señora—. Simplemente es que hoy no tengo ganas de cocinar.

—¿Nos hemos hecho ricos? —preguntó Vasco saliendo del baño.

—¡Basta ya chicos! También nos podemos permitir salir a comer fuera alguna vez, ¿no?

—Estoy muerta de hambre, mamá —dijo Rita a la espalda de Joana.

—Pues, vamos ¡de prisa! Vamos a comer el mejor bacalao de Lisboa.

—¡Maritima de Xabregas! —dijeron a coro los tres hermanos.

—Exacto —respondió Maria do Ceu haciéndose aún la señora—. Os doy un cuarto de hora para arreglaros.

En aquella época, Maria do Ceu tenía un Ford Fiesta y no podía evitar, cada vez que montaba en él, sacudir la cabeza ante la ironía del nombre. Arrancaba y luego se miraba en el espejito retrovisor. Una costumbre de mujer. La esperanza de encontrarse guapa.

Subieron todos al coche y abrieron las ventanillas porque hacía calor. Sus hijos. Los miró uno por uno sin que ellos se diesen cuenta y se sintió orgullosa de ser su madre. Una madre imperfecta, como todas las madres, pero madre hasta la médula, y querida, eso lo sabía perfectamente. El eje de sus vidas. La madre que conducía, que los llevaba a comer fuera, que pagaría la cuenta. Sí, era un domingo perfecto.

Aparcó frente al restaurante. Un borracho se acercó para pedir unas monedas fingiendo ser el aparcacoches de la zona, mientras pedía seguía invitando a los coches que pasaban a pesar de que había aún muchas plazas libres. Maria do Ceu le dijo que le daría algo después, a la salida del restaurante.

—Si el coche sigue aquí —añadió guiñándole un ojo.

En una mesa de la segunda sala, la más grande, Manuel Ramalhete estaba terminando de comer con Maria José. Al verlos entrar se levantó con una de sus mejores sonrisas y se les acercó.

—¡Qué sorpresa! —dijo besándolos uno tras otro—. Si me hacéis un poco de sitio en la mesa, el postre lo como con vosotros.

—Padrastro —le respondió Maria do Ceu—, no querrá dejar sola a la señora, ¿verdad?

—¿Qué señora? —contestó él sin cerrar la boca del todo en señal de estupor.

—La señora con la que está comiendo.

—¿Quién? ¿Esa? ¿Y quién la conoce? Cuando ha llegado la pobrecilla, no había sitio libre y, por no ser descortés, la he invitado a sentarse conmigo.

—Padrastro, el restaurante está casi vacío.

—Ahora. Hasta hace poco estaba lleno.

—Pero es absurdo, en Lisboa hasta las piedras conocen la relación que tiene con esa mujer.

—Te ruego que bajes el tono de voz y que no digas ciertas cosas delante de los chicos.

—Pero ¡si lo saben también ellos! Su comportamiento es ridículo. Era mejor que hubiese fingido no vernos. Nosotros habríamos hecho lo mismo. Pero usted se levanta, se nos acerca y luego monta esta escena.

—¿Qué escena? No estoy montando ninguna escena.

—Se acabó.

—Te lo repito. He venido a comer aquí solo, me he sentado en esa mesa, luego ha entrado esa señora, cuyo nombre ignoro…

—Se lo digo yo, se llama Maria José.

—Cuyo nombre ignoro. No sabía dónde sentarse porque el restaurante estaba lleno y, entonces, por pura cortesía, le he preguntado si quería comer conmigo. A nuestra edad son cosas que se pueden hacer, no se crean malentendidos.

—En eso estoy de acuerdo. Después de cuarenta años, comer juntos es lo mínimo.

—No insistas, Ceuzinha, me estás faltando al respeto.

—Por favor, padrastro, no me hable de respeto. Su compañera de mesa nos está mirando.

—No me extraña, estamos poniendo en un apuro a la pobre señora.

—Hacía mucho que no la veía. Ha engordado aún más si es posible. Es una auténtica ballena.

—Que no te oiga decir semejantes cosas.

—¿Por qué? ¿No tiene espejos en casa?

—¿Y qué quieres que sepa yo?

—Si no tiene, cómprele uno.

—Eres una insolente.

—Y usted un mentiroso. Que uno mienta una vida entera como ha hecho usted, bueno, puedo hasta entenderlo. Pero ir contra toda evidencia como está haciendo hoy… Padrastro, no sé cómo no le da vergüenza.

En aquel momento, Maria José se levantó de la mesa, se echó a los hombros la chaqueta que tenía en el respaldo de la silla y se dirigió a la salida del restaurante con la cara roja de rabia. Pasó por delante de ellos hacia la salida sin dignarse a mirarlos.

—¡Maldita sea! —dijo Maria do Ceu antes de que la mujer llegase a la puerta—. Se va sin siquiera pagar la cuenta, ¿qué le parece, padrastro? Va a tener que pagarla usted.

—Es lo mínimo después de lo mal que la habéis hecho quedar. Tratar de esa manera a una señora de su edad.

—Por lo que a mí respecta, podía usted haberla traído a la mesa y habérnosla presentado de una vez.

—Pero ¿a quién? ¿A quién tenía que haberos presentado? Si no la conozco.

—Es usted extraordinario, mandaría a la cárcel a un inocente.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, será mejor. Imagino que estará ahí fuera esperándole. Pero quédese tranquilo, no he venido a vigilarle. Una última cosa, sin embargo —dijo de repente seria—. Por favor, padrastro, venga un momento conmigo.

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres ahora?

—Solo una pregunta.

—Me has hecho ya muchas.

—Sí, pero esta no quiero que la oigan los chicos.

Se alejaron apenas unos pasos. El restaurante estaba ya casi desierto y ellos dos estaban en el centro de la segunda sala, rodeados por los camareros que arreglaban las mesas haciendo mucho ruido.

—No lo ha hecho, ¿verdad, padrastro?

—¿El qué?

—Mandar a la cárcel a un inocente.

—¡Qué cosas se te ocurren! Yo no soy policía. ¿Quién me da a mí poder para meter en la cárcel a nadie?

—No digo ahora.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando se podía hacer.

—¿Qué estás insinuando? —le dijo con una voz que tronaba.

—Es que hubo un tiempo en que le iba mejor.

—¿Y qué?

—Pues que alguien me ha puesto la mosca tras la oreja y querría oír de usted que no es verdad.

—Me iba mejor porque había más oportunidades, porque era más joven y trabajar me costaba menos. Pero ¿quién te ha puesto la mosca tras la oreja? ¿Quién quiere difamarme de esa forma?

—Dejémoslo estar.

—No —le dijo agarrándola por un brazo—. No lo dejamos estar en absoluto. ¿Te parezco alguien con cara de haber sido colaborador de la pide? ¿Te parezco tan infame?

—No, padrastro, no.

—Entonces dime quién va por ahí diciendo esas cosas de mí y pídeme perdón —le dijo comenzando a levantar la voz.

Los tres chicos se acercaron a ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Vasco.

—Pregúntaselo a tu madre. Ella lo sabe —contestó Manuel Ramalhete.

—Sea lo que sea, no tiene importancia —dijo Vasco conciliador.

—Si tiene o no importancia, lo decido yo —retumbó la voz de Manuel Ramalhete.

—¡Basta! —gritó Rita casi llorando.

Y al sonido de aquella voz amada, Manuel Ramalhete se volvió como hipnotizado.

—No llores, hija mía, no hay razón para llorar. —Y, mirando a Maria do Ceu, añadió—: Contigo ajustaré cuentas en otro momento.

—Cojo yo el puesto de mamá —dijo Vasco—. Cuando quiera ajustar las cuentas con alguien, llámeme a mí.

Manuel Ramalhete los miró a todos con los ojos de un condenado a muerte, fue a la caja a pagar la cuenta y salió del restaurante sin despedirse de nadie.

—Pero ¿qué ha pasado, mamá? —preguntó Joana.

—Nada. El abuelo tenía razón. Ahora vamos a hacer como si nada y a comer, ¿de acuerdo? No es que os lleve todos los días a un restaurante. No vamos a arruinar la fiesta.

La soledad se le había hecho más feroz en el pecho desde que había decidido no volver a levantarse. Se pasaba el día con cuatro almohadas tras la espalda, mirando por la ventana, con demasiado tiempo para pensar. Los ruidos de la casa no le hacían ninguna compañía. Aquella mujer que venía por horas a preparar algo de comer y planchar no le caía bien. Quizá porque la había elegido su marido y no había quien le quitara de la cabeza que se la había encontrado la amante. Por eso ni siquiera hablaba con ella. Tenía

miedo de que lo que le dijera se lo contase a la otra. Y era como si las estuviese oyendo, a veces hasta las oía reír. Que cocinase, planchase y luego se largara. Le bastaba con tener que soportar las quejas de don Manuel sobre lo que le costaba.

—Has sido muy lista, Ofelia —le decía cada vez que la veía—. En la vejez has decidido ser una señora a mi costa. Pero ¿qué te crees? ¿Que soy rico? Se te ha metido en la cabeza arruinarme y lo estás consiguiendo.

No le hacía mucho efecto oír aquellas quejas. En el fondo, tenía razón. El dinero que pagaba a aquella mujer era dinero de menos para sus noches de restaurante, para sus escapadas. A veces hasta se inventaba trabajillos extras para hacer gastar más a don Manuel.

—Y este mes, ¿qué ha pasado? —gritaba cuando veía que la cuenta era más cara—. ¿Has hecho la limpieza de primavera fuera de temporada?

No le escuchaba, lo dejaba hablar. Para entonces lo que él pudiese decir y pensar ni siquiera le interesaba. A veces conseguía verlo mover la boca sin oír lo que decía. A veces se sentía tan sola que habría llegado al punto de pedirle a aquella grandísima puta que fuese a hacerle un poco de compañía. En el fondo, se lo debía, le había robado al marido durante muchos años, un poco de resarcimiento lo podría haber aceptado. Pero luego se encogía de hombros y le corría como un estremecimiento por la espalda. «Esa puta en casa —pensaba—, por favor».

Fue en una de aquellas terribles crisis de soledad cuando le vino a la mente Julieta, la cuñada que había mantenido siempre lejos, aquella especie de broma de la naturaleza de piernecitas filiformes que había pasado toda la vida arrastrándose por el suelo como un animal tullido, como uno de esos perros callejeros que se han metido bajo un coche y nadie se ha tomado la molestia de sacrificar.

—¿Qué ha sido de ella? —le preguntó un día a Maria do Ceu, que había ido a visitarla.

—Lo que ha querido sea su marido, madrastra.

—Ya. No ha querido nada bueno para ninguna de las dos. Pero ¿tú la ves?

—A veces voy a visitarla, la ayudo a lavarse, le llevo la compra. Le he propuesto muchas veces que venga a vivir con nosotros.

—Te faltaba solo Julieta en casa y ya estabas lista de verdad.

—No, a mí me gustaría y también a los chicos. Ellos también van a verla. Pero ella dice que no quiere molestar, ya sabe cómo es. Siempre discreta. Aunque le he puesto un teléfono, para que, si necesita algo, pueda llamarme.

—¿Le has puesto un teléfono?

—Claro. Al menos eso.

—Te van a hacer santa.

—¿Por tan poco?

—Escríbeme en esta revista el número.

—¿Es que tiene ganas de oírla?

—No, lo digo por decir. Nunca se sabe.

Y luego, durante días, no hizo otra cosa que mirar aquel número, hasta aprendérselo de memoria. «No tendría nada de raro que un día la llamase —pensaba entre rosario y rosario—. En el fondo es mi cuñada». Quién sabe, quizá no se le habría ocurrido pedirle aquel número a Maria do Ceu si no hubiesen pasado ya casi dos años desde que no se levantaba de la cama. No sabía siquiera quién le había dado la fuerza para tomar semejante decisión. En el momento, al decirlo, le pareció fácil, casi una forma de exhortar al Señor a cumplirle aquel deseo que llevaba dentro desde que la humillación de su vida había ganado al buen juicio. Para Maria do Ceu era fácil decir que se hiciese una vida. A lo mejor quien tenía hijos lo podía lograr, pero ella, sola como estaba, débil e incapaz de tomar ninguna decisión. Si era hábil para algo era para hacerse daño, y en eso era una experta. Pero Maria do Ceu había acertado de lleno. A su marido ni siquiera le hizo mella su enfermedad voluntaria, ni un momento de conmoción, ni un poco de piedad. Y, entonces, ¿qué estaba esperando? ¿Qué la impulsaba? No había duda, la impulsaba solo la crueldad hacia sí misma. De vez en cuando se veía reflejada en el espejo del armario. No es que le gustara mirarse, pero lo tenía que hacer a la fuerza, para no verse habría tenido que tener aquel maldito armario siempre abierto. Y, en cambio, le bastaba levantar los ojos para encontrarse allí, ante sí misma, una paquiderma que parecía crecer conforme transcurrían los días. Se lo dijo el médico, a fuerza de no moverse, comer poco no servía de nada, engordaría cada vez más.

Como si todo aquel dolor que había decidido infligirse incluyera también el deseo insano de engordar y deformarse como aquella puta que le había hechizado al marido. Metiéndose en la cama se había rendido, fue como decirle: «Llévatelo defenitivamente, hazte a la idea de que estoy muerta». Y, sin embargo, no se moría, seguía viviendo, alimentando sus dolores. La única ventaja de tener a aquella mujer de la limpieza en casa era poder mandarla a la farmacia para que le comprase todas las cajas de Dolviran que quisiera. Nadie era consciente de cuántos llegaba a tomar al día, solo ella, que sabía que una caja no le bastaba. Cada vez que abría una, leía el prospecto como si fuese la primera de su vida: «1 o 2 comprimidos 3 veces al día. No exceder la dosis recomendada. Si el dolor no mejora después de 3 días, pida consejo a su médico». Cuando llegaba a la sobredosis conseguía incluso impostar la voz como una actriz: «En caso de sobredosis accidental…», y continuaba hasta la última frase, la que decía: «puede provocar el coma e incluso la muerte». «Pero ¿cuántas tendré que tomar para llegar al coma y la muerte?», pensaba cada vez más indignada. Aquella farmacéutica solo escribía tonterías. Ella era una mujer normalísima, no un caballo, y mira que se las tragaba como si fuesen caramelos pero no le hacían absolutamente nada.

—No me lo explico —oyó una vez que le decía el médico a Maria do Ceu a la puerta de casa—. Es como si fuese adicta. Puede que no tome siquiera tantas como quiere hacernos creer.

—Las toma, doctor, las toma —había respondido Maria do Ceu—. Ni siquiera sé cómo consigue tantas.

—Entonces es que a ella no le hacen nada. O que le harán algo todas a la vez.

Aquel «todas a la vez» hizo suspirar de alivio a Ofelia. A lo mejor le quedaba una esperanza. Ahora que ya no se movía, había más posibilidades de que el efecto deseado hiciese su benéfica aparición tarde o temprano.

—¿Qué es lo que la mantiene con vida, madrastra, la idea de verlo sollozar en su funeral?

—¡Qué bobadas, Ceuzinha! Si estoy muerta, no podré verlo.

—Madrastra, escúcheme, no se haga ilusiones.

—¿Por qué? ¿Tú crees que no echará ni una lágrima?

—De lágrimas nos inundará a todos, sabe usted que las tiene siempre al alcance de la mano. Pero sus lágrimas son falsas. Estoy harta de ver cómo se destruye usted.

—Escucha, es lo poco que me queda. Déjame disfrutarlo en paz.

Algunas conversaciones prefería cerrarlas así, porque no sabía cómo continuarlas. En el fondo, siendo sincera, no podía decir que hubiese amado nunca tanto como podía parecer. No, era algo muy distinto. Aunque no lograba explicarlo. Prefería pensar que aquel había sido su destino, algo escrito y que nadie podía cambiar.

Fue una tarde que estaba rumiando así cuando, casi sin querer, agarró el teléfono que tenía en la mesilla y marcó el número de Julieta, que sabía de memoria.

—¿Quién es? —oyó decir al otro lado del auricular.

—Soy yo —respondió con la voz entrecortada—. Soy tu cuñada Ofelia.

Nadie logró nunca saber lo que se decían al teléfono aquellas dos mujeres que no se habían frecuentado en la vida, pero desde entonces no pasó día sin que hablasen. Al principio se llamaban dos o tres veces por semana, luego todos los días, luego varias veces al día. Cuando llegaba la factura del teléfono, Manuel Ramalhete encolerizaba. Empezaba a dar patadas a las sillas y portazos. Luego se poní a chillar, entraba en el dormitorio y le chillaba a la cara toda su rabia. Además de haberse convertido en una enferma por extravagancia, le había dado también por charlar con aquella infeliz de su hermana Julieta, con aquella pobre idiota que en vez de tirarse por la ventana se arrastraba todo el día por el suelo con los ratones y las cucarachas. Que Dios las fulminase a las dos. ¿Qué tenían que decirse? Seguro que hablaban mal de él, ¿eh?, claro, había encontrado una aliada, ya se sabe, a grandes males… Con tal de hablar con alguien, se habla hasta con los fenómenos de feria, con aquella alelada de sonrisa incrustada. Si durante toda la vida había evitado verla, había sido para no tener que resistirse al impulso de darle patadas en el culo como a una bestia. Porque sobre eso no había dudas, su hermana era un animal, es más, un bicho, de esos a los que tiras un zapato, una piedra, porque sí, por el placer de tirarles algo. Pero no, ahora que se había metido desde hacía más de dos años en aquella maldita cama, que tendría que haber sido su lecho de

muerte y, en cambio, no lo era, ahora había descubierto que tenía vete tú a saber qué afinidad con aquella mentecata con la que se pasaba las horas al teléfono, hablando de esto y de aquello, total, si quien pagaba era el memo de su marido… Que para eso era para lo que él servía, para nada más. Cada vez que llegaba una factura era la misma canción, gritos inhumanos que dejaban a Ofelia indiferente. A veces casi radiante.

Aquellas misteriosas conversaciones continuaron otros cuatro años, hasta que una noche, en el sueño y con el rosario en la mano, Ofelia recibió por fin la gracia que llevaba más de cuarenta años pidiendo a Dios Omnipotente.

En el cementerio Dos Prazeres, durante el funeral de Ofelia, como había previsto Maria do Ceu, Manuel Ramalhete lloró como una fuente. Parecía que nunca nada le habría podido consolar de la pérdida de aquella santa mujer que había pasado la vida a su lado. No le bastaron los tres pañuelos con sus iniciales bordados en azul que se había llevado de casa. Cuando vio el ataúd bajar a la tierra, tuvo que pedirle otro a Rita que, durante todo el tiempo, estuvo junto a él en el más profundo y afligido silencio. Era como si los tres hermanos estuvieran teniendo el mismo pensamiento en la cabeza. Recuerdos de veranos lejanos, cuando cansada de un año entero de trabajo, nada más terminar el colegio, la madre los dejaba durante dos o tres semanas en casa de la abuela. De niños esperaban aquel momento como la fiesta más grande que pudiera imaginarse. En aquella casa pequeña e incómoda, donde los tres dormían en el sofá cama que había sido de Maria do Ceu cuando era niña, en aquella casa con la sala de estar sin ventanas, la cocina siempre desordenada, los suelos nunca encerados, en aquella casa en la que todo rezumaba decadencia y dolor, ellos inconscientes se divertían como locos. Sabían que en casa de la abuela Ofelia tendrían que bañarse como mucho una vez por semana, y solo si estaba el abuelo porque, si no, a Ofelia tanto trabajo solo para lavarlos no se le pasaba por la cabeza. Y, además, en aquella casa de Graça eran mucho más libres que en la suya, que se consideraba periférica, en el barrio de Benfica, casi ni siquiera ya Lisboa, con las calles demasiado anchas y los coches que ya eran tantos y peligrosos. En Graça, sin embargo, bastaba que Ofelia se quedase un poco

traspuesta para que ellos tres bajaran a la calle a hacer pandilla con otros niños más sucios y espabilados que ellos. Luego, cuando volvían a casa, encontraban a Ofelia en la ventana, con aquellas carnes blancas y blandas, de auténtica abuela, el pelo un poco graso recogido siempre con las dos mismas peinetas de plástico negro. En cuanto los veía comenzaba a gritar que querían matarla de un susto. Rita y Vasco palidecían y se apresuraban por la vergüenza de que les riñese delante del vecindario. Joana, en cambio, ralentizaba el paso a propósito, caminaba despacio detrás de los hermanos, con una sonrisa llena de satisfacción estampada en aquella magnífica cara de fresca, la sonrisa del desafío, la que un día perdería por misterio para siempre.

Volvían a casa sucios y hambrientos, y daban vueltas a su alrededor en la cocina, en busca de algo que comer. Ella los espantaba como a las moscas, algunas veces, incluso con el sacudidor de las alfombras, gritando que eran unos trastos, que aquella no era forma de comportarse con su abuela, que cuando la madre llamase por teléfono le diría lo maleducados que habían sido. Es más, le diría que eran tres salvajes. Y con aquellas palabras no había forma de hacerlos callar, comenzaban a ulular como los indios hasta que la dejaban casi sorda. Luego, agotados, iban a tirarse en la cama, que era más un camastro, con los pies sucios, restregándolos a propósito contra las sábanas que se ponían cada vez más negras. Hasta que la abuela pronunciaba las palabras mágicas diciendo que la cena estaba lista y se precipitaban a la cocina, donde comían la mejor carne guisada de su vida, que no volverían a encontrar en ningún sitio. A Ofelia le llevaba más de veinticuatro horas prepararla. Comenzaba el día anterior poniéndola a macerar en aceite, vinagre, ajo y tomillo, y por la noche se despertaba para darle la vuelta y que no se adobase solo de un lado. A la mañana siguiente se dedicaba al picadillo de cebolla, zanahoria y pimientos, que sofreía con la tapa durante casi dos horas, hasta que la salsa estaba densa y cremosa; añadía patatas y más trocitos de pimiento verde, medio vaso de vino tinto, bajaba el fuego y lo tapaba, dejando que se estofase hasta lo inverosímil, hasta que todo se acaramelaba, estaba casi almibarado: el plato mítico de la abuela Ofelia. Después de cenar, saciados hasta sentirse mal de lo que habían comido, competían para ver quién tenía el privilegio de ayudar a la

abuela a hacer ovillos de lana. Había que tener los brazos bien extendidos hacia delante y mover en círculos el torso como pequeños robots, primero a un lado y luego al otro. El elegido comenzaba aquel juego mientras los otros dos repetían a coro: tic, tac, tic, tac, hasta que la madeja se terminaba y había que devanar otra. Ofelia usaba el juego de los tres palitos para elegir a su ayudante. Los niños se quejaban, decían que sería mejor hacerlo una vez cada uno.

—¿Y qué aprenderíais? —decía la abuela con los tres palitos en la mano—. ¿Qué aprenderíais? Nada. En cambio, de esta forma, aprendéis que la vida no es justa e imparcial, que sigue razonamientos incomprensibles y elige a su gusto. Pero así nos enseña la aceptación y la resignación, que son las cualidades más grandes del hombre.

—¡No es verdad! —gritaba Vasco poniéndose en pie—. Las cualidades más grandes del hombre son la fuerza y el valor.

—Pues vas fresco —le respondía riéndose burlona la abuela—. La fuerza y el valor son para las vidas cortas. La aceptación y la resignación, en cambio, para los que viven mucho. Aprended a aceptar desde ya las vicisitudes del destino, niños, os beneficiará.

Y tras hablar así mostraba los tres palitos y pedía a cada uno que escogiese, pues la ayudaría quien eligiese la más larga.

—¡La misma suerte de siempre! —gritaba Joana dejándose caer en el suelo como un animal desarticulado—. ¡Siempre gana Vasco!

—Si es por eso, a mí ni siquiera me gusta mucho este juego —decía Vasco—. Es de niñas.

—Entonces deja que juguemos solo nosotras —le respondía Joana exasperada—. ¡Si ni siquiera te gusta!

—Ya, y luego ¿qué hago todo el rato?

Por la noche, cuando el abuelo no volvía, aquellos tres palitos reaparecían para decidir quién iba a dormir en la cama grande con la abuela. Pero en aquel juego Ofelia los engañaba, hacía ganar siempre a Rita. Tenía miedo de que, en aquel camastro tan pequeño, durmiendo los tres juntos pudiesen hacerle daño.

En estas cosas pensaban los tres en el momento en que a Ofelia la metían bajo tierra. Mientras Manuel Ramalhete lloraba sin consuelo, Maria

do Ceu estaba en un rincón, como tantos años antes con su verdadera madre. Allí estaba, más baja ya que sus tres hijos, una madre menuda, bastante joven todavía, aunque algo marchita por las fatigas de la vida, con su sonrisa luminosa que aparecía cada vez menos a menudo. O quizá fue por el dolor sincero que sintió por la muerte de su madrastra por lo que sus tres hijos, aquel día, la vieron por primera vez menos joven. Sobre todo Vasco, que sintió cierta vergüenza de haberlo notado. Se le acercó, entonces, y la abrazó por la espalda. Ella le tomó una mano y se la llevó a los labios para besarla. En aquel instante supo que un día Vasco se convertiría de repente en asmático, aunque el susto se le pasó al segundo, cuando supo que se curaría rapidamente. Se volvió de golpe hacia él:

—No pienses en cosas feas —le dijo—. No lo hagas nunca, ¿entendido? Tu futuro es hermoso, lo estoy viendo ahora mismo. Un poco en cuesta al principio, pero luego luminoso de verdad.

—¿Qué dices? —le preguntó él asustado.

—Lo que veo.

—¿Eres vidente?

—Solo a veces.

Luego se apoyó en su pecho, aspiró el perfume joven. Abrazaba poco a sus hijos. ¿Por qué? Intentó encontrar una respuesta, pero ninguna podía justificar aquella carencia constante. No tenía mucho que reprocharse, era una buena madre, si trabajaba tanto y le quedaba poco tiempo que dedicar a sus hijos, no era culpa suya. Volvía a casa siempre cansada y ellos eran tres, y muy exigentes, y no siempre se llevaban bien. Y luego estaba la cuestión de los mellizos, la fuerza evidente de su relación, de la que Rita se sentía excluida. Volvía a casa cansada y a veces se encontraba con aquellas sorpresas… como aquella noche que se quedó casi sin aliento al ver que habían echado la puerta del baño abajo. Vasco se había encerrado dentro y no conseguía volver a abrir, le había entrado el pánico, había comenzado a gritar que no podía respirar porque acababa de ducharse y en el baño solo había vapor, no quedaba aire. Joana le dijo que se tumbase en el suelo y pegase la nariz a la rendija de la puerta mientras ella llamaba a los bomberos. Los bomberos llegaron y echaron la puerta abajo para liberar al niño de doce años que casi había pillado una pulmonía por intentar respirar

el poco aire que entraba por la rendija de la puerta. Vaya idea, tumbarse en el suelo desnudo y empapado. ¡Maldito baño sin ventana! Aquella vez no reaccionó bien, se enfadó, comenzó enseguida a pensar cuánto le costaría una puerta nueva y los niños se sintieron fatal. El cansancio juega malas pasadas, si pudiese volver atrás, se reiría, transformaría aquella pequeña tragedia doméstica en algo divertido. Aquella noche, como todas las noches, cuando volvía a casa, se sentía extenuada. Solo tenía ganas de darse un baño caliente en silencio y sin tener que contestar a ninguna pregunta. Pero ¿cómo hace una madre para no responder a las preguntas de sus tres hijos después de un día entero sin verlos? Desear el silencio es humano, pretenderlo es demasiado; pero ¿lo pretendía? Honestamente le parecía que no, puede que respondiera ahorrándose las palabras, eso a lo mejor sí. Pero tenía todas aquellas cosas que hacer, las camas que por la mañana nadie había tenido tiempo de estirar, la ropa que tender o recoger, hacer la cena. ¿Cuántas veces había deseado comerse un bocadillo sobre el fregadero de la cocina para no tener que ensuciar ni siquiera un plato? Muchas, lo había deseado muchas. ¿Tenía que sentirse culpable? Cada día se liaba una en aquella casa. Si no era la puerta del baño, era el gato que se caía del séptimo piso y había que correr al veterinario porque estaba medio roto. Si los chicos no se habían lanzado cuchillos, se habían inventado un juego absurdo, como el de atar a uno de ellos como un salchichón y luego darle un empujón, para que el elegido cayese de cabeza y corriese el peligro de quedarse en el sitio. Había sucedido de verdad, volvió a casa y había encontrado a Joana inconsciente y con un gran hematoma en la nuca. En el hospital le dijeron que había tenido suerte, que podía haber terminado muy mal. Durante años, cuando por la noche volvía a casa, metía la llave en la cerradura y por un instante le faltaba la respiración. Si no había sucedido nada, daba gracias a Dios, le entraban ganas de celebrarlo pero luego el cansancio se apoderaba de ella y solo quería irse a la cama y tomarse dos Lexotan para dormir toda la noche sin despertarse. A veces se preguntaba: «¿No se convertirá el Lexotan en mi Dolviran?». Pero no, no era posible, de día no lo habría tomado nunca, no podía permitirse quedarse dormida de pie. Podría haberlos besado más. Eso sí. Los besos no cuestan nada. Se siente el perfume de la piel de tus propios hijos, la suavidad de su carne y

pese a no decir nada, se dice tanto… Y sin embargo con los hijos sucede lo mismo que con un gran amor. Los besos de los primeros tiempos, largos y apasionados, al final no se sabe dónde se quedan. Hay un día en que terminan los besos. Las personas continúan amándose, pero de forma distinta, sin los besos. Y desde ese momento comienzan los días largos, los meses, los años sin aquel sabor. Se convierte en normal, puede que los cuerpos se compenetren mejor, pero los besos, los que entonces llenaban todo, se relegan solo a los momentos de intimidad.

Abrazada a Vasco, mientras bajaban el ataúd de Ofelia, pensó que desde esa misma noche volvería a besar a sus hijos como cuando eran niños. Habrían vuelto a casa y, una vez dentro, les diría:

—Desde hoy, quiero volver de nuevo a besaros, ¿estáis de acuerdo? Sois mis hijos y el tiempo, en el fondo, pasa muy deprisa.

Pero cuando volvieron a casa estaban todos muy cansados. Rita y Joana estaban llorando tiradas sobre sus camas y Vasco había salido al balcón, quizá se estaba fumando un cigarro a escondidas. Maria do Ceu abrió la nevera. Todavía quedaba un poco de puré de verdura. Lo puso a calentar y se quedó allí mirando, escuchando aquel sonido mecánico del gas saliendo del quemador. Calentó unas rebanadas de pan en el horno. Como cada noche, cenaron en la cocina, sentados a la mesa de madera pintada de blanco, junto a la ventana. Lo bonito de aquella casa eran las vistas. De día, era un paisaje como tantos, abierto pero sin nada de especial. Sin embargo, de noche era precioso. Todas aquellas luces en el horizonte podían ser lo que quisieras. Comieron con el silencio del luto, cada uno mirando su plato. Solo Maria do Ceu alzaba la mirada de vez en cuando. Había noches en las que aquellas luces a lo lejos le recordaban a Madeira.

Una semana después del funeral de Ofelia, Manuel Ramalhete cerró su casa y se mudó definitivamente a la de Maria José. No se llevó nada más que su ropa. Solo pasaría por la rua Leite de Vasconcelos para recoger el correo.

A Maria do Ceu le comunicó su decisión un mes más tarde, cuando no pudo seguir ocultándole la verdad. Después de muchas llamadas de teléfono sin respuesta y demasiadas evasivas si él la llamaba, una noche, cuando

salió de la Dardo, Maria do Ceu fue directa a casa del padrastro y, al no encontrarlo, acudió a la vecina, que le contó cómo estaban las cosas:

—Hace ya tiempo que se ha ido —le dijo doña Susana—. El cuerpo de aquella pobrecilla estaba todavía caliente en la tumba cuando él hizo las maletas y se fue a casa de la otra. Es una vergüenza, Ceuzinha. Una vergüenza. Ese hombre no respeta ni siquiera la muerte.

Maria do Ceu volvió a casa moviendo la cabeza durante todo el trayecto a pie y en autobús. Lo habría estrangulado, pero ¿dónde iba a ir a buscarlo? Ni siquiera sabía la dirección de aquella mujer, solo que vivía en Alfama, y no tenía ganas de ir por ahí investigando. Esperó la llamada del padrastro y, mientras, trató de calmarse imaginando lo que le habría gustado a Ofelia. Claro, pero ¿quién podía decirlo? Ofelia había padecido toda la vida, también por eso estaba muerta. Aunque lo odiase profundamente lo había defendido ante todos. Por tanto, lo odiaría pero también lo justificaría, pensando que era carroña, pero una que se había quedado sola. Sacudió la cabeza con fuerza, dos mujeres sentadas a su lado que la observaban, se miraron perplejas. Que mirasen. El hecho es que no era carroña, él tenía una hermana, podía hacer una obra de caridad y acogerla en casa, ella no hubiera esperado otra cosa, llevaba toda la vida anhelando aquel hermano con los brazos abiertos. Pero ¿qué demonios tenía aquel don Manuel que, cuanto más daño hacía a sus seres queridos, más lo perdonaban y lo amaban? Se encogió de hombros, probablemente en aquella ocasión tenía razón el sabiondo de su hijo cuando le decía: «Mamá, ¿de qué te sorprendes? El mundo es una conspiración de ímbeciles». ¿O tenía que pensar que el charlatán de su padrastro tenía para alguien un gran carisma? Pensar en Manuel Ramalhete carismático le provocó la risa. ¡Magnánimo aquel vendedor de camisas! ¡Solo nos faltaba eso!

Cuatro días después la llamó, con una voz tan pequeña que parecía venir de ultratumba de lo débil que era.

—Ceuzinha, ¿estáis bien todos, hija mía?

—Vamos tirando, padrastro. Seguramente no tan bien como usted, pero vamos tirando.

—Qué desgracia, hija, qué desgracia.

—Pero todo tiene remedio, ¿verdad, padrastro? Todo menos la muerte.

—Y qué gran verdad hija.

—Yo, sin embargo, añadiría que todo menos la muerte de uno mismo, que para la de los demás, por lo que se ve, sí que hay remedio.

—¿Qué dices, hija? Estoy demasiado angustiado, no te entiendo.

—Digo que hace unos días pasé por su casa a hacerle una visita, pero usted no estaba.

—Habría salido a hacer la compra, a algún recado.

—Un recado que dura ya un tiempo, padrastro. Doña Susana me ha dicho que no se le ve por allí.

—Pobre vieja, está medio ciega. ¿Sabías que ya ha perdido casi por completo la vista?

—Pero el oído lo tiene muy bien, y dice que a usted ni se le ve ni se le oye. Padrastro, ¿cuándo pensaba decirme que se ha mudado a casa de esa señora?

—¿Qué señora?

—¡Basta! —dijo Maria do Ceu levantando la voz—. Deje ya de mentir. Pero ¿de dónde saca tan poca vergüenza? ¿y cómo demonios puede vivir, ¡eh!? Con sus mentiras se podría mover un tren, pero es una pena, padrastro, una pena muy grande. ¿Cómo hace para tener siempre todo bajo control?

Al otro lado del teléfono, Manuel Ramalhete comenzó a sollozar, luego el llanto era tan fuerte que parecía que se le iba a romper el pecho.

—¡Ya está! Como siempre, cuando no sabe qué decir se echa a llorar. Tiene usted más de setenta años y se comporta como un niño. ¿Qué necesidad había de huir como un ladrón? ¿No podía tener el valor de decirme la verdad? Es verdad, lo admito, algo de valor hacía falta.

—Te lo habría dicho, hija, créeme, te lo habría dicho —dijo con la voz rota.

—No, continúa usted mintiendo. Ni me lo ha dicho, ni me lo habría dicho. Usted es así, prefiere que las cosas se descubran solas. Por ganar tiempo estaría dispuesto a arriesgarse hasta la ruina. Pero ¿tanto costaba? Me llamaba, me decía que quería verme, me explicaba las cosas. En el fondo, ¿qué había que entender? Lleva con esa mujer una vida entera, se han hecho viejos los tres juntos, la madrastra ha muerto…

—No hables así.

—¿Y cómo quiere que hable? ¿Sabe?, la vida me ha enseñado a ser práctica.

No consiguieron decirse nada más, el llanto de Manuel Ramalhete era tan desesperado que enervó a Maria do Ceu hasta que bruscamente le dijo que era mejor que hablasen en otro momento.

Era difícil saber si aquel llanto tenía algo de verdad, lo cierto es que a Manuel Ramalhete se le había complicado bastante la existencia. Era verdad, a Maria José la conocía desde hacía toda una vida, pero una cosa había sido el tiempo pasado como amantes y otra lo que vivían de repente ahora, que él había pasado los setenta hacía bastante y ella tenía casi ochenta. No estaban acostumbrados a la convivencia diaria, a todas aquellas pequeñas cosas con las que se llenan los días. Pero el verdadero problema fue la criada que trabajaba en casa de Maria José desde hacía más de treinta años, una mujer que llegaba por la mañana, se ocupaba de todo y se iba por la noche. Desde los primeros días, Manuel empezó a criticar todo lo que hacía. Comenzó dándole una lección detallada sobre cómo se planchaban las camisas, y ella se puso como una furia. Se quedó allí en silencio, intentando tranquilizarse pero no pudo, salió de la habitación y fue a la cocina a gritarle a la dueña de la casa que nadie tenía por qué explicarle cómo se planchaba una camisa, que ella sabía hacer todas las labores domésticas, que desde hacía años, ese era su trabajo. Maria José intentó calmarla, le dijo que no tenía que hacerle caso, don Manuel no era y no sería nunca su jefe, la jefa continuaba siendo ella y la autorizaba a no atender órdenes de nadie más. Estas palabras consiguieron calmar a la pobre pero incendiaron el orgullo de Manuel, que entró hecho una furia en la cocina diciendo que lo había oído todo. Se insultaron e hirieron verbalmente como no lo habían hecho nunca. Pasaron todo el día sin dirigirse la palabra y aquella noche Manuel cenó solo. Maria José dijo que le dolía el estómago, se marchó a la habitación y apagó la luz. En otros tiempos, Manuel Ramalhete habría sabido convencerla y hacer las paces, pero aquellos tiempos habían pasado, ahora necesitaría un milagro para conseguir un poco de armonía. Se quedó sentado en el salón reflexionando, con las manos sobre las rodillas, y después de mucho pensar se dio cuenta

de que el carácter de Maria José era muy distinto al de Ofelia. Maria José reaccionaba como un animal salvaje, era pura pasión y, si durante todos aquellos años la había amado incondicionalmente, era precisamente por eso. Ofelia, en cambio, era silenciosa, era capaz de tragarse cualquier dolor sin que él lo notase. Y esta, en una mujer, era una virtud extraordinaria. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta durante todos aquellos? Un hombre puede vivir una vida entera solo con una mujer que no sabe hacerse daño más que a sí misma. Bien pensado, había sido muy cómodo haber tenido una mujer así. Había soportado con resignación, gracias a su orgullo. Sí, el orgullo es una gran cualidad; una persona orgullosa sería capaz de cualquier cosa con tal de no dejar ver que sufre y eso resulta muy cómodo para evitar cualquier sentimiento de culpa… si no te veo sufrir, puedo ignorar tu sufrimiento y, si ignoro que sufres, puedo vivir en paz. Ofelia lo había dejado vivir en paz, y al final hasta se había quitado de en medio ocupando solo el espacio de la cama. Él podía pasar un día entero en casa sin verla ni oírla. No como aquella bruja, que se había encerrado en su habitación pero solo para maquinar cuánto le faltaba para explotar. Y si no explotaba, había caras largas. Quién sabe, tal vez habría sido mejor que la muerta hubiera sido Maria José. La habría echado de menos, claro, pero su vejez seguramente sería más tranquila. «No, si al final voy a echar en falta a esa catasplasma de esposa —pensó rascándose la cabeza—. Quién lo iba a decir». Esperó que se hiciese un poco más tarde y luego, de puntillas, se fue a dormir.

A dormir, ¡ojalá! No le dio tiempo ni a tumbarse en la cama antes de que aquella loca encendiese la luz.

—¡A buenas horas! —dijo incorporándose un poco—. Pero ¿has visto el reloj? Son casi las cuatro de la mañana.

—No tenía sueño.

—Y a mí me lo has quitado.

—No sé de qué forma si no he hecho ningún ruido.

—¡Me lo has hecho aquí! —dijo ella apuntándose la cabeza.

—Bueno, ahora nos tranquilizamos, cerramos los ojos e intentamos dormir. Ya hablaremos mañana de lo que sea.

Maria José apagó la luz y se dejó caer hacia atrás haciendo temblar toda la cama. Un poco después, en el silencio, alargó una mano y lo buscó.

—Somos viejos —dijo él.

—¿Desde cuándo? ¿Desde esta noche?

—No, desde esta noche, no —le respondió él con los ojos llenos de lágrimas retenidas como si de repente se acumularan una sobre otra sin encontrar vía de escape—. Desde ahora.

Dos meses después, la criada se despidió sin siquiera dar los quince días de preaviso. Maria José le rogó, le suplicó que no la abandonase, le dijo que, si se quedaba, iría al notario al día siguiente y la nombraría su heredera.

—Tengo solo dos años menos que usted, doña Zé, no me conviene. Y, además, para lo que va a dejar, pasar un infierno con el déspota que usted ha metido en casa… Se lo agradezco mucho, pero mi respuesta es no.

—Pero ¿cómo voy a vivir sin ti, Aninha?

—Se las apañará. Encontrará a otra.

Con solo pensar en otra ya se sintió mejor. Pues sí, que se fuese, pero ¿qué se había creído? ¿Que era la única en el mundo? Con todas las mujeres que buscaban trabajo, solo había que hacer correr la voz.

Fue mucho más fácil de lo que pensaba. A los dos días se presentó una muchacha que parecía saber lo que se hacía. Lo sabía ¡y como! Tanto que se despidió y los mandó al infierno diez días más tarde. La tercera duró todavía menos pero fue más educada, dijo que no pensaba que hubiese tanto trabajo en una casa tan pequeña y, después de cuatro días, se marchó sin querer cobrar siquiera.

—Pero ¿qué haces para que huyan todas como alma que lleva el diablo? —le dijo un día en la mesa tirando la jarra de agua.

—Las hago conscientes de su incompetencia —respondió él secándose con el pañuelo.

—¡Pues yo no puedo más!

—Yo tampoco.

Pues entonces, ¡vete!

—No me lo hago repetir dos veces —dijo levantándose de la mesa y yendo al dormitorio—. No me lo vas a tener que repetir.

—¡Vete, sí, largo! Desaparece, no te quiero ver nunca más.

Manuel Ramalhete metió sus cosas de cualquier manera en las maletas, haciendo un esfuerzo por no escuchar lo que Maria José continuaba gritando desde el comedor. Después, completamente sudado, pasó por delante de ella sin mirarla. La consideró una sombra, una sombra maldita que gritaba. Y, como en un estado de gracia, abrió la puerta y la cerró tras de sí sin dar portazo. Bajando los primeros escalones, oyó un golpe fuerte que venía de la casa. Se imaginó que estaría tirándolo todo como una loca y ese pensamiento lo aterrorizó. Estaba cerrando un ciclo, no recordaba de cuantos años y lo estaba haciendo ahora, cuatro meses después de la muerte de Ofelia que había perdido todas las batallas, finalmente vencía la guerra. Cuando llegó a la calle, dejó en el suelo las maletas. El cielo, sin una nube, se confundía con el azul del Tajo y del Atlántico. Un barco estaba entrando despacio en el puerto, parecía resbalar sobre algo oleoso, o quizá era solo un efecto óptico provocado por aquella luz que lo cegaba. Dos niños pasaron junto a él corriendo, seguidos por el perro más pequeño que había visto en la vida. Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y, con un pañuelo blanco, perfectamente planchado y con sus iniciales bordadas en celeste, se limpió el sudor que le resbalaba por el cuello. Un taxi bajaba con dificultad por la rua dos Corvos. Lo paró con la mano.

—Rua Leite de Vasconcelos —dijo con voz firme.

—Sí, señor —respondió el conductor bajando la bandera.

Los dos niños corrían de vuelta, pero más despacio porque era cuesta arriba, todavía les seguía el mismo perro. Manuel Ramalhete se aflojó el nudo de la corbata y bajó la ventanilla. Lisboa era de una belleza que quitaba el aliento.

Después de algunos meses supo lo que había sido el batacazo que oyó al bajar las escaleras. Lo supo un día que se acercó a visitarla porque ya había pasado bastante tiempo y quería saber cómo estaba. La vecina del piso de arriba estaba en el balcón regando sus geranios y, cuando lo vio, le dijo:

—Don Manuel, hace muchísimo que no se le ve por aquí. Pero llega tarde. Pobre Zé, la llevaron enseguida al hospital. Ahora está en el asilo de la Praça de Londres, pero parece que no se va a recuperar.

Fue a verla con un ramo de flores y una caja de bombones. Preguntó por ella a un enfermero que lo acompañó por un pasillo lleno de viejos, que parecía que no se acababa nunca.

—Es aquella de allí —le dijo indicando a una mujer en una silla de ruedas junto a una ventana.

Estaba irreconocible. Con la mirada perdida, su cabeza se balanceaba mientras un hilo de baba le colgada de la boca. Por un momento se quedó mirándola, incrédulo. Luego la llamó dos veces sin que ella notase su presencia. El sol iluminaba su cabello blanco y el verde opaco de aquellos ojos, que habían sido magnéticos, en las primeras horas de aquella tarde de finales de primavera. Manuel Ramalhete le acarició una mano. Luego le puso en el regazo las flores y los bombones y se fue.

OceanofPDF.com

XXX

En el comedor había puesto la mesa con el mantel bueno y los platos de la vajilla de Vista Alegre que los padrastros le habían regalado el día de su boda. De vez en cuando se alejaba unos pasos para ver el efecto, con la mano izquierda en el mentón. Luego se acercaba y movía unos milímetros un vaso de cristal, un cubierto, arreglaba las flores del centro, encendía una luz y apagaba otra para ver cómo quedaba mejor.

Al abuelo iría a buscarlo Vasco con el coche al salir de la oficina. Nada más licenciarse, había conseguido una plaza de funcionario en Galp, un trabajo que no le gustaba mucho, pero donde le pagaban bastante bien. Había decidido quedarse allí el tiempo justo para ahorrar un poco, después buscaría otra cosa.

Ir a recoger a su abuelo le prolongaría mucho el trayecto, por otra parte Joana no podía ir porque esa noche llevaría a cenar al novio para presentárselo a la familia. Durante un tiempo había guardado el secreto, cuando salía decía que había quedado con amigos, pero pasaba demasiadas horas frente al espejo decidiendo qué ponerse para que se tratase solo de amigos. Después empezó a pasar los fines de semana fuera de casa, cada vez con una excusa distinta, el cumpleaños de una amiga en Azeitão, una graduación en Coímbra. Una noche que volvió a casa más tarde de lo previsto, Maria do Ceu la estaba esperando en el salón.

—¿Todavía estás levantada? —le dijo Joana acercándose a ella.

—Sí, he pensado que tendrías algo que decirme.

Esto había pasado una semana antes, y Maria do Ceu estaba un poco emocionada con la idea de conocer a ese chico del que su hija le había hablado con la voz trémula y los ojos llenos de entusiasmo. Sería una cena

muy íntima: aparte de ellos cuatro, solo había invitado al abuelo. Sabía que a él le gustaba que lo tuviesen en cuenta para estos casos. Al día siguiente diría lo que pensaba pero conociéndolo, Maria do Ceu sabía ya que su opinión sería positiva fuese como fuese el muchacho. Desde que se había quedado solo llamaba a sus nietos «mis tres brillantes», y cualquier cosa que hiciesen a él le parecía bien. Claro, siempre sabía cómo hacerse compensar, los iba llamando por turnos para que lo llevasen una vez al médico, otra al fisioterapeuta para la rehabilitación de una rodilla que, cuando se olvidaba de ella, conseguía mover sin problema y cuando se acordaba, le impedía moverla. Por no hablar de la espalda, que según él lo estaba paralizando lentamente pero siempre cuando le hacía falta algo con urgencia, porque si no, aquella a la que suspirando y gimiendo de dolor llamaba «mi querida amiga columna», lo dejaba libre de ir de un sitio a otro de la ciudad sin el mínimo fastidio. Se había especializado en quejarse a la familia, porque como estaba solo, tenía miedo de que, si no los tenía siempre alerta, no se ocuparían lo suficiente de él. Le gustaba creer que al final del día la buena de Ceuzinha le preguntaba a sus hijos:

—¿Habéis hablado con el abuelo hoy?

—Sí, mamá, acabo de llamarlo yo —habría respondido uno de ellos.

—Ah, bien. Y ¿cómo estaba?

—Como siempre.

—¿Había comido ya?

—Sí, menestra. Decía que se iba enseguida a la cama porque le dolía todo.

—Pobre viejo.

Se consolaba pensándolo, se sentía menos solo. Y además le gustaba hacer competir a los chicos con grandes declaraciones de preferencia según la dedicación que mostrasen. «Los tres sois mis diamantes, pero tú eres el que más brilla», decía cada vez al elegido del momento. Los hermanos bromeaban entre ellos, lo imitaban, eran buenos sobre todo reproduciendo el temblor de voz que él sabía calibrar como pocos, hasta que se descuidaba, y lo divertido era ver cómo lograba recuperarlo sin perder ritmo, como un gran artista, ayudándose de una serie disparatada de golpes de tos. Y así, tra la voz atronadora de unos segundos antes, retomaba la voz

trémula de un viejo asustado, un viejo que en medio de un discurso, hacía que se le saltasen las lágrimas a propósito y, tomando a uno de sus nietos de la mano, le decía:

—Por qué no me quieres, ¿eh? Dime cómo haces para no quererme cuando yo te quiero tanto.

—Pero no, abuelo, le quiero muchísimo también yo —respondía el desventurado.

—Y, entonces, ¿por qué no me das un abrazo nunca?

—Pero sí que le doy abrazos, abuelo, le doy muchos.

—Tus dos hermanos me dan más.

—No es verdad, le abrazamos y le queremos los tres por igual.

Pero daba igual lo que dijese el desventurado, no había nada que hacer, la representación había comenzado y Manuel Ramalhete haría su papel hasta el final.

Aquella noche, acompañado de Vasco, Manuel Ramalhete se presentó en la cena en todo su esplendor. Estaba elegantísimo con el traje de lino claro, la corbata negra (siempre de luto desde la muerte de Fernanda), el sombrero de paja y el pañuelo, en un tono un pelín más oscuro que el traje, metido con arte en el bolsillo. Entró en casa apoyándose en el bastón, más por capricho que por otra cosa; en realidad, lo usaba porque era un bastón precioso, con el puño de plata y marfil.

El novio de Joana se llamaba Nuno. Era más bajo que ella, más bien regordete para su edad, calvo y con la tez muy oscura. Lo más bonito eran los ojos, que parecían maquillados, como los de los indios. En la mesa, durante una serie de conversaciones que no iban más allá de las formalidades, a Maria do Ceu no se le escaparon las vueltas que aquel muchacho daba a cada plato. Había fingido comerse la sopa llevándose la cuchara a los labios solo un par de veces, del bacalao había quitado con gran precisión todos los trocitos de cebolla y las espinacas, la ensalada no la había probado, la macedonia había quedado toda en la copa.

—Lo siento —le dijo cuando no pudo seguir conteniéndose—. Me parece que no he dado con tus gustos.

—Es culpa mía, mamá —intervino solícita Joana—. Olvidé decirte que Nuno no come ni fruta ni verdura.

—¡Qué lástima! He hecho también la tarta de manzana. —Y, luego, volviéndose a él, le preguntó—: ¿Qué te gusta?

—La carne, las patatas, el arroz —respondió con gran apuro.

—Bueno, no será difícil para Joana hacerte de comer.

—Pero ese no es el único problema que tengo, señora —le dijo mientras una gran arruga vertical se hacía sitio entre sus cejas.

—¿Estás enfermo?

—No, estoy bien, estoy fenomenal. Pero me parece apropiado aclarar ya que no monto en aviones ni trenes ni barcos ni ferris ni autobuses ni tranvías ni metros ni ascensores.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí arriba?

—A pie.

—Siete pisos de tres tramos de escalones cada uno. ¡Caramba! Pero eso es una enfermedad que se puede curar.

—No tengo ninguna intención de curarme porque estoy muy bien así. Joana está al tanto desde el primer día y no tiene nada que objetar.

—Tampoco yo.

—Lo olvidaba. Soy asmático.

—¿También tú?

—¿Por qué? ¿Quién más lo es? —preguntó Nuno.

Los tres hermanos se volvieron a mirarla con aire interrogativo.

—Nadie, en realidad, nadie —dijo Maria do Ceu.

—Y, entonces, ¿por qué lo has dicho? —le preguntó incómoda Joana.

—Por nada, es que es una enfermedad muy común. Me ha venido a la cabeza el hijo de una colega. Eso es todo.

La noche no se alargó mucho, después del café Nuno agradeció la cena y se ofreció a llevar a casa al abuelo.

—Pero ¿es que conduces? —le preguntó asombrada Maria do Ceu.

—Sí —respondió él con sarcasmo—. Es de las pocas cosas que hago.

Manuel Ramalhete se fue del brazo de aquel desconocido con aire radiante. En el coche, durante el largo trayecto que lo llevaba de vuelta a casa, le diría que, desde aquel momento en adelante, sus diamantes eran ya cuatro.

Rita y Vasco se habían ido ya a la cama hacía un rato, Joana continuaba revoloteando en torno a la madre, ayudándola a recoger la cocina.

—¿Y bien? —le preguntó mientras secaba un vaso.

—Y bien, ¿qué?

—Ya sabes qué, no finjas que no te enteras. ¿Te gusta o no?

—Me parece que a quien tiene que gustarle es a ti.

—O sea, que no te gusta.

—No, no he dicho eso. Digo que me parece un muchacho complicado y que las complicaciones no facilitan la vida.

—Sabiduría oriental.

—No te pongas chistosa, Joana. Ahora te parece todo maravilloso, pero ¿y dentro de unos años? ¿Conseguirás entonces soportar a un hombre que no monta en avión ni en tren ni en barco ni en todo lo demás? No sé siquiera si es el mejor ejemplo que ofrecer como padre.

—Bueno, el nuestro se fue de casa cuando yo tenía un año. Nuno no tendrá que hacer grandes esfuerzos para ser mejor.

—No juzgues a tu padre, Joana.

—No lo estoy juzgando, me limito a los hechos.

—Lo más grave es que Nuno diga que está bien así.

—Anda que tú, que ni siquiera lo conoces y le dices que tiene que tratarse…

—Pero es la verdad.

—Podías esperar a conocerlo un poco mejor.

—Y, además, no come ni fruta ni verdura.

—Eso no da problemas a nadie.

—¿Tú crees? Yo no estaría tan segura. Esta noche no debe de haber sido fácil para él comer así. Perdona, pero me ha parecido infantil. Los niños dicen esto sí y esto no, pero cuando crecen aprenden a comer de todo. Y, además, ¿si un día tenéis hijos? ¿Cómo harás para decirle a ellos que tienen que comer fruta y verdura si ven que su padre no lo hace?

—Anda que no corres, mamá, has llegado ya a mis hijos.

—Si este es el hombre de tu vida, tarde o temprano tendréis hijos.

—Pero ¿no te gusta siquiera un poco?

—Sí, tiene los ojos bonitos y creo que está muy enamorado de ti.

—¿Se ve?

—Claro. Y, además, perdona, ¿por qué no debería estarlo? Eres la suerte más grande que va a tener.

—¿Ves? No te gusta.

—Mira que eso lo diría de cualquiera que me presentases.

Maria do Ceu se secó con un trapo y tomó el rostro de la hija entre las manos. Se quedó un momento admirando su belleza. Era alta, delgada, con un semblante maravilloso. ¿Por qué, entonces, era siempre tan infeliz? Joana sonrió avergonzada.

—¿Qué pasa? —le dijo.

—Nada. Eres guapa. Pero sonríes solo con los labios. Aprende a sonreír también con los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, me pareces feliz solo a medias.

—A lo mejor es porque es así.

—Y ¿por qué?

—Porque, a veces, querría ser más guapa, y otras, en cambio, querría ser más fea que Rita.

—Rita no es fea.

—Sí que lo es.

—En cualquier caso, no es culpa tuya que tú no lo seas.

—Bien, entonces, todo resuelto.

—No me hables así.

—No te hablo de ninguna manera, eres tú la que quiere simplificar a toda costa.

—¿Tendría que complicarlo?

—No, tendrías que ser realista. Y, sin embargo, tú y Vasco competís para ver quién repite más veces que la vida es sencilla. Pero ¿dónde está dicho que sea así de sencilla la vida? Y, además, perdona, pero ¿cómo puedes decirlo precisamente tú?

—Porque en las cosas en que podemos elegir debería serlo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cuando escogemos marido.

—Entonces, ¿qué tendría que hacer? ¿Negar mis sentimientos?

—No, deberías preguntarte si lo quieres de verdad o si estás eligiendo castigarte solo porque has tenido un destino mejor que Rita. Créeme, no es complicado, es más, es bastante sencillo. ¿Lo quieres porque lo amas o lo quieres porque junto a él podrás mortificarte lo suficiente?

—Estás siendo cruel.

—Decídete, Joana. Quieres que sea realista, no puedo serlo solo cuando te va bien.

—Y yo ¿cómo puedo saberlo?

—Lo siento, pero en eso no te puedo ayudar, no tengo la respuesta. Eso solo lo puedes contestar tú.

—Pero ¡yo no lo sé!

—Entonces, espera. Tómate tiempo y un día lo sabrás.

—Caray, esta noche era casi feliz.

—Pues piensa en ese «casi», piensa que ser casi feliz desde el principio sirve de poco. Escucha, Joana, es siempre una cuestión de porcentajes. Los porcentajes con el tiempo bajan, así que tienen que ser altos de partida, ¿entiendes?

—¿Qué quieres decir?

—Que un hombre, al principio, te debe gustar al cien por cien, al ciento veinte por ciento, al ciento cincuenta. Porque luego ese porcentaje caerá en picado y, por debajo del ochenta por ciento, no puede durar toda una vida.

Maria do Ceu se inquietó cuando en su vaso vio demasiadas burbujas de aire. No solo eran muchas, eran además grandes. Habían hecho falta solo dos días para que el agua se llenase de todas aquellas malas presencias. Estuvo tentada de tirarla por el lavabo, pero decidió esperar un poco. Cuando después de otras cuarenta y ocho horas las burbujas se habían hecho gigantescas pidió un día de permiso en la Dardo y fue al hospital Santa Maria.

Sin hacerse demasiadas preguntas, siguió su instinto. En realidad, desde que habían nacido Joana y Vasco no había vuelto al ginecólogo, así que, en vez de ir al cardiólogo, al urólogo o al gastroenterólogo, llamó para pedir cita con él y, cosa bastante rara, se la dieron de inmediato, para el día siguiente.

Cuando entró en la consulta, aunque fuese la primera vez que ponía el pie en ella, tuvo la clara sensación de encontrarse en un lugar que ya conocía.

—Es como si hubiese estado ya aquí —le dijo al médico mientras se sentaba.

—Se llama *déjà vu* —le respondió él desde detrás de un par de gafas de miope—. Pero es una creencia.

—¿*Déjà vu*?

—Sí. En francés significa «ya visto».

—Ya visto ¿cuándo?

—En otra vida. Pero se lo he dicho, es una creencia.

—¿Usted lo cree?

—Yo soy médico y tendría que decirle que no.

—¿Pero?

—Pero me han pasado cosas que me han dado que pensar.

—¿Me las cuenta antes o después de la consulta?

—No se las voy a contar, me tomaría por loco. Pero puedo decirle que, si usted tiene la impresión de haber estado ya aquí, yo tengo la impresión de haberla conocido ya.

—Y no tiene un buen recuerdo, ¿verdad?

—Si seguimos así, daremos de bruces en la brujería. Y, sin embargo, estamos en un hospital y usted ha venido para una revisión. Comencemos por los síntomas. ¿Qué le pasa?

—Nada. Es que creo en los presentimientos y hace dos días tuve uno que no me gustó nada.

—Y… ¿la elección de hacerse esta revisión?

—Puro instinto.

—Entonces, desnúdese y veamos enseguida de qué se trata.

Maria do Ceu no sintió vergüenza alguna ante aquel médico con ojos de topo. Mientras aquel hombre la reconocía, observó ciertos puntos del techo en los que la pintura se había desconchado, otros en los que las manchas de humedad tenían formas extrañas. Había una, por ejemplo, que era idéntica a Sudamérica, podía reconocer Brasil, Argentina, Chile. Estuvo relajada y no sintió ni la más mínima molestia.

—De momento parece que está todo en orden —dijo el médico con un tono de voz muy aliviado—. Quítese el sujetador.

La exploró pidiéndole que se quedase tumbada, que se sentase, que se tumbase de nuevo y al final se volviese a sentar. Parecía que había terminado y, sin embargo, volvió a comenzar sin dejarse siquiera un centímetro de piel, haciéndola levantar muchas veces los brazos para hundir las yemas de los dedos también en las axilas.

—¿Hay algo que no va bien? —le preguntó sonriendo Maria do Ceu.

—La exploración no da nunca respuestas certeras, pero en el pecho derecho siento nódulos que no me gustan mucho. Será mejor hacer una mamografía. ¿Se ha hecho alguna vez una?

—No. ¿Puedo hacérmela enseguida?

—Por lo general, hay que pedir cita. Pero vamos a probar. Conozco a todo el mundo aquí. Vístase y bajamos. Diré que es familia mía. No me delatará, ¿verdad?

—Ni se me ocurriría, doctor. ¿Qué somos, primos?

—Sí, primos puede funcionar, así no se harán preguntas sobre los apellidos. Somos primos por parte de madre, ¿entendido?

La acompañó al radiólogo y antes de irse le dijo:

—Te dejo en buenas manos. En cuanto tengas las placas vuelves a subir y les echamos un vistazo.

Fue cuestión de unos minutos. Le hizo un poco de daño, pero no dijo nada. Luego esperó sentada en el pasillo las placas, que una enfermera le entregó al cabo de un cuarto de hora en un sobre blanco. Volvió a subir las escaleras sin sentir aprensión alguna, con un estado de ánimo neutro, como si la cosa no fuese con ella. Llamó a la puerta de la consulta y la voz del médico le pidió que entrase.

—Déjeme ver —le dijo casi arrancándoselas de la mano.

Las colocó sobre un panel y encendió la luz. Le daba la espalda y Maria do Ceu, observándolo, pensó que pronto aquel hombre desconocido le daría una respuesta muy importante y que quizá, después de aquellas breves palabras que pronto intercambiarían, no volverían a verse nunca. El médico se volvió hacia ella y se quitó las gafas.

—Por desgracia, algo no va bien, señora. Su presentimiento era correcto.

—¿Cuánto me queda de vida?

—¡Pero bueno! No se hacen esas preguntas. Deje más bien que le pregunte yo algo. En su familia ¿ha habido otros casos de tumores en el pecho?

—Mi madre. Y no duró mucho, ¿sabe?

—¿Cuántos años hace de eso?

—Más de veinte.

—Eran otros tiempos. La medicina ha adelantado mucho. La operarán y luego seguirá un tratamiento. No está en un estadio avanzado. Así, a ojo, no puedo decirlo con certeza, pero me parece que hay muchas posibilidades de que no haya atacado ningún otro órgano. Podría ser poca cosa.

—¿Poca cosa?

—Sí, poca cosa. Pero es urgente, le hago enseguida el volante de ingreso. Váyase a casa, prepare sus cosas y vuelva mañana por la mañana. La operarán al día siguiente.

—No lo hará usted, ¿verdad?

—No.

—Lástima. Estaría más contenta si me operase usted.

—Soy ginecólogo, no cirujano.

—Pero, si me operase usted, tendría más posibilidades de lograrlo.

—No diga eso. Me da usted miedo, ¿sabe?

—No tenga miedo, doctor. Ha sido solo un *ya visto*.

No tuvo mucho tiempo para decírselo a sus hijos, pero intentó tranquilizarlos. Les hizo prometer que no dirían nada al abuelo, al menos hasta después de la operación y cuando se hubiese recuperado un poco. Evitó decir de qué se trataba; para los chicos tenían que extirparle un bultito de naturaleza benigna, pero tenían que hacerlo enseguida para evitar que creciese. Rita la escuchó sin poner nada en duda, Vasco y Joana, por el contrario, se intercambiaron miradas inquietas y aquella noche, cuando la hermana y la madre estaban ya acostadas, se juntaron en la cocina y se abrazaron ante la nevera. Joana lloró sobre el hombro del hermano, que no

sabía cómo consolarla si no era repitiendo las mismas palabras de la madre que él tampoco había creído. Luego le secó la cara con una mano y le dijo que se tranquilizase, que todo saldría bien. Intentaba ayudarla como podía, pero ¿quién lo ayudaba a él? Aquella noche, durante la cena, cuando la madre había hablado de la operación en el pecho con una sonrisa en los labios, definiéndola como «una lata», él no había entendido cómo, pero había conseguido entrar dentro de ella, igual que había leído en algunos libros de antropología. Ella había abierto la boca para respirar y aquella inspiración lo había absorbido a él, que se había hecho pequeño pequeño y había llegado hasta el cerebro, donde durante unos instantes había oído este pensamiento: «Pobres hijos míos, que Dios os proteja». Y luego, en la respiración siguiente, lo había vuelto a escupir, le había parecido caer en el plato, para luego retomar sus dimensiones habituales y volver a estar sentado a la mesa, justo delante de ella, que lo miraba con una complicidad demasiado aterradora. ¿A quién podía contar aquella alucinación más que a su madre? Y así, tras acompañar a Joana a su cuarto, donde Rita dormía tranquila ya desde hacía un rato, sin hacer ruido entró en la habitación de la madre para ver si estaba dormida.

—¿Qué pasa? —le dijo cuando vio su sombra entrar.

—¿No te has dormido?

—No, esta noche ni siquiera el Lexotan me hace efecto. Y tú ¿qué haces aún levantado?

—No tenía sueño.

—Entonces ven a sentarte aquí a mi lado.

—Hay algo que nos has ocultado, ¿verdad? —le preguntó ansioso.

—Sí, pero contigo parece que no lo he logrado. Contigo, Vasco, siempre es distinto, quizá sea porque eres mi hijo varón. ¿Sabes?, me habría gustado tener solo hijos varones.

—Y eso ¿por qué?

—Para hacerlos buenos como tú. Un día te casarás y tu esposa será una mujer feliz, y yo tendré un poco de mérito en su felicidad.

—No me importa nada esa mujer, ni siquiera creo que me case nunca. Quiero saber lo que nos ocultas. En la mesa, mientras hablabas, he sentido que tienes miedo. Quiero saber la verdad.

—Me quieres demasiado para saber la verdad.

—Pues ahora es demasiado tarde, tienes que decírmela.

—Vasco, lo que hay en mi pecho no es benigno. Ahora lo sabes.

—Pero el médico te habrá dicho algo más, ¿no?

—Que me van a operar y que luego tendré que seguir un tratamiento. Eso es todo. No me mires así, le he preguntado cuánto me queda, pero sabes cómo son, es una pregunta a la que no responden. Le he dicho también que mi madre murió de lo mismo. Pero él ha dicho que eran otros tiempos, que la medicina ha avanzado mucho.

—Y es verdad.

—Cierto, la medicina nunca ha retrocedido. El problema será ver si esos avances son suficientes para mí. Comienza un nuevo capítulo de mi vida, Vasco. Se titula: «Salvar el pellejo».

—Mamá…

—Tienes que ser fuerte. Si hay alguien que puede tranquilizarme, eres tú. Si me sucede algo…

—Por favor.

—Por favor te lo pido yo. Has venido aquí porque querías saber cómo estaban las cosas. Bien, te lo he dicho, pero ahora tienes que escucharme. Joana tendrá una vida muy complicada, casi tanto como la mía, lo lleva escrito en los ojos, que cada día tiene más tristes. A veces la tristeza es un destino. Yo me he empeñado un poco contra el mío, ella, sin embargo, se ha resignado. No sé qué es mejor. ¿Sabes?, me parece que empeñarse es una gran pérdida de energía. Puede ser que haya enfermado también por eso. Pero ha sido siempre más fuerte que yo. A lo mejor ha sido así, sobre todo, por vosotros, porque quería daros una madre que sonreía incluso cuando no tenía ganas. También mi madre lo hizo por mí. Ofelia me quiso muchísimo, pero no era mi verdadera madre, incluso si no lo hubiese sabido nunca, me parece que lo habría sospechado por su falta de sonrisas. Una madre que no sonríe nunca a sus hijos no es su verdadera madre. Escucha, Vasco, por Joana no podrás hacer mucho, pero ella tendrá en cualquier caso una familia, muchas cosas en que pensar. Tienes que prometerme que no abandonarás nunca a Rita, no puedo imaginar lo que será de ella sin mí. Es delicada, solitaria, incapaz de expresar un sentimiento. Parece que solo sabe

dar salida a la rabia. Prométeme que no la abandonarás nunca. Harás tu vida, quizá te irás lejos, pero no te olvides de ella, ¿entendido? A ella le bastará saber que estás ahí.

—Basta, mamá. El médico te ha dicho que te van a operar y que luego te tratarán.

—Pero ¿qué saben los médicos? No es que tengan una bola de cristal.

—Porque ¿tú la tienes?

—Escucha, Vasco, no es cuestión de tenerla o no. Es cuestión de que cada uno de nosotros, si se concentra lo bastante, comprende algo de sí mismo mejor que cualquier otro.

—No quieres tener siquiera una gota de esperanza, ¿verdad?

—Claro que quiero tenerla. Pero estoy intranquila y, en caso de que suceda lo peor, querría al menos haber aclarado esto contigo. Pongamos que te digo esto por superstición. Porque a veces las preocupaciones tienen el efecto contrario de lo que se piensa, a veces protegen. En fin, si no bajas la guardia, al menos no te pillan por sorpresa. Prométeme lo que te he pedido.

—Te lo prometo. Pero has olvidado algo.

—¿Qué?

—A mí.

—Qué tontería, Vasco. Nosotros dos somos una sola cosa, ¿no? Si las cosas van mal, sabrás cuidar de ti. Y ahora, vete, vamos a ver si consigo dormir un poco.

El miedo lo aceleró todo. Maria do Ceu todavía no había salido del hospital, estaba aún convaleciente, y Joana había ya fijado la fecha de su boda. Era presa de una terrible agitación, quería a toda costa casarse y tener enseguida un hijo, quería que su madre tuviese tiempo de conocerlo. La había oído demasiadas veces lamentarse del hecho de que su madre no hubiese podido conocer a los suyos. Quería que, fuesen como fuesen las cosas, a ella no le sucediese lo mismo. Y además le parecía que de aquella forma pondría trabas a la repetición de los destinos que a veces avanzan de forma inopinada, como una hilera de hormigas. Basta que uno interrumpa su curso y aquellas pierdan la orientación, se desperdigan como enloquecidas y tardan un tiempo en volver al orden. Si ella se casaba y daba

a luz, el destino de su madre, quizá, se desorientaría y tomaría otro camino. Se le había metido en la cabeza que todo dependía de ella.

—¿Estás convencida de verdad? —le preguntó Maria do Ceu.

—Convencidísima.

—Y los porcentajes ¿cómo están?

—Altos.

—Si es así, ¿qué te puedo decir yo? Nos ponemos a preparar la boda. Comienza por hablar con tu padre porque la boda de una hija es una cosa importante y requiere bastante dinero. Quiero que no te falte de nada, que sea una boda de esas que no se olvidan, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Joana radiante—. Hablo con él mañana mismo. El vestido lo he visto ya, pero antes de comprarlo quiero que lo veas tú, igual que la iglesia y el restaurante.

—¡Ah! Entonces estamos ya muy adelantadas.

—Sí, pero tú lo tienes que aprobar todo. Sin tu aprobación, no compro ni reservo nada.

—Bien, entonces déjame al menos tiempo de reponerme un poco. Lo haremos todo antes de que comience la terapia.

—¿Qué terapia tienes que hacer?

—Nada, es más una precaución que otra cosa. Solo un poco de quimio.

—¿Solo un poco de quimio? —preguntó Joana pálida.

—Por precaución, te lo acabo de decir. Todos tienen que hacerla. Lo llaman… ¿cómo lo llaman? Ah, sí, limpieza. Después de operaciones como esta hay que hacer un poco de limpieza.

—¡Pero me habías dicho que el examen histológico era negativo!

—Y lo es, pero los médicos quieren tener la conciencia tranquila. No quieren dejar margen de error. Yo creo que tienen razón. ¿Sabes?, en estos casos, un poco de quimio no puede hacer otra cosa que bien.

—Pero ¡es brutal! Si quieren tomar precauciones, podían hacerte radioterapia.

—¿Qué pasa? ¿Sabes tú más que ellos?

—Soy licenciada en Biología.

—Precisamente, en Biología, no en Medicina. Y ahora basta, por favor, estábamos hablando de cosas mucho más alegres.

—Y, además, dime otra cosa, me dices que tengo que pedir una boda en la que no falte de nada, y yo, está bien, la pediré. Pero ¿me explicas por qué tú has ido a operarte al Santa Maria cuando tu exmarido es ministro de Sanidad?

—Porque para ti es tu padre y, para mí, como acabas de decir, un exmarido.

—El orgullo, mamá, siempre el orgullo.

—No es que sea un pecado capital.

—No. Cuando es moderado, es hasta una virtud, pero cuando es tan fuerte…

—Basta, Joana, tienes otras cosas en que pensar. Hazme un gran favor y piensa solo en ellas.

Pocos días antes de la boda, que se celebró el 10 de junio en la iglesia de Madre Deus, Tiago llamó por teléfono a Maria do Ceu para preguntarle si a la boda de su hija podía considerar invitada también a Marta. Se lo preguntó de forma muy educada, pero también con cierta arrogancia, porque tuvo mucho cuidado de subrayar que habían pasado muchos años y que Marta era ya su esposa desde hacía tiempo. Negándose a invitarla lo pondría en una situación muy difícil. Entendía bien que entre ella y Marta no había habido nunca relación alguna y, además, tampoco lo había pretendido. Pero la boda de Joana era una ocasión demasiado especial para que se viese obligado a excluirla. Maria do Ceu habría querido responderle que a su boda con aquella mujer ni siquiera había invitado a los hijos, pero decidió que prevalecería el buen sentido y le dijo que Marta era bienvenida.

Era cierto, ya habían pasado muchos años, pero la idea de tener que conocerla oficialmente, estrecharle la mano, intercambiar con ella las pocas palabras de circunstancias que siempre se dicen en determinadas ocasiones, la ponía de muy mal humor. Era la boda de su hija, ¿qué pintaba aquella mujer en ella? Seguro que había insistido en que la invitasen por sus fortísimos celos. En todos aquellos años no se había resignado a que Tiago continuase considerándola no solo la madre de sus hijos, sino también el punto de referencia de cualquier decisión importante que tuviese que tomar, fuesen las operaciones de Rita o el traje que debía llevar de viaje para una

ceremonia de estado. Cualquier problema que tuviese, Tiago llamaba por teléfono a Maria do Ceu. Con Marta hablaba siempre con la decisión ya tomada. Y, por supuesto, con la poca sensibilidad que tenía, no evitaba, desde luego, informarla de aquel cordón umbilical que aún lo unía a su primera esposa. Marta tragaba quina, sonreía y aguantaba porque sabía que su verdadera arma era aquella condescendencia, la única que vincula a los hombres para toda la vida. Pero aquel papel tan determinante de consejera oficial se lo había envidiado desde el primer día. No solo se lo envidiaba, no se lo perdonaba. Cuando supo que tenía que operarse de un pecho, tuvo una iluminación. Se encerró en el cuarto de baño y, ante el espejo, juntó las manos y pidió a Dios que se la quitase por fin de en medio.

Era eso lo que preocupaba a Maria do Ceu, tenerla que conocer entonces, en un momento de debilidad, con la peluca rubia que tendría que ponerse por culpa de la quimio que le había hecho perder el pelo, con un vestido dos tallas más grande que la suya porque se había hinchado. Pero le dijo que sí, le dijo que era bienvenida, y el poco tiempo que quedaba hasta el día de la ceremonia lo pasó intentando distanciarse de aquel insistente pensamiento que arriesgaba con quitarle toda la felicidad por la boda de Joana. Por la noche, cuando se echaba agotada en la cama, hacía todo el esfuerzo del mundo por liberar la mente. Del cajón de la mesilla sacaba el rosario que había sido de Ofelia y rezaba un avemaría tras otro de forma mecánica, sin seguir el sentido de las palabras, solo para vaciarse de todo pensamiento, hasta que se quedaba dormida.

Ninguno de sus hijos dio mucha importancia al hecho de que Marta estuviera presente, se limitaron a hacer algún comentario sarcástico, comentarios a los que Maria do Ceu no dio pie en ningún momento.

El 10 de junio fue un día de sol radiante, pero el viento que venía del Atlántico mitigó el calor casi estival. Cuando Joana entró en la iglesia del brazo de su padre, los ciento cincuenta invitados a la ceremonia vieron a la muchacha más hermosa de Lisboa vestida de novia. Recorrió la poca distancia que la separaba del altar con la sonrisa gloriosa de cuando era niña, aquella sonrisa cándida y descarada a la vez, que desde hacía tiempo nadie había vuelto a ver en sus labios. Fue imposible para Maria do Ceu no recordar el día de su boda, pero la presencia de Marta, por suerte muy lejos

de ella, hizo que el recuerdo durase solo un momento y que la emoción fuese toda por la belleza de Joana que se casaba y por la infelicidad de Rita que, junto a Vasco, le hacía de testigo con la mirada ausente, una mirada en busca de a saber qué explicación.

Fue en la plaza de la iglesia, para la fotografía de grupo, cuando Maria do Ceu y Marta se estrecharon por primera vez la mano. En los ojos de aquella mujer Maria do Ceu vio pasar el poco futuro que le quedaba y lo vio negro, del mismo color que ellos. Pero no bajó su mirada celeste, se la mantuvo, hasta que fue Marta quien tuvo que apartar la suya y mirar a otro lado. En cierto sentido, Maria do Ceu se consideró satisfecha, por lo menos ahora sabía quién era quien le llenaba el vaso de todas aquellas burbujas de aire. Intercambiaron pocas palabras, como suele suceder entre quienes no se conocen, hablaron de lo guapa que estaba la novia, de lo elegante que era el vestido y de la decoración de la iglesia. Pero no era verdad que las dos no se conociesen, si hubiesen querido, podrían haberse dicho muchas otras cosas.

Cuando todos los invitados montaron en los coches para dirigirse al restaurante, Maria do Ceu ayudó a Manuel Ramalhete a subir al suyo.

—Eres buena —le dijo el padrastro mientras Maria do Ceu arrancaba.

—Demasiado —le respondió ella.

—Quién sabe, quizá para la bondad el demasiado ni siquiera existe.

—Aplíquese el cuento, padrastro —le dijo riendo—. Piense en sus pecados.

Fue una boda muy portuguesa, de las que no terminan nunca y en las que la gente, después de la comida, baila hasta tarde. Tiago había contratado a una orquesta y a dos cantantes que se turnaban. Cantaban canciones un poco anticuadas para la edad de Joana y Nuno, canciones muy empalagosas. Eran también de una edad más bien avanzada y sus voces, que temblaban en cada nota sostenida un poco más que las otras, provocaban una gran melancolía. Pero puede que no fuesen sus voces, puede que fuese el vino el que tenía aquel efecto. Cantaron cuatro canciones, una detrás de otra, y, después de un estruendoso aplauso debido más a la euforia del público que a su mérito, los novios se levantaron de la mesa para abrir el baile. Entonces Tiago se acercó a Maria do Ceu y le dijo:

—¿No crees que es un poco bajo para ella?

—¿Por qué? ¿Es importante?

—Bah, un hombre tendría que ser siempre más alto que la mujer.

—No está escrito en ningún sitio.

—¿Quieres bailar?

—Por favor, Tiago. No querría tener que vivir aún menos de lo que me espera.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que estoy muy cansada.

Aquella noche, cuando volvió con Rita y Vasco a casa después de haber llevado a Manuel Ramalhete, que durante todo el tiempo había llorado pensando en que Joana se había convertido en mujer, y luego a Julieta, a la que Vasco había subido por las escaleras en brazos haciéndola reír como una niña, Maria do Ceu se quitó la peluca, bebió un vaso de leche y se fue a dormir. En el umbral de su dormitorio, con la puerta aún entornada, se volvió hacia Vasco, que se había quedado de pie detrás de ella, y le dijo:

—No vengas a buscarme si no tienes sueño, ¿entendido? Esta noche no tengo ganas de hablar con nadie.

Cerró la puerta a su espalda, se quitó el vestido celeste que dejó caer al suelo, se tiró en la cama y apagó la luz. «He bebido demasiado vino para tomarme un Lexotan —pensó—. Probaré a dormir sin él». Y mientras Joana pasaba su primera noche como esposa en el Miño, en un bonito hotel que le había reservado Tiago, ella estuvo llorando en la oscuridad. Por primera vez desde que la habían operado tenía miedo de morir, un miedo que no lograba controlar. Estaba boca arriba y las lágrimas le salían de los ojos una tras otra para irle a caer todas en la nuca. En la oscuridad de la habitación, apretó las mandíbulas hasta casi hacerse daño y, levantando los brazos al cielo como quien pide una tregua, dijo: «¡Basta!».

Le vinieron a la mente todos los olores de la infancia de sus hijos, sobre todo, los del verano. El olor fuerte de las sardinas asadas en la calle, con la ensalada que sabía solo a vinagre, el de las cebollas dulces, el de las *bolas de Berlim* que mujeres siempre de luto vendían en la playa, el de los zumos de fruta Compal, el olor de la resina que entraba por las ventanillas abiertas y anunciaba el final del Alentejo y el comienzo del Algarve.

Bañada en sudor se quitó la almohada de detrás de la cabeza y se la apretó contra el pecho hundiendo en ella todos los dedos. «Salvar el pellejo —pensó—. ¿Y cómo lo hago?». Luego, volviéndose de lado, sin llorar ya, le dijo a su vaso de agua:

—Marta, podías, al menos, ser más guapa.

OceanofPDF.com

XXXI

A los dos años de la operación, Maria do Ceu se sentía bien. El pelo le había vuelto a crecer más abundante de lo que lo tenía y, cosa rara, ya no era liso sino ondulado. Desde hacía seis meses, Vasco vivía en París. Como había dicho desde el principio, se había despedido de Galp y había aceptado un trabajo provisional en una galería de arte. Seguiría en Francia aún dos meses y luego volvería a Lisboa donde, con dos socios, abriría una galería de arte contemporáneo en el Bairro Alto. Esta elección suya había generado no pocas discusiones con el padre, que consideraba su cese en la Galp el gesto insano de un loco.

—He de dar por hecho que has decidido pasar hambre —le dijo pocos días antes de que se fuese, tras haber intentado hasta el último minuto hacerlo cambiar de idea.

—Da por hecho que he decidido no hacer que los demás la pasen —le respondió Vasco con expresión de desafío.

Puede que Vasco no se hubiese despedido tan deprisa si en Galp no hubiesen decidido darle un cargo distinto. Una mañana lo llamó su director que, tras elogiar su seriedad en el trabajo, le informó de que el Comité de Dirección había decidido ascenderlo y aumentarle el sueldo a casi el doble. Sería director de personal. Su nuevo papel consistiría en valorar las capacidades laborales de los empleados y, palabras textuales, «echar a los menos eficientes». Ante el aire perplejo de Vasco, el director dijo:

—Es un buen empujón a su edad, ¿no es cierto, joven?

—Depende del punto de vista —contestó Vasco sin dejar en ningún momento de mirarlo a los ojos.

—No entiendo. ¿Qué insinúa?

—Insinúo que poner de patitas en la calle a padres de familia no es, a decir verdad, mi mayor aspiración.

—Pero ¿qué dice? Las suyas serán valoraciones expertas. Trabajará por el bien de la Galp y, por tanto, de su país.

—¿Ha decidido declararle la guerra a los sindicatos?

—Nuestros contratos están blindados, querido muchacho, ningún sindicato podrá ponernos trabas. Hace falta aire nuevo en la Galp. Queremos solo a gente que esté a la altura. No le estoy pidiendo que sea un miserable, sino que haga un poco de limpieza. Sustituiremos los pesos muertos por gente con ganas de trabajar.

—¿Y qué antigüedad tienen que tener esos pesos muertos?

—¡Cómo voy a saberlo! Diez, quince, veinte años.

—No es muy seductora la idea de pasar mi tiempo redactando amables cartas de despido para hombres que podrían tener…

—¿La edad de su padre?

—Exacto.

—No me diga que el hijo de Tiago da Conceição es blando de corazón.

—Padres e hijos a veces no se parecen.

—Lástima. Se ve que me he equivocado.

—Sí, también yo lo creo así.

Después de aquella breve conversación, Vasco volvió a su despacho, vació el escritorio y, después de haber escrito una cortante carta de renuncia, se fue sin esperar el final de la jornada.

Aquella noche, durante la cena, comunicó su decisión a la madre. Ella se quedó en silencio unos instantes, luego le preguntó:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Creo que buscaré otra cosa.

—¿No tienes nada a la vista?

—Nada.

Desde que Joana se había casado y Vasco se había ido a París, la casa estaba muy vacía. Un día le pareció que Rita se sentía demasiado sola sin los hermanos, o quizá era ella la que se sentía sola, así que, una noche, al salir del trabajo, se metió dentro del bolso un gatito callejero que no tendría

más de dos meses y se lo dejó a la hija en la cama. Lo llamaron Zacarias y se convirtió en el amo de la casa. Además de distraerlas, aquel gato fue, sobre todo, motivo de largas conversaciones telefónicas con Julieta que, desde que murió Ofelia, había perdido aquellas citas diarias con una mujer que de su vida había estado siempre ausente, pero que al final se había transformado en una voz que le hacía compañía. Julieta, ahora, esperaba las llamadas de Maria do Ceu para hablar del gato.

—Has hecho muy bien en adoptar un animalito. Tendrías que haberlo hecho antes. Cuando los hijos se hacen mayores, hay que adoptar un animal. Uno de estos días quiero también yo ir a verlo. Quizá cuando vuelva Vasco. Pero ¿cómo es?

—Está medio loco, es un déspota. Imagínate que por la noche le doy de comer cuando cenamos. Y él ¿sabes dónde quiere que le ponga el cuenco?

—¿Dónde?

—Sobre la alacena. Quiere estar más alto que nosotras, ¿lo ves? Nos quiere dominar. Y además es susceptible, basta una nada para que se ofenda y te haga una faena.

—A lo mejor tendrías que llevarle un compañero.

—¿Estás de broma? No aceptaría jamás otro gato. Y, además, me está destrozando la casa.

—Claro, los gatos se afilan las uñas donde les parece.

—Si solo fuese eso… De vez en cuando se ofende por algo que no entendemos y, entonces, finge no ser ya un gato.

—¿Y en qué se convierte?

—No lo sé, pero comienza a moverse de forma torpe y lo tira todo. Luego se vuelve y me reta con la mirada. No sé si he hecho bien en traer ese gato a casa.

—Pues claro que has hecho bien.

Había cambiado mucho su vida. Tiago le había encontrado a Rita un trabajo en un banco. Obviamente, no de cara al público, se ocupaba del personal, de los ascensos. Habría tenido que hacerse una última operación, estaba intentando convencerla con todas sus fuerzas, pero no había forma. Rita no quería ni planteárselo. Estaba cansada de tener que acostumbrarse cada vez a una nueva fisonomía. La última operación era para atenuar las

cicatrices que tenía en la cara, pero Rita decía que, atenuadas o no, su cara seguiría siendo un mapa. No lo decía abiertamente, pero lo que rechazaba de la operación era la ilusión, la feroz expectativa que maduraba cada vez y que luego pagaba cara cuando le quitaban las vendas. Cada operación había aumentado su rabia, estaba cansada de luchar contra aquellas cóleras que luego le duraban meses. Había renunciado a tener una vida como los demás, se había resignado, ahora pedía solo no tener que poner en juego nunca nada más. Maria do Ceu continuaba insistiendo, pero cada vez menos. Aunque se sentía bien, no se hacía demasiadas ilusiones, a cada revisión sabía que todo podía volver a comenzar y de forma mucho más violenta. Si llegaba a suceder lo peor, querría al menos haber cumplido aquel deber que había sido la razón de su vida. Pero no podía obligarla, las cosas habían cambiado, Rita era una mujer adulta y decidía por sí misma.

Por la noche, después del trabajo, volvían las dos a casa, cenaban juntas, veían la televisión, luego recogían la cocina y se iban a la cama. Los domingos preparaban la comida e iban a comer a casa de Julieta, que se estaba volviendo transparente. La sonrisa era lo único de esta tierra que seguía conservando, una alegría de vivir que quién sabe de dónde había salido y que no la abandonaba. O iban a buscar al abuelo para ir a casa de Joana que, pese a desearlo tanto, aún no se había quedado embarazada y Maria do Ceu tenía que consolarla cada vez, decirle que era aún muy joven, que tenía todo el tiempo del mundo. O se quedaba en casa sola porque Tiago quedaba con las hijas en un restaurante de la Baixa para una comida hecha de pocas palabras y muchos momentos incómodos, que solo la calidad de los platos lograba hacer menos agotadora.

—Hoy estamos solos nosotros dos, ¿eh, *Zaca*?

Y el gato respondía maullando, pero sin sonido, solo con el movimiento de la boca; ella se tumbaba en el sofá, hojeaba una revista, bebía un zumo de fruta, miraba por la ventana, se tocaba el pecho operado pensando que daba igual, ya no se lo tenía que enseñar a nadie. Y luego llamaba por teléfono al padrastro, le hacía siempre las mismas preguntas, cómo estaba, si había comido ya. Él respondía con la voz entrecortada de siempre, hacía el recuento de sus muertos, decía que en su vida solo había visto morir a los otros.

—Fernanda, mi Fernandinha, murió tan joven.

—Lo sé, padrastro, era muy joven.

—Una niña.

Y se despedían con él llorando, le tocaba escuchar su llanto cada vez que lo llamaba. Aquellas breves conversaciones terminaban siempre así. Estaba empezando a cansarse. Rita no tenía una vida fácil en el trabajo, el jefe la trataba mal, «con desprecio», decía ella, y Joana no era feliz, aquel Nuno era demasiado complicado, y lo peor es que estaba intentando convencerla de que la complicada y descontenta era ella. ¿Qué otra cosa podía hacer aparte de esperar allí callada? El silencio de las madres ante la infelicidad de los hijos, esa impotencia mortal. Leía en las revistas las vidas de los demás. Actrices, cantantes. ¿Por qué en aquellas fotografías no hacían más que sonreír? ¿A quién pretendían engañar? Vivían como todos, tenían un cuerpo, pero querían engañar a quien los miraba. Hacían teatro pero el contrario del padrastro. Al día siguiente comenzaría otra semana idéntica a la que acababa de terminar, estaría esperando el día de descanso para después pasarlo pensando, sintiendo el peso de los recuerdos. Era así como se agotaba, una debilidad que la transportaba, aquella puerta se abría y comenzaba a caminar. «Déjalo estar —se decía mirándose en el espejo del salón—, de vez en cuando intenta reírte un poco, aunque solo sea por hacer algo de ejercicio». Y entonces le entraba la risa de verdad y le habría gustado que, en aquel momento, alguien le hubiese hecho una fotografía. Como a aquellas actrices y cantantes. Sonrisas que quedaban impresas sobre el papel para siempre. «Mañana alguien las usará para envolver algo en el mercado, pero será solo un periódico, no todos —decía mientras seguía mirándose en el espejo—, y no se habrá perdido todo».

Faltaban pocos días para la siguiente revisión, cuando le darían la noticia que, en el fondo, se esperaba y que haría que aquellos domingos de soledad y tormento se convirtiesen en los mejores días de su vida.

—Todo es relativo —le dijo al médico que le mostraba las placas—. Ahora me parece haber tenido una vida muy feliz, ¿sabe, doctor? Bueno, ahora solo me queda añorarla durante el poco tiempo que me queda.

Vasco volvió de París. Durante el viaje, por primera vez, sintió un leve malestar en la respiración. Intentó no darle demasiada importancia, sería solo por la preocupación. En cuanto llegó a Lisboa le dijo a su madre que tenían que buscar sin falta una segunda opinión. Se había informado y le habían hablado de un médico en Barcelona. Maria do Ceu se quedó de piedra, pero sabía que contradecirlo serviría de poco. Solo puso una condición, Rita no debía enterarse de toda la verdad, le dirían que habían surgido complicaciones, pero que no era nada alarmante.

A Barcelona la acompañaron solo Vasco y Joana. Maria do Ceu intentó que estuviesen contentos, quitaba importancia al asunto, decía que todo iría bien. Ambos fingían creerla, pero por primera vez entre los tres pesaba una mentira que les costaba demasiado mantener. Durante un paseo en barco, Vasco estaba encuadrando a su hermana para fotografiarla sin que ella se diese cuenta. Estaba apoyada en la barandilla, de espaldas mirando fluir el agua. Vasco la llamó de repente, ella se volvió, pero nada más hacer la foto se arrepintió de haberla hecho. Ya no era el hermoso rostro irónico de su hermana, era solo una joven exhausta y triste.

Maria do Ceu quiso que sus dos hijos estuviesen presentes en la consulta. El médico valoró con mucha atención todos los informes, luego examinó el resultado del último tac.

—Lamentablemente todo es como le han dicho en Portugal —dijo por fin sentándose tras su escritorio—. Por lo general, se espera que el cuadro clínico de un paciente no cambie de forma tan evidente entre una revisión y otra. Pero esta es una enfermedad que sigue sorprendiéndonos. A veces se detiene, otras avanza más despacio… Operar sería inútil, por no decir perjudicial, no queda otra que confiar en la quimioterapia. Sobre el resultado, como usted podrá imaginar, no se pueden hacer muchos pronósticos.

Cuando Maria do Ceu y Joana habían salido de la consulta, el médico retuvo a Vasco con la mirada.

—Le quedan como mucho dos o tres meses de vida —le dijo metiendo las manos en los bolsillos de la bata.

—Acaba de decir que no se pueden hacer pronósticos —le respondió Vasco alterado.

—He mentido.

—¿Con qué fin?

—A los pacientes no hay que quitarles nunca la esperanza. Pero a quienes los cuidan me siento moralmente obligado a decirles la verdad.

—Yo no se la había pedido —le dijo Vasco a media voz antes de salir dando un portazo.

Maria do Ceu acabaría entendiendo en sus carnes la razón por la que algunos usaban el verbo «bombardear» para hablar de quimioterapia. Al inicio estaba convencida de poder hacerlo todo sola: iba al hospital Santa Maria en coche, pasaba allí tres horas y luego volvía a casa, se metía en la cama y dormía el resto del día. Luego aprovechaba los tres días que la separaban de la siguiente sesión en recuperarse del esfuerzo. Pero le resultaba difícil: no le apetecía comer, se despertaba continuamente por los fortísimos dolores de cabeza, las náuseas interrumpian su sueño, las hemorragias la debilitaban y esa hinchazón en las extremidades. La oncóloga siempre la animaba. «Usted es una mujer muy fuerte —le decía —. Verá cómo para la próxima revisión estará mejor. No todo el mundo reacciona igual, pero usted tiene que creer que reaccionará mejor que los demás, ¿entiende? Depende mucho de su convicción».

Aquella mujer le daba confianza, no le hablaba nunca de milagros, sino de voluntad. Maria do Ceu bromeaba, le decía que hablaba así porque era brasileña. Y la doctora le daba la razón, le explicaba que mucho dependía de la idea de estar ahí.

—Las cosas acaban cuando acaban, señora Dos Santos, pero hasta que no acaban, estamos aquí. Pensar así es lo importante. Solo necesita tener otra concepción del tiempo. Si volviendo a casa piensa «estoy aquí», se sentirá mucho mejor que si comienza a preguntarse «¿durante cuánto tiempo estaré?». Eso no quiere decir que no tenga que hacer planes, al contrario, hágalos. Pero no se ponga nunca plazos, escoja siempre el vuelo más largo.

—¿Quiere que me convierta en piloto? —le preguntó Maria do Ceu mientras la doctora le metía la aguja en la vena.

—¿Y por qué no? Veo que ha entendido la idea. Tiempo presente para viajes largos.

Durante aquellas interminables sesiones, Maria do Ceu se llevaba música. Se ponía los auriculares e intentaba aislarse todo lo que podía.

—¿Qué escucha? —le preguntó la doctora que iba de vez en cuando a controlar como estaba.

—Canciones francesas, mis preferidas.

—No es que vayan muy bien, ¿sabe? Son poco terapéuticas. Solo nos faltaba que se me emocione.

—No querrá que escuche fado portugués, ¿verdad?

—¡Por favor! Mire, será muy bonito pero créame, toda esa resignación sienta fatal. Pero tampoco irían bien las canciones españolas, los españoles luchan demasiado contra el destino, y al destino no hay que hacerlo nunca enfadar. En definitiva, ni darle ni quitarle la razón. La próxima vez le traigo un casete de Chico Buarque. Él, con el destino, tiene buena mano. Letras tristes y música alegre. Y luego es guapo, que no hace ningún daño. ¿Ha visto los ojos azules que tiene? Por las noches sueño con él.

—¿De verdad?

—Sí, pero no me pregunte qué tipo de sueños tengo porque no se lo voy a decir. Yo le traigo el casete, pero usted no vaya a soñar con él, ¿eh? Con Chico sueño solo yo.

Se la tendría que haber llevado a casa a aquella doctora. Una vez se lo dijo y la doctora se había echado a reír diciendo que dependía mucho de lo que le pusiera para cenar, porque ella no era de las que seguían aquellas dietas tristes que luego hacen rugir el estómago durante toda la noche. Entonces Maria do Ceu levantó los brazos al cielo y le contestó:

—¿Por quién me toma? En mi casa se consumen kilos de mantequilla y ríos de aceite de oliva.

Y la doctora le tomó la palabra, una noche se presentó de verdad a la hora de cenar y juntas se comieron un kilo de gambas cocidas en leche de coco, cuatro plátanos fritos y dos platos de arroz con judías regados con una botella de Dom Rafael.

—Esta noche estaré malísima y será todo culpa tuya, Lucia —le dijo Maria do Ceu tuteándola de repente y llamándola por su nombre.

—¡Ni en sueños! Esta noche estarás muy bien porque el estómago digiere de maravilla todo lo que se come con gusto y en buena compañía.

Y de maravillas hablaron durante el resto de la velada. Maravillas masculinas. La doctora le contó un gran amor que había terminado fatal, pero que ella recordaba con alegría porque con aquel hombre había pasado las horas horizontales más extraordinarias de su vida. También a Maria do Ceu le habría gustado hablarle de ella, pero le resultaba difícil, no lo había hecho nunca con nadie. Con los ojos que brillaban, le resultaba fácil escuchar todas aquellas intimidades que Lucia le revelaba sin pudor, sin controlar siquiera el vocabulario. Le gustaba cómo era capaz de sacar lo mejor incluso de lo que cualquier otro habría considerado un fracaso. Era un hombre casado, no la había engañado en ningún momento. Pero ella había sabido quedarse con lo mejor de una historia de la que desde el principio conocía el final.

—¿Sabes? El día que me dejó, yo me lo olía, nos vimos y lo primero que pensé cuando lo miré a los ojos fue: Lucia, esta es la última vez que lo ves. Total, el día que me dejó, después de aquel último encuentro, salí a la calle y me puse a caminar sin dirección, con las lágrimas cayéndomede de los ojos, lágrimas grandes, como las de los niños. Caminé y caminé por Río de Janeiro pensando que me pararía solo cuando aquel dolor tan grande hubiese salido de mi esófago. Porque, créeme, era justo en el esófago donde se me había atravesado, como un hueso de pollo. Pasaba por delante de los escaparates y me decía de todo: «Eres fea, Lucia, te ha dejado porque eres fea y gorda, porque te gusta comer y no te has preocupado nunca de cómo te quedaba el biquini». Pero era una idea tonta, porque yo no he estado nunca delgada y, además, su mujer estaba más gorda que yo. Quería fustigarme. Si él me había dejado, yo no podía quitarle la razón. Tenía que continuar estando de su parte. De repente, me vi reflejada en otro escaparate y esta vez era una agencia de viajes, mi cara quedó enmarcada en una oferta para Santiago de Chile. Así que ¿sabes qué hice? Entré y compré un billete, y luego cogí a toda prisa un taxi y fui a casa a preparar mis cosas porque aquella oferta estaba expuesta aún de milagro, estaban a punto de quitarla y el billete que yo había comprado era el último. En casa hice las maletas y pasé toda la noche escuchando música sentada en el salón, con las ventanas

de par en par y una luna en el cielo que parecía una gran teta llena de leche, una teta enternecedora. Al amanecer, llamé a un taxi y me fui al aeropuerto. Durante el trayecto me entró pánico. Me pregunté: «¿Qué voy a hacer yo en Santiago de Chile, sola y tan triste?». Se me cortó la respiración, la sentí dentro del estómago como si hubiera comido algo deprisa sin haber bebido nada para tragarlo. Estaba por decirle al taxista que me llevase de vuelta y, sin embargo, ¿sabes que le pregunté?

—¿Qué le preguntaste?

—Le dije: «Escuche, ayer mi amante me dejó plantada porque ha decidido que no quiere perder a la mujer y a los hijos y hoy me voy a Santiago de Chile. ¿Me quiere decir usted qué voy a hacer yo en Santiago de Chile, sola y tan triste?». Y aquel hombre, sin siquiera volverse, con los ojos en la carretera, me respondió: «Va a encontrar un nuevo amor que le dé menos trabajo». ¿Te das cuenta? Era la respuesta adecuada. Aquel hombre que no me conocía de nada y me dio la respuesta adecuada. Entonces me dije que todo iba a ir bien, que Santiago de Chile me gustaría muchísimo y que aquel hombre, dejándome, quizá me había regalado una gran oportunidad. Y aunque te pueda parecer increíble, te puedo asegurar que fue justo eso lo que sucedió. No fue una historia importante, no podía serlo con toda aquella distancia, pero me ayudó mucho, me hizo entender que seguir caminando hasta que el dolor me saliese del esófago habría sido una tontería, era más simple y eficaz meterme un par de dedos en la garganta y echarlo fuera. Y es así como volví de Santiago, sin aquel hueso de pollo en la garganta. Y con un hermoso recuerdo.

—¿Y cómo era?

—¿Quién? ¿El de Santiago?

—Sí.

—Guapísimo, muy guapo y mucho más joven que yo, que ya tenía cuarenta y dos años. El típico chileno, pero además alto. Un muchacho de una simpatía inolvidable, que en las pausas me hacía reír hasta perder el aliento. Sí, he dicho las pausas, no me mires así. Y en el aeropuerto, el día que volví a Río, no sabes cómo llorábamos los dos cuando nos despedimos y cuántas promesas, y cuántas risas, sobre todo yo que pensaba en cómo me había ido y cómo volvía.

—¿Y las promesas?

—Auténticas, pero luego el tiempo y la distancia ganaron. Alguna llamada, alguna carta. Pero aún hablamos por Navidad y por los cumpleaños. Suena el teléfono y solo por como suena sé que es él. Levanto el auricular y digo: «¡José!», y lo primero que hacemos, incluso antes de preguntarnos cómo estamos, es echarnos a reír.

—Me gustaría ser como tú.

—Lo eres, eres incluso mejor, Ceuzinha. Eres fuerte como un toro.

—Soy Capricornio.

—Entonces, eres aún más fuerte. Sin embargo, escucha, ahora se ha hecho tarde y tengo que volver a casa, conducir hasta la otra punta de la ciudad e irme a dormir porque mañana madrugo para ir al hospital…

—Sin embargo, ¿qué?

—Escucha, sé que te gusta ser independiente y hacerlo todo sola, pero quería decirte que, si alguna vez pides que te lleve al hospital uno de tus hijos, es mejor. No me gusta que luego te vuelvas a casa sola, que conduzcas con toda esa porquería en las venas.

—Es auténtica porquería, ¿verdad?

—Sí, pero es indispensable. Te puede salvar.

—¿Tú crees, Lucia?

—Estamos aquí. Y mientras estemos aquí, solo cuenta existir. Así que sí, lo creo.

Casi un año después del examen médico en España, Maria do Ceu estaba bastante bien. El bombardeo había dejado sus señales profundas, pero su vida, con altibajos, continuaba. A Dardo iba muy poco, solo cuando le apetecía, la mayoría de las veces apenas unas horas. Los médicos se lo desaconsejaban, decían que debía solo descansar, pero ella no los escuchaba, descansar significaba tener demasiado tiempo para pensar y hacía bastante que había llegado a la conclusión de que dejar espacio a los pensamientos era un poco como abrir la puerta de casa a los ladrones. Prefería, entonces, cansarse que descansar, y la única que la entendía era su amiga Lucia, del hospital Santa Maria, de la que ya era íntima. Se habían acostumbrado a verse los fines de semana: «Ceuzinha, somos dos mujeres

solas, abandonadas por los hombres, tenemos que hacernos un poco de compañía o nos amargaremos como dos viejas solteronas», pero no había día que no hablasen al menos una vez por teléfono. A menudo era Lucia quien la llamaba desde el hospital.

—¿Cómo vamos? —le preguntaba.

—Tirando —respondía casi siempre Maria do Ceu.

A menudo la conversación arrancaba precisamente así. Lucia se quejaba de su ánimo demasiado portugués, aquel «tirando» le ponía los nervios de punta.

—¡Caray! —le dijo—. ¿Será posible que no hayas entendido aún la lección? Las cosas van como tú las orientas, si me dices que vas tirando, levantan las antenas, comienzan a comunicarse entre ellas, se corre la voz de que estás bastante débil y deciden atacar. La verdadera técnica es la de fingirse siempre inexpugnable. Si las engañas, desisten. Hay que responder siempre, bien, muy bien, ¡estupendamente! Esas son las palabras que las ponen a dormir de nuevo.

Al otro lado del teléfono, Maria do Ceu reía mirándose en el espejo que tenía ante la consola de la entrada. Reía y, mientras hablaba, pensaba que, si su amiga tenía la fuerza del nuevo mundo, si había logrado traerla hasta Portugal, eso no significaba que, si una enferma se miraba al espejo y veía con sus propios ojos que estaba hecha un asco, el hecho de quedarse callada pudiera cambiar mucho las cosas. Lucia era inteligente, pero también tenía una visión de la vida a la que ella no llegaría nunca. Se querían mucho y se entendían, pero Lucia era brasileña y Maria do Ceu profundamente portuguesa. Y la diferencia entre los brasileños y los portugueses es que, mientras que los primeros ríen de corazón, los segundos lo hacen siempre como un deber en el que, con el pasar de los años, creen cada vez menos. ¿A quién iba a engañar? En su mentalidad, «las cosas», como las llamaba Lucia, lo sabían siempre todo y no se las podía engañar. ¿Habría podido ocultar su angustia riéndose ante el espejo frente a aquella imagen terrible en la que se había convertido? Había perdido de nuevo todo el pelo, con la diferencia de que ahora ni siquiera le apetecía llevar peluca, como mucho se ponía un pañuelo en la cabeza. Y estaba hinchada, se le había deformado la cara, ni siquiera se reconocía. Sí, puede que de eso, alguna vez, se riese

incluso, pero era sarcasmo, no esperanza, era sentido del ridículo, no ilusión. Y tampoco creía que las enfermedades elevasen el espíritu. Por lo menos ella no sentía el suyo muy elevado. La idea de que, en la vida, de cada dolor hubiese que sacar una ventaja, bueno, eso en realidad sí la hacía reír un poco, y de corazón. No, la belleza de la vida era solo cuando la vida era bella, nada de ilusiones, nada de conformarse. Porque era justo eso, se trataba de conformarse con las cosas intentando adecuarse como fuera. Ella ya no se enfadaba con el destino, de hecho, no le apetecía tener nada que ver con él. Ya le había gastado bastantes bromas de esta última que le tenía guardada, ¿qué habría tenido que aprender? ¿No se merecía envejecer tranquila como tantos otros? ¿No se había ganado estar todavía un poco con sus hijos, poder ocuparse aún de Rita? Desde que había enfermado, se había convertido en un peso para ellos. No, un peso no, no era la palabra apropiada, un dolor. Se lo leía en los ojos, se miraban uno a otro como perdidos. Por absurdo que pudiese parecer, Rita era la más fuerte. Aunque en el fondo tampoco era absurdo. Había pasado mucho, pobre hija, y de la misma manera que la piel de la cara era ya insensible tras todas aquellas operaciones, y que a menudo se lesionaba sin darse cuenta, dentro de sí se había creado una especie de barrera, de forma desesperada, como hacen los soldados en la guerra, excavando la tierra con las manos. Joana había perdido el sueño y se había encorvado, y Vasco, su precioso Vasco, ya lo habían tenido que llevar dos veces de urgencia al hospital por unos ataques de asma que se calmaban solo con cortisona. Había ido a ver a un especialista, y el médico, después de examinarlo escrupulosamente, le dijo:

—Usted no tiene nada de nada. Me juego la carrera a que no es asmático. Por lo que a mí respecta, el único tratamiento que le receto son un par de gafas de sol y una gorra. Váyase a la playa y dese unos buenos baños.

Vasco estaba comenzando a detestar a los médicos. Decía la palabra «doctor» y en los labios se le formaba una mueca de desprecio. No, no tenía ganas de saber lo que le estaba pasando, lo podía aceptar, pero entenderlo le parecía demasiado. Maria do Ceu había tenido una infancia difícil, se le había muerto la madre cuando era jovencísima, la habían adoptado dos buenas personas a las que, sin embargo, había seguido llamando toda la

vida madrastra y padrastro. No lo había hecho nunca de forma despectiva, los había llamado así porque aquel era su nombre, porque no eran ni madre ni padre, solo dos buenísimas personas que los sustituían. Y luego había conocido a Tiago, y había nacido Rita y había comenzado toda aquella lucha, y luego Tiago la había traicionado sin piedad, hundiéndola en una desesperación contra la que no sabía quién le había dado la fuerza para reaccionar. Quizá había sido el propio dolor, porque había sido tan grande que puede que hubiese tenido piedad de ella y, de sí mismo, hubiese arrancado un pedazo para regalárselo, sacando de él la fuerza para salir adelante. O quizá había sido el amor, el amor enorme, sin límites, que sentía por sus hijos, quizá había sido aquel gran amor de madre el que le había dado toda la fuerza para salir adelante, para no morir cuando habría tenido tantas ganas de hacerlo. Qué absurdo…, ahora ya no tenía ganas de morir, ahora quería vivir y disfrutar de sus hijos y de todos los nietos que le darían. Estar en casa los domingos hojeando los periódicos, leer la vida de la gente famosa aunque sabía que era todo mentira, ver alguna telenovela, releer *Orgullo y prejuicio*, porque releyéndolo aún no sabía cuántas cosas podía aprender. Y luego estaba aquel gato, aquel loco de *Zaca* que se creía vaya usted a saber quién. Estaban todas sus cosas, la vida entera sufrida y ganada que ahora la esperaba, aquella vida de guerrero que había tenido, aquella odisea de vida. Ahora tenía derecho a un poco de paz. Qué tontería decir que de los dolores hay que aprender algo a toda costa. Los dolores, si podemos, solo los olvidamos, los excluimos de la vida, como si no hubieran existido. Pero puesto que la memoria va donde quiere, lo único que le parecía razonable era que de los dolores solo había que tener miedo, que de los dolores se aprende solo a sufrir. Aprender a sufrir, apostaba a que cualquiera lo habría evitado con gusto. Veía mucha gente que de los dolores grandes se había librado y, la verdad, no le parecía que tuviesen menos que ella. Entonces le vino a la cabeza Ofelia. Estaba ante los fogones esperando que el agua hirviese para hacerse un té y fue como volver a ver toda su desesperada vida, aquella muerte lenta que se había provocado para castigar y castigarse. Fue en ese momento cuando sintió cuánto echaba de menos a aquella madre sustituta, cuando comprendió toda su importancia, la que durante años le había negado. Sintió que estaba a punto de llorar, que

aquella añoranza tan retrasada iba a comérsela viva. Pero no tenía ganas de llorar, al menos, no sola. Y así apagó el fuego, tiró el agua caliente porque ya no le apetecía el té y, en vez de abandonarse a un llanto que a saber cuánto duraría, levantó el teléfono y llamó a Lucia:

—¿Te he contado alguna vez que he tenido dos madres? —le dijo cuando oyó su voz respondiendo al teléfono.

—¿Dos madres? ¡Qué suerte, Ceuzinha! No, no me lo habías dicho.

—No, suerte ninguna, Lucia. Habría sido una suerte si me hubiese dado cuenta.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Es que hoy echo de menos a mi segunda madre y querría decirle que fue una madre de verdad, que hizo todo lo posible por serlo, y querría pedirle perdón porque quizá, si yo hubiese sido capaz de hacerle entender que…

—Cálmate, calma…

—Y, además, querría pedirle que me proteja, porque mientras tienes una madre a tu lado no te puede suceder nada. Y ella, mira, ella quizá me daría uno de sus Dolviran…

—¿Un Dolviran?

—Es una historia larga, no te lo puedo explicar. Pero tendría que ser uno de los suyos, ¿entiendes? Porque irlos a comprar a la farmacia no sería lo mismo, no sería uno de los que ella tenía sueltos en el bolsillo y que tomaba uno tras otro.

—Pero ¿qué te pasa?

—No sé qué me pasa, Lucia, pero creo que tomarme uno de los suyos ahora me vendría bien. O al menos no me haría llorar.

—Y, en cambio, es mejor que llores. No hace mal a nadie llorar un poco.

—Es que no quiero morir.

—Nadie quiere, eres normal, como todo el mundo.

—No quiero dejar a mis hijos.

—Escucha, ¿por qué no sales un poco? Toma un autobús y nos vemos en algún sitio. Puede que luego nos quedemos a cenar por ahí.

—No, no tengo ganas de entristecerte.

—¿Y si voy yo a verte?

—Déjalo estar, Lucia. Déjalo correr.

—Escucha, estoy tan sola como tú. Tú tienes un tumor y yo no tengo hijos. Estamos igual, ¿no?

—Lucia, eres la única persona del mundo capaz de hacerme reír incluso cuando tengo ganas de llorar.

—Entonces, prepara uno de esos tristísimos minestrones portugueses, de esos que luego batís y os gustan tanto. Nos comemos dos platos por cabeza y luego decidimos si llorar o reír.

—¿Qué tienes contra mis minestrones?

—Pues… todo.

Aquella noche se levantó de la mesa diciendo que fregaría ella los platos. Rita y Vasco se miraron y se guiñaron recíprocamente un ojo en señal de aprobación. «Si quiere hacer algo, dejen que lo haga —le había dicho el médico a Vasco después de la última consulta—. Cuando quieren hacer algo es siempre buena señal». Por eso se quedaron sentados mirando cómo se dirigía a la cocina por el pasillo, con dos platos en la mano. Pero luego la vieron tambalearse, perder el equilibrio, andar un poco hacia un lado y un poco hacia el otro dándose contra las paredes, vieron los platos caer y, justo después, ella que se volvía a mirarlos con una expresión de terror en los ojos. No les dio tiempo, cuando llegaron, estaba ya en el suelo y se había dado en la cabeza.

Vasco la tomó en brazos mientras Rita buscaba las llaves del coche y salieron de casa corriendo, cerraron la puerta de un golpe sin echar la llave, dejando a *Zaca* que de un brinco había saltado a la mesa y estaba lamiendo los platos.

Desde el hospital llamaron a Lucia y le dijeron lo que había pasado.

—Voy —dijo ella—. Justo el tiempo de ponerme los zapatos.

Llegó apenas un cuarto de hora después y comenzó a dar órdenes a todos para acelerar las pruebas. Por la placa supieron que no había fractura de cráneo.

—Es buena señal, pero no suficiente —les dijo a los chicos—. Mañana por la mañana veremos lo que hay dentro de la cabeza. Eso es lo que

cuenta. De hecho, no veremos solo la cabeza, el tac nos dirá mucho más.

—¿Qué está pasando, Lucia? —le preguntó Vasco cuando Rita se alejó un momento.

—No te lo puedo decir con certeza, Vasco, pero temo que esté sucediendo lo peor.

—¿Qué sería?

—Si las metástasis han llegado ya hasta ahí arriba…

Vasco cerró los ojos, apretó las mandíbulas y comenzó a respirar con fatiga.

—No, Vasco, ahora no te puedes poner malo, ¿entendido?

—No puedo respirar, Lucia.

—No es cierto. Te niegas a respirar cuando piensas que es grave. Pero ella lleva así ya un tiempo, Vasco. Está gravísima.

—No puedo respirar.

—¡Dios mío! Nos faltabas solo tú. —Luego, dirigiéndose a una enfermera—: Ponedle una mascarilla de oxígeno a este chico y dadle enseguida un Bentelan.

—¿De cuánto? —preguntó la enfermera.

—De cuatro —respondió Lucia—. No, mejor de seis.

Rita estaba de pie, en medio del pasillo, mirando por un lado a su madre tumbada en una cama y por otro cómo se llevaban a su hermano.

—Tenemos que llamar a Joana —le dijo a Lucia.

—No, vamos a dejarla tranquila —le respondió—. Aquí bastamos nosotras dos.

Y luego la abrazó, y sintió entre los brazos aquel cuerpo ligero que no sabía cómo abandonarse a un gesto de afecto, que se quedaba frágil y rígido a la vez.

—¿Cuánto pesas? —le preguntó.

—Cuarenta kilos.

—Pero ¿tú comes?

—Como.

—No llores, hija. No llores. A veces no elegimos nada, pero no hay nada escrito. Y entonces llorar por adelantado no sirve, al contrario, hace daño. Lo dicen también todos los *orixá*. Todos.

Pero Rita continuó llorando sin decir nada. En su interior se enervaba sintiendo la misma agitación que aquella vez, en la época de la escuela, cuando a final de curso había habido una fiesta y todos se habían puesto a bailar y alguien le había dicho: «Ven, Rita, baila también tú». Y ella se animó, se puso en pie y se había acercado a los demás y en ese momento sintió que las piernas no le respondían. Se quedó dónde estaba y comenzó a temblar hasta que alguien se la llevó. Pero ahora no había otro lugar al que ir y nadie venía a buscarla. Solo después de un rato se dio cuenta de que estaba de nuevo en el coche, aunque esta vez no conducía Vasco, sino Lucia, y Vasco estaba tumbado detrás con una mano en la frente, tan pálido que daba miedo y con los ojos abiertos mirando el techo, como si no oyese ya a nadie. Entraron los tres en casa y Lucia dijo:

—Ahora os vais a dormir y yo vuelvo con vuestra madre. Vengo a buscaros mañana por la mañana. Ahora dormís y punto.

Y Vasco se fue enseguida a su cuarto y cerró la puerta. Lucia dio las últimas órdenes y se fue. Rita comenzó entonces a lavar aquellos platos que tendría que haber lavado su madre si no hubiese sucedido todo aquello que había visto pasar ante sus ojos. Recogió con el recogedor los que se habían roto, echó de la mesa a aquel gato que parecía el dueño de la casa y la quitó llevándose a la cocina las cosas de una en una, y luego se quedó allí fregando, con la gran ventana a la izquierda por donde despuntaba el día. Habría querido despertar a su hermano, o tumbarse junto a él y decirle que lo quería mucho. Pero no se lo había dicho en su vida y se dio cuenta en aquel momento de que nadie lo había dicho nunca en su familia, porque habían aprendido todos a demostrar los sentimientos solo con hechos y nunca con palabras, como si una cosa excluyese la otra. Continuó lavando los platos y luego fregó el suelo pensando que, de esa forma, cuando se despertase, Vasco entendería, por sí mismo, lo que ella le habría querido decir.

Por la mañana, en el hospital, fue Lucia quien les explicó a los dos la situación. No habían esperado que los fuese a buscar, Vasco se sentía mejor y habían tomado un taxi. Aparecieron en la habitación en la que la madre estaba ya despierta y Lucia insistiendo para que bebiese al menos un poco

de té. No hablaba, solo hizo un gesto de saludo con la mano. Ellos se quedaron de pie ante la cama. Joana llegó media hora más tarde. Los tres vieron cómo los miraba y se esforzaron por sonreír, hasta que Lucia dijo que tenía que descansar y los hizo salir.

—Escuchadme —les dijo a los tres—. Sois mayores y tenéis que saber cuál es la situación. Como bien sabéis, yo además de ser amiga suya, soy médico. Hay que volver enseguida a la quimioterapia, no hay otra solución. Probablemente, esta vez le costará más soportarla, pero no se puede hacer otra cosa, la enfermedad ha avanzado mucho, la ha invadido casi del todo. Pero ser médico no quiere decir no creer en los milagros. Yo creo en ellos. Solo quería deciros esto. Si se cura, será solo gracias a un milagro.

—¿Y si no? —preguntó Joana.

—Si no, estos son sus últimos días, que sin embargo podrían ser semanas y hasta meses. No puede decirlo nadie. Vuestra madre es fuerte, pero a veces la fuerza puede ser un factor que trabaja en contra.

—Cada día de más es importante —dijo Vasco—. No hables como nuestro padre.

—¿Por qué? ¿Qué os ha dicho vuestro padre?

—Que teníamos que considerarla ya muerta.

—Si os ha dicho eso, se ha equivocado. Nadie está muerto mientras está vivo. Pero quizá equivocándose quería deciros que no os hagáis demasiadas ilusiones. Y eso, aunque por lo general soy optimista, tengo que pedíroslo también yo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Joana llorando.

—Nada más que lo que ya hacéis y habéis hecho hasta hoy. Sois hijos excelentes, pero no os deis demasiada importancia porque, si lo sois, es solo mérito de ella. No la conozco desde hace mucho, pero no me cabe duda de que es la mejor persona que he encontrado en mi vida. Será quizá banal decirlo, pero vuestra madre es de verdad una gran señora, una de esas mujeres que dejan huella.

Avanzó todo muy deprisa. Después de unos días, Maria do Ceu volvió a casa. Conseguía hablar y dar algunos pasos. Los médicos que la trataban esperaron solo lo mínimo indispensable y decidieron que tenía que retomar

los ciclos de quimioterapia. La llevaba Vasco en coche. Aparcaba dentro del hospital y la tomaba en brazos porque ya no era capaz siquiera de subir aquellas pocas escaleras.

—Pobre hijo mío —le decía—. Tener que hacer todo este esfuerzo.

—No pesas nada, mamá. No es ningún esfuerzo.

Luego se quedaba junto a ella todo el tiempo, le hablaba, le leía el periódico, o estaba en silencio esperando el momento de volver a tomarla en brazos para llevarla de nuevo al coche y de vuelta a casa. Pero esto tampoco duró mucho, los médicos decidieron que era mejor ingresarla, dijeron que todo aquel ir y venir la cansaba demasiado. Comenzaron a hacerle también dolorosísimas infiltraciones a la altura de la espina dorsal que, en poco tiempo, se ulceraron. Toda su espalda era un hematoma que nada lograba aliviar. Vasco le hacía larguísimos masajes después de cada infiltración, ella le decía que tenía manos milagrosas, pero los milagros duraban poco, su espalda era un campo de batalla en el que los moratones adoptaban poco a poco todos los matices del azul, el verde y el amarillo.

Sus tres hijos intentaban no dejarla nunca demasiado tiempo sola, se turnaban para asistirla, se agotaban sin darse cuenta siquiera. Para ellos el más afortunado era siempre el que llegaba, nunca el que se iba. De noche no podían quedarse, y las noches eran larguísimas para todos, una espera que no terminaba nunca, despertándose continuamente con el terror de creer que había sonado el teléfono.

También Lucia hacía su parte, en especial, cuando tenía turno en el hospital. Durante las sesiones de quimioterapia intentaba estar siempre presente para distraerla como podía. Maria do Ceu ya no escuchaba música, no hacía nada, se quedaba allí todo aquel tiempo esperando que terminase y el resto del día lo pasaba con el mismo estado de ánimo.

Aquella tarde estaba Vasco haciéndole compañía. Maria do Ceu estaba en el pasillo, sentada en una silla de ruedas esperando que un enfermero viniese a llevarla a la terapia. Vasco estaba sentado a su lado y le sujetaba una mano.

—Hemos llegado al final —le dijo sonriéndole con dulzura.

—No digas tonterías, mamá. Te están curando.

—Vasco, ¿de qué sirve mentir? Sabemos todos cómo están las cosas.

—No, yo no lo sé, ninguno de nosotros puede saberlo.

—Lo sé yo. Te fías de mí, ¿no? Escucha, a decir verdad, no he tenido nunca muchas esperanzas, desde el principio. No sé, he tenido desde siempre un mal presentimiento. Luego me operaron, mejoré, pero yo no hacía otra cosa que asombrarme, a cada avance me preguntaba cómo era posible. Esta es una enfermedad que no perdona.

—No es cierto. Sabes muy bien que hay mucha gente que se cura.

—Esta es una enfermedad que no me perdona a mí como no perdonó a mi madre. Los adelantos de la medicina en los últimos años me han servido solo para alargar un poco el tiempo. No creas, estoy muy agradecida por esos adelantos, me han permitido estar un poco más con vosotros. Y, además, me han servido mucho también para aceptar con más serenidad mi destino. Después de años de lucha se pierde la guerra con menos desesperación. Digamos que he tenido bastante tiempo para hacerme a la idea.

—No me gusta esta conversación, si no te importa, prefiero cambiar de tema.

—Perdóname, Vasco, lo he postergado todo lo que he podido, pero ahora no me lo puedo permitir. Me arriesgo a no poder decirte lo que quiero.

—Basta mamá, dentro de poco vendrán a llevarte a la terapia, no vayas con este ánimo.

—Precisamente, ¿para qué la terapia? ¿Por qué continúan torturándome hasta el final? No quiero hacer ya nada, querría solo volver a casa y morir en mi cama.

—A casa volverás cuando estés un poco mejor. Los médicos saben lo que se hacen.

—¿Y me lo dices tú? Vasco, ellos siguen adelante y ya está. Hacen su trabajo, no quieren complicaciones. Escucha, cuando mi madre había llegado a este punto y yo estaba junto a ella con tu misma angustia, me dijo una cosa que, entonces, no me ayudó mucho, pero que luego, con el tiempo, ha sido siempre un gran consuelo. La sé de memoria de todas las veces que me la he repetido. Me dijo: «Si sucediese lo peor, no te dejes engañar por quien diga que estaré mejor donde he ido porque, claro, a alguna parte iré,

pero acuérdate, donde quiera que yo esté, continuaré estando también aquí, y veré y sabré lo que haces». Luego continuó con un extraño razonamiento que no sabría repetirte, algo sobre el cuerpo y el cerebro, una especie de ejemplo que me puso para hacerme entender mejor lo que quería decir, que el no existir, no existe. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? El no existir, no existe. Y esto me ha sacado adelante toda la vida, me ha dado una gran fuerza incluso cuando creía no tenerla ya. La fuerza de una madre, el amor materno que se nos queda pegado encima. Vasco, no llores.

—No me apetece escucharte.

—Pero lo que te he dicho lo has entendido, ¿verdad?

—Llega Joana, mamá.

—La veo. Cuando sea el momento, se lo dirás también a tus hermanas, ¿me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Y prométeme que no las abandonarás. Tienen vidas muy distintas, pero son dos mujeres solas y muy tristes. Tú no, tú no serás triste. Prométeme todo lo que te he pedido. Rápido.

—Te lo prometo —respondió Vasco agotado mientras su hermana se acercaba.

Joana caminaba despacio por el pasillo del hospital. El último sol de aquella tarde de noviembre la iluminaba por el lado izquierdo y, en aquella luz, sus ojos eran verdes. Llevaba una chaqueta de ante marrón sobre una camiseta de algodón blanca, un par de vaqueros y zapatillas de deporte, blancas como la camiseta. Caminaba mirando a su madre y no dejaba de sonreír ni un momento.

—Ya estamos levantadas, ¿eh? —le dijo inclinándose a besarla.

—Sí, estoy esperando que me vengan a buscar para la terapia. Has hecho un viaje para nada.

—¿Cómo para nada?

—Sí, ya son las cuatro, dentro de poco vendrán a buscarme y, cuando vuelva, la hora de la visita habrá terminado ya.

—No hemos respetado nunca los horarios de visita.

—Pero volveré cuando sean ya las siete pasadas. A esa hora aquí no puede quedarse nadie.

—Es verdad, ¡qué pena! No me acordaba de que tenías la terapia a esta hora.

—Ni siquiera yo lo sabía. Ha habido un cambio.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Y los médicos ¿qué dicen?

—Están contentos.

Siguieron hablando un rato todavía, con el sol que poco a poco iba dejando el pasillo en una sombra todavía luminosa. Joana le dijo a su madre que, si volvía tan tarde de la terapia, se saltaría la cena. Maria do Ceu le dijo que le apartarían algo, pero luego se volvió a mirar a Vasco y le sonrió. Él sabía que, desde hacía muchos días, no comía ya y la alimentaban solo con suero.

—Rita vendrá mañana —le dijo Joana.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, hace media hora.

—¿Y cómo estaba?

—Bien, salía del trabajo y se iba a casa. Sabía que nosotros estábamos aquí.

—Ha hecho bien —dijo Maria do Ceu suspirando.

El ascensor se abrió. El enfermero se detuvo unos segundos a hablar con una colega ante la puerta metálica que se cerró de nuevo automáticamente. El ruido del ascensor que subía cubrió sus voces. Luego la mujer se dirigió al lado contrario, mientras el enfermero comenzaba a caminar hacia ellos.

—¿Estamos listas? —le dijo a Maria do Ceu en tono alegre.

—Sí, no quiero hacerle perder el tiempo.

—Bien, entonces, vamos —dijo el enfermero comenzando a dar la vuelta a la silla de ruedas.

Maria do Ceu se volvió a sus hijos.

—Nos vemos mañana, ¿eh?

—Sí, mamá —respondieron los dos inclinándose primero uno y luego la otra a besarla en las mejillas.

La vieron que se iba empujada por el enfermero recorrer todo el pasillo hasta el final y luego girar a la izquierda. Fueron a la ventana que daba a un

patio interno, porque sabían que pronto aparecería de la otra parte para recorrer el pasillo paralelo en sentido contrario. Ella también sabía que esperarían allí para verla pasar. Se quedó con la cabeza gacha mientras supo que no la veían; en el momento justo, la levantó, les dedicó una gran sonrisa y les saludó con un gesto amplio del brazo derecho. También ellos, desde detrás de los cristales, la saludaron con el mismo entusiasmo hasta que dejaron de verla.

—¿Has venido en coche? —le preguntó Vasco.

—No, en metro.

—Entonces, ven, te llevo a casa.

Se dirigieron a la salida del hospital caminando despacio. Vasco le pasó un brazo por los hombros. Joana, tras unos pasos, le pasó el suyo por la cintura.

A las cinco de la mañana sonó el teléfono. Vasco dormía profundamente y no oyó nada. Fue Rita quien se levantó de golpe y fue a contestar. Luego fue todo muy rápido. Solo el tiempo de vestirse, llamar a Joana, ir por el coche y al hospital. A aquella hora no había nadie por las calles de Lisboa. Caía una lluvia fina, casi invisible, que sin embargo se pegaba al cristal y ensuciaba de tierra rojiza el limpiaparabrisas. Debía de ser una lluvia que venía del desierto.

No tardaron nada en llegar. Aparcaron y entraron sin haberse dicho una palabra desde que habían salido de casa. A aquella hora solo se oían sus pasos por el pasillo. Ante la puerta cerrada de la habitación, encontraron a Lucia llorando.

—No tenía guardia esta noche —dijo con la voz quebrándosele a cada palabra—. Acabo de llegar. No me ha dado tiempo. Ha muerto sola.

Joana llegó unos minutos más tarde acompañada de su marido. No tuvo que preguntar nada, se abrazó a los hermanos y no encontró siquiera la fuerza de llorar. Se apretaron los tres en un abrazo helado, hecho de manos que se buscaban y de ojos que no querían mirarse. Ninguno de los tres lograba fijar sus pensamientos. Quizá intentaban recordar, aunque no eran capaces, porque todo parecía desbordado en aquel poco tiempo que había pasado, un tiempo enloquecido y hecho no ya de días, sino solo de horas, de

minutos. Como si todo se redujese a aquel circuito breve que partía de la tarde anterior y terminaba en aquel momento. Unas pocas horas aisladas y vacías que habían barrido los años pasados y levantado un muro ante todo lo que vendría después.

Por voluntad suya, Maria do Ceu fue incinerada. En su funeral, en el cementerio Dos Prazeres, estaban presentes el dolor de sus hijos, el silencio de Nuno, la desesperación de Manuel Ramalhete, el llanto de Lucia, el estupor de Humberto, el hielo impenetrable de Tiago y el alivio de Marta.

—No ha tenido siquiera el pudor de dejarla en casa —le dijo Vasco a Joana.

—¿Crees que le importa? —le respondió ella apretándole una mano—. Todo ha terminado. Pero es demasiado pronto para volver a comenzar. Yo no quería volver a empezar ahora.

—¿Qué estás diciendo?

—Tenía que haber sucedido antes, o mucho después. No así. Vasco, es absurdo, estoy embarazada.

Vasco miró a Rita que estaba algo aislada, miró a aquella criatura martirizada por las operaciones y por todo lo que la vida le había ido quitando. Estaba allí bajo la lluvia, más mojada que nadie, como si también la lluvia fuese más cruel con ella. Vasco los miró a todos. Faltaba solo Julieta, pero a ella habían preferido no decírselo. Estaba mal, se apagaba poco a poco, no había ninguna necesidad. Mientras los miraba, le pareció que no lograba respirar bien. Sintió que el paso del aire se cerraba como en una alucinación pueden hacer dos paredes para aplastar a quien intenta huir. Entonces miró a su padre que sostenía la mano de Marta en el funeral de su madre, ambos vestidos de luto y con la mirada baja. En aquel momento, estaban tapiando la urna de las cenizas. Su madre desaparecía mientras ellos continuaban de la mano. Rita estaba lloraba, Manuel Ramalhete tenía ambas manos apoyadas en el bastón que se hundía cada vez más en el suelo, y cuanto más se hundía más temblaba él, Joana se abrazaba al marido e intentaba ahogar las lágrimas mordiéndose una mano hasta casi hacerse sangre, y Humberto se había encendido un cigarrillo, mezclando así esquizofrenia y dolor en una mirada que dirigía al infinito.

Vasco logró controlarse, comenzó a respirar casi con normalidad y se acercó a Rita para quitarla de toda aquella lluvia, para llevarla unos pasos atrás y tenerla junto a él, como si de aquella forma pudiera mojarse menos. No tenía palabras para consolarla, ni siquiera las de la madre. Era aún todo demasiado feroz para encontrarlas. Habría querido solo que su padre se hubiese ido llevándose a aquella mujer que no tenía derecho a asistir al dolor que ellos sentían. Quería que se la llevase a suspirar de alivio en otro lugar, a mojarse bajo otra lluvia. Quería que los que la habían querido de verdad pudiesen decirle adiós sin tener que masticar el sabor de la miseria que la había matado.

—Vasco, ¿te sientes mal? —le dijo Lucia agarrándole una mano.

—Me faltaba un poco la respiración.

—Tienes que ser fuerte.

—Ya, es lo que se suele decir. Si al menos la hubiese matado la muerte, Lucia. En cambio, la ha matado la vida.

Y luego se fue donde nadie podía verlo. Se fue bajo la lluvia porque podía decirle adiós también desde otro lugar. ¿Durante cuánto tiempo seguiría despidiéndose? No basta todo el tiempo del mundo para decir adiós a una madre. Una madre muere, pero no habrá muerto nunca ese día, continuará muriendo. El hijo se hará viejo y ella continuará siguiéndolo, pidiéndole otro adiós, como si al final también la multiplicación de las despedidas fuese una forma de no separarse nunca del todo. Se alejó a pasos largos, apretándose la chaqueta contra el pecho. La lluvia lo mojaba mientras el cielo se abría por la parte de Monsanto. El frío le había entrado en los pulmones, en el estómago, y continuaba entrando, abriéndose camino. En ese momento dejó caer sus brazos a los lados, renunció a protegerse. «¿Para qué? —pensó mirando las nubes que corrían hacia el mar—. No me sirve para nada».

Vasco dos Santos puso los pies en el suelo, apoyó las manos en las rodillas y se levantó de la cama. Nada más ponerse en pie sintió un ligero mareo. Tendría que haberse levantado más despacio. O puede que fuese una impresión por la poca luz que había en casa. ¿Qué hora sería? Casi las seis de la tarde. La lluvia había parado, pero el cielo seguía negro. Se asomó a la

ventana y la calçada dos Barbadinhos parecía encerada de lo brillante que estaba. El aire no la había secado aún. A lo largo de la acera, un reguero continuaba su descenso mientras el perro de la vieja se apoyaba con un hombro en el muro y olfateaba el aire. Estaba en una postura extraña, un poco desmañada, que lo hacía parecer ridículo.

Vasco dos Santos vació el barreño y volvió a ponerlo donde estaba porque, con aquel tiempo, no se podía saber, podía volver a llover en cualquier momento. Se acordó de que no había comido casi nada en todo el día. Quizá había desayunado, pero desde luego se había saltado la comida. Lo sentía por la languidez que le atravesaba el estómago dándole fuertes punzadas. Fue a la nevera y sacó la mantequilla. La untó sobre una rebanada de pan un poco duro y se lo comió despacio ante la ventana. El perro se había levantado y se dirigía hacia la tienda de los chinos que abrían incluso el domingo, se sentó delante de la puerta y ladró. Sin salir de la tienda, alguien le tiró algo que él cogió al vuelo para luego volver exactamente donde estaba, apoyarlo en el suelo, olfatear de nuevo el aire y, por fin, comerlo despacio, de una manera poco canina. Vasco dos Santos abrió la ventana del salón y le silbó para saludarle. El perro apenas levantó la mirada en su dirección y movió con poco entusiasmo el rabo. Daba la impresión de encontrar inadecuada cualquier forma de acercamiento hacia él. Era feo, viejo, con poco pelo, pero tenía carácter y en el barrio era sin duda una autoridad, se veía por cómo pasaban por su lado los otros perros, es más, por cómo lo evitaban. Tenía madera de líder porque sabía cómo hacer caso omiso de ellos, había nacido con aquel don y moriría con él. ¿Moriría antes él o su dueña? Se parecían, pero la vieja no tenía tanta clase, era ruidosa, gritaba y tenía una hija con un marido tremendo, que le pegaba delante del hijo pequeño. Estaban separados desde hacía años, pero cada vez que se veían por el niño, él la emprendía a bofetones mientras la vieja, desde la ventana, le lanzaba todas sus maldiciones de bruja. El perro no, se limitaba a mirar aquellas escenas lamentables sin intervenir, a veces, incluso se acercaba pero como para oír mejor lo que decían. Entonces el hombre bajaba el tono de la voz, entregaba o se llevaba al hijo, y se iba en un coche que se caía a trozos, que bajaba la calçada dos Barbadinhos como si fuesen los últimos metros de vida antes de descomponerse del todo.

Parecía que el perro y la vieja se odiasen. Pero un día uno de los dos moriría y para el otro sería un drama interior. Pobre Zacarias, él en cambio había muerto. Se metió bajo un armario y no había querido volver a salir. Habían intentado sacarlo de allí de todas las formas, por las buenas, con una escoba, con las manos envueltas con abrigos para que no los arañase. Una vez incluso lograron sacarlo, pero al cabo de pocos segundos volvió allí abajo donde se negaba a comer y beber lo que seguían poniéndole. No había habido manera, Maria do Ceu no volvió a casa y él se dejó morir. «Nosotros no hemos sido capaces —le dijo Rita cuando fueron a enterrarlo a Monsanto—. ¿La queríamos menos que un gato?». No supo qué responderle, habría querido hablarle del mundo limitado de los animales, de su pequeño universo doméstico, de sus equilibrios delicados que, cuando se rompen, es demasiado difícil recomponer. Pero renunció y en silencio escavó la fosa de aquel romántico de *Zaca* que había muerto por amor.

Por no hablar de Julieta, que fue como si lo hubiese sabido. Continuó llamando por teléfono pidiendo hablar con su Ceuzinha. Y una vez le decían que había salido, otra que estaba en el baño, otra que aún no había vuelto del trabajo. Hacía meses que las cosas iban así, desde que la habían ingresado la última vez. Además, había sido ella misma la que no había querido que Julieta supiese lo de su enfermedad: «Prometedme que no le diréis nada a la tía Julieta, está demasiado frágil y está muy sola como para soportar estas preocupaciones». Pero al final, después de su muerte, todas aquellas excusas acabaron por confundirla. Al principio se atormentó con la idea de haberle hecho algo que la había ofendido. Comenzó a preguntárselo obsesivamente a Vasco y a Rita cuando contestaban, llamó también a casa de Joana para pedirle que le dijese la verdad: «Pero ¿qué le he hecho? ¿Qué?». Y ellos le repetían que no le había hecho nada, que eran solo casualidades, que llamaba solo cuando ella no estaba. «Pero, entonces, ¿por qué no me devuelve nunca las llamadas?», preguntaba con aquella vocecita de ultratumba que, con el pasar de los años, parecía habérsele salido del cuerpo para hablar sola y desde muy lejos.

No hay mucho que decir, la desatendieron. El dolor por la muerte de su madre hizo que se olvidasen de ella. La habían querido siempre mucho, especialmente Vasco, pero aquel era un momento muy particular para los

tres, el sufrimiento los había enrarecido un poco, se olvidaron de ella, la apartaron sin darse cuenta, volverían a sacarla como a un conejo de un sombrero quién sabe cuándo, quizá un día que, de repente, durante una comida, mirándose con grandísima sorpresa, se encontrasen los tres diciendo al mismo tiempo: «¿Y la tía Julieta? Santo cielo, ¿desde cuándo no la llamamos?». Pero las cosas fueron muy distintas. Abandonada, Julieta hizo como Zacarias, de un día para otro dejó de bajar la cesta con la cuerda donde la Santa Casa da Misericordia le ponía la comida, se tumbó en el suelo y, con la sonrisa en los labios, comenzó a rezar por Maria do Ceu y sus tres hijos.

Al cuarto día de silencio, los de la Santa Casa subieron y tiraron la puerta abajo. Se había vuelto casi transparente, ligeramente azul, con aquellas piernecitas filiformes que la hacían un poco sirena y un poco medusa. Lo que más sorprendió a aquellos hombres fue el olor que encontraron en la casa. No había duda, aquello era fortísima brisa de mar, pero de alta mar, mar abierto, que de improviso había llegado hasta allí dentro, dando a cada cosa el perfume intenso de la *maresia*.

Vasco dos Santos se asomó a la ventana de la cocina sin abrirla. Si pegaba la cara al cristal, podía ver un poco el Tajo, con las luces de Alcochete que comenzaban a encenderse una tras otra. A aquella hora habría debido llamar al abuelo, hacerle las mismas preguntas de siempre antes de que lo acostasen. Él y sus hermanas habían pensado mucho antes de llevarlo al Lar Militar da Cruz Vermelha, pero al final no tuvieron elección. Era viejo, no se valía por sí mismo y ellos tenían que trabajar todo el día, podían pensar en él solo al final de la jornada, por turnos, y a menudo lo encontraban en tal estado que literalmente tenían que dirigir como hacen los campesinos con las bestias. Una noche, Vasco dos Santos lo había encontrado completamente sucio, tuvo que lavarlo y cambiarlo de la cabeza a los pies.

—No he conseguido llegar al baño, hijo mío —le dijo llorando—. Y luego he confundido el radiador con el inodoro. No sé cómo ha sucedido.

Y así le tocó limpiar también aquel radiador portátil que el abuelo arrastraba tras de sí como un perro de una habitación a otra de la casa. Se

puso los primeros guantes de goma que encontró y con una bayeta mojada quitó toda aquella porquería que lo cubría.

—Qué vergüenza —decía todo el tiempo Manuel Ramalhete poniéndose a temblar bajo las mantas—. Qué vergüenza.

La casa parecía una pocilga. Pañuelos de papel usados tirados por el suelo, el orinal lleno de excrementos de no se sabe cuántos días bajo la cama. Cazuelas y platos con costra tanto en la cocina como en lel salón. Entrar allí dentro era arriesgarse a coger una infección. Por eso Vasco habló con el padre y le explicó que, pese a todo, no querían llevarlo a un asilo.

—Eres el ministro de Sanidad —le había dicho—. Si no le encuentras tú un lugar decente…

Tiago detestaba pedir favores que no eran para él. Pero la insistencia de Vasco por el viejo don Manuel, al final, dio resultados. Con su influencia, Tiago consiguió que lo acogiesen en el Lar Militar da Cruz Vermelha, una residencia para mutilados de la guerra de África que por edad podían ser hijos de Manuel Ramalhete. No estaba entre las costumbres del lugar aceptar a ancianos, pero una nota del ministro de Sanidad hizo que, al cabo de una semana, la petición de ingreso fuese aceptada. Vasco fue a hablar directamente con la directora.

—Pero no puede durar mucho —le dijo enseguida—. Es lo primero que le he dicho también a su padre. Deben considerarlo una solución provisional.

Pero para un viejo de más de ochenta años, y reducido a aquel estado, no había nada provisional. Lo provisional se convertía en definitivo. Vasco sabía que cada mes, cuando fuese a pagar la cuota, la directora le repetiría aquella cantinela, le recordaría que era un privilegiado por poder hacer uso de una estructura destinada a otros. Le bastaba hacer las paces consigo mismo y aceptar aquellos pocos minutos que precedían a la recogida y la entrega del cheque. Un cheque que estaba compuesto, en parte, por la pensión de Manuel Ramalhete y, en parte, por la contribución de los tres hermanos.

La relación entre Vasco y su padre nunca había sido buena, pero tras la muerte de Maria do Ceu la distancia que había habido siempre entre ellos se hizo más grande. Vasco quiso aprovechar aquella ley portuguesa que

permitía a los hijos escoger el apellido que deseaban llevar. Y así, aunque había sido hasta aquel momento Vasco da Conceição, de un día para otro, en honor de su madre, decidió pasar a ser Vasco dos Santos. Tiago se lo tomó fatal, como un insulto a su persona. Tragó bilis un domingo, durante uno de sus muchos almuerzos en el restaurante con los hijos, mientras Rita y Joana comían con la mirada puesta cada una en su plato. También él, al final, terminó por comer en silencio mirando el suyo. Solo Vasco siguió con la cabeza alta, sin bajar la mirada, porque sabía que el padre era consciente de que él no dejaba de observarlo ni un solo instante. Pero por el abuelo tuvo que ceder, aquel abuelo que solo había sabido llorar y mentir, y que tenía toda la vida ya en contra. El único que seguía vivo contando cada día el número de sus muertos, el abuelo, que en cuanto entró en el Lar, le dijo:

—Ya domino el lugar, ¿sabes? Todos los enfermeros me quieren mucho. ¿Y sabes por qué? Porque sé hablar.

El encanto de la palabra para luego quedarse solo rumiando el tiempo, recriminando al destino. Los mutilados de guerra lo odiaban. Ellos no tenían ya piernas, brazos, les tenían que dar de comer o comían solos gracias a prótesis que los enfermeros montaban en sus muñones a la mesa, manos cuchara, manos cuchillo y tenedor, los mutilados ciegos o en silla de ruedas que se peleaban por la compañía del perro del Lar, que subía a los sillones y los sofás ante la televisión. Aquellos hombres a los que Portugal les había robado la vida cuando todavía eran jóvenes tenían que escuchar los lamentos de un viejo llorón que no entendía por qué tenía que dolerle tanto la espalda, o por qué la dentadura postiza le privaba del sabor de la comida y las cataratas no le dejaban ya leer el periódico. Tan egoísta que continuaba creyendo que todos pendían de sus palabras, que todos eran sus amigos.

—Su abuelo es insoportable —le decían los enfermeros cuando iba a verlo—. Cree que puede darnos órdenes cuando, en cambio, él no debería estar aquí. Dígale que se calme, por favor, que nos trate mejor. Dígale que estamos perdiendo la paciencia.

Pero ¿de qué habría servido decírselo? Lo habría mirado asombrado, le habría respondido llorando que era un mal nieto por decirle todas aquellas mentiras.

Lo llamaba todas las tardes en cuanto volvía a casa del trabajo. Siempre las mismas preguntas y las mismas respuestas, siempre aquel falso deseo de morir. No quería morir en absoluto, quería seguir viviendo para continuar llorando y lamentándose. Se lo imaginaba de noche, en el Lar, pidiendo a Dios Todopoderoso que lo dejase vivir aún para poder mirar las pantorrillas de una enfermera, para poderle aferrar una mano con la excusa de que era un pobre viejo abandonado por todos, para maldecir la próstata que lo atormentaba y sus tres diamantes que eran jóvenes y tenían toda la vida por delante y lo habían metido en aquel Lar para librarse de él, que se hacía todo encima. Cierto, un día también él desistiría, pero sería su cuerpo no él. Moriría preguntándose por qué tenía que aceptar la muerte como cualquier otro, por qué no había logrado hechizarla con su labia como había hecho con todos durante una vida entera.

Había pasado la hora, ya no podía llamarlo. A aquella hora un enfermero lo había metido en la cama, en la habitación que compartía con otro, y las luces de Alcochete brillaban y titilaban en la niebla que se estaba levantando del río. Si continuaba así, dentro de poco, no las vería siquiera. Lo llamaría mañana, total, para lo que tenían que decirse. Había sido siempre así con todos, la suya era una familia que no sabía comunicarse. Con Joana, antes, pero era distinto, hermana gemela, bastaba una mirada. Y luego, muchas risas. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía reír? La cosa más hermosa que tenía, aquella sonrisa irónica. Ahora se había transformado en una extraña mueca hecha de acidez e incertidumbre, como si sentirse siempre tan insegura le hubiese hecho ponerse una máscara de superioridad. Había cambiado también con él. Menos cómplice, menos íntima. Pasaban días enteros sin hablar. Puede que fuese porque la leía por dentro, porque él sabía que se había arrepentido de haberse casado con aquel hombre. Desde que había nacido la niña, se había entristecido aún más. Un día se lo preguntó:

—Joana, ¿por qué?

—Porque solo habría querido estar embarazada, Vasco, embarazada para siempre. Durante el embarazo, es todo distinto. Te crece la tripa y eres feliz, no quieres nada más.

La llamó Margarida, como la verdadera abuela a la que no había conocido. Era una niña guapísima y ella, desde el primer día, cayó en una melancolía que se la estaba comiendo viva. Le parecía sentir aún más la ausencia de su madre. Habría querido compartir con ella la maternidad y no con aquella suegra obtusa que le invadía la casa casi todos los días diciéndole lo que había que hacer con los niños. Habría querido cerrarle la puerta en las narices, echarla. Cuando la veía sentarse en su cama, le parecía que iba a volverse loca. Después, cuando se iba, tenía ganas de prenderle fuego a aquella cama en la que se había sentado. Habría tenido que querer a su hija con otra alegría. Le había nacido una niña, tenía que ser feliz. Se lo repetía de continuo y, en cambio, sentía como un bloqueo en la garganta que no le permitía tragar siquiera saliva. Amamantaba y lloraba. Las lágrimas y la leche manaban al mismo tiempo. Pero podría haberle manado incluso sangre que nada habría devuelto a su madre a la vida.

—Quién sabe, quizá otro hijo.

—Joana, pero ¿qué dices?

—Otro hijo, Vasco, otro hijo para estar de nuevo embarazada. Para vivir de nuevo la ilusión.

Habría querido decirle que aunque tuviese cien hijos, no podría traerla de vuelta. Pero ¿había sido alguna vez feliz de verdad Joana? ¿Qué escondía aquella sonrisa maravillosa que sacaba en cuanto alguien empezaba a mirarla, aquella arma peligrosa que hería el mundo? De niña, su mayor pasión era colgarse cabeza abajo arriesgando siempre la vida. Era capaz de subir a un árbol y colgarse de la rama más alta solo con los pies, como una acróbata. Era un milagro que siguiese viva. Le gustaba estar así, en vilo, jugándoselo siempre todo, aunque en la época parecía de verdad un juego, y él y Rita la aplaudían. «Hacedlo también vosotros —decía ella columpiándose—. Hacedlo, es… ¡maravilloso!».

Vasco dos Santos abrió un cartón de leche Matinal y se sirvió un vaso. La leche no le había gustado nunca. Según él, el blanco no era un color comestible. Pero en aquel momento sentía un extraño vacío en el estómago, así que la bebió a sorbos pequeños, como quien quiere que se le pase el hipo. Encontró un cigarrillo dentro de un viejo paquete y lo encendió. Comenzó a toser. Un asmático que fuma es una auténtica idiotez. Pero sabía

que pronto lo dejaría del todo. Además, no había sido nunca de esos que se vuelven locos si no tienen cigarrillos en casa, no era de los que salían aunque nevase para comprarlos. No hacía previsiones, si había, fumaba, si no, no. Lo apagó a la mitad y abrió la ventana para que saliese el humo, luego lanzó la colilla al vacío. «El último cigarrillo», dijo riendo. Estaba pensando en el último libro que había leído, *La conciencia de Zeno*, en una vieja edición portuguesa de los años setenta que había encontrado en un puesto de la rua Anchieta, un sábado por la mañana. Aún no estaba seguro, pero quizá se convirtiera en su *Orgullo y prejuicio*. Tarde o temprano fumaría de verdad su último cigarrillo, lo sabía. Aquel día estaba cerca. Tosió de nuevo y cerró la ventana.

No era consciente de que hubiese pasado todo un día, el domingo había volado. Habría debido sentirse descansado y, sin embargo, estaba exhausto. Encendió la televisión. El clásico documental sobre insectos, pero aquella vez le dio por reír, había un escarabajo raro, no había podido oír el nombre, que durante toda su vida arrastraba tras de sí una gran bola. Se trataba de sus excrementos y, como es lógico, no hacía más que aumentar. Era ya mucho más grande que él y, mientras la transportaba, le sucedía algo doloroso: su carga se ensartaba en la espina de una ramita seca que se había caído al suelo, y él se volvía loco. Estaba perdiendo los estribos, pero luego la misma desesperación había acudido en su ayuda para hacerlo razonar, había entendido que no tenía que seguir empujando como estaba haciéndolo, sino desde el otro lado, dando la espalda a la espina. Había empujado con todas sus fuerzas y por fin, tras mucho esfuerzo, lo había logrado. Si los insectos tuviesen para nosotros expresiones comprensibles, en aquel momento Vasco dos Santos se habría dado cuenta de que el pobre Sísifo era verdaderamente feliz. Luego lo había visto retomar su difícil camino a lo largo de una especie de sendero, la cámara había comenzado a alejarse y el pequeño héroe, haciéndose cada vez más pequeño, había desaparecido lentamente de escena. Le pareció el resumen de la vida humana, de la fatalidad de los días. Se quedó mirando los créditos pensando que le habría gustado no tener hambre e irse derecho a la cama, dormir hasta el día siguiente, cuando se despertaría para ir primero a nadar y luego al trabajo.

Sonó el teléfono, se levantó despacio para ir a contestar. Tuvo la impresión de que cada movimiento suyo tenía que ser lento, que moverse deprisa lo dejaría ciego. Pero solo podía ser la tensión baja, el estómago vacío.

—¿Diga?

—¿Dónde andas?

—Aquí. Llevo aquí todo el día.

—Te he llamado antes.

—A lo mejor no lo he oído.

—Pero ¿estás bien?

—No ha sido un día fácil. Estoy un poco cansado.

—¿Y la comida del domingo?

—No he ido. He tenido una gotera en casa y he preferido quedarme a vigilarla. He puesto un barreño de plástico. Ahora parece que ha parado.

—Te noto raro.

—Sí, yo también me noto raro.

—Pero ¿qué pasa?

—Ya te lo he dicho, un día pesado, hecho de demasiados recuerdos. Los recuerdos son como las derrotas, cuantas más tienes, más sientes que seguir adelante es complicado. Tú deberías saber algo de esto.

—Pues sí.

—Entonces me gustaría que me dijeses cuándo habrá una tregua.

—Con el tiempo, Vasco, tiene que pasar el tiempo.

—¿Por qué? ¿Has conseguido tú pensar en tu padre sin dolor?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces nada, está ahí, lo arrastro. ¿Por qué te ríes?

—Nada, acabo de ver un documental. Había un insecto que… No, te lo cuento en otro momento. Ahora tengo que resolver el problema de la cena. No he comido en todo el día y no tengo nada en casa.

—No es posible. Abre los armarios.

—Lo estoy haciendo.

—¿Y qué?

—Un bote de tomate pelado Guloso y medio paquete de espaguetis.

—Pues hazte un plato de pasta.

—No soy capaz.

—Escucha, no cuesta nada. Coje una sartén, pones un poco de aceite, un diente de ajo cortado en dos y sal. Cuando el ajo esté dorado añades el tomate y mientras pones el agua al fuego, cuando hierva echas la pasta, la dejas cocer siete minutos, la escurres y la metes en la sartén con la salsa.

—Está bien, lo intento.

—¿Me llamas cuando hayas terminado de comer?

—Sí, te llamo luego.

Vasco dos Santos fue al salón a escoger un CD. Pero, como no se decidía, al final encendió el estéreo con el que estaba ya dentro. Bajó el volumen antes de que comenzase la música y volvió a la cocina. La obertura de *Rey Arturo*, la preparación para la batalla. Era una música ordenada, casi geométrica, pero sorprendente, porque cada vez que la escuchaba se hacía siempre la misma pregunta: ¿ganarán?

El ajo se doró un poco más de lo debido y, cuando echó el tomate, las salpicaduras mancharon las baldosas azules. Batalla más sangre. Las voces de los cantantes eran ligeras, le gustaba imitarlas aunque fuese desafinando. Un hermoso sosiego antes de ir a la guerra, la irrealidad gloriosa de la música. Sufrir, morir, siempre cantando. Aquella romanza de *Don Carlos* el título lo resumía todo: *Muero con el alma dichosa*. Solo en la música se muere pensando en sostener el agudo. Echó un puñado de sal gorda en el agua que estaba arrancando a hervir. Le gustaba aquel efecto duplicado, como si echando sal al agua pudiese hervir más de lo que ya hervía. Era por eso por lo que la ponía solo en aquel momento y nunca antes. La pasta rígida en el agua hirviendo se rendía, comenzaba a doblarse primero por la parte de abajo, luego también el resto bajaba cediendo a la cocción. Miró el reloj. Siete minutos. Los guerreros estaban listos, se los imaginaba perfilados sobre una colina, con un cielo rojo a la espalda. Pero era poco probable, las batallas no se comienzan casi nunca al ocaso, al ocaso más bien terminan. Paciencia, la escena le gustaba imaginarla así. En el frigorífico había una botella de Borba blanco. Nada especial, pero bueno, sincero. La abrió y se sirvió un vaso. Se había acostumbrado a brindar con Luciana cada vez que abrían una botella. Decían: «Por nosotros», y luego

bebían en aquella casa sin siquiera un mueble, grande y vacía, en la que sus voces retumbaban. Prefería una casa grande aunque pasase mucho tiempo solo. No le gustaban las casas pequeñas, las que, cuando abres la puerta, ya abarcas con la mirada todo lo que hay que ver. Él tenía un salón, un comedor, dos dormitorios, una cocina grande. No le hacía falta todo aquel espacio. Le gustaba. Bebió el primer sorbo de vino y se detuvo. Con el estómago vacío y poco después de haber bebido leche. Mejor esperar. Escurrió la pasta y la pasó en la sartén, la sirvió en el plato. Había calculado mal la dosis. Comió los primeros bocados con apetito, sin notar siquiera cómo estaba. Luego, a medida que se saciaba, con menos voracidad, porque estaba pasada, aunque había respetado los siete minutos. Ahora tenía ganas de fruta. Comía siempre mucha después de comer. Tiró lo que quedaba a la basura y lavó lo poco que había manchado con lavavajillas Ecover, el que buscaba siempre con atención en el supermercado caminando despacio por los pasillos de productos para la casa. Era un detergente que no contaminaba, ya por el olor le parecía notar lo inocuo que era. De alguna manera se complacía cada vez que echaba un poco en el estropajo antes de empezar a lavar los platos. Luego fregó también el suelo de la cocina, con un detergente de la misma marca, y con el trabajo terminado, como cada vez, se quedó en la puerta admirando el efecto.

Vació el cubo de agua sucia en el inodoro. Antes de tirar el agua aspiró una vez más el buen olor. Era una casa vacía y limpia, en perfecto orden. Cogío el teléfono y marcó el número de Luciana.

—Y bien, ¿cómo estaba la pasta?

—Una porquería.

—¿Cómo es posible?

—La salsa no sabía a nada y la pasta estaba pasada.

—Te he dicho siete minutos.

—Y es lo que ha estado.

—Pero ¿qué pasta era?

—Un paquete de Nacional.

—Te creo que era una porquería. Perdona, pero la Nacional es mala. Tenéis muchas cosas buenas, pero la pasta no. Al bajar de casa tienes la tienda de los chinos, ¿cómo se llama?

—Li Lai.

—Eso es, ellos tienen pasta italiana. Podías comprársela a ellos. Si hubiese sabido que era Nacional, te habría dicho tres minutos.

—Paciencia, de todas formas, he comido.

—¿Y ahora qué haces?

—Y tú ¿cuándo llegas?

—El viernes. Pero ¿qué tiene que ver?

—No me gusta mucho estar aquí solo.

—Te creo. No sabes cocinar.

—Ya. ¿Hemos hablado ya de casarnos?

—Me parece que no.

—¿Te parece que lo hablemos cuando llegues?

—¿Y me lo pides así, por teléfono?

—Te pregunto si te apetece hablarlo en persona.

—Me apetece.

—Pero acuérdate de que tenemos que tratar el problema de los hijos.

—Sé que no quieres. Pero yo tengo ya uno.

—No vas a cambiar luego de idea, ¿verdad?

—No, no quiero más hijos, me basta el que tengo.

—Sabes que…

—Sí, sí, lo sé. Que sea lo más tarde posible, pero te quieres preparar una muerte tranquila. Te vas tú y no dejas a nadie atrás. Vasco, con poco más de treinta años, me parece un razonamiento que solo te hace daño. Por favor, intentemos no hablar de la muerte.

—¿Qué tiempo hace en Nápoles?

—Llueve también aquí.

—¿Lo echarás de menos?

—No. Lisboa se le parece, pero es más tranquila. Y, además, de vez en cuando, volveré. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Voy a nadar y luego al trabajo.

—Me caso con un pez. Pero ¿cuánto nadas?

—Mucho. Te he comprado una novela, se llama *El nadador*. Es de un escritor norteamericano. Habla de un hombre que hace muchos kilómetros nadando en las piscinas de los chalés que encuentra a lo largo de su camino.

No son todas casas de gente que conoce, pero él encuentra la forma de entrar y hacerse un largo. Luego, todo mojado, sale y va a la caza de otro chalé, de otra piscina.

—Muy americano.

—Es una novela dinámica.

—Entonces, mejor hablamos de ella de día. A esta hora de la noche y con este frío húmedo que hace, solo la idea…

—Sí, vámonos a la cama.

—Separados.

—Solo hasta el viernes.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches también a ti. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Vasco dos Santos se fue al baño. Con aquella luz su cara tenía un color raro en el espejo. Se miró tocándose las mejillas. Luego se levantó la camisa y se puso de perfil para ver lo delgado que estaba. No tenía claro aún si se gustaba así o mejor engordaba algún kilo.

Se metió en la cama fría. Sobre la mesilla tenía el libro que estaba leyendo: *Gli argonauti*.

Desde que había aprendido italiano, estaba feliz de poder leer los clásicos que en Portugal no estaban traducidos. Lo abrió por la página en la que estaba la señal. Pero de repente le pareció que las palabras se habían vuelto demasiado pequeñas y que le costaba leer. «Estoy cansado —pensó —. Qué lástima, todo un domingo sin leer». Y apagó la luz.

Al principio no cerró los ojos, se quedó en la oscuridad con ellos abiertos. Le gustaba aquel momento, acostumbrarse a distinguir las cosas solo por el espesor de las sombras. A veces tenía visiones. No eran en realidad visiones, sino de una especie de puerta que se abría despacio, aquel pasillo que de la vigilia conduce al sueño y del que, muy a menudo, era perfectamente consciente. Era así como lograba mirar dentro sin haber entrado aún. Y veía cosas. Vaya si las veía. Personas, casas, calles, pero, sobre todo, rostros, como en un *music-hall,* cuando al final del espectáculo

todos se acercan al proscenio uno tras otro y hay una cámara de cine que los enfoca de uno en uno.

Esta noche no ve nada. De la definición del espesor de las sombras pasa enseguida al sueño. Y lo hace con una cara rara, como si algo le estuviese molestando. Pero es solo una expresión que no tiene nada que ver con lo que hay al otro lado, porque allí donde se encuentra ahora, en realidad, está riendo. Y si ríe es porque tiene las piernas en el agua. Claro, puede que el gesto que acaba de hacer sea consecuencia del impacto con el frío, porque no se trata de agua mediterránea, es atlántica. Pero, aparte de ese primer impacto, está contento, y con las manos empieza a mojarse la barriga mientras el sol lo deslumbra y de vez en cuando se tiene que cubrir los ojos para poder seguir viendo con claridad. El agua es preciosa, está transparente, de un azul oscuro. Ahora le llega a la cintura. Volviéndose a mirar se da cuenta de que se encuentra en una pequeña ensenada, y le parece reconocerla. Si continúa caminando, pronto saldrá de ella y llegará a otra playa. Es la belleza del Alentejo. Sus costas no terminan nunca, aun cuando parecen cerrarse en una ensenada se sabe que luego continuarán hasta donde alcanza la vista.

Ahora se moja también los hombros y se sumerge dejando solo la cabeza fuera. Hay que aguantar los primeros segundos, luego se está bien. Nada un poco a braza aún dentro de la ensenada, luego alterna, un poco camina y un poco nada, porque quiere llegar al otro lado, pero no quiere alejarse demasiado de la orilla. No sabe por qué. El corazón le late fuerte y le da por reír. El agua le resbala por el hermoso cuerpo atlético y bronceado. Es verano, claro, y está de vacaciones desde no sabe hace cuánto tiempo, de lo contrario no estaría así de moreno, parece árabe. Las gotas de agua le hacen brillar los músculos del abdomen y cuando se pasa los dedos por el pelo, el bíceps parece esculpido en cuero. Su pelo es liso solo cuando acaba de salir del agua, después de un segundo, vuelve a su bonito pelo ondulado. Dentro de la boca, en los dientes, le arde esa sonrisa hecha de electricidad que le acompaña desde que nació. En ese momento la ve. Con una mano se protege de la reverberación del sol y la ve hacer señas desde la orilla. Está brincando para que la vea mejor, pero en la playa no hay nadie más, está

sola. Está al menos tan morena como él y no tendrá más de veinte años. La ve correr acercándose. También él trata de apresurarse en el agua, pero le cuesta y las piernas levantan mucha espuma. A medida que se acercan, la distingue mejor y se emociona. Lleva un bikini muy discreto, de otra época, y su cuerpo es sólido, compacto. Quizá sea eso lo que lo conmueve, reconocer el cuerpo, saber que es el cuerpo que mejor ha conocido en el mundo. Pero a lo mejor lo que le conmueve, es su belleza, y todo ese saber y no saber mientras se mueve en el tiempo enrarecido del sueño. Ahora ha entrado en el agua también ella, levanta espuma con las piernas y los brazos. Están a pocos metros, que se van acortando como podría suceder con una cinta que poco a poco se corta por los extremos, hasta que su cuerpo helado siente el cálido de ella.

—Vasco, creía que no ibas a volver. Pero ¿qué te ha pasado? —le pregunta echándole los brazos al cuello.

—No lo sé, mamá. Creo que he perdido tiempo. No lo recuerdo. ¿Hace mucho que esperas?

—Una eternidad. Ya no sabía qué hacer. Me moría de calor.

—¿Por qué no te has bañado?

—¿Sin ti? Íbamos a hacerlo juntos, ¿no? Cuando era la hora de bañarnos entrábamos siempre en el agua juntos. No estarás haciendo la digestión, ¿verdad?

—No, no, no he comido nada.

—Qué guapo eres.

—Dicen que me parezco a…

—En absoluto. Pura apariencia. La sonrisa es la mía y eso es lo que cuenta. Dios mío, me estoy helando, brrr, me muero de frío. Esta agua está congelada.

—Todo es acostumbrarse. Métete hasta el cuello, quédate así unos segundos y verás cómo se te pasa.

—¿Hacemos una carrera?

—¿Hasta dónde?

—Hasta que uno de nosotros no pueda más.

—Gano yo.

—El presuntuoso de siempre.

—Pero voy a ganar igual.

—Entonces démonos prisa. No tengo mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Vasco, ¿qué sé yo? No lo tengo y punto.

—Te doy un poco de ventaja.

—No. Salimos a la vez.

—Cuando diga yo.

—No, cuando diga yo.

Y empieza a nadar. Ha hecho trampas. La ve que comienza a nadar sin meter nunca la cabeza bajo el agua. La gira a un lado y al otro en un movimiento que la hace avanzar poco. Casi nada. Y se ríe, ríe como una loca, y volviéndose le grita algo que él, sin embargo, no consigue oír por todo el ruido que hace al nadar. A cada brazada levanta mucha espuma y además no tiene estilo. Tiene que enseñarla a nadar, a dosificar las fuerzas y la respiración. Cuando se vuelve hacia él, Vasco ve el azul de uno solo de sus ojos brillar de felicidad. Lo ha engañado y ríe como una loca.

Con las manos en las caderas, ahora se ríe también él, la verdad es que no puede parar. Así que le toca quedarse así, esperar a que se le pase toda esa risa que le hace temblar la tripa. *A noite e o riso*. ¿Por qué se acuerda ahora? ¿Cuánto hace que la leyó?

—¿Cuánto hace que la leí? —le pregunta mientras ella continúa nadando.

Pero no lo oye. Está todo ese ruido que hace alrededor nadando tan mal y el hecho de que también él se ríe como un loco y la voz pierde fuerza. Y, luego, está el viento.

Tiene que esperar a que se le pasen todas esas ganas de reír y se zambullirá también él. Pero debe darse prisa, hay poco tiempo. Entonces se concentra, respira hondo y se sumerge. Mantiene los ojos abiertos también bajo el agua, lo hace para seguir viendo, para no perderse nada. No quiere ganar, no, es un juego. Solo quiere alcanzarla.

OceanofPDF.com



ROMANA PETRI (Roma, 1965), considerada por la crítica como una de las más interesantes narradoras italianas contemporáneas, tiene una trayectoria literaria cuajada de premios de envergadura: el Mondello a la mejor ópera prima en 1990, el Rapallo Carige en 1998, el Grinzane Cavour en 2002 y el Fenice-Europa en 2011. En 1998 fue finalista del Strega, el más prestigioso galardón italiano.

Vive entre Roma y Lisboa y dirige, junto a su marido, la editorial Cavallo di Ferro. Es, además, traductora y colabora con diversos medios de comunicación.

Entre sus obras figuran *Alle Case Venie* (1997), *I padri degli altri* (1999), *La donna delle Azzorre* (2001), *Esecuzioni* (2005) y *Ovunque io sia* (2008).

OceanofPDF.com